DION CASIO

HISTORIA ROMANA

LIBROS I-XXXV

(FRAGMENTOS)

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

DOMINGO PLÁCIDO SUÁREZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 325



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2004.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 38432-2004.
ISBN 84-249-2727-3. Obra completa.
ISBN 84-249-2728-1. Tomo I.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2004.
Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. VIDA DE DION CASIO

Dion Casio Cocceyano nació en Nicea, Bitinia, de una familia que, por lo menos desde su padre, pertenecía al orden senatorial. La *gens Cassia* de Bitinia recibió su nombre probablemente del hecho de haber obtenido la ciudadanía en la época de las guerras civiles, antes de Filipos, como otras familias de la zona oriental, en esos momentos en que el reclutamiento de clientelas era vital para cualquiera de los bandos contendientes, en las zonas donde en cada caso procediera.

Habida cuenta de que ocupó por primera vez la pretura, según cálculos recientes, en el año 195 y de que ésta se ejercía habitualmente a los treinta años, puede decirse que su fecha de nacimiento corresponde al año 165 [1]. Los cargos desempeñados por su padre le facilitaron el acceso a los centros culturales donde en la época se recibía la formación

[1] F. GASCÓ, *Casio Dion. Sociedad y política en tiempos de los Severos,* Madrid, Coloquio, 1988, pág. 16. Toda la parte I, biográfica, debe mucho a la fortuna de que se haya publicado recientemente este libro.

adecuada para el ejercicio de la retórica y de la historiografía.

La narración de la *Historia Romana* por Dion Casio se hace más pormenorizada a partir del año 190, que seguramente fue el de su acceso al senado, circunstancia que le facilitó una mayor proximidad a los hechos políticos y una posibilidad de contar, a partir de su propia contemplación directa, los acontecimientos de la ciudad de Roma[2]. Desde este momento, su relación con la realidad tratada es mucho más comprometida y sus tomas de postura están menos mediatizadas. El juicio del acontecimiento histórico resulta ahora, en ocasiones, demasiado evidente, más marcado por lo accesorio y anecdótico que por una visión general del mundo, como cuando encauza los datos históricos de diversa procedencia.

Dion tomó partido de manera activa por Septimio Severo e incluso escribió acerca de los sueños y de los signos que presagiaban la llegada del nuevo emperador a la más alta magistratura[3]. También la redacción de la *Historia* estuvo condicionada por los acontecimientos de estos años de guerra civil y de la inauguración de la dinastía severiana. Más tarde los comportamientos de Severo harían nacer en él la decepción[4]. El sentido del juicio definitivo de Dion acerca de Severo queda, sin embargo, como un objeto de debate[5], justificado cuando se intenta llegar a un resultado sin fisuras, mientras que tal vez sea más comprensible sobre la base de que lo único real es lo ambiguo e indefinido, al menos en este caso, resultado, desde luego, de las mismas contradic-

---

[2] *Ibid.*, pág. 21.

[3] *Ibid.*, pág. 52. También «Casio Dion y los sueños», *Habis* 16 (1985), 301-385.

[4] *Casio Dion. Sociedad...*, pág. 57.

[5] *Ibid.*, pág. 59.

ciones internas. Más monolíticas son sus consideraciones acerca de los emperadores siguientes, hasta llegar a Severo Alejandro.

II. DION Y SU TIEMPO: LA «HISTORIA ROMANA»

La obra de Dion Casio es un producto de su tiempo. Sean cuales fueren las fechas de redacción[6], lo que sí se deduce de sus propias palabras en LXXII (LXXIII) 23, 1[7], es que, en la base de su preocupación histórica, estuvieron las guerras y revueltas que se produjeron desde la muerte de Cómodo hasta el triunfo de Septimio Severo, con todas sus ansiedades y expectativas frustradas. El mayor o menor interés que Dion muestra por los hechos del pasado no está tanto en función de la mayor o menor proximidad cronológica a su propia época[8], como en las similitudes o relaciones que existan al margen de la cronología, desde la perspectiva del

---

[6] Cf. F. Millar, *A Study of Cassius Dio,* Oxford, Clarendon Press, 1964, págs. 32 y 193; G. W. Bowersock, *Gn.* 37 (1965), 469-474; C. Letta, «La composizione dell'opera di Cassio Dione: cronologia e sfondo storico-politico», *Ricerche di Storiografia Greca di Età Romana,* Pisa, Giardini, 1979, págs. 151, 154-5, 185. T. D. Barnes, «The Composition of Cassius Dio's *Roman History», Phoenix* 38 (1984), 240-255. Para un encuadramiento de Dion Casio en la historiografía de su época, ver B. Baldwin, «Historiography in the Second Century. Precursors of Dio Cassius», *Klio* 68 (1986), 479-486.

[7] Entre paréntesis, la referencia de la edición de Cary.

[8] Así, E. Gabba, «The Historians and Augustus», en F. Millar, E. Segal (eds.), *Caesar Augustus. Seven Aspects,* Oxford, Clarendon Press, 1984, pág. 71.

autor, con su tiempo[9]. La importancia real de los hechos y la que él les atribuye, de acuerdo con la perspectiva resultante de sus propias preocupaciones, condicionan su concepción del pasado histórico y, como consecuencia, su capacidad crítica ante las fuentes y su sistema de periodización.

Como es natural, tiene un lugar privilegiado en su exposición histórica el proceso de formación e instauración del Principado. La batalla de Accio se convierte en un hito periodizador, dado que entonces, por primera vez, según sus propias palabras César Augusto obtuvo solo el poder: LI 1, 1. El corte entre República y Principado representa también un problema metodológico para el historiador. En LIII 19, 2-6, se señalan lo que podríamos calificar como las ventajas historiográficas de la época republicana. Desde luego, tales ventajas no implican una loa de la República frente al Principado[10]. Justamente, poco antes, en LIII 19, 1, se acaba de afirmar que la República ha pasado a una situación mejor y más capaz de salvación, ya que era imposible salvarse en una *democracia*. Las dificultades del «secreto» en la actuación política del Principado afectan exclusivamente al historiador como tal. En el frag. XLIII 25, aunque como pensamiento de algún personaje desconocido, se exponen las ventajas, para la realización de cualquier plan secreto, de que éste no

---

[9] Así, como consecuencia, es posible encontrar conceptos que son propios de la realidad del Imperio aplicados a épocas anteriores, cf. MILLAR, *Study...*, pág. 92.

[10] Cf. A. SOLIMENO CIPRIANO, «Tacito fonte di Cassio Dione?», *Rendiconti della Accad. di Archeologia, Lettere et Belle Arti*, Nápoles, 54, 1979, pág. 9; E. GABBA, «Sulla *Storia Romana* di Cassio Dione», *RSI* 67 (1955), 330.

se divulgue y sólo sea conocido por una persona [11]. Es la exposición de las ventajas políticas del gobierno monárquico, contrapuestas a sus desventajas historiográficas. En el Principado, la necesidad de conocimiento que impulsó a escribir a Dion choca con una de las características del mismo Principado, y en ello vemos ya, metodológicamente, una de las contradicciones del autor.

La aceptación del Principado es coherente con la adopción de una concepción histórica puramente biográfica [12]. Dado que las causas se encuentran exclusivamente en las actitudes y acciones personales de los emperadores [13], hay que deducir que los problemas dependen del hombre que está a la cabeza de todo y que las esperanzas sólo pueden ponerse en el poder del emperador [14]. En esto, Dion Casio comparte la actitud de los intelectuales griegos de la época: fueron incapaces de ver los problemas estructurales en el tiempo que les tocó vivir y se dedicaron a culpar de todo a los llamados malos emperadores; ponían sus esperanzas, por el contrario, en los que consideraban «buenos» y a ellos dedicaban sus consejos; pero, en general, los que los seguían y respondían a tales expectativas fracasaban y terminaban de-

---

[11] Lo mismo ocurre en frag. XVI, en lo que parece un comentario propio sobre la dictadura; cf. CARY, *ad l. (LCL).*

[12] MILLAR, cit., pág. 61. Sobre los aspectos dramáticos de la obra de Dion Casio, A. PIATKOWSKI, «L'influence de l'historiographie tragique sur la narration de Dion Cassius», *Actes de la XIIe Conférence Eirene 1972,* Amsterdam, Hakkert, 1975, 263- 270. Para una valoración historiográfica de esta obra, a pesar de todo, M. REINHOLD, «In Praise of Cassius Dio», *ACl* 55 (1986), 213-222.

[13] Cf., G. ALFÖLDY, «The Crisis of the Third Century as seen by Contemporaries», *GRBS* 15 (1974), 106.

[14] U. ESPINOSA, *Debate Agripa-Mecenas en Dion Cassio. Respuesta Senatorial a la crisis del Imperio romano en época severiana,* Madrid, Ofteco, 1982, págs. 75, 234.

fraudando a sus sostenedores[15]. Esto condiciona fuertemente su concepción de la historia y hace que se dé un relieve especial a los asesinatos de los emperadores, aunque a veces se apoye en noticias no demasiado dignas de crédito. Por ejemplo, el hecho de que algunos, entre ellos el emperador Adriano, culparan a Tito de la muerte de Vespasiano: LXVI 17, 1; o la existencia de un rumor acerca de que a Tito lo matara su hermano: LXVI 26, 2; o las sospechas en el año 210, de que Antonino Caracala no sólo deseaba matar a su hermano sino que conspiraba contra el propio emperador: LXXVI (LXXVII) 14, 1; y, más adelante, la afirmación de que intentó matar a su padre con sus propias manos: LXXVI (LXXVII) 14, 3. En general, Dion prefiere las versiones más escandalosas de la muerte de los emperadores[16].

Con mucha frecuencia, en los asesinatos de emperadores o pretendientes, están presentes las mujeres. Livia fue acusada de la muerte de Marcelo (LIII 33, 4) y sobre ella también cayeron las sospechas de la muerte de Gayo (LV 10a, 10), e incluso de la muerte de Augusto (LV 22, 2). Agripina toma parte en el envenenamiento de Claudio (LX [LXI] 34, 2) y a Cómodo le administraron veneno por medio de Marcia (LXXII [LXXIII] 22, 4). La participación de Livia en la muerte de Augusto, aparte de la referencia citada, que viene inmediatamente después del discurso de la emperatriz sobre la clemencia, vuelve a mencionarla en la narración, LVI 3, 1-4, donde parece deducirse que no le da todo el crédito[17].

---

[15] L. de Blois, «The Third Century Crisis and the Greek Elite in the Roman Empire», *Historia* 33 (1984), 377.

[16] C. Questa, «La morte di Augusto secondo Cassio Dione», *PP* 14 (1959), pág. 45.

[17] Questa, cit., pág. 41; en págs. 46-55, hace una seria de consideraciones sobre la versión, acogida por Dion por su carácter tópico, posiblemente procedente de una narración formada en época posterior a Tácito,

Importa recalcar esto ya que, al mismo tiempo, en la obra de Dion[18], Livia aparece como modelo de concordia familiar, madre de la patria, sacrosanta y espejo de emperatrices porque el autor hace notar que el senado le rindió más honores que el propio Tiberio (LVIII 2, 2) y porque resalta su papel en orientar a Augusto[19]. Según Giua[20], habría una contraposición entre la eficacia de los consejos de Livia en LV 22, 2: «al decir esto Livia, Augusto liberó a todos...», y Caracala, LXXVII (LXXVIII) 18, 2, cuya madre le aconsejaba muchas cosas útiles, pero él no obedecía. La importancia de Livia en la *Historia* procedería de la importancia del papel femenino en la corte de los Severos. Pero esta experiencia no era uniforme. Julia Mesa odiaba la vida privada y se dedicó a injuriar a Macrino (LXXVIII [LXXIX] 23, 1); deseaba la autarquía e igualarse a Semíramis y Nicotris: íd., 23, 3. Mamea desempeña un papel más matizado: fue nombrada Augusta y se adueñó del poder, pero reunió alrededor de su hijo a hombres sabios para proporcionarle mesura y tomó como consejeros a los mejores del senado (Zonaras, XII 15)[21]. Livia se dirigirá a Augusto con estas palabras (LV 16,

---

en un ambiente parecido al de las novelas de Apuleyo y, al mismo tiempo, recogida de ciertas tradiciones relacionadas con las fiestas correspondientes a las fechas del asesinato de Rómulo, en que hay una relación entre el higo y algunas divinidades ctónicas; con una trasposición añadida a partir de la tradición de los hongos de Agripina, a lo que habría que sumar la tradición de la *perfida noverca* de origen helenístico.

[18] Según ha puesto de relieve M. B. Flory, «Sic exempla parantur: Livia's Shrine to Concordia and the Porticus Liviae», *Historia* 33 (1984), 316-20.

[19] M.ª A. Giua, «Clemenza del sovrano e Monarchia illuminata in Cassio Dione 55, 14-22», *Athenaeum* 69 (1981), 319.

[20] Íd., pág. 336.

[21] Sobre Zonaras y Dion Casio, ver J. Faci, D. Plácido, «La historiografía lejos de la ciudad: El Imperio romano desde el retiro monástico de Zonaras», *Erytheia* 9 (1988), 35-46.

2): «estando tú a salvo, yo también tengo mi parte de mando». Hay una situación doble también entre consejera prudente y toma del poder, en lo que se explican las alternancias de los juicios y valoraciones que se extienden a toda la obra[22]. Es decir, la concepción individualista de la historia da un papel especial a las transmisoras de la legitimidad dinástica, pero para Dion esto es también objeto de crítica, dada su concepción de la legitimidad del poder. Por otro lado, la experiencia directa de este protagonismo femenino es también contradictoria. El resultado es que Dion da importancia al papel histórico individual de las mujeres, pero éstas desempeñan una función contradictoria y dramática, en muchos casos como portadoras de vida y muerte.

III. EL PRINCIPADO Y LAS INSTITUCIONES ROMANAS EN DION

No es extraño, pues, que también en la valoración de la figura de Augusto como fundador del Principado existan ciertas contradicciones[23]. Por una parte está el encomio pronunciado por Tiberio, LVI 35, 41, que es además el elogio de el gobierno de un hombre frente a la *democracia* (LVI

[22] Teuta estaba engreída por el poder, frag. XLIX 2, pero mostró la debilidad de su sexo, frag. XLIX 4; a todos les parecía terrible ser gobernados por una mujer, Cleopatra, pues el poder que César dio a los niños sería para ella, LII 36, 3; Antonio era esclavo del amor y de la brujería de Cleopatra, XLIII 33, 4; Cleopatra había esclavizado a Antonio, L 5, 1; los egipcios se entusiasmaron ante Cesarión y Antilo porque iba a reinar un varón, L 6, 1; con respecto a la propia Livia, había signos de que iba a dominar a Octavio, XLVIII 52, 4, del mismo modo que Agripina controla a Claudio, LX (LXI) 32, 1.

[23] M.ª A. Giua, «Augusto nel libro 56 nella *Storia Romana* di Cassio Dione», *Athenaeum* 71 (1983), 439.

39, 5) y que contrasta con la narración, e incluso con el juicio de Dion, en LVI 43-45, que es menos idealizante. Para Giua[24], tal contraste puede deberse a diferencias entre las fuentes utilizadas y a la falta de control de unos hechos que Dion ya no comprendía bien. Parecería tratarse, sin embargo, de algo más complejo, que tiene que ver con la propia situación del historiador. De una parte, el encomio de Tiberio responde a la exposición idealizante de lo que «debe ser» un buen emperador, aspecto éste de los discursos de Dion Casio sobre el que volveremos, a propósito por ejemplo, de LV 14-22, 1, donde se expone la necesidad de un poder benéfico y benevolente representado por un solo hombre, en contraste con el tiránico[25]. De otro lado, desde la perspectiva propia de su época, el régimen de Augusto se interpreta como monárquico (LIII 17), con las características propias de la monarquía de los Severos, como *solutus legibus* (LIII 28, 2)[26]. Finalmente, hay que contar con el proceso real en que los esfuerzos de Octaviano van encaminados a la consecución del poder personal[27], lo que forzosamente había de chocar con las concepciones de Dion sobre algunos aspectos de la función de las instituciones de origen republicano. Dion Casio usa la historiografía del Alto Imperio para adaptarla a la situación política de su tiempo y valora en ella sobre todo

[24] Cit. *supra*, pág. 456, y C. B. R. Pelling, *Gn.* 55 (1983), 221: res. a B. Manuwald, *Cassius Dio und Augustus. Philologischen Untersuchungen zu den Büchern 45-56 des Dionischen Geschichtswerkers (palingenesia,* 14), Wiesbaden, Steiner, 1979, 317 págs.

[25] Millar, cit., n. 6, pág. 68.

[26] S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico,* 4.ª ed., Roma, Laterza, 1974, II, 2, pág. 267; G. E. M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World. From the Archaic Age to the Arab Conquests,* Londres, Duckworth, 1981, pág. 386; P. Petit, *La paz romana,* trad. esp., Barcelona, Labor, 1969, pág. 131.

[27] Giua, cit., n. 23, pág. 441.

el respeto al senado[28], pero, como las fuentes aportan elementos que no siempre encajan en su visión de la realidad, se producen contradicciones e incertidumbres. Se acepta el modelo, pero va rodeado de aspectos que Dion quisiera no ver repetidos; ahora bien, de otro lado, no puede dejar de notar que algunos rasgos de la formación del Principado son el origen de los caracteres que en su época son negativos. De ahí que las contradicciones no sean sólo un problema de fuentes.

Con todo, el juicio del papel de Augusto es fundamentalmente positivo[29]. Augusto fue en general moderado: LIV 3, 1. Pero esta moderación viene expresada frente a medidas concretas en que se mostró como *autokrátōr*, en un contexto en que tal término alude a quien abusa del poder[30]. Con Giua puede deducirse que hay un fondo de ambigüedad general que se resuelve en un juicio sintético positivo, síntesis que se podría considerar el modo en que para Dion era lícito ejercer el poder personal[31]. Son interesantes, a este respecto, las consideraciones sobre la *dóxa* ganada gracias a la buena suerte, aun no habiendo emprendido las cosas rectamente: XLV 4, 2. En el caso de Octavio, nunca pareció que había deliberado mal porque las cosas salieron bien: XLV 4, 4. En el momento de la aparición de Octavio, a la muerte de César, se refiere a él como a quien no se atrevió a actuar de modo revolucionario *(neōterísai)*: XLV 13, 1. Es un modo de sintetizar los aspectos contradictorios en el juicio sobre Augusto: buenos resultados a pesar de sus intenciones, pues lo que él quería era el tribunado que le garantizara la *dēma-*

---

[28] Giua, «Clemenza...», pág. 333.

[29] Solimeno, cit., págs. 6-7, pone de relieve que, a diferencia de Tácito, Dion excusa la *comparatio deterrima:* LVI 455, 3.

[30] Giua, «Augusto...», págs. 444-5.

[31] Íd., págs. 425, 455.

gōgía y, de ahí, la *dynasteía*. Dion parece distinguir entre el logro de la *dynasteía,* en que Augusto no se distinguiría de los que participaban en las luchas de finales de la República, y el resultado final, que podría servir de fundamento a lo que en su tiempo consideraba el ejercicio de la monarquía «ideal». Por ello, puede admitirse la doble afirmación de Gabba[32]: la opinión de Dion es básicamente favorable con respecto a Augusto, pero siempre hay una comparación explícita o implícita entre la época de Augusto y la propia, que condiciona la exposición histórica. A ello habría que añadir el factor perturbador de las propias contradicciones de la formación del Principado que preocupa a Dion a lo largo de toda la obra.

Por otra parte, el modelo augústeo tropieza de algún modo con la propia concepción romana de la monarquía y con el desprestigio en que ésta se encontraba: «Hemos hecho malditos los nombres de realeza, dictador, tirano», dice Cicerón en su discurso del año 43: XLV 32. Por ello Dion insiste en los problemas de nomenclatura: LIII 17-18[33], y pone de relieve las contradicciones que supuso, desde el punto de vista institucional, el origen del Principado. Así, extiende a toda la historia anterior de Roma la práctica de la ficción, como cuando Zonaras, VII 12, habla de los dos cónsules creados para que la monarquía no pareciera *basileía,* o cuando se refiere al poder del dictador (VII 13), con atribuciones iguales a las de los reyes, cuyo nombre odiaban los romanos, pero que era útil en la guerra y las revueltas, es decir, en aquellas situaciones como la que llevó a Dion a escribir su historia. La postura de Dion a este respecto está clara en frag. 110, 2: los nombres dependen de los hombres

---

[32] En *Caesar...*, pág. 71.

[33] MILLAR, cit., n. 6, pág. 96.

y de las cosas: hay monarcas que son causa de bienes para sus súbditos, aunque su poder se llame *basileía,* y democracias que producen males. De ahí que, en su famoso discurso, Mecenas solucione fácilmente el dilema: si odias el nombre de rey puedes llamarte César e *Imperator,* con lo que te venerarán *(sebioûsi,* donde está implicado el nombre griego de *Augustus* = *Sebastós):* LII 40, 1-2; y en otro momento, LIII 17, 2, Dion considera que, aunque los emperadores no se llamen reyes ni dictadores, de hecho reinan. Resulta patente la percepción del conflicto que supuso la instauración de un sistema que desde la perspectiva de Dion era ya «natural». Pero el conflicto era justificado desde esa misma perspectiva y, por eso, Dion es capaz de percibirlo, dado que ciertos problemas de la formación del Principado estaban todavía vigentes en época del autor (relaciones senado-príncipe, etc.), como veremos más adelante.

Todo esto está presente en la forma de institucionalizarse el régimen de Augusto: deseaba obtener el poder de Rómulo (XLVI 46, 3) y ser llamado Rómulo, pero temía que sospecharan que deseaba ser rey (LIII 16, 7). De ahí que se mantuvieran nombres democráticos aunque el contenido era el propio de los reyes (LIII 18, 1) y que se encontrara «libre de leyes»; los títulos de «César» y «Augusto» no respondían a sus poderes; eran sólo marca del *génos* y de la dignidad *(axíōma).* A pesar del propio Augusto, él es el precedente y modelo de la monarquía. También Severo tuvo un sueño en que era amamantado por una loba, como Rómulo: LXXIV (LXXV) 3, 1. Por ello se puede estar de acuerdo con F. Millar[34], cuando dice que, sobre el establecimiento mismo del Principado, Dion tiene una concepción firme y realista: se trata de una vuelta a la monarquía sin formulación constitu-

[34] *Study...,* págs. 98-100.

cional, por lo que da, en general, poca importancia a los aspectos institucionales. La percepción de que hay una contradicción entre la realidad y el nombre de las instituciones lo lleva a considerar éstas como superfluas. Por ejemplo, es significativa la consideración que hace sobre el hecho de que los emperadores sigan señalando los períodos de diez años aunque sean vitalicios de modo reconocido: LIII 16, 3. Dion también es consciente de que el título de *imperator (autokrátōr)* es antecendente de los «actuales» y equivale a señor *(kýrios)* XLIII 44, 2.

Tales consideraciones se remontan a la época de César. Desde el año 59 lo ordenaba todo como si fuera el único cónsul *(árchōn)* XXXVIII 8, 2; a pesar de la apariencia de los cónsules, fue realmente dictador por segunda vez el año 47: XLII 55, 4; en razón de su nombramiento de dictador vitalicio (XLIV 8, 4), lo llamaron «rey», con el fin de proporcionarle enemigos: XLIV 9, 1. De hecho, él mismo, aunque se hace llamar César, no castiga a los que lo llaman rey: XLIV 11, 1; y fue odiado por ello: XLIV 11, 3. Cuando Zonaras, VII 13, se refiere a la dictadura, cuenta que se le estableció una limitación temporal para evitar el «amor a la monarquía»; y comenta el autor que esto fue precisamente lo que luego le pasó a Julio César, que lo consideraron digno de la dictadura contra la norma establecida. En el discurso de Agripa (LII 13, 4), los enemigos de César lo atacaron porque sospechaban que pretendía la monarquía.

En el encomio pronunciado por Tiberio, hay un distanciamiento de la figura de Augusto con respecto a César: Augusto no permitió excesos a sus compañeros: LVI 38, 2, cosa que sí hicieron Pompeyo y César con sus amigos: LVI 38, 4. También puede verse algo parecido en el entierro de Augusto, donde no se encontraba la imagen de César, pero sí la de Pompeyo: LVI 34, 2-3. Dion Casio trata de justifi-

carlo en el hecho de que César se encontraba entre los héroes.

En el César de Dion hay rasgos que corresponden a la idea que éste tiene de un buen gobernante único: se da cuenta de que ciertos honores se le atribuyen por adulación (XLIII 15, 4), define su poder como el de un guía y un líder, frente al despotismo y la tiranía (XLIII 17, 2) y pide que se dirijan a él como a un padre: XLIII 17, 5. Dion llega a la conclusión de que la muerte de César fue ilegal e impía (XLIV 1, 4), porque provocó revueltas, aunque los autores se llamaron liberadores, en un momento en que «la ciudad ya estaba bien gobernada» (XLIV 1, 2). En otro momento (XLVIII 1, 1), se dice que la muerte de Bruto y Casio fue justa porque habían matado a su benefactor y a un hombre de virtud y fortuna. Lo mismo que hizo Cicerón, según el discurso de Caleno (XLVI 22, 5). César representaría el poder personal basado en la protección, la virtud y la Fortuna. También Antonio lo retrata ante los ciudadanos como aquel a quien se amaba como padre y benefactor (XLIV 48, 1), que se deseaba como jefe (XLIV 48, 2), y por eso se proclamó sumo sacerdote ante los dioses, cónsul ante *nosotros, autókratōr* ante los soldados, *diktátōr* ante los enemigos y, como resumen, padre de la patria (XLIV 48, 3).

La virtud de César procede de la herencia: XLIV 37, 1. Para el origen «genético» del poder hay algunos otros datos. También en el discurso de Gabinio, en relación con los poderes de Pompeyo (XXXVI 27, 5), se dice que para un poder especial se precisa nacimiento y buena fortuna[35]. Sin embargo, en el texto narrativo de Dion aparecen más bien

---

[35] Lo mismo ocurre en frag. LXX 2-3: la hegemonía depende de la virtud innata y no importa la edad; fragmento de discurso que posiblemente se refiere a Escipión; cf. CARY, *ad. l. (LCL).*

profecías en el nacimiento, como cuando se profetiza el poder absoluto de Augusto (XLV 1, 3), o su padre dice que «ha nacido un amo para nosotros» (XLV 1, 5), o se habla de que Vespasiano, como otros, había nacido para el poder (LXVI [LXV] 2, 1), aunque también se mencione su falta de nobleza: LXVI (LXV) 10, 3b. Frente al poder «genético», Dion parece inclinarse hacia las «condiciones naturales». Julia Domna, cuyo papel junto a Caracala en general se elogia, es de origen popular *(dēmotikós):* LXXVIII (LXXIX) 24, y también Pértinax es de origen oscuro: LXXIII (LXXIV) 3, 1. Pero Dion es más moderado que otras fuentes al poner de relieve estos aspectos, pues toma partido en cualquier caso en favor del «Buen emperador»[36]. Trajano es un emperador bien tratado por Dion y de él se destaca el hecho de que fue nombrado César aunque había parientes de Nerva vivos: LXVIII 4, 1; y, al referirse a Adriano, declara las ventajas del método de selección (LXIX 20, 2), y de que también había señalado así a los sucesores posteriores (LXIX 21, 1), alusión posible a lo que ya no pasaba en su época.

De todos modos, se le plantea también como dilema y conflicto. Según él, Octavio ataca a Antonio, entre otras cosas, porque quiere introducir a Cesarión en el *génos* de César (L 1, 5), con lo que el hijo de César estaría en condiciones de competir con Octavio, que sólo era adoptado (XLIX 41, 2). Del juicio citado de Dion acerca de Octavio se deducen también sus preferencias por la adopción. De ahí que las virtudes de César sean aceptadas como condición suficiente sin más requisitos. Además, no parecen mencionarse con gusto los gestos dinásticos de los emperadores que pretendían garantizar la continuidad familiar en el poder, como

[36] R. SYME, *Historia Augusta Papers*, Oxford, Clarendon Press, 1983, págs. 89-90.

cuando Vitelio dio a su hijo de seis años los títulos de Germánico e *imperator:* LXV (LXIV) 1, 2a; o cuando intentaban justificar el poder con el establecimiento de lazos familiares inexistentes, como el enterramiento de Severo en la tumba de los Antoninos (LXXVI [LXXVII] 15, 4).

Sin embargo, más aún que en el caso de Augusto, el poder de César procede de las luchas civiles del final de la República, donde los contendientes aspiraban al poder. En XLI 57, 2-4, la lucha entre César y Pompeyo se muestra llena de contradicciones. Naturalmente, cada uno de los contendientes se presenta a sí mismo como el liberador[37], al tiempo que ataca al otro como tirano; para Dion ambos eran llevados por sus ansias de poder. En los proyectos de César introducidos por Antonio, se perseguía, de nombre, la igualdad, de hecho, el poder; tanto César como Pompeyo buscaban sólo el beneficio privado *(tà ídia):* XLI 17, 3, aunque, en discurso, César declara explícitamente que no desea el poder: XLI 35, 4. En las guerras civiles, éste es el propósito de todos: la destrucción del pueblo para implantar una dictadura; se lucha para saber de quién serían esclavos y quién sería el déspota, lo que equivale a la destrucción del gobierno: XLVI 34, 4, proceso en que colaboran todos. La dictadura no se acabó hasta el año 27 en que se pasó a la monarquía, forma de gobierno en que se superó aquélla. Se han marcado con cierto rigor la distinción y sus bases constitucionales[38]. Pero esto, que es un hito importante en la narrativa de Dion, hay que matizarlo. Tanto el poder de Augusto como el del benefactor César nacen de la misma dictadura. Aquí se refleja de nuevo la contradicción de Dion. Hemos visto su aceptación

---

[37] S. WEINSTOCK, *Divus Julius,* Oxford, Clarendon Press, 1971, pág. 139, duda de la veracidad de esta autodenominación.

[38] ESPINOSA, *Debate,* pág. 71.

plena del poder de Augusto, pero aun así hace constar que Octavio también formó parte de la dictadura; y, cuando se refiere al pacto entre Antonio y Octavio, dice que tenía la apariencia de la libertad, pero que en realidad se trataba de la dictadura: XLV 11, 2, aunque matiza que, en las luchas civiles del año 43, los actos peores los llevaron a cabo Lépido y Antonio: XLVII 7, 1; Octavio no lo necesitaba y, además, había heredado el carácter de su padre y quería ser amado: *ibid.* 7, 2; el carácter de ese padre que actuaba como quien quiere alcanzar el poder. Dion considera una prueba de la mejor condición de Octavio el hecho de que cuando quedó solo ya no actuó así: XLVII 7, 3. Las arbitrariedades de los triúnviros son las que hacen parecer de oro la monarquía de Octaviano: XLVII 15, 4. Es decir, la monarquía aceptada por Dion es un resultado, positivo, de las luchas civiles de la época de la dictadura. La oposición entre ambas no se concibe, ni en César ni en Octaviano, hasta que el proceso ha terminado.

Con respecto a César la distinción está menos clara. Hemos visto que se considera virtuoso y evérgeta y que en su época ya se gobernaba bien, y que también se considera aspirante al poder en las guerras civiles. Pero el término se aplica al gobierno ya establecido, cuando, en XLIV 35, 1, se dice que la mayoría se alegró del final de la dictadura de César justamente hasta la apertura del testamento: XLIV 35, 2. Es interesante que se utilice el término *dynasteía* aplicado al gobierno de César y no sólo a su participación en las luchas civiles, precisamente en un momento en que se trata del apoyo o no del pueblo. Parece más clara la otra distinción[39] que considera diferente el contenido de la palabra *dynasteía* si se aplica a finales de la república y si se usa

[39] Espinosa, *Debate*, pág. 67 y n. 179.

para referirse a reinos orientales y bárbaros (v. g. XXXVII 7a y 2a), aunque podría buscarse un paralelismo entre el apoyo en la plebe urbana de los dinastas republicanos y el carácter a veces popular y demagógico de algunos de los reinos citados. Así, también Tiberio Graco, en frag. 85, 3, se hizo odioso entre los de su mismo partido a causa de su excesivo poder. Es un problema de rivalidades personales en que aumenta el poder de unos a costa de otros; pero tal poder se fundamenta en la multitud *(hómilos)* y los caballeros. Los problemas de la rivalidad personal se interfieren con los del apoyo social. El episodio de los poderes de Pompeyo es también muy ilustrativo. El senado no quería darle tanta hegemonía: XXXVI 24, 1, pero él tenía el apoyo del pueblo; al verse con la oposición de los poderosos quiso parecer forzado *(ibid.* 24, 5) para evitar el odio y tener más gloria: *ibid.* 24, 6[40].

En cualquier caso, parece evidente que, para todo momento, Dion está de acuerdo con el poder unipersonal. Es difícil que muchos en el poder estén de acuerdo, dice en frag. 17, 15, con referencia a la institución de los tribunos de la plebe, principalmente en razón de la envidia *(phthónos).* Pero ésta no es exclusiva del poder de muchos. También es propia de la monarquía. No sólo Agripa considera que la monarquía es ventajosa para los amigos, pero al gobernante sólo le proporciona envidias y peligros: LII 2, 2, lo que podría estar condicionado por el papel «antimonárquico» que desempeña en el debate; también Augusto coincide con él cuando tiene que prever la envidia y el odio que suelen existir contra los «mejores»: LIII 8, 6. Augusto te-

---

[40] J. Béranger, «Le refus du pouvoir» (1948), en *Principatus. Études de notions et d'histoire politiques dans l'Antiquité gréco-romaine,* Ginebra, Droz, 1975, págs. 165-190.

mía, en efecto, ser objeto de complots: LIV 12, 3. Cuando Tiberio hace su encomio (LVI 35, 6), aconseja que no se vea en él la superioridad, que produce rencores, envidias, etc., sino los beneficios recibidos.

El odio está unido a las rivalidades por el poder personal, en la muerte de Demetrio por su hermano Perseo, por ejemplo (Zonaras, IX 22). El elogio de la moderación de Escipión se centra principalmente en su alejamiento del odio (Zonaras, IX 27) que es lo único que perjudica a los mejores (frag. 70, 9). Fabricio vota a favor de Rufino porque era *philópolis,* es decir, le importaba la ciudad por encima del odio (frag. 40, 1-2); al mismo tiempo, el propio Fabricio considera que su riqueza está segura y libre de odio porque no atenta contra ella ni pueblo ni tirano (frag. 40, 36). Está más seguro que Pirro porque hay participación. Hay un elogio de la república oligárquica porque, al haber mayor participación, pero no dominio del pueblo, no hay odio. Es, por tanto, algo que va unido a la formación del poder personal.

En la teoría, el buen gobernante se libra de esto. Para César, XLIII 1, sólo quien no domina su propio poder *(exousía)* está cargado de sospechas y temores ante los demás. César estaba libre de tales cosas, lo que le permitía no hacer caso de las acusaciones de complot e incluso castigar a los acusadores: XLIV 15, 1. Pero, en realidad, por mucho que gobernara de modo evergético y clemente, fue víctima del complot contra el evérgeta. El poder personal atrae el odio. La dificultad está en hacerle frente con la clemencia. La de César no tuvo éxito. De ahí que, de manera contrastada con los consejos de Livia, Augusto siga sosteniendo que «ningún poder está libre de envidia y conspiración, y menos la autarquía» (LV 15, 1), y que «en la monarquía tememos tambien a los amigos» (LV 15, 14). Lo ideal es la elimina-

ción de «temores y sospechas» que justifican la actitud tiránica de los malos emperadores, pues es significativa la afirmación (LIX 23, 1) de que Gayo Calígula siempre pretendía estar en peligro para justificar la represión, y uno de los objetivos de los consejos de Mecenas a Augusto es que éste nunca sea odiado ni objeto de conspiración: LII 39, 4.

De ahí el constante peligro de la monarquía de caer en la tiranía. César tiene que defenderse de esa posible acusación: por mucho éxito que alcance nunca va a caer en la tiranía (XLIII 15, 5): en el mismo sentido lo defendía Antonio, en XLIV 47, 1: a César no lo corrompió la *eupragía,* etc., defensa que es absolutamente necesaria, habida cuenta de los precedentes conocidos: Mario, Cinna, Sila (XLIII 5, 3). Tras la muerte de César se vuelve a crear la misma situación de *stásis* y de guerra que da pie al deseo de Dion de escribir historia. En esta situación es donde los hombres que están en el poder consideran amigos o enemigos según sus intereses: XLVIII 29, 3. De ella se nutre también la afirmación de Agripa de que nadie confía en que hagan justicia los que tienen la fuerza: LII 7, 4. En el debate, la situación de *stásis* es condicionante para ambas posturas, la de Agripa y la de Mecenas. Agripa, contra el poder personal, argumenta con el ejemplo de los que perecieron por desear la *dynasteía:* Cinna, Estrabón, Mario el Joven, Sertorio y Pompeyo; por el contrario, se salvaron, por no desearla, Mario, Sila, Metelo y Pompeyo al principio: LII 13, 2; Mecenas, por su parte, considera que, si Octavio entrega el poder, todos van a pretender la monarquía y, ademas, lo atacarán a él por lo que ha hecho (LII 17, 2): Pompeyo fue atacado precisamente por dejar el poder: LII 17, 3.

El proceso de formación del Principado, dentro del desarrollo de las guerras civiles, condiciona la aproximación entre monarquía y tiranía. Los conflictos personales traen

consigo el peligro de tiranía y Casio está preocupado por si Antonio pretende convertirse en tirano: XLIV 34, 7. Es una especie de círculo vicioso: conspiración-tiranía-conspiración, o viceversa. Pero para Dion hay un estrecho paralelismo con los problemas de su tiempo y con sus aspiraciones, de cuyas frustraciones tendía a culpar a los «malos emperadores». Así, sobre la base de LXXIII (LXXIV) 2, 5, Espinosa[41], afirma que la misma técnica que se emplea para distinguir democracia de tiranía es la que sirve para definir al buen emperador y al malo. El alegato contra el tirano de la época de la revuelta republicana sirve para el mal emperador de la época de la revuelta de la crisis del imperio. Por ello no sorprende que la actitud propia de Dion aparezca más claramente en los libros referentes a la caída de la república y el establecimiento del Principado[42].

IV. MONARQUÍA FRENTE A DEMOCRACIA

Es evidente que, en XLIV 2, Dion se inclina claramente por la monarquía frente a la democracia[43]: la democracia es buena de nombre, pero de hecho es mejor la monarquía; es

[41] *Debate*, pág. 276.

[42] MILLAR, *Study...*, pág. 74.

[43] Cf., MILLAR, *Study...*, pág. 75; P. BOTTERI, M. RASKOLNIKOFF, «Diodore, Caius Gracchus et la Democratie», en C. NICOLET, *Demokratia et Aristokratia. À propos de Caius Gracchus: mots grecs et réalités romaines,* París, Publ. de la Sorbonne, 1983, pág. 93. ESPINOSA, pág. 70. C. G. STARR, «The Perfect Democracy of the Roman Empire», *AHR* 58 (1952), 1-16. Sobre los problemas de la terminología griega y latina, en general, ver M. L. FREYBURGER, «Quelques exemples de l'emprunt linguistique du grec au latin dans le vocabulaire politique de Dion Cassius», *Ktema* 9 (1984), 329-337.

mejor *uno* malo que la multitud *(plêthos);* para todos son mejor los reyes que el pueblo, dado que la democracia produce soberbia y ésta odio; en una ciudad dueña del mundo no es posible la democracia. La posición es clara: la defensa de la democracia sólo puede ser teórica; el gobernante único es preferible, en cualquier caso, a la multitud; el odio es el producto de la democracia; el imperio territorial es condicionante absoluto del imperio político. Sobre el odio ya hemos tratado; del imperio territorial trataremos en su momento. Los otros dos aspectos están íntimamente relacionados entre sí. La democracia teórica puede estar expuesta en el discurso de Fabricio: frag. 40, 34-38[44], donde dice que su riqueza está segura porque no atenta contra ella ni pueblo ni tirano, y puede «beneficiar a la mayoría», es decir, democracia evergética sin poder de la multitud. Esta democracia sí es aceptable: conservación de riquezas con la contrapartida de la acción noble. Y sin enfrentamiento. Es la misma que se define en frag. 23, 5: democracia no es que todos participen de lo mismo, sino cada uno según su merecimiento *(kat'axían).* En la época de la muerte de César se identifica con la *libera res publica* de la época anterior a las guerras civiles, pero sólo tiene una realidad de orden moral, como lo opuesto al gobierno de uno sólo[45]. Por ello está en el programa de los asesinos de César (XLVII 42, 3), que decían al pueblo que lo habían matado para que se gobernaran «libres y autónomos» (XLIV 21, 1). Este período, hasta el establecimiento definitivo del Principado, es muy interesante; la prueba está en que las reflexiones políticas y sociales

---

[44] Espinosa, *Debate,* pág. 82.

[45] Botteri, Raskolnikoff, cit., pág. 94. En general, sobre el tratamiento de la república por parte de Dion, D. Fechner, *Untersuchungen zu Cassius Dios Sicht der Römischen Republik,* Hildesheim, Olms, 1986.

de Dion suceden de modo contradictorio, pero muy significativo. En L 1, 1, con referencia al año 33, Dion dice que el pueblo se vio privado de la democracia, pero aún no había llegado la monarquía. Es la síntesis final de un proceso que viene marcado por lo menos desde Filipos (XLVII 39)[46]. Ésta es la democracia que se identifica con la República oligárquica, que tuvo su última manifestación con las pretensiones de los asesinos de César. Es la democracia como reparto de honores y cargas, la del discurso de Cátulo contra los poderes de Pompeyo (XXXVI 32, 1): Cátulo era precisamente quien «siempre anteponía el interés popular a todo» (XXXVII 46, 3); o la representada por Catón, que cuidaba a los muchos, se preocupaba de lo de la plebe, no admiraba a ningún hombre, amaba lo común, odiaba la dictadura, amaba lo popular, no por gloria, sino por amor a la vida autónoma y libre de tiranos (XXXVII 22, 1-3). Es una forma de democracia republicana en que el amor a lo popular se realiza desde posiciones elevadas, como un modo de beneficiencia, pero donde se deja notar que en ello hay un peligro, que es el de la pretensión de gloria, que puede representar un riesgo de tiranía. Precisamente el carácter demótico de Catón se manifiesta en oposición a César: XLIII 11, 6. Pero es una tenue frontera la que existe entre la beneficencia «democrática» y la que busca la gloria del poder personal. Así como la monarquía encuentra sus raíces en las luchas por el poder (César y el propio Augusto), así también las luchas personales encuentran sus raíces en la democracia. Por eso es tan difícil saber cuándo acaba la democracia: en Filipos, en el año 33...; pero ya antes se ha dicho que con César era imposible la democracia. Ya las rivalidades entre M.

[46] MILLAR, *Study*..., pág. 75; BOTTERI, RASKOLNIKOFF, cit., pág. 93.

Octavio y Graco eran propias de la dictadura y no de la democracia: no beneficiaban a la comunidad: frag. 83, 4.

Con todo, en la narrativa de la situación previa a Filipos, Dion piensa que Bruto y Casio renuncian a la democracia cuando Octavio se ganó al *plêthos:* XLVII 20, 3-4. Aquí parece darse una mezcla de dos conceptos de *dēmokratía:* el de República tradicional como programa restaurador de Bruto y Casio y el de adhesión del pueblo *(dêmos).* De algún modo esta polisemia ocurre en toda la obra y es parte de la ambigüedad dominante y de lo complejo de la realidad que Dion quiere reflejar. Pero no deja de ser significativo que se exponga aquí de manera más explícita. En definitiva, estamos justamente en el momento en que el Principado en formación está ocupando el espacio que Dion quiere justificar. Los enemigos de Augusto eran los defensores de la democracia, pero Augusto terminará representando a la democracia. Así se explican las reflexiones siguientes: Bruto y Casio lucharon en defensa de la libertad del pueblo: XLVII 32, 2; en el año 42 tuvo lugar la última lucha por la libertad y la democracia: XLVII 39, 1; posteriormente se lucharía para ver a quién se sometían, pero todavía ahora unos luchaban por la dictadura y otros por la libertad: el resultado fue que el pueblo perdió la libertad de expresión *(parrhēsía)* XLVII 29, 2; con ello se debilitó lo democrático y se fortaleció lo monárquico: XLVII 39, 3: la contraposición es entre monarquía y democracia. Los vencidos por el triunfo de la monarquía fueron los romanos, ahora bien, «no digo que no les beneficiara el ser derrotados, pues ya no eran capaces de vivir en armonla bajo esta forma de gobierno»: XLVIII 39, 4. Es un interesante malabarismo conceptual. El triunfo del poder personal es la derrota de los romanos, pero tal derrota les fue provechosa. En un imperio tal ya no cabe la democracia anárquica que es incapaz de moderación; el final es for-

zosamente o la esclavitud o la destrucción: XLVII 39, 5[47]. Con ello se llega a la síntesis representada por Augusto[48]: combinó la monarquía con la democracia; preservó la libertad, el orden y la seguridad; tan lejos de la violencia democrática como de la soberbia tiránica; en libertad prudente y monarquía sin temores, bajo la realeza sin esclavitud, bajo la democracia sin división en facciones: LVI 43, 4. En el juicio último, positivo y sintético, de Dion con respecto a la monarquía de Augusto, entra como parte fundamental la alusión a la democracia, cuyo rasgo más importante es la carencia de violencia y de división en facciones *(dichostasía)*[49]. En cambio, cuando Tiberio hace el elogio de la monarquía de Augusto, la contrapone a la democracia porque ésta conduce a los conflictos internos *(es toùs stasiasmoús)*: LVI 39, 5. La democracia nunca había logrado lo que Augusto; el gobierno de uno solo significa la salvación, mientras que la democracia es libertad sólo de nombre; de hecho significa conflictos. Los mismos asesinos de César, al pretender restablecer la democracia provocaron revueltas. En el año 27, algunos senadores odiaban lo democrático como revolucionario: LIII 11, 2. Y en el año 22, la revuelta del pueblo en el momento de la elección de los cónsules demostró que era imposible que los romanos se salvaran bajo la democracia: LIV 6, 1.

Pero, por otra parte, el final de la democracia es el despotismo de la oligarquía. Tras el final de la democracia, en las luchas entre Antonio y Octavio, el pueblo fue esclavizado: L 1, 2. E incluso el propio Augusto mantuvo los títulos de la República sólo como apariencia: LIII 17, 3. Para la

---

[47] Cf. Mazzarino, *Pensiero*, II, 1, págs. 200-201.

[48] Espinosa, pág. 75; Millar, págs. 74-75.

[49] Y en LVI 44, 2, se señala que hizo cesar la *stásis*.

aceptación del establecimiento de la monarquía hay que justificar el final del sistema tradicional democrático, y esa justificación se halla en el final despótico de la democracia que justifica una monarquía democrática. Naturalmente, este planteamiento requiere constantes ambigüedades terminológicas y explicaciones de posturas desde distintos puntos de vista. Por ejemplo, Servio Tulio parece incorporar la figura sintética de Augusto en Zonaras, VII 9, cuando, ante las conspiraciones y dentro de la monarquía, empuja a los romanos a la democracia y la libertad[50]. Por otro lado, Valerio, aunque es muy popular, despierta sospechas de aspiración a la monarquía (frag. 13, 2) y lo mata la multitud[51]. Pero es también frecuente el uso de «popular» *(dēmotikós)* como amable, y opuesto al enfrentamiento, como en el caso de Mummio: no le importó que un templo sufragado por él se consagrara a nombre de otro (frag. 76, 1-2); es lo contrario de las rivalidades de finales de la República: «popular» *(dēmotikós)* como opuesto al enfrentamiento *(phthónos)* y a la revuelta *(stásis)* correspondiente.

Botteri y Raskonikoff[52] han puesto de relieve los problemas de la aplicación de los términos griegos a las situaciones políticas romanas. Por un lado, la oposición aristocracia/democracia aparece aplicada a la de oligarquía conservadora/individuo demagogo (Diod., XXXIV/XXXV, 25 1), equivalente a *dynasteía*. Por otro, Apiano usa *dēmo-*

---

[50] Como en Dionisio de Halicarnaso, IV 40, 3, donde aparece como una prefiguración de Augusto, en tanto que superación dialéctica, en el interior del régimen monárquico, del senado y de la plebe; cf. Botteri, Raskolnikoff, cit., pág. 86; D. Placido, «Introducción» a Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma. Libros I-III,* Madrid, Gredos, 1984, págs. 7-23.

[51] Cf. J. M. Libourel, «An Unusual Annalistic Source used by Dio Cassius», *AJPh* 95 (1974), 385-6.

[52] Cit., págs. 61 ss. (en Nicolet).

kratía para el régimen romano anterior a las guerras civiles (*Guerras Civiles* I 99), que pudo ser restablecido por César (II 107), pero también por sus asesinos (II 119); L. Antonio habla de restaurar la aristocracia destruida por el triunvirato (V 43), pero antes ha evocado la restauración de la democracia (V 39). Como se ve, la tradición terminólogica no es precisa y sólo ayuda a hacer más compleja la situación ante la que se halla Dion. Él quiere ver en la formación del Principado la superación de una democracia en sí positiva, pero que se ha hecho inútil por el desarrollo de la revuelta y el poder personal; y por tanto la superación se lleva a cabo, como efecto de esas luchas por el poder personal, en la forma de una monarquía que además es democrática. Sin embargo, la ambigüedad subsiste, incluso para referirse a épocas posteriores a Augusto. Gayo (LIX 3, 1-2) era considerado muy democrático porque no enviaba cartas al pueblo ni al senado y porque no ostentaba títulos imperiales, pero luego se hizo muy monárquico, por asumir los títulos de Augusto[53].

V. EXCESOS DE LA MONARQUÍA: LOS EMPERADORES TIRANOS

Ya lo hemos visto: el poder monárquico está al borde de la tiranía. Rómulo, frag. 5, 11, fue «más tiránico y más duro con el senado». Tomaba decisiones por sí mismo y le dijo al senado cosas insoportables: «os creé para que obedecierais». El concepto de tiranía afecta aquí a las relaciones en-

---

[53] C. Gatti, «Un compromesso politico dell'imperatore Gaio all'inizio del suo Regno (Nota in margine a Dione Cassio LIX 3, 1-2)», *Miscellanea di Studi Classici in onore di Eugenio Manni*, III, Roma, Breschneider, págs. 1055-1064.

tre el monarca y el senado, por lo que puede afectar al juicio sobre Augusto, que deseaba ser llamado Rómulo, y Septimio Severo, que soñó que lo coronaba. Según un fragmento transmitido por Juan de Antioquía (frag. 32M), Rómulo despreciaba a los ciudadanos y a los líderes del senado. Era en cambio amigo de los soldados, a quienes concedía tierra y botín, y por ello tenía el odio del senado, por ser autarco; se apoyaba en la multitud y en los soldados. Por un lado están el senado y los ciudadanos, por otro la plebe y los soldados, como puntos de apoyo diferentes en el modo de definir a un gobernante tiránico[54]. La libertad de los senadores se define como opuesta a la del pueblo.

Con respecto a Servio Tulio, Zonaras, VII 9, expone la relación que existe entre el apoyo del pueblo y la realeza total. Tal apoyo es más fácil que el de los eupátridas. El tirano Tarquinio el Soberbio (frag. 11, 2) se dedica a dar muerte a los más poderosos de los senadores, entre otras cosas. Él mismo (frag. 11, 4) intenta aniquilar al senado y los caballeros buscando la *oliganthrōpía* se creía odiado por todo el pueblo, pero consideraba que lo más selecto era lo más enemigo del tirano; también temía a la plebe y a la guardia pretoriana, pues podían rebelarse por el cambio de constitución; reunía el senado y no le comunicaba nada, sólo para humillación y desprecio. Es interesante la descripción: lo detallado es la relación con la clase dominante, aunque también se menciona al pueblo y la multitud. Se busca el establecimiento de un bloque social compacto frente a los «malos» gobernantes, aunque lo sustancial sea la relación con la clase dominante; porque también se le atribuye (Zonaras, VII 10) la destrucción de los más fuertes y la distribución de sus riquezas a la plebe. Era también (frag. 11, 6) inaccesi-

[54] Espinosa, *Debate*, pág. 485.

ble, no admitía la colaboración, daba muerte a los ciudadanos, etc.: características todas ellas que se ven también en los «malos» emperadores. Dion saca sus conclusiones: todo inteligente de familia ilustre es sospechoso para los tiranos (frag. 11, 10), el mal reinado (sin ciencia, virtud, moderación) se destruye a sí mismo y a los súbditos (frag. 12, 9), y les pasa lo mismo a los que comparten el poder (frag. 12, 11). El desprecio de Dion frente a Postumio (frag. 36, 32) procede de que declaraba que él mandaba sobre el senado y no al revés. Flaminio (Zonaras, VIII 20) celebra el triunfo con el apoyo de la plebe, frente al senado.

Es también significativo el tratamiento de la figura de Sila (frag. 108, 1-2): se apoyó en los peores, que se lo iban a agradecer más y a prestar su colaboración; los virtuosos habrían exigido algo a cambio. Cuando estuvo en el poder se reveló tal como era (frag. 109, 2) y causó alarma entre los senadores (frag. 109, 6); no había seguridad frente a los que en el senado querían comportarse injustamente (frag. 109, 10); se crearon temores por la existencia de listas de senadores (frag. 109, 14); sólo estaban seguros los de la *hetairía* (frag. 109, 15), situación que también se produce con César (XLI 9, 1): lo temían salvo los amigos. Dion establece un paralelo: en la guerra civil se produjeron asesinatos al estilo silano (XLVI 33, 6). Las luchas civiles del año 43 son también iguales a las de la época de Sila (XLVII 3, 2), con listas de nombres *(ibid.,* 3, 4) y conflictos en que se perturban las alianzas y relaciones amistosas: cualquiera puede igualmente ser víctima de los amigos o de los enemigos; se parte de que los ricos nunca pueden estar en paz ante el más poderoso en tales casos *(ibid.,* 5, 2-4). Los enfrentamientos alcanzan hasta los más cercanos parientes *(ibid.,* 6, 2). En general, las peores consecuencias son las que afectan al senado. También Catilina, aunque decía que iba contra Cicerón, iba

de hecho contra el senado (XXXVII 42, 2). La importancia de todo esto se muestra si atendemos a XLV 2, 6, donde se cuenta que Augusto alguna vez dijo que tendría a sus pies la dignidad senatorial. Y Dion comenta que obtuvo un resultado de acuerdo con lo dicho. Ya hemos hablado de la postura ambigua ante el Principado de Augusto. Dion la refiere a los senadores tras el discurso del año 27 (LIII 11, 1): se apoderó de ellos un sentimiento variado; unos lo creyeron y otros admiraron su artificio. Desde el comienzo del Principado, las relaciones entre el senado y los emperadores comienzan a verse condicionadas por las peculiares características personales de cada uno de éstos: Tiberio era hostil a unos de verdad y a otros en apariencia, pues deseaba que se le opusieran cuando quería hacer algo (LVII 1, 6). La relación de la institución imperial con la clase que la apoya se hace conflictiva, real o aparentemente, desde sus orígenes.

En el emperador Gayo Calígula, Dion pone de relieve algunos rasgos típicos de la competencia del poder imperial con el senado. Le irritaba que el senado le votara distinciones, porque así aparentaba ser superior (LIX 23, 3), pero también se entristecía si no las votaba: LIX 23, 4; promulgó una amnistía para el senado, pero dijo que quedaban algunos contra los que estaba irritado, lo que produjo la ansiedad de todos: LIX 25, 9; soportaba la libertad de palabra de los de bajo rango más que la de los de dignidad (LIX 26, 9), pues odiaba al más fuerte que él: LIX 27, 4. También Nerón odiaba al senado: LXIII (LXII) 15, 1; para Víndice, destruyó la flor de los senadores: LXIII 22, 3. Y, lo que tiene más importancia para Dion, también Severo hizo muchas cosas que no *nos* gustaron: LXXIV (LXXV) 2, 2; y por supuesto Caracala, que deseaba ser el único con poder, envidiaba al que sabía y odió a todos los que sobresalían: LXXVII (LXXVIII) 11, 5. Macrino nombró a Advento sólo para en-

sagrentar al senado LXXVIII (LXXIX) 14, 3 y no comunicó a éste su modo de actuar con los soldados: *ibid.* 27, 3. Los juicios negativos sobre los emperadores están en relación con su actitud ante el senado, y en LXXIX (LXXX) 7, 2, de las víctimas del año 218, sólo nombra a los pertenecientes al mismo.

Dion parte de la igualdad entre el emperador y los senadores. Va contra la naturaleza que lo semejante esté sometido, porque con ello se produce odio hacia el poderoso y «desprecio» *(kataphrónēsis)* hacia los demás: frag. 5, 12. El *phthónos* en el poder personal se produce cuando quiere establecer una relación de sumisión y despotismo. Se muestra aquí la importancia que tiene la formación del poder personal en el final de la República para comprender los rasgos del Imperio. Es propio del tirano (frag. 40, 15) estar lleno de desconfianza y no poseer amigos. Hace falta similitud de hábitos: cf. también frag. 40, 14. En caso contrario, la colaboración se convierte en *hetairía,* en una reflexión similar a la de Salustio, *Iug.* XXXI 15: *inter bonos amicitia, inter malos factio.* Con el buen gobernante hay colaboración basada en la amistad; con el malo la colaboración es del tipo de la facción. La amistad sólo se conserva cuando hay igualdad, pero en cambio queda destruida cuando existe temor y envidia: XXXIX 26, 1-2. El poder personal que se acepta está delimitado por valores republicanos como el de la igualdad y la colaboración entre «amigos», y queda destruido precisamente por los defectos propios de los tiempos finales de la República, cuando en las relaciones de *amicitia* se interfirió el odio en el momento en que las rivalidades produjeron la indignación del senado: XXXIX 28, 1. El poder personal «tiránico» tiene que prescindir incluso de los amigos. Tarquinio el Soberbio (frag. 11, 3) condena a muerte incluso a los amigos que le ayudaron a alcanzar la monar-

quía, porque pensaba que igualmente podían dársela a otro, dado que actuaban por sublevación; y Pirro desconfiaba de quienes lo habían llamado y por quienes estaba en el poder: frag. 40, 46. Parece evidente que el poder personal no permite confianza en quienes lo apoyan. La tensión es negativa para ambos. También Aníbal sospechaba de todos. Todo el que sobresalía era un enemigo posible, y prefería adelantarse antes de que actuaran contra él. El senado admite el poder personal que no está viciado por la producción de temor desde este poder que es lo que ocurría cuando unos rivalizaban con otros a finales de la República. La crítica de esta época se hace por los mismos motivos que la de los «malos emperadores». El elogio de Pompeyo se basa en estos presupuestos. Desde que recibió honores del senado se dedicó a agradar a éste (XL 50, 5), pues no quería mandar solo, y así evitaba el odio *(ibid.* 51, 1). La actitud del senado, pues, está definida como la de apoyo a alguien que con ese apoyo gobierne de acuerdo con el senado. Aquí está el límite de la actitud promonárquica de Dion. La monarquía que gobierne con el senado requiere el apoyo del senado. El senado necesita, pues, apoyar al poder personal. Pero, evidentemente, el resultado en la historia del poder personal de los emperadores no es siempre positivo. De ahí que la postura haya sido ambigua: en las luchas entre Octavio y Antonio, los hombres oscilaban y apoyaban al más débil: XLV 11, 4. Aquí está el drama histórico de Dion y de su clase. Drama que naturalmente se refleja en su postura ante la historia. Porque Dion es consciente del peligro de los cambios de opinión: frag. 12, 3a. El cambio daña a las ciudades y a los ciudadanos particulares; los que tienen inteligencia prefieren estar en la misma situación aunque no sea la mejor. Catilina intentó «renovar el estado»: XXXVII 10, 4; Augusto, en cambio, en su discurso del año 27, aconseja conservar las leyes esta-

blecidas y no cambiar: aunque sean inferiores son más convenientes que las nuevas (LIII 10, 1). Aquí se reflejan aspectos importantes de la postura de Dion. No se puede cuestionar el régimen político del Imperio; siempre será peor cambiar. La clase dominante oriental «conservará el régimen». Es un problema de adaptación conflictiva. La adaptación de los emperadores-tiranos o la adaptación de Dion con el problema objetivo de cómo tiene que ser ese imperio para que sea defensor de los intereses de la clase de Dion. Pero en la formación del Imperio, para Dion, el problema de la clase con la que históricamente se identifica representa un conflicto parecido. Es necesario el poder personal, pero aquí esto significa un cambio; y la experiencia de los precedentes anteriores a César y Pompeyo no es positiva: el senado entonces recuerda al pueblo la falsedad de las promesas de personas como Mario y Sila: XLI 16, 2. El cambio no deseable, la necesidad de poder personal y las experiencias del mismo, son factores que integran la compleja visión histórica del autor. De ahí las contradicciones del senado, que llamó a César «liberador» (XLIII 44, 1), pues Dion considera que la atribución de títulos a César era un signo de adulación: XLIII 44, 3. La conflictiva clarividencia de Dion le hace darse cuenta de que la culpa de César estaba en los mismos senadores que lo alzaron y luego se lo reprocharon: XLIV 3, 1. La percepción de sus propias contradicciones ante el poder personal le abren la posibilidad de percibir las contradicciones del senado en su apoyo o rechazo del poder personal al final de la República[55]. Para él, César se equivo-

---

[55] De acuerdo con Gabba, en *Caesar...*, pág. 69, Dion es heredero de Arístides en su aprobación del Imperio, pero se encuentra en una época en que es necesaria la defensa de su posición y la de su clase contra las crecientes pretensiones de la monarquía, que se había desarrollado de modo no previsto por Arístides. También R. F. Newbold, «Cassius Dio and the

có al aceptar, pero la culpa es de los senadores, dado que el exceso de honra envanece (XLIV 3, 2-3), hasta tal punto que algunos votaban los honores intencionadamente para perder a César: XLIV 7, 3[56]. Hay una especie de autocrítica como clase, al tiempo que comparte la idea de su clase de que el poder personal es necesario e inevitable. Por eso Dion percibe la contradicción de la clase senatorial ante César. El complot contra él se basaba en excusas: recibía sentado (XLIV 8, 2); y lo odiaron aunque ellos mismos lo habían ensalzado: XLIV 8, 4, por ejemplo, con la diadema de su estatua: XLIV 9, 2.

El conflicto y la ambigüedad de las relaciones entre el poder personal y la clase dominante queda patente en las consideraciones expuestas en XLIV 10, 2-3, acerca de, por una parte, la irritación de César cuando se quejaron de la falta de libertad de expresión, pero por otra también de la alegría de algunos por no poder participar y tener que limitarse a ver las cosas como desde un «mirador»[57]. Para Dion, las aspiraciones a participar y a expresarse de la clase dominante están limitadas por su propio carácter acomodaticio procedente de sus necesidades de un poder personal. La aspiración, pues, más que a participar, es a obtener seguridad bajo

Games», *AC* 44 (1975), 600, pone de relieve que el crecimiento de la autarquía ha creado un distanciamiento entre el emperador y los senadores; esto lleva a observar críticamente el origen del Principado, sin dejar de mostrar su aceptación.

[56] En XXXVII 23, 3, hay unas curiosas consideraciones a propósito de los honores concedidos al poderoso; lo popular es que no se propongan, porque rechazar los propuestos puede parecer arrogancia y provocar odios contra la *dynasteía;* en esto se configura el concepto de culpabilidad del senado en sus peculiares relaciones con el poder personal.

[57] Así sería también en la época del conflicto entre Severo y Albino, en que los senadores permanecían tranquilos, sin definirse, mientras el *dêmos* se lamentaba: LXXV (LXXVI) 4, 2.

el poder personal[58]; pero para ello este mismo poder tiene que estar alejado de la tiranía y de la dictadura: XLV 18, 2. El problema del senado es que se encuentra a merced de individuos que sean capaces de preservar sus intereses: XLV 36, 2. Este problema del senado también podría existir en época de Dion: tienen que estar a merced de individuos que protejan sus intereses, lo que conduce a la esclavitud. Por ello se vuelve paradigmático el ejemplo de Antonio, así como el de Mario, Cinna, Sila...: XLV 37, 4. Sin duda, Dion intuye que el problema de las relaciones entre emperador y senado en su época se había fraguado en la época de formación del Principado.

Para la clase dominante, las relaciones con el poder personal son delicadas. Su actitud puede tener efectos dobles. Las medidas tomadas contra Antonio dieron a éste pretexto para endurecerse: XLVI 30, 1. El senado tiene que pactar con el poder personal, pues atacarlo puede provocar un endurecimiento que haga actuar al poderoso de modo más violento y más «personal» contra los senadores. Las responsabilidades de muchos de los males del final de la República en las luchas por el poder personal yacen en el senado: XLVI 34, 1 ss. Dion muestra su escándalo porque hubo que aclamar a los triúnviros como evérgetas y salvadores de la ciudad: XLVII 13, 3. Así, muestra su escándalo al tiempo

[58] Por ello, puede compartirse la opinión de Giua, «Augusto...», pág. 447, que, sobre el discurso de Tiberio, LVI 40, 1, llega a la conclusión de que el interés de Dion está en la búsqueda de la falta de preocupaciones por medio del Imperio. En el mismo discurso, LVI 41, 3, se contempla el aumento del censo por Augusto como modo de engrandecimiento de la clase senatorial: cf. C. Nicolet, «Augustus, Government and the Propertied Classes», en F. Millar, E. Segal (eds.), *Caesar Augustus. Seven Aspects*, Oxford, Clarendon Press, 1984, págs. 95 y n. 29, 120-121. Las posibilidades de supervivencia y de auge de la clase senatorial están identificadas ya con el poder personal.

que su impotencia. El parto del poder personal conlleva los dolores propios de la dictadura. La alternativa era Bruto, y la democracia que ya era inviable, apoyado por el senado: XLVII 22, 2[59]. Sin duda, Dion es un buen reflejo de la perplejidad del senado ante la situación. Otro ejemplo de tal perplejidad queda reflejado en el caso de Corbulón, que pudo aspirar al imperio porque lo admiraban los que odiaban a Nerón: LXII 23, 5; pero él era considerado y tenía la confianza del emperador: LXII 23, 6; la conspiración partía de gente que había tenido confianza en Nerón como buen emperador: LXII 24, 2. Es una contradicción parecida a la del propio Dion. La necesidad obliga a confiar en personas a las que la misma necesidad del momento obliga a actuar al margen de esa confianza. El contrapunto a esta adaptación a las circunstancias por parte de los emperadores podría estar representado por Marco Aurelio, que no cambió en nada mientras fue emperador: LXXI (LXXII) 34, 5.

Todo ello lleva a la aceptación de Augusto como modelo de gobierno personal en que el senado puede integrarse y a la aceptación de las ficciones en que se formula tal integración. En esquema, Dion lo acepta hasta el punto de integrarlo en su síntesis de principios del libro LII 1, 1, en que hace una periodización conceptual: hasta ahora ha habido *basileía*, *dēmokratía* y *dynasteía;* ahora empieza la *monarchía,* a pesar de que Augusto planeó entregar las armas y restituir el «estado» al senado y al pueblo, pues el sistema de monarquía estricta, que puede llamarse así aunque haya

[59] El problema queda reflejado en el discuso de Cicerón, XLV 36, 1: hay que prevenir para que no sea necesario otro Bruto, y lo solucionemos todo nosotros mismos sin necesidad de nadie. La conservación de la *demokratía* necesita de individuos que la conserven, paradoja que Dion pone en boca de Cicerón de manera acertada.

dos o tres monarcas, se define cuando se cuenta que pasó a Augusto todo el poder del pueblo y del senado: LIII 17, 1.

Dion resalta algunos otros hechos: en medio de los honores recibidos por su victoria sobre Cleopatra, Augusto hizo que lo acompañaran con la púrpura en el triunfo los senadores que habían participado: LI 20, 2; los honores que recibe Augusto no proceden de la adulación, sino que trataba a los senadores como libres: LIII 33, 1 y depuró al senado, no sólo a causa de la maldad de algunos, sino también cuando veía en ellos adulación: LIV 13, 1. Dion quiere poner de relieve la diferencia entre un apoyo senatorial, digno y correspondido con el respeto del emperador, y un apoyo basado en la adulación, negativo para la propia clase senatorial. La teoría se elabora al tratar el contrapunto de Sejano y las adulaciones que se desenvolvían a su alrededor: los que sobresalen por su propia dignidad no necesitan signos de acogida, los advenedizos, sí (LVIII 5, 3)[60].

Con Augusto se consigue una síntesis interesante que refleja la complejidad de la situación. Se ve obligado a ser totalitario porque los senadores, en el año 27, estaban necesitados de un dictador: LIII 1, 4, y ello le permite satisfacer su deseo de parecer popular y hacer que su poder sea ratificado por el senado y el pueblo: LIII 12, 1. Y cuando, el año 3 d. C., aceptó el imperio por cuarta vez, se dice que fue forzado, porque no quería ofender a los senadores: LV 12, 3; igual que, en el año 8 a. C., a los 20 años, dejó el poder, pero lo volvió a tomar aunque involuntariamente: LV 6, 1. Dion sabe interpretar también el hecho de que Octavio no se presentara a la Asamblea: como si hubiera que temer su presencia y no su poder: XLVI 55, 5; y conoce la ficción de las

[60] También Nerón confiaba en los que hablaban con temor y adulación: LXI (LXII) 11, 1.

relaciones entre Octavio y el senado: como si aceptara lo que de hecho había tomado por la fuerza: XLVI 47, 1; y como si se lo dieran voluntariamente: XLVI 47, 2. También sabe Dion que lo que se legisló en honor de Augusto, a su muerte, aunque de palabra era obra del senado, de hecho lo era de Tiberio y Livia: LVI 47, 1[61]. Por lo menos algunos de los que aspiraban al poder personal conocían cuáles eran las condiciones de aceptación de la clase dominante. Fue Augusto quien consiguió sus objetivos y respondió a la imagen deseada. Pero, en definitiva, también Antonio prometía devolver el poder al senado y al pueblo: L 7, 1. La ficción del rechazo del poder es un aspecto de la realidad de las necesidades del senado de apoyarse en el poder personal. En el discurso de Augusto (LIII 7, 3), se atribuye su éxito a la virtud y a la fortuna, lo que le habría permitido hacerse totalitario sin que quisieran, pero él no deseó la monarquía. Fue soberano porque se lo pidieron, pero pudo por sus circunstancias serlo aunque no quisieran. Las necesidades de la clase senatorial se unen a las condiciones personales del emperador para serlo. Es la convergencia de las condiciones generales de clase con las características personales. Al tiempo, se mantienen los conceptos por los que puede ser aceptable el poder personal. Por ejemplo, la no aceptación de títulos excesivos. Pompeyo es alabado porque no aceptó más

[61] Como, luego, Domicio fue elegido colega del emperador, de palabra por el pueblo, de hecho por Gayo: LIX 20, 3. Y en época de Domiciano, a los senadores les importaba la diferencia entre que el emperador castigara a algunos privadamente o lo hiciera por medio de ellos, ¡como si pudieran oponerse o no votar!, comenta el autor: LXVII 2, 4. Del mismo modo, con respecto a César, XLIII 45, 1-3, Dion considera que sus privilegios no eran «democráticos» porque fue el senado el que votó que fuera soberano y consistían en magistratura y mandos militares, pero sabe, XLII 20, 1-2, que los ciudadanos votaron a favor de César los poderes que realmente ya tenía porque querían parecer soberanos.

«eponimia» que Magno, ni tampoco llevar corona de laurel: XXXVII 21, 3-4; Pompeyo sabe que en la dictadura los honores son forzados y por adulación: XXXVII 23, 2.

La monarquía aparece con rasgos demóticos como expresión de su fundamento real en las necesidades de la clase senatorial. Augusto legisló a través del cuerpo de consejeros senatoriales: LIII 21, 4. Pero Dion no se engaña. Aunque continuaban los juicios en manos del senado y las elecciones en manos del *dêmos,* él sabe que no se hacía nada que no gustara al César: LIII 21, 6. La opinión de los senadores no tenía eficacia real, pero de ella nacía la *auctoritas:* LV 3, 4. Se consigue, pues, la suficiente seguridad descargada en manos del emperador sin la pérdida del autorrespeto plasmado en las ficciones: Augusto consulta previamente al senado: LV 4, 1; y, tal vez de modo más real, se plasma en la colaboración de los amigos: los posibles defectos del poder personal los corrige Augusto con la libertad de expresión de éstos: LV 7, 3; y Severo «nos dio libertad de expresión» a sus consejeros: LXXVI (LXXVII) 17, 1. Por ello, en el testamento de Augusto, se aconseja que todos lo que pudieran se dedicaran a lo «común», y no dejaran a uno solo, dado que se convertiría en tiranía; y además la caída de un hombre significaría la caída del estado: LVI 33, 4. En esto, la tiranía se identifica con la monarquía sin colaboración, que constituye el modo de evitar que la monarquía caiga en la tiranía[62].

Desde el punto de vista de la protección del propio Augusto, toda represión queda justificada, en el sentido de que la conspiración contra el emperador se interpreta también como conspiración contra las magistraturas: LV 4, 3; 5, 4. Así, la protección del poder personal es la protección de las instituciones, de igual modo que, en palabras de Livia, la

---

[62] ESPINOSA, *Debate,* pág. 76.

prostasía existe para la protección de los gobernados: LV 20, 2. Por ello, ya en época de Dion, el senado alaba a Severo: todos hacen bien puesto que tú gobiernas bien: LXXVI (LXXVII) 6, 2; pero esto va unido al hecho de que toda fuerza autárquica dada por alguien deja de ser del que la da: LXI 7, 3.

A lo largo de toda la historia del imperio, está constantemente presente, en el juicio sobre los emperadores, el motivo de las relaciones que éstos sostuvieron con el senado. Tiberio honró a los magistrados como en la *dēmokratía:* LVII 11, 2, y el título que prefería era el de *princeps senatus:* LVII 8, 2; otro síntoma de democracia es para Dion que el senado estuvo con Gneo Calpurnio Pisón frente a Tiberio y Druso: LVII 15, 9. También Gayo al principio fue muy democrático, porque no enviaba cartas al pueblo ni al senado, aunque luego se hizo muy monárquico: LIX 3, 1. La aceptación de la monarquía viene condicionada por la relación con el senado, pero se califica de muy monárquico al que se comporta con él negativamente, con lo que sale a la luz una connotación peyorativa de la palabra monarquía cuando ésta no tiene las condiciones que Dion quiere. Por su parte, Galba consideraba que no había tomado el poder, sino que se lo habían dado: LXIV (LXIII) 2; Vespasiano consultaba al senado: LXVI (LXV) 10, 5; y cuando Dion dice de él que actuaba demóticamente (LXVI [LXV] 11, 1), se refiere a su forma de actuar privada. Trajano tiene un sueño en que es el senado quien lo inviste: LXVIII 5, 1; y honró a todos los mejores: *ibid.* 6, 4; Adriano hacía todo lo importante a través del senado: LXIX 7, 1; para la sucesión convocó a los primeros y más dignos de los senadores: *ibid.* 20, 1; cuando Marco Aurelio recibió el título de *imperator* de los soldados, aunque no estaba acostumbrado a aceptar nada que no procediera del senado, lo aceptó como de parte

del dios y se lo comunicó: LXXI (LXXII) 10, 5; y consideraba que todo el dinero pertenecía al senado y al pueblo: «todo lo que tenemos es vuestro» (al senado): LXXI (LXXII) 33, 2. Pértinax *nos* trató de la manera más popular: LXXIII (LXXIV) 3, 4; muestra de que quería ser popular es que se llamó príncipe del senado: LXXIII (LXXIV) 5, 1, aunque no deja de atribuírsele parte de la responsabilidad: el error de Pértinax fue la precipitación: LXXIII (LXXIV) 10, 3[63].

Y, desde luego, el emperador mismo debe ser senador: LXXVIII (LXXIX) 41, 2, como se ve en el ejemplo *a contrario* de Macrino[64]: habría sido mejor que eligiera a otro como emperador, perteneciente al senado: LXXVIII (LXXIX) 41, 2. Pero las formalidades importan hasta tal punto que incluso dentro del juicio negativo de este emperador se destaca su rechazo del título de cónsul por segunda vez: LXXVIII (LXXIX) 13, 1. En cambio, de Heliogábalo se critica que tomara el título de Augusto, la *potestas tribunicia*, etc., antes de que se lo votaran: LXXVIII (LXXX) 2, 3.

Otras veces, en cambio, la relación se manifiesta más matizada y condicionada por su propia aceptación de las ventajas del poder personal. Al referirse a la dictadura, Zonaras, VII 13, junto a su utilidad sobre todo en los conflictos internos, hace constar que también se producen en ella juicios sin apelación incluso contra senadores.

Como el cesarismo se apoya en las necesidades de la clase senatorial, sus excesos, que pueden perjudicar al mismo senado, son en parte producto de la misma actitud senatorial. Tal es la situación que se muestra cuando Calígula considera a los senadores culpables de las muertes (LIX 16,

---

[63] Cf. ALFÖLDY, «Crisis...», pág. 107.

[64] R. SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, Clarendon Press, 1939, pág. 504 y n. 4.

2) y el senado, como consecuencia, vota a favor de la filantropía del príncipe: LIX 16, 10[65]. Dion no deja, pues, de revelar la culpabilidad de la postura ambigua de los senadores. Son muy claras las consideraciones expuestas a la muerte de Sejano. Cuando ésta se produjo, los senadores le achacaron su propio infortunio y votaron como si se hubieran liberado de una *despoteía:* LVIII 12, 4; lo condenaron por las medidas que ellos mismos habían votado previamente: LVIII 14, 2. Pero luego se dieron cuenta de que lo anterior no era más de Sejano que de Tiberio (LVIII 16, 4) y llegan a la conclusión de que su amistad con el emperador era el fundamento de la propia, porque así le eran agradables a Tiberio: LVIII 19, 4. En efecto, antes, LVIII 6, 2, «llamaban a Sejano colega de Tiberio, no refiriéndose al consulado, sino al poder». En el año 30, los senadores saludaban a Sejano como emperador: LVIII 4, 1; se había ganado, además de los pretorianos, a los senadores, con evergesias, con esperanzas, con temor: LVIII 4, 2. Es una curiosa búsqueda de equilibrio entre la aceptación y el rechazo de cada una de las manifestaciones concretas del poder personal, como en el caso de Otón, al que, al morir, los de Roma, que antes lo alabaron, lo consideraron enemigo: LXV (LXIV) 1, 1. Es un problema constante del senado: la alabanza del vivo en detrimento del muerto. A la muerte de Macrino, al que había alabado, el senado lo hizo enemigo público, para exaltar a Caracala (año 218): LXXIX (LXXX) 2, 5, situación que, a su vez, debilita el poder del emperador, dado que así «ni el que parece más fuerte está seguro de su poder» LXXVIII (LXXIX) 41, 1, es decir, pierde la capacidad de desempeñar su función, consistente en dar seguridad precisamente porque está

[65] J.-C. Faur, «Un discours de l'empereur Caligula au sénat (Dion, Hist. rom. LIX, 16)», *Klio* 60 (1978), 446.

seguro. En la época del propio Dion, Severo pone de manifiesto los fundamentos de esta situación. Ataca al senado porque había deshonrado injustamente a Cómodo. Según él, la mayoría del senado vivía del modo más vergonzoso, *aíschion* LXXV (LXXVI) 8, 2. De hecho, en las orgías de Heliogábalo intervenían algunos miembros del senado: LXXIX (LXXX) 14, 2.

En el caso de Nerón, según Dion, los hombres de Roma se alegraban porque pensaban que él se destruiría solo, pero los senadores votaban todo aquello con lo que él se alegraba: LXI (LXII) 15, 1. En esta situación ambigua por parte de la generalidad del senado, Trásea Peto sabía que aunque actuaran como esclavos los mataría: LXI (LXII) 15, 3, pero, en general, en público lo reverenciaban aunque en privado lo despellejaban: LXI (LXII) 16, 1. La consecuencia fue que Nerón se identificó hasta tal punto con el estado, que deseaba que éste pereciera junto con su poder: LXII 16, 1. También en su propio tiempo todos se manifestaban a favor de Severo, pero no podían ocultar sus verdaderos sentimientos: LXXV (LXXVI) 8, 5. Alternativa a la adulación era sólo, para la nobleza romana, la *quies*, la *hēsychía,* el modo de salvarse en situaciones problemáticas con los emperadores y dedicarse a hacer sólo *tà heautoû:* LX 27, 4[66].

La actitud del poderoso ante el senado tiene a veces una contrapartida en la actitud ante el pueblo. El crecimiento de la magnificencia de los reyes (Zonaras, VII 8), cuya herencia se ve en los emperadores «actuales», se expone paralelamente a la transformación del senado por Tarquinio, que enrola a gente del *dêmos* con intención de controlar tanto al *dêmos* como al senado. Magnificencia y control van unidos

---

[66] R. Syme, *The Roman Revolution,* Oxford, Clarendon Press, 1939, pág. 504 y n. 4.

entre sí; pero también al apoyo al pueblo por los emperadores a costa del senado. Sin embargo, con respecto a Tarquinio el Soberbio, frag. 18, 5, la acusación de aspirar a la tiranía procede de la plebe, mientras que los senadores están más bien en contra porque los tribunos han actuado al margen de ellos. Parece haber una crítica a la actitud acomodaticia de los senadores, como la anterior con Calígula, hasta el punto de valorarse en ocasiones la actitud del *dêmos* como más sincera que la del senado, como en el caso de Didio Juliano, LXXIII (LXXIV) 13, 2, que llega a declarar que no apoya al pueblo porque no lo llamó: LXXIII (LXXIV) 13, 5a, *frag. inc. loc.* Sin embargo, en referencia a su propia época, Dion considera que el senado era incapaz de hacer nada, por coacción: LXXIX (LXXX) 2, 5.

El control del pueblo por los emperadores priva sobre la posible consideración de tiranos. Sin embargo, en otras ocasiones, la acusación de pretender la tiranía está en relación con el apoyo al *dêmos,* como en el caso de Espurio Casio (Zonaras, VII 20), al que Dion acusa de pretender la tiranía por su reparto de grano. En Zonaras, VII 21, está clara la relación establecida entre los triunfos, los repartos al pueblo, la revuelta y la dictadura como punto de arranque de situaciones de cambio *(eneōtérisan).* El poder personal en el mal sentido significa revolución, conflicto, y se basa en la actitud de atracción del pueblo sobre la situación privilegiada que da el triunfo. Y esto es coherente con algunos otros ejemplos de apoyo del pueblo al poder personal. Cuando Roscio propone recortar el poder de Pompeyo con dos hombres, es la muchedumbre quien se opone (XXXVI 30, 3), y para Cátulo (XXXVI 34, 4) los tipos de poder como el que se pretende dar a Pompeyo son los que sirvieron para agitar al pueblo. Para él, había que nombrar colaboradores (XXXVI 36, 3), pero, en todo caso, a éstos había de nombrarlos el

senado, no el dictador ni el pueblo. Son interesantes los motivos que atribuye Dion a quienes apoyaron a Pompeyo (XXXVI 43, 3-4): César lo hacía porque creía que el pueblo era más fuerte que el senado, y esperaba que un día lo votaran a él; Cicerón, porque para sobresalir se apoyaba igual en la plebe que en los poderosos. Sigue aquí pareciendo que en general para Dion el poder personal recibe más apoyo del pueblo que del senado. M. Opio era amado por la multitud (XLVIII 53, 5), por lo que el senado estaba molesto. Aquí hay un ejemplo claro de la diferencia de actitudes entre masa y senado. Sin embargo, las afirmaciones generales a veces requieren una matización, pues cuando se dice que Germánico se conciliaba a la plebe y la defendía incluso ante Augusto, el ejemplo que se cita es el de un cuestor: LVI 24, 7.

En las consideraciones sobre el reinado de Gayo Calígula, Dion, tras referirse a las medidas que habían gustado a todos, expone las de signo contrario: la vuelta de las elecciones al pueblo y a la plebe (LIX 9, 6), lo que gustó al humilde, pero dolió a los prudentes, pues las magistraturas quedaban en manos de la muchedumbre. Sin embargo, Dion tiende a buscar posturas más generalizadas con respecto a los emperadores a los que critica. Por ello insiste en que, en el año 39, dejó de agradar a la plebe y éstos se opusieron a sus deseos (LIX 13, 3), aunque las fuerzas no eran equilibradas, dado el poder del emperador: LIX 13, 4. Lo que le molesta era que lo llamaran «jovencillo Augusto» (LIX 13, 6), lo que posiblemente no era más que un apelativo más o menos cariñoso, demostrativo de las expectativas del pueblo en su búsqueda de la recuperación de ciertos beneficios procedentes del poder imperial. Pero luego insiste en que lo mataron los que se inclinaban ante él; fue el pueblo quien quitó las estatuas: LIX 30, 1a. Esto hace posible que Dion sea capaz de percibir el carácter contradictorio de las medi-

das «democráticas» de Calígula: el pueblo se hizo indolente porque no hacía nada libremente, pues lo que se salvó fue sólo la forma de la democracia (LIX 20, 4), por lo que de nuevo se abolieron las elecciones (LIX 20, 5), y mostró su verdadero carácter cuando prohibió hablar contra los tiranos (LIX 20, 6).

De otro lado, los aspectos positivos que se destacan en la labor de Claudio son la disolución de las hetairías que había introducido Gayo (LX 6, 6), el cierre de tabernas (LX 6, 7) y, en definitiva, el reforzamiento de la distinción entre senadores, caballeros y la multitud *(hómilos):* LX 7, 3. También es interesante el juicio sobre el reinado de Nerón: mientras fue administrado por Séneca y Burro fue alabado por todos (LXI 4, 1), pero finalmente Nerón siguió a Gayo (LXI 5, 1) y fue alabado por la multitud *(hómilos):* LXI 5, 2; de otro lado, insiste en que el pueblo lo maldecía (LXII 18, 3). Hay una insistencia en el modo de expresión de Dion que parece indicar una cierta polémica con quienes aceptaran la existencia del apoyo por parte del pueblo. También, cuando Cómodo fue declarado enemigo, según Dion, LXXIII (LXXIV) 2, 1, fue como resultado de los ataques del senado y del pueblo. Y en época de Macrino, LXXVIII (LXXIX) 20, 1-3, el pueblo se consideraba sin rey y clamaba a Zeus, y daba como muertos a Macrino y Diadumeniano. De Adriano comenta con elogio que trató al pueblo firmemente y no con adulación (LXIX 6, 1). El apoyo del pueblo se valora negativamente en el caso de Nigro: LXXIII (LXXIV) 15, 2. En otros emperadores, la cuestión permanece latente pero clara. En el caso de Nerón, cuyo «popularismo» está bien reconocido[67], aparece como modelo de falsos personajes, seguramente de acuerdo con las expectativas de los sectores

[67] Cf., por ejemplo, E. Cizek, *Néron,* París, Fayard, 1982, págs. 277 ss.

populares que esperan su aparición de nuevo, como en el año 69: LXIV (LXIII) 9, 3, o como modelo de Vitelio: LXV (LXIV) 4, 1, que amaba y alababa todo lo relacionado con él. También en tiempos de Tito apareció un falso Nerón asiático[68].

El dilema del imperio estaba en que el carácter popular de algunos emperadores les hacía perjudicar a los poderosos. Dion trata de buscar el equilibrio. La aspiración de Dion era que el emperador satisficiera las necesidades de los pobres sin que tal acción perjudicara a los ricos, que Dion tratará de conservar en sus privilegios[69]. Ello implica la cesión del poder, pero también el temor a que tal poder se exceda, generalmente en cumplimiento de la función básica de controlar a las clases oprimidas. Si el control se lleva a cabo por medio de la beneficencia, es fácil saltar el límite en que esa beneficencia se convierte en perjudicial para la clase dominante. Es la forma monárquica contra la que polemiza Dion desde la perspectiva de quien tiende a teorizar la monarquía como gobierno de los *áristoi,* de acuerdo con la corriente estoica y cínica[70].

VI. *DÊMOS* Y *STÁSIS:* EL TEMOR DE DION A LOS EXCESOS DEL PUEBLO

Lo que preocupa a Dion de su tiempo es la revuelta, lo que le preocupa del origen del Principado es la revuelta,

---

[68] Y en el año 34 había aparecido un falso Druso, LVIII 25, 1. Otra identificación interesante fue la de Antonino Caracala, al que en una visión sólo lo defendió Cómodo: LXXVII (LXXVIII) 15, 4.

[69] Cf. F. Gascó, «Buenos y malos emperadores en Casio Dion» en J. M. Candau, F. Gascó, A. Ramírez de Verger, *La imagen de la realeza en la Antigüedad,* Madrid, Coloquio, 1988, págs. 128-129.

[70] Botteri, Raskolnikoff, cit., pág. 93.

lo que le preocupa de los malos emperadores es el apoyo del pueblo. Libourel[71] señala una serie de ejemplos de violencia del *dêmos* que él atribuye a una fuente diferente de la utilizada por otros escritores conocidos para época republicana[72]. Zonaras, VII 12, señala cómo el pueblo estuvo a punto de matar a Colatino con sus propias manos por incitación de Bruto, lo que difiere del resto de las fuentes[73]; en el frag. 17, 1-3, pero más claramente en Zonaras, VII 14, 1-2, el *dêmos* entra en el senado y está a punto de destruir a los senadores, lo que resulta más violento que las versiones de Livio y Dionisio de Halicarnaso[74], etc. El frag. 17, 1-3, se refiere a la *stásis* y muestra una clara percepción de la violencia socioeconómica. Los que tienen riquezas quieren ser como reyes, mientras los más débiles no quieren obedecer por considerarse iguales, son insaciables de libertad y quieren acceder a las propiedades de aquéllos *(ousíais)*, que a su vez quieren usar sus cuerpos. Ya no hay colaboración, ni se distingue lo propio de lo extraño: unos llegan al colmo de la autoridad, otros del rechazo de la «esclavitud voluntaria». La lucha interna es por todo ello peor que la externa. Todo parece referirse a una época de crisis y transformación de las relaciones de dependencia, por lo que puede pensarse que, sea cual fuere la fuente, lo importante es que Dion haya utilizado y comprendido, desde su propia situación, los datos de otro momento en que hay un proceso de formación de relaciones esclavistas, desde la perspectiva de otra época en que el proceso es más bien de disolución de las mismas. Hay también otras consideraciones que son más importantes

---

[71] Art. cit., *supra*, n. 51.

[72] Para él, pág. 392, los aspectos violentos de la primitiva historia de Roma proceden de una única fuente de época silana o cesariana.

[73] LIBOUREL, págs. 384-385.

[74] *Ibid.*, págs. 386-387.

para la comprensión de la figura de Dion, al margen de la fuente, como la afirmación de que no hay lealtad en la masa hacia el evérgeta, cuando trata la figura de Espurio Casio: frag. 19[75]. Pero, de otro lado, en el frag. 17, 6-7, la culpa es de los poderosos acreedores que no se dieron cuenta de que la pobreza produce una desesperación difícil de combatir: la *akríbeia* de los poderosos es causa de muchos males, concluye. Pero, más adelante (frag. 17, 12), la multitud comprendió que el *excedente* de los ricos sostiene a los pobres. La beneficencia es un modo eficaz, según Dion, para el sostenimiento del equilibrio social, pero también lo es el poder personal: en la dictadura de Larcio el pueblo no «se revolucionó» (Zonaras, VII 14), lo que viene a estar de acuerdo con la propuesta de Mecenas (LII 20, 3): quitar la fuerza a la plebe y al *populus,* y a los magistrados, para evitar rebeliones. La concepción social de Dion se basa en el presupuesto de que es natural que lo inferior se modele de acuerdo con las opiniones de los que mandan: frag. 110, 3. El pueblo es un factor peligroso y violento. La experiencia demuestra que el mejor modo de control y de evitar la revuelta es el poder personal, unido a la beneficencia. Pero conservando el equilibrio favorable a la clase dominante. Lo contrario engendra violencia, dada la falta de agradecimiento del *dêmos* hacia el benefactor.

VII. LA CLEMENCIA DEL EMPERADOR, FACTOR DE EQUILIBRIO

Uno de los factores más importantes para conseguir el equilibrio entre clase dominante y emperador es el de la

---

[75] *Ibid.*, págs. 387-388.

clemencia. Se parte del reconocimiento de que el poder personal trae conflictos dentro de la misma clase a la que sirve. Quien posee el poder personal adquiere un *status* de superioridad que puede chocar con las aspiraciones de quienes lo apoyan. De ahí que constantemente se dé por supuesto el enfrentamiento. La solución preconizada por Dion es la clemencia. El elogio de Tarquinio en frag. 9, 3, se basa en que olvidaba el daño recibido y hacía beneficios *(euergétei)* al que lo había ofendido. Con eso lo «vencía» y demostraba su superioridad. Es el mismo tono que el de los consejos de Livia a Augusto, en la línea en que se mueven los discursos del libro VIII, que hablan contra los castigos excesivos (frag. 36, 1), sobre la base de que un delito puede originarse en cualquier circunstancia (frag. 36, 2). Siempre será preferible el uso de la benevolencia, que somete y hace reflexionar, mientras que a lo impuesto se reacciona negativamente porque produce la sensación de falta de libertad: frag. 36, 3. Lo propio del poder no es matar, sino salvar, lo que sólo puede hacerse con el consentimiento del que manda: frag. 36, 4. Las diferencias cesan con las *euergesíai:* se ama más al benefactor si antes ha habido diferencias: frag. 36, 12. Es mejor la *dóxa* por los beneficios que la venganza por la injuria: frag. 36, 13; la correspondencia a los que hacen bien es más importante que el dolor por los que hacen mal: frag. 36, 14. Y en frag. 32c se defiende el perdón a los enemigos frente a los que atacan al que comete error aunque sea amigo[76].

En el proceso de formación del poder personal se muestran las ambigüedades resultantes de la incidencia de la teo-

[76] De Marcelo se alaba, frag. LVII 31, el valor, la prudencia, la justicia, el no ser riguroso con los gobernados, el perdón de los errores, en lo que parecería un retrato del «buen» emperador.

ría de la clemencia y la realidad de la inseguridad del propio gobernante que ha asumido el poder personal. El caso de César es muy significativo: perdonó a muchos que le habían hecho daño, pero castigó por su seguridad: XXXVIII 11, 6[77]. En general, se encuentran en él unidas ambas actuaciones: castigo, pero también perdón (XLI 62, 2), en lo que actuó con benevolencia y valor: XLI 63, 5. Incluso fue clemente con Bruto, por lo que deja de tener sentido la conspiración: XLI 63, 6; no debieron matar a su protector: XLIV 2, 5. El poder personal debe ser clemente con los enemigos, pero los conspiradores no deben actuar contra el gobernante que es clemente. En XLIII 12, 2, el autor vuelve a hacer una diferencia entre los que se salvaron por haber adoptado la actitud de suplicantes y los cautivos, condenados sin juicio. Por tanto, también se propone una actitud suplicante a quienes hayan actuado alguna vez de forma contraria a quienes ostentan el poder personal. La actitud de César en Dion es predominantemente clemente: quema de documentos de enemigos (XLIII 17, 4) y de partidarios de Pompeyo, etc. (XLIV 47, 5); su clemencia se mostró con Casio *(ibid.* 8, 1); César se mostró filantrópico con los enemigos *(ibid.* 46, 5); sólo castigaba a los que conspiraban muchas veces *(ibid.* 46, 6); hasta Cicerón reconoce que perdonó a muchos (XLV 35, 2). Con Vercingetórix no tuvo piedad (XL 41, 2-3), lo que por un lado plantea ciertos problemas de fuentes[78]; pero por otro

---

[77] Dion resalta la generosa actuación de César con Cicerón, XXXVIII 10, 4-11, cf. MILLAR, *Study...*, pág. 48.

[78] Cf. G. ZECCHINI, *Cassio Dione e la guerra gallica di Cesare,* Milán, Pubblicazioni della Università Cattolica del Sacro Cuore. Vita e Pensiero, 1978, págs. 52, 99-100, 189. Cf. reseña de B. MANUWALD, *Gn.* 53 (1981), 120-125. Se trataría del reflejo de una actitud militante contra el programa de *clementia* de César. Cf. también M. SORDI, «Cassio Dione e il VII libro del De Bello Gallico di Cesare», *Studi di Storiografia antica in*

el autor considera que la ofensa había sido mayor por haber existido amistad. Es decir, la amistad requiere mayor lealtad al gobernante.

También con respecto a Octavio los datos resultan contradictorios: tenía reputación de clemente por perdonar a uno al que luego mató: XLVI 49, 5; con todo, en las luchas civiles, fue el que salvó a más, mientras que el más duro fue Antonio: XLVII 8, 1 [79]. En el desarrollo de las luchas civiles, Octavio también mostró salvación y perdón con Casio, etc. Y, posteriormente, Augusto no quería matar a los que conspiraban contra él: LV 14, 1; como palabras suyas se dice (LV 14, 3) que «los castigos no sirven, sino todo lo contrario». Según Tiberio, Augusto salvó a la mayoría de los oponentes, no imitando a Sila (LVI 38, 1); y calmaba la revuelta con benevolencia: LVI 39, 1; de los conspiradores sólo castigó a aquellos cuya vida consideraba inútil incluso para ellos mismos: LVI 40, 7. También se mostró democrático por haber intervenido como abogado en favor de un antiguo colaborador (LV 4, 2) y de un amigo, pero no castigó al acusador porque consideraba necesaria la libertad de palabra a causa de la «maldad» de la multitud, y castigó a los que conspiraban contra él: LV 4, 3. Mecenas muestra la postura programática de lo que debe hacer el emperador en estos casos: no oír las acusaciones contra los que hablan mal de él; sólo tienen que preocuparse de ello los que gobiernan mal, LII 31, 5-6. La postura del gobernante unipersonal se define en LII 37, 6-7: ante los poderosos es necesario evitar que pequen por ambición y abuso del trato benévolo que se preconiza para ellos, pero sin que esto quiera decir que se po-

---

memoria di Leonardo Ferrero, Turín, Bottega d'Erasmo, 1971, págs. 179, 182.

[79] En general, se presentaban como a igual distancia de la crueldad de Mario y Sila y de la clemencia de César: XLVII 13, 4.

tencien los sicofantas; el pacto entre poder personal y clase dominante queda claro. Ni denuncias, ni conspiraciones[80]. Es el reflejo de los problemas que esta alianza trae consigo. Pero más claro queda si observamos la continuación: si la multitud delinque, el poder personal debe actuar duramente: LII 37, 7. La función de un poder personal fuerte está en controlar a la multitud, pero la dureza de su actuación puede afectar a los «poderosos». La alternativa es la clemencia, pero unida a que los poderosos respeten el poder personal. La búsqueda del equilibrio fuerza-clemencia es el objetivo propuesto por Dion[81].

Este presupuesto está presente también en los distintos juicios sobre los emperadores, y sus actitudes a este respecto se destacan frecuentemente. Tiberio, al principio, actuaba en favor del pueblo porque no había procesos: LVII 9, 1-2[82]; pero luego aceptaba a los acusadores sin discriminar (LVII 19, 1b) y éstos recibían dinero: LVIII 4, 8. La ventaja de la posición del emperador es que puede perdonar, mientras que para otros (se refiere a Sejano), esto es un signo de debilidad: LVIII 5, 4. Claudio no hace caso de las acusaciones de complot: LX (LXI) 29, 4; y Tito no mató a ningún

---

[80] La distinción entre lo que aquí son sicofantas y lo que antes es *parrhēsía* no está claramente establecida.

[81] Aunque, en determinadas ocasiones, Dion trata de resaltar una postura unitaria, de bloque. Trajano era bueno para todos: con el pueblo actuó con clemencia, con el senado con dignidad, y sólo fue temido por los enemigos: LXVIII 7, 3. Adriano promulgó una carta el año 117 según la cual no mataría a ningún senador, LXIX 2, 4, pero, aunque gobernó de modo filantrópico, por algunas muertes de nobles fue atacado y no estuvo entre los héroes: LXIX 2, 5. Pero para Dion también fue odiado por el pueblo, a pesar de gobernar excelentemente, a causa de los asesinatos al principio y al final de su reinado: LXIX 23, 2.

[82] ESPINOSA, *Debate*, pág. 388; lo que es importante para precisar el concepto de democracia de Dion.

senador: LXVI 19, 1. Domiciano decía que los emperadores que no castigaban a muchos no eran buenos, sino afortunados: LXVII 2, 3. Seguramente tenía razón Domiciano, dado que no debía de ser cuestión del gusto de los emperadores, sino de las circunstancias que posibilitaban la concordia entre el poder político y la clase dominante, como en la época de Marco Aurelio, que pudo tratar filantrópicamente a los cómplices de Casio (LXXI [LXXII] 27, 3) y habría salvado al propio Casio: LXXI (LXXII) 30, 4 (Xiph.). El conjunto de la apreciación de Dion es interesante. Avidio Casio cometió un error al rebelarse, pero al tiempo se reconoce su capacidad para haber sido un buen emperador: LXXI (LXXII) 22, 2 ss.[83].

Pértinax, a pesar de la petición de los senadores, no quiso condenar a Falcón: «mientras yo mande, ningún senador será condenado a muerte, ni siquiera justamente», LXXIII (LXXIV) 8, 5, donde se demuestra que, incluso para la salvación del senado, era más eficaz el emperador que el propio senado.

Los planteamientos se hacen más vivos al acercarse a la propia época de Dion. Severo, como los buenos emperadores de antes, hizo la promesa de no matar senadores: LXXIV (LXXV) 2, 1. Pero Dion tiene que hacer una distinción: no cuenta lo que Severo escribió, sino lo que sucedió de verdad; Severo expuso la cabeza de Albino (LXXV [LXXVI] 7, 3), con lo que se hizo evidente que «no tenía nada de buen emperador: nos asustó a *nosotros* y al pueblo»[84]. Se

---

[83] Syme, *Emperors...*, págs. 129-130.

[84] Para Gabba, «Sulla...», pág. 295, los ataques de Septimio Severo a los senadores están en la base del cambio de postura de Dion ante él: LXXIV (LXXV) 2. F. Millar, *Stud...*, pág. 139, sobre la comparación de la entrada en Roma en LXXIV (LXXV) 1, 3-5, con la *Historia Augusta, S. Sev.* VII 1-3, y con Herodiano, II, 14, 1, ve una postura favorable de

decía hijo de Marco y hermano de Cómodo, a quien rindió honores como héroe (LXXV [LXXVI] 7, 4), lo que era coherente con su alabanza de la crueldad de Sila, Mario y Augusto, y su menosprecio de la clemencia de César y Pompeyo como causa de perdición para ellos mismos: *ibid.*, 8, 1; y violó la norma de no matar senadores: LXXIV (LXXV) 2, 2. El problema de la clemencia era vital en la época de Dion. Además Plauciano condenó a muerte a muchos de los ilustres y «homótimos» (LXXV [LXXVI] 14, 1) y Quintilo fue víctima de acusaciones: LXXVI (LXXVII) 7, 4. Clemencia y acusaciones pesan a lo largo de toda la *Historia* de Dion. Caracala también emulaba la crueldad de Sila: LXXVII (LXXVIII) 13, 7, aunque promete al senado la restauración de los condenados: *ibid.* 3, 3. Y, a pesar de todo, de Macrino se destaca que no quería que los acusados fueran condenados a muerte: LXXVIII (LXXIX) 21, 3; pero luego cometió el error de atacar a los sospechosos de estar disgustados de su falta de nobleza y absurdo deseo de monarquía: LXXVIII (LXXIX) 15, 3. Debió actuar con moderación y como benefactor, comenta Dion: *ibid.*, 15, 4. Giua[85] destaca que la clemencia imperial es igual al respeto por la clase senatorial[86].

Dion, que luego, sin embargo, adopta un tono crítico. Bowersock, en su reseña, págs. 473-4, cree ver una mayor hostilidad general hacia Severo. Para M. Eisman, «Dio and Josephus: Paralell Analysis», *Latomus* 36 (1977), 667, los aspectos críticos derivan del hecho de que las partes correspondientes a Septimio Severo y sus sucesores debió de reescribirlas Dion al final de su vida. Espinosa se mueve en esta línea: Dion debió de ver en Septimio Severo más bien peligros que realidades, que aparecieron en la época de sus sucesores (pág. 217). Más acertada parece la afirmación ulterior (pág. 218) de que Dion se debate en contradicciones frente a Septimio Severo.

[85] «Clemenza...», pág. 325.

[86] Es el senado quien en el año 67 a. C. propone moderación en las acusaciones por soborno, etc.: XXXVI 38, 5. Era un modo de disolver la

En su estudio de los discursos de Dion, Millar[87] deduce que, en ellos, dentro de su variedad, puede pertenecer a Dion el tema de la clemencia como elemento de las relaciones entre emperador y senado. Desde luego, la constancia de la preocupación así lo hace pensar.

VIII. EL PODER DEL EJÉRCITO

En la crisis subsiguiente a la muerte de Cómodo, un acontecimiento clave para las expectativas de Dion fue la muerte de Pértinax[88]. Los hechos en torno al breve imperio de Pértinax están entre aquellos que Alföldy[89] considera como muestra de que Dion percibe los rasgos de la crisis del siglo III. El acontecimiento y las circunstancias que lo rodean son, en efecto, clave para comprender su actitud ante la historia. Pértinax, que era de los *kaloikagathoí,* fue eliminado por los soldados (LXXIII [LXXIV] 1, 1), porque sospechaban que iban a perder los privilegios dados por Cómodo: *ibid.,* 1, 3; fue odiado por los soldados y los libertos:

---

unidad de la clase desde el proceso de desarrollo de la crisis final de la República. Los procesos judiciales contra personas del orden senatorial significan la perturbación de todo el orden del estado y la entrega de *tà prágmata* a los más viles: XXXVII 26, 1-3. Sin embargo, en este tema también Dion es consciente de las contradicciones del senado, como cuando condenó a Cornelio Galo, en lo que se mostró la falsedad de la «multitud»: LIII 24, 1.

[87] F. MILLAR, «Some Speeches in Cassius Dio», *MH* 18 (1961), 14.

[88] ESPINOSA, pág. 219, lo ve como una demostración de que «el senado era impotente para controlar la situación y dirigir el imperio».

[89] «Crisis...», pág. 99. Cf. F. GASCÓ, «La crisis del siglo III y la recuperación de la historia de Roma como un tema digno de ser historiado», *Studia Historica* IV-V (1986-87), 167-171.

ibid., 8, 1. Es un momento en que se pone de manifiesto la contradicción entre los intereses de la clase que representa Dion y los de los soldados, y que se concreta en el complot de los pretorianos. En cambio, Severo recibía más apoyo de los soldados: LXXIV (LXXV) 2, 3. En el conflicto entre Severo y Albino, éste era superior en linaje y educación, Severo lo era en la guerra y la estrategia: LXXV (LXXVI) 6, 2. Lo importante es que el triunfo de Severo se interpreta como un debilitamiento del poder de los romanos: LXXV (LXXVI) 7, 1[90]. En referencia al año 214, Dion podrá afirmar «los soldados *nos* tiranizaron» (LXXVII [LXXVIII] 17, 2), pues Severo mandó un ejército contra los inermes: LXXV (LXXVI) 7, 4[91]. Con Caracala, la situación se agrava en esta misma dirección. En un momento determinado (LXXVII [LXXVIII] 20, 2), se dirige al senado: «sé que lo mío no os agrada; tengo armas y soldados». A la muerte de Caracala no se atrevieron contra él por temor a los soldados estacionados en la ciudad: LXXVIII (LXXIX) 17, 4. También con Cómodo «eran los soldados quienes *nos* tiranizaban»: LXXVII (LXXVIII) 17, 2. Del mismo modo, Tiberio hace una exhibición de la guardia pretoriana para provocar el temor de los senadores: LVII 24, 5. Del mismo modo, Didio Juliano, con los pretorianos, intenta asustar al senado y al pueblo. Los soldados lo llamaban Cómodo: LXXIII (LXXIV) 12, 1. Tal situación se traduce en la presión de los soldados para que el

---

[90] Cf. M. Mazza, *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel III secolo d. C.*, Roma, Laterza, 1973, 2.ª ed. (= Catania, 1970), pág. 22 y n. 33 (pág. 522): para la tradición historiográfica procedente de Dion, Severo aparece como el principal artífice de la decadencia.

[91] Cf. D. Harrington, «Cassius Dio as a Military Historian», *Acta Classica* 20 (1970), 165. Tales actitudes están desde los orígenes del Principado: Octavio comienza su acción tras conciliarse a los soldados y esclavizar al senado: XLVI 48, 1.

senado lo apoyara: «lo odiábamos y temíamos» LXXIII (LXXIV) 12, 5, son las palabras con las que Dion expresa las contradicciones de su propia clase. En cambio, uno de los pocos actos que se alaba de Gayo es que inspeccionó a los pretorianos en compañía del senado: LIX 2, 1. Pero con Severo las contradicciones eran aún más graves, pues él castigó a muerte a los pretorianos que estuvieron con Pértinax: LXXIV (LXXV) 1, 1.

El interés de Dion por este conflicto lo hace especialmente sensible a todas las diferencias surgidas entre el senado y el ejército a lo largo de la historia de Roma: en el año 41, el ejército tomó las funciones del senado: XLVIII 12, 3[92], y, según Cicerón (XLV 22, 4), «Antonio empleó soldados y bárbaros contra vosotros» (el senado); y también a todos los episodios en que el ejército desempeñaba un protagonismo político. En la secesión de la plebe del año 494 «las leyes fueron más débiles que las armas» (frag. 17, 9)[93]. Tal protagonismo es especialmente relevante cuando se trata de los peores aspectos de las luchas de finales de la República. Que los soldados cambien de jefe es típico de las guerras civiles: LXV (LXIV) 10, 4. Lépido, con el pretexto de vengar la muerte de César, sirviéndose del ejército, quería «novedades» y aspiraba al poder: XLIV 34, 5. Y en la situación crítica del año 42, «sólo ganan los que tenían armas»: XLVII 17, 4. Para Cicerón, tras la muerte de César, el poder vuelve al senado, no a los soldados, y se instauró la concordia y la libertad frente a las guerras civiles y la revuelta: XLIV 24, 1-2. Antes, los dueños de la república eran los que tenían armas. El fenómeno se extiende a la época imperial. La forma de actuación de Tiberio tenía su origen

---

92 Cf. Harrington, cit., pág. 162.

93 Cf. Libourel, cit., pág. 387.

tanto en su propia mente como en la agitación de los soldados: LVII 3, 5. En algunos casos, la valoración es bastante ambigua. Las tropas de Germania veían a Germánico como César, y mucho mejor que Tiberio. Lo llamaban emperador: LVII 5, 1. Tiberio temía a Germánico porque se ganaba al ejército: *ibid.,* 6, 2. La importancia de las citas reside más bien en que reflejan el papel del ejército en las transformaciones del poder político. La revuelta se refiere, con mucha frecuencia, a los soldados, por ejemplo a los de Germania en el año 41: LIX 30, 1b. También en la sucesión de Claudio, ninguna legalidad es más fuerte que las armas: LXI 1, 1. El que tiene más fuerza es el que parece decir y hacer lo más justo: LXI 1, 2. Fueron los soldados los que nombraron a Claudio y lo llevaron al campamento: LX 1, 3; los soldados insistieron en dar ellos un emperador a todos: LX 1, 3a; y a pesar de que los cónsules intentaron someterlos a la legalidad, fueron los soldados los que votaron por la *autarchía:* LX 1, 4. También la muerte de Séneca fue acelerada por los soldados (LXII 25, 2), que aprobaban el comportamiento de Nerón: LXIII (LXII) 10, 1. El senado no quiso votarle honores a Adriano (LXIX 23, 3), pero lo hizo por temor a los soldados: LXX 1, 3.

La cuestión se complica cuando se trata de los candidatos de los soldados y la postura de quienes, en tal situación, pueden acceder al poder imperial. Por ejemplo, LXIII 25, 1, en el año 68, los soldados quieren hacer a Rufo emperador, pero él quiere someterlo al senado y al pueblo (LXIII 25, 2), porque no consideraba digno dar el poder a los soldados, o porque era magnánimo y no deseaba el poder imperial: LXIII 25, 3. Parece añadirse aquí otro problema: el que desea el poder personal no suele ser de los mejores. Si lo es, no quiere el poder dado por los soldados, que son los que tienen la fuerza para darlo. En cambio, para Marco Aurelio,

LXXI (LXXII) 3, 4, sólo dios puede juzgar sobre la *autarchía,* no los soldados (Pedro Patricio); él nunca hizo nada por adulación o miedo. Sin duda, uno de los problemas de la época de Dion es la adulación de los emperadores a los soldados, porque su poder se apoya en ellos. Todo está de acuerdo con los criterios por los que, según Dion (LXIV [LXIII] 4, 2), los soldados eligen a Vitelio: o ignoraban su desvergüenza o consideraban que por esto armonizaría mejor con ellos. En sus tiempos los soldados no fueron prudentes, sino que entre los mismos floreció la soberbia y la desvergüenza: LXV (LXIV) 4, 4. Por medio del pillaje los de Vitelio destruyeron a aquellos por los que habían luchado: *ibid.,* 15, 2. Pero, por otra parte, los soldados de Vespasiano hicieron lo mismo que censuraban a Vitelio y por lo que hacían la guerra: LXV (LXIV) 19, 3. Otro caso que es importante tener en cuenta es el de Otón, que convenció a los soldados de que podían matar y hacer un César (LXIV [LXIII] 9, 2), y éstos lo aclamaban: en ti nos salvamos, por ti moriremos: *ibid.,* 14, 1. Por su parte, los soldados de Mesia no esperaron a Vespasiano, sino que dieron el poder a Antonio Primo (LXV [LXIV] 9, 3), no nombrado por el emperador ni por el senado, sino por odio a Vitelio y deseo de pillaje: *(ibid.,* 9, 4). Hay ocasiones, con todo, en que los soldados actúan dentro de los criterios aceptables para Dion: eligieron como emperador a Falcón, que sobresalía por linaje y riqueza: LXXIII (LXXIV) 8, 2. Incluso en Caracala, la influencia del ejército puede tener un efecto dúplice: Caracala no pudo matar a su hermano a causa del ejército, dado que aquél era más parecido a su padre: LXXVII (LXXVIII) 1, 3. Luego se presenta ante los soldados dispuesto a «beneficiarlos»: *ibid.,* 3, 1. «Soy uno de vosotros»: *ibid.,* 3, 2. Y a los pretorianos les dice: «gobierno por vosotros, no por mí mismo»: *ibid.,* 4, 1a. En la época de Macrino compararon a Caracala con

los tiranos anteriores (LXXVIII [LXXIX] 17, 4), pero, al mismo tiempo, Macrino llamó a su hijo Antonino, en honor de los soldados: *ibid.*, 19, 1-2.

Dion parece que trata de establecer una distinción entre el poder militar y el poder político, separar la fuerza de la capacidad de justicia. Las virtudes de la guerra no valen para la paz: frag. 18, 2, con el ejemplo de Coriolano, que primero fue exaltado *es tà prôta* y luego expulsado. Son consideraciones que podrían tener validez para emperadores que habían llegado al poder por sus méritos militares, y generalmente, por ello, apoyados por los soldados. *Es tà prôta* parece pertenecer a un vocabulario adecuado para el Imperio. La experiencia del propio Dion con Septimio Severo puede ser un ejemplo. En frag. 26, 2-3, Capitolino es otro caso del éxito en la guerra que no vale para la paz. El éxito conduce a lo más opuesto.

La cuestión que se plantea frecuentemente es la de las relaciones entre el ejército y el poder. César, en su discurso a los soldados del año 49 (XLI 33, 4), se refiere al hecho natural de la distinción entre mandar y ser mandados. El ejército necesita mando, pero, a su vez, el que manda debe servir de modelo, porque la multitud imita a sus jefes: frag. 110, 4. Capacidad de control, pero también conducta modelo que haga posible ese control. Se revela aquí la importancia del papel del ejército para Dion, pero, junto a ello, la importancia del papel del jefe de los soldados[94]. Hay que notar también cómo, al hablar de soldados, se tiende a iden-

---

[94] El discurso de César en Vesoncio, dirigido a las tropas amotinadas, XXXVIII 36, 46, adquiere su sentido para Dion cuando, como hace LETTA, cit., págs. 163-164, se lo compara con LXXVIII 26, 1, y LXXX 3, 1, y se ve como una alusión a la trágica impotencia de Alejandro Severo, condicionado por los militares. Lo mismo que XLI 26, 35, en el discurso de César a las tropas amotinadas en Placencia (*ibid.*, pág. 166).

tificarlos con «la multitud», término de contenido social más amplio, pero en que estarían incluidos los soldados. En el caso del episodio narrado por Zonaras, VII 14, en que los deudores se identifican con los soldados que, a causa de las promesas incumplidas, abandonaron la ciudad o el campamento *(anachōrêsai),* y recogían alimentos como enemigos.

Lúculo no controla a los soldados, y eso lleva a la revuelta: no hace repartos ni se los gana; sólo los controló cuando hubo botín: XXXVI 16, 1-3. Se plantea en definitiva cómo se debe tratar a los soldados y a la multitud. El apoyo de la multitud es paralelo al reparto del botín entre los soldados: frag. 57, 62. En cambio, cuando no los dejan devastar, se producen motines: XLI 26, 1. Aquí hay un límite que el jefe militar no debe sobrepasar. Controlar al ejército no puede hacerse a costa de dejarlo actuar impunemente. El único exceso de Paulo fue la entrega a los soldados de botines para pillaje: frag. 67, 2. En cambio, cuando Mario (frag. 94, 1), para no parecer agradecido, vende a los soldados el botín a bajo precio, se gana el apoyo de los patricios. Es evidente que Dion está contra el pillaje de los ejércitos. A ello, en el discurso citado de César (XLI 28, 2), se contrapone el que obedece, que obtiene tierra, riqueza y gloria. La solución de César es la asignación a los soldados de tierras separadas, para evitar rebeliones y temores, mientras que los soldados de Germania estaban irritados contra Galba porque no recibían evergesias: LXIV (LXIII) 4, 1. César continúa (XLI 29, 2): la falta de disciplina acarrea el peligro de creer que no se obtiene provecho de la justicia. Con ello intenta romper en el ejército la solidaridad entre los indisciplinados y los demás: «el enemigo se distingue por hechos» (41, 29, 4), es decir, el enemigo de clase, que pueden ser más «enemigos» que los enemigos de Roma. El modo de obviar esta

enemistad, según predica César (XLI 31), está en la solidaridad del soldado y el ciudadano.

Pero, por otro lado, no sólo son necesarios los soldados, sino que también el papel de los jefes en el ejército es especialmente relevante. En frag. 77, Dion considera una «terrible vergüenza» que Pompeyo perdiera soldados sin ningún provecho, y Caleno (XLVI 9, 1) ataca a Cicerón porque carece de méritos militares. Ahora bien, las rivalidades militares tienen también un lado negativo. La *stásis* puede surgir de la rivalidad por un premio, como entre los soldados de Escipión (Zonaras, IX 8, 4), y desde luego la rivalidad entre colegas sólo trae desgracias para el ejército (frag. 91, 1); o puede surgir precisamente del apoyo de los soldados: Severo mató a Leto porque era amado por los soldados; no hay más causa que la envidia: LXXV (LXXVI) 10, 3.

La necesidad de los soldados es evidente. Pero necesitan disciplina y su eficacia también está en función del jefe. El valor de los soldados de César se mostraba gracias a su presencia: XLIII 36, 2. Por ello es notoria la crítica de Antonino Caracala, cuando actuaba como un soldado (LXXVII (LXXVIII) 13, 1-2); como si la victoria dependiera de los soldados y no de los buenos generales, comenta Dion[95]. También Antonio da más valor a los soldados como tales: «podríais vencer incluso sin un buen jefe» (L 17, 2), en lo que puede Dion poner de manifiesto, por una parte, la adulación a los soldados y, por otra, la importancia concedida a los soldados por ciertos jefes, o emperadores de su propia época; critica con ello al tipo de jefe que pone la importancia de los soldados por encima del jefe mismo. Para Dion, en cambio, los jefes son importantísimos. Cuando Trajano atacó a los dacios, Decébalo se dio cuenta de que no había

[95] Cf. MILLAR, *Study*..., pág. 154.

derrotado a los romanos, sino a Domiciano: LXVIII 6, 2. El cambio de jefe cambia completamente las cualidades del ejército de los romanos.

Así pues, esos soldados, que son necesarios, necesitan a su vez un jefe capaz de darles disciplina. El problema está en el modo de la disciplina. Porque el modo en que aparece en Roma el poder imperial está conectado con el ejército y con la forma de actuar con respecto a él por parte de los líderes que aspiraban a tal poder. Frente a arengas democráticas de Bruto, lo que se enarbola por los enemigos son conceptos militares: vengar la muerte de César, apoderarse de los enemigos, dominar a los *homóphyloi* y prometer dinero: XLVII 42, 5. Dion sabe, pues, que la exaltación del ejército está en el origen mismo de la autarquía. Las relaciones con el ejército están en la base de los abusos propios de los déspotas y tiranos. Los soldados de Mario matan simplemente atendiendo a un movimiento de la mano de su jefe (frag. 102, 10). Los jefes militares están en condiciones de ser desvergonzados y sangrientos, como Tigelino, jefe de los pretorianos (LXII 13, 3). De ahí que se alabe a Pompeyo por licenciar a las tropas en Brindis: sabía que lo de Mario y Sila era objeto de odio (XXXVII 20, 6); es decir, el apoyo del ejército para alcanzar el poder. Por ello también se considera símbolo de monarquía el llevar multitud de soldados de escolta (XLII 27, 2), como en el caso de Antonio, a pesar de que pretendía dar imagen de democracia. Pero la escolta provoca rapiñas, injusticias, etc.: XLII 27, 3. Mecenas (LII 31, 2), cuando aconseja clemencia al Príncipe, considera que sólo hay que castigar al que se rebela con un ejército. Y el emperador, a causa de los conspiradores, tiene a su vez necesidad de guardias: LII 10, 4, argumento utilizado por Agripa en favor de que el hombre sensible no puede desear serlo. Y esto dentro de que el régimen monárquico es el que Dion

defiende por lo menos como inevitable. La contradicción la expresa él mismo cuando refleja las ambigüedades de la realidad. Octavio muestra oscilaciones contradictorias entre las simpatías hacia los soldados o hacia el pueblo *(philódēmos* y *philostratiṓtēs:* XLVIII 8, 3); la afección de los soldados provoca la irritación del pueblo: XLVIII 9, 3. Sin embargo, éste es el régimen que defiende como democrático, a pesar de ver claro que, en el año 27, cuando lo obligaron a ser emperador y dio doble paga a los pretorianos, mostró así su deseo de establecer la monarquía verdaderamente: LIII 11, 5. Dion sin duda ve clara la relación entre ciertos aspectos del poder monárquico y la importancia de los soldados. La relación poder personal/ejército puede ponerse por encima de la función de ambos en la protección de la clase dominante. Dion ve los riesgos. El verdadero motivo de la división de las provincias por Augusto fue que los senadores estuvieran desarmados y tener él solo todo el ejército: LIII 12, 3. También es interesante el discurso de Livia: «tenemos muchos soldados, unos para el extranjero, otros para ti» (LV 15, 3). En cambio, y no deja de ser curioso, Tiberio proclama, LVII 2, 3, que «los soldados no son míos, sino públicos».

Otra ambigüedad procede del uso de la palabra *dêmos* (pueblo). En otras ocasiones parece que la masa se beneficia junto con los soldados. Las leyes de Graco favorecían a la multitud que servía en el ejército, y también a los caballeros: frag. 83, 7. Soldados y pueblo aparecen juntos o separados según los textos. Por ejemplo, Sejano se apoya en el ejército, pero el pueblo está a favor de Gayo, en recuerdo de Germánico: LVIII 8, 2; y poco después, LIX 2, 4, la generosidad de Gayo se debía a que temía al pueblo y a los soldados, pero en el año 40 mandó a los soldados contra el pueblo en el circo: LIX 28, 11; y con respecto a la muerte de Cleandro

(LXXII [LXXIII] 13, 1), se especifica que no lo mataron los soldados, sino el pueblo. Otro episodio interesante fue el de la rebelión de Anio y Camilo: los soldados, ante el nombre del pueblo y la promesa de restaurar la antigua libertad, sospecharon la rebelión: LX 15, 3. Aquí vemos otro de los motivos de contradicción: los soldados son los defensores del poder imperial frente a la democracia, que a Dion ya le parece inviable; pero estos soldados son también causa de males en el poder imperial, según se desprende de gran parte de la obra. El problema está en conjugar la identificación de ejército y clase popular con su papel de protector de la clase dominante; conjugar disciplina y necesidad. La indisciplina está en el origen de la crisis, y este problema lo remonta Dion a todo lo que puede aparecer como precedente[96].

El halago de los soldados no es la solución. En el año 221 (LXXIX [LXXX] 17, 1), los soldados se vuelven contra Heliogábalo, emperador que los protegía[97]. Antes (LXXIX [LXXX] 2, 4), pensaban que si se le resistían acudiría a los soldados; el propio Septimio Severo tiene problemas con la desobediencia de los soldados: LXXV (LXXVI) 12, 5; y a Caracala lo mataron los soldados en los que más confió y a los que más honró (LXXVIII [LXXIX] 4, 1), pues «consideraba a los soldados superiores a *nosotros»:* LXXVII (LXXVIII) 13, 6. Estaban disgustados porque confiaba más en los guardias escitas, en libertos y esclavos, que en ellos mismos. Y no fueron en su ayuda: LXXVIII (LXXIX) 6, 4. Lo odiaron todos, senadores y ciudadanos particulares: *ibid.*,

---

[96] P. A. Brunt, «The Fall of Perennis: Dio-Xiphilinus 72, 9, 2», *CQ* 23 (1973), 177, considera que, en la caída de Perenne, hay una premonición de la crisis del siglo III, precisamente en el análisis de la indisciplina militar de LXXII (LXXIII) 9, 2, de donde hay que eliminar LXXII (LXXIII) 9, 2a (cf., pág. 172), que rompería el argumento.

[97] Cf. Alföldy, «Crisis...», pág. 99.

9, 1. Pero, al final, los soldados lo colocaron entre los héroes; y el senado votó el decreto: *ibid.*, 9, 2. También a Macrino lo despreciaban los soldados: *ibid.*, 20, 4; y entonces querían lo que les había dado Caracala, LXXVIII (LXXIX) 28, 2, mientras Macrino quería volver a Severo, *ibid.*, 28, 3, a las tropas unidas en Siria: *ibid.*, 29, 2. También Heliogábalo fue odiado por el pueblo y los soldados, y murió en el campamento: LXXIX (LXXX) 17, 1. Y comenta Pedro Patricio: «los soldados se vuelven incluso contra quien les dio el poder». Dijo que no quería título procedente de la guerra y de la sangre; que lo amaba el senado y el pueblo, y los de fuera del campamento, pero no los pretorianos, «a los que tanto di»: *ibid.*, 18, 4. En cambio se alaba la actuación de Calvino en Hispania, que, al igual que Marco Craso, ganó prestigio por haber establecido la disciplina en el ejército: XLVIII 42, 3; igual que se alaba a Adriano: LXIX 5, 2: disciplinó y ordenó el ejército a lo largo de todo el imperio, lo que todavía es el código del ejército: LXIX 9, 4. Es un asunto que puede afectar a la propia biografía de Dion. El trato ideal estaría en el equilibrio. Augusto, en el discurso del año 27, LIII 10, 6, aconseja cuidar a los soldados para que no deseen nada ajeno, pero, además, tenerlos disciplinados para que no hagan nada malo por audacia; y Tiberio alaba en él que «moderaba al ejército con *euergesía»:* LVI 31, 1, y que «dio premios a los soldados sin daño de nadie»: LVI 41, 6. Junto a la búsqueda del equilibrio interesa destacar la última precisión, dado que un problema podría ser el de las repercusiones que podía tener sobre la economía de la clase dominante la política de protección a los soldados propia de los Severo.

El punto culminante se produce cuando, según Dion LXXVIII (LXXIX) 28, 1[98], en la época de Macrino, a lo

[98] Cf. *ibid.*

que aspiraban los soldados era a un emperador sin autoridad. Ya desde tiempos de Caracala, *ibid.*, 3, 4, los soldados se hallaban debilitados en cuerpo y alma por el lujo, situación ya prevista en el año 208 por Severo, que, al ver el cambio de modo de vida que experimentaban sus hijos y el relajamiento de los soldados, hizo una expedición: LXXVI (LXXVII) 11, 1. De ahí que interese destacar aquí algunos aspectos del programa de Mecenas. En LII 20, 4, propone separar las armas de los cargos y no hacer coincidir el mando de las legiones con el prestigio; y en LII 27, 1-3, la creación de un ejército permanente en las fronteras, porque no valen para ello las fuerzas expedicionarias; pero, además, porque, si todos los que están en edad militar llevan armas, surgirá el peligro de revuelta. Para Dion, LXXX 2, 3, los años 222-229 son de grandes revueltas del pueblo frente a los pretorianos.

IX. LOS PROBLEMAS DEL EXPANSIONISMO MILITAR

Un tema que no puede separarse del de la función de los soldados y los problemas creados por ellos es el de la expansión militar. Para Millar[99] en general, en todos los discursos exhortativos, y especialmente en el reproducido en Frag. 55, 1-8, se revela la misma preocupación por la expansión y sus consecuencias, y su alternativa pacifista. Así también se explican los dicursos de César: XXXVIII 36, 46 refleja una concepción expansionista del imperio como salvaguarda, según Gabba[100] seguramente bajo la impresión de

[99] «Some...», pág. 14.

[100] «Sulla...», pág. 311, y LETTA, cit., pág. 165.

las guerras bárbaras de Marco Aurelio[101]. Zecchini[102] pone de relieve que, en XXXIX 48, 4, Dion resalta la megalomanía de César, pero que, en general, resalta su carácter peligroso y subraya los fracasos de César[103]. En frag. 8, 1-2, Anco Marcio comprendió que para la paz era necesario preparar la guerra, y a los vecinos los obligó a la paz aunque no querían: Zonaras, VII 7. Dion parece no abogar por el expansionismo, pero sí por la acción «defensiva» y «pacificadora», para lo que se hace indispensable la función del ejército, pero no con ánimos expansivos. En cualquier ocasión, no hay que parecer iniciar la guerra, sino defenderse: frag. 8, lo que vuelve a repetirse prácticamente en LXXIII (LXXIV) 17, 6: lo propio de los hombres sensatos es no iniciar la guerra[104], pero tampoco rehuirla, y perdonar al que voluntariamente viene a razón. En otra ocasión, LXIX 8, 1a, se pone un ejemplo: la rebelión de los alejandrinos se calmó con una carta de Adriano; y se reflexiona: el *lógos* del emperador tendrá más fuerza que las armas, lo que responde a la teoría de frag. 40, 31: no actuar en la guerra con la violencia más que con la sabiduría. También podría verse la misma concepción en la descripción de XXXVIII 49-50, donde Zecchini[105] ve una reelaboración de Dion a base de *tópoi* retóricos, para poner de relieve la superioridad de la experiencia sobre la fuerza de los bárbaros. Por eso Augusto, en su discurso del año 27, aconseja conservar, pero no usar las armas contra los que están en paz: LIII 10, 5; y no consideró oportuno aumentar el territorio: LIV 9, 1. También en el esta-

---

[101] Cf. ZECCHINI, cit., pág. 33.

[102] *Ibid.*, págs. 70, 74.

[103] *Ibid.*, pág. 90.

[104] PLINIO, *Paneg.* XVI 1; cf. P. PETIT, *Histoire générale de l'Empire Romain*, París, Ed. de Seuil, 1974, 2.ª ed., I, pág. 215.

[105] Cit., pág. 42.

mento aconseja que no aumenten el territorio porque es difícil de proteger, LVI 33, 5; y Tiberio insiste en que, para Augusto, aumentar el territorio podía producir pérdida del existente: LVI 41, 7. Adriano, por su parte, cosa por la que es elogiado, no empezó guerras y terminó las que había, además de hacer regalos a senadores y privados: LXIX 5, 1: está, pues, dentro de la corriente de varios autores griegos que preconizan la política de prudencia: *andreía* con *euboulía*[106], lo que está de acuerdo con frag. 43, 19: «la mayoría defiende lo suyo y no quiere lo ajeno con peligro».

La guerra ofensiva siempre está en el fondo de los problemas internos. Mecenas considera, LII 16, 2, que el crecimiento del estado provoca conflicto de facciones. Se hace como pretexto para el triunfo, como Claudio frente a Marcelo, frag. 74, 1, por envidia. También la expedición de Antonio contra los partos el año 39 se interpreta como una excusa para el nombramiento de nuevos senadores: XLVIII 35, 1. Las expediciones contra los partos fueron importantes en tiempos de Dion. Tal vez él las considera en general como pretextos para alteraciones sociales útiles al emperador.

Por otro lado, las victorias trastornan las concepciones tradicionales, y dan lugar a que Druso, por ejemplo, alcance los privilegios senatoriales por una victoria en que no había tomado parte, LVI 17, 3, y a que Antonio reciba honores gracias a las acciones de Ventidio: XLVIII 41, 5. Parecería que uno de los aspectos negativos del poder personal sería la apropiación por el jefe de los méritos militares de sus colaboradores. También Augusto recibió muchas veces la apelación de *imperator* por éxitos de Tiberio y Druso: LIV 33, 5; y antes, LI 21, 6, celebró el triunfo de Carrinas: consideraba que le correspondía por su poder imperial. En la victo-

---

[106] Cf. BLOIS, cit., pág. 374.

ria de Craso, LI 25, 2, éste no tomó el título de *imperator;* sólo lo recibió César (Augusto). En el 3 d. C., por la captura del rey parto, se atribuyó el título de *imperator* a Augusto, pero también a Gayo: LV 10, 7. En general, las acciones bélicas siempre dan lugar al aumento del poder personal: Escipión fue nombrado «Gran Rey» por los iberos: frag. 57, 48.

Las acciones bélicas hacen reflexionar sobre la fortuna. En frag. 43, 13-15, se aconseja el cálculo, la precaución y la prudencia frente a la confianza en la fortuna, etc., que lleva al desastre. Hay otros textos que hablan de la necesidad de ser prudente frente a los peligros de la fortuna y del éxito: frag. 55, 6-7; 57, 79. El éxito sin medida es causa de desgracia: frag. 39, 3. En cambio, las desgracias pueden hacer reflexionar, y derivarse una consecuencia política: gracias a ellas Rufo depone la hegemonía: frag. 57, 19.

La situación es compleja. Por un lado parece que no se desea la agresividad militar, por sus consecuencias plasmadas en la teoría de que la fortuna produce desdichas; pero por otra parte hay problemas que requieren la presencia militar. En las provincias se perciben problemas que provocan temores a la separación. En LIV 21, 8 se habla del temor a que los nativos enriquecidos se separen[107], pues Dion sabe que en las relaciones «internacionales» todo depende de la fuerza de las armas, XXXVII 6, 1, y en ellas se basa que Pompeyo pueda tratar como inferior a Fraates. Para la sumisión son necesarias las armas y, por lo demás, el poder de otro no se soporta fácilmente. También en el discurso de Paulino, LXII 10, 2, se establece la alternativa: o dominar o ser dominados. Los que se pasaban a los cartagineses, en frag. 54, 1, lo hacían, según Dion, no porque los prefirieran a los

[107] Cf. N. A. MASCHIN, *El principado de Augusto,* Madrid, Akal, 1978, pág. 201, n. 33.

romanos, sino porque odiaban lo que mandaba sobre ellos *(hò árchōn sphôn)* y amaban lo desconocido *(tò apeíraton).* Sólo se puede controlar por las armas. Budica habla, LXII 3, 1, de que es preferible la pobreza sin déspota a la riqueza esclava; lo que se complementa con la opinión del adversario: clemencia con el sumiso, severidad con el rebelde (LXII 11, 2).

Las campañas, por otro lado, pueden servir de obstáculo a la solución de los problemas internos Antes de emprender campañas exteriores es preciso enderezar la ciudad: frag. 57, 12. En otra ocasión, la guerra aparece como medio de contener los problemas internos, por la *ascholía:* frag. 20, 1. O bien, por el contrario, los problemas internos repercuten en la guerra externa. Los romanos tuvieron un fácil avance por el territorio parto gracias a la *stásis* allí existente: LXVIII 26, 4. O en el discurso de César, XXXVIII 39, 2, del año 58. Necesidades imperiales en que Gabba[108] ve un reflejo de las experiencias de Dion, hasta el punto de que las tropas podían causar más daño que los partos: LXXVIII (LXXIX) 29, 2[109]. No cabe duda de que Dion es consciente de la influencia de las tropas en el desarrollo histórico, prolongado en épocas anteriores[110]. Las repercusiones pueden ser de diversa índole. Hasta el propio Marco Aurelio, en la paz con los yáciges, LXXI (LXXII) 17, se ve forzado a prescindir del senado por los problemas surgidos de Casio y de Siria[111]. Con ocasión de la declaración de guerra de Augusto a Cleopatra, no a Antonio, L 6, 1, Harrington[112] observa que Dion

---

[108] «Sulla...», pág. 306.

[109] Cf. Blois, cit., pág. 366.

[110] Vg., XLVII 38, 4-39, 5; cf., Harrington, cit., pág. 162.

[111] Cf. H. J. Instinsky, «Cassius Dio, Mark Aurel und die Jazygen», *Chiron* 2 (1972), 475-482.

[112] Cit., pág. 161.

estaba en disposición de comprender la relación entre guerra y política. La *acmé* de los romanos se hace coincidir con los éxitos militares y la concordia interior, en que había una excelente *politeía,* frag. 52, 1-2, por lo que también se critica el abandonismo de Caracala, LXXVII (LXXVIII) 1, 1, en una enumeración que equipara rasgos negativos significativos: de hecho gobernó solo desde el principio, mató y apartó a los propios, fue débil con los enemigos y abandonó tierras y guarniciones. Del mismo modo se critican los tratados con los bárbaros de Cómodo[113], al que se acusa de cobardía *(misôponos)* y de ser amante de la molicie urbana: LXXII (LXXIII) 1, 2. El emperador idóneo tiene que ser un buen militar, pero no expansionista. Así se encuadra el elogio de Pértinax a propósito del *Herôon* que le dedicó el mismo Severo: LXXIV (LXXV) 4, 1. Era temible en la guerra, sabio en la paz; fuerte hacia el bárbaro y con la revuelta, clemente hacia lo propio y lo prudente: LXXIV (LXXV) 5, 6. No cambió; mantuvo unas cualidades definidas: fue justo sin rigidez: *ibid.,* 5, 7. O las consideraciones sobre Trajano que, aunque era guerrero, no dejó de administrar lo demás, ni de hacer justicia: LXVIII 10, 2. El contrapunto puede establecerse en las desgracias del año 217: derrota en guerra contra bárbaros, *pleonexía* y *stásis* de los soldados: LXXVIII (LXXIX) 26, 1. Se manifiestan las malas consecuencias del ejército sin sus ventajas: LXXVIII (LXXIX) 26, 1. O la trasposición al interior de las normas de la guerra. En el año 69 lucharon como si lo hicieran contra extranjeros, como si la alternativa fuera perecer o ser esclavos: LXV (LXIV) 12, 3.

Pero todo ello dentro de un panorama general en que se detecta la visión imperialista y racista, unas veces referida a los galos, frag. 57, 6b, otras a los africanos, frag. 57, 50,

[113] Cf. Espinosa, *Debate,* pág. 177.

otras en generalizaciones étnicas: Antonino tenía los defectos típicos de galos, africanos y sirios: LXXVII (LXXVIII) 6, 1a[114], en incidencia con los problemas internos en Roma: Marco Aurelio no quiere ayuda bárbara porque «los bárbaros no deben conocer las disputas entre romanos»: LXXI (LXXII) 27, 1a. La entrada de bárbaros en el ejército es peligrosa. Los temores ante César se basaban en gran parte en que su ejército era bárbaro, XLI 8, 6, y uno de los motivos de crítica a Pompeyo fue el uso de aliados esclavizados contra Roma: XLI 13, 3[115].

En relación con esto está el problema de la ciudadanía, que preocupa constantemente a Dion. Augusto prohibió a los atenienses hacer a nadie ciudadano por dinero: LIV 7, 2. En el discurso del año 9, entre los problemas que puede acarrear la falta de hijos de los romanos, estaba el de que podía obligar a dar la ciudadanía a griegos e incluso a bárbaros: LVI 7, 5. Y en su testamento se propone no conceder con mucha frecuencia la ciudadanía para mantener la diferencia con los súbditos: LVI 33, 3. Más adelante, Dion, LX 17, 6, ve con malos ojos que, a partir de Claudio, se abarate la concesión del derecho de ciudadanía.

Pero desde el punto de vista de la clase dominante, Dion es partidario de la ruptura de los límites. Así, elogia el nombramiento de Trajano, aunque no era ítalo ni italiota, pues Nerva tenía en cuenta la virtud, no la patria: LXVIII 4, 2. Con esta perspectiva, el imperio aparece como un todo, y la clase dominante en general como intermediaria entre el gobernante y el pueblo[116]. Se trata, según el programa de Mecenas, LII 19, 3, de que los colaboradores del Príncipe sal-

---

[114] Cf. Blois, cit., pág. 362.

[115] Cf. Ste. Croix, cit., págs. 511-2.

[116] Cf. Gabba en Caesar..., pág. 75.

gan de lo mejor de las provincias, con lo que no habrá dirigentes que encabecen las rebeliones temidas en LIV 21, 8.

X. EL IMPERIO Y LA DESESTRUCTURACIÓN SOCIAL: LA CONCIENCIA DE LA CRISIS

Dion es consciente de que, detrás de todos los problemas que se reflejan en el emperador, sus relaciones con el senado y el pueblo, el ejército, etc., hay una desestructuracion social. Alföldy ve en ello la conciencia de la crisis[117]. Cuando se refiere al año 218 afirma: hasta tal punto se trastornó de arriba a abajo, que llegaron al máximo *(tèn éphesin)* de poder uno que había sido inscrito en el senado de centurión, otro que era hijo de un médico: LXXX 7, 2; sigue poniendo otros ejemplos que alcanzan un menor rango, y concluye que muchos alcanzaron el gobierno «contra su esperanza y dignidad» *(par' elpída kaì parà tèn axían),* por lo que se atrevían a actuar con imprudencia *(neōterísai):* LXXX 7, 3. Macrino es el caso más representativo de la ruptura de los *status* tradicionales[118] al haber llegado hasta el trono imperial, porque él mismo era sólo caballero: LXXVIII (LXXIX) 14, 4[119]. El juicio de Dion es claro: la mayoría no tuvo tiempo de conocerlo para odiarlo: *ibid.,* 15, 2. Ahora bien, el caso de Macrino es especialmente dramático, porque

---

[117] «Crisis...», págs. 100, 104.

[118] Cf. MILLAR, *Study...,* pág. 161.

[119] Es, pues, cierto que Dion era contrario a la ascensión social de los caballeros. Pero hay que matizar un poco. En los «consejos» de Mecenas, LII 19, 5, se dice que los caballeros también deben participar de la hegemonía; aunque luego, LII 25, 7, se especifica que pueden enrolarse en el senado sólo si han desempeñado deteminado tipo de cargos, por ejemplo de centuriones.

tras su derrota «esperaba el apoyo del senado y del pueblo»: *ibid.,* 39, 3. Iba a hacer una política prosenatorial, pero no era senador y, por otra parte, no tenía el apoyo de los soldados para poder cumplir su misión en favor de la clase dominante. Pero la alternativa no es muy estimulante: Avito, falso Antonino, ataca a Macrino principalmente por su complot contra Antonino y por su falta de linaje: LXXIX (LXXX) 1, 2, y se proclama imitador de Augusto y de Marco Antonio: *ibid.,* 1, 3. Parece que también el odio a Plauciano se debía a su origen: LXXV (LXXVI) 14, 1, sig.[120]. Con Plauciano se produce un acontecimiento que Dion considera como una ruptura con una sana costumbre instaurada por Augusto. No celebró ser cónsul por segunda vez, XLVI 46, 3, lo que se mantuvo hasta Severo; pero éste honró a Plauciano por serlo: XLVI 46, 4. Son fenómenos de fondo que se traducen en aspectos formales del ejercicio del poder, en aspectos que a Dion le preocupan porque sabe lo que significan. El caso de Plauciano es sintomático de los elementos confluyentes en el poder personal tal como Dion lo critica y de la postura que el senado en general ha adoptado ante él. El senado le erigió estatuas e hizo ruegos públicos por su «salvación»: LXXV (LXXVI) 14, 7; hubo decretos del senado en su honor: *ibid.,* 15, 2b. La crítica de Dion se traslada al propio Severo como causante de la situación: *ibid.*, 15, 1. No cabe duda de que para Dion la época de Severo es clave en el proceso de evolución histórica que le tocó vivir.

En general, Dion, a partir de su propia experiencia, extiende su pensamiento sobre lo negativo de la movilidad social. La degeneración de los volsinios (Zonaras, VIII 7) se explica en relación con la liberación de esclavos, que entran en el senado, etc. También las aspiraciones a determinadas

---

[120] Cf. Blois, cit., pág. 366.

formas de poder se encuentran ligadas a los orígenes inferiores: Paulo, patricio, era prudente y no buscaba la preeminencia, mientras Terencio, de la multitud, mostraba su audacia «banáusica», tenía el control de la guerra, iba contra los patricios y pensaba en tener solo la hegemonía: frag. LVII 23-24. También Mario era de origen oscuro; sólo por su ingenio y la fortuna *(týchē)* llegó a adquirir fama de virtud: frag. 89, 2-3. Dion ve con gusto que el año 216 a. C. sólo los senadores y caballeros llevaran anillos de oro: Zonaras, IX 1 [121]; y en boca de Augusto dice que la falta de hijos de los romanos trae el peligro de que perezcan las familias ilustres: LVI 7, 6.

Sin embargo, las cosas no siempre están claras. Pértinax es un emperador elogiado: un hombre de bien aunque no es un noble: LXXIII (LXXIV) 1, 1; pero Dion se hace eco del descontento ante sus éxitos precisamente por ser de origen oscuro: *ibid.*, 3, 1; la causa de estas coyunturas era la guerra: no podían saber que iba a ser monarca: LXXI (LXXII) 22, y eso que entró como nuevo en el senado en la época de Marco Aurelio [122]. Tampoco Vespasiano era ni noble ni rico: LXVI (LXV) 10, 3b; y Nigro, que era un ítalo ecuestre, no era ni bueno ni malo: LXXIV (LXXV) 6, 1. En definitiva, Dion se mueve en una ambigüedad entre la virtud que puede superar el origen y la maldad que puede estar relacionada con el origen.

---

[121] Cf. S. Mazzarino, en G. Giannelli, S. Mazzarino, *Trattato di Storia romana*, Roma, Tumminelli, 1965, 3.ª ed. II, págs. 141 ss.

[122] Cf. Blois, cit., pág. 373.

XI. LIBERTOS Y ESCLAVOS: UN PODER PREOCUPANTE

La preocupación de Dion por el poder de los libertos se refleja en los consejos de Mecenas: «es necesario honrar a los buenos, pero también imponerles orden y seguridad para que no sean demasiado fuertes y no seas... ¿atacado?, ¿calumniado?, ¿engañado? *(diablethênai),* por ellos»: LII 37, 5. Es una especie de profecía *ex eventu.* En el desarrollo de su historia, Dion está especialmente atento al proceso de formación del poder de los libertos y esclavos imperiales. Claudio sufre el deterioro *(ekakýneto),* por su asociación con mujeres y libertos; y sigue: más claramente que sus semejantes, fue dominado por esclavos y mujeres: LX 2, 4. Dion distingue entre actos de Claudio celebrados por todos y los realizados por los libertos y Mesalina: *ibid.,* 8, 4. Entre los efectos negativos, se destaca la influencia sobre la agudización de los aspectos externos del poder personal. Los libertos lo persuadieron de que tomara ornamentos triunfales sin méritos: *ibid.,* 8, 6. La tiranía favorece la ostentación de los libertos[123]: el año 42, los crímenes comenzaron por instigación de los libertos y de Mesalina: XL 14, 1[124]. Después, «era esclavo de sus mujeres»; los libertos apoyan a Agripina y él mata a Silano por acusación de libertos: LX (LXI) 31, 8. También en tiempos de Caracala, LXXVII (LXXVIII)

[123] Cf. Blois, cit., pág. 366.

[124] F. Giancotti, «La consolazione di Seneca a Polibio in Cassio Dione, LXI, 10, 2», *RFIC* 34 (1956), págs. 30-4, establece una relación entre el ataque a Séneca y la adulación de éste a Mesalina y a los libertos desde la isla: LXI 10, 2.

17, 2, junto a la tiranía de los soldados, «un liberto nos aterrorizaba». El poder de los libertos trascendía al imperio territorial, pues había ciudades y reyes devotos de Narciso: LX (LXI) 34, 4.

En la época de Nerón, la tragedia del Imperio Romano se agudiza; era esclavo de dos emperadores: Nerón y el liberto Helio; el descendiente de Augusto imitaba a los citaredos y trágicos; el liberto imitaba a los césares: LXIII (LXII) 12, 2. También Galba, a pesar de que recibe elogios por otros conceptos, es criticado porque «sus libertos cometían muchas faltas»: LXIV (LXIII) 2, 1.

Aunque hubo libertos imperiales en medio [125], Dion no les presta atención hasta Cleandro, de la época de Cómodo, que se dedicó a la venta de cargos y títulos: LXXII (LXXIII) 12, 3 [126].

En el caso de Pértinax, la relación de los libertos con otros sectores de la sociedad está clara: fue odiado por los soldados y los libertos: LXXIII (LXXIV) 8, 1. Pero no siempre aparecen formando un único bloque los soldados y los libertos. De Severo, protector de los soldados, precisamente se hablaba bien porque no permitía excesos a los libertos, LXXVI (LXXVII) 6, 2, aunque él mismo estuvo entre los que compraron consulados, antes de ser emperador, al liberto Cleandro: LXXII (LXXIII) 12, 4. Del mismo modo, en la época de Claudio, LX 19, 3, los soldados se burlan de Narciso y lo saludan como a un esclavo; pues, LX 28, 2, se irri-

---

[125] Cf. G. Boulvert, *Esclaves et affranchis imperiaux sous le Haut Empire Romain. Rôle politique et administratif,* Nápoles, Jovene, 1970, págs. 209-305.

[126] Cf., P. R. C. Weaver, «Social Mobility in the Early Roman Empire: the Evidence of the Imperial Freedmen and Slaves», *P&P,* 37, 1967 = M. I. Finley (ed.), *Studies in Ancient Society,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1974, págs. 138-9.

taban al ver al emperador esclavo de su mujer y de los libertos. O el caso del esclavo y amante de Heliogábalo, Hierocles, que llegó a ser más influyente que el propio emperador: LXXIX (LXXX) 15, 2. Éste quería hacerlo César, pero tuvo la oposición de los soldados: *ibid.,* 15, 4. Para Dion, éstas fueron las circunstancias por las que Heliogábalo iba a buscar su propia destrucción: LXXIX (LXXX) 16, 1. Caracala, en el año 217, tuvo guardias escitas, libertos y esclavos: confiaba más en ellos que en sus soldados: LXXVIII (LXXIX) 6, 1.

Lo más grave parece ser lo referente a la movilidad social que es inherente a la funcionalidad operativa real de los libertos en la corte imperial. Como en el caso de Teócrito, en el año 215, LXXVII (LXXVIII) 21, 2, que de esclavo y danzarín se convirtió en estratiarco y eparco; o el caso de Vedio Polión, LIV 23, 1, famoso por su crueldad, lo que se explica porque era nacido de libertos y estaba clasificado entre los caballeros. Son opiniones que afectan también a gobernantes cuyo juicio es en general positivo, pero que necesitan matización precisamente por esto, como en el hecho de que César enrolara para el senado a soldados e hijos de libertos: XLIII 47, 3 [127]. Es una más de las contradicciones de Dion. Desde que empieza el tipo de gobierno que él alaba, éste reviste características que son criticables desde su punto de vista. Igualmente hay que matizar su juicio sobre Claudio. Por una parte, están las críticas por su dominio por los libertos, ya citadas. Pero de otro lado se dice que Claudio detestaba a los esclavos y libertos que conspiraban, LX 13, 2, y que, con ayuda de la plebe, fijó los precios ante los

[127] También se habla de un Augusto que sospechaba de los libertos, LI 3, 3, aunque se conoce la existencia y características de Licinio: cf. Weaver, cit., pág. 134.

negocios de Mesalina y los libertos: LX 17, 8. Es una situación en que Dion muestra su perplejidad. Ni los libertos y Mesalina, ni el *plêthos,* son los orientadores posibles de la política que a Dion le parecería adecuada.

XII. LA POLÍTICA ECONÓMICA

Según Zonaras, VIII 26, en la época de la Segunda Guerra Púnica, los romanos estaban en penuria monetaria *(en achrēmatía)* hasta el punto de que la moneda de plata, que antes permanecía pura e inalterable, se mezcló con cobre[128]. La mención parecería reflejar un especial interés y sensibilidad de Dion para los problemas monetarios y sobre todo los que se refieren en concreto a la devaluación de la moneda, en relación precisamente con cuestiones de guerra y de conflictos internos de toma de poder: Rufo, Flaminio, etc.

También en el año 42 a. C., XLVII 17, 3, en relación con confiscaciones y tasas, Dion ve un efecto de la puesta en venta de propiedades en momentos en que no había oro ni plata: se produjo una baja de los precios; también es Dion consciente, LI 21, 5, de que el aumento de la moneda circulante hace subir los precios[129]. Por otro lado, transmite el dato de que Trajano fundió toda la moneda obsoleta *(exítēlon)*[130]: LXVIII 15, 3; seguramente en relación con todos

---

[128] Cf. C. NICOLET, *Rome et la conquête du Monde Méditerranéen. I. Les structures de l'Italie romain,* París, P.U. F., 1979, 2.ª ed. (1977), pág. 167; M. CRAWFORD, *Roman Republican Coinage,* Cambridge University Press, 1974, II, pág. 569: posiblemente para 217, pero sin fecha explícita.

[129] Cf. J. GUEY, «De 'l'or des Daces' (1924) au livre de Sture Bolin (1958). Guerre et or. Or et Monnaie», *Mélanges Carcopino,* París, Hachette, 1966, pág. 473.

[130] Cf. HERÓDOTO, *Proemio,* para el valor de *exitēlon.*

los problemas derivados del proceso de devaluación iniciado en época de Nerón[131] y cuya consecuencia se vería en el proceso de inflación del período que a Dion le tocó vivir[132]. Son cuestiones que están indudablemente relacionadas con las preocupaciones de Dion en torno a la moneda y a la política económica de los emperadores de su tiempo[133]. En el

---

[131] El aflujo de oro de la Dacia le permitió a Trajano tal medida: cf. GUEY, cit., pág. 446, que traduce *exhēlon*, como «frayé». Cf. J. CARCOPINO, «Una vuelta al imperialismo de conquista: el oro de los dacios», trad. esp. en *Las etapas del imperialismo romano*, Buenos Aires, Paidós, 1968, págs. 120-133. Para GUEY, pág. 471, es posible que entre 107 y 112, el oro haya perdido en todo el Imperio el 27% de su valor comercial. Es algo parecido a lo que había ocurrido en tiempos de POLIBIO (XXXIV 10, 10-12 = ESTR., IV 6, 12): Íd., pág. 474. Cf. contra D. SPERBER, «New Light on the Problem of Demonetization in the Roman Empire», *NC* 10 (1970), 111-2: la reforma de Trajano no tiene que ver con el oro dacio, y no desmonetizó, sino simplemente retiró las monedas, conclusión a que llega a través de textos talmúdicos; cf. pág. 115. F. DE MARTINO, *Historia económica de la Roma antigua*, Madrid, Akal, 1985, pág. 457.

[132] Cf. MAZZA, cit., págs. 281, 327; PETIT, *Hist. générale*, I, pág. 168. Según S. BOLIN, *State and Currency in the Roman Empire to 300 A. D...*, Estocolmo, Almqvist & Wiksell, 1958, pág. 57, esto se refleja en varios tesoros: lo que se eliminó fueron los denarios preneronianos y las monedas de oro de alto valor, también preneronianas. Cf. también GUEY, cit., pág. 446, *ap. crit.: synechōneuse* Sylb., *exechōneuse* VC = todos los códices. El prefijo *ex* de los códices contendría más el sentido de apartar de la circulación.

[133] Cf. MAZZA, cit., pág. 300 y nn. 154-160 (págs. 639-40). Para BOLIN, cit., al principio del Imperio, sólo hasta cierto punto el valor de la moneda está determinado por el metal. En la plata, sólo tres cuartas partes (pág. 99). En tales condiciones, el Estado puede aumentar sus ganancias reduciendo el metal (pág. 117). Dentro de ciertos límites, pueden circular monedas con diferente cantidad de metal sin que se cumpla la ley de Gresham. Así pasó entre Nerón y Trajano (pág. 203). De Trajano en adelante, se rebaja la finura del metal (pág. 211). Pero el paso importante vino con Septimio Severo (págs. 213, 234). Ya en tiempos de Dion parece que no es válida la relación 1:25 entre el oro y el denario LV 12 (pág. 269). De ahí la importancia que el proceso adquiere a sus ojos. Por el con-

año 213, para Dion (LXXVII [LXXVIII] 14, 3-4), «Antonino dio oro verdadero a los bárbaros, mientras a *nosotros* nos proporcionaba oro y plata rebajados»: Exc. Val. 378 (p. 750), y Xiph., 333, 18, 20 R. St., que comienza: «con Antonino la moneda igual que todo fue rebajado *(kíbdēlon),* así como la plata y el oro que nos proporcionaba»[134]; y en LXXVII (LXXVIII) 9, 2, se refiere a las peticiones de «coronas de oro» con el pretexto de las victorias. La guerra cuesta dinero para los soldados o para los bárbaros. La alternativa está en Adriano, que pasó en paz con los extranjeros recibiendo dinero, LXIX 9, 5, e incluso fue árbitro entre los bárbaros: *ibid.,* 9, 6. En cambio, la ambigüedad se presenta cuando se habla de Marcio, LXXI 3, 1, que no sólo vencía con armas o estrategia, sino también con regalos, etc. Por otro lado, en el año 197, Lupo compra muy cara la paz a los meatas: LXXV (LXXVI) 5, 4. Macrino denunció el dinero dado a los bárbaros por Caracala: LXXVIII (LXXIX) 17, 3. Dion pretende conjugar ahorro y defensa. Por eso no le satisface la solución intentada por Domiciano, LXVII 3, 5: aumentar la paga de los soldados y reducir su número. Según Dion, esto dañó el interés público, porque no era suficiente para la defensa y, sin embargo, era caro. El emperador sólo podía obtener oro a través del oro coronario, y esto se hacía a través

---

trario, T. V. Buttrey, «Dio, Zonaras, and the Values of the Roman Aureus», *JRS* 51 (1961), 40-45, demuestra que el cambio de 25 denarios por un áureo, al menos teóricamente, se mantenía hasta el reinado de Alejandro Severo. Cf. también, Mazza, cit., págs. 327 y notas; 329.

[134] Cf. Cary, *ad l.;* Mazza, cit., pág. 331. H. Mattingly, *Coins of the Roman Empire in the British Museum,* Londres, The Trustees of the B. M., 1950, V, pág. XVII, difícilmente encuentra huellas en las monedas; cf. Millar, *Study*..., pág. 153.

de las ciudades del Imperio. De ahí la queja de Dion[135] y el contrapunto cuando expone con satisfacción que Augusto no recibió el oro coronario de las ciudades de Italia: LI 21, 4.

Mario Mazza[136] ha puesto de relieve cómo las guerras civiles que se originaron a partir de la muerte de Cómodo llevaron a la instauración de la economía de guerra y a los fenómenos de inflación y devaluación monetaria. Los generales se batieron tras asegurarse la fidelidad de los soldados con pagas y donativos. Los soldados que, como los de Nerón, recibían dinero, «no hicieron nada digno de los romanos»: LXII (LXIII) 10, 3. En cambio, se ve la complacencia de Dion[137] cuando cuenta, referido probablemente al año 168, que el emperador Marco Aurelio se niega a dar dinero a los soldados a pesar de la victoria: LXXI (LXXII) 3, 3. En tiempos de Dion la situación estaba definida por el testamento programático de Severo a sus hijos: sed concordes, enriqueced a los soldados y despreocupaos de todo lo demás: LXXVI (LXXVII) 15, 2[138]. El fenómeno está en relación con el impulso que sirvió a Dion para escribir su obra. Septimio Severo tuvo que recoger dinero de cualquier fuente, *ibid.*, 16, 2, pero no mató a nadie para ello[139]. La situación bajo Severo permanecía todavía ambivalente. Su codicia intentaba saciarse sin provocar la devaluación, pero esto llevaba al *aurum coronarium*[140]. En cambio, Caracala, por

---

135 Cf. A. H. M. Jones, «Inflation under the Roman Economy», *EHR*, 1953 = *The Roman Economy. Studies in Ancient Economic and Administrative History*, Oxford, Blackwell, 1974, pág. 195.

136 Cit., pág. 300.

137 Cf., Blois, cit., pág. 367.

138 Cf., Mazza, cit., págs. 374, 392 y n. 98.

139 No mató senadores, aunque los deportó y confiscó sus bienes (año 194); reunió dinero «terriblemente»: LXXIV (LXXV) 8, 4.

140 Cf. Mazza, cit., págs. 319 ss.

lo menos desde el punto de vista de Dion[141], no sólo aumentó la presión sino también la devaluación y la inflación en favor de los soldados[142].

La crítica de tales modos de política económica lleva en general a Dion a defender el ahorro frente al gasto. Se alaba de Calvino, XLVIII 42, 4, que sólo gastó en el triunfo parte del oro de las ciudades. Lo propio del jefe es no gastar las aportaciones colectivas en sí mismo ni en las manifestaciones de su gloria. De la época de Claudio se alaba la reducción de gastos inútiles, LX 5, 5, lo que sin duda está en relación con el hecho de que se le considere «admirable en la economía», *ibid.,* 6, 3, pues prohibió que se le llevara dinero y que lo nombraran heredero, y devolvió las confiscaciones anteriores: a pesar de las críticas por el exceso de concesiones de ciudadanía, *ibid.,* 17, 6, recibe alabanzas porque por ello no había que llevar el nombre de Claudio ni dejarle nada en el testamento: *ibid.,* 17, 7. La política de gastos excesivos es paralela a la de los «regalos» al emperador y, sobre todo, a las confiscaciones, como en el uso extremado de Gayo: nadie que tuviera algo quedó sin castigo, LIX 15, 6, en cuya época el motivo general de las acusaciones era ser rico: *ibid.,* 21, 4; y el aspecto que se censura en Adriano: mató por riqueza y *dóxa.* LXIX 2, 5; quería sobresalir en todo y odiaba a los eminentes: *ibid.,* 3, 3. Se configura aquí la imagen del emperador que tiene que ser el más poderoso,

---

[141] Cf. MAZZA, cit., pág. 323 y n. 275 (pág. 646).

[142] Cf. MAZZA, cit., págs. 330-1. Si los problemas se manifestaron en toda su agudeza en época de Caracala, de algún modo, según BLOIS, cit., pág. 373, fueron las reformas de Septimio Severo las que, al tiempo que facilitaban la recluta, también fomentaron las luchas por el trono y las rivalidades entre ejércitos individuales, las mismas que a él lo habían llevado al poder, y se necesitó cada vez más el uso de confiscaciones y devaluaciones. Que la raíz del mal estaba allí no deja de verlo Dion. De ahí su juicio ambivalente.

también económicamente, de todos los ciudadanos. Es un aspecto del carácter competitivo de las relaciones entre emperador y senadores. Sin embargo, por otro lado, se alaba en él que no hiciera pagar a los senadores, así como su declaración de no inmiscuirse en las relaciones entre amo y esclavo: *ibid.*, 16, 2-3.

Nerón, LXI 5, 3, gastó mucho injustamente y arrebató mucho con violencia. Como agotó los tesoros del reino tuvo que recurrir a tasas inusuales: *ibid.*, 5, 5. En general, arruinaba a los que tenían virtud o *génos: ibid.*, 5, 6. La muerte de Domicia se debió a sus propiedades: LXI (LXII) 17, 2. Dion percibe en la política económica de Nerón un proceso contradictorio. Por una parte, aumenta sus gastos con regalos por sorteo: *ibid.*, 18, 1. Pero, naturalmente, de nada se iba a abstener para recuperarlos: *ibid.*, 18, 2. Entre otras cosas, con el pretexto del incendio, establece contribuciones, pero también suprime el reparto de grano: LXII 18, 5. La política de atracción de la plebe por medios económicos termina afectando a la misma plebe. También parece contradictoria la actitud ante Grecia: Nerón la devastó aunque la dejó libre: LXIII (LXII) 11, 1. Galos y britanos asimismo se sintieron oprimidos por los impuestos en tiempos de Nerón: *ibid.*, 22, 1a (Zonaras)[143].

La primera reacción de un emperador que se enfrenta a otro que ha realizado excesivos gastos es su recuperación. Galba tuvo que recuperar el dinero que Nerón dio por un premio a los Helanódicos: LXIII (LXII) 14, 1; y también a la Pitia: *ibid.*, 14, 2; y exige la devolución de dinero y posesiones recibidas de Nerón: LXIV (LXIII) 3, 4c. Pero luego Galba reunió dinero insaciablemente: *ibid.*, 2, 1. Vitelio en

---

[143] En el año 85-86, los pueblos tributarios de los romanos se rebelaron a causa de la presión económica: LXVII 4, 6.

cambio no confiscó propiedades: LXV (LXIV) 6, 2. Confiscaciones e impuestos aparecen inseparables de procesos de guerras civiles. Los triunviros quitaban a los que tenían tierras la mitad de sus ingresos, XLVII 14, 2, y en el año 42 se establecieron nuevos impuestos sobre las tierras y los esclavos: *ibid.*, 16, 3. En un momento determinado (frag. 57, 71), se cuenta cómo Livio Salinátor estableció unas tasas para la guerra como venganza contra las ciudades. Con los triunviros, los soldados se alimentaban en las ciudades en que invernaban: XLVII 14, 3[144]. En otra ocasión, XLVI 32, 1, Dion reflexiona sobre los impuestos para la guerra civil: la mayoría estaba irritada porque además de pagar iban a ser esclavos de quien venciera. Es el reconocimiento de que el poder personal trae la esclavización basada en los impuestos para el ejército: el pago a los soldados sirve para apoyar un poder personal opresor[145].

En el problema del aumento del tesoro público se mezclan varias cuestiones. En tiempos de Vespasiano, LXVI (LXV) 2, 5, era Muciano quien conseguía la riqueza, con lo que evitaba las críticas al emperador. Es un curioso papel de los colaboradores. Pero, de otro lado, gracias a esto, Muciano también conseguía grandes riquezas él mismo. Sin em-

[144] En la cuestión del impuesto parece buscarse la solidaridad del pueblo. En el año 38: revuelta de la plebe contra los impuestos, XLVIII 43, 1. ¿A quién perjudica la tasación?

[145] También Antonio, XLIV 53, 3, quitó a unos riquezas y cargos para dárselos a otros; reunió mucho dinero con ventas de tierra, de libertad y de ciudadanía; todo ello contra el voto del senado: XLIV 53, 4. En el año 40, se produjo la irritación por las tasas, y además por las contribuciones sobre los que tenían esclavos: XLVIII 31, 1. César pierde apoyo por sus deudas: como consecuencia, arrancaba lo ajeno en favor de su dictadura: XLII 50, 4. El problema aquí parece estar en el poder personal que se fundamenta en lo ajeno. Puede ser una forma de delimitar lo que es un buen monarca.

bargo, en «lo común», pero no en lo privado, almacenaba riquezas para las necesidades del pueblo. Por su parte, Tito no hizo gastos excesivos, pero tampoco castigaba al que los hiciera: LXVI 19, 3a. Pero hay otro matiz interesante: Tito, para la restauración, tras los desastres, no admitió la participación de los privados: *ibid.*, 24, 4; y siempre el modelo de Augusto: LV 25, 3, que no tomó dinero de los privados, aunque muchos se lo ofrecieron. Parece que se quiere que sea el estado quien atienda a las necesidades; desde tiempos de Augusto, los senadores no querían gastar en lo público: LIII 22, 2. La realidad se encarga de decidir en la propuesta de Agripa, LII 6: las tropas siempre imponen la necesidad de dinero (LII 6, 1), pero en democracia se consigue con aportaciones libres, LII 6, 2, mientras que en las dictaduras todo el mundo piensa que el gobierno hace el gasto: LII 6, 3. En la monarquía unos pagan y otros llevan las armas y cobran el salario *(misthós)*: LII 6, 5. Más tarde, Mecenas toca el mismo tema, LII 28, 1; con democracia o con monarquía hace falta dinero para los soldados. Pero su propuesta es la alternativa a LII 6: recaudar fondos a base de la venta de propiedades públicas y de préstamos a interés moderado: LII 28, 3. Queda así obviado el problema que planteaba Agripa en LII 6, 4: en la dictadura la contribución privada es peligrosa para el gobernante. No se soluciona contra la dictadura sino contra la contribución privada. Es el modo de que sea el estado quien atienda a las necesidades, sin recurrir a las tasas. En cambio, parece que no hay un tono aprobatorio cuando César, para atender a sus gastos, realiza la venta de tierras públicas y sagradas: XLIII 47, 4. El problema se plantea cuando se habla de los ingresos. Ejemplo interesante es el de la excelente economía de Pértinax, LXXIII (LXXIV) 5, 2; hizo distribuciones al pueblo y a los pretorianos *(ibid.*, 5, 4), tomándolo de todo cuanto Cómodo había reunido *(ibid.*,

5, 5). El criterio económico es importante para el juicio del emperador o de un pretendiente: Didio Juliano era negociante insaciable y derrochador, LXXIII (LXXIV) 11, 2; mientras Augusto era austero en lo privado, LVI 41, 5.

El problema está en que quienes fundamentan su fuerza en el hecho de la guerra usan luego la guerra para tomar el poder; y así el ejército se usa en la guerra civil, pero también para afianzar el poder. En 195, según Dion, LXXV 1, 1, Severo atacó a los bárbaros por deseo de gloria, y se comportaba como si superara a todos en inteligencia y valentía, *ibid.*, 2, 4, pero tales campañas fueron a su vez causa de guerras constantes y de muchos gastos, *ibid.*, 3, 3 [146], a lo que se suma, en el año 202, LXXVI (LXXVII) 1, 1, el reparto a la multitud y a los pretorianos. Son muchos los gastos que requiere el poder imperial: en soldados y en donativos para el apoyo popular, plasmados a veces en festejos y banquetes, como el de la boda de Antonino y Plautila, regio y bárbaro, según Dion, LXXVI (LXXVII) 1, 2. Pero, al mismo tiempo, *ibid.*, 16, 3, Severo atendió a todos los gastos abundantemente.

Donde se juntan todos los aspectos negativos de la política económica imperial es en Caracala. Recauda coronas de oro y dinero para coronas, LXXVII (LXXVIII) 9, 2, que re-

---

[146] Lo mismo que en la campaña contra Britania del año 208, LXXVI (LXXVII) 11, 2 para la que tuvo que reunir gran cantidad de dinero. Para F. Millar, «Some...», pág. 14, la crítica de los gastos indica una postura contraria al expansionismo. Sin embargo, todo hay que verlo dentro de las propias contradicciones de Dion, que se encuentra en cierta medida aprisionado por las circunstancias económicas. Con la salvedad de que parece tratarse de un discurso en boca de un desconocido, cf. Cary, *ad l.*, no deja de tener interés referirse al Frag. LV 1 en que se identifica la paz con la riqueza y la guerra con los gastos. Es por lo menos un argumento que Dion tiene frecuentemente en cuenta, aunque expuesto por el método oratorio, es decir, sometido a controversia.

galaba o vendía a los soldados, *ibid.*, 9, 3: aumentó los impuestos del 5% al 10%, *ibid.*, 9, 4; hizo a todos romanos, *ibid.*, 9, 5; se construyó casas para él «a costa *nuestra*», *ibid.*, 9, 6; hizo teatros, etc., en los lugares en que pensaba invernar, «sólo para que nosotros gastáramos», *ibid.*, 9, 7. Todo el dinero era para los soldados, para fieras y caballos: *ibid.*, 10, 1. Saludaba desde la arena y pedía oro como uno de los más viles: *ibid.*, 10, 2. «No es preciso que nadie tenga dinero más que yo, para agradar a los soldados. Mientras tengamos la espada, no nos faltará dinero», LXXVII (LXXVIII) 10, 4. También daba dinero a los aduladores, *ibid.*, 11, 1. Vemos en estos párrafos la forma de poder personal que irrita a Dion. Aquella que se busca apoyos ajenos a la clase de Dion por medio de un dinero que procede de la clase de Dion. Lo que era un instrumento, los soldados, se convierten en un fin, porque ellos, con los aduladores, son los que sostienen al emperador, en un poder que, para dar seguridad a la clase dominante, se la ha quitado. La perplejidad de Dion no puede ser mayor. La espada y el dinero. Con el dinero se paga la espada, con la espada se garantiza el dinero.

Pero, de otro lado, Dion sabe que ahorrando no se puede defender el imperio. Es curioso el frag. 66, 1, donde se dice que por su *pheidōlía* o exceso de economía, Perseo no expulsó a los romanos, pues se confió y no pagó a los aliados. Aquí hay una contradicción vital en la postura de Dion. Necesidades de la defensa frente al ahorro proclamado como buena economía. Es imprescindible hacer referencia al discurso de César en el senado el año 46: hay que mantener a los soldados en provecho vuestro, XLIII 18, 1, con más dinero para que no haya revuelta, XLIII 18, 2; para ello tiene que asumir el odioso papel de la percepción, para que pueda haber dinero para un ejército que defiende a los senadores: XLIII 18, 3. En esto se encuentra toda la problemática.

Luego, César expone su intención de mantener el ejército sin aumentar los impuestos: XLIII 18, 5. Lo interesante es que Dion, en el discurso, donde la capacidad dialéctica es mayor, percibe los problemas de la defensa del senado y sus costes a través del emperador y los soldados[147].

En la constitución de la república, Zonaras, VII 13, dice que los *quaestores* se crearon para que los cónsules no fueran muy poderosos en lo económico. El origen del Principado, sin embargo, ya ha deshecho toda posibilidad en este sentido. Augusto mismo, LIII 16, 1, aunque separó las finanzas públicas de las privadas, de hecho gastó aquéllas a su arbitrio. Y más adelante (22, 3), Dion reconoce que no puede distinguir los dos tesoros, el público y el de Augusto[148]. Desde el año 43 (XLVI 46, 5), Octavio decía pagar a los soldados con fondos privados, pero lo hacía con dinero de la comunidad. Los soldados recibieron dinero, y se creó la confusión de que había que dar dinero a todos los que entraran en Roma con armas (XLVI 46, 6), lo que es, en palabras del propio Dion *(ibid.,* 46, 7), antecedente de lo que hicieron los soldados de Severo. Dion insiste (XLVII 14, 4), en la forma de comportarse el ejército y sus jefes durante las guerras civiles: se ganaron a la mayoría de los soldados con promesas de tierras y colonias. De ahí tal vez proceda la propuesta de Mecenas, que en cierta medida es «republicana», de que no sea el mismo magistrado el que tenga po-

---

[147] Cf. Ste. Croix, cit., págs. 468-9.

[148] La amalgama de fondos imperiales y públicos, unida al secreto, despojó a la distinción entre *aerarium* y *fiscus* de significado práctico: cf. P. A. Brunt, «The 'Fiscus' and its Development», *JRS* 56 (1966), 91; y J. Le Gall, «Les habitants de Roma et la fiscalité sous le Haut-Empire», en H. van Effenterre (dir.), *Points de vue sur la Fiscalité antique,* París, Publ. de la Sorbonne, 1979, pág. 113. De las pocas cosas dignas de alabanza del reinado de Gayo fue la publicación de las cuentas de los fondos públicos: LIX 9, 4.

der sobre las tropas y sobre los fondos: LII 25, 3. Pero en la monarquía, en definitiva, el poder está en manos de quien tiene el manejo del dinero. En LII 29, 3, el mismo Mecenas define la riqueza del emperador como la garantía para la seguridad y prosperidad de los demás. Vuelve a aparecer aquí el difícil equilibrio de la postura de Dion. La aceptación de la superioridad económica del emperador, justificada en su valor como medio de salvación y seguridad del contribuyente, tiene que respaldarse en la convicción de que aquél vive moderadamente, LII 29, 2; sólo así se justifica la existencia del impuesto, *ibid.*, 29, 1, como inversión en provecho propio por medio del emperador. Por ello se critica que el emperador lo use en sí mismo, y no sea un servidor de los demás, o que lo use en el pueblo[149]. La ceguera de Dion está en no ver que el uso en el pueblo es un modo de garantizar la situación de su propia clase. Pero de algún modo percibe la contradicción cuando cuenta que el propio Macrino tuvo que hacer distribuciones para apaciguar a los soldados, y también al *dêmos:* LXXVIII (LXXIX) 34, 3. Ya había restaurado la paga a los pretorianos establecida por Severo: *ibid.,* 12, 7. Caerá en las mismas contradicciones: o por cobardía o por indisciplina de los soldados, en el año 218, no

[149] En la época de Gayo se pueden producir grandes desastres por cambiar la política económica de Tiberio; Gayo va a gastar las existencias, y en cambio elimina el 1% con lo que se acaban los ingresos específicos... *haí te eidikaì prósodoi:* LIX 9, 7 (cf. LVIII 16, 2). Dion está de acuerdo con tales impuestos, controlados en lo que a gastos se refiere, que precisamente evitan desastres, entre los que seguramente están las confiscaciones. Lo que se aprueba, en cambio, LVII 10, 3, es que Tiberio gastó de lo privado en lo común, ayudando a ciudades y ciudadanos privados; y especifica: enriqueció a muchos senadores; mientras que Caracala gastó con los libertos, no con los senadores, LXXVII (LXXVIII) 18, 4. En este sentido se delimitan, con el desarrollo del poder, las prodigalidades de los privados. Ya César las controló legalmente: XLIII 25, 2.

se atrevió a combatir, sino que, por la paz, dio regalos y dinero: LXXXVIII (LXXIX) 27, 1. Los soldados, reflexiona Dion, *ibid.*, 28, 1, no querían un emperador que gobernara firmemente, sino recibir sin cumplir su misión [150].

XIII. LOS ESPECTÁCULOS PÚBLICOS

Uno de los modos de gastar que emplea el poder en favor del pueblo es la celebración de juegos. Dion insiste en este aspecto, dado que servía para realizar evergesias y ganarse al pueblo, sobre todo en el período de las guerras civiles. En el año 60, Fausto, hijo de Sila, hizo una competición de gladiadores en honor de su padre, y dio de comer *(heistíase)* brillantemente al pueblo y les proporcionó gratis baños y aceite: XXXVII 51, 4. También César, en el año 46, celebró juegos con lujo bárbaro: XLIII 24, 2.

Con respecto a Gayo y en relación con sus temores al *dêmos* y a los soldados, Dion subraya sus gastos en danzantes, caballos, gladiadores, etc., LIX 2, 5, es decir, como modo de conciliación de las capas bajas de la sociedad. En cambio, para Dion, entre lo que Claudio hizo convenientemente, LX 6, 1, estuvo la suspensión de unos juegos gladiatorios, *ibid.*, 5, 6; más tarde, sin embargo, se refiere con tono de censura a sus aspectos populares y «campechanos»: se mezclaba con el pueblo en los espectáculos: LX 13, 5, y celebró constantemente juegos gladiatorios, *ibid.*, 13, 1, y específicamente en el año 42, con motivo del nacimiento de su hijo, *ibid.*, 17, 9. Luego, cuando Agripina quiso hacer a Nerón grato a la multitud, hizo prometer un concurso hípico,

[150] Cf., E. Gabba, «Storici greci dell'imperio romano de Augusto ai Severi», *RSI*, 1959, pág. 380.

LX (LXI) 33, 9, que se realizó con magnificencia el año 53: *ibid.,* 33 ss. Dion reseña la afición de Nerón a las carreras de caballos, LXI 6, 1.

También Vitelio iba mucho a los teatros y por eso se atrajo a la multitud, LXV (LXIV) 7, 1. Trajano celebró espectáculos el año 107, por sus victorias, con 10.000 gladiadores, LXVIII 15, 1 (Xif.), pero aquí no se habla de la multitud. En líneas generales, está claro que no se admira el gasto de grandes sumas en juegos[151]. Es el tipo de actividades que se define[152] como características del tirano: las larguezas en favor del pueblo y de los soldados.

Normalmente, el teatro es el lugar de distribución: Tito distribuyó en el año 80 alimentos, vestidos, etc., LXVI 25, 5. También Adriano, el día de su aniversario, el año 119: LXIX 8, 2. Las distribuciones de Cómodo al pueblo, LXXII (LXXIII) 16, 2, se citan en relación con otros gastos referentes a las carreras de caballos. Se trata de un modo de redistribución de la riqueza social y de expresión de los derechos del ciudadano en momentos en que hay que compensar la pérdida real de los derechos políticos[153], y que Dion no acepta como programa[154].

Pero quizás en el aspecto en que más insiste Dion sea en el aparente trastrueque social que se produce en los juegos. En el año 38 a. C. uno que estaba inscrito para el senado quiso ser gladiador, XLVIII 43, 2, de lo que resultó la pro-

---

[151] Cf., Newbold, cit., pág. 595.

[152] Espinosa, *Debate,* pág. 297.

[153] Cf., M. Clavel-Lévêque, «Les jeux scéniques à Rome: espaces de lutte et lieux de consentement», *Estudios de la Antigüedad* 1 (1984), 36, y más recientemente, *L'empire en jeux. Espace symbolique et pratique sociale dans le Monde Romain,* París, C.N.R.S., 1984, 228 págs.

[154] Cf. J. Gagé, *Les classes sociales dans l'Empire romain,* París, Payot, 1964, pág. 204.

hibición de que los senadores sean gladiadores, XLVIII 43, 3. Sin embargo, en el año 29 a. C., Q. Vitelio, senador, luchó como gladiador, LI 22, 4. Por otro lado el año 2 a. C., fue la primera vez que caballeros y mujeres ilustres bajaron a la *orchḗstra,* LV 10, 11. Más tarde, Tiberio prohíbe luchar como gladiadores también a los caballeros, LVII 14, 3. Hay en toda la obra una cierta tensión entre la participación de personas ilustres en espectáculos que facilitarían la aparente ruptura de las relaciones sociales, y la crítica de Dion, que preferiría ver las cosas en su sitio. El primer caso verdaderamente significativo es el de Gayo: dominado por conductores de carros y gladiadores, esclavo de los danzantes y otros de la escena, LIX 5, 2; pero llegó a participar él mismo, y actuó ante el senado, *ibid.,* 5, 5, e incluso forzó a muchos a luchar como gladiadores, *ibid.,* 10, 1. La ruptura del orden llega al Emperador.

Más tarde, en época de Nerón, en el año 59, hubo hombres y mujeres, ecuestres y senatoriales, en la *orchḗstra,* en el hipódromo, en el teatro cinegético, como los más viles, unos voluntaria y otros involuntariamente, LXI (LXII) 17, 3, miembros de las grandes familias, algunos de los cuales ni siquiera antes habrían visto que lo hicieran otros, *ibid.,* 17, 4. Según Dion, así los pueblos podían ver a los descendientes de sus propios conquistadores. Nerón iniciaba de este modo su propio fin: *ibid.,* 17, 5; venció en diversos concursos, pero fue vencido en el de los césares: LXIII (LXII) 9, 2; con lo que fue él mismo quien se proscribió: *ibid.,* 9, 3. Es la inversión total de los valores del imperio, a escala interna y externa[155]. Pero Dion no es capaz de ver el valor integrador de la actitud neroniana. Para él es sólo síntoma de corrupción.

---

[155] Cf. Clavel-Lévêque, cit., págs. 44 ss.

También más tarde, LXI (LXII) 19, 2, en los *Juvenalia* participaron en espectáculos miembros de las más ilustres familias y, para mayor escándalo, no permitía el uso de máscaras, y decía que era exigencia del pueblo: *ibid.,* 19, 3. Forma de ficción de la participación popular que sustituye a las asambleas en épocas de pérdida de su real funcionalidad[156]. Naturalmente, también se produce la presencia del propio Nerón, LXI (LXII) 20, 1, figura del Emperador como referencia al consenso expresado en el espectáculo, y reflejo de una ampliación de la base social del poder imperial[157]. El Emperador recibe aclamaciones significativas: «nadie te vence», *ibid.,* 20, 5. En otro orden de cosas, se celebraban orgías en los burdeles donde se mezclaban rameras y mujeres ilustres: LXII 15, 4. La función integradora de los espectáculos, tal como se desarrollaban en época de Nerón, respondía a un proceso histórico paralelo al encierro de la aristocracia en su *otium*[158]. Pero, de un lado, había una oposición más o menos eficaz[159] que lleva por ejemplo a Vitelio a prohibir a senadores y caballeros luchar como gladiadores y salir a escena, lo que Dion, LXV (LXIV) 4, 4, cita como motivo de alabanza; y de otro lado, Dion veía tales juegos y prácticas con los ojos de la propia experiencia.

También Cómodo bajaba a la arena y actuaba como todos los gladiadores excepto en el hecho de que cobraba más que nadie: LXXII (LXXIII) 19, 3; y a todos estos espectáculos «acudíamos los senadores junto con los caballeros»: *ibid.,* 20, 1; «y cuando entraba en escena, tanto el pueblo como

---

[156] *Ibid.,* pág. 36.

[157] *Ibid.,* pág. 43, lo que también sucede en época de Domiciano, en que, LXVII 14, 3, en el año 95, unas especie de competencia circense entre el emperador y Glabrión llevó a éste a la muerte.

[158] *Ibid.,* pág. 46.

[159] Cf. Cižek, cit., págs. 257 ss.

nosotros dábamos vivas, *ibid.*, 18, 2. Dion pone de relieve la paradoja de que fuera un atleta, Narciso, quien acabó con la vida de Cómodo, *ibid.*, 22, 5. En la época de Caracala, las referencias a espectáculos se hacen sobre todo para recalcar los gastos que proporcionan a la clase de Dion: LXXVII (LXXVIII) 9, 7; 10, 1-2. La función integradora ha quedado limitada a las relaciones entre el Emperador y el *dêmos,* en detrimento, además, de las actividades intelectuales a las que el propio Dion podía dedicarse: LXXVII (LXXVIII) 11, 2 ss.[160]. Se puede sintetizar la postura de Dion ante los juegos según opinión de Newbold[161]: en ellos ve un microcosmos del mundo y un índice del desarrollo histórico que ha llevado a su época, en el que le importa el *status* de quienes hacen el espectáculo, la composición del auditorio en relación con la beneficencia del emperador y su propiedad y orden, y el papel de la clase alta y el modo como le afecta la beneficencia y las innovaciones de los juegos. Es decir, para Dion los juegos son un reflejo de la historia negativa del Imperio, donde, a partir de una política de integración no admisible para él, se llega a una política de beneficencia popular contraria a los intereses económicos de la propia clase. Tal política se lleva a cabo por medio de la exaltación de la figura del emperador como único benefactor y su identificación con la divinidad protectora, como en el caso de Cómodo, que entraba en escena en figura de Hermes: LXXII (LXXIII) 17, 3-4.

---

[160] Cf. Blois, *cit.*, pág. 365.
[161] Cit., pág. 604.

XIV. DION Y LA CRISIS DEL SIGLO III [162]

Dion, a pesar de su aticismo formal, no siente nostalgia de la Grecia clásica, sino de la época de los Antoninos [163]. El paso del reino de oro al de hierro se realiza, efectivamente, a la muerte de Marco Aurelio, LXXI (LXXII) 36, 4; y esa edad de hierro la soportaron los romanos de entonces y los de ahora. Es también para Alföldy [164] uno de los síntomas de que Dion percibe el fenómeno de la crisis del siglo III; junto, por ejemplo, con LXXII (LXXIII) 24, 2, a la muerte de Cómodo, en que hubo prodigios que indicaban que el mal se extendía a toda la *oikouménē*.

Aparte de estas consideraciones de carácter general, hay otros aspectos más concretos en que Dion percibió rasgos críticos del imperio. Por ejemplo, cuando se refiere a la reforma de Septimio Severo consistente en reclutar a los pretorianos de todas las regiones, LXXIV (LXXV) 2, considera que tal medida traería la ruina de la juventud de Italia, que se dedicaría al bandidaje y al oficio de gladiadores, *ibid.*, 2, 5. Parecería que la guardia pretoriana estaba siendo la solución a los problemas de la crisis agraria de la península itálica.

De otro lado, Dion ve entre las manifestaciones de la crisis el problema de las religiones orientales, como en el caso de la madre de Heliogábalo, que introdujo un dios extranjero en Roma y además lo colocó antes del propio Zeus,

---

162 En general, para este capítulo, ver S. MAZZARINO, *El fin del mundo antiguo*, México, UTEHA, 1961, 214 págs.

163 F. GASCÓ, cit., n. 1.

164 Cit., pág. 92.

LXXIX (LXXX) 11, 1[165]. La postura de Dion parece reflejarse en el discurso de Mecenas, LII 36, 1 ss., cuando propugna la necesidad de restauración[166], frente a las innovaciones religiosas[167]: hay que castigar a los que introducen ritos extraños, pues nacen conspiraciones y facciones, LII 36, 2. Los cantos bárbaros al dios Heliogábalo por el emperador Heliogábalo-Sardanápalo escandalizan especialmente a Dion, LXXIX (LXXX) 11; y Letta[168] concluye que es esta situación la que hay que presuponer como base de la propuesta en favor de la religiosidad tradicional por parte de Mecenas, LII 36, 1-2, aunque también en Cómodo y Caracala la piedad se traduce en apoyo a las religiones orientales[169].

En general, Dion parece contrario al desarrollo del culto imperial. De entre la bibliografía que trata del tema destacamos el artículo de Bowersock[170]. Para él, los escritores griegos expresan como *theós* lo que en latín es tanto *deus* como *divus*[171]. En el discurso de Mecenas, LII 35-36, la base de cualquier honor está en la virtud, que hace a los hombres divinos: el voto no puede suplir el mérito. De ello, Bowersock[172] concluye que en Dion hay un mayor rechazo del culto al emperador que en los griegos anteriores a él. Y esto se debería al abuso que hubo con Cómodo y Caracala:

---

[165] *Ibid.*, pág. 102.

[166] *Ibid.*

[167] Cf., Millar, *Study...*, pág. 108.

[168] Cit., pág. 169.

[169] Cf., J. H. Oliver, «The Piety of Commodus and Caracalla and the *Eis Basiléa*», *GRBS* 19 (1978), 384.

[170] G. W. Bowersock, «Greek Intellectuals and the Imperial Cult in the Second Century A. D.», *Entretiens Fondation Hardt*, 19 (1972), 179-212.

[171] Cit., pág. 199.

[172] *Ibid.*, pág. 204.

lo de Domiciano no era nada comparado con éstos[173]. A la llegada de Alejandro Severo al trono, la ausencia de culto imperial se había convertido en un sueño seductor[174]. Pero Dion sabe que quienes se han hecho con el poder personal y han fundado el imperio que él aprueba han puesto los fundamentos de este proceso. César en sus éxitos se comporta como si fuera inmortal: XLIII 41, 3; las Parilias del año 45 se celebraron especialmente, no por la fundación de la ciudad, sino por la victoria de César, *ibid.*, 42, 3; su devoción a Afrodita se debía a que quería convencer de que recibía de ella una especie de flor de la juventud, XLIII 43, 3; y se le erigió una estatua al dios invicto y otra en el Capitolio junto a los reyes, *ibid.*, 45, 3. Dion tiene que hacer salvedades: la tumba de César se colocó dentro del *pomerium*, pero los decretos se colocaron a los pies de Júpiter Capitolino, para señalar que él era «hombre» (mortal): XLIV 7, 1. También Augusto, permitió a los extranjeros, a los que llamaba griegos, que le rindieran culto a él mismo, lo que continuó con otros emperadores, no sólo para los griegos: LI 20, 7. As-

---

[173] *Ibid.*, pág. 205. GAGE, cit., pág. 102, ve la divinización de Cómodo como la ruptura de la colaboración entre senado y príncipe. Cf. también L. CRACCO RUGGINI, «Imperatori e uomini divini (I-IV secolo)», en P. BROWN, L. CRACCO RUGGINI, M. MAZZA, *Governanti e intellettuali. Popolo di Roma e popolo di Dio (I-IV secolo)*, Turín, Giappichelli, 1982, pág. 13 y n. 31.

[174] Cf. BOWERSOCK, cit., pág. 206. Por eso alaba y considera *demotikós* que Tiberio no admitiera un recinto sagrado ni imágenes: LVII 9, 1. Sin embargo, para que sea más clara la confusión de Dion ante la realidad y las contradicciones de su postura ante la historia, es preciso tener en cuenta la paradoja reflejada en LXXVII (LXXVIII) 5, 1, en referencia a la prohibición de Antonino Caracala: «no me llaméis Hércules ni ningún otro dios», Dion comenta: no porque no quisiera que lo nombraran dios, sino porque no quería hacer nada digno de un dios. ¿Quiere decir esto que Dion estaba dispuesto a admitir la divinidad del emperador que sí hiciera algo digno de tal? Algo así se ve en LII 35-36.

pecto griego del culto en el que se insiste: los de Nápoles erigieron un templo a Augusto porque trataban de imitar a los griegos: LV 10, 9 (Xiph.).

Es grande la visita de Tirídates a Nerón en la afirmación simbólica de su poder real[175]. Dion describe la escena de la presentación con detalle y resalta, LXIII (LXII) 5, 2, cómo Tirídates hace la *proskýnēsis* ante Nerón como ante Mitra. Poder real en un sentido que Dion rechaza; culto al emperador y religiones orientales quedan identificados. La divinización del emperador es también un rasgo negativo de Domiciano, que se hace llamar *despótēs* y *theós:* LXVII 4, 7. En cambio, es un dato positivo que Nerva mande fundir sus estatuas, LXVIII 1, 1, lo que también tiene una vertiente económica porque obtuvo, del oro y la plata de las mismas, mucho dinero. El culto al emperador era también en tiempos de Dion un gasto supletorio que agravaba los problemas de moneda que tanto le preocupan. En la misma línea, LXVIII 1, 2, Dion alaba que Nerva castigara a esclavos y libertos delatores de sus déspotas, y que no se permitieran las acusaciones de *maiestas (asebeía)* ni de vida judaica. En efecto, un emperador que no recibe culto no sufre la competencia de otros cultos. En cambio, en las condiciones de Domiciano, el emperador no puede ejercer la clemencia y reacciona castigando por cualquier motivo, entre otros al sofista Materno por un discurso *Contra tiranos:* LX 15, 5. Muchos otros perecieron o fueron expulsados simplemente por la acusación contra la filosofía en el año 95: LXVII 13, 3.

Pero no siempre se critica la actuación de los emperadores contra filósofos y sofistas, como por ejemplo en la expulsión de los estoicos por parte de Vespasiano, LXVI (LXV) 13, 1, porque enseñaban doctrinas no adecuadas a los tiem-

[175] Cf., CIŽEK, cit., págs. 330 ss.

pos presentes. Y entre ellos Hostiliano, LXVI (LXV) 13, 2, que hablaba contra la monarquía. Nótese la diferencia con Materno que escribía contra la tiranía. Tampoco aprueba Dion la actitud de los sofistas cínicos que insultaron a Berenice, LXVI (LXV) 15, 5. Asimismo parece Dion comprender el odio de Vespasiano a Helvidio Prisco, que acusaba a la realeza y alababa la democracia: *ibid.,* 12, 2; y comenta Dion: como si fuera obra de la filosofía insultar a los que tienen el poder y agitar a la plebe, perturbar el orden e introducir revoluciones. Esto concuerda con el programa de Mecenas, LII 36, 4, de no admitir a los que pretenden filosofar, asimilados a magos, ateos, etc. De ahí parte Gabba[176] para su afirmación de que Dion consideraba a los filósofos como perturbadores del orden público. Mazzarino[177] matiza también la actitud de Dion ante los filósofos. Importa mucho la postura que adopten ante el poder imperial, pero tal vez habría que añadir que también importa ante qué emperador se toman determinadas actitudes.

Es muy interesante la actitud de Dion ante Séneca[178], que no se hizo mejor por el exilio, LXI 10, 1: hacía lo contrario de lo que filosofaba, acusaba a la tiranía y era maestro del palacio, LXI 10, 2, critica el lujo y la riqueza aunque los practicaba, *ibid.,* 10, 3. Séneca es el ejemplo de los individuos que mantienen una postura teórica pero de hecho colaboran con el poder imperial. Tal vez la irritación de Dion se deba a que las contradicciones de Séneca podían ser vistas como una premonición de las contradicciones de su propia

---

[176] «Sulla...», pág. 323.

[177] *Pensiero,* II, 2, págs. 202-203.

[178] Cf. Giancotti, cit. M. Seita, «Un'affaire politico-giudiziaria dell'antica Roma: l'attaco di Suilio a Seneca», *Latomus* 41 (1982), 312-28, destaca la proximidad de Dion con el ataque de Suilio a Séneca, y la diferencia de la postura de Tácito.

clase, en circunstancias diferentes, pero con rasgos que podían identificarse. También en sus tiempos se revela la inconsistencia de los filósofos, como en el caso de Antíoco, LXXVII (LXXVIII) 19, 1-2, que había sido de gran utilidad para llevar a los soldados al combate y ganó con ello dinero y honores, pero luego se pasó a los partos.

Seguramente con referencia al año 428 a. C., en relación con las luchas contra los faliscos[179], Dion hace las siguientes consideraciones: el género humano ama, en las desgracias, despreciar lo familiar, aunque sea divino, y admirar lo incierto: frag. 24, 1. Dion conoce las condiciones en que se pierde la confianza en las creencias heredadas y se busca la novedad, se pierde la confianza en la religión tradicional y se buscan las religiones orientales. También en frag. 29, 3 (año 376): en malas situaciones la expectativa de salvación conduce a confiar en lo irracional *(toîs paralógois);* y frag. 57, 7, posiblemente para el año 217: las épocas de temor producen mayor confianza en portentos, etc. Situaciones críticas en diferentes momentos de la historia de Roma que hacen reflexionar a Dion sobre la búsqueda de salvaciones irracionales. Al referirse al año 43, Dion dedica prácticamente un capítulo, XLV 17, a los portentos que, en definitiva, venían a anunciar el fin de la república, XLV 17, 6, hito importantísimo, como ya hemos visto, en la periodización de la historia de Roma en su obra. Dion reconoce, pues, la coherencia de tales movimientos y de tales reacciones colectivas. Las expectativas van por el camino de la religión o del *fatum*. Las condiciones que las crean están también en la conflictividad social interna. Quizás la consideración que de modo más completo refleje la actitud de Dion sea la referida al año 475, a propósito de los Fabio, frag. 21, 1: cuando no

---

[179] Pero cf. nota *ad l.* de CARY *(LCL)*.

se tienen argumentos frente a la plebe y los peligros..., permanecen a la expectativa de lo irracional del *daimónion* y de lo que proporcione la *eutychía,* la buena fortuna. Luchas internas y externas, guerras y revueltas en definitiva, como en la época de Cómodo, que proporcionan o religiosidad irracional o esperanza en la fortuna. Pero la confianza en la buena fortuna, como los Fabio en 477, frag. 21, 2, puede llevar a lo contrario *(tounantíon).* Con todo, Dion elige la fortuna. En LII 18, 3, como razón para que Augusto acepte la monarquía, Mecenas dice que ésta se la ofrece la fortuna. Aunque también sabe que en los momentos críticos, como en el año 69 d. C., se reciben honras o deshonras de acuerdo con la fortuna *(pròs tàs týchas):* LXV (LXIV) 1, 2 (Xif.). No se puede confiar en la fortuna, pues ésta da o quita de forma caprichosa, pero lo que da la fortuna es preciso aceptarlo; se acepta con ello el destino. La actitud viene a ser de resignación. Aunque se pueda ser teóricamente partidario de la república, es absurdo no aceptar la monarquía que ha traído la fortuna, aunque la fortuna misma pueda haber producido cambios ciegamente, es decir, aunque se hayan producido cambios históricos cuya lógica interna no pueda comprenderse desde la posición en que está Dion, pero desde esa misma situación *sí* deben aceptarse. Con la fortuna se expresa al mismo tiempo el desconcierto ante la realidad y la necesidad de aceptación de la misma. Después de la muerte de Cómodo, cuando se produjeron «guerras... y revueltas» (LXXII [LXXIII] 23, 1), quien incitó a Dion a escribir fue la diosa Fortuna *(Týchē), ibid.,* 23, 4[180]. *Týchē* es la inclusión de lo irracional en la «racionalidad» olímpica. Otros individuos de la clase de Dion terminarían aceptando otras

[180] Letta, cit., págs. 154-5, considera que esta incitación debe de ser el sueño del año 211.

formas del mismo proceso: la aceptación de la irracionalidad cristiana por medio del proceso de «racionalización» helenístico-romana paulina.

XV. MONARQUÍA CONTRA REPÚBLICA

La realidad es la que se impone. Ya lo hemos visto: Dion acepta la monarquía. Pero históricamente hay varias formas de monarquía. Al mismo tiempo, cada momento de la monarquía se explica históricamente. Para explicarse el proceso histórico que le tocó vivir, para explicarse y explicar su propia época, a Dion le fue preciso desarrollar *toda* la historia de Roma, para ver varias formas de monarquía y otras formas de gobierno que contenían elementos valiosos, como la democracia. Una cosa es lo que él acepte y otra la necesidad de reconocer, y valorar, los aspectos positivos de otras formas de gobierno, sobre todo porque lo que él acepta es también polivalente, ambiguo, puede adoptar, y de hecho ha adoptado en la historia, e incluso en el período de su vida, formas diversas. Se acepta la monarquía, pero hay varias formas de monarquía y no todas responden a los intereses de su clase, de ahí la necesidad de debate, de que la «teoría» monárquica se exponga por lo menos desde dos puntos de vista, a favor y en contra de la monarquía; la exposición tiene que tomar la forma de debate, tiene que ser doble.

El debate se sitúa en el momento del origen del Principado, entre Agripa y Mecenas, y sobre el tema de una disyuntiva entre *dēmokratía* (república) y monarquía.

El contexto representado por la época de Augusto es sin duda falso[181], pero también significativo, pues fue ése el pe-

---

[181] Cf., por ejemplo, GAGÉ, cit., pág. 109.

ríodo en que se formó el mundo en que a Dion le tocó vivir; o por lo menos desde su punto de vista existe un sentido de continuidad entre ambos mundos[182]. El momento era, en efecto, apto para plantearse un debate sobre formas políticas, pues, aunque se trate de una antología recompuesta, también es espejo de los problemas políticos y conflictos ideológicos del Principado naciente[183].

También la elección de los participantes en el debate es significativo[184]. De un lado, Agripa, una vez instaurado el Principado, LIV 29, 3, colaboró con Augusto en la monarquía, como si en realidad fuera partidario del absolutismo, y ayudó al pueblo con buenas acciones como si fuera muy populista[185]. Tal vez sea razonable pensar[186] que la sinonimia *monarchía* = *dynasteía* viene, no de la opinión de Dion, sino forzada por la opinión contraria a la monarquía como

---

[182] Cf., MILLAR, *Study*..., págs. 74, 101.

[183] Cf., J. M. ANDRÉ, en reseña a ESPINOSA, *Latomus* 43 (1984), 203. También J. M. RODDAZ, «De César à Auguste: L'image de la monarchie chez un historien des Sévères: Réflexions sur l'oeuvre de Dion Cassius, à propos d'ouvrages récents», *REA* 85 (1983), 82 ss., expresa algunas reservas a la tesis de Espinosa, que en «El problema de la historicidad en el debate Agripa-Mecenas de Dion Cassio», *Gerión* 5 (1987), 289-316 reaccionó de modo un tanto desproporcionado para defender con bastante rigidez su tesis inicial. Roddaz (pág. 86) parece inclinarse más bien a compartir la tesis de Manuwald, en la obra cit., según la cual la *Quellenkritik* es la mayor clave para interpretar el texto de Dion, camino muy tradicional en la historiografía alemana, que tiende a anular la posible influencia de la ideología del transmisor en cuestiones como éstas. Ver también, en defensa del carácter apócrifo del discurso de Agripa, J. M. RODDAZ, *Marcus Agrippa*, Roma, École Française, 1984, 734 págs., pág. 215.

[184] Cf. SYME, *Roman*..., págs. 343 ss.; GABBA, «Sulla...», pág. 317.

[185] Pero, en definitiva, las evergesias constituyen uno de los motivos de alabanza de un emperador querido por Dion como es Marco Aurelio: LXXI (LXXII) 34, 3.

[186] ESPINOSA, *Debate*, pág. 73.

absolutismo que ha prestado a Agripa en el debate. Pero, de otro lado, hay en Dion una concepción menos rígida y esquemática, más histórica, del proceso de formación del Principado, que es precisamente en la que se sustenta el debate como método; una concepción que se refleja en toda la narración del proceso de formación del Principado, según la cual la monarquía es el resultado de la lucha por el poder, y al mismo tiempo es el caldo de cultivo para la tiranía; en ese proceso desempeña un importantísimo papel la época de Augusto, y Agripa encarna, con su defensa de la democracia, la posibilidad de estar con la monarquía y ser al mismo tiempo muy demótico, precisamente por medio de un sistema que es el de las evergesias, que se puede realizar perfectamente dentro de la monarquía[187]; ser defensor de la democracia en un sentido que se puede incluir en la monarquía, aunque al mismo tiempo la colaboración con la monarquía lleve consigo el riesgo de parecer partidario de la dictadura. Un populista al estilo dioneo puede colaborar con la monarquía, aunque ésta proceda de la dictadura y la confusión sea posible históricamente. También lo será con la tiranía. Por ello Agripa propugna el alejamiento de la monarquía aunque reconozca que ésta pueda tener ventajas al menos en el caso de Augusto, LII 2, 1: cuando ataca la monarquía, Agripa usa el ejemplo de la tiranía en que surgen las conspiraciones, *ibid.*, 9, 3; los romanos odian la tiranía, *ibid.*, 9, 5, y es peor la tiranía que surge de la monarquía que los conflictos de la democracia: *ibid.*, 13, 6. La tiranía nace de la monarquía. Agripa representa la visión del proceso dictadura-monarquía-tiranía. El proceso que Agripa ve como necesario y consustancial, *ibid.*, 11, 2, es el que Dion

[187] En definitiva, para Dion, ser demótico viene a ser lo que hace Agripa: realizar obras públicas sin usar el tesoro público: XLIX 43, 1.

comprueba en la realidad histórica del imperio. Los rasgos del tirano aparecen con más o menos intensidad en gran parte de los emperadores. En principio, pues, tiene razón Espinosa[188], cuando dice que la sinonimia de Agripa entre *dynasteía-monarchía-basileía* no coincide con el pensamiento de Dion, pero no es cierto que esté «introducida totalmente en falso», es que la monarquía procede de la dictadura (de ahí sus peligros de caer en tiranía) y puede identificarse con *basileía,* de la que sólo se rechaza el nombre. El personaje de Agripa es elegido para defender la democracia porque de algún modo es un demótico al estilo dioneo, y por eso su discurso es principalmente un alegato sobre las desventajas y dificultades de la tiranía[189]. Pero quien está contra la tiranía y a favor de la monarquía puede parecer estar a favor de la tiranía. Son las dificultades de la época de Augusto, pero agravadas en época de Dion. Agripa, así, como demótico que acepta la monarquía, simboliza el carácter también popular del régimen de Augusto[190]. Agripa era, también en el texto, contrario a las dictaduras, y solía decir que a los que están en ellas no les gusta que nadie sea más fuerte, XLIX 4, 2, con lo que Dion está de acuerdo: XLIX 4, 4.

Por otro lado está Mecenas, sobre el que Augusto tenía temores de que lo despreciaran por ser sólo caballero, LI 3, 5. Dion insiste en que Agripa y Mecenas recibieron gran autoridad de Augusto; si tenemos en cuenta lo que se ha dicho acerca de que Dion era contrario a la ascensión de los caballeros, tenemos un elemento para matizar las opiniones puestas en su boca. Agripa y Mecenas son ambos representantes ideológicos de lo que para Dion es el régimen de Au-

---

188 *Debate,* pág. 69.

189 Cf., MILLAR, *Study...,* pág. 106.

190 Cf., J.-M. RODDAZ, «Un thème de la 'Propagande' Augustéenne: L'image populaire d'Agrippa», *MEFRA* 42 (1980), pág. 953.

gusto, y sólo se puede entender su concepción del mismo modo teniendo en cuenta ambas opiniones en el debate. Por eso, tras los discursos de Agripa y Mecenas, César Augusto los alabó a los dos y, aunque eligió según los consejos de Mecenas, Agripa también colaboró, LII 41, 1-2. Y Mecenas, el defensor de la monarquía, desempeñó un papel que es interesante resaltar: siempre refrenaba a Augusto, por ejemplo cuando iba a condenar a muerte (LV 7, 1-2), con lo que se identifica a Mecenas con la defensa de una monarquía clemente. Y además, a pesar de su influencia con el emperador, siempre se mantuvo en el orden ecuestre, *ibid.*, 7, 4, con lo que se matiza el papel de los caballeros dentro del sector dirigente del imperio.

El debate sobre monarquía y república en el año 29 a. C. está colocado en un momento en que la disyuntiva ha dejado de tener significación[191]. La ambigüedad del término griego *dēmokratía* en el momento de aplicarlo a la historia de Roma favorece, con todo, que el contenido del debate de hecho se enriquezca. Según Dion, LX 1, 1, también a la muerte de Calígula se planteó en el senado el dilema entre *dēmokrateîsthai* y *monarcheîsthai.* Unos elegían a uno, otros a otro; pero luego, LX 1, 2, fueron los soldados quienes eligieron a Claudio. Parece claro que el debate monarquía-república está fuera de lugar y la república no es ya más que un recuerdo[192]: el debate se centra en quién puede ser elegido. El drama real es que serán soldados quienes lo hagan. El debate del senado llega a resultar ridículo. El contenido real del debate Agripa-Mecenas es, pues, otro.

[191] Cf. Gabba, en *Caesar...*, pág. 72.

[192] Cf. Giua, «Clemenza...», pág. 332.

Espinosa[193], destaca en los rasgos que Dion atribuye a Cómodo como tirano: muerte por riqueza, etc., LXXII (LXXIII) 7, 3, la similitud con el texto del discurso de Agripa, LII 8 ss.: problemas de competencia entre el poder personal y los poderosos por linaje, riqueza, etc. En general, cuando Agripa habla de tiranía, trae al recuerdo de sus lectores las experiencias que han sufrido bajo Cómodo y Caracala. Frente a ello[194], señala la aprobación ante la actitud de Pértinax, LXXIII (LXXIV) 8, 3-5. Viene con ello a concluir[195], que la postura de Agripa, entendida como ataque a la tiranía, LII 9, 3, no es pura retórica contrapuesta a argumentos de Mecenas, sino que corresponde a unas experiencias reales[196]. Gascó, por su parte[197], recuerda el paralelo con Filóstrato, *Vida de los sofistas* V 35 ss., en que debaten Éufrates, Dion Crisóstomo y Apolonio ante Vespasiano. En ambos casos, la oposición democracia/monarquía deja paso a la disyuntiva tiranía-monarquía: a partir de aquí, concluye que el discurso de Agripa presenta las degeneraciones que el imperio sufrirá de no cumplirse las medidas propuestas por Mecenas, los peligros de una monarquía mal dirigida. De un modo u otro, aquí se valora positivamente la significación de la exposición de Agripa[198]. En cambio, MacKechnie[199], con ideas nuevas, vuelve a situarse en niveles estric-

---

[193] *Debate*, pág. 183; cf., pág. 276: «El reinado de Cómodo: subjetividad y objetividad en la antigua historiografía», *Gerión* (1984), 113-149.

[194] *Debate*, pág. 195.

[195] *Debate*, págs. 282-3.

[196] Cf. MILLAR, *Study*..., pág. 106.

[197] Cit., n. 1, pág. 118.

[198] También PELLING, res. a MANUWALD, cit., pág. 222, cree que en Agripa y Mecenas hay aspectos diferentes que hay que tener en cuenta.

[199] P. MACKECHNIE, «Cassius Dio's Speech of Agrippa: A Realistic Alternative to Imperial Government?», *G&R* 28 (1981), 150-4.

tamente constitucionales: lo que se define es la monarquía pragmática, frente a una democracia ideal, defendida por Agripa, sobre modelo ateniense, al tiempo que lo que se condena es también una tiranía definida según el modelo griego; lo único realista de esta intervención trata de demostrar que la opinión de Mecenas no era universal en el año 29 en la clase dominante y que seguían existiendo ideas democráticas no prácticas en el siglo I a. C. y en el siglo III d. C. Sin embargo, creemos que, en efecto, detrás hay otro debate basado en realidades romanas desde el s. I a. C. hasta el siglo III d. C. Mazzarino lo expuso con claridad[200]: la historia de los tres primeros siglos del imperio se caracteriza por la dialéctica entre la antigua forma constitucional, en que se restituye el dominio del senado, y la monarquía; entre el discurso de Agripa y el de Mecenas, entre la concepción senatorial del Principado, y la monárquica.

Pero esta dialéctica no se manifiesta como lucha entre dos bloques separados. La dialéctica se integra y se supera, de modo que, en tiempos de Dion, sirve precisamente para caracterizar una sola forma política, ideal, que se mueve dentro de esa dialéctica y que quiere incorporar lo democrático a la monarquía y hacer una monarquía «democrática». Sin duda, ya lo hemos visto, se acepta la monarquía; pero como, de hecho, en el pasado, la monarquía procede de la dictadura y reviste rasgos de la naturaleza del proceso que llevó a ella; y como, de hecho, en el presente, la monarquía evoluciona en una línea que se identifica con la tiranía, es preciso que la definición de esa monarquía defendida se contrapese con otro discurso que es, en principio, un discurso en favor de la *dēmokratía* como república, pero también de la *dēmokratía* como conservación de los privilegios de la

---

[200] *Pensiero*, II, 2, pág. 293.

clase senatorial, que no se contradicen en el fondo con el poder monárquico, sobre todo con el poder monárquico tal como se define en el momento de su inauguración por Augusto, como verdadera *dēmokratía.* Por eso, a partir de esta realidad, aparece clara la precisión que hace Espinosa[201], lo que coincide con el pensamiento de Dion es la descripción de Agripa del final de la república como dictadura, no la de Mecenas, que lo describe como democracia. Espinosa ve en general claros los mecanismos del debate: en Mecenas se han asumido las cuestiones fundamentales de Agripa[202]. Éste y Mecenas tienen una misma concepción de la monarquía[203]; las virtudes que Mecenas atribuye al buen gobernante son simplemente la versión positiva de los *vitia* que para Agripa definen al tirano[204]. Hay, con todo, algún aspecto de los problemas en que Agripa profundiza de acuerdo con lo que puede ser la experiencia de Dion: el problema de los colaboradores, de los que se necesitan muchos y valiosos y que se harán peligrosos al tener el poder, LII 8, 4, pues quien tiene inteligencia querrá libertad, *ibid.,* 8, 5, y si es malo obtendrá el odio de los buenos, *ibid.,* 8, 6. Mecenas, al aconsejar que no se esclavice al pueblo y al senado, ni ser tirano, *ibid.,* 15, 1, propone que se gobierne con los mejores hombres, pero se dejan sin respuestas los problemas planteados por Agripa. Simplemente cree que los buenos pueden recibir honras sin envidia y los malos el castigo sin rebelión, *ibid.,* 15, 3.

Por otra parte, en el modo en que, según Espinosa[205], se articula el procedimiento empleado por Dion, habría que in-

---

[201] *Debate,* pág. 80.
[202] *Ibid.,* pág. 92.
[203] *Ibid.,* pág. 285.
[204] *Ibid.,* pág. 405.
[205] *Ibid.,* pág. 93.

troducir algunas matizaciones. Para él, hay una utilización confusa de la terminología política, que parte de la intención consciente del autor, una confusión deliberada. Más bien parecería que la terminología política en Dion es confusa por razones históricas, las mismas razones históricas que lo obligan al uso del debate para explicar un proceso; no es que el debate imponga el uso de la confusión terminológica, sino que la confusión terminológica, de base histórica, impone el uso del debate. Por eso, tampoco parece exacto que «cada consejero expresa una parte del auténtico pensamiento político dioneo»; ello presupone que Dion tiene las ideas claras y que desglosa su pensamiento en un «juego retórico»; por el contrario, parece más ajustado a todo el contexto contradictorio en que se mueve la «historia romana», creer que el pensamiento de Dion es tan confuso como para necesitar dos interlocutores. Lo que quiere expresar Dion así lo precisa. Por ello, tampoco se trata exactamente de la armonización entre monarquía y república como dos posturas irreconciliables, dos posturas claras que se oponen radicalmente[206], sino de explicar una armonización que de algún modo existió en la realidad, aunque en un conflicto dinámico que obliga a expresarla en forma de debate. Por ello precisamente, sí es cierto que ni el uso del debate como sistema expositivo en el ambiente dioneo, ni el traslado a la época de la formación del Principado, oscurecía para sus lectores el pensamiento del autor[207]. Posiblemente, era más bien el mejor modo en que podían entenderlo. Porque, y en ello el fondo de la cuestión queda esclarecido[208], la tensión entre Agripa y Mecenas correspondía a la tensión íntima de cada

[206] *Ibid.*, pág. 98.
[207] *Ibid.*, pág. 275.
[208] *Ibid.*, pág. 473.

senador, que de algún modo situaba el origen de la misma en el origen del Principado, y por tanto en la difícil convivencia del Principado con la *libertas*. Porque, cuando Dion, en boca de Agripa, habla de la igualdad de los *homóphyloi*, educados en las mismas leyes, LII 4, 1, entre los que la única distinción debe estar en la virtud, LII 4, 2, sabe también que, en el proceso que llevó a Augusto a la toma del poder, sus partidarios, en sus arengas, impulsaban a dominar *(árchein)* a todos los de igual clase *(homóphyloi)*, XLVII 42, 5. El problema de Agripa es el de la participación política: la igualdad de nacimiento debe producir igualdad de participación para no ser siempre gobernado por el mismo, LII 4, 3; es precisa la alternancia entre mandar y ser mandado *(árchein kaì árchesthai)* por medio del reparto entre *homótimoi*, LII 4, 5, que tienen la comunidad de lo bueno y lo malo, LII 4, 6. Espinosa resalta el aspecto social de esta participación[209], que desde luego era problemática en época de Dion, pero cuyos precedentes se ven en la formación del Principado: mandar sobre los *homóphyloi* es lo opuesto a que los *homótimoi* manden y sean mandados. Esa es la democracia que define Agripa como opuesta a la tiranía, LII 5, 1. Lo opuesto a la tiranía es que participen los *homóphyloi* frente a que se domine a los *homóphyloi*, peligro de la monarquía en su formación y en su evolución.

Pero el debate es necesario precisamente porque *dēmokratía* tiene connotaciones que es preciso resaltar para rechazar. Según Agripa, en la *dēmokratía* los ricos y valientes dan auge a la ciudad, LII 9, 1, y pone el ejemplo griego como contrapuesto a la monarquía, LII 9, 2, cuando el texto de Dion lo contradice de modo patente: la república engendra violencia. También para Agripa, Roma fue fuerte en la re-

---

[209] *Ibid.*, págs. 39-40.

pública: el senado deliberaba, el pueblo ratificaba; el ejército mostraba su celo, el jefe amaba la honra, LII 9, 5; por ello aconseja entregar al pueblo las armas, las provincias y los dineros, LII 13, 1: es difícil que una ciudad acostumbrada a la democracia quiera ser esclava, LII 13, 3. Hay que reconocer que en algún caso el argumento de Agripa es débil. Que sea más difícil someter a la multitud y a las ciudades acostumbradas a la democracia por medio del poder personal, LII 5, 4, es algo que ya en el momento dramático del debate está contradicho por los hechos: han sido los individuos los que han acabado con las discordias civiles de finales de la República. No son los aspectos referentes a la participación, sino los referentes al pueblo los que Mecenas rectifica: la verdadera democracia y libertad es que cada clase cumpla con su deber, LII 14, 4; la libertad de la masa es igual a la esclavitud del mejor, LII 14, 5. El aspecto constitucional se resuelve históricamente: es difícil la democracia en un estado grande, LII 15, 6; el modelo de Agripa valdría para la *civitas*. Pero el aspecto social es más amplio y más general. En las democracias, los más fuertes alquilan a los más débiles, LII 15, 5, dentro del contexto de lo que serían las luchas civiles del final de la república, es decir el proceso de la dictadura y de la formación del Principado; pero todo porque se producen guerras y revueltas, como a la muerte de Cómodo, es decir, en el proceso de evolución del Principado. También contra la república se aplican argumentos que afectan a la propia época de Dion. No es sólo Agripa quien ataca la tiranía identificada como Cómodo, Caracala, etc. También Mecenas ataca esa época cuando ataca la República. De ahí que no sea tan fácil la separación de dos posturas más definidas. Las dos son producto de los conflictos de la época de Dion. La época de Cómodo por ejemplo se ataca como tiránica y democrática en

el sentido atacado por Mecenas. Espinosa[210], saca una conclusión interesante: «... la defensa del principio antropológico que cimenta toda la argumentación de Agripa tiene como punto de referencia la tendencia de época dionea a romper definitivamente la fórmula augústea de poder». Sí; pero también la de Mecenas. Es decir: la postura de Dion; pero, de otro lado, también en el Principado de Augusto se perciben los peligros; de ahí la importancia de la fecha dramática del debate.

XVI. LAS CONTRADICCIONES DE LA HISTORIA EN DION. DISCURSOS Y DEBATES COMO EXPRESIÓN FORMAL

Desde el principio hemos visto que se mueve, tanto en el terreno metodológico como en el de los contenidos, dentro de un mundo contradictorio. De ahí que haya determinadas incoherencias que afectan por ejemplo al veredicto final sobre el régimen de Augusto, LVI 43-45, que resulta contrario a la narrativa[211]. Pelling[212] ve las incoherencias también en otros pasajes reflexivos: LIII 19; LIV 15. Se debería al uso de diferentes fuentes: la originalidad de Dion sólo estaría, pues, en la selección de sus fuentes. Las reflexiones también son contradictorias. Pero seleccionar las fuentes y hacerlo de modo contradictorio también puede ser significativo, sobre todo encajado en un amplio contexto lleno de contradicciones significativas. En el caso citado, las contradicciones pueden originarse en el proceso mismo, contradictorio, de la formación del Principado. A partir del análisis

---

[210] *Ibid.*, pág. 287.

[211] Cf. Pelling, cit. n. 197, pág. 221.

[212] *Ibid.*

de estos textos, Giua[213] encuentra los fundamentos para explicar el elemento retórico como instrumento para expresar un pensamiento histórico. La perplejidad ante estas situaciones se expresa mejor con la retórica. La perplejidad la expresa el propio Dion, LVII 23, 5, ante los hechos de Tiberio. Solimeno[214] encuentra enfoques contradictorios acerca de la figura de Tiberio entre LVIII 19 y LVII 7-13: se debería a diferencia de fuentes. El cambio estaría tras la muerte de Germánico: LVII 13, 6[215]. Hasta entonces, éste le ocultaba su verdadera naturaleza: LVII 1, 1[216]. Dado lo que dice el propio Dion sobre las contradicciones de la figura, no es preciso acudir a un problema de fuentes. Son contradicciones de la realidad que condicionan los posibles enfoques del historiador.

Dion sabe además que la retórica es un buen sistema donde se ponen de manifiesto tales contradicciones. La declaración retórica y la realidad se oponen explícitamente. Dion sabe que los soldados de César han cometido rapiña, XLII 27, 3, en contradicción con las declaraciones de su discurso contra el pillaje[217]. Dion sabe que César perseguía la dictadura y sin embargo en su boca hay un discurso en que declara que no la desea, XLI 35, 4. De todos modos, esto no es absoluta falsedad, sino que forma parte de la explicación del proceso de formación del Principado, en que se supera la dictadura, dentro del cual el papel de César es juzgado positivamente. Fue un proceso confuso en que no es

[213] «Augusto...», pág. 439.

[214] Cit., pág. 13.

[215] *Ibid.*, pág. 17.

[216] *Ibid.*, pág. 18.

[217] También hace decir a Tiberio que Augusto gastó riqueza en la utilidad pública, LVI 40, 4, cuando él mismo ha expuesto su visión del asunto poco antes, donde se matiza esta afirmación: LIII 16, 1.

fácil averiguar lo que hay detrás de cada cosa. Los juicios vienen a depender del resultado histórico. Los vencedores se consideraban benefactores y amantes de la ciudad; los vencidos, enemigos de la patria: XLVI 34, 5. En definitiva, fue lo que ocurrió con Augusto: las cosas le salieron bien; y lo que pudo ocurrir con César. Por ello es la República y el Principado de Augusto la época en que hay más abundancia de discursos[218]. F. Millar[219] pone de manifiesto cómo, en el año 48, en la descripción de Dion de la exhortaciones que hacen a sus soldados César y Pompeyo, XLI 57, 1-3, se introduce también el estilo retórico, la antítesis y el asíndeton, para marcar la contraposición.

La consecuencia más importante es la del valor que pueden tener los discursos, y sobre todo los debates y diálogos, de la *Historia* de Dion. Un ejemplo puede ser el discurso de Cicerón, XLIV 23-33, en favor de la amnistía en el año 44. Se trataría, según Millar[220] de un discurso escrito por Dion sobre el tema de la concordia y la gracia: *ibid.,* 32, 2[221]. Son preocupaciones propias de su época: paz y concordia como expectativa tras los conflictos, *ibid.,* 25, 4; proceso de triunfo y decadencia del poder personal: Mario, Sila, Cinna; conflicto interno como base de la destrucción mutua, *ibid.,* 30, 8, inserto todo ello en el proceso de conflicto entre que sean dueños de la *politeia* los que tienen las armas o esté en vuestras manos (del senado), *ibid.,* 24, 1-2, es decir, los problemas que le preocupan para su propia época, pero también como clave del proceso de formación del Principado.

---

[218] Cf. Millar, *Study...,* pág.78.

[219] *Ibid.,* págs. 42-43.

[220] *Study...,* págs. 47, 52; «Some...», págs. 17-18.

[221] Cf. Giua, «Clemenza...», pág. 334.

Otro texto interesante desde el punto de vista de la formación del Principado es el debate entre Cicerón y Caleno: XLV 18-46, 28. Allí Cicerón habla de los conflictos entre tradiciones y poder personal. En cierta medida, es comparable al debate entre Agripa y Mecenas por su significación histórica. También aquí Dion se debate en contradicciones sobre el origen del Principado. Cicerón define dictadura y tiranía como opuestos a república y libertad de expresión, XLV 18, 2, lo cual forma parte del conflicto ideológico de Dion, porque para Cicerón esto sería lo opuesto a la formación del poder personal: la época de las dictaduras es inseguridad para el senado, *ibid.*, 19, 2. Sólo que aquí está enfocado contra Antonio: destruyó la república, *ibid.*, 31, 2; y los argumentos se basan en que los romanos están acostumbrados a vivir «en autonomía» y se han liberado de la monarquía de César, *ibid.*, 35, 2, a pesar de que perdonó a muchos. Se hace, pues, la salvedad de la clemencia, pero César queda relativamente identificado con tiranía y dictadura. Parte del debate sobre el origen del Principado está en la proximidad entre «realeza» y «tiranía». Cuando Antonio puso a otro «tirano» (César), quería él mismo «ser monarca», XLV 33, 3. Corremos el peligro de nombrar contra nosotros mismos un tirano, LXV 35, 1, de elegir un nuevo «déspota», XLV 35, 2. La culpa de la muerte de César es de quien lo llamó «rey», XLV 41, 2. Esta ambigüedad terminológica importa porque de hecho fue ambigua la formación del Principado en el terreno terminológico y porque la herencia de tal ambigüedad se sufre en tiempos de Dion. Seguramente F. Millar[222] tiene razón: se trata del intento de resumir en dos discursos la compleja situación política de comienzo del 43 a. C. No hay mera recopilación de fuentes, sino más bien una

[222] *Study...*, págs. 47, 52-4; «Some...», págs. 18-22.

ficción creada a partir de fuentes variadas para el discurso de Caleno, y de varias *Filípicas* para el discurso de Cicerón. Dentro del mismo debate, Caleno pone de manifiesto la función del discurso en la escena política: hay contradicciones entre lo que un político dice y lo que es en realidad. Según Cicerón, XLVI 9, 2, él ama y los demás odian. Caleno también interpreta la irritación de Cicerón: se debe a que él no ha podido obtener los poderes, XLVI 25, 5. Para Caleno, *ibid.*, 8, 3, la postura de Cicerón se caracteriza porque siempre envidia *(phthoneîs)* al poderoso; pero nunca se atrevió contra Antonio cuando era tribuno, etc., *ibid.*, 10, 3. El propio Dion hace directamente algunas apreciaciones: los «muchos» lo odiaban, pero él juraba que había salvado a la ciudad, XXXVII 38, 1-2; trataba de ganarse a la plebe, a los caballeros y al senado, XXXVIII 12, 4, pero sólo obtenía envidia y odio, *ibid.*, 12, 7. Según esto, en los momentos de formación del Principado, la defensa de la democracia será simplemente un modo más de enfocar las aspiraciones personales. Esto vendría corroborado por palabras del propio Dion. Cicerón usaba la libertad de palabra sin moderación, pero no la soportaba en otros: XLVI 29, 1. Son palabras que significan una crítica a la manera de ver la democracia de gente como Cicerón; la libertad sólo vale para la defensa de intereses personales[223]. Pero, de otro lado, en palabras de Cicerón, XLV 23, 6, Antonio se ha entrometido en la ciudadanía, tierras y exenciones. Son ataques contra la tiranía que compartiría Dion; es el problema del poder personal que se interfiere. O sea que volvemos a ver en el debate dos aspectos del poder personal a primera vista contradictorios, pero que son una especie de resumen dialéctico de la postu-

[223] Palabras parecidas pone en boca de Antonio, XLIV 43, 3: los enemigos de César son los que consideran la *politeía* como algo privado, como Pompeyo, que tuvo un reino propio en Macedonia, XLIV 44, 1.

ra de Dion. Ésta es sin duda compleja, y tal complejidad tiene que expresarse en discursos contrapuestos, contraponiendo discurso a narrativa o a declaraciones realizadas por el propio Dion. Por ejemplo, Cicerón usa contra Antonio argumentos opuestos a los que Dion utiliza en defensa de César, XLIV 3: el senado es responsable por haberle concedido honores, XLV 25, 1-3. Cicerón defiende al senado: éste no es responsable del poder personal; para Dion la cosa parece diferente: hay responsabilidad en sus concesiones. En este conflicto se muestra la complejidad de la situación desde el punto de vista de Dion. Tiene que expresarse en discursos. Por eso, Caleno, XLVI 17, 4-5, dice que tanto senadores como soldados votaron los poderes de César. Quien lo disuadió fue Antonio, *ibid.*, 17, 7. La teoría de Caleno, coincidente en esto con Dion, es que los culpables de los poderes de César son el senado y el ejército. Sólo gracias a Antonio dejó de actuar como dictador, XLVI 17, 8, por la presión popular promovida por Antonio en favor de la libertad y la república, XLVI 19, 6. En la posición de Caleno es el pueblo el que impide el poder personal. Aquí hay algo importante en el debate del origen del Principado: ¿es democrático por presión popular o por presión del senado? Antonio hace cesar la tiranía con el modelo de Decio y Bruto, XLVI 19, 8, es decir, el modelo de la república tradicional unido a la presión del pueblo. Para Caleno, lo que Cicerón hace en realidad es acusar al senado, XLVI 23, 5, y para Dion es evidente que los intereses del senado pasan por el poder personal. Caleno también hace una consideración, concreta, muy interesante: Antonio ha obtenido el apoyo del senado, mientras Octavio tiene sólo la fuerza privada, XLVI 26, 3. Defender al senado al estilo de Cicerón es acusarlo. Sin duda todo esto, uno y otro, Caleno y Cicerón, reflejan la perplejidad de Dion. Caleno termina proporcionando al se-

nado una postura conciliadora: aprobar al que obedezca al senado, *ibid.*, 27, 4. Parece la postura más cerca del posibilismo: que el senado acepte la responsabilidad de haber atribuido poder personal, con lo que se admite el carácter inevitable de éste. La de Caleno es la postura programática, pero pasa por la crítica de Cicerón hacia la tiranía, en este caso personificada en César y Antonio. Aunque Cicerón no goce de las simpatías de Dion, sin embargo, en el discurso, usa contra Antonio argumentos que Dion usa contra la tiranía. De ahí la importancia también en este discurso, en la dinámica de la interpretación de Dion, de la historia del origen del Principado. La opinión de Dion está en los dos oponentes. O más bien: Dion se explica los hechos contradictorios del Principado con las opiniones contrapuestas que indican realidades contradictorias.

Hay un discurso de Antonio en el año 31 que también contiene aspectos interesantes. Las exacciones quitan apoyo al enemigo y se produce allí la revuelta. A pesar de que sepamos que el resultado final le fue favorable, es real que en Octavio existe el problema de la exacción militar. Con el método retórico, Dion puede no ser monolítico en la interpretación de los hechos y no mostrarse en todo partidario del Principado de Augusto, pues exceptúa precisamente aquellos aspectos que tuvieron una manifestación más aguda en su propia época. Así, Antonio se refiere a la inexperiencia de Octavio, pues sus partidarios matan a los vencidos, L 20, 2. El resumen es que Octavio desea la monarquía y él la liberación, *ibid.*, 22, 4. Pero hay que tener en cuenta el discurso paralelo de Octavio: lo peor de Antonio es que quiere hacerlos esclavos de una mujer, *ibid.*, 24, 7; y que él mismo vive como rey y mujer, *ibid.*, 27, 4, e interpreta danzas ridiculas y lascivas, *ibid.*, 27, 6. Es precisamente en los ataques donde se contraponen dos formas de monarquía y

realeza que tuvieron sus ejemplos en la historia del Principado, ambas con aspectos negativos. Por ello es interesante destacar que son las arengas de Bruto y los suyos las que hablan de libertad, democracia, falta de tiranos, falta de déspotas, XLVII 42, 3, para defender lo bueno de la *isonomía* y lo absurdo de la monarquía, *ibid.*, 42, 4, frente a los conceptos exclusivamente militares usados por los enemigos, *ibid.*, 42, 5.

A pesar de su aceptación del poder personal, no deja de ser interesante citar, además del discurso de Agripa, los de otras figuras que sin duda tienen prestigio y que se muestran claramente contrarias a él. Como el de Cátulo, que advierte que Pompeyo llegaría a ser *kýrios* de todo lo bueno para nosotros, dado que el exceso de honores corrompe, XXXVI 35, 1. Es significativo porque transparenta el proceso de formación del Principado y prevé las consecuencias que el poder personal puede tener: *kýrios, dominus*. Uno solo no debe ser jefe de toda la guerra, *ibid.*, 35, 2; no se deben dar tantos cargos seguidos a un solo hombre, XXXVI 31, 3. Hay que notar, no obstante, que antes se ha producido el rechazo del propio Pompeyo, *ibid.*, 25-26, y un muy matizado discurso de Gabinio, que empieza elogiando el tal rechazo: el *anḕr agathós* no debe querer mandar, ni hacer promesas que conducen a su caída, *ibid.*, 27, 2, pero el senado debe dárselo por conveniencia para la ciudad, *ibid.*, 27, 3.

Dion está preocupado por los cambios políticos, y por ello presta tanta atención en el terreno retórico al proceso de formación del Principado; pero, al parecer, también la formación de la República le hizo utilizar el debate como modo de comprensión del proceso. El frag. 12 está dedicado a ello[224],

[224] Cf. Millar, «Some...», pág. 12 y n. 14, que ve un paralelismo con Dionisio de Halicarnaso, IV, 72-75.

y en él interesa especialmente XII 30, donde se habla del peligro de las transformaciones y que los inteligentes prefieren permanecer en los mismos regímenes aunque no sean los mejores, antes que cambiar y estar siempre «planeando» *(planâsthai)*, en lo que recuerda los consejos de Augusto de no cambiar las leyes. Es curiosa la aparición del mismo consejo en los dos cambios más importantes del estado romano.

También es interesante la frecuencia del tema del buen gobierno en los discursos[225]. En frag. XL 14-16, se insiste en la colaboración de los que tienen los mismos *éthē* en el papel de la amistad en la colaboración[226]. En frag. XXXVI 1-5 se habla en favor de la obediencia voluntaria y en contra de los castigos excesivos; lo impuesto se rechaza como propio del no libre; lo propio de la virtud es no matar sino salvar; y en frag. XXXVI 11-14, sobre el honor y amor a los benefactores, mayor precisamente si ha habido diferencias. César insiste en su papel de *pater*, XLIII 17, 5, y su rechazo de la tiranía, XLIII 15, 2-18, entre otras cosas. En este discurso, Millar[227] ve los presupuestos del discurso de Mecenas: el reflejo de las aspiraciones de propietarios y nobles de cualquier momento histórico helenístico o romano; se encontraría situado[228] entre la retórica moralizante de los primeros libros y los propósitos específicos de Mecenas. Para Giua[229], en el discurso de César, cuando se refiere a Mario, Cinna, y Sila, XLIII 15, 3, Dion puede estar pensando en Septimio Severo, LXXIV (LXXV) 2, 2, frente a Marco Aurelio, LXXI (LXXII) 28, 1, modelo de clemencia; pues Septimio Severo coloca a Augusto entre los crueles. De ahí

[225] Cf. Giua, «Clemenza...», pág. 334.

[226] Cf. Millar, «Some...», pág. 12. También Frag. XL 33-39.

[227] *Stud...*, págs. 80-81.

[228] *Ibid.*, pág. 13.

[229] «Clemenza...», pág. 335.

deduce Giua la carga polémica contemporánea que puede haber en el coloquio de Livia con Augusto, LV 14-21, frente a Septimio Severo, que intenta apoyarse en un Augusto cruel. También en las palabras de Tiberio, considera Giua[230] que puede estar presente la polémica del tiempo de Dion, con ánimo de romper la identificación de Augusto con Severo: LXXV (LXXVI) 7, 4. Giua[231] ve en las palabras de Livia uno de los posibles ejemplos en que por medio de los discursos se manifiestan las opiniones de Dion: el mejor premio del propio emperador es dejar libre al adversario[232]. Giua[233] reconoce como senecana la parte correspondiente al discurso de Livia: el buen rey de connotaciones cínico-estoicas frente a la «propensión al mal», LV 14, 7; lo que también se ve en *ibid.*, 16, 3: *phýsis*, pero aquí se trata de motivos de orgullo, etc., que llevarían justificadamente a posiciones de enfrentamiento. También ve Giua[234] la posibilidad de que estén reflejadas las experiencias del historiador, concretamente en tiempos de Cómodo, LXXII (LXXIII) 7, 3, sobre todo la terrible depuración de los Quintilios, *ibid.*, 5, 3-4; también la suspicacia ante los delatores de LV 18, 5-6 reflejaría el contrapunto de la situación descrita en LXXI (LXXII) 30, 3, para Marco Aurelio, y en LXVIII 6, 4, para Trajano[235]. La pena de muerte sólo debe aplicarse en casos extremos, LV 18, 1-4, pero se admiten motivos de oportunidad política, LV 21, 4: no es posible cambiar de la república a la monarquía sin sangre; lo que

---

[230] «Augusto...», págs. 448-9.

[231] «Augusto...», págs. 446-7.

[232] Cf., GIUA, «Clemenza...», pág. 337.

[233] *Ibid.*, págs. 321-2.

[234] *Ibid.*

[235] Cf., GIUA, «Clemenza...», pág. 323.

reconoce el propio Dion, LVI 44, 1 *(anánkē)*. Giua[236] considera que son problemas de coherencia típicos del pensamiento histórico dioneo. Hay que tener en cuenta que, una vez más, se trata de un diálogo, y que ahí se reflejan las contradicciones reales de un poder personal que, a pesar de las aspiraciones de Dion, va unido a una actuación al menos ocasionalmente violenta y que Dion lo tiene que admitir aun así. En las mismas intervenciones de Livia se notan las limitaciones: no es posible que el gobernante complazca a todos, LV 14, 4; ser odiado es muy desventajoso, *ibid.,* 19, 5; los gobernantes deben atacar sólo a los que cometen injusticia contra la comunidad, 19, 6; pero en ella está descrita la postura de la clemencia: seamos indulgentes con los conspiradores, 16, 4; usemos la buena voluntad, *ibid.,* 16, 5; los más cobardes son los más crueles, *ibid.,* 17, 4; hay que evitar los rumores y las acusaciones bajo tortura, *ibid.,* 19, 2. Sin embargo, poco después, *ibid.,* 22, 2, se cuenta que la acusaron de la muerte de Augusto. Las intervenciones de Augusto reflejan en general una tendencia más pragmática[237], pues parte de la búsqueda de soluciones políticas, *ibid.,* 14, 1-2, y llega a la afirmación de que «las amenazas para el que gobierna vienen también de los amigos», *ibid.,* 15, 4-7. La conjura procede de la perversidad de la naturaleza humana: por ello no vale la clemencia, sino la fuerza. Todas las monarquías, no sólo las tiránicas, tienen que defenderse[238]; las conjuras pueden afectar a todos, como demuestra la historia[239]: Nerva, LXVIII 3, 2; Trajano, *ibid.,* 16, 2; Marco Aurelio, LXXI (LXXII) 22-30. De ahí la postura de LV 14, 4. La actitud, pues, no puede ser monolítica y necesita el

---

236 *Ibid.,* págs. 325-326.

237 *Ibid.,* pág. 319.

238 *Ibid.,* pág. 320.

239 *Ibid.,* pág. 336.

debate. Son problemas parecidos, pero planteados al revés, a los que preocupan a Agripa: aquí puede haber oposición a buenos monarcas; Agripa dice que por *génos,* riqueza, etc., pueden ser contrarios a la monarquía y no ser malos, LII 8, 1; si los humillas no tendrás su *eúnoia,* LII 8, 2, pero si los dejas no serán fáciles de gobernar, LII 8, 3. Es el mismo contenido que el del diálogo de Augusto con Livia, sólo que aquí se plantea como problema *dentro* de la monarquía. En el fondo, también en el caso de Agripa, éste es el planteamiento: un debate sobre la forma de actuar el emperador con la apariencia de un debate entre monarquía y república.

F. Millar[240] destaca LVI 47, 2, como muestra significativa de la visión sobre Augusto, tras todas sus exposiciones en estilo antitético: el senado, forzado por la multitud, tiene que permitir el aumento de los gastos en los juegos a causa de la presión de uno de los actores. Plebe, senado, emperador y juegos son elementos importantes de la relación de fuerzas del imperio y del modo de su estructuración. Aquí se reflejan por tanto algunas de las preocupaciones de Dion proyectadas a la época de Augusto.

También era difícil para Dion definir claramente una postura con respecto al imperio territorial, su conservación y expansión, lo que lo lleva a expresarse en ocasiones por medio del discurso, como el de César en Vesoncio, XXXVIII 36-46, que Millar[241] ve como opuesto a la propia concepción de Dion sobre las campañas de Severo, sin que tenga a su vez nada que ver con los discursos del propio César[242]. En cambio, para Giua[243], está entre los discursos en que podían aparecer las opiniones de Dion. Los discursos permiten

---

[240] *Study...*, pág. 102.

[241] *Study...*, pág. 82.

[242] Cf. Cary, «Intr.», pág. XVII.

[243] «Augusto...», pág. 446.

las matizaciones de acuerdo con las circunstancias. Cuando Antonio se refiere a la actuación de César en Hispania, XLIV 41, 2, afirma que es más difícil conservar que obtener, y más provechoso que someter, llevar a tal situación que no puedan rebelarse. Se trata de resaltar los méritos. Por eso sólo es aparente la contradicción con la propuesta de Mecenas, LII 18, 5: guardar algo es más fácil que adquirirlo. El programa es preservar sin aventuras conquistadoras, pero también en ello hay lugar para el mérito.

También es interesante el debate sobre la paz o la guerra en frag. LV 1-3: paz o guerra como creadores o destructores de los bienes y las riquezas. El senado encuentra la vía, frag. LV 9 y Zonaras, VIII 22: preparar la guerra pero intentar la paz[244]. Hasta la diferencia de táctica entre bárbaros y romanos se describe por medio del debate: Budica, LXII 5, 2, y Paulino, LXII 9, 2, exponen las diferencias entre britanos y romanos desde diferentes puntos de vista. En tiempos de Dion la superioridad táctica de los romanos conquistadores ya ha dejado de estar clara.

También se discute en discurso la importancia del papel del jefe. Sin duda, los soldados tienen que estar sometidos. Pero eso tiene un peligro, y Dion lo expresa con un discurso de Pirro a sus soldados: Zonaras, VIII 5. La muerte de un solo hombre no puede vencer a muchos, ni el encantamiento y la magia es más fuerte que las armas y los hombres. Se muestra el peligro de divinización a partir del poder personal, la caída en la magia carismática del poder.

Por todo ello, como dice F. Millar[245], los discursos no son sus puntos de vista, pero son indicativos de la extensión y los límites de su pensamiento político. Por tanto, no es ra-

---

[244] Cf., MILLAR, *Study...*, pág. 82.

[245] *Study...*, pág. 73.

ro que elija fuentes retóricas, aunque tenga otras a su disposición[246]; lo que importa es por qué las ha elegido. Así pues, no es sólo una deuda contraída en el planteamiento del libro LII, como quiere Espinosa[247], ni el debate Agripa-Mecenas está hecho para posibilitar la apariencia de enfrentamientos y choques conceptuales[248]. Esto es demasiado voluntarista. Más bien, la compleja visión del mundo de Dion requiere, si pretende expresarse, un sistema retórico. Por ello, la retórica afecta al discurso y a las situaciones; es de hecho parte de la historia misma[249], que es un proceso tenso: Dion es para Gabba el producto de tensiones externas e internas[250]. También Espinosa[251] se acerca más a la realidad cuando ve el influjo de las tensiones íntimas de cada senador.

Por último, hay otro debate interesante con algunos rasgos peculiares. Se trata del diálogo entre Cicerón y Filisco en el exilio del primero, en el año 58, XXXVIII 18-29. Para F. Millar[252], se trata de una invención con la única finalidad de subrayar la debilidad de Cicerón. Sin embargo, en Filisco se encuentran algunas afirmaciones de interés en el contexto dioneo: «los que aman las *dynasteîai* las colocan por encima de amigos y parientes», *ibid.*, 29, 4: «cada uno se crea su propia patria y su propia felicidad en cualquier parte», *ibid.*, 26, 2. Hay, por tanto, más contenido positivo. Letta, en consecuencia con su tesis de que la obra se escribe en tiempos de Alejandro Severo[253], cree que el diálogo puede referirse

---

[246] Cf., G. B. Townend, «Some Rhetorical Battle-Pictures in Dio», *Hermes* 92 (1964), 479.

[247] *Debate*, pág. 37.

[248] *Ibid.*, pág. 59.

[249] Cf., Peeling, cit., pág. 224.

[250] «Storici...», pág. 380.

[251] *Debate*, pág. 473.

[252] *Study...*, págs. 47, 50-51; «Some...», págs. 15-17.

[253] Cit., pág. 158.

al propio Dion en su exilio de 229. Ello parecería contradictorio con la poca estima que tiene por Cicerón, pero en realidad el diálogo sería una confrontación entre Cicerón y Dion: la condena de Cicerón provoca la apología de Dion; el comportamiento de Cicerón es el opuesto a los consejos que recibe de Filisco[254], con lo que muestra la sabiduría de su propia retirada como acto de lealtad a Alejandro Severo, de quien era un protegido incómodo, pero también una cierta amargura[255]. De aceptarse esta hipótesis, tendríamos un ejemplo de cómo Dion no refleja sólo las contradicciones de su clase por medio del debate dialéctico, sino también las suyas propias. Lo subjetivo y lo objetivo se complementan: Dion como miembro de su clase y su clase como proyección de sí mismo. Pero lo individual y lo colectivo se expresan de la misma manera.

XVII. LA *HISTORIA ROMANA* COMO REFLEJO DE LA ÉPOCA DE DION

Si en todos los debates es posible ver propuestas y contrapropuestas, expresión de opiniones matizadas por el contrario, etc., hay, con todo, y sin perder de vista los rasgos que le confiere el modo de expresión *retórico*, en el debate entre Agripa y Mecenas, una mayor actualidad desde el punto de vista de Dion, y en él una parte que podemos denominar «programática» y que corresponde a la expuesta como tal por Mecenas, LII 19-40. La datación de Espinosa[256], de 217 a 222, hace coincidir el planteamiento con la

---

[254] *Ibid.*, pág. 161.
[255] *Ibid.*, pág. 162.
[256] *Debate*, pág. 488.

gestación de un grupo de oposición senatorial que llevaría a Alejandro Severo. Sin embargo, de acuerdo con lo expuesto sobre el método «retórico» de Dion, es más fácil coincidir con Gascó[257], donde se nota cómo no hay sólo oposición y programa, sino algo más amplio, en que Dion cita lo que le interesa incluso de lo que ya está instaurado; el concepto de restauración se aplica porque Dion parte de una situación de crisis: en la ficción, al final de la República; y en la realidad, en la época de hierro de Cómodo en adelante. Según ello, lo que Dion retrata no es lo que quiere que sea en el futuro un régimen esperado, sino lo que quiere que sea en el presente algo que ya existe; y ya es bueno lo que propone Mecenas para el futuro y en Dion ya está realizado.

Es la línea representada por Bowersock[258]: no son «consejos», sino una colección de opiniones de los «intelectuales» griegos de la época de Dion. Para Bowersock puede ser uno concreto, o el propio Dion, pero representa una tradición recogida del siglo II. En este sentido, correspondería a la época de Alejandro Severo[259], coherentemente con esto y según lo que recoge Gascó[260]: no hay ni oposición ni premonición, sino una práctica imperial coincidente con los intereses de Dion, coincidencia que más bien es querida, y desde luego sometida a dudas y ambigüedades como para que se exponga en un debate frente al sistema democrático. De acuerdo con el contenido, Sir Ronald Syme[261] también prefiere incluir el discurso de Mecenas en época de Alejandro Severo. Igualmente el optimismo que Espinosa[262] ve ma-

[257] *Sociedad y cultura*, págs. 166 ss.
[258] Cit., pág. 203.
[259] *Ibid.*, pág. 202; cf. también MAZZA, cit., pág. 9 y n. 20 (pág. 512).
[260] *Sociedad y cultura*, págs. 116 ss.
[261] *Emperors...*, pág. 155.
[262] *Debate*, pág. 236.

nifestado en Mecenas como esperanza de recuperación de la crisis, parece más adecuado, según indica Gascó[263], al reinado de Alejandro Severo, con todos los límites que desde luego hay que señalar tanto para el optimismo posible en época de Alejandro como para el optimismo del propio Dion. Viene a ser una visión del presente, concebido con los aspectos del pasado que parecen positivos a Dion, pero enfocado de cara al futuro. Espinosa mismo[264] ve cómo en la medida recomendada en LII 22, 2, consistente en unificar el mando militar de las provincias, hay algo ya existente, pero al mismo tiempo hay un programa, dado que es preciso reforzar la presencia militar debido a los peligros internos: alguien *de la ciudad* que se encargue de los *koiná* de las ciudades y del mando militar. Esto afecta a Italia, que también se propone dividir en provincias, *ibid.,* 22, 1[265].

A ello va unida la primacía de Roma: hay que adornarla por encima de las demás ciudades para que inspire respeto a los aliados y temor a los enemigos: LII 30, 1. Para los demás, Roma debe ser considerada como la única ciudad, y lo propio sólo como si fueran campos y aldeas, *ibid.,* 19, lo que se traduce, *ibid.,* 30, 3, en que las otras ciudades deben tener pocos gastos en obras públicas. Los rasgos más destacados por Gascó son la supresión de los privilegios de las ciudades griegas por motivos de orden público, y la opción a favor de la administración romana. En LII 30, ataca las características de la vida pública en las ciudades del este griego[266]. Dion propone, en opinión de Espinosa[267], una ruptura del sistema augústeo en el ordenamiento provincial. O sea, que

---

[263] *Ibid.*
[264] *Debate,* pág. 329.
[265] Cf. Blois, cit., pág. 361.
[266] Cf. Millar, *Study...,* pág. 137.
[267] *Debate,* pág. 333.

utiliza el ambiente augústeo para proponer su destrucción. Es, sin duda, interesante constatar que Cómodo también tiene una enorme predilección por Roma, LXXII (LXXIII) 15, 2, como colonia del mundo[268], a pesar de la postura frente a los problemas agrarios, bastante diferente de la de Dion, como veremos. Pero Dion conoce la importancia del pueblo de Roma como fuerza del Principado[269] e incluso en alguna ocasión llega a alabar su mayor sinceridad en contraposición a los senadores: LXXIII (LXXIV) 13, 2-5; LXXVIII (LXXIX) 19, 5-20[270]. Si Dion pone el énfasis en la relativa libertad de expresión de la multitud en la ciudad de Roma[271], es porque sabe de su importancia para el sostenimiento de cualquier emperador en ese momento, para el sostenimiento del poder personal que es imprescindible para sus planes, incluso del tipo de poder personal que él preconiza. Pero es también apoyo del tipo de poder personal que a él le parece tiránico, pues sabe que pueblo y soldados urbanos también muestran su solidaridad como en el año 212, ante la humillación de Cilón, LXXVII (LXXVIII) 4, 4, lo que obliga a Dion a hacer una pirueta: en realidad era porque no lo habían matado: *ibid.,* 4, 5. De ahí sus contradicciones ante el apoyo de la masa de Roma al poder personal. Por ello Mecenas propone, LII 30, 2, que, en el resto de las ciudades, el *dêmos* no tenga nada de poder, ni haya asamblea; pero también que en Roma no tenga los juicios ni las elecciones, ni asuntos relacionados con el dinero, en lo que se muestra cuál es el verdadero objeto del ataque de Mecenas: no la tiranía como sistema frente a la monarquía, ni la

---

[268] Cf., Oliver, cit., pág. 379; y Mazzarino, *Trattato...*, II, págs. 279-80.

[269] Cf., Millar, *Study...*, pág. 137.

[270] Citados por Millar, *ibid.*

[271] Cf. *ibid.*, pág. 164.

democracia como república oligárquica, sino la democracia como fuerza del pueblo.

Por estas razones, Dion no critica la liberalidad hacia la población de Roma, y cuenta cómo la ejercía Marco Aurelio en el año 176 por sus ocho años de ausencia, LXXI (LXXII) 32, 1; en cambio le complace la actitud del mismo emperador cuando se niega a dar dinero a los soldados a pesar de la victoria, *ibid.,* 3, 3[272]. Sin duda, el mantenimiento de los soldados se relaciona con los emperadores tiránicos y los gastos afectan a los ricos[273]. Y por otro lado, los soldados se reclutan entre los que están, si no, obligados al bandidaje, LII 7, 5, es decir, los ejércitos se reclutan entre los sectores más bajos de la población, y la organización militar es, entre otras cosas, un modo de librarse de ellos[274]. La propuesta de Mecenas es que los soldados tengan su salario y que se recluten entre los más fuertes y más pobres, LII 14, 3. Está, pues, contra el ejército como función ciudadana y a favor de lo que, en LII 6, 5, atacaba Agripa: la separación entre quienes pagan y quienes llevan armas y cobran *misthoí;* a favor del ejército profesional[275].

Con tal ejército profesional estable, LII 27, 1-3, el resto podrá trabajar en paz, *ibid.,* 27, 5, lo que Espinosa[276] relaciona con LXXIV (LXXV) 2, 5: la falta de reclutamiento en Italia puede provocar la ruina de su juventud. Con los préstamos extraídos de la venta de propiedades públicas, LII 28, 3, se conseguirá, además de fondos para el ejército y otras

---

[272] Cf. Blois, cit., pág. 367.

[273] Cf. Blois, cit., pág. 371, que también insiste en que tales gastos afectan a las posibilidades de realizar actividades culturales por parte de los griegos distinguidos.

[274] *Ibid.,* pág. 372.

[275] Cf. Millar, *Study...,* pág. 109.

[276] *Debate,* pág. 351.

funciones, LII 28, 5, que la tierra sea trabajada y que haya campesinos propietarios, LII 28, 4; todo el proceso está claramente explicado por Gascó[277]. El capítulo continúa, LII 28, 6, con la propuesta del establecimiento de un impuesto sobre todos los que saquen algún provecho de su propiedad. La medida parece tener un precedente en Nerva que, además de restituir las propiedades confiscadas por Domiciano, hizo una distribución de tierras entre los pobres, LXVIII 2, 1; también hizo una venta de sus bienes privados y de los de la corona, con lo que benefició a muchos, *ibid.*, 2, 2; y además redujo gastos, *ibid.*, 2, 3. Es, sin duda, un modelo económico. De otro lado, parece evidente que a Dion no le gustó la reducción de tasas por Calígula, LIX 9, 6, que agradó al «malo» *(phaûlos)* pero dolió a los prudentes *(émphronas)*: no se podía atender a los gastos, *ibid.*, 9, 7.

Acerca de la preocupación por los gastos ha tratado Nicolet[278]. Las preocupaciones de Dion en su tiempo lo llevaban a utilizar conceptos que eran propios también de la época de Augusto[279]. Las preocupaciones fiscales son tan importantes en el discurso de Mecenas, LII 28-30, como en el de Agripa, *ibid.*, 6, 1-5. El planteamiento de Mecenas es que la fiscalidad es en provecho de quienes pagan, *ibid.*, 29, 1-2, lo que significa también, en el discurso de Tiberio, LVI 40, 1, que el Imperio es garantía de la propiedad, combinando, según matiza Dion, LVI 43, 4, la monarquía con la democracia[280]; así, es necesaria la presencia del emperador como garantía de continuidad del *ordo senatorius*, LII 19, 2[281]. Las tasas son necesarias para gastos que sirven para proteger la

---

[277] *Loc. cit.*

[278] En *Caesar...*, pág. 96 y n. 30. Cf. XXXIX 37, 3.

[279] Cf. Nicolet, cit., pág. 108.

[280] Cf. para todo esto, Nicolet, en *Caesar...*, pág. 111.

[281] Nicolet, cit., págs. 95-6.

propiedad. De esto es consciente Dion. Espinosa[282], muestra cómo existe identidad fiscal entre Agripa y Mecenas, y ello es indicativo de la homogeneidad en el tema dentro del pensamiento del autor. Pero Schtajerman[283] pone de manifiesto que Dion reconoce los derechos fiscales del Estado, LII 28, 30, pero no de las ciudades; ello estaría en consonancia con el proceso de decadencia de las ciudades y reforzamiento del poder del Estado[284]. En LII 28-30[285] estaría sintetizado todo el proceso: necesidad de dinero, entrega de tierras, impuestos, valoración exclusiva de la ciudad de Roma. Es decir... «aniquilar las ciudades como unidades autoadministrativas, domar al populacho y obligarlo a trabajar».

De otro lado, Mecenas propone la creación de un salario para cargos públicos, que favorezca el ocio y la dignidad, LII 21, 7, salario que se propone también para los cargos públicos fuera de la ciudad, *ibid.*, 23, 1, lo que encontraría su realización en Augusto, LIII 15, 4[286]. También se propone la aparición de dos prefectos del pretorio, LII 24, 2. En la educación importa imprimir algo para que los cargos no se atrevan a la rebelión: *ibid.*, 26, 5.

También se plantea la necesidad de un programa de selección de senadores y caballeros[287], LII 19. Se trata de purificar el senado: los que no son apropiados por la sedición (LII 19, 4), pero no por la pobreza; y de introducir a los más nobles *(áristoi)* y ricos de Italia, de los aliados y de los súbditos: *ibid.*, 19, 2. Las distribuciones de funciones se hacen

---

[282] *Debate*, pág. 357.

[283] E. M. Schtajerman, «La caída del régimen esclavista», en *La transición del esclavismo al feudalismo*, Madrid, Akal, 1975.

[284] *Ibid.*, pág. 91.

[285] *Ibid.*, pág. 102.

[286] Cf., Nicolet, en *Caesar...*, pág. 96.

[287] Cf. Blois, cit., pág. 360.

por órdenes, pues los caballeros también deben participar en la hegemonía, *ibid.*, 19, 5. Gabba[288] considera que las medidas propuestas en el libro LII se explican por el libro LIII, en que se aplican tales medidas: el senado, y también, pero menos, los *equites*, como intermediarios entre el emperador y la población. El senado habrá de tener algunas funciones específicas: habrá que introducir ante él a los embajadores, ya que es una institución venerable y digna, y debe *parecer* «señora» de todo, LII 31, 1; además, toda la legislación debe estar en sus manos, LII 31, 2[289]; los buleutas y sus familiares han de ser juzgados ante el senado, *ibid.*, 31, 3. Hay que conservar además a los patricios como necesarios para perpetuar las tradiciones, *ibid.*, 42, 5. Lo interesante es que Dion propone para preservar la nueva clase dominante un sistema en que se preservan formas antiguas; quiere enarbolar la bandera de la tradición, cosa frecuente cuando la renovación viene a consistir simplemente en afirmar los privilegios de una nueva forma de clase dominante. Pero, de otro lado, Dion considera que, en el reinado de Gayo, hubo algunos motivos de alabanza, entre ellos la ampliación del orden ecuestre con gente de todo el Imperio y de fuera, y que el vestido senatorial se usara antes de ser admitidos en el senado, mientras que en época precedente sólo lo hacían los nacidos de estirpe senatorial, LIX 9, 5. Parece, pues, que Dion es partidario de la ampliación de los órdenes tradicionales.

Si lo entendemos como modo de adecuar a los nuevos tiempos el sistema de Augusto de distribución de cargos entre caballeros y senadores, puede admitirse la afirmación

---

[288] En *Caesar...*, pág. 73.

[289] Cf., STE. CROIX, cit., pág. 372.

de Espinosa[290], de que las propuestas de Mecenas trataban de frenar al orden ecuestre. Éste en definitiva se fundamentaba en la forma de propiedad esclavista contra la que Dion polemizaba. Pero hay que matizarlo en el sentido de la readaptación: es decir, que en el sistema nuevo se refleje la situación de siempre, con los caballeros en su sitio, pero admitiendo un importante papel para ellos. Por lo que parece un poco excesiva la definición del programa meceniano como prosenatorial «en oposición a lo ecuestre»[291]. La postura es más ambigua, como se muestra con respecto al propio Mecenas, LI 3, 5.

XVIII. DION Y FILÓSTRATO[292]

Se ha hecho más o menos habitual establecer puntos de comparación entre Dion y la biografía de Apolonio de Tiana hecha por Filóstrato. Alföldy[293] ve en el debate Agripa-Mecenas del libro LII de Dion y en *Vida de Apolonio* V 31 ss., las mismas perspectivas de restauración tras la crisis. Gascó[294] también resalta el paralelo dialéctico entre ambos debates. Sin embargo, más adelante[295], se establecen algunos matices interesantes, que afectan principalmente *(Vida de Apolonio* V 36) a las provincias: «Filóstrato era partidario de un gobierno provincial basado en un respeto y compren-

[290] *Debate*, pág. 416.

[291] *Ibid.*, pág. 425.

[292] Cf. MAZZA, cit., pág. 461, y «L'intellettuale come ideologo: Flavio Filostrato ed uno 'speculum principis' del III secolo d. C.», en P. BROWN... cit., págs. 104 ss.; 110.

[293] Cit., pág. 92.

[294] *Sociedad*..., págs. 74 ss.

[295] Pág. 118.

sión de las distintas tradiciones de las provincias». F. Millar[296] considera que ambos pertenecen al mismo mundo. Sin embargo, la referencia a LXVII 18, 1-2, en que Apolonio de Tiana aclama a Estéfano, liberto, LXVII 15, 1, no es totalmente índice de coincidencia. Dion expresa su sorpresa y perplejidad: *paradoxótaton,* LXVII 17, 1, *thaumásas, ibid.*, 18, 1; mientras que Filóstrato se muestra totalmente afecto a Apolonio (VIII 25-26), y aclara que Estéfano es liberto de la mujer, que actuaba porque había aparecido en los portentos, se compara con los campeones de la libertad ateniense y no se menciona su muerte; además, mientras en Dion Apolonio convoca a la plebe, en cambio, según Filóstrato, Apolonio tuvo la visión cuando se hallaba dialogando, es decir, en plan platónico. Los libertos, de otro lado, no tienen las simpatías de Dion. Además, mientras Filóstrato se empeña en defender a Apolonio como mago alejándolo de la hechicería[297], Dion pone de relieve que, como a Caracala le gustaban los magos y encantadores, honró a Apolonio, que había llegado a ser un esmerado hechicero y mago, LXXVII (LXXVIII) 18, 4. Y esto lo menciona Dion cuando se está refiriendo a los gastos que el emperador hacía con los libertos, no con los senadores. La postura de Dion ante Caracala y las religiones orientales es coherente con una postura negativa ante Apolonio[298]. Caleno califica a Cicerón, XLVI 4, de hechicero y mago que se enriquece con males ajenos; Agripa, en el año 33, expulsó a astrólogos y encantadores de

---

[296] *Study...*, págs. 19-20.

[297] Cf. D. Plácido, «Materiales para el estudio de la magia y superstición en la *Pars Orientis* del imperio», *Religión, superstición y magia en el mundo romano,* Universidad de Cádiz, 1985, 129-136.

[298] Cf. Oliver, cit., pág. 381.

la ciudad, XLIX 35, 5[299]. En las propuestas de Mecenas también entra el tema: aconseja que no se permita la impiedad ni la superstición, LII 36, 2; sí a la mántica, pero no a los magos que animan revoluciones, *ibid.*, 36, 3, y tampoco a los que pretenden filosofar, *ibid.*, 36, 4. Se podría establecer un paralelo entre la postura religiosa de Dion y su defensa del estado central a costa de la ciudad, por un lado, y por otro, la postura de defensa de Apolonio por Filóstrato y su actitud protectora de la ciudad[300].

XIX. ESCLAVITUD Y FORMAS DE PROPIEDAD. LOS CONFLICTOS SOCIALES

En el discurso de Augusto del año 9 d. C., al tratar el problema de la falta de hijos de los romanos, junto con la necesidad en que hipotéticamente se iban a ver de conceder la ciudadanía, se plantea también la posible necesidad de conceder la libertad a los esclavos, LVI 7, 6. Son ambos planteamientos que responden a realidades de la época de Dion. La economía estaba dejando de fundamentarse en la esclavitud y ya no había guerras para la captura de esclavos, sino para la obtención de colonos[301]. Dion aprueba que Claudio legislara a favor de la liberación de esclavos enfermos no cuidados: LX (LXI) 29, 7 (Xif.). También resulta interesante el comentario de Dion ante el hecho de que Galba entregara a los esclavos que habían denunciado a sus dueños: LXIV (LXIII) 3, 4a; algunos los despreciaron para

---

[299] En cambio, Dion no hace referencia a la astrología de Adriano; cf. Syme, *Historia Augusta...*, pág. 85.

[300] Cf. Schtajerman, cit., pág. 102.

[301] Schtajerman, cit., pág. 59.

librarse de los malos esclavos, ibid., 3, 4b. En el testamento de Augusto, Dion le hace proponer que no se libere a muchos esclavos para que la ciudad no se llene de masa *(óchlos)*, LVI 33, 3. Es el temor a la masa ciudadana que se refleja en la propuesta de Mecenas, LII 14[302]. Su libertad era la esclavitud de los mejores. El proceso final de la esclavitud significa la agudización de los conflictos entre ricos y pobres. El ejército se convierte, en ocasiones, en un importante elemento represivo contra las masas de Roma, lo que da lugar a varios enfrentamientos entre el pueblo y los pretorianos, complicado con el hecho conocido de que son precisas las confiscaciones para pagar a los soldados[303]. Es muy sintomático también el consejo de Bula a los romanos, LXXVI (LXXVII) 10, 5, de que alimenten bien a sus esclavos para que no se hagan bandidos, pues tenían consigo libertos imperiales que habían sido poco o nada pagados. El episodio es significativo, por un lado, de la falta de interés de los propietarios romanos para conservar el sistema esclavista, pero, de otro lado, de las consecuencias que esto tenía y que les producía preocupación: masa urbana inquieta, bandidos. Ya no es posible el ejército ciudadano, y de ahí la propuesta de Mecenas del ejército profesional, LII 27, 3-5[304]. El ejército ciudadano sería, en tales condiciones, con tales ciudadanos, un grupo de bandidos armados. Éste es también el ambiente en que cabrían los fugitivos a que alude Mazza[305] para explicar ciertos datos de las guerras marcománicas[306]. Hay, por tanto, un antagonismo entre masa ur-

---

[302] Cf., MAZZA, Lotte..., págs. 423-424.

[303] Cf. BLOIS, cit., págs. 364-365.

[304] Cf., STE. CROIX, cit., págs. 216, 317-318.

[305] *Lotte*..., págs. 237-238.

[306] Para más datos, cf., STE. CROIX, cit., págs. 476-477.

bana y los soldados, y no sólo como competidores en la *liberalitas* imperial[307].

Pero, de otro lado, los soldados y el mismo emperador continúan apegados a la forma de explotación esclavista[308]; de ahí que el estado favorezca a los soldados e intente reforzar a las ciudades[309], al mismo tiempo que la clase de grandes propietarios no esclavistas trata de instrumentalizarlo con ese ejército para la represión de las masas de la ciudad. Pero personas como Dion eran partidarias de que sólo Roma continuara siendo ciudad[310]. La expectativa era sustituir el territorio de la ciudad y los bienes del César por la propiedad privada explotada por colonos. De ahí la competencia con el emperador, pero también la dificultad de instrumentalizar al ejército, al que, de otro lado, necesita para lograr la explotación del libre dentro de su sistema de producción. Surgen contradicciones, porque, de todos modos, Dion sabe que su seguridad sólo puede estar garantizada si cuenta con la protección del ejército y del sistema imperial[311], pero, al

---

[307] Cf., Blois, cit., pág. 367.

[308] Cf. Schtajerman, cit., pág. 75.

[309] *Ibid.*, pág. 76.

[310] Cf. E. M. Staerman (esta transcripción es más generalmente aceptada que la citada anteriormente: Schtajerman), *Die Agrar frage und die senatorische Opposition in der römischen Kaiserzeit* (Xenia. Konstanzer Althistorische Vorträge und Forschungen. Herausgegeben von W. Schuller, cuad. 11), Constanza, Universitätsverlag, 1984, pág. 17; Blois, cit., pág. 331; Ste. Croix, cit., pág. 308. Antes, también (como E. M. Steyermann), «Programmes politiques à l'époque de la crise du IIIe siècle», *CHM* 4 (1958), 310-329. Desde otra perspectiva, G. J. D. Aalders, H. Wan, «Cassius Dio and the Greek World», *Mnemosyne*, 39 (1986), 282-304. Algo diferente, F. Gascó, «Casio Dion y la rivalidad de las ciudades griegas», *Actas 1er. Congreso Peninsular de Historia Antigua*, editadas por G. Pereira, Universidad de Santiago de Compostela, 1988, I, 135-145.

[311] Cf. Ste. Croix, cit., pág. 361-363.

mismo tiempo, no sólo trata de que ese sistema se adapte a sus necesidades, lo que de hecho logra como aparato represivo, sino también de que se adecue a sus necesidades e intereses en el modo de sostenimiento: se aspira a un sistema que tenga como centro, no las exigencias del Estado, sino la del *praedium*[312]. Se trata de un conflicto entre formas de propiedad[313] al tiempo que de una alianza de las distintas variantes de la clase dominante en equilibrio móvil e inestable, dentro de un proceso histórico y, por tanto, dinámico. Y esta actitud es posible precisamente en la zona oriental del imperio, dada la peculiaridad de su evolución desde época helenística, pues las *villae* esclavistas, protagonistas de la crisis occidental, no desempeñaron allí nunca el papel dominante[314]. Angustia y miedo, pero también voluntad de poder de esta clase, es lo que aparece en la propuesta de Mecenas, LII 28, 1-5, de acuerdo con M. Mazza[315]: crear *possessores* con capacidad contribuyente, es decir, que se deja entrever que los beneficiarios serían los grandes propietarios de tierras; la propuesta es[316] un momento de la lucha incesante que oponía latifundio senatorio a latifundio imperial.

Pero, al tiempo, los conflictos sociales fuerzan la alianza entre la aristocracia terrateniente y el gobierno central[317]. Dion está de acuerdo con Marco Aurelio cuando éste considera absurdo, a propósito de la rebelión de Avidio Casio, mezclarse en guerras civiles, LXXI (LXXII) 24, 1, lo mis-

---

[312] Cf. MAZZARINO, *Trattato...*, II, pág. 437; también pág. 380.
[313] Cf. SCHTAJERMAN, cit., pág. 77.
[314] *Ibid.*, pág. 97.
[315] *Lotte...*, págs. 200 ss.
[316] *Ibid.*, pág. 202.
[317] Cf. SCHTAJERMAN, cit., pág. 63.

mo que Herodes Ático[318]. De ahí que Dion esté completamente de acuerdo con la monarquía, en una línea que sigue la influencia de Dion Crisóstomo[319], y la corriente propia del Imperio Romano de Oriente, en que no existe además ninguna reserva ante la monarquía[320], pero donde pretende unirse la tradición monárquica al concepto de democracia ya expuesto, LII 14, 4[321]. Así, los primeros síntomas de los problemas de la crisis del siglo III llevaron a una mayoría de los sectores cultos griegos a identificarse plenamente con el Imperio[322]. Todo ello de manera conflictiva. Algunos de los motivos del conflicto pueden ser los expuestos por Blois[323]: adquieren mayor fuerza los oficiales de bajo origen, que sustituirían a la oligarquía griega, precisamente en el momento en que ésta empezaba a identificarse con el Imperio. Pero detrás de ello puede haber motivos más profundos, sintetizados en la necesidad de identificación con un régimen cuyo fin inmediato era la conservación de un sistema productivo que no interesaba directamente a la oligarquía griega. Gabba resume la postura de Dion[324]: no es nostalgia al estilo de Tácito, sino más bien una postura como la de Elio Aristides: en la monarquía imperial se realiza la verdadera democracia mundial, con una posición central de la clase senatorial, pero tal posición se encuentra en peligro con Severo. Esto es una verdad parcial. Más bien cabría enunciarlo de otra manera: en el imperio es donde puede

[318] Cf. D. Plácido, «Isis, la oligarquia ateniense y las tradiciones áticas, *MHA* 5 (1981), 251.

[319] Cf. Mazzarino, *Pensiero...*, II, 2, págs. 202 ss.

[320] Cf., Giua, «Clemenza...», pág. 328.

[321] Giua, «Clemenza...», págs. 329-331; Mazzarino, *Pensiero...*, II, 2, págs. 289 ss.

[322] Cf. Blois, cit., pág. 364.

[323] *Ibid.*, pág. 376.

[324] En *Caesar...*, pág. 74.

realizarse la verdadera democracia como participación de la clase a la que pertenece Dion, pero en sus tiempos los conflictos obligan a los emperadores a determinadas actitudes contrarias a los intereses de Dion[325]. Es interesante, por ello, la actitud de expectativa primero y de decepción después por parte de Dion cuando, a la muerte de Albino, LXXV (LXXVI) 7, 3, deja de ser el portavoz oficial de Severo[326]. Más que de los senadores, Dion parece portavoz del punto de vista de los *clarissimi*[327], como clase que se configura a partir de los comienzos de la crisis del siglo III. La clase dominante en general. Para Dion, LI 17, 2, lo que Augusto hizo de no dejar que hubiera senado en Alejandría, habría sido una esclavización, LI 17, 4. Se comenta con satisfacción, en cambio, *ibid.*, 17, 3, que ya en época de Severo tenían senados en Alejandría y estaban en el senado de Roma en tiempos de Antonino Caracala. Según Millar[328], la concepción de la ciudadanía universal expresada por Mecenas en LII 19-26, estaría en desacuerdo con la visión del tema por Dion[329]. La realidad sería más bien que estaba de acuerdo con la extensión de los derechos en las clases más poderosas en proceso paralelo a la disminución de las clases más pobres con la crisis de la esclavitud[330]. Su perspectiva chocaba con el interés, más o menos sincero o más o menos

---

[325] Cf. STE. CROIX, cit., pág. 323 y nn. 51-52 y 56 (págs. 614-5).

[326] Cf., LETTA, cit., pág. 153.

[327] Cf., GAGE, cit., pág. 253.

[328] *Study...*, pág. 111.

[329] Cf. también, «The Date of the Constitutio Antoniniana», *JEA* 48 (1952), 129-131; W. SESTON, «Marius Maximus et la date de la 'Constitutio Antoniniana'», *Mélanges d'archaeologie, d'epigraphie et d'histoire offerts à Jérôme Carcopino*, París, 1966, 877-888.

[330] Cf. STE. CROIX, cit., págs. 454-5. Sobre el significado de la *Constitutio Antoniniana*, cf. MAZZA, *Lotte...*, pág. 25 y n. 50 (pág. 524).

«político», de Caracala hacia las clases más desafortunadas[331].

De otro lado, dada la diferencia de perspectiva entre la clase de Dion y los soldados, no es difícil encontrar puntos de disensión, que en alguna ocasión llevan a la artificial solidaridad con el pueblo, víctima junto con los ricos; para los escritores griegos, los malos emperadores quitan el dinero al pobre y roban al rico para pagar a los soldados[332]. Entre otras cosas, porque las diferencias se reflejan en la falta de capacidad del ejército para cumplir su propia misión. Parece que fue con motivo del ataque persa del año 227 cuando Dion consideró, LXXX 4, 1, que el peligro estaba sobre todo en «nuestros ejércitos», dado que unos se unen al enemigo y otros no quieren defenderse. Por ello no es sorprendente que Letta[333] considere que la *Historia* de Dion es el producto de los temores externos e internos. Pero de los temores de una clase cuyas vías de realización están en una reestructuración futura. De un lado, la ciudad está llena de soldados, lo que representa un gasto excesivo, porque se ponía más esperanza en las legiones que en los colaboradores, LXXIV (LXXV) 2, 3; de otro lado, también la multitud pide «Fortuna» para la salvación del *dêmos,* LXXV (LXXVI) 4, 4: ¿Hasta cuándo vamos a guerrear?, pregunta, *ibid.,* 4, 5. Todo ello es motivo de agitación para los mismos senadores.

¿Cuál es la perspectiva para la clase de Dion? Tal vez estaría después en el Cristianismo o algo similar[334]. De

---

[331] Cf., MAZZA, *Lotte...,* págs. 332-3; también pág. 466, y MAZZARINO, *Pensiero...,* II, 2, págs. 205 ss.; *Trattato...,* II, pág. 283.

[332] Cf. BLOIS, cit., pág. 367.

[333] Cit., pág. 137.

[334] Sobre la no mención del Cristianismo por Dion, ver MAZZARINO, *Trattato...,* II, págs. 317, 320; cf., F. GASCÓ, «El silencio sobre los cristianos en la Historia de Roma Casio Dion», *Habis* 12 (1981), 197-202. Ver,

momento, la situación carece de salida y es contradictoria. Lo que se refleja en la propia biografía de Dion y en sus problemas con los que tenían que ser instrumento para la realización de sus aspiraciones, con los soldados: «Los de Mesopotamia mataron a su jefe y me acusaron ante Ulpiano porque mandé enérgicamente a los soldados de Panonia», LXXX 4, 2. «Alejandro no les hizo caso, pero me hizo pasar el consulado fuera de Roma», *ibid.*, 5, 1, «y luego tuve que ir a Britania, lejos de la sangre», *ibid.*, 5, 3. Como Filisco, XXIX 1-3, ya no podía volver a la política ni contar con la amistad[335].

XX. DION CASIO Y LA POSTERIDAD. LA TRANSMISIÓN DEL TEXTO

Dion gozó de gran popularidad en Bizancio, como autor de una obra básica y completa para el conocimiento de la Historia de Roma[336]. Sin embargo, sus preocupaciones por los grandes procesos, que lo llevan a buscar explicaciones y utilizar la retórica para encontrar en la contraposición de discursos la explicación compleja de los hechos, quedan anuladas en general en los autores bizantinos que intentaron resumir su obra. Por otro lado, ese mismo rasgo hace que para muchos de los historiadores, vinculados a posturas positivistas, Dion sea simplemente poco digno de crédito. Para éstos,

---

contra, M. Sordi, *I Cristiani e l'impero romano*, Milán, Jove, 1983, págs. 32-33 y n. 7, y P. Siniscalco, *Il cammino di Cristo nell'impero romano*, Roma-Bari, Laterza, 1983, pág. 23, n. 1.

[335] Cf. Letta, cit., págs. 158-160.

[336] J. Faci, D. Plácido, «La historiografía lejos de la ciudad: el Imperio Romano desde el retiro monástico de Zonaras», *Erytheia* 9 (1988), 35-46.

los discursos ocupan un lugar desproporcionado en la narración histórica. De todos modos, el hecho de que no sea fácil encontrar sus fuentes y que en muchos casos ofrezca versiones diferentes a las demás fuentes, lo ha convertido en un instrumento imprescindible para conocer la Historia de Roma, sobre todo para los períodos en que su texto se conserva de modo directo.

Del conjunto de la *Historia Romana,* que constaba de ochenta libros y posiblemente estaba dividida en décadas por el mismo autor y ordenada por años, de acuerdo con la tradición analística romana, con mención de los cónsules epónimos, sólo sobreviven íntegros en once manuscritos los libros XXXVI-LIV. De los libros LV-LX los manuscritos contienen pasajes importantes muy completos, además de uno que cubre LXXIX-LXXX; la *editio princeps* de Stephanus, de 1548, contiene los libros XXXVI-LX; el resto sólo se conoce gracias a los *excerpta,* reunidos en varias colecciones, de las cuales las más importantes son los *Excerpta Constantiniana,* recopilados por Constantino Porfirogénito (912-959), que contienen tres colecciones: *De virtutibus et vitiis,* de un manuscrito del siglo x, conocidos como *Excerpta Valesiana* o *Peiresciana; De sententiis,* que contiene *excerpta* de valor desigual, de los que los referidos al Imperio se atribuyen desde Niebuhr, más que a Dion, a Pedro Patricio, historiador del siglo x; las Embajadas *(De legationibus),* en los códices de Juan Páez de Castro, de mediados del siglo XVI. Además, contiene textos de Dion el *Florilegio* de Máximo Confesor; los fragmentos recogidos en los *Anecdota Graeca* de Bekker y otras citas de lexicógrafos y gramáticos, reunidas en la *Suda* o en el *Etymologicum Magnum.*

Buena parte de la obra sólo se conoce gracias a los epitomistas, que se reúnen con los textos originales y los *ex-*

cerpta desde la edición de Boissevain, dado que en muchos casos es lo único que se conserva. De éstos, Zonaras es la principal autoridad para los libros I-XXI, pues utiliza muchas veces las mismas palabras de Dion; para las épocas posteriores Zonaras usó otros autores para la redacción de su obra histórica, por lo que deja de ser interesante como fuente para el texto de Dion. Fue secretario de Alexis I Comneno, pero se puso a escribir una vez que se hubo retirado a un monasterio del monte Atos. También resulta en general fiel al lenguaje de Dion el monje Xifilino, que abrevió los libros XXXVI-LXXX, pero ya estaban perdidos los libros LXX y LXXI. Xifilino es el epitomista que sigue más de cerca a Dion. Hizo el resumen para el emperador Miguel VII Ducas (1071-1078). Constituye la principal fuente para los libros LXI-LXXX. Hay otros autores de época bizantina que citan a Dion, como Tzetzes o Eustacio, ambos del siglo XII, cuyas referencias aparecerán ocasionalmente en la sección fragmentaria.

Desde 1750-52, Fabricius y Reimar publicaron juntos los libros conservados de Dion con el *Epítome* de Xifilino. Lo mismo hizo Dindorf en 1865. Por ello, las nuevas ediciones tendrán que tener en cuenta las novedades correspondientes a los manuscritos de dicho *Epítome*[337]. Las ediciones incluyen también normalmente el *Epítome* de Zonaras.

XXI. LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Esta traducción está basada en la edición de Boissevain, a través del texto ya depurado de E. Cary, Cambridge Mss.,

---

[337] B. C. Barmann, «The Mount Athos Epitome of Cassius Dio's Roman History», *Phoenix* 25 (1971), 58-67.

Londres, Loeb Classical Library, sin variaciones dignas de anotarse. Sólo cuando se considera imprescindible para la comprensión del texto se hacen constar variaciones o dudas textuales en las notas. La tradición impone que aparezca siempre el texto acompañado de los epitomistas y fragmentos, porque, sobre todo en los capítulos correspondientes al volumen I de esta edición, sólo gracias a ellos se puede conocer la obra de Dion. Aquí, para evitar las confusiones relacionadas con las diferentes atribuciones derivadas de la complejidad de las concordancias entre libros y fragmentos, se hace constar la paginación de Boissevain, convertida ya en canónica y que sirve de referencia en muchas citas de los estudiosos.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones y traducciones

DINDORF (revisada por I. Melber en Leipzig, Teubner, 1890-1928).

U. PH. BOISSEVAIN, *Cassii Dionis Cocceiani, Historiarum Romanorum quae supersunt,* Berlín, Weidmann, 1895-1901.

E. CARY, *Dio's Roman History,* Cambridge Mass., Harvard University Press / Londres, Heinemann, 1914-1927, IX vols., con traducción inglesa y reimpresiones posteriores.

M. L. FREYBURGER, J.-M. RODDAZ, París, Les Belles Lettres, 1991, libros 50 y 51; 1994, libros 48-49; M. L. Freyburger-Galland, 2002, libros 41-42, con traducción francesa.

Estudios

G. J. D. AALDERS H. WZN., «Casius Dio and the Greek World», *Mnemosyne* 39 (1986), 282-304.

G. ALFÖLDY, «The Crisis of the Third Century as seen by Contemporaries», *Greek Roman and Byzantine Studies* 15 (1974), 89-111.

B. BALDWIN, «Historiography in the Second Century. Precursors of Dio Cassius», *Klio* 68 (1986), 479-486.

T. D. BARNES, «The Composition of Cassius Dio's *Roman history*», *Phoenix* 38 (1984), 240-255.

J. BÉRANGER, *Principatus. Études de notions et d'histoire politique dans l'Antiquité gréco-romaine,* Ginebra, Droz, 1975.

L. de Blois, «The Third Century Crisis and the Greek Elite in the Roman Empire», *Historia* 33 (1984), 358-377.
S. Bolin, *State and Currency in the Empire to 300 A. D.*, Estocolmo, Almqvist & Wiksell, 1958.
G. Boulvert, *Esclaves et affranchis impériaux sous le Haut-Empire romain. Rôle politique et administratif*, Nápoles, Jovene, 1970.
G. W. Bowersock, «Greek Intellectuals and the Imperial Cult in the Second Century A. D.», *Entretiens Fondation Hardt* 19 (1972), 179-212.
P. Brown, L. Cracco Ruggini, M. Mazza, *Governanti e intellettuali*, Turín, Giappichelli, 1982.
P. A. Brunt, «The Fall of Perennis: Dio-Xiphilinus 72, 9, 2», *Class. Quart.* 23 (1973), 172-177.
—, «The 'Fiscus' and its Development», *Journal of Roman Studies* 56 (1966), 75-91.
T. V. Buttrey, «Dio, Zonaras, and the Value of the Roman Aureus», *Journal of Roman Studies* 51 (1961), 40-45.
J. M. Candau, F. Gascó, A. Ramírez, *La imagen de la realeza en la antigüedad*, Madrid, Coloquio, 1988.
J. Carcopino, *Las etapas del imperialismo romano*, Buenos Aires, Paidós, 1968.
E. Cižek, *Néron*, París, Fayard, 1982.
M. Clavel-Lévêque, *L'empire en jeux. Espace symbolique et pratique sociale dans l'Empire romain*, París, CNRS, 1984.
—, «Les jeux scéniques à Rome: espaces de lutte et lieux de consentement», *Estudios de Antigüedad*, 1, 1984, págs. 23-46.
L. Cracco-Ruggini, «Imperatori e uomini divini (I-IV secolo)», en P. Brown..., págs. 9-91.
M. Crawford, *Roman Republican Coinage*, Cambridge University Press, 1974, 2 vols.
F. de Martino, *Historia económica de la Roma antigua*, Madrid, Akal, 1985.
M. Eisman, «Dio and Josephus: Parallel Analyses», *Latomus*, 36 (1977), 657-673.

U. ESPINOSA, *Debate Agripa-Mecenas en Dion Cassio. Respuesta senatorial a la crisis del Imperio Romano en época severiana,* Madrid, Ofteco, 1982. (Reseña de J. M. ANDRÉ en *Latomus* 43 [1984], 202-203.)

—, «El problema de la historicidad en el debate Agripa-Mecenas de Dion Cassio», *Gerión* 5 (1987), 289-316.

—, «El reinado de Commodo: subjetividad y objetividad en la antigua historiografía», *Gerión* 2 (1984), 113-149.

J. FACI, D. PLÁCIDO, «La historiografía lejos de la ciudad: el Imperio romano desde el retiro monástico de Zonaras», *Erytheia* 9 (1988), 35-46.

J.-C. FAUR, «Un discours de l'empereur Caligula au Sénat (Dion, Hist. rom. LIX, 16)», *Klio* 60 (1978), 439-447.

D. FECHNER, *Untersuchungen zu Cassius Dios Sciht der Römischen Republik,* Hildeshein, Olms, 1986.

M. I. FINLEY (ed.), *Studies in Ancient Society,* Londres, Routledge & Kegan Paul, 1974.

M. B. FLORY, «Sic exempla parantur: Livia's Shrine to Concordia and the Porticus Liviae», *Historia* 33 (1984), 309-330.

M.-L. FREYBURGER, «Quelques exemples de l'emprunt du grec au latin dnas le vocabulaire politique de Dion Cassius», *Ktema* 9 (1984), 329-337.

E. GABBA, «The Historians and Augustus», en F. MILLAR..., *Caesar...,* págs. 61-88.

—, «Sulla *Storia Romana* di Cassio Dione», *RSI* 67 (1955), 289-333.

—, «Storici greci dell'imperio romano da Augusto ai Severi», *RSI* 71 (1959), 361-381.

J. GAGÉ, *Les classes sociales dans l'Empire Romain,* París, Payot, 1964.

F. GASCÓ, «Buenos y malos emperadores en Casio Dion», en J. M. CANDAU..., *La imagen...,* 115-140.

—, *Casio Dion. Sociedad y política en tiempos de los Severos,* Madrid, Coloquio, 1988.

—, «Casio Dion y las rivalidades de las ciudades griegas», *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua,* ed. por G. PE-

REIRA, Universidad de Santiago de Compostela, 1988, I, págs. 135-145.
—, «Casio Dion y los sueños», *Habis* 16 (1985), 301-305.
—, «La crisis del siglo III y la recuperación de la historia de Roma como un tema digno de ser historiado», *Studia Historica,* 4-5, núm. 1 (1986-87), 167-171.
—, «El silencio sobre los cristianos en la Historia de Roma de Casio Dion», *Habis* 12 (1981), 197-202.
C. GATTI, «Un compromesso politico dell'imperatore Gaio all'inizio del suo Regno (Nota in margine a Dione Cassio LIX 3, 1-2)», *Philias charin. Miscellanea di Studi Classici in Onore di Eugenio MANNI,* III, Roma, Bretschneider, págs. 1055-1064.
F. GIANCOTTI, «La consolazione di Seneca a Polibio in Cassio Dione, LXI 10, 2», *Rivista di Filologia e Istruzione Classica* 34 (1956), 30-44.
G. GIANNELLI, S. MAZZARINO, *Trattato di Storia romana,* 3.ª ed., Roma, Tumminelli, 1965, 2 vols.
M.ª A. GIUA, «Augusto nel libro 56 della Storia Romana di Cassio Dione», *Athenaeum* 71 (1983), 439-456.
—, «Clemenza del Sovrano e monarchia illuminata in Cassio Dione, 55, 14-22», *Athenaeum* 69 (1981), 317-337.
J. GUÉY, «De 'l'or des Daces' (1924) au livre de Sture Bolin (1958). Guerre et Or. Or et Monnaie», *Mélanges Carcopino,* París, Hachette, 1966, págs. 445-475.
D. HARRINGTON, «Cassius Dio as a Military Historian», *Acta Classica* 20 (1970), 159-165.
H. U. INSTINSKY, «Cassius Dio, Mark Aurel und die Jazygen», *Chiron* 2 (1972), 475-482.
A. H. M. JONES, «Inflation under the Roman Economy», en *Roman Economy...,* 188-227.
—, *The Roman Economy. Studies in Ancient Economic and Administrative History,* Oxford, Blackwell, 1974.
J. LE GALL, «Les habitants de Rome et la fiscalité sous le Haut-Empire», *Points de vue sur la Fiscalité Antique,* París, Centre G. Glotz, Publications de la Sorbonne, sous la direction de H. van EFFENTERRE, 1979, págs. 113-126.

C. Letta, «La composizione dell'opera di Cassio Dione. Cronologia e sfondo storico-politico», *Ricerche di Storiografia Greca di Età Romana,* Pisa, Giardini, 1979, págs. 117-189.

J. M. Libourel, «An Unusual Annalistic Source use by Dio Cassius», *AJPh,* 95 (1974), 383-393.

P. McKechnie, «Cassius dio's Speech of Agrippa: A Realistic Alternative to Imperial Government?», *Greece & Rome* 28 (1981), 150-155.

B. Manuwald, *Cassius Dio und Augustus. Philologische Unterssuchungen zu den Büchern 45-56 des Dionischen Geschichtswerkers (Palingenesia, 44),* Wiesbaden, Steiner, 1979. (Reseña de C. B. R. Pelling, *Gnomon* 55 (1983), 221-226).

N. A. Maschin, *El Principado de Augusto,* Madrid, Akal, 1978.

H. Mattingly, *Coins of the Roman Empire in the British Museum,* Londres, British Museum, 1923-1966, 6 vols.

M. Mazza, «L'intellettuale come ideologo: Flavio Filostrato ed uno 'speculum principis' del III secolo d. C.», en P. Brown..., 93-121.

—, *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel III secolo d. C.,* Roma, Laterza, 1973.

S. Mazzarino, *El fin del mundo antiguo,* México, UTEHA, 1961.

—, *Il pensiero storico classico,* 4.ª ed., Roma, Laterza, 1974, 3 vols.

F. Millar, «The Date of the *Constitutio Antoniniana*», *Journal of Egyptian Archaeology* 48 (1962), 124-131.

—, «Some Speechs in Cassius Dio», *MH* 18 (1961), 11-22.

—, *A Study of Cassius Dio,* Oxford, Clarendon Press, 1964. (Reseña de G. W. Bowersock en *Gnomon* 37 (1965), 469-474.

F. Millar, E. Segal (eds.), *Caesar Augustus. Seven Aspects,* Oxford, Clarendon Press, 1984.

R. F. Newbold, «Cassius Dio and the Games», *AC* 44 (1975), 589-604.

C. Nicolet, «Augustus, Government and the Propertied Classes», en F. Millar..., *Caesar...,* págs. 89-128.

— (dir.), *Demokratia et Aristokratia. À propos de Caius Gracchus: mots grecs et réalités romaines,* París, Publications de la Sorbone, 1983.

—, *Rome et la conquête du Monde Méditerranéen,* París, PUF, 1977-78, 2 vols.

J. H. Oliver, «The Piety of Commodus and Caracalla and the *eis Basiléa*», *Greek Roman and Byzantine Studies* 19 (1978), 378-388.

A. Piatkowski, «L'influence de l'historiographie tragique sur la narration de Dion Cassius», *Actes de la XIIe Conférence d'Études Classiques Eirene, 2-7 oct. 1972,* Amsterdam, Hakkert, 1975, 263-270.

P. Petit, *Histoire générale de l'Empire Romain,* París, Seuil, 1974 (2.ª ed.), 3 vols.

—, *La paz romana,* Barcelona, Labor, 1969.

D. Plácido, Introducción a Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma. Libros I-III,* Madrid, Gredos, 1984, 7-23.

—, «Isis, la oligarquía ateniense y las tradiciones áticas», *MHA* 5 (1981), 249-252.

—, «Materiales para el estudio de la magia y superstición en la *pars Orientis* del imperio», *Religión, superstición y magia en el mundo romano,* Cádiz, Universidad, 1985, págs. 129-136.

C. Questa, «La morte di Augusto secondo Cassio Dione», *PdP* 14 (1959), 41-55.

M. Reinhold, «In Praise of Cassius Dio», *ACl,* 55 (1986), 213-222.

J. M. Roddaz, «De César à Auguste: l'image de la monarchie chez un historien des Sévères: réflexions sur l'oeuvre de Dion Cassius, à propos d'ouvrages récents», *Revue des Études Anciennes* 85 (1983), 67-87.

—, *Marcus Agrippa,* Roma, École Française, 1984.

—, «Un thème de la 'propagande' Augustéenne: l'image populaire d'Agrippa», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française* 42 (1980), 947-956.

G. E. M. de Sainte Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World,* Londres, Duckworth, 1981.

E. M. SCHTAJERMAN, «La caída del régimen esclavista», *La transición del esclavismo al feudalismo,* Madrid, Akal, 1976, págs. 59-107.

M. SEITA, «Un affaire politico-giudiziaria dell'antica Roma: l'attacco di Suilio a Seneca», *Latomus* 41 (1982), 312-328.

W. SESTON, «Marius Maximus et la date de la 'Constitutio Antoniniana'», *Mélanges Carcopino,* París, Hachette, 1966, págs. 877-888.

P. SINISCALCO, *Il cammino di Cristo nell'impero romano,* Roma-Bari, Laterza, 1983.

A. SOLIMENO CIPRIANO, «Tacito fonte di Cassio Dio?», *Rendiconti della Academia di Archeologia, Lettere e Belle Arti, Napoli,* 54 (1979), 3-18.

M. SORDI, *I cristiani e l'impero romano,* Milán, Jaca, 1983.

—, «Cassio Dione e il VII libro del De Bello Gallico di Cesare», *Studi di Storiografia antica in memoria di Leonardo Ferrero,* Turín, Bottega d'Erasmo, 1971, págs. 167-183.

D. SPERBER, «New Light on the Problem of Demonetization in the Roman empire», *Numismatic Chronicle,* 10 (1970), 111-115.

E. M. STAERMAN, «Die Agrarfrage und die Senatorische Opposition in der römischen Kaiserzeit», *Xenia. Konstanzer Althistoriche Vorträge und Forschungen* 11 (1984).

C. G. STARR (jr.), «The Perfect Democracy of the Roman Empire», *American Historical Review* 58 (1952), 1-16.

E. M. STEYERMANN, «Programmes politiques à l'époque de la crise du IIIe siècle», *CHM* 4 (1958), 310-329.

R. SYME, *Emperors and Biography. Studies in the Historia Augusta,* Oxford, Clarendon Press, 1971.

—, *Historia Augusta Papers,* Oxford, Clarendon Press, 1983.

—, *The Roman Revolution,* Oxford, Clarendon Press, 1939.

G. B. TOWNEND, «Some Rhetorical Battle-pictures in Dio», *Hermes* 92 (1964), 467-481.

H. VAN EFFENTERRE (dir.), *Points de vue sur la Fiscalité Antique,* París, Publications de la Sorbonne, 1979.

P. R. C. WEAVER, «Social Mobility in the Early Roman Empire: the Evidence of the Imperial Freedmen and Slaves», en FINLEY..., *Studies...*, págs. 121-140.

S. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, Oxford, Clarendon Press, 1971.

G. ZECCHINI, *Cassio Dione e la guerra gallica di Cesare*, Milán, Pubblicazioni della Università Cattoliea del Sacro Cuore, Vita e Pensiero, 1978.

Bibliografía citada en las notas al texto

J. ARCE, *Funus imperatorum. Los funerales de los emperadores romanos*, Madrid, Alianza, 1988.

E. BADIAN, «Tiberius Gracchus and the Begining of the Roman Revolution», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* I, 1 (1972), 667-731.

R. M. BERTHOLD, *Rhodes in the Hellenistic Age*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1984.

J. M. BLÁZQUEZ, y otros, *Historia de España antigua*, Madrid, Cátedra, 1978-80, 2 vols.

L. BONFANTE WARREN, «Roman Triumphs and Etruscan Kings: the Changing Faces of the Triumph», *Journal of Roman Studies* 60 (1070), 49-66.

J. BRISCOE, «The cognomen Philippus», *Gerión* 2 (1984), 151-153.

—, *A Commentary on Livy Books XXXI-XXXIII*, Oxford, Clarendon Press, 1973.

T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of the Roman Republic*, Nueva York, American Philological Association, 1951-2, 2 vols.

F. E. BROWN, «New Sounding in the Regia: the Evidence for the Early Republic», *Les origines de la République Romaine. Entretiens Fondation Hardt* 13 (1966), 47-64.

P. A. BRUNT, «The Enfrachisment of the Sabines», *Hommages H. Renard, II*, Bruselas, Latomus, 1969, págs. 121-129.

A. CALVETTI, «Rappresentazioni 'saliari' nella decorazione plastica de un vaso bronzeo a Bisenzio (VIII sec. a. C.)», *Studi Romani* 35 (1987), 1-11.

J. Carcopino, *Virgile et les origines d'Ostia*, París, De Boccard, 1919.

F. Cassola, *I gruppi politici romani nel III secolo a. C.*, Roma, L'Erma, 1968.

L. Casson, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton University Press, 1971.

B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1980.

F. Coarelli, «Demografia e territorio», en *Storia di Roma*, I, Turín, Einaudi, 1988, págs. 317-339.

T. J. Cornell, «The Failure of the Plebs», *Tria Corda. Scritti in onore di A. Momigliano*, Como, New Press, 1983, págs. 101-120.

—, «The Value of the Literary Tradition Concerning Archaic Rome», en Raaflaub, ed., *Social Struggles...*, págs. 59-75.

M. H. Crawford, *Coinage and Money under the Roman republic. Italy and the mediterranean Economy*, Londres, Methuen, 1985.

—, «The Early Roman Economy 753-280 B.C.», *Mélanges Heurgon*, II, 1976, págs. 197-207.

J. K. Davies, «Cultural, Social and Economic Features of the Hellenistic World», *CAH* VII, 1 (1984, 2.ª ed.), 257-320.

M. Delcourt, «Romulus et Mettius Fufetius», *Hommages à G. Dumézil*, Bruselas, Latomus, 1960, págs. 80-82.

F. De Martino, «Intorno all'origine della repubblica romana e delle magistrature», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* I, 1 (1972), 217-249.

R. Develin, *The Pratice of Politics at Rome 366-167 B. C.*, Bruselas, Latomus, 1985.

E. J. Dijksterhvis, *Archimedes*, Princeton U. P., 1938.

A. J. Domínguez, «Los términos 'Iberia' e 'Iberos' en las fuentes grecolatinas: Estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación», *Lucentum*, 2 (1983), 203-224.

G. Dury-Moyaers, *Enée et Lavinium. À propos des découverts archéologiques récents*, Bruselas, Latomus, 1981.

A. M. Eckstein, *Senate and General*, Berkeley, University of California Press, 1987.

A. Ernout, A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine,* 4.ª ed., París, 1959-60, 2 vols.

R. M. Errington, *The Dawn of Empire. Rome's Rise to World Power,* Londres, Hamilton, 1971.

R. Étienne, *Le culte impérial dans la Péninsule Ibérique d'Auguste à Dioclétien,* París, De Boccard, 1958.

C. Fayer, *Aspetti di vita quotidiana nella Roma arcaica. Dalle origini all'età monarchica,* Roma, L'Erma di Bretschneider, 1982. (Reseña de J. Poucet, en *Latomus,* 45 [1986], 434-436.)

J. Filip, *Celtic Civilization and its Heritage,* 2.ª ed., Praga, Academic, 1977.

M. I. Finley, *La Grecia antigua. Economía y sociedad,* Barcelona, Crítica, 1984.

J. Gagé, «Les étrusques dans l'Éneide», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française,* 46 (1929), 115-144.

—, «Le témoignage de Julius Proculus (sur l'assomption de Romulus-Quirinus) et les prodiges fulguratoires dans l'ancien *ritus comitualis*», *Acl,* 41 (1972), 49-77.

K. Galinsky, *Aenea, Sicily and Rome,* Princeton, U. P., 1969.

M. Gras, *Trafics tyrrhéniens archaïques,* Roma, École Française, 1985.

P. Greenhalgh, *Pompey, the Roman Alexander,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1980.

P. Grimal, *Le siècle des Scipions,* París, Aubier, 1975 (2.ª ed. aumentada).

E. S. Gruen, *The Hellenistic World and the Coming of Rome,* Berkeley, University of California Press, 1984.

—, *Roman Politics and the Criminal Courts, 149-78 B. C.,* Cambridge, Mass., Harvard U. P., 1968.

W. V. Harris, *Guerra e imperialismo en la república romana, 327-70 a. C.,* Madrid, Siglo XXI, 1989.

—, *Rome in Etruria and Umbria,* Oxford, Clarendon Press, 1971.

J. Heurgon, «Magistratures romaines et magistratures étrusques», *Les origines de la république romaine, Entretiens Fondation Hardt* 13, 1966.

J. A. O. Larsen, *Greek federal States. Their Institutions and History,* Oxford, Clarendon Press, 1968.

P. Lévêque, *Pyrrhos,* París, De Boccard, 1957.

A. Lintott, *Violence, Civil Strife and Revolution in the Classical City, 750-330 B. C.,* Londres, Croom Helm, 1982.

J. Martínez Gázquez, *La campaña de Catón en Hispania,* Barcelona, Ariel, 1974.

J. Martínez-Pinna, «La danza de los Salios, rito de integración en la Curia», *AEA* 53 (1980), 15-20.

—, «Tarquinio Prisco y Servio Tulio», *AEA* 55 (1982), 35-63.

K. Meister, «Agathocles», *CAH* VII, 1 (1984, 2.ª ed.), 384-411.

A. Momigliano, «Camillus and Concord», *Secondo contributo alla storia degli studi classici,* Roma, 1960, 89-104.

—, «Osservazioni sulla distinzione fra patrizi e plebei», *Entretiens sur l'antiquité classique* 13 (1966), 197-222.

F. A. Muñoz, *Los inicios del imperialismo romano. La política exterior romana entre la primera y la segunda guerra púnica,* Granada, Universidad, 1986.

O. Murray, «The Greek Symposion in History», *Tria Corda. Scritti in onore di Arnaldo Momigliano, a cura di E. Gabba,* Como, New Press, 1983, 257-272.

D. Musti, «I greci a l'Italia», *Storia di Roma,* I, Turín, Einaudi, 1988, 39-51.

—, «La Spinta verso in Sud: espansione romana e rapporti 'internazionali'», *Storia di Roma,* I, Turín, Einaudi, 1988, 527-542.

E. Nash, *Bildlexicon zur Topographie der antiken Rom,* Tubinga, Wasmuth, 1961-62, 2 vols.

R. M. Ogilvie, *A Commentary on Livy. Books 1-5,* Oxford, University Press, 1965.

H. W. Parke, *The Oracles of Zeus. Dodona. Olympia. Ammon,* Oxford, Blackwell, 1967.

E. Peruzzi, *Money in Early Rome,* Florencia, Olschki, 1985. (Res. *Ét. Clas.,* 56 [1988], 125-6.)

—, *Origini di Roma,* Florencia, Valmartino, 1970-73, 2 vols.

D. Plácido, «La conquista del norte de la Península Ibérica: sincretismo religioso y prácticas imperialistas», *Mélanges Pierre Lévêque,* 1, París, Les Belles Lettres, 1988, págs. 229-244.

J. L. Pomathios, *Le pouvoir politique et sa représentation dans l'Éneide de Virgile,* Bruselas, Latomus, 1987.

J. Poucet, *Les origines de Rome. Tradition et histoire,* Bruselas, Publications des Facultés Universitaires St. Louis, 1985.

—, *Recherches sur la légende sabine des origines de Rome,* Lovaina, Universitè, 1967.

—, «Les Sabines aux Origines de Rome: Orientations et problèmes», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* I, 1 (1972), 48-138.

C. Préaux, *Le monde hellénistique. La Grèce et l'Orient (323-146 av. J.-C.),* París, PUF, 1978, 2 vols.

G. Prugni, «Quirites», *Athenaeum* 65 (1987), 127-161.

H. D. Rankin, *Celts and the Classical World,* Londres, Croon Helm, 1987.

J.-C. Richard, «L'affaire du Crémère: recherches sur l'évolution et le sens de la tradition», *Latomus* 48 (1989), 315.

J. S. Richardson, *Hispaniae. Spain and the Development of Roman Imperialism 218-82 B. C.,* Cambridge, University Press, 1986.

D. Roussel, *Les Siciliens entre les Romains et les Carthaginois à l'époque de la première guerre punique. Essai sur l'Histoire de la Sicile de 276 à 341,* París, les Belles Lettres, 1970.

E. T. Salmon, *Samnium and the Samnites,* Cambridge University Press, 1967.

A. E. Samuel, *Greek and Roman Chronology. Calendars and Years in Classical Antiquity,* Múnich, Beck, 1972.

H. H. Scullard, *Festivals and Ceremonies of the Roman Republic,* Londres, Hames & Hudson, 1972.

R. Seager, *Pompey, a Political Biography,* Oxford, Blackwell, 1979.

A. N. Sherwin-White, «The Roman Citizenship. A Survey of its Development in to a World Franchise», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* I, 2 (1972), 23-58.

D. Stockton, *The Gracchi,* Oxford, Clarendon Press, 1979.

G. J. SZEMLER, *The Priests of the Roman Republic. A Study of Interactions between Priesthood and Magistracies,* Bruselas, Latomus, 1972.

M. TORELLI, *Storia degli Etruschi,* Roma, Laterza, 1984 (2.ª ed.).

—, «Le popolazioni dell'Italia antica: società e forme del potere», *Storia di Roma,* I, Turín, Einaudi, 1988, 53-74.

H. S. VERSNEL, *Triumphus. An Inquiry in to the Origin, Development and Meaning of the Roman Triumph,* Leiden, Brill, 1970.

F. W. WALBANK, *Historical Commentary on Polybius,* Oxford University Press, 1957-1979, 3 vols.

E. WILL, «The Formation of the Hellenistic Kingdoms», *CAH* VII, 1 (1984, 2.ª ed.), 101-117.

—, *Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C.),* Publications de l'Université de Nancy, 1966-67, 2 vols.

HISTORIA ROMANA

LIBROS I-XXXV

(FRAGMENTOS)

LIBRO I

Puede[1] decirse que he leído, todo lo que sobre ellos se 2 1
ha escrito, pero en vez de escribirlo todo preferí hacer una selección. Sin embargo, por el hecho de haberme servido de un estilo elegante, hasta donde los contenidos mismos

ZONARAS, VII

Eneas después de la guerra de Troya llegó al país de los abo- 1 1
rígenes[2], los que antes habitaban el territorio en el que luego se fundó Roma y sobre los que entonces tenía el poder Latino el hijo de Fauno. Se detuvo en Laurento, junto al río Numicio[3],
donde de acuerdo con un oráculo, según se dice, se dispuso a 2
llevar a cabo la fundación. Quien gobernaba en el territorio, La-

TZETZES, *In Lycophr. Alex.* v. 1232

Este Eneas, después de la toma de Troya, se presentó en Ita- 4 4
lia, como hemos dicho, ante los latinos. Atracó cerca de Laurento, llamado también Troya[4], cerca del río Numicio, con el hijo
que tenía de Creúsa, Ascanio o Ilo. Allí los que iban con él se 5
comieron las mesas, que estaban hechas de perejil[5] o de las partes más secas de los panes (pues no tenían mesas de madera), y además, una cerda blanca, después de saltar desde su embarcación sobre el monte que por ella se llamó Albano, tuvo treinta

lo permitían, que nadie sospeche por esto de su veracidad, que es lo que ha sucedido en otros casos. En efecto, yo, en cuanto era posible, me he esforzado en atender a ambas
3 cosas por igual. Empezaré donde consideramos que son más claras las cosas que se dice que han sucedido en esta tierra que habitamos (M. 1, p. 135).

ZONARAS, VII

tino, intentó impedir a Eneas que se asentara en el mismo, pero en la confrontación fue derrotado. Luego, se reconciliaron gracias a los sueños que tuvieron ambos y no sólo le facilitó el lugar para el poblamiento, sino que además le entregó a su hija Lavinia en matrimonio. Eneas fundó allí una ciudad y la llamó

TZETZES, *in Lycophr. Alex.* v. 1232

6 crías, lo que quería decir que en treinta años sus hijos tendrían
B. I, p. 3 en sus manos más firmemente la tierra y la soberanía. En este momento se apartó de la vida errante, de acuerdo con lo que había escuchado en un oráculo. Así, después de sacrificar la cer-
7 da, se dispuso a fundar una ciudad. Latino no se lo permitía. Sin embargo, derrotado en la guerra, le entregó a Eneas en matrimonio a su propia hija Lavinia[6]. Eneas, tras fundar la ciudad, la llamó Lavinia.

En una guerra se mataron entre sí Latino y Turno, el rey de
8 los rútulos, por lo que Eneas se convirtió en rey. Cuando hubo
B. I, p. 4 desaparecido también Eneas en acción de guerra en Laurento, a manos de los mismos rútulos y de Mecencio[7] el etrusco, y Lavinia la mujer de Eneas estaba embarazada de Silvio, se convirtió en rey Ascanio, el hijo de Creúsa, que venció a Mecencio cuando por fin vino a su encuentro en la guerra, pues no acogía las embajadas, sino que había intentado someter la totalidad de
9 las posesiones de Latino a un tributo anual. Cuando los latinos

Este territorio, en que se ha fundado la ciudad de los romanos. (M. 2, p. 135).

Lo que dice Dion acerca de los etruscos: «Esto en 4 2
efecto convenía dejarlo escrito en el lugar de la narración B. I, p. 4
que trataba acerca de ellos. De otra parte, algo más se dirá oportunamente donde el decurso de la narración adecuada

ZONARAS, VII

Lavinio[8]. El territorio se llamó Lacio y los hombres del lugar se denominaron latinos.

Los rútulos, que ocupaban el territorio limítrofe y ya antes 3
eran hostiles a los latinos, iniciaron entonces la guerra, a partir B. I, p. 3
de la ciudad de Árdea, con la ayuda de Turno, hombre ilustre y pariente de Latino, que se había irritado con éste con motivo del matrimonio de Lavinia, pues previamente la joven le había sido prometida a él. Cuando tuvo lugar la batalla, cayeron tanto Turno como Latino, mientras Eneas se hizo con la victoria y con el
trono de su suegro. Algún tiempo más tarde, los rútulos, des- 4
pués de conseguir una alianza con los etruscos, marcharon contra Eneas y en esta guerra resultaron vencedores. Eneas, al haber desaparecido, sin que lo vieran vivo ni muerto, llegó a recibir culto como dios entre los latinos. Más tarde, entre los ro-

TZETZES, *In Lycophr. Alex.* v. 1232

hubieron progresado, después de cumplirse los treinta años, dejaron Lavinia y fundaron otra ciudad, llamada Alba Longa, en recuerdo de la cerda, es decir, «blanca grande». Al monte que hay allí también lo llamaron Albano, pero las estatuas de Troya
volvieron solas a Lavinia por segunda vez. Después de la muerte 10
de Ascanio no reinó su hijo Julo, sino Silvio, el hijo de Lavinia y
Eneas o, según algunos, Silvio, el hijo de Ascanio. Después de B. I, p. 5
Silvio, otro Eneas, luego Latino, Capes, y Tiberino, hijo de Capes, Amulio y Aventino.

en cada caso lo aconseje. Sea este mismo sistema suficiente para lo que haya que mencionar. En efecto, lo referente a los romanos lo relataré todo según mis posibilidades, pero de los demás sólo he escrito acerca de lo que tiene algo que ver con aquéllos (M. 3, p. 136).

ZONARAS, VII

manos se le ha considerado también fundador de su propio linaje
5 y se enorgullecen de llamarse Enéadas. El gobierno de los latinos lo heredó su hijo Ascanio, que había venido desde casa con su padre, pues de Lavinia no había tenido todavía ningún hijo, pero la había dejado embarazada. Los enemigos rodearon a Ascanio y le pusieron sitio, pero por la noche atacaron los latinos y pusieron fin al asedio y a la guerra.

6 Pasado el tiempo, al crecer en número los latinos, en su ma-
B. I, p. 5 yoría abandonaron la ciudad de Lavinio y fundaron otra en un territorio mejor, que llamaron Alba por su blancura y Longa por su tamaño. Nosotros diríamos «grande» y «blanca». A la muerte de Ascanio los latinos, en lugar del hijo de Ascanio llamado Sil-
7 vio, promovieron para la sucesión al hijo de Eneas engendrado por Lavinia, pues lo preferían porque Latino era su abuelo. De Silvio fue engendrado Eneas, de Eneas nació Latino, y a Latino le sucedió Pastis. Tiberino, que gobernó a continuación, murió al caer en un río llamado Álbulo. Por él se le cambió el nombre al río Tíber, que corre a través de Roma, es fuente de abundancia
8 para la ciudad y muy útil para los romanos en múltiples aspectos de su vida. Descendiente de Tiberino fue Amulio, que se comportó de modo soberbio y fue aniquilado porque se atrevió a divinizarse como para atacar los truenos con truenos artificiales, a responder con relámpagos a los relámpagos y a lanzar rayos. Murió al desbordarse súbitamente el lago junto al que estaba edificado su palacio y hundirlo junto con éste. Su hijo Aventino murió en la guerra.

Era necesario (pues para el ser humano no es posible I 5
preverlo todo ni encontrar el modo de evitar lo que nece- B. I, p. 6

ZONARAS, VII

Esto con respecto a Lavinio y los albanos. La historia de los romanos tuvo su inicio en Numitor y Amulio, que eran nietos de Aventino y descendientes de Eneas.

TZETZES, *In Lycophr. Alex.* v. 1232

Hasta aquí lo que se refiere a Alba y los albanos. Desde aho- 11 4
ra, la historia de Roma. Aventino engendró a Numitor y Amulio, B. I, p. 6
o a Procas, según algunos, para quienes Numitor y Amulio eran hijos de Procas. Cuando reinaba Numitor, Amulio lo derrocó, y a Egestes, el hijo de Numitor, lo eliminó en una cacería, mientras que a la hermana de Egestes, hija del citado Numitor, Silvia
o Rea Ilia[9], la hizo sacerdotisa de la diosa Vesta, para que tuvie- 12
ra que conservarse virgen, pues tuvo miedo de un oráculo según el cual sería eliminado por los hijos de Numitor. Por ello mató a Egestes y a ella la hizo sacerdotisa de Vesta, para que se conser-
vara virgen y sin hijos. Pero, mientras cogía agua en el bosque 13
consagrado a Ares, quedó embarazada y dio a luz a Rómulo y B. I, p. 7
Remo. A ella la libró de morir la hija de Amulio, a las criaturas en cambio las entregaron al pastor Fáustulo, marido de Laurencia, para que las arrojara por el río Tíber. Su mujer las recogió y las crió, pues se daba la circunstancia de que por entonces había tenido un niño muerto. Cuando crecieron Rómulo y Remo se dedicaron al pastoreo en los campos de Amulio, pero mataron a

EUSTACIO, *in Odyss.*, pág. 1961, 13-16.

Entre los que[10] estaban, sin duda, los primeros de los romanos según Dion, Rómulo y Remo, a los que amamantó una loba

sariamente va a ocurrir) que nacieran de aquella joven los vengadores de su injusticia (M. 4, p. 136).

3 Cuando entraron en conflicto entre ellos, Remo y Rómulo pusieron de manifiesto que algunos soportan con mucha más firmeza los peligros que la buena suerte (M. 5, p. 136).

4 Ellos aprendieron y enseñaron a los demás que ni los que consiguen vengarse alcanzan el éxito del todo por el

Zonaras, VII

3 Según es sabido, Rómulo tenía dieciocho años cuando fundó
B. I, p. 8 a. 753 Roma. La situó cerca de la vivienda de Fáustulo. El lugar ha recibido el nombre de Palacio.

A causa[11] de las disputas por el poder y por el control de la
B. I, p. 7 ciudad se enzarzaron en un combate en el que murió Remo *** desde entonces se consideró que quien osara atravesar la fo-

Tzetzes, *in Lycophr. Alex.* v. 1232

14 algunos de los pastores de su abuelo Numitor y fueron descubiertos. Al ser detenido Remo, Rómulo fue corriendo a decírselo a Fáustulo, que a su vez se apresuró a contárselo todo a Numitor. Por fin, Numitor supo que eran los hijos de su hija. Fueron mu-
15 chos los que los apoyaron en el momento de eliminar a Amulio, pero después entregaron el trono de Alba a su abuelo Numitor y por su parte emprendieron la fundación de Roma, cuando Rómulo tenía dieciocho años *** que fundó Rómulo cerca de la casa
4 1a de Fáustulo, en el monte Palatino ***.

Eustacio, *in Odyss.*, p. 1961, 13-16

o, entre los italiotas, una *lupa,* nombre que se ha transferido en el lenguaje urbano como epíteto para las cortesanas.

hecho de haber sido previamente víctimas de la injusticia, ni los que reclaman algo de los más fuertes lo reciben, sino que muchas veces pierden incluso lo que les quedaba (M. 6, p. 136).

Que Hersilia[12] y las demás mujeres del mismo pueblo, 5
desde el momento en que observaron que ellos se disponían en formaciones enfrentadas, bajaron corriendo desde el Palatino con los niños (pues ya habían nacido algunos) y, tras lanzarse súbitamente al campo que había enmedio, dijeron e hicieron muchas cosas que despertaban compasión. Mirando primero a éstos y luego a aquéllos, excla- 6
maron: «¿Por qué hacéis esto, padres?, ¿por qué, espo- B. I, p. 9
sos?, ¿hasta cuándo vais a luchar?, ¿hasta qué punto os vais a odiar los unos a los otros? Reconciliaos con vuestros cuñados, reconciliaos con vuestros suegros. Por Pan, salvad a vuestros hijos; por Quirino, salvad a vuestros descendientes. Compadeceos de vuestras hijas, compade-

ZONARAS, VII

sa de un campamento fuera de los caminos habituales debía morir.

Pues cuando bajaba[13] a buscar agua la cogieron y la llevaron ante Tacio y la convencieron para que entregase la fortaleza.

TZETZES, *Chil.* 5, 21, v. 109 s.

Dion y Dionisio[14] escriben sobre Caco, al igual que otros 8 5
muchos escritores, al tratar el tema de Roma. B. I, p. 9

LABEÓN, *Veteres glossae verborum iuris*, p. 123

Como eran tres mil los hoplitas de Rómulo, según dice Dion en el libro primero de la historia, se distribuyeron en tres partes

ceos de vuestras mujeres. Ahora bien, si en verdad sois irreconciliables y algún rayo de locura caído sobre vosotros os aguijonea, matadnos antes a nosotras, que es por quienes combatís, y degollad primero a estas criaturas que odiáis, para que al no tener ya ningún lazo de parentesco entre vosotros podáis ganaros la mayor de las desgracias, el matar a los abuelos de vuestros hijos y a los padres de
7 vuestros nietos. Después de decir esto, al tiempo que se desgarraban las vestiduras y se descubrían los pechos y los vientres, unas se lanzaban sobre los puñales de ellos, otras les arrojaban incluso a los niños, de modo que tuvieron que echarse a llorar tanto por lo que escuchaban como por lo que veían y, tras detener la batalla, tal como estaban se reunieron en el Comicio, que por ello se llamó así[15] (M. 7, p. 137).

10 Pues gran diferencia hay entre que[16] sean establecidas
B. 1, p. 9 por primera vez y que las existentes anteriormente reciban nueva denominación (M. 8, p. 137).

Zonaras, VII

Y usaba zapatos rojos.

Labeón, *Veteres glossae verborum iuris,* p. 123

llamadas tribus[17], es decir las *trittýes* que los griegos llamaron *phylaí*[18]. Cada *trittýs* se dividió en diez curias[19], es decir, centros de deliberación, pues *cura* quiere decir reflexión y en cada curia se reúnen los que están asignados a ella y deliberan sobre los temas propuestos.

Juan Laur. Lid., *De magistr. rei publ. Rom.* 1, 7

Rómulo tenía una corona y un cetro con un águila en la punta y una casaca blanca hasta los pies, con bandas de tejido púrpura desde los hombros hasta los pies *** y un calzado escarlata *** según Cocceyo.

Que Rómulo adoptó una actitud muy dura ante el Se- 11
nado y se comportó con él del modo más tiránico, pues B. I, p. 10
por su propia cuenta devolvió los rehenes a los veyentes
sin tener en cuenta la opinión común, como se hacía en la
mayor parte de los casos. Al enterarse de que estaban mo-
lestos por ello, comenzó a hablar y, además de otras cosas
difíciles de soportar, les dijo: «padres, yo os elegí a voso-
tros no para que vosotros mandéis sobre mí, sino para po-
deros dar órdenes yo» (M. 9, p. 138).

Dion I: Así, en las relaciones humanas de ninguna ma- 12
nera conviene a la naturaleza en general que nadie sea go- B. I, p. 11

Juan de Antioq., fr. 32 M.

Que Rómulo durante su reinado, si bien se distinguió en las 1a 6
guerras, se mostró altivo hacia los ciudadanos y especialmente B. I, p. 10
hacia los notables del senado. En efecto, con los soldados se
comportaba de manera muy amistosa, pues les repartía tierras y
les daba parte del botín, pero con el senado no actuaba de la
misma manera. Por ello le cogieron odio y una vez lo rodearon 11 5
en el senado cuando estaba hablando, lo mataron y lo descuarti- B. I, p. 11
zaron. Les permitió pasar desapercibidos una enorme ráfaga de
viento y un eclipse de sol, fenómeno que también había tenido
lugar cuando nació. Tal fue el fin que tuvo Rómulo, después de
gobernar durante treinta y siete años[20]. Al haber desaparecido a. 716
de este modo, la multitud y los soldados, por más que lo busca-
ban, estaban perplejos sin poder anunciar lo sucedido y sin ser
capaces de erigir un rey. En medio de semejante perturbación,
cuando se disponían a tomar alguna medida, un tal Julio Pro-
clo[21], un équite que iba vestido como si viniera de viaje, irrum-
pió en medio y dijo: «no sufráis, Quirites[22], pues yo mismo vi
cómo Rómulo se elevaba hacia el cielo[23]. Además me encargó
deciros que había sido divinizado y que se llama Quirino y ex-
hortaros a elegir inmediatamente un rey y a seguir haciendo uso
de esta forma de gobierno». Dicho esto todos se confiaron y

bernado por su semejante o su pariente, pues tanto podría ser motivo de envidia, como de desprecio (Bekk, *Anecd.* p. 164, 15).

13 Dion en el libro I: en que expuso su cuerpo y su alma
B. I, p. 12 y corrió peligro por vosotros[24] (Bekk., *Anecd.* p. 165, 27).

6 2 Que Numa habitaba en la colina Quirinal[25] porque era
B. I, p. 12 sabino, pero tenía su sede real en la Vía Sacra, desempeñaba sus funciones cerca del templo de Vesta y a veces permanecía en el campo (V. 1, p. 569).

JUAN DE ANTIOQ., fr. 32 M.

cesaron el tumulto. Inmediatamente edificaron un templo a Quirino y a todos les pareció bien que hubiera rey, pero sólo en esto eran de la misma opinión. En efecto, tanto los romanos originarios como los sabinos que se les habían ido sumando, todos consideraban justo que el rey fuera de los suyos[26], por lo que se
12 produjo la anarquía. Así, durante un año entero el senado ejerció su autoridad sobre los asuntos comunes y cada cinco días se hacía una distribución del poder entre los senadores más ilustres, a los que llamaron interreyes[27].

SUIDAS, s. v. *Noumâs*

A los llamados pontífices y flaminios los puso al frente de los sacerdocios y a los salios[28] les encargó practicar la danza. A las vírgenes vestales les encomendó que tuvieran cuidado del

CEDRENO, I, p. 259 s. (Bekk)

6 2b Encargó que tuvieran el cuidado del fuego y del agua a las vírgenes vestales, que guardaban su virginidad durante su vida y, si no, las enterraban con piedras ***.

Dion dice: voy a intentar escribir todo cuanto por par- 1 1
te de los romanos se hizo digno de mención, en la paz y B. I, p. 12
en la guerra, de modo que no se eche de menos nada importante ni de ellos ni de los demás (V. 2, p. 569).

En efecto, cuando supo bien que la mayoría de los 3
hombres ve con desprecio lo que se les asemeja en la na- B. I, p. 12
turaleza o en los hábitos, por considerar que nada es mejor que ellos mismos y que lo oscuro y extraño, como si fuera mejor por ello, lo cuida con la misma fe que tiene en lo divino, consagró a las musas un lugar (M. 10, p. 138).

Dion en el libro I: Esto fue lo que Numa instituyó 4
(Bekk., *Anecd.*, p. 158, 23). B. I, p. 13

Que se establecieron por sí mismos tras cobrar con- 5
fianza en la divinidad. Desde entonces vivieron en paz en- B. I, p. 13
tre ellos y con los vecinos a lo largo de todo el reino de Numa. Llegaron a creer que el hecho mismo de contar con él, de la misma manera que con Rómulo, no era ajeno a la protección divina. Dicen los que tienen mejores cono-

SUIDAS, s.v. *Noumâs*

fuego y del agua. Ellas gozaban de los más altos honores entre los romanos y guardaban su virginidad de por vida. Si alguna tenía trato con varón la enterraban. Por ello no podían usar perfume, ni flores, ni vestido que no fuera blanco.

CEDRENO, I, p. 259 s. (BEKK.)[29]

Así, gracias a ambos la ciudad se hizo rápidamente fuerte y B. I, p. 14
bien ordenada, pues el uno la formó en las actividades políticas y pacíficas, y Rómulo en la propias de la guerra.

cimientos sobre los sabinos que fue engendrado en el
6 mismo día en que se fundó Roma. Así, gracias a ambos, rápidamente la ciudad se hizo fuerte y bien ordenada, pues el primero la hizo practicar la guerra, necesariamente, al estar recién fundada, y el segundo la instruyó en la paz, de modo que se distinguía por igual en una y en otra (V. 3, p. 569).

7b Dion en el libro I: pues cuando estamos en ciertos
B. I, p. 14 momentos iniciales, si tratamos de alcanzar nuestras metas, también nos exponemos voluntariamente a afrontar los gastos (Bekk., *Anecd.*, p. 161, 3).

ZONARAS, VII, 5

Numa trasladó Januario al principio del año[30]. *** después de reinar cuarenta y tres años.

CEDRENO, I, p. 295 (BEKK.)

67 Dion el romano dice que un héroe antiguo, Jano[31], gracias a
B. I, p. 14 la hospitalidad de Crono, recibió el conocimiento de las cosas futuras y de las cosas pasadas, y por ello era representado por los romanos con cara doble. Por él se llamaba Januario al mes y en el mismo mes tiene lugar el comienzo del año.

NOTAS

[1] El fragmento 1, 1, recogido como tal en la edición de MELBER (Teubner), 1890, se ha trasladado a un lugar posterior, entre los fragmentos 6, 2, y 6, 3, desde la edición de BOISSEVAIN (Weidmann), 1895.

[2] El término griego utilizado es *Aborríginas*. Aunque *aborigenes* se explica a menudo como derivado de *ab origine,* parece que más bien debe de tratarse de una deformación por etimología popular del nombre de un pueblo antiguo (A. ERNOUT, A. MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine, s.v.).* A. FONTÁN, en nota a TITO LIVIO, I 1, 5 (Madrid, 1987), lo interpreta como «fácil latinización, no sin confusión semántica, del griego *boreígonói:* «los hombres o la gente del norte». Según DIONISIO DE HALICARNASO, I 9, 1, los aborígenes habían suplantado a los sículos, tradición que puede ocultar la sucesión temporal de las dos corrientes culturales de indoeuropeización de Italia, una primera portadora de los rasgos propios de la lengua latina y la segunda que se identificaría con los itálicos propiamente dichos: umbros, sabinos, oscos... (cf. D. PLÁCIDO, J. ALVAR, C. G. WAGNER, *La formación de los estados en el Mediterráneo occidental,* Madrid, Síntesis, 1991, págs. 10 ss.).

[3] Identificado con el actual Fosso di Prattica: J. CARCOPINO, *Virgile et les origines d'Ostia,* París, De Boccard, 1919, págs. 354 ss. Junto a esta tradición, existe otra que sitúa el desembarco en la desembocadura del Tíber y que es la elegida por Virgilio: cf. G. DURY-MOYAERS, *Enée et Lavinium. À propos des découverts archéologiques récentes,* Bruselas, Latomus, 1981, págs. 98 ss. Ver G. VANOTTI, *L'altro Enea: La testimonianza di Dionisio di Alicarnasso,* Roma, L'erma di Bretschneider, 1995.

[4] El nombre de Troya, atribuido al punto de desembarco de Eneas, es común a otras fuentes. Ver, por ejemplo, LIVIO, I, 4, que también lo aplica al lugar ocupado por Antenor en el mar Adriático (I 1, 3), en circunstancias parecidas.

[5] O de Apio: ver *L-S. s.v., selinious*, pero cree que aquí puede ser *selignías*, igual al latín *siligo:* «trigo». Ver, sin embargo, DIONISIO DE HALICARNASO, I 55, 3.

[6] La *Alejandra* de Licofrón (1250-1260) sería el primer texto clásico que mencionara la relación entre Eneas y Lavinia, según K. GALINSKY, *Aeneas. Sicily and Rome,* Princeton, University Press, 1969, pág. 141. En cualquier caso, existen problemas textuales: L. MASCIALINO, Teubner, 1964, *ap. crít.*

[7] Esta versión, común al resto de las fuentes, sobre la figura de Mecencio, difiere radicalmente de la dada en la *Eneida,* donde el personaje aparece como un fugitivo: J. GAGÉ, «Les étrusques dans l'Eneide», *MEFR* 46 (1929), 115-144.

[8] Lavinio aparece como ciudad de los latinos (CARCOPINO, *Virgile et les origines d'Ostia,* págs. 283 ss.) o como fundación de Eneas, ver J.-L. PROMATHOS, *Le pouvoir politique et sa représentation dans l'Eneide de Virgile,* Bruselas, Latomus, 1987, págs. 102 ss. La gran revelación de las excavaciones recientes se centra precisamente en el descubrimiento de rasgos de influencia griega (ver DURY-MOYAERS, cit., págs. 248 ss.), presencia que coincidiría con la elaboración de la leyenda de Eneas. Las condiciones favorables parten de su papel como escala marítima en la protohistoria y como metrópolis religiosa en la época arcaica. Finalmente, alcanzó su más alto grado de elaboración en época de Augusto, con la formación del culto de Eneas. Ver M. TORELLI, *Lavinio e Roma. Riti iniziatici e matrimonio tra archeologie e storie,* Roma, Quasar, 1984.

[9] En otras fuentes, Rea Silvia o, simplemente Ilia (LIVIO, I 3, 11; DIONISIO DE HALICARNASO, I 76, 3). Según E. PERUZZI, *Origini di Roma,* I, Florencia, Valmartina, 1970, pág. 14, n. 14, en Rea Ilia podía haber una interpolación para explicar Silvia, que normalmente no aparece sola en los textos. Sería posiblemente la forma más antigua, posteriormente enmascarada: los *nomina simplicia* podrían ser anteriores al conflicto y posterior coexistencia con los sabinos *(ibid.,* pág. 14). Sería el mismo caso de *Romulus,* que no corresponde a un gentilicio, sino a una tribu territorial *Romilia (ibid.,* págs. 26-27). Podía tratarse de la tradición antirromúlea contenida en la leyenda de la *lupa (Id.* pág. 30). En general, ver J. POUCET, *Les origines de Rome. Tradition et histoire,*

Bruselas, Facultés Universitaires Sant-Louis, 1985; y J. Martínez-Pinna, *Los orígenes de Roma,* Madrid, Síntesis, 1999. Sobre la leyenda, A. López Fonseca, «Ilia/Rea Silvia. La leyenda de la madre del fundador de Roma», *EClás.* 33 (1991), 43-53.

[10] Los niños criados por animales: ver Cary, *ad l.* Es el fragmento 3, 17, de la edición de Melber (Teubner). Esta numeración, normalmente diferente, sólo la citaremos cuando el fragmento no esté presente en la edición de Boissevain. Aquí lo incluimos detrás del que para éste es el fragmento 4 (Tzetzes). Sobre Remo, recientemente, T. P. Wiseman, *Remus. Un mito di Roma,* Roma, Quasar, 1999.

[11] En las ediciones de Zonaras así como en Boissevain, este trozo es anterior al previamente citado.

[12] Se trata de la entrada en escena de los sabinos. Según esta versión, así como la de Tito Livio (I 13, 1-4), Plutarco *(Rómulo,* 19), Ovidio *(Fastos,* III 215-222) y otros, las mujeres intervienen en plena batalla. La versión de Gneo Gelio, que, a través de Varrón, es la recogida por Dionisio de Halicarnaso (II 47), habla de una embajada a Tito Tacio. En ambos casos, las sabinas detienen las hostilidades y reconcilian a ambos pueblos. Ver J. Poucet, *Recherches sur la légende Sabine des origines de Rome,* Univ. de Louvain, 1967, págs. 233-234. En las fuentes en general se da, sin embargo, una diferencia entre Livio (I 11, 2) y los demás, para quienes Hersilia es una sabina, jefe y portavoz de las jóvenes esposas: por ejemplo, Dionisio de Halicarnaso (II 45), Plutarco *(Rómulo,* 14, 7-8). Ver Poucet, II, *Recherches,* págs. 234-235. El mismo autor, en «Les Sabins aux origines de Rome: Orientations et Problèmes», *ANRW,* I, 1, 1972, págs. 93-100, entre las diferentes posturas que enuncia, se inclina por rechazar la dualista como no tradicional. La versión más antigua sería la que transmite Tito Livio, mientras que el resto de las fuentes refleja un proceso de sabinización creciente. En Tito Livio no hay ni reyes sabinos ni dinastías sabinas. El episodio sabino se iría integrando paralelamente a la teoría de la integración de los diversos pueblos vecinos de Roma. En la creación de la leyenda se refleja por ejemplo la trasposición del enfrentamiento con los samnitas del año 294, o bien la ocupación sabina del capitolio por Aulo Herdonio en el año 460. En definitiva, según Poucet, no puede considerarse histórica la guerra entre romanos y sabinos en la época de los orígenes. En cambio, entre 509 y 350 existe un peligro sabino real que produce un proceso complejo y contradictorio de enfrentamiento y asimilación.

[13] Tarpeya. Ver Livio, I 11, 7 (Boissevain).

[14] I 39.

[15] Etimología procedente del encuentro entre los dos jefes, la misma que se encuentra en PLUTARCO, *Rómulo,* 19, 10. Se trata de un enriquecimiento tardío del episodio sabino de los orígenes. En cuanto a la etimología, lo normal es explicar *comitium* a partir de *coire.* Ver POUCET, *Recherches,* págs. 311-312. F. COARELLI, *Guida archeologica di Roma,* Verona, Mondadori, 1974, págs. 61-64, y *Il Foro Romano.* I. *Periodo arcaico,* Roma, Quasar, 1986, 2.ª ed., págs. 119 ss.

[16] Posible referencia a las curias: LIVIO, I 13, 6-7. CARY, *ad loc.*

[17] La relación etimológica de *tres* con *tribus* se remonta a VARRÓN, *De lingua latina* V 55, pero la base real es discutida y, desde luego, no puede servir de fundamento para afirmar la existencia de tres tribus en los orígenes de Roma. Ver PLUTARCO, *Rómulo* 20; POUCET, *Recherches,* págs. 338-339. DIONISIO DE HALICARNASO (II 7) transmite una visión de Roma, posiblemente tomada de Varrón, en que ésta aparece organizada antes de cualquier intervención extranjera: habría tres tribus y treinta curias en el momento de la fundación de la ciudad. Roma sería un estado organizado así desde el momento de su fundación. Ver POUCET, *Recherches,* págs. 340-341. Para otra etimología, ver LIVIO, I 43, 13: *ab tributo.*

[18] En Ática, la *trittýs* no era realmente el equivalente a tribu, sino una división de ésta.

[19] DIONISIO DE HALICARNASO, II 7. Sobre las curias, ver la discusión clásica en R. E. A. PALMER, *The Archaic Community of the Romans,* Cambridge University Press, 1972, 1 n. 2.

[20] Ver LIVIO, I 16.

[21] Sobre Julio Proclo, la ascensión de Rómulo, el *comitium* y las tradiciones relacionadas con la *gens Iulia,* cf. J. GAGE, «Le témoignage de Julius Proculus (sur l'assomption de Romulus-Quirinus) et les prodiges fulguratoires dans l'ancien ritus comitialis», *Ant. Cláss.* 41 (1972), 49-77 = *Enquêtes sur les structures sociales et religieuses de la Rome primitive,* Bruselas, Latomus, 1977, págs. 135-161. Ver DIONISIO DE HALICARNASO, II 63.

[22] Posiblemente, los miembros, de las curias, es decir, el cuerpo de ciudadanos: ver PALMER, pág. 157.

[23] El episodio del ascenso a los cielos de Rómulo pertenece, según M. DELCOURT, «Romulus et Mettius Fufetius» *Hommages à Georges Dumézil,* Bruselas, Latomus, 1960, 81-82, al floclore del rey descuartizado y divinizado, que halla paralelos en otros episodios y en otras culturas. LIVIO, I 16, limpia el asesinato, aunque reconoce que existe tal

versión. DIONISIO DE HALICARNASO, II 56, 2-3, da la doble versión. También se hace eco del asesinato PLUTARCO, *Rómulo* 27.

[24] Parece que esto pudo decirse de Rómulo.

[25] La tradición más extendida atribuye a Numa la fundación de la *Regia* (PLUTARCO, *Numa* 14, 1). Dion, además, añade el detalle de que la morada del rey estuvo allí con el pretexto de que era sabino, con lo que se integra la tradición de que el Quirinal había sido el lugar de instalación de los compañeros sabinos de Tito Tacio. Así, era preciso que allí habitara el sabino Numa. Si en Plutarco primero se funda la Regia y luego se traslada al Quirinal, en Dion el Quirinal recibe posteriormente la Regia. Se plantea la cuestión de si aquí se refleja la importancia creciente del Quirinal en época de Numa. En cualquier caso, según POUCET, no se trata de una tradición primitiva, sino que sólo aparece en autores posteriores (*Recherches*, págs. 18-19). La tradición más antigua, representada por Tito Livio, no establece lazos entre el Quirinal y los sabinos. PERUZZI, *Origini*, II, pág. 184 n. 23, establece más bien una relación entre la Regia y el foro, como lugar idóneo para la publicidad. Para la identificación y datación de los restos arqueológicos, identificables más bien con la acción del *rex sacrorum* y, por tanto, con los orígenes de la república, ver F. E. BROWN, «New Sounding in the Regia: The Evidence for the early Republic», *Les Origines de la République Romaine, Entretiens Fondation Hardt* XIII, Vancouver, Ginebra, 1966, págs. 47-64, esp. 58-60, que sigue la opinión que atribuye también el *comitium* a los inicios de la república.

[26] LIVIO, I 17.

[27] Institución monopolizada por los patricios que, en cierto modo sirvió para definir al grupo como tal y que había de poseer el derecho a celebrar los auspicios en sustitución del rey. En la república subsiste como modo de suplir ocasionalmente a los magistrados con auspicios.

[28] Sobre sacerdocios en general, LIVIO, I 20, y DIONISIO DE HALICARNASO, II 64. Sobre los salios, en particular, A. CALVETTI, «Rappresentazioni saliari nella decorazione plastica di un vaso bronzeo a Bisenzio (VIII sec. a. C.)», *Studi Romani* 35 (1987), 1-11. Los salios, el 1 de marzo, inicio del año arcaico, recorrían la ciudad encabezados por el *praesul* y se detenían en determinadas estaciones. Ver también, J. MARTÍNEZ-PINNA «La danza de los salios, rito de integración en la curia», *AEA* 53 (1980), 15-20, que insiste en los aspectos militares del ritual.

[29] BOISSEVAIN lo considera interpuesto y no perteneciente a Dion.

[30] El primitivo calendario romano comenzaba en el mes de marzo, de ahí los nombres numéricos desde septiembre en adelante, entre el 7 y el 10.

[31] Considerado entre las más antiguas divinidades de Roma, introducido por Rómulo y mencionado en los cantos rituales de los salios. Preside todas las relaciones con las puertas, real o metafóricamente: la entrada y la salida, el principio y el fin, de ahí su carácter de bifronte, poseedor de doble cara. Las puertas de su templo en el foro sólo podían cerrarse cuando hubiera paz absoluta para Roma.

LIBRO II

Dion en el libro II: «que la gloria de aquéllos consti- 1 7
tuiría un obstáculo para su crecimiento»[1] (Bekk, *Anecd.,* p. B. I, p. 15
139, 12).

Que ni Tulo ni Metio[2], ni uno ni otro, estaban dis- 2
puestos a cambiar de residencia, sino que ambos trataban de conservar lo suyo. En efecto, Tulo a causa de la fama de Rómulo y de su actual potencia, Fufecio a causa de la antigüedad de Alba y de que era metrópolis de otras muchas e incluso de los mismos romanos, ambos tenían apoyo suficiente para no sentirse en nada inferiores.

Zonaras, VII

Al morir Numa sin dejar sucesor, Tulo Hostilio fue elegido 1 6
por el pueblo y el senado. Éste [se burlaba de la mayoría de las B. I, p. 15
prácticas de Numa: Plut., *Numa* 22, 7] comenzó a emular a Rómulo, dedicándose él mismo a la acción militar, pero también incitando a ello al pueblo. Así, con motivo de un acto de rapiña sobre los albanos por parte de los romanos, unos y otros se lanzaron a la lucha. Pero llegaron a un acuerdo antes del enfrenta- 2
miento y ambos pueblos tomaron la decisión de reunirse en una sola ciudad. Sin embargo, como cada uno se sentía vinculado a la propia y consideraba que era el otro el que debía trasladarse a ella, terminaron por abandonar su objetivo. Más tardesurgieron

3 Por esto abandonaron aquella controversia pero comenzaron a rivalizar por el mando. Veían efectivamente que les era imposible convivir de manera estable sin conflictos y en pie de igualdad, debido a la natural rivalidad de los hombres con respecto a sus semejantes y al deseo de mandar sobre los demás. Muchas reclamaciones promovían entre ellos a este propósito, por si uno de los dos cedía ante el otro voluntariamente. Pero nada conseguían y por ese motivo se dispusieron a luchar (M. 11, p. 139).

Zonaras, VII

diferencias por el mando. Como ninguno cedía ante el otro dispusieron que lucharían por el poder. Pero ni les parecía oportuno que lucharan los ejércitos en su totalidad, ni que se resolviera
3 por un combate singular. Se daba el caso de que había en ambos
B. I, p. 16 bandos tres hermanos gemelos, nacidos de madres gemelas, de la misma edad e igualmente dotados de fuerza para la lucha. Los de los romanos se llamaban Publioracios, los de los albanos Curiatas[3].

A éstos los propusieron para la lucha, sin tener para nada en cuenta su parentesco. Después de armarse se colocaron frente a frente en el intervalo entre los campamentos, y sus invocaciones se dirigieron a dioses del mismo linaje. Luego, miraron al sol de
4 modo ininterrumpido. Entraron en combate y unas veces luchaban todos en bloque, otras uno contra uno. Por fin, cuando habían caído dos de los romanos y estaban heridos todos los albanos, el último Horacio, como a pesar de estar ileso no podía enfrentarse a todos al mismo tiempo, se volvió atrás, para que al perseguirlo tuvieran que dispersarse. Así, una vez que se dispersaron en la persecución, se fue volviendo contra cada uno de ellos y los hizo perecer a todos. Por esta causa se la tributaron honores. Pero como también había matado a su hermana porque se lamentaba al ver que Horacio llevaba los despojos de sus

Libro II de Dion: «se volvió contra ellos cuando esperaban que ya no hubiera nada que temer» (Bekk, *Anecd.*, p. 139, 15. 4 B. I, p. 16

Que Tulo frente a los enemigos se consideraba el más fuerte, pero por su excesiva soberbia no se ocupaba de la divinidad, hasta que se extendió una epidemia y él mismo cayó enfermo. Entonces sí se preocupó de todos los dioses con devoción y atribuyó una especial importancia a los salios colinos (V. 4, p. 569)[4]. 5

Que cuando Marcio comprendió que a quienes desean vivir en paz no les basta con no cometer ninguna injusti- 1 8

ZONARAS, VII

primos, fue juzgado por asesinato. Con todo apeló a la asamblea del pueblo y fue absuelto.

Entonces los albanos se convirtieron en súbditos de los romanos, pero más tarde, por haber violado los tratados, dado que, cuando fueron convocados como súbditos para una campaña, habían intentado pasarse a los enemigos en el momento de la batalla y atacar con ellos a los romanos, al ser descubiertos, fueron castigados. Muchos murieron, entre ellos su jefe Metio, pero los demás fueron deportados y su ciudad, Alba, fue demolida, la misma que durante cincuenta años los romanos habían considerado su metrópolis. 6 B. I, p. 16

Frente a los enemigos, Tulo tuvo fama de ser el más fuerte, pero no se ocupaba de la divinidad. En cierta ocasión en que se extendió una epidemia y él mismo cayó enfermo [se refugió en la superstición: Plut., *Numa* 22, 7]. Pero se dice que llegó al fin de su vida [quemado por los rayos, o *ibid.*] víctima de una conspiración por parte de Anco Marcio, que era precisamente hijo de la hija de Numa. Reinó sobre los romanos durante treinta y dos años[5]. 7

Le sucedió Marcio, que recibió la realeza de la buena voluntad de los romanos. No tenía la mano bien conformada, 1 7 a. 640

cia y que el sosiego sin actividad no representa la salvación, sino que, en cuanto alguien trata de alcanzarlo, se hace más vulnerable para la mayoría, cambió de actitud. En efecto, vio que el anhelo de paz no sirve de protección sin los preparativos para la guerra y se dio asimismo cuenta de que el disfrute de la pasividad se esfuma muy rápidamente y con mucha facilidad cuando alguien se
2 preocupa por ella más de lo debido. Por esto, en la idea de
B. I, p. 18 que preparar la guerra era la preocupación más hermosa y firme para la paz, todo aquello que no pudo obtener de parte de los latinos de buen grado y sin causarles ningún

ZONARAS, VII

pues sufría una anquilosis en la articulación, por lo que recibió el sobrenombre de Anco. Aunque era un hombre mesurado se vio obligado a cambiar de actitud y se dedicó a las campañas
2 militares. En efecto, a causa de la destrucción de Alba, los restantes latinos temían por sí mismos, no fuera a pasarles algo similar, y estaban irritados con los romanos, pero, mientras vivió Tulo, por temor a su carácter guerrero, se habían reprimido. En cambio, con el pensamiento de que Marcio era fácil de atacar a causa del carácter pacífico de su alma, entraron en su territorio y lo saquearon. Así comprendió que la guerra era garantía de la paz, por lo que atacó a sus atacantes y los rechazó, se apoderó de sus ciudades y destruyó una de ellas. A muchos de los que cogió los utilizó como esclavos y a muchos otros los trasladó a Roma. Al crecer los romanos y ver aumentado su territorio, los vecinos se sintieron agobiados y entraron en guerra con ellos. Entonces, a los fidenatas los derrotaron mediante un asedio y a
4 los sabinos los dejaron en situación penosa, pues cayeron sobre ellos cuando estaban dispersos y se apoderaron de su campamento. Entre los demás sembraron el terror y los obligaron a vivir en paz a su pesar. Después a Marcio se le cumplió el plazo

mal, emprendió la vía militar contra su voluntad para obtenerlo[6].

Que Tarquinio, gracias a su riqueza, a su inteligencia 1 9
y a su constante y oportuno buen humor, inspiró a Marcio B. I, p. 19
tan buena disposición que fue por él inscrito entre los patricios y en el senado, fue nombrado general muchas veces y le fue encomendada la tutela de sus hijos y del reino. Era además un hombre querido por todos, por lo que

Zonaras, VII

de su vida, tras haber gobernado veinticuatro años, en los que prestó mucha atención a lo divino, como su abuelo Numa.

Se hizo con el poder Lucio Tarquinio, hijo del corintio De- 1 8
marato, que se había exiliado y, establecido en la ciudad etrusca a. 616
de Tarquinios, había tenido un hijo de mujer indígena, llamado Lucumón. Sin embargo, después de heredar muchos bienes de su padre, ya que, como extranjero, los tarquinesios no lo consideraban digno de estar entre los primeros, se trasladó a Roma, donde, al mismo tiempo que de ciudad, también cambió de nombre y pasó a llamarse Lucio Tarquinio, por la ciudad en que había vivido. Se dice que, en el momento del traslado, un águila
que volaba por encima le arrebató el gorro que llevaba en la ca- 2
beza y luego subió al cielo, lanzó un grito a lo lejos y de nuevo lo ajustó a su cabeza, de lo que se concluía que sus expectativas no iban a ser pequeñas y se fue entusiasmado a residir en Roma,
donde no mucho después se contaba entre los primeros. En 3
efecto, como hacía un uso generoso del dinero y con su inteligencia y simpatía sabía ganarse a los poderosos, fue alistado entre los patricios y en el senado por obra de Marcio, que lo nombró general, además de encomendarle la tutela de sus hijos y el
gobierno. Se presentaba como un hombre bueno que daba dine- 4
ro a quienes lo necesitaban y se ofrecía con buena disposición si alguien solicitaba su ayuda. No hacía ni decía nada malo a na-

2 se puso al frente de ellos con su consentimiento. La causa
B. I, p. 19 era que todo lo que iba a proporcionarle fuerza lo hacía sin perder la sensatez, se mantenía más bien en un segundo plano aunque fuera el primero, soportaba las tareas difíciles en lugar de otros y a la luz del día, pero, en cambio, hacía voluntariamente partícipes a los demás de las placenteras y él mismo no las disfrutaba nada, o muy poco y, en cualquier caso, pasaba desapercibido. La causa de las mejores situaciones la atribuía a cualquiera antes que a sí mismo y ponía los beneficios a disposición de

ZONARAS, VII

die y, si recibía buen trato de alguien, realzaba lo sucedido, pero si le ocurría algo más difícil de soportar, o bien ni siquiera tenía en cuenta el dolor producido o bien se engañaba para quitarle importancia, y no sólo no se defendía contra quien le había producido el dolor, sino que se portaba con él como benefactor. Con este método se hizo con el mismo Marcio y los que lo rodeaban y obtuvo fama de hombre sabio y bueno.

5 Pero la estima no le duró hasta el final de su vida. En efecto,
B. I, p. 20 al morir Marcio se comportó mal con sus dos hijos y se apropió del trono[7]. Pues, cuando el senado y el pueblo iban a votar en favor de los hijos de Marcio, él presionó al sector más poderoso de los senadores y, después de haber alejado a los huérfanos como si los enviara de cacería, de unos con palabras y de otros con hechos consiguió que le entregaran el mando, haciéndoles creer que lo devolvería luego a los hijos una vez que se hicieran
6 hombres. Convertido en el dueño de la situación, trató a los romanos de tal manera que nunca quisieron elegir a los hijos en su lugar. A los muchachos los acostumbró a la vida fácil y destruyó sus almas y sus cuerpos por medio de lo que parecía un trato gratificante. Pero como aún así seguía teniendo miedo, procuró

quien los necesitase, en cambio las situaciones más desatinadas ni las transfería a nadie ni las compartía con nadie. Además se mostraba complaciente con todos y cada 3
uno de los amigos de Marcio, de hecho y de palabra. Gastaba el dinero de manera generosa y si alguien nece-

ZONARAS, VII

ganar fuerza en el senado. En efecto, a unos doscientos del pueblo que se mostraban amistosos con él, los incluyó entre los patricios y los senadores y de este modo supeditó a su propia persona tanto al senado como a las masas. Además, le dio a su 7
vestimenta un aire de gran magnificencia. La toga y la túnica eran de púrpura y bordadas en oro, la corona de piedras engarzadas en oro y el cetro y el carro de marfil, que es lo que siguieron usando después sus sucesores, incluidos los que poseen la autoridad imperial. En las victorias celebraba la procesión en una cuadriga y llevó toda su vida doce lictores.

Habría llevado a cabo otras muchas innovaciones en todos 8
los terrenos si en el momento en que pensaba reorganizar las tribus no se lo hubiera impedido un tal Ato Navio, que era un augur como nunca había habido otro[8]. Tarquinio, irritado a causa de su oposición, se dedicó minuciosamente a injuriarlo y a desprestigiar su arte. Efectivamente, después de guardar en su 9
seno una piedra y una cuchilla se presentó ante el pueblo con la idea en la mente de cortar la piedra con la cuchilla, cosa desde luego imposible. Una vez que dijo cuanto deseaba, como Ato le contestó con muchísima energía, sin ceder en nada dijo: «si no me estás respondiendo por puro afán de rivalidad, sino que dices la verdad, ante todos éstos contéstame si lo que tengo intención de hacer llegará a realizarse». Ato tras tomar los augurios 10
allí mismo al punto dijo: «Desde luego, rey, lo que piensas será cumplido». Entonces, dijo, «coge esta piedra y córtala con esta cuchilla; pues tal es lo que he pensado que se realizaría». Al

sitaba algo, contribuía con su esfuerzo de modo inmediato. Nunca decía ni hacía a nadie nada molesto, ni por su iniciativa caía en la animosidad de nadie. Además, cuando recibía de alguien un buen trato, siempre le daba una importancia mayor, en cambio a los que mostraban actitudes más modestas ni siquiera les prestaba atención, o bien les quitaba importancia y los tenía en la más mínima consideración, y no es sólo que no se vengara en absoluto

ZONARAS, VII

punto la cogió y la cortó. Tarquinio lleno de admiración, además de rendirle toda clase de honores, lo consideró digno de una estatua de bronce. Además ya nada cambió en el estado y para todo pasó a usar como consejero a Ato.

11 Tuvo que luchar contra los latinos rebeldes, luego contra los sabinos que habían invadido el territorio romano por sus alianzas con los etruscos y sobre todos ellos obtuvo la victoria. Al enterarse de que una de las sacerdotisas de Vesta, que está legislado que permanezcan vírgenes toda su vida, había sido deshonrada por un varón, preparó un refugio subterráneo de forma oblonga, puso en él una cama, una lámpara y una mesa llena de alimentos, allí llevó a la seducida acompañada de un cortejo, la introdujo y
12 la dejó encerrada viva. A partir de él se ha convertido en norma que las sacerdotisas que no conserven su virginidad sean castigadas de este modo, mientras que los que las deshonran tienen que meter el cuello en un madero con pinchos en el ágora y así mueren desnudos y ultrajados.

13 Pues bien, quienes se opusieron a Tarquinio fueron los hijos
B. I, p. 22 de Marcio, ya que no les entregaba el poder y, en cambio, a un tal Tulio, que había nacido de su unión con una cautiva, lo anteponía a todos[9]. Desde luego, esto era lo que más inquietaba a los patricios, con algunos de los cuales se aliaron y conspiraron contra él. A dos de ellos los prepararon, vestidos de manera rús-

de ellos, sino que incluso los trataba favorablemente, hasta que por fin pasaba a controlarlos. Por esto obtuvo cierta fama de sabiduría, por haberse ganado a Marcio y a todos 4
los que lo rodeaban, pero también hizo que no se pudiera B. I, p. 20
confiar en la mayoría de los hombres de entonces, por el hecho de que fueran falsos por naturaleza o bien porque cambiaran de sentimiento de acuerdo con las vicisitudes del poder y de la fortuna (V. 5, p. 570).

ZONARAS, VII

tica, armados con hachas y hoces, para que lo atacaran. Como no 14
encontraron a Tarquinio en el foro marcharon a las puertas del palacio, como si estuvieran enfrentados entre sí, y pidieron ir ante su presencia. Una vez que estuvieron ante él comenzaron un debate y, cuando Tarquinio atendía a uno en la exposición de sus derechos, el otro le dio muerte.

Tal fue el final de Tarquinio, que tuvo lugar después de 19
haber reinado treinta y ocho años. Pero no alcanzaron el trono a. 578
los hijos de Marcio, sino que lo obtuvo Tulio con ayuda de la mujer de Tarquinio, Tanaquil. A él lo había engendrado una mujer llamada Ocrisia, esposa del varón latino Espurio Tulio, capturada en la guerra y seleccionada para Tarquinio, que, o bien ya estaba embarazada desde su casa, o lo concibió después de la captura, pues ambas cosas se dicen[10].

Cuando ya estaba formando parte de los jóvenes, se durmió 2
de día en un carro y dio la sensación de que una gran llama se desprendía de su cabeza. Al verlo, Tarquinio trató con especial atención al joven y, al llegar a la edad, lo inscribió con los patricios y en el senado[11].

10 Dion en el libro II: «Cuando nada había en que no lo
B. I, p. 23 obedecieran» (Bekk, *Anecd.*, p. 164, 19).

ZONARAS, VII

3 Cogidos pues los asesinos de Tarquinio, cuando se entera-
B. I, p. 22 ron su mujer y Tulio de las intrigas previas, no descubrieron inmediatamente su muerte, sino que lo recogieron y lo cuidaban como si todavía estuviese vivo. Entre tanto, se prestaron fidelidad mutuamente como garantía de que Tulio tomaría el poder, pero luego renunciaría una vez que los hijos de ella llegaran a la
4 mayoría de edad. Como la multitud reunida estaba alborotada,
B. I, p. 23 Tanaquil se asomó a lo alto del palacio y dijo: «No temáis, pues mi marido todavía vive y dentro de poco lo veréis, pero para poder curarse con tranquilidad y para que tampoco por su enfermedad se suspendan las actividades, por el momento ha encargado a Tulio de la administración de los asuntos públicos». Eso dijo. A Tulio lo aceptaron sin reticencia, ya que parecía un hombre bueno[12].

5 Cuando se encargó de la gestión de los asuntos públicos, los administraba en su mayoría según instrucciones supuestamente de Tarquinio. Como vio que en todo le obedecían, presentó ante el senado a los asesinos de Tarquinio como si se tratara sólo de una conspiración, pues seguía fingiendo que todavía vivía. Así, fueron condenados a muerte, pero los hijos de Marcio, asustados, se refugiaron entre los volscos. Entonces ya reveló la muerte de Tarquinio y se apoderó abiertamente del reino.

6 Primero decía representar la causa de los hijos de Tarquinio, como si él fuera el administrador de su autoridad, pero luego se dedicó a granjearse la amistad del pueblo, pensando que ganaría a la multitud más fácilmente que a los patricios. Les dio dinero[13], asignó tierras a cada uno y dispuso liberar a los esclavos e incluirlos en las tribus. Irritados por este motivo los poderosos, ordenó que por su parte los liberados testimoniaran a cambio
7 algún tipo de reconocimiento a sus liberadores[14]. Pero los pa-

ZONARAS, VII

tricios seguían mostrándose duros y se dedicaban a difundir ru-
mores variados, entre ellos el de que tenía el poder sin que nadie
lo hubiera elegido, por lo que reunió al pueblo y le dirigió la pa-
labra. Tras decirle muchas cosas seductoras, de tal manera lo
dispuso a su favor que al punto votaron que se hiciera cargo del
reino sin restricciones[15]. Como respuesta, además de otras 8
muestras de generosidad, inscribió en el senado a algunos de
ellos, los cuales antiguamente contaban menos que los patricios
en la mayoría de las cosas, pero andando el tiempo, excepto el
interregno y algunos sacerdocios, tuvieron la misma participa-
ción que éstos, y no se diferenciaban en nada más que en el cal-
zado. Pues el calzado urbano de los patricios estaba adornado 9
con un broche y con la marca de la letra, para que, gracias a esto, B. I, p. 24
se notara que descendían de los cien varones que habían forma-
do parte del senado al principio. La letra dicen que era la rho[16],
o bien para indicar el número de aquellos cien varones o como
inicial del nombre de los romanos.

Así pues, de esta manera Tulio se ganó a la multitud, pero, 10
por temor a que surgiera un conflicto, entregó la mayoría de los
asuntos públicos más importantes a los más poderosos. Así lle-
garon a estar de acuerdo entre ellos mismos y administraron los
asuntos públicos de la mejor manera. Sostuvieron algunas gue-
rras contra los veyentes y contra la totalidad de los etruscos, en
las que nada hubo digno de mención. Como deseaba que los la- 11
tinos estuvieran más unidos a los romanos, los persuadió para
que construyeran en Roma un templo con dinero público, y lo
consagraron a Ártemis[17]. Pero su control se convirtió en fuente
de conflictos. En estas circunstancias, un hombre sabino llevó
una hermosísima vaca a Roma, con la intención de sacrificarla a
Ártemis por mandato de un oráculo. El oráculo decía que el que la
sacrificara daría gloria a su patria. Al enterarse de esto, uno de 12

11 1 Libro II de Dion: «y a su hermano, como no lo apoya-
B. I, p. 25 ba, ocultamente, a través de su mujer, lo asesinó con venenos» (Bekk, *Anecd.*, p. 139, 17).

Zonaras, VII

los romanos avanzó hacia él y le dijo que antes era preciso que se purificara en el río. Tras decirlo, parecía haberlo convencido, y éste tomó la vaca como si fuera a guardarla y, tras cogerla, la sacrificó. Cuando el sabino reveló el contenido del oráculo los latinos renunciaron a la presidencia del templo en favor de los romanos. Asimismo, en todos los demás asuntos los honraban como más poderosos que ellos.

13 Así estaban las cosas. Tulio dio a sus hijas en matrimonio a los Tarquinios y les anunció que les devolvería el reino, pero, con pretextos diferentes en cada ocasión, iba dando largas. Ellos, por su parte no meditaban nada con serenidad, sino que estaban irritados. La verdad es que él ni siquiera los tenía en cuenta y estimulaba a los romanos a la democracia y a la libertad, con lo cual todavía se encolerizaban más los Tarquinios.
14 Sin embargo, el más joven, aunque estaba furioso, aguantaba, pero el que lo aventajaba en edad ya no creía posible soportar a Tulio. Como vio que su mujer y su hermano no estaban de acuerdo con él, mató a su mujer él mismo y a su hermano lo en-
15 venenó con la colaboración de la mujer de éste. Luego, uniéndose
B. I, p. 25 a la esposa de su hermano, se dedicó a conspirar con ella contra Tulio[18]. Después de convencer a un gran número de senadores y de patricios de que tenían motivos de queja contra Tulio para que se unieran a él, súbitamente se presentó con ellos en la curia. Lo seguía su mujer Tulia. Dijo muchas cosas que recordaban a los presentes la dignidad de su padre y lanzó gran canti-
16 dad de improperios contra Tulio. Cuando aquél, nada más enterarse, se presentó a toda prisa y trató de hacerse oír mínimamente, lo cogió, lo levantó y lo empujó contra las escaleras

Tarquinio, cuando estuvo suficientemente preparado 2
para convertirse en tirano contra la voluntad de sus súbdi- B. I, p. 25
tos, tras reunir a los más poderosos, primero de los senadores y luego de los demás, mató a muchos a la vista de todos, por lo menos a aquellos a quienes pudo imputar alguna acusación plausible, pero a otros los mató de modo subrepticio y a algunos los desterró. Pues no era que algu-
nos de ellos amaran a Tulio más que a él, ni que tuvieran 3
linaje y riquezas, o incluso motivos de orgullo, y gozaran de una valentía demostrada y de sabiduría sobresaliente, y, por defenderse de los unos y por prevenirse contra los otros, por envidia y al mismo tiempo por la sospecha de que lo odiaran a causa de no compartir la misma forma de ser, se dedicó a destruirlos, sino que incluso a los más

ZONARAS, VII

del senado. Turbado ante la audacia de Tarquinio, y por el hecho de que nadie había salido en su ayuda, no dijo ni hizo nada. Tar-
quinio, acto seguido, recibió el poder de parte del senado[19], y 17
envió a algunos a matar a Tulio en el camino de su casa. Su hija, después de besar a su marido en el senado y de llamarlo rey, al marcharse hacia el palacio hizo pasar el carro sobre el cadáver de su padre tal como estaba.

Así gobernó Servio Tulio y así murió, después de haber rei- 1 10
nado cuarenta y cuatro años. Tarquinio, cuando tomó el poder, a. 534 B. I, p. 25
se rodeó de guardias personales igual que Rómulo y de día y de noche los llevaba consigo estuviera en casa o en el foro. Pues, después de lo que habían hecho, él a su suegro y su mujer a su
padre, tenían miedo también de los que quedaban. Cuando estu- 2
vo preparado para asumir la tiranía, reunió a los más poderosos de los senadores y de las demás clases y los hizo matar. A quienes podía atribuir alguna acusación los eliminó abiertamente,

amigos, los que colaboraron en el establecimiento de su monarquía, no por ello los condenaba menos que a los demás, en la idea de que, por su audacia y por el mismo afán revolucionario por el que le habían proporcionado el
4 poder a él, también podrían dárselo a cualquier otro. De
B. I, p. 26 acuerdo con esto, fue desgastando al sector más poderoso del senado y del orden ecuestre... y no puso a nadie en absoluto en el lugar de los eliminados. En efecto, creía que era odiado por todo el pueblo y deseaba hacer aquellas instituciones más débiles gracias a la escasez de efectivos humanos. Por lo menos intentó la destrucción absoluta del senado, pues creía que toda reunión de hombres, principalmente si eran elegidos y tenían desde antiguo la investidura de un cierto prestigio, era muy hostil para un tirano.
5 Sin embargo, por el temor de que también la plebe o incluso los mismos guardias personales, en la medida en que eran ciudadanos, a causa de la irritación que les pro-

Zonaras, VII

a los otros a escondidas. A unos pocos, con todo, los desterró. En general, no sólo hacia perecer a quienes estaban alineados junto a Tulio, sino también a quienes lo habían ayudado en el camino a la monarquía, y así eliminó al sector más poderoso del senado y del orden ecuestre. Creía además que era odiado por todo el
3 pueblo. Por ello ni siquiera hizo en absoluto que se sustituyera a
B. I, p. 26 algunos de los que perecían, sino que, con la intención de que el senado desapareciera del todo, ni introducía a nadie en él ni a los que estaban les comunicaba nada digno de mención. Pues los convocaba, no con la intención de administrar juntos alguno de los asuntos obligados, sino para que se hiciera evidente para to-
4 dos su escasez y en consecuencia los despreciaran. La mayor
B. I, p. 27 parte de las cosas las hacía por sí mismo o en compañía de sus

ducía el cambiar la constitución, se le sublevaran, no lo hizo de manera manifiesta, pero desde luego lo llevó a cabo dentro del modo que le convenía y hasta el final. En efecto, no nombró a nadie como sustituto, ni comunicó a los que quedaban nada digno de mención. Desde luego, los convocaba, pero no con la intención de administrar juntos algunos de los asuntos necesarios, sino que hasta esto mismo lo hacía a propósito para demostrar su escasez y, en consecuencia, para señalar su inferioridad y carácter
prescindible. Hacía la mayoría de las cosas por sí mismo o 6
con sus hijos, para que nadie más tuviera ningún poder B. I, p. 27
o incluso por temor a que se hiciera público aquello en lo que actuaba mal. Se mostraba difícil de abordar e intratable y era tal la arrogancia y la crueldad que mostraba hacia todos por igual que fue apodado por ellos el Soberbio. Tanto sus actuaciones como las de sus hijos eran en general las propias de los tiranos y así, por ejemplo, una vez a algunos ciudadanos, en el foro, a la vista del pueblo, los ató desnudos en cruces, los apaleó y los mató. Este castigo, entonces inventado por él, se volvió a poner en práctica con mucha frecuencia (V. 6, p. 573).

ZONARAS, VII

hijos. Era inaccesible e intratable y mostraba hacia todos arro- 5
gancia y crueldad. Tanto él como sus hijos se comportaban de la manera más tiránica. Por ello, como también consideraba sospechosos a sus guardias personales, se hizo acompañar de una guardia elegida entre los latinos y los mezcló en sus filas con los romanos, para que aquéllos, al haber obtenido los mismos privilegios que los romanos, le debieran agradecimiento y los romanos le produjeran menos temor, porque ya no estaban solos, sino que formaban en compañía de los latinos[20].

7 Dion en el libro II: «Tras haber dirigido contra su pa-
B. I, p. 27 dre muchos y absurdos reproches abiertamente por haber

ZONARAS, VII

6 Emprendió una batalla contra los gabinos, luchó con malas
B. I, p. 27 artes y los derrotó con engaño. Pues propuso a su hijo Sexto que desertara en favor de aquéllos. Para que resultara verosímil el pretexto de su deserción, recriminó abiertamente a su padre acusándole de tirano y desleal y éste azotó a su hijo como represalia.
7 Luego, según lo pactado, fingió pasarse a los gabinos, después
B. I, p. 28 de hacerse con dinero y compañeros. Los enemigos se creyeron la escena a causa de la crueldad de Tarquinio y porque seguía hablando mal de su padre. Decía muchas cosas que eran reales y por ello parecía que se había convertido en un enemigo, por lo que lo acogieron con mucho gusto. Emprendieron con él muchas incursiones en el territorio romano y se dedicaron a arrasarlo sin moderación. Por esto, y porque a algunos les proporcionaba dinero en privado e invertía con abundancia en favor de la comunidad, fue elegido general y se hizo cargo de la adminis-
8 tración de sus asuntos políticos. En estas circunstancias, envió a uno a escondidas para informar de los sucesos a su padre y pedirle su opinión para el futuro. Éste no le dijo nada al enviado para que, ni siquiera si era reconocido, pudiera declarar nada ni voluntaria ni involuntariamente, sino que tras llevarlo a un jardín, en el que había adormideras, rompió con una vara las cabe-
9 zas que sobresalían y las arrojó a tierra. Así despidió al mensajero, que anunció a Sexto lo que había hecho, aunque no había entendido nada, pero él comprendió el sentido de la escena y eliminó a los más ilustres de los gabinos, a unos en secreto, con veneno, a otros por medio de algunos que actuaban como bandidos y a otros los mató después de celebrar un juicio, pues fingía contra ellos falsas acusaciones de haber traicionado a su padre[21].

sido tirano y haber violado los juramentos propios del tratado» (Bekk., *Anecd.*, p. 155, 1).

Dion en el libro II: «Al enterarse de esto vino a ellos 3b 12
al día siguiente» (Bekk., *Anecd.*, p. 177, 20)[22].

ZONARAS, VII

De este modo había entrado Sexto en relación con los gabi- 10
nos. Eliminó a los más poderosos, cuyo dinero distribuyó entre la plebe. Después, aniquilados los unos, engañados los restantes y confiando para todo en él, junto con los prisioneros y los desertores romanos, que por este motivo había reunido en gran cantidad, se apoderó de la ciudad y la entregó a su padre, que la cedió a su hijo, mientras se dedicó a hacer la guerra a otros pueblos.

Sin proponérselo obtuvo para los romanos los oráculos de I 11
la Sibila. Pues una mujer adivina, a la que llamaban Sibila[23] B. I, p. 28
había llegado a Roma llevando tres o nueve libros, los había ofrecido a Tarquinio para que los comprara y había fijado el precio de los mismos. Como aquél no la atendió, ella quemó uno
de los libros, o tres. Aun así Tarquinio no se preocupó mucho 2
por ella, que volvió a quemar la misma cantidad de los restantes. Cuando ya iba a hacer arder los que todavía quedaban, los augures lo obligaron a comprar los restantes. Los adquirió por la

TZETZES, *In Lycophr. Alex.*, 1279

La Sibila acerca de la que ahora habla Licofrón era cumana, B. I, pp.
la que murió en tiempos de Tarquinio el Soberbio después de de- 28-29
jar tres o nueve libros proféticos propios, de los que o uno o tres compraron los romanos, una vez que la servidora de aquélla había destruido los restantes en el fuego, porque no le daban todo el oro que pedía. Pero luego lo hicieron, compraron el que

ZONARAS, VII

3 cantidad por la que pudo obtener el total y los entregó a los se-
nadores para que los guardaran. Como no comprendieron bien lo
que había escrito, enviaron mensajeros a Grecia para que trajeran
4 de allí, a cambio de un salario, a dos hombres que fueran capaces
de leerlos y de interpretarlos. Pero los vecinos, que quisieron en-
terarse de lo que pudiera estar señalado en los libros, sobornaron
a uno de los que los guardaban, a Marco Acilio, y copiaron algo.
Tras conocerse el hecho, Marco fue arrojado al mar encerrado en
dos odres cosidos; éste fue en adelante el modo de obrar que se
impuso contra los parricidas, para que ni la tierra ni el agua ni el
sol se mancharan con su muerte.
5 Construyó el templo de la montaña Tarpeya siguiendo el de-
B. I, p. 29 seo de su padre. Al abrir la tierra para arrojar la cimentación,
apareció la cabeza de un hombre todavía sangrando. Mandaron
entonces los romanos a preguntarle a un adivino etrusco qué sig-
nificaba la aparición. Pero él con la artera intención de que la se-
6 ñal se cambiara en favor de Etruria hizo un dibujo sobre la tierra
y, tras extender en él la forma de Roma y la montaña Tarpeya,
iba a preguntar a los embajadores: «¿Es ésta Roma?, ¿es ésta la
montaña?, ¿se encontró aquí la cabeza?», con el fin de que, al no
sospechar aquéllos nada y manifestar su acuerdo, se cambiara la

TZETZES, *In Lycophr. Alex.*, 1279

quedaba, o los tres que quedaban, y se lo entregaron a Marco Acilio para que lo guardara. A éste lo metieron vivo en la piel de un buey y lo mataron, porque lo había dado a copiar, y el libro o los libros, tras hacer un agujero en medio del foro, los enterraron en una urna.

Que Lucio Junio, hijo de la hermana de Tarquinio, 10 11
asustado al verlo matar a su padre y apoderarse de sus B. I, p. 30
propiedades, fingió locura, por ver si de esta manera podía sobrevivir. En efecto, sabían que todo el que está dotado de razón, principalmente cuando se encuentra incluido en el brillo de un linaje, se convierte en objeto de sospecha para los tiranos. Una vez que se decidió a

ZONARAS, VII

fuerza del signo en favor del lugar en que se había dibujado. Eso
era lo que había maquinado, pero como los embajadores se ha- 7
bían enterado de la artimaña por el hijo de aquél, cuando les pre-
guntó contestaron: «no se halla aquí Roma, sino en el Lacio, la
montaña está en la ciudad de los romanos y la cabeza se encon-
tró en aquella montaña». Así, una vez que se le frustró la maqui-
nación al adivino, ellos se enteraron de toda la verdad y anuncia-
ron a los ciudadanos que serían muy poderosos y gobernarían 8
sobre muchísima gente. Este hecho constituyó, pues, otro motivo
de esperanza para ellos y a partir de ahí le cambiaron el nombre
a la montaña por el de Capitolio. Pues *capita* en la lengua de los
romanos significa «cabeza»[24].

Necesitado de dinero para la construcción del templo, Tar- 9
quinio declaró la guerra a los ardeatas, en la que no pudo con- B. I, p. 30
seguir dinero y además fue derrocado. Había tenido ya algunos
signos evidentes de su caída. Pues, en su jardín, unos buitres
expulsaron a las crías de águila, y en el cuarto de los varones,
en que comía con sus amigos, apareció una gran serpiente y lo
expulsó a él y a sus comensales. Por ello envió a Delfos a sus 10
hijos Tito y Arrunte. Al declarar Apolo que él caería del poder
en el momento en que un perro tuviera voz humana, respiró lleno
de buenas esperanzas, creyendo que nunca se cumpliría el vati-
cinio.

hacerlo, fingía de la manera más meticulosa, por lo que fue llamado Bruto, pues así llamaban los latinos a los tontos. Enviado con Tito y Arrunte como una especie de juguete, decía que llevaba al dios un bastón como ofrenda, nada grande, por lo menos en lo que pudiera verse (M. 13, p. 139)[25].

11 Dion en libro II: «Luego fue encontrado en el templo
B. I, p. 31 de Apolo Pitio» (Bekk., *Anecd.*, p. 139, 20).

12 Que se burlaban del regalo de Bruto y además porque, al preguntar los diputados[26] acerca del reino de su pa-

Zonaras, VII

11 Era Lucio Junio hijo de la hermana de Tarquinio, a cuyo padre y hermano había matado Tarquinio. Como es natural, preocupado también por sí mismo, se fingió loco y lo hacía notar como medio de salvación propia. Por ello fue llamado Bruto, pues es costumbre entre los latinos llamar así a los tontos. Mientras actuaba como quien está loco, al irse a Delfos los
12 hijos de Tarquinio, lo llevaron consigo como un juguete. Él di-
B. I, p. 31 jo que llevaba una ofrenda al dios. Se trataba de un bastón que aparentemente no tenía ninguna utilidad, de modo que también por este motivo era objeto de burla. Era como una imagen de la aflicción que había en él. En efecto, después de horadarlo, escondió dentro oro, con lo que indicaba que también se es-
13 condía, tras la deshonra de su locura, una inteligencia viva y honrosa. Al preguntar los hijos de Tarquinio quién recibiría el reino de su padre, el dios respondió que quien primero besara a la madre tendría el poder. Bruto lo comprendió, cayó como por casualidad y besó la tierra, pues juzgó con razón que ella era la madre de todas las cosas[27].

14 Este Bruto eliminó a los Tarquinios, después de esgrimir
B. I, p. 32 como causa lo que le había sucedido a Lucrecia y, además, por que eran odiados por todos por su tiranía y su violencia. Lucre-

dre, quién lo heredaría, y al predecir el dios que el primero que besara a su madre tendría el poder sobre los romanos, como si se hubiera caído besó la tierra, en la idea de que ella era la madre de todos los hombres (M. 14, p. 140).

Que Bruto eliminó a los Tarquinios por este motivo: 13
mientras comían juntos una vez en el asedio de los ardea- B. I, p. 32
tas los hijos de Tarquinio, Colatino y Bruto, como eran de la misma edad y además parientes, se pusieron a hablar
acerca de la prudencia de sus mujeres. De aquí pasaron a 14
la disputa, dado que cada uno consideraba por delante a su propia esposa. Entonces (como todas estaban a la sazón lejos del campamento) decidieron al punto, en la noche, antes de que se pusieran sobre aviso, cabalgar al mismo tiempo en dirección a donde se encontraba cada una de ellas. Así lo hicieron y las sorprendieron a todas
entregadas a la bebida, salvo a Lucrecia, la mujer de Co- 15
latino, a la que encontraron trabajando la lana. Por ello se difundió su fama, pero Sexto tuvo el deseo de deshonrarla. Inmediatamente sintió una pasión desenfrenada por ella, que era desde luego muy hermosa, y concibió, ade-

ZONARAS, VII

cia era hija de Lucrecio Espurio, hombre del senado, esposa de Tarquinio Colatino, miembro de la nobleza, y resultó ser notable por su belleza y su prudencia. Sexto, el hijo de Tarquinio, puso todo su empeño en ultrajarla, no tanto por estar enamorado
de su belleza, cuanto por atacar su fama de prudente. Cuando 15
vio a Colatino salir de su domicilio, tras presentarse de noche ante ella como ante la esposa de un pariente, se alojó en su casa. Primero la pretendió con palabras, pero luego empleó la violencia. Como nada conseguía, amenazó con degollarla. Dado

más, el deseo de arruinar su prestigio más que su cuerpo. Así, una vez, después de controlar a Colatino, que estaba junto a los rútulos, se apresuró a ir a Colacia, y de noche, al presentarse en su casa como en la de una mujer de su
16 familia, obtuvo alimento y reposo. Al principio intentaba
B. I, p. 33 seducirla con la persuasión pero, al no conseguir nada, empleó la fuerza. Como ni siquiera así obtenía ningún progreso, halló un nuevo sistema por el que la obligó, del modo más absurdo, a dejarse humillar voluntariamente. Pues cuando dijo que la degollaría, no lo tuvo en ninguna consideración, y cuando dijo que haría perecer además a uno de los servidores, también esto lo escuchó con des-
17 precio. Pero cuando la amenazó con que pondría junto a ella el cuerpo del esclavo y con que difundiría la noticia de que los había matado por haberlos encontrado durmiendo juntos, ya no pudo soportarlo, sino que, ate-

ZONARAS, VII

que ella despreciaba la muerte, la amenazó con acostar a su lado a un esclavo, matarlos a ambos y difundir la noticia de que los había matado por haberlos encontrado durmiendo juntos. Esto preocupó a Lucrecia, que cedió aterrorizada, no fuera a ser que
16 se creyera que había sucedido así. Tras cometer el adulterio pu-
B. I, p. 33 so un cuchillo bajo la almohada y, después de hacer venir a su marido y a su padre, a quienes habían acompañado Bruto y Publio Valerio, rompió en llanto y entre gemidos contó todo lo que había pasado. Luego añadió: «yo voy a hacer lo que me conviene, vosotros si sois hombres, vengadme, liberaos y mostrad a los tiranos quiénes sois vosotros y quién la mujer vuestra que han violado». Tras decir esto, sacó de repente el cuchillo y se mató.

rrorizada ante el hecho de que pudiera creerse que había sucedido así, prefirió unirse a él y morir después de confesar su acción antes que perder su prestigio en el mismo momento de acabar su vida. Por ello, no cometió adulterio 18
involuntariamente, pero después preparó un cuchillo debajo de la almohada e hizo venir a su marido y a su padre[28]. Tan pronto como vinieron se echó a llorar y a continuación entre gemidos dijo: «padre (pues ante mi marido me avergüenzo más que ante ti) nada bueno se ha hecho por mi parte en esta noche. Sin embargo, Sexto me violó al amenazarme con que me mataría junto con un esclavo como si me hubiera cogido acostada con él. Esta amenaza me obligó a cometer una falta, a fin de que no creyerais que había sucedido así. Yo, como soy mujer, voy a hacer 19
lo que conviene que haga. Vosotros, si sois hombres y B. I, p. 34
tomáis precauciones para con vuestras mujeres y vuestros hijos, vengadme, liberaos a vosotros mismos y mostrad a los tiranos quiénes sois vosotros y quién es la mujer vuestra a la que han violado». Tras decir tales palabras no es-

Zonaras, VII

Cuando oyeron esto y contemplaron la escena sintieron un B. I, p. 34
profundo dolor. Bruto, con el apoyo de Publio como consejero 17
dispuesto a la acción, mostró a la mujer yacente a muchos de los del pueblo y habló públicamente ante los restantes para conseguir que se expresara abiertamente el odio hacia los tiranos. Entonces acordaron que ya no admitirían a Tarquinio. Tras hacer esto y dejar la ciudad en manos de los otros, él mismo cabalgó al campamento y persuadió a los soldados para que votaran lo mismo que el pueblo. Tarquinio al enterarse de lo sucedido se trasladó aprisa en dirección a la ciudad, pero se vio rechazado

peró a que le contestaran nada sino que inmediatamente sacó el cuchillo y se mató (V. 7, p. 574).

Dion en libro II: Tras retirarse de la tierra de los ro- B. I, p. 34 manos, intentó de muchas maneras ganarse a los vecinos... (Bekk., *Anecd.*, p. 164, 25).

Zonaras, VII

y huyó a Tarquinios con sus hijos y otros partidarios, mientras que, según es fama, Tulia fue la única que se suicidó.

NOTAS

[1] Se estaría tratando de los romanos, que consideraban el pasado de Alba demasiado glorioso, tanto como para tener que depender siempre de ella.

[2] Se trataría de una adición del *excerptor,* según CARY. La historia de Tulo y Metio es paralela a la de Rómulo y Remo. Ver M. DELCOURT, cit. pág. 80.

[3] Horacios y Curiacios: ver DIONISIO DE HALICARNASO, III 14-22; LIVIO, I 24, 26: el juicio de Horacio aparece como una *provocatio ad populum,* origen de los juicios capitales ante la asamblea.

[4] Sacerdotes que practicaban un ritual consistente en danzas guerreras en marzo y octubre, principio y fin, respectivamente, del año militar. Los colinos estaban consagrados específicamente a Quirino y recibían su nombre de la colina correspondiente, *Quirinalis collis.*

[5] Sobre la epidemia y la «conversión» de Tulo Hostilio, ver LIVIO, I 31, 5-8, para quien murió herido por el rayo de Júpiter por su falta de práctica en la celebración de los sacrificios a Júpiter Elicio. DIONISIO DE HALICARNASO cuenta también, sin creerla, la historia del asesinato por parte de Anco Marcio (III 35).

[6] Según DIONISIO DE HALICARNASO, que, en cambio, alaba su pacifismo (III 37), fue a la guerra con los latinos forzado. TITO LIVIO, de manera sintetizadora, lo convierte en el fundador de los rituales preparatorios de la acción guerrera, síntesis entre Numa y Tulo (I 32).

[7] LIVIO, I 35, transmite una versión muy parecida, pero, según DIONISIO, II 49, 1, al morir Anco todos consideraron a Tarquinio digno del trono. Ver J. MARTÍNEZ-PINNA, *Tarquinio Prisco,* Madrid, Ediciones Clásicas, 1996.

[8] Según TITO LIVIO, I 36, el cambio se refería a las centurias y, para R. THOMSEN, *King Servius Tullius,* Copenhague, Syldendalske, 1980, págs. 190 ss.) se trata de una de las explicaciones parciales para poder llegar a las dieciocho que había en la época de la República. La denominación de las tres tribus, Ramnenses, Titienses y Lúceres, sería la base de las seis centurias de caballeros, con los mismos nombres, pero 3 de *seniores* y tres de *iuniores*. Sobre Ato Navio, DIONISIO, III 70-71.

[9] Para TITO LIVIO, I 39, Servio Tulio no podía, por su carácter regio, ser hijo de esclava. Por otro lado, no es hijo de Tarquinio, sino que se casa con su hija. En DIONISIO, III 65, 6, era «extranjero y carente de ciudadanía» y, aunque esclava en el momento de su nacimiento (IV 1), su madre era de familia regia. También existen versiones sobre un origen divino. La versión posterior de ZONARAS, VII 9, 1, se parece más a ésta que a la que él mismo recoge en el presente capítulo.

[10] Variantes, con la de Livio y Dionisio de Halicarnaso, de una corriente que atribuye origen latino a Servio Tulio. Frente a ésta, otra versión le atribuye origen etrusco, representada principalmente por el discurso pronunciado por Claudio en Lion en el año 48 (THOMSEN, cit., págs. 56 ss.), base de una de las versiones aceptadas por la investigación moderna *(Ibid.,* pág. 112), frente a la que acepta el origen latino (ver, por ejemplo, J. MARTÍNEZ-PINNA, «Tarquinio Prisco y Servio Tulio», *AEA* 55 [1982], 35-63).

[11] Según Dionisio, IV 3, tal integración fue iniciativa del pueblo romano (ver THOMSEN, págs. 10 y 17).

[12] Historia muy parecida en TITO LIVIO, I 41, donde, sin embargo, Servio empieza a reinar «sin mandato del pueblo, por voluntad de los padres» *(iniussu populi, voluntate patrum),* y en DIONISIO DE HALICARNASO, IV 4-7, donde, por otra parte, se afirma, en polémica contra Fabio Píctor y otros, que los niños no eran hijos, sino nietos, de Tarquinio.

[13] Sólo puede hallarse un paralelo relativamente próximo a este dato en el pago de las deudas de los deudores (DION. HAL., IV 10, 2). Ver THOMSEN, págs. 18 y 241.

[14] Forma de explicar la institución de los libertos.

[15] En TITO LIVIO, I 46, 1, la aparición está promovida por el joven Tarquinio. En cambio, en DIONISIO, IV 8-9, las relaciones sociales son las mismas, oposición de los patricios y búsqueda del apoyo de la plebe.

[16] Seguramente se trata de un error por una C, que indicaría el número cien. La versión puede ser del propio Zonaras, a quien se debería también la interpretación de que puede tratarse de la inicial de los romanos que sirve para explicar el error (CARY).

[17] Fundación del templo de Diana en el Aventino. LIVIO, I 45, 1-3, dice que se trataba de imitar el carácter unificador del templo de Diana en Éfeso. También hace consideraciones en el mismo sentido DIONISIO, IV 25-26. Para A. ALFÖLDY, *Early Rome and the Latins*, Ann Arbor, The University of Michigan, 1963, pág. 85, se trata posiblemente de un hecho remontado hacia la antigüedad para justificar la tradición de la superioridad romana sobre los latinos. En cualquier caso, desde luego, siempre tendría que ser en una fecha anterior a la *lex Acilia de Aventino publicando*, en que se entregaba a los plebeyos. THOMSEN, pág. 308, lo sitúa, sin embargo, en la Roma de los reyes, poco antes del año 500, y tiende por tanto a aceptar la tradición que lo atribuye a Servio Tulio.

[18] En TITO LIVIO, I 46, 7, la iniciativa provino de la mujer, también en DIONISIO, IV 28-30.

[19] Según LIVIO (I 47, 7), quienes lo apoyaban eran, sobre todo, los *patres minorum gentium*, promovidos por su padre al senado.

[20] En LIVIO, I 49, 8 ss., y DIONISIO, IV 45 ss., la colaboración de los latinos se encuadra dentro de unas relaciones más complejas en el conjunto de éstos y con los romanos. Que en Zonaras aparezcan los latinos todos juntos sin distinción, se interpreta por parte de ALFÖLDI, *Ibid.*, pág. 106, como otro ejemplo del tipo de trasposición temporal mencionado con relación al templo de Diana.

[21] Según DIONISIO (IV 56, 3), de este modo Tarquinio seguía el ejemplo de Trasibulo de Mileto cuando respondía a una pregunta de Periandro de Corinto sobre el modo de mantener su poder. Historia narrada por HERÓDOTO, V 92.

[22] CARY sigue a MACCHIORO para ver aquí una referencia al complot contra Turno Herdonio narrado por LIVIO, I 51, 3. BOISSEVAIN, sitúa el fragmento al final del libro II.

[23] La Sibila, de tradición griega, fue asumida desde muy pronto por los romanos, e incluida dentro de los signos de identidad de los primitivos habitantes del Lacio e integrada en la leyenda de los orígenes, a través de la sibila de Cumas, originada en tiempos de la colonización griega en la Península Itálica. La tradición aquí narrada de los libros sibilinos desempeñó un importante papel en la difusión y consolidación de la leyenda. Ésta se convirtió más tarde en un elemento básico para la elaboración del fundamento ideológico del sistema imperial y en la colocación de sus raíces en el pasado más remoto. Ver DIONISIO DE HALICARNASO, IV 62.

[24] En el *Dictionnaire des Antiquités*, se defiende la misma etimología, pero derivada de la función del monte como cabeza o punto princi-

pal de las primitivas comunidades. En cambio, en el *Dictionnaire étimologique* de Ernout y Meillet, tal etimología se considera no explicable. Sobre el templo de Júpiter, Juno y Minerva en el Capitolio, ver Dionisio, IV 59.

[25] Más detalles sobre el bastón en Livio, I 59, 9, y Dionisio, IV 69, 3.

[26] La palabra utilizada, *theōrós*, en principio, etimológicamente, significa «espectador», pero enseguida predomina el sentido técnico de embajador enviado con fines religiosos por los estados griegos para realizar alguna consulta a los oráculos.

[27] La tierra de Italia, según Dionisio, IV 69, 4.

[28] Según la versión de Dionisio de Halicarnaso, IV 66-67, Lucrecia va a Roma y lo cuenta a su padre en presencia de otras personas entre las que se encontraba Publio Valerio, y éste fue al campamento a contárselo a Colatino, que estaba en ese momento con Lucio Junio Bruto. En la versión de Livio, I 58, 5, Espurio Lucrecio acude al llamamiento de Lucrecia, en Colacia, acompañado por Publio Valerio, y Colatino, con Lucio Junio Bruto.

LIBRO III

Que las multitudes en general juzgan las cosas según 1 12
quienes las administran, y según como piensan que son a. 509 B. I, p. 35
éstos, tales también consideran que son aquéllas (M. 15, p. 140).

Pues todo el mundo prefiere lo no experimentado an- 2
tes que lo conocido, ya que pone una gran esperanza en lo imprevisto frente a lo ya odiado (M. 16, *ib.)*.

Pues todos los cambios son muy inciertos, pero prin- 3
cipalmente los que se refieren a los regímenes políticos provocan muchísimos y enormes daños contra los individuos tanto como contra las ciudades. Por ello los que po-

ZONARAS, VII

Así fue expulsado Tarquinio del poder tras haber ejercido la 1 12
tiranía durante veinticinco años, mientras los romanos se incli- a. 509 B. I, p. 35
naron en favor de Bruto y lo eligieron magistrado[1]. A fin de que la monarquía[2] no fuera una nueva forma de tiranía, votaron en favor de Tarquinio Colatino, el marido de la mencionada Lucrecia, para que la compartiera con él, pues era evidente su odio hacia los tiranos a causa de la violencia sufrida por su esposa. De parte de Tarquinio, con todo, llegaron a Roma embajadores

seen inteligencia consideran justo permanecer siempre en los mismos, aunque no sean los mejores, antes que andar cambiando de uno a otro (M. 17, *ibid.)*.

8 Que las voluntades y los deseos de cada uno van de
B. I, p. 36 acuerdo con sus avatares y, según les resulta la situación
presente, tales son también los pensamientos que conciben (M. 18, p. 141).

9 Que la práctica del poder no necesita sólo virtud, sino
también, principalmente, ciencia y mucho hábito. Pues sin
ello no es posible que nadie después de alcanzarlo conser-
10 ve la moderación. En efecto, muchos, elevados de modo
irrazonable a gran altura, no soportaron la elevación, sino que ellos mismos se precipitaron en su caída dominados por el espanto y acabaron con sus subordinados (M. 19, *ibid.)*.

11 De Dion en el libro III: «no sólo sucede por culpa de los mismos que reinan, sino también por los que ejercen el poder junto a ellos» (Bekk., *Anecd.*, p. 130, 23, y 164, 32).

4 En el libro III de Dion: «cuyo padre gobernó sobre vosotros de forma irreprochable» *(Ib.*, p. 120, 24).

5a En el libro III de Dion: «de que en efecto os ama, ningún testimonio mejor podíais obtener que el hecho de que pretende pasar la vida junto a vosotros».

Zonaras VII

que entablaron conversaciones a propósito de su regreso, pero como no llegaban a nada...

Algunos de éstos[3] eran próximos a Colatino, razón por la
B. I, p. 37 que Bruto se sentía también irritado. Desde aquel momento, ex-
citó al pueblo de tal forma contra él que por poco lo matan con sus propias manos. No lo hicieron, pero lo obligaron a abando-

Dion en libro III: «y atribuye gran importancia a la posibilidad de recuperar lo que le había pertenecido» (Bekk., *Anecd.*, p. 164, 28). 5b

Dion en libro III: «¿cómo podría ser ventajoso para nadie hacer esto?» (*Ibid.*, p. 155, 14). 6

Libro III de Dion: «como también Rómulo en su tiempo se nos impuso a nosotros» (*Ibid.*, p. 139, 29). 7

Acerca del futuro, a partir de lo que hicieron formaos vuestro juicio, pero no os dejéis engañar por lo que fingen al venir como suplicantes. Pues las acciones impías responden en cada uno a su verdadera intención: en cambio, lo que son combinaciones de hermosa apariencia cualquiera podría componerlas. Por ello tenéis que juzgar de acuerdo con lo que cada uno ha hecho, no de acuerdo con lo que dice que va a hacer (M. 20, p. 141). 10 B. I, p. 37

Las mujeres guardaron luto durante todo el año[4] (Bekk., *Anecd.*, p. 162, 26). I 13 B. I, p. 37

Que a Valerio, el que compartía la magistratura con Bruto, aunque fue el más popular de los hombres, sin embargo la multitud estuvo a punto de matarlo en acción directa, pues concibieron la sospecha de que deseaba obtener la monarquía. Y lo habrían asesinado, si no se hubiera adelantado rápidamente a darles satisfacción. En efecto, al entrar a la asamblea inclinó los haces, que antes llevaba erguidos, y les quitó de alrededor las hachas que los envolvían. Con este motivo, después de mostrar una ima- 2

ZONARAS, VII

nar el cargo. Eligieron en su lugar para compartir el gobierno a Publio Valerio que fue llamado Publícola. El epíteto quiere decir, traducido al griego, «preocupado por el pueblo», «muy democrático»[5].

gen de máxima humildad, tomó un aire extraordinariamente triste y lloró, y cuando tomó la palabra habló atemorizado, con voz baja y temblorosa[6] (M. 21, p. 141).

2a A Marco, al volver al Capitolio y al hacer las súplicas
B. I, p. 38 a los dioses a propósito de las circunstancias presentes... (Bekk., *Anecd.*, p. 162, 28).

3 Que Horacio, según el sorteo, consagró el templo de Zeus, aunque Valerio declaró que había muerto su hijo y había dispuesto que esto se anunciara en la misma celebración del sacrificio, a fin de que, a consecuencia del dolor, y porque además se consideraba impío celebrar una ceremonia sagrada en época de luto, se abstuviera de lle-
4 var a cabo la ceremonia. Desde luego, no desconfió de lo que se le decía (pues la noticia venía de parte de muchas personas y dignas de confianza), pero no se privó de las ceremonias, sino que, tras dar la orden de que dejaran el cuerpo de su hijo insepulto como si fuera ajeno, para que no pareciera que podía afectar a la ceremonia que le estaba encomendada, de este modo la llevó a término hasta el final de acuerdo con todos los requisitos[7] *** (V. 8, p. 577).

NOTAS

[1] Según LIVIO, I 60, 3, se eligieron en los comicios centuriados dos cónsules, Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino, y con ello se amplían las previsiones de Servio Tulio. En DIONISIO DE HALICARNASO, IV 84, 4, el propio Bruto es el autor de la propuesta de duplicar la magistratura. Para este mismo autor, V I, 1, la fecha es la de la Olimpiada LXVIII, al principio, que correspondía al año 507. La fecha en que pudo terminar la Monarquía y comenzar la República permanece todavía como objeto de debate, que afecta tanto a los datos transmitidos por las fuentes literarias como a la arqueología, y se involucra también la consideración de qué significado tiene el fenómeno de la monarquía etrusca y qué significa realmente el cambio institucional que conocemos como «orígenes de la República». Ver J. HEURGON, *Rome et le Méditerranée occidentale jusqu'aux guerres puniques*, París, P.U.F., 1969, págs. 261 ss.; F. DE MARTINO, «Intorno all'origine della repubblica romana e della magistratura», *ANRW*, I, 1 (1972), 217-249.

[2] En el sentido etimológico de poder de uno solo. Aquí se marca el significado que tenía para el romano de tiempos posteriores la existencia de un doble consulado como opuesto a la «monarquía». Es, por otra parte, dudoso que el doble consulado siguiera inmediatamente a la abolición de la realeza (ver DE MARTINO, *cit.*, pág. 221). En realidad, el título del magistrado supremo en ese momento es el de *praetor maximus* (ver J. HEURGON, «Magistratures romaines et magistratures étrusques», *Les Origines de la République romaine, Entretiens Fond. HARDT*, XIII, 1966, pág. 104). El título de *consul* estaría relacionado precisamente con la colegialidad, con la aparición del segundo magistrado y la sustitución del prefijo *prae-*, que indica preeminencia individual, por el prefijo *con-*, indicador de esa misma colegialidad (Íd., pág. 123).

[3] Conspiradores muertos por Bruto (CARY). Se trata de los que pretendían hacer volver a Tarquinio (DIONISIO, V 6), parientes de Colatino y de Bruto. Mientras éste castigó con la muerte a sus propios hijos, aquél trataba de salvar a sus parientes (*Ibid.*, V 8-9). En LIVIO, II 2, es Colatino mismo quien se hace peligroso de aspirar a la tiranía y lleva a Bruto a proponer su exilio y sustitución con Publio Valerio.

[4] Probable referencia a la muerte de Bruto (CARY). Según Livio (II 7, 4), lo hacían porque lo consideraban el vengador de su pudor violado.

[5] En lugar de esta etimología, alguna hipótesis reciente, propuesta por BENVENISTE y recogida por J. GAGE, *La chute des Tarquins et le début de la république romaine,* París, Payot, 1976, págs. 80-81, menciona a la juventud en edad de ser reclutada militarmente, lo que se explicaría por el papel militar de Publícola.

[6] PLUTARCO, *Publícola* 10, recoge una tradición según la cual, al verse criticado por el lujo, abatió su casa considerada como un símbolo demasiado ostentoso. En TITO LIVIO, II 7, también abatió los haces para hablar ante el pueblo. Ver GAGÉ, *La chute,* pág. 79.

[7] PLUTARCO, *Publícola* 14, narra con más detalle todas las vicisitudes unidas a las rivalidades que se encuentran detrás de este episodio, último en la consagración del templo, cuya iniciativa se adjudica a Tarquinio Prisco (Ver GAGÉ, *ibid.,* pág. 99 y n. 44).

LIBRO IV

En el libro IV de Dion: «Y obsequió a la joven[1] no só- 14
lo con armas como dicen algunos, sino también con un B. I, p. 40
caballo» (Bekk., *Anecd.*, p. 133, 8).

ZONARAS, VII

Después de eso, muchas veces intentaron los Tarquinios 12
apoderarse del reino, para lo que se aliaban con los pueblos limí- B. I, p. 40
trofes de los romanos, pero todos fueron aniquilados en sucesivas batallas, excepto el viejo, que se llamaba Soberbio, un

TZETZES, *Chil.* 6, 201-23.

Lars Porsenna, un etrusco, o Clara Porsenna, se desplazó B. I, p. 39
sobre Roma con un gran ejército[2]. Mucio, un noble soldado romano ataviado con las armas y la vestidura de los etruscos, fue entonces como espía a su territorio con la intención de matar a Porsenna. Como junto a éste estaba sentado el escriba, que se

Escolios a TZETZES, *Epist.*, p. 8 (PRESSEL)

El escriba de Porsenna se llamaba Clusino, según dice B. I, p. 39
Dion.

ZONARAS, VII

griego diría «hiperéfano». Luego él se fue a Cumas, en Opicia, y allí murió.

13 3 B. I, p. 40 Asignó a otros la administración de las riquezas, para que los que ejercían el consulado no tuvieran mayor poder por el hecho de ser responsables de las mismas. Éste fue el momento primero en que empezaron a existir los tesoreros. Los llamaban cuestores. Fueron los que se encargaron al principio de los juicios por asesinato, por lo que llevan este sobrenombre, a causa de la investigación[3] y de la búsqueda de la verdad a través de las investigaciones. Luego también se encargaron de la administración de los tesoros comunes y se llamaron tesoreros. Después de esto, se confiaron a otros los juzgados y aquéllos quedaron como administradores de las riquezas.

TZETZES, *Chil.* 6, 201-23

llamaba en la lengua de los etruscos Clusino, Mucio, que no estaba seguro de quién podría ser el rey, mató a Clusino en lugar del rey. Una vez apresado, al preguntarle Porsenna: «¿Por qué has hecho esto? ¿Qué te había pasado por su culpa?». «No soy etrusco», exclamó, «sino romano, y otros trescientos de la misma opinión que yo te persiguen ahora para matarte». Lo que había dicho era falso, pero con la mano derecha[4] puesta sobre el fuego como si fuera otro el que lo padecía, miraba a Porsenna. Cuando éste dijo: «¿Qué buscas mirando hacia nosotros fijamente?», contestó: «¿Cómo es posible que haya errado y que en vez de acabar contigo, haya matado en tu lugar a quien creí que era Porsenna?». Al decirle Porsenna: «¿Ahora llegarás a ser mi amigo?», Mucio le respondió: «Si lo eres tú de los romanos». Porsenna, después de volverse un gran admirador de este hombre por su virtud, se hizo amigo de los romanos y puso fin a las acciones de guerra[5].

En el libro IV de Dion: «En general, eran muchas las 15b
cosas que los diferenciaban entre sí[6], pero además institu- B. I, p. 40
yeron denominaciones diferentes» (Bekk., *Anecd.*, p. 133, 16).

De libro IV de Dion: «Sin embargo descendieron al 15a
ataque sobre el territorio romano» *(Ibid.*, p. 152, 3). B. I, p. 41

En el libro IV de Dion: «Todo hasta la muralla lo destrozaron» *(Ibid.*, p. 152, 1).

Que el secreto de las deliberaciones y la oportunidad 16
de las acciones, el deliberar por uno mismo, no tener nin- B. I, p. 42
guna posibilidad de delegar en nadie y asumir responsa-

ZONARAS, VII

Los sabinos, como encontraron también en esto un motivo 8 a. 504
para la guerra, con un gran ejército se lanzaron sobre Roma. Pu- B. I, p. 41
blícola condujo a los romanos contra ellos y ejerció el mando militar de tal modo que, prácticamente, los destruyó a todos.

Sin embargo los sabinos, a causa de la irritación que tenían 9
por lo que les había pasado no estuvieron quietos ni siquiera du- a. 503
rante el invierno, sino que se lanzaron sobre el territorio romano y acecharon a Postumio cuando era cónsul por segunda vez. Y lo habrían cogido con todas las fuerzas reunidas si no hubiera venido en su ayuda Menenio Agripa, su colega. Cayeron sobre ellos y mataron a muchos hombres, de modo que los demás se echa-
ban atrás. Después de eso, en el consulado de Espurio Casio y 10
Opiturio Virginio, hicieron un pacto con los sabinos. Tras apo- a. 502
derarse de la ciudad de Camerio, aunque mataron a la mayoría, a los restantes, tras cogerlos prisioneros, los vendieron y devastaron la ciudad.

Postumio Cominio y Tito Larcio capturaron algunos escla- 11
vos que estaban organizando una conjuración para tomar el Ca- a. 501
pitolio y los eliminaron[7]. Servio Sulpicio y Marco Tulio descu- B. I, p. 41

bilidad de los sucesos en cada caso, constituye un importante factor para mantenerse en la posición adecuada (M. 22, p. 142).

ZONARAS, VII

brieron por su parte otra conjuración de esclavos y de algu-
a. 500 nos otros compinchados con ellos, que les había sido denunciada por algunos de los que participaban en la conspiración. Tras rodearlos por todas partes los golpearon hasta la muerte. A los denunciantes, entre otras cosas, les concedieron la ciudadanía.

12 Cuando se inició de nuevo una guerra contra Roma por par-
B. I, p. 42 te de los latinos, las masas no querían tomar las armas, pues ponían la condición de que hubiera una abolición de deudas. Por esto, los poderosos instituyeron entonces por primera vez una magistratura nueva que afectaba a unos y a otros. Quien era reputado como digno de ella, recibía el nombre de dictador y tenía en todo el mismo poder que los reyes[8]. Pues odiaban el nombre de «rey» por culpa de los Tarquinios, pero como deseaban disfrutar del aspecto positivo de la monarquía, ya que es mucho más fuerte para las situaciones de guerra y de luchas internas, se
13 inclinaron por ella, pero con otro nombre. En efecto, según se ha dicho, la dictadura era, por lo menos en su contenido, equivalente al poder real, excepto en que el dictador no podía subir a caballo si no iba a salir en campaña, ni le era posible gastar nada del erario público si no se había votado expresamente. Podía, en cambio, juzgar y condenar a muerte tanto en la ciudad como en las campañas militares y no sólo a los del pueblo, sino también a los équites y hasta a los miembros del senado, y nadie tenía fuerza para reclamar contra él ni para ejecutar en sentido
14 contrario, ni había juicio de apelación de su parte. Tal cargo de la dictadura no se prolongaba más de seis meses, para que ninguno de ellos, al pasar el tiempo en un poder de tal magnitud y con una autoridad sin límites, se sintiera demasiado altivo y de-

Se enzarzaron en conflictos intestinos: la causa era 1 17
que los ricos querían dominar totalmente a los más pobres a. 495 B. I, p. 43
como si reinaran sobre ellos, mientras los más pobres no querían ceder a la servidumbre lo más mínimo, pues creían que eran iguales ante la ley; unos, que buscaban incansablemente la libertad, trataban incluso de explotar las haciendas de aquéllos; los otros, anhelantes de un poder desmesurado, trataban de explotar incluso los cuerpos
de éstos. Así, al haber roto aquello en lo que estaban de 2
acuerdo antes, cuando se proporcionaban ayuda mutua, ya no distinguían lo propio de lo extraño, sino que, como ambos rehuían la moderación, unos ponían en el

ZONARAS, VII

seara la monarquía. Fue lo que le pasó en última instancia a Julio César, cuando lo consideraron digno de ser dictador más de lo que permitían las normas establecidas.

Entonces, cuando era dictador Larcio[9], el pueblo no sólo 1 14
tuvo intenciones revolucionarias, sino que incluso llegó a coger a. 495 B. I, p. 43
las armas. Mientras los latinos seguían quietos, respetando las alianzas, los prestamistas trataban a los deudores con la mayor dureza[10], y el pueblo de nuevo se levantó por esto, hasta el punto de acudir en rebelión al senado. Todos habrían podido morir en él por la acción de los que se venían encima, si alguien no hubiera anunciado que los volscos ya habían invadido el territorio. Ante esta noticia el pueblo se apaciguó, no por haber adoptado una actitud moderada hacia el senado, sino porque pensaban que no tardaría en ser destruido por los enemigos. Por ello, 2
ni pusieron una guardia en la muralla ni proporcionaron ningu- B. I, p. 44
na ayuda hasta que Servilio eximió a los que estaban sometidos a una acción judicial como deudores, votó la exención de im-

punto alto de su estima el orden, los otros el no caer voluntariamente en la esclavitud. Pero ninguno de los dos consiguió nada, y cometieron los unos contra los otros muchas acciones absurdas para protegerse o para atacar,
3 de modo que fueron los hombres que más conflictos tuvieron entre sí, excepto en los momentos de gran peligro, que a causa de las constantes guerras tuvieron que sufrir con muchísima frecuencia. De ahí que muchos gobernantes iniciaran campañas frecuentemente, incluso a propósito. Por haber empezado así, muchas más desgracias sufrió un bando por culpa del otro que por culpa de los pueblos vecinos. Yo, acerca de ellos, me atrevo a conjeturar que no había modo de que pudieran verse privados del poder o del imperio más que si se destruyeran entre sí (M. 23, p. 142).

4 Pues por lo demás, soportaban con dificultad que los
B. I, p. 44 senadores no pensaban de la misma manera cuando necesitaban algo de ellos y una vez que lo obtenían, sino que en el peligro les hacían muchas promesas de todo tipo,

ZONARAS, VII

puestos mientras estuvieran en campaña y prometió aliviar el peso de las deudas. Entonces, gracias a eso, se lanzaron contra los enemigos y obtuvieron la victoria. Pero, como no fueron aliviados del peso de las deudas ni, por lo demás, obtuvieron ningún trato favorable, comenzaron de nuevo la agitación y la rebelión y se enfrentaron al senado y a los pretores.

3 Cuando sobrevino de nuevo la guerra, los pretores decreta-
a. 494 ron la abolición de las deudas, pero hubo otros que se opusie-
B. I, pág. 44 ron. Por ello fue nombrado dictador Marco Valerio, nacido en la familia de Publícola, amado por la plebe. En consecuencia, se le unieron tantos y con tanto entusiasmo, cuando les prometió

pero, cuando estaban a salvo, ya no cumplían nada, ni en lo más mínimo (M. 24, p. 143).

En efecto para que, al no combatir de modo unitario, 5
sino luchar cada uno por separado en defensa de su casa, B. I, p. 44
fueran más fáciles de someter, dividieron el ejército (M. 25, p. 143).

Que el pueblo, en el momento en que volvió a su vida 6
privada el dictador Valerio, entró en conflicto de la manera más violenta, hasta el punto de tener que renovarse el sistema político. En efecto, los que estaban en situación de superioridad, partidarios del mayor rigor en lo que a las deudas se refiere y sin ceder en nada, fracasaron en eso y se vieron privados de otras muchas cosas. Desde luego, no se dieron cuenta de que la pobreza excesiva es

ZONARAS, VII

concederles favores, que venció a los sabinos y a sus aliados, los
volscos y los ecuos. Por esto el pueblo votó ciertos honores en 4
favor de Valerio y, además, le concedió el sobrenombre de Máximo[11]. El nombre, traducido, significa «el más grande». Como quería mostrarse grato con el pueblo, mantuvo muchas discusiones con el senado, sin conseguir convencerlo. Por ello, después de lanzarse con ira fuera del lugar de reunión y de pronunciar un discurso ante el pueblo contra el senado, renunció al mando.

El pueblo estaba todavía más dispuesto a la rebelión. Pues 5
los acreedores, que se mantenían firmes en relación con las B. I, p. 44
deudas y no concedían nada en favor de los deudores, fracasaron en su rigor y experimentaron otras muchas pérdidas. Así, la
pobreza, y la irreflexión procedente de ella, constituyen un mal 6
tendente a la violencia, pero si además alcanza a la plebe, es B. I, p. 45
también muy difícil de combatir. Causa de muchísimos daños fue para los romanos la inflexibilidad que entonces mostraron

el más violento de los males y que la desesperación engendrada por ella, en general, pero sobre todo cuando se apode-
7 ra de la multitud, es muy difícil de combatir. Por este moti-
B. I, p. 45 vo, muchos de los que se dedican a la política optan voluntariamente por la conveniencia antes que por la justicia rigurosa, ya que ésta en ocasiones se ve vencida por la naturaleza humana y en ocasiones desaparece totalmente, mientras que la conveniencia, aun quebrantando la justicia en una pequeña parte, la garantiza casi íntegramente. En efecto, para los romanos fue causa de muchísimas desgracias la inflexibilidad del más poderoso hacia los más débi-
8 les. Desde luego, se habían tomado muchas otras medidas contra los morosos, por ejemplo, en el caso de que a alguien le hubiera prestado más de una persona, tenían derecho a distribuirse su cuerpo en trozos según la cantidad que les debía. Si bien esto se había convertido realmente en ley, nunca se había llevado a cabo en la práctica, pues, ¿cómo iban a poder llegar hasta tal grado de crueldad quienes dejaban muchas veces escapar a los que eran cogidos en algún delito para que se salvaran y, a los que eran arrojados de las rocas del Capitolio, si sobrevivían, los dejaban en paz? (M. 26, p. 143).

Zonaras, VII

los más poderosos hacia los más necesitados. En efecto, como en las campañas militares la tropa se sintió oprimida y a menudo, después de haber concebido grandes esperanzas, se había visto claramente defraudada, pero, además, los deudores se vieron atropellados y ultrajados por parte de los acreedores, hasta tal punto llegó su irritación que gran parte de los pobres abandonaron la ciudad, se retiraron del campamento y arrasaban el territorio para conseguir sus provisiones como si fueran enemigos.

Los que tenían deudas ocuparon una colina y, tras po- 9
ner al frente a un tal Gayo, se dedicaron a buscar provi- B. I, p. 45
siones como si se tratara de territorio enemigo. Con esto
mostraron que las leyes eran más débiles que las armas y
la justicia más débil que su irreflexión. Los senadores, an-
te la posibilidad de que pudieran llegar a un grado aún
mayor de hostilidad y de que los vecinos pudieran sumár-
seles aprovechando las circunstancias presentes, les ofre-
cieron todo lo que esperaban que fuera de su agrado.
Aunque al principio se envalentonaron, de manera sor- 10
prendente terminaron apaciguándose. En efecto, cuando B. I, p. 46
gritaban desordenadamente, Agripa[12], uno de los embaja-
dores, esperó la oportunidad de hacerles escuchar un
cuento y, cuando la encontró, les dijo que, una vez, frente
al estómago se habían rebelado los demás miembros del
hombre, pues decían que ellos trabajaban y se fatigaban
sin comer ni beber pero tenían que servirle todo a él, mien-

ZONARAS, VII

Llegados a esta situación, como muchos corrieron a unirse a 7
los rebeldes, los senadores, ante la posibilidad de que se llegara B. I, p. 46
a un grado aún mayor de hostilidad y de que se sumaran los ve-
cinos a la rebelión, les enviaron un mensajero para prometerles
que harían lo que pudiera responder a sus aspiraciones. Cuando
más encolerizados estaban y se negaban a admitir ningún razo-
namiento, uno de los embajadores, Menenio Agripa, les pidió
que escucharan un cuento y, cuando le atendieron, contó que 8
todas las partes del cuerpo se habían rebelado contra el estóma-
go, y los ojos dijeron: «nosotros hacemos a las manos aptas para
el trabajo y a los pies aptos para andar». La lengua y los labios
dijeron: «por nosotros se anuncian las decisiones del corazón».
Los oídos: «por nosotros se transmiten a la mente los discursos
de los demás»; las manos: «al ser las que trabajamos, nosotras

tras que éste no tenía trabajo y era el único que se llenaba
11 de comida. Por fin votaron que ya nunca ni las manos se
B. I, p. 47 llevarían nada a la boca ni ésta lo recibiría, de modo que el estómago llegaría a encontrarse totalmente falto de comida y de bebida, y así perecería. Una vez que lo decidieron y se puso en práctica, en primer lugar el cuerpo entero adelgazó, y luego se debilitó y se agotó. Entonces sus miembros, al encontrarse en situación tan miserable, reconocieron que en él estaba también la propia salvación y le restituyeron el sustento.

ZONARAS, VII

proporcionamos los recursos»; y los pies por su parte, «como nosotros somos los que llevamos el cuerpo, nos fatigamos tanto en los viajes como en las labores y en los momentos de reposo». «Mientras nosotros trabajamos así, tú, que eres el único inútil y ocioso, recibes los servicios de todos nosotros como un señor y eres tú quien disfruta de lo que te proporciona el esfuerzo de to-
9 dos nosotros». El estómago estuvo de acuerdo también él en que esto era así y dijo: «Si os parece bien dejadme sin provisiones y no me proporcionéis nada». Así, se decidió y se votó por parte de los miembros en común que en adelante no se proporcionaría nada al estómago. Pero, al no proporcionársele ningún alimento, ni las manos estaban ágiles para el trabajo al haberse debilitado, a causa de la falta de alimento del estómago, ni los pies estaban fuertes, ni ningún otro miembro proporcionaba la energía adecuada de manera normal, sino que todos estaban inactivos, lentos o, por fin, inmóviles. Entonces, comprendieron que lo que se da al estómago no sólo se le da específicamente a él, sino que se lo proporcionan a ellos mismos y cada uno saca provecho de lo que se le adjudica.

10 Con estos razonamientos, la plebe comprendió que las pro-
B. I, p. 47 piedades de los ricos también sirven de utilidad a los pobres y, aunque saquen provecho de las deudas y aumenten sus propie-

La plebe, al oír esto, comprendió que los excedentes de los ricos sirven para el sostén de los pobres, por lo que se hicieron más dóciles y se reconciliaron al recibir un aplazamiento de los préstamos y de las acciones contra las deudas. Así se votó esto en el senado[13] (M. 27, p. 144). 12

Y pareció que no era ajeno a la naturaleza humana, e 14
igualmente también a muchos otros, a unos voluntaria y a B. I, p. 48
otros involuntariamente... (M. 28, p. 145).

Que cuando muchos, que se encuentran en una misma situación, buscan su provecho en el uso de la violencia, de momento se fortalecen por medio de algún tipo de acuer-

ZONARAS, VII

dades, esto no sucede sólo para daño de la multitud, porque, si ni siquiera los ricos las tuvieran, tampoco los pobres en las ocasiones en que se vieran agobiados tendrían a quienes les prestaran y perecerían ante la presión de la necesidad. Entonces se hicieron más dóciles y se reconciliaron, al haber votado el senado en favor de ellos el aligeramiento de las deudas y el aplazamiento de las acciones ejecutivas.

Por miedo a que, al dispersarse su asociación, o no se cum- 1 15
plieran los pactos, o se vieran perjudicados nada más disolverse, B. I, p. 47
y cada uno fuera castigado con un pretexto diferente si lo detenían, acordaron ayudarse mutuamente, si alguien era víctima de cualquier tipo de injusticia, y con este motivo hicieron juramentos. Al instante seleccionaron de entre ellos a dos presidentes, y luego incluso más, hasta tener cada distrito[14] sus defensores y
sus vengadores. Esto no lo hicieron una sola vez, sino que, una 2
vez creada, hasta tal punto avanzó esta institución, que cada B. I, p. 48
año, como si fuera una magistratura, nombraban a sus representantes, llamados, en la lengua de los latinos, tribunos (pues así se llaman los quiliarcos)[15], denominados demarcos en la lengua griega[16]. Para definir la denominación de los tribunos, a los an-

do adecuado, pero en el momento de disolverse cada uno con un pretexto diferente resulta reo de la justicia (M. 29, p. 146).

15 A causa de la diferencia que existe por naturaleza en
B. I, p. 49 la mayoría de las cosas entre los que comparten la autoridad (es difícil que muchos, sobre todo cuando están en el

ZONARAS, VII

teriores se les añadió la determinación «de los soldados», a los
3 otros «de la plebe». En realidad, estos tribunos de la plebe o demarcos han llegado a ser los causantes de grandes males en Roma. No tuvieron, efectivamente, de manera inmediata el título de magistrados, pero obtuvieron fuerza por encima de todos los demás, defendían a todo el que lo necesitaba y a todo el que acudía a ellos lo protegían, no de los particulares solamente, sino también de los mismos magistrados, salvo de los dictadores. A cualquiera que apelase a ellos aunque estuvieran ausentes tenía que salvarlo quien lo estuviera reteniendo, o bien era llevado ante la plebe, o quedaba libre.
4 Pero incluso si en alguna circunstancia estaban seguros de que no podía pasar nada, pondrían impedimentos, tanto si el que lo hacia era un ciudadano privado como si era un magistrado. Si el pueblo o el senado iban a hacer o a votar algo, pero un demarco se oponía, quedaba sin efecto tanto la acción como la votación. Según pasaba el tiempo, fueron encargados, o se encargaban ellos mismos, de convocar al senado, castigar al que no obedeciera, consultar al oráculo y emitir juicio. Y lo que a ellos no les estaba permitido hacer, lo arreglaban a partir de su implacable oposición a todo
5 lo hecho por otros. Pues incluso promulgaban leyes para que todo el que se opusiera a ellos de hecho o de palabra, fuera ciudadano privado o magistrado, se hiciera sacro[17] e incurriera en profanación. Ser sacro significaba quedar aniquilado. En efecto, así se llamaba todo lo que, como una ofrenda, era consagrado en una inmolación. A los mismos tribunos la plebe los llamaron

poder, permanezcan de acuerdo entre sí), toda su fuerza se dispersaba y se disgregaba. Pues nada de lo que decidían tenía validez en cuanto uno de ellos se oponía. En efecto, como habían recibido el cargo no para algo positivo sino para oponerse a los que ejercían la violencia sobre alguien,

ZONARAS, VII

sacrosantos, como si tuvieran a modo de muros sagrados para servir de baluarte a favor de quienes apelaban a ellos. Pues sacros entre los romanos son los muros y santo lo bendito[18]. Evi- 6
dentemente, hicieron muchas cosas absurdas, pues mandaban a B. I, p. 49
la cárcel a los cónsules y a algunos los mataban sin que ni siquiera pudieran gozar del derecho de defensa oral. Y nadie se atrevía a oponérseles, ya que, en caso contrario, se convertía en sacro. Sin embargo, los que no eran condenados con la participación de todos los tribunos, podían llamar en su ayuda a los que no estaban de acuerdo, y así iban a juicio o ante aquellos mismos o ante cierto número de jueces, o ante la plebe, y se atenían al veredicto emitido. Andando el tiempo, los tribunos 7
llegaron a ser hasta diez[19] por lo que fueron perdiendo la mayor parte de su fuerza. En efecto, ya por naturaleza, pero más por envidia, los que mandan juntos entran en competencia entre sí y es difícil que estén de acuerdo muchos, sobre todo cuando están en el poder. Pero también los demás, cuando se pusieron a maquinar la forma de dispersar violentamente su poder, para que, al dividirse las opiniones, quedaran más debilitadas, provocaron la lucha interna e hicieron que se alinearan en bandos distintos. Con que uno solo de ellos se opusiera, dejaba sin efecto las decisiones de los demás. Ahora bien, primero no entraban en el 8
senado, pero se sentaban a la puerta y vigilaban lo que se hacía, de modo que, en cuanto algo no les gustaba, al instante se oponían. Luego incluso los llamaban dentro. Más tarde sin embargo llegaron a disfrutar de la dignidad senatorial los que habían sido tribunos y finalmente algunos de los senadores también con-

llegó a ser más fuerte el que se oponía a que se hiciera algo que los que se esforzaban en hacerlo (M. 30, p. 146).

ZONARAS, VII

sideraron oportuno desempeñar ellos el tribunado, siempre que
no se tratara de alguien que fuera patricio, pues la muchedum-
9 bre no admitía a los patricios. Pues, al haber elegido a los tribu-
B. I, p. 50 nos en contra de los patricios y haberlos impulsado hasta adqui-
rir una fuerza tan grande, temían que la emplearan en sentido
opuesto en contra de ellos. Pero, en el caso de que alguno renun-
ciara a la dignidad de su linaje y se orientara en el sentido de la
opinión de la plebe, con gusto lo acogían. Así, fueron abundantes
los patricios de raigambre que, por el deseo de tener un gran po-
der, renunciaron a su nobleza y se hicieron tribunos.

10 Así se creó entonces el poder de los tribunos, a los cuales se
B. I, p. 50 añadieron también dos ediles, con la intención de que fueran sus
auxiliares en el registro. Así, al tener que conservar todo lo escri-
to relacionado con la plebe, con el pueblo y con el senado, vigi-
laban para que no se les escapara nada de lo que se hacía. En la
época antigua eran elegidos para esto y para juzgar, pero luego,
entre otros asuntos, se encargaban además del mercado de víve-
res, por lo que también se llamaron «agoránomos» entre los que
hablan griego[20].

NOTAS

[1] Clelia, la que habría animado a los rehenes de Tarquinio a escapar y volver a la ciudad (DIONISIO, V 33, 1).

[2] Algunos autores, desde PALLOTINO, encuadran al personaje de Porsenna dentro del prototipo del rey tirano, frecuente en la historia primitiva de Roma. Su retrato se compara a veces con el de Servio Tulio o Tarquinio el Soberbio: «reinos» temporales de aventureros favorecidos por la época de turbaciones sociales y económicas. Ver A. LINTOTT, *Violence Civil Strife and Revolution in the Classical City, 750-330 B.C.,* Londres, Croom Helm, 1982, págs. 70 ss.; y M. GRAS, *Trafics tyrrhéniens archaïques,* Roma, Ecole Française, 1985, pág. 459.

[3] *Quaestor,* de *quaero,* «buscar», «investigar».

[4] Motivo por el que, según la tradición, lo conocían como *Scaevola,* «zurdo».

[5] Todo apunta a pensar que mantuvo buenas y duraderas relaciones con la joven república (ver, ALFÖLDY, *Early Rome,* pág. 75). Según PLUTARCO, *Publícola* 19, 10, le erigieron una estatua de bronce junto a la curia. En las fuentes aparece como rey de Clusio (DIONISIO DE HALICARNASO, V 34), pero es posible que estuviera al frente de algún tipo de Liga de ciudades etruscas (ver LIVIO, II 14, 1-4).

[6] ¿Entre cónsules y cuestores? (CARY).

[7] Para F. DE MARTINO, *Storia della costituzione romana,* I, Nápoles, Jouvene, 1958, pág. 47, se trataría probablemente de anticipaciones, pues no es posible contar en tiempos tan tempranos con una sociedad en que el papel de la producción esclavista fuera tal que permitiera la existencia de revueltas de esclavos.

[8] Según algunos autores, fue la dictadura, y no el consulado, la magistratura que originariamente sustituyó a la monarquía. Ver un resu-

men en J.-C. RICHARD, *Les origines de la plèbe romaine. Essai sur la formation du dualisme patricio-plébéien,* Roma, École Française, 1978, págs. 446 ss.

[9] Nombre que se considera como prueba de que, en los primeros años de la República, había familias etruscas que desempeñaban importantes magistraturas. Ver RICHARD, *Origines,* pág. 332.

[10] El problema de las deudas, planteado aquí con los parámetros de la República avanzada, debía de responder en estos tiempos a las condiciones en que se desenvolvían instituciones como el *nexum,* o vínculo creado entre un deudor y un acreedor conocido como esclavitud por deudas. Sin embargo, en esa época del desarrollo histórico de las formas de dependencia debía de responder, igual que en el caso ateniense, según el análisis de M. FINLEY («La esclavitud por deudas y el problema de la esclavitud», en *La Grecia antigua. Economía y sociedad,* Barcelona, Crítica, 1984, págs. 169-188), a un modo de creación de dependencia preesclavista, sobre la base de algún tipo de coacción que puede identificarse con el préstamo. La cesión de beneficios por parte de los poderosos crea deberes entre los débiles equiparables, en las perspectivas, posteriores, a la esclavitud. Ver también A. MOMIGLIANO, «Osservazioni sulla distinzione fra patrizi e plebei», *Entretiens sur l'Antiquité Classique. XIII. Les Origines de la République Romaine,* págs. 201-202.

[11] Con respecto a los acontecimientos de este año, la tradición se divide, en el momento de atribuir los mayores méritos, entre Valerio Máximo y Menenio Agripa. Ver RICHARD, *Origines,* pág. 542, n. 344.

[12] TITO LIVIO (II 32, 8) atribuye a sus orígenes plebeyos su papel como mediador. Sin embargo RICHARD, *Origines,* pág. 522, n. 279, duda en incluirlo en la lista de nombres de plebeyos *conscripti* de los primeros años de la República que desempeñaron magistraturas. Hay otros datos que hacen pensar en una familia originariamente patricia.

[13] Texto en que se indica el origen fundamentalmente económico de los conflictos romanos del siglo v. Es posible que, simultáneamente, otro tipo de enfrentamiento, de carácter fundamentalmente político, se esté configurando y que la conjunción de ambos y las mutuas influencias sirvan para dar complejidad a aquello que se conoce sobre el problema de los patricios y plebeyos. Entre la abundante bibliografía, el trabajo de T. J. CORNELL, en *Tria Corda. Scritti in onore di Arnaldo Momigliano, a cura di E. Gabba,* Como, New Press, 1983, págs. 101 ss., resume las posturas y ofrece bibliografía de interés hasta la fecha. Ver, recientemente, L. HAVAJ, «Fable and Historical Concept in Ancient Times», *Ant. Ac.,* 32 (1989), 63-73, sobre la utilidad de la ideología de

la concordia en época de Augusto. Se trata de un episodio que despierta toda clase de suspicacias, no sólo por la fábula misma y su capacidad de convicción, sino porque no parece probable que ya en 494 se llegara a ningún acuerdo entre los órdenes. De todos modos, los historiadores consideran que podría precisarse algún núcleo real en que se fundamentara la elaboración más compleja del episodio. Ver LIVIO, II 8-12.

[14] En griego, *symmoría,* distrito fiscal de la Atenas clásica. En Roma se suele referir a la *classis* de Servio Tulio, que posee un carácter similar, pero es una correspondencia que no suele aceptarse (ver RICHARD, *Origines,* pág. 552).

[15] Literalmente, jefes de mil soldados, término usado por los griegos para referirse a los *tribuni militum* y por ello trasladado a la nueva institución de los tribunos de la plebe.

[16] Demarco viene a ser «jefe del pueblo», pero el demarco ático se refiere más bien al representante del distrito en la acepción territorial, más primitiva, del término *dêmos.*

[17] Latín *sacer.* El castigo primitivo, de carácter religioso, para crímenes contra la comunidad de los romanos, consistía en la *sacratio,* por la que el condenado se convertía en *homo sacer,* lo que lo llevaba a la muerte ejecutada con los rituales propios de los sacrificios humanos. Se acompañaba normalmente de la *consecratio,* o consagración de la fortuna a las divinidades infernales. Ver C. LECRIVAIN, en *D.A.,* s.v. *poena,* IV, 1, pág. 537.

[18] CARY, *ad. l.,* pág. 129, atribuye esta última observación a Zonaras, que puede no haber comprendido bien el comentario de Dion sobre el carácter sacro de los muros entre los romanos.

[19] El número de los tribunos de la plebe, sus alteraciones y cronología, sigue constituyendo un tema sujeto a debate. Zonaras mismo (VII 15, 17) sitúa en 471 la ampliación hasta diez. Más oscuro es el fragmento 22, 1 (B. I p. 61) del propio Dion Casio. Para LIVIO (II 58, 1), el año 471 corresponde a la fecha de ampliación de dos a cinco, mientras que el número diez se sitúa en 457 (III 30). Sólo entonces se eligirían por *classes* (RICHARD, *Origines,* pág. 553).

[20] Los ediles de la plebe *(aediles plebis)* se originaron al mismo tiempo que los tribunos, encargados, dice Pomponio, de la conservación de los edificios en que se reunían los plebeyos (G. HUMBERT, *D.A.,* I, 1, pág. 95). En cualquier caso, sí parece secundaria la función relativa a la vigilancia de los mercados. Por otra parte, podría admitirse que el *aedes* al que en principio se hace alusión es el templo de Ceres (RICHARD, *Origines,* pág. 582).

LIBRO V

Dion en el libro V: «Con esto lo honró»[1] (Bekk., 15 d
Anecd., p. 175, 19). B. I, p. 65

ZONARAS, VII

1 16 Así se apaciguó entonces el primer conflicto entre los romanos. Por otra parte, aunque muchos vecinos, aprovechando la situación, se habían puesto en movimiento contra ellos, después del acuerdo, una vez que se hubieron reconciliado, llevaron con energía las guerras que aquéllos promovían y los vencieron a todos. También en la misma época, cuando ponían sitio a Coriolos, estuvieron a punto de ser expulsados del campamento, si no llega a ser porque Gneo Marcio, hombre patricio rechazó a los que atacaban con su noble comportamiento. Por esto él adquirió gran prestigio y fue llamado Coriolano, por el pueblo al que había rechazado. (B. I, p. 51; a. 493)

TZETZES, *Chil.* 6, 532-42

535 Cuando los romanos hacían la guerra a la ciudad de Coriolano[2], mientras todos se dieron a la fuga apresuradamente, él en cambio se dirigió en solitario hacia la ciudad enemiga, la encontró abierta y la incendió. Luego, mientras las llamas se alzaban sobrecogedoramente, subió a su caballo y se precipitó con gran (a. 493; B. I, p. 51)

18 2 B. I, p. 52 Pues no es muy fácil ni que alguien sea fuerte en cualquier circunstancia, ni que en cada una de las ocasiones, en la guerra y en la paz, mantenga sus cualidades. Pues los que son fuertes de cuerpo se comportan, en líneas generales, de modo irreflexivo y las cosas que se deben al

Zonaras, VII

2 a. 491 B. I, p. 52 De este modo fue objeto de alabanza, pero no mucho tiempo después, cuando intentó ser pretor y no lo consiguió, se enojó con la multitud y comenzó a atacar a los tribunos. Por su parte los tribunos, a los que estaba empeñado en eliminar, consiguieron presentar juntos algunas acusaciones contra él, con lo que le imputaron el cargo de tiranía y lo echaron de Roma. Al verse expulsado, inmediatamente se pasó al lado de los volscos[3].

3 B. I, p. 54 Los primeros y los que ocupaban los cargos públicos se alegraron con ello y de nuevo se dispusieron para la guerra, para lo que Atio Tulio los animaba a todos. La multitud, en cambio, estaba desanimada. Entonces, los poderosos, como no eran capaces

Tzetzes, *Chil.* 6, 532-42

violencia por detrás de los bárbaros, que estaban persiguiendo de manera implacable a los romanos. Cuando se volvieron y vieron que el fuego devoraba la ciudad, creyendo que había sido saqueada, huyeron en dirección contraria. Por haber salvado a los romanos después de devastar también la ciudad, la cual hemos dicho que se llamaba Coriolano, además de sus nombres anteriores Marco y Gneo, recibió también el epíteto de Coriolano como trofeo. Sin embargo, tal como suele hacer la envidia con los benefactores, poco después, en medio de sus reflexiones, le pusieron una multa. Pero él, completamente cegado por la más fuerte irritación, tras abandonar a su mujer, a su madre y a su patria, marchó a la tierra de los coriolos y allí lo acogieron. Por supuesto, también ellos se alinearon en contra de los romanos.

azar no suceden en todas las circunstancias. Así, ensalzado en un primer momento por los ciudadanos, no mucho después fue expulsado por ellos y, tras haber sometido la ciudad de los volscos a su patria, más tarde con la ayuda de aquéllos llevó a la suya propia a toda clase de peligros (M. 31, p. 146).

Que él, que quería ser pretor y no lo designaron, se 3
enemistó con la multitud y, por este motivo, y también a. 491
porque sentía el peso del enorme poder de los tribunos, empleó ante ellos una libertad de palabra mayor que otros semejantes a él por sus hazañas. En el momento en que 4
apareció una fuerte hambruna y la ciudad de Norba quiso B. I, p. 53
recibir una colonia, la plebe acusó por ambas cuestiones a los patricios, pensando que por su causa se veían privados del alimento y que eran entregados con engaño a manos de los enemigos, con la clara intención de que fueran asesinados. Pues cada vez que unos caen bajo las sospechas de

Zonaras, VII

de convencerlos para tomar las armas, ni con exhortaciones ni
con amenazas, maquinaron lo siguiente: cuando los romanos ce- 4
lebraban una carrera y entre otros vecinos suyos acudieron también al espectáculo los volscos en masa, Tulio convenció a los pretores romanos, aparentando buenas intenciones, para que vigilaran a los volscos, que estaban preparados para caer sobre ellos de modo inesperado en medio de la carrera. Los pretores, tras comunicar a los demás la denuncia, proclamaron por medio de un heraldo la expulsión de todos los volscos antes del certa-
men. Éstos, indignados por haber sido, entre todos, los únicos ex- 5
pulsados, se prepararon para el combate. Después de poner el mando en manos de Coriolano y de Tulio, con un ejército mayor por haber sumado a sus tropas las de los latinos, marcharon sobre Roma. Al enterarse de esto los romanos no se esforzaron por ir a las

otros, todo lo que sucede en torno a ellos lo tergiversan ba-
5 jo el prisma de los conflictos internos. Coriolano, desde luego, los consideraba con la más absoluta indiferencia, así que, después de haber reunido el trigo procedente de muchos lugares y que, en gran parte al menos, les había sido enviado como regalo de los reyes de Sicilia, no accedió a repartirlo como le pedían. Entonces los tribunos, a los que ardientemente deseaba destruir, emprendieron contra él ante la plebe una acción judicial por intento de tiranía y lo exiliaron, a pesar de que todos los senadores gritaban y consideraban intolerable que también sobre ellos se atrevie-
6 ran a emitir tales sentencias. Así expulsado, se dirigió hacia los volscos, a pesar de que eran los peores enemigos, a causa de la cólera que le había ocasionado lo sucedido, con la expectativa de que lo acogerían con agrado por su valor, del que ya tenían experiencia, y por su irritación contra los ciudadanos, con la esperanza a su vez de que gracias a él su acción contra los romanos sería equivalente o incluso mayor que la experimentada por ellos. Pues si se ha sufrido mucho por culpa de alguien, no es despreciable la

Zonaras, VII

armas, sino que se acusaban mutuamente, la multitud a los patricios de que de sus filas había salido Coriolano, el que hacía la
6 expedición contra la patria junto con los enemigos, y ellos a la
a. 488 multitud porque lo habían enemistado al expusarlo sin causas justificadas. Así, mientras se enfrentaban entre ellos, habrían caído en una gran desgracia si las mujeres no hubieran venido en su ayuda. En efecto, cuando el senado votó el retorno de Coriolano y para esto enviaron embajadores ante él, pidió que se devolviera a los volscos el territorio del que los habían privado en guerras an-

confianza en recibir beneficios de parte de la misma persona, con tal de que quiera y pueda hacerlo (M. 32, p. 147).

De nuevo estaba muy molesto porque, a pesar de co- 7
rrer peligro por lo suyo, ni aún así dejaban de sentirse B. I, p. 54
atraídos por lo ajeno. Cuando por fin se les comunicó, no por ello los hombres se conmovieron. Hasta tal grado de dureza habían llegado los conflictos internos que ni siquiera a causa de los peligros llegaban a la reconciliación. Pero las mujeres, la esposa de Coriolano, Volumnia, y la madre, Veturia, después de reunir también a las demás, a las más ilustres, fueron a verlo al campamento acompañadas de sus hijos, e hicieron que para que todo acabara no se tuviera en cuenta el problema del territorio, pero tampoco, la cuestión de su regreso. Así pues, las recibió tan pronto 8
como se dio cuenta de que estaban allí, e intercambió con B. I, p. 55
ellas una conversación que se realizó del modo siguiente. Mientras las demás lloraban en silencio, fue Veturia la

Zonaras, VII

teriores. Pero la multitud prescindía del territorio. Entonces hubo de nuevo otra embajada.

Se sentía muy molesto porque, a pesar de que corrían peli- 7
gro por su propia tierra, ni aún así prescindían de lo ajeno. Al B. I, p. 54
dárseles estas noticias, ni siquiera entonces los varones se pusieron en movimiento ni dejaron de luchar entre sí en vista de los peligros. En cambio las mujeres, la esposa de Coriolano, Volumnia, y la madre, Veturina, tras recurrir a las otras mujeres

Tzetzes, *Chil.* 6, 551-55

Si como consecuencia del estallido de aquella guerra no B. I, p. 55
hubieran roto sus túnicas en la carrera y no se hubieran presentado desnudas su cónyuge y su madre, Veturnia y Volumnia de

que habló: «¿De qué te sorprendes, hijo? ¿Por qué te has quedado perplejo? No hemos desertado, sino que fue la patria quien nos envió a ti por ver si nos hacías caso, como madre, esposa e hijos, y si no, como rehenes, de modo que si todavía ahora sigues irritado, mátanos a nosotras las primeras. ¿Por qué lloras? ¿Por qué te das la vuelta?
9 ¿O es que ignoras que nosotras precisamente hemos dejado de lamentarnos por las cosas de la ciudad para poder venir a verte? Reconcíliate con nosotros y no vuelvas a indignarte con tus ciudadanos, tus amigos, tus templos, tus tumbas, y no caigas de nuevo sobre la ciudad con ánimo hostil, ni pongas sitio a la patria en la que fuiste engendrado, te criaste y te convertiste en Coriolano, el portador de ese gran nombre. Hazme caso, hijo, y no me dejes volver con las manos vacías, para que no me veas muerta por mi propia
10 mano». Tras decir esto rompió a llorar y, después de rasgar-
B. I, p. 56 se el vestido, mostrar sus pechos y tocarse el vientre, dijo:

ZONARAS, VII

más ilustres, fueron a verlo al campamento y llevaban consigo a sus hijos. Mientras las demás lloraban en silencio, Veturina por su
8 parte dijo: «No hemos desertado, hijo, sino que la patria nos envió
B. I, p. 55 a ti, a ver si nos haces caso, como madre, mujer e hijos y, si no, como botín. Si todavía ahora sigues irritado, mátanos a nosotras las primeras. Reconcíliate y no sigas indignado con tus ciudadanos, tus amigos, tus templos y tus tumbas, y no pongas sitio a tu patria, en la que fuiste engendrado, te criaste y llegaste a ser Coriolano, ese grandioso nombre. No me dejes volver con las manos

TZETZES, *Chil.* 6, 551-55

nombre, y no lo hubieran disuadido con gran dificultad de que luchara contra Roma, Roma habría comprendido la necesidad de honrar a sus benefactores. Sin embargo, después de depo-

«Mira, hijo, éste es el que te dio a luz y éstos los que te criaron». Cuando hubo dicho esto, su esposa, sus hijos y las demás mujeres se unieron en sus lamentaciones, hasta el punto de dejarlo hundido en el dolor. Con dificultad 11
pudo recuperarse y abrazar a su madre y, al tiempo que la besaba, dijo: «Aquí estoy, madre, a tu disposición. Desde luego me has vencido y, a través de ti, que participen de esta gracia todos los demás. Pues yo no soporto ni siquiera ver a los que, después de haber sido objeto de tantos beneficios de mi parte, se han comportado así conmigo. Claro es que nunca volveré a la ciudad. Pero tú conserva la patria en mi lugar, ya que lo deseas, pues no me retiraré lejos de vosotros». Tras decir esto se marchó. En efecto, 12
por temor a la multitud y a la vergüenza ante sus iguales, B. I, p. 57
ya que antes había hecho una expedición contra ellos, ni

ZONARAS, VII

vacías, si no quieres contemplarme muerta por mi propia mano». Después de esto rompió a llorar y, mientras mostraba sus 9
pechos y se tocaba el vientre, exclamó: «Éste es el que te dio a B. I, p. 56
luz, hijo, y éstos los que te criaron». Así dijo, y su esposa, sus hijos y las demás mujeres se lamentaron con ella, de modo que también él se viera movido al dolor. Tras recuperarse con dificultad, abrazó a su madre y, al tiempo que la besaba, dijo: «Mira madre, te voy a hacer caso. Me has vencido. Y por ti tengan todos esta gracia. Como yo no soporto ver a los que después de recibir tales beneficios de mi parte me correspondieron de tal manera, no regresaré a la ciudad. Tú conserva la patria en mi lugar, ya que así lo quieres, pero yo me retiraré». Después de

TZETZES, *Chil.* 6, 551-55

ner su actitud gracias a las súplicas de su madre y de su esposa, puso fin también a la guerra contra los romanos, pero dejó tan

siquiera aceptó la posibilidad de regresar que le concedieron, sino que se retiró junto a los volscos donde murió, bien a causa de un complot contra él, o bien por haber llegado a viejo (M. 33, p. 148)[4].

15 c Dion en su libro V[5]: «Haciendo renacer en ellos algunas esperanzas los patricios» (Bekk., *Anecd.*, p. 140, 10).

19 Que Casio[6], después de haberse portado como un be-
a. 485 B. I, p. 57 nefactor con los romanos, fue muerto por ellos mismos. De modo que también por esto quedó demostrado que nada hay de lealtad en las masas, sino que a los que están muy vinculados a ellas no por eso los aniquilan menos que a los que cometen grandes injusticias. Pues en cada

ZONARAS, VII

decir esto partió y ni siquiera admitió su rehabilitación, sino que se marchó junto a los volscos donde falleció ya viejo.

17 1 Los tribunos pidieron a los romanos que el territorio obte-
a. 484 B. I, p. 57 nido de manos de los enemigos se distribuyera entre la plebe. Como consecuencia, tanto entre ellos, como por obra de los enemigos, les sobrevinieron muchísimos males. Los nobles, al no ser capaces de contenerlos de otra manera, promovían a propósito guerra tras guerra, para que al estar ocupados en ellas no prestaran atención en absoluto a los problemas de la tierra. Pero con el tiempo algunos concibieron la sospecha de lo que pasaba y no permitieron que a ambos cónsules o pretores los eligieran los poderosos, sino que quisieron elegir uno ellos mismos al
2 margen de éstos. Cuando este sistema se implantó, eligieron a
a. 481 Espurio Furio y con él como pretor llevaron a cabo con entusias-

TZETZES, *Chil.* 6, 551-55

to Coriolos como a los romanos y se exilió a otra tierra abatido por el dolor.

ocasión valoran a los que les aportan algún beneficio, pero cuando les han sacado el provecho, consideran que ya no son en absoluto más convenientes que los peores enemigos. Efectivamente, a Casio, a pesar de que los había favorecido, por las mismas cosas por las que lo habían alabado lo mataron y resultó de todo punto manifiesto que había muerto a causa de los celos, no porque hubiera cometido ninguna injusticia (M. 34, p. 150).

Los que se encontraban sucesivamente al mando, co- 1 20
mo de ninguna otra manera podían contenerlos, promo- B. I, p. 57
vían constantemente guerra tras guerra, de modo que, al no tener ningún tiempo libre, no pudieran preocuparse por el problema de la tierra (M. 65, p. 150).

De tal manera se sintieron excitados por uno y por otro 3
que bajo juramento prometieron la victoria a los generales. Con respecto al ataque inmediato, consideraron que ya eran dueños de su porvenir (M. 36, p. 150).

Que la mayor parte del género humano parece ser 4
amiga de rivalizar con lo que tiene enfrente, incluso más

ZONARAS, VII

mo todo cuanto emprendieron. Pero los que habían salido con su B. I, p. 58
colega Fabio Cesón no sólo no le obedecieron sino que abandonaron el campamento, fueron a la ciudad y comenzaron a armar
alboroto, hasta que los etruscos se enteraron y se lanzaron sobre a. 480
ellos. Pero no se marcharon de la ciudad antes de que algunos de los tribunos llegaran a un acuerdo con los nobles. Lucharon animosamente y mataron a gran cantidad de enemigos, pero también murieron muchos de ellos: Cayó además Manlio, uno de los cónsules. La multitud eligió como pretor a Manlio[7] por tercera vez.

allá de lo conveniente, y corresponder a los que ceden incluso más allá de lo posible (M. 37, p. 151 = Máx. Conf. *Flor.*, f. 189v A (f. 125v B) = Arsen. ap. Mai., fr. 115, p. 561).

21 1 a. 478 B. I, p. 58 Que los Fabios, que por su linaje y su riqueza compartían las opiniones de los nobles, pronto los vieron desanimados. Pues cuando a alguien le ocurren muchas desgracias no es capaz de tomar una decisión, ante la plebe ni ante los peligros, y renuncia incluso a las acciones más fáciles, pierde valor en las decisiones y en sus opiniones y, en contra de lo que podría esperarse, deja que las cosas vayan a la deriva a propósito, como para hacer ver que su esfuerzo es inútil y, finalmente, se vuelve hacia los misterios de la divinidad y espera todo lo que la suerte le depare (M. 38, p. 151).

ZONARAS, VII

3 a. 478 B. I, p. 58 De nuevo habían entrado en guerra contra los etruscos. Cuando los romanos se encontraban desanimados y no sabían cómo hacer frente a los enemigos, vinieron en su ayuda los Fabios. Como eran trescientos seis, al ver a aquéllos desanimados y que ni siquiera tomaban ninguna decisión útil, dispuestos a renunciar a todo, se hicieron cargo de la guerra contra los etruscos ellos solos, animados a combatir con sus cuerpos y con su dine-
4 ro. Tras ocupar un lugar oportuno, lo amurallaron y, a partir de
a. 477 B. I, p. 59 ahí, devastaban todo el territorio de los enemigos, sin que los etruscos se atrevieran ni siquiera a llegar a las manos y, si alguna vez se encontraban, quedaban en situación de franca inferioridad. Cuando los etruscos pudieron obtener aliados, en un lugar tupido prepararon una emboscada y a los Fabios, cuando venían hacia ellos desprotegidos, por considerarse ya vencedores absolutos, los cercaron y los mataron a todos. Su linaje habría desaparecido totalmente, si no hubiera quedado uno en casa debido a su juventud, del que después florecieron de nuevo[8].

Que los Fabios que eran trescientos seis fueron aniqui- 2
lados por los etruscos. En efecto, el que aumenta su con- a. 477 B. I, p. 59
fianza a causa de su valor muchas veces es destruido por la misma valentía y el que se gloria por su buena suerte cae como un insensato en la situación contraria (M. 39, p. 151).

A los que los romanos lloraron, tanto en público como 3
en privado, y no sólo por el número de los desaparecidos. En efecto, éste no sólo no era reducido respecto al total de la población, sino sobre todo si se considera que estaba formado por patricios, y así, en relación con su dignidad e inteligencia, creían que había desaparecido todo su vigor. Por esto el día en que fueron destruidos lo inscribieron entre los impuros y las puertas por las que habían salido al combate las condenaron a no tener función de modo que ningún magistrado pudiera atravesarlas. Acusaron luego ante el pueblo al pretor Tito Menenio (pues en su tiempo tuvo lugar el suceso) porque no los había defendido y había sido

ZONARAS, VII

Tras acabar así los Fabios, los romanos sufrieron muchas 5
desgracias por culpa de los etruscos. Luego, aunque firmaron B. I, p. 60
treguas con los enemigos, como estaban enfrentados los unos con los otros, se causaron numerosos y terribles daños, puesto
que la plebe no dejaba de atacar a los pretores. En efecto, gol- a. 473
peaban a sus servidores, rompían sus haces, y a los mismos pretores los sometían a un examen con cualquier pretexto, mayor o
menor. Incluso decidieron enviar a la cárcel a Apio Claudio, en a. 471
pleno ejercicio de la magistratura, porque se había opuesto a ellos en todo y porque a los que habían combatido con él los había diezmado, cuando cedieron a los volscos en plena batalla[9]. La acción de diezmarlos tuvo lugar de la siguiente manera. 6
Una vez que los soldados cometieron un grave error, el pretor, después de contarlos de diez en diez, cogió a uno de cada

derrotado en la batalla que vino después, y lo condenaron (V. 9, p. 578)[10].

24 5 En el libro VI de Dion: «Cuando llegó al final de la
a. 476
B. I, p. 60 magistratura, lo llevaron ante los tribunales y lo condenaron a pagar una cantidad de dinero sin que corriera peligro por su vida» (Bekk., *Anecd.,* p. 146, 21)10.

22 1 Que los patricios en pocas ocasiones mostraban cla-
B. I, p. 61 ramente su oposición a alguno invocando a los dioses, pero a escondidas mataban a muchos de los hombres más activos. En efecto, en una ocasión, nueve tribunos fueron entregados al fuego por el pueblo. Sin embargo, ni siquiera esto contuvo a los demás, pues los que iban siendo tribunos después, concebían por su propia ambición unas esperanzas mucho mayores que el miedo que podían tener a causa de lo que les había sucedido a los anteriores, y no

Zonaras, VII

diez, según le había correspondido por sorteo y lo condenó a muerte. Cuando dejó su cargo Claudio, inmediatamente los de la plebe lo llevaron a juicio, pero no lo condenaron, sino que difirieron la votación hasta obligarle a suicidarse. Algunos tribunos acordaron contra los patricios cosas que a la plebe le fuera posible reunirse por sí sola, deliberar sin ellos y negociar los asuntos que quisiera. Ordenaron que, si alguno se encontraba excesivamente penado por alguna acusación de parte de los pretores, apelara al pueblo para que emitiera juicio sobre estos asuntos. A los ediles y tribunos los aumentaron en número para tener más protección.

7 Mientras esto sucedía, los patricios no mostraban su oposi-
B. I, p. 61 ción de manera muy clara, salvo en casos aislados, pero a escondidas mataban a muchos de los hombres más activos. Ahora bien, ni siquiera esto contuvo a los demás, ni tampoco el hecho

se amedantraban, sino que por esto mismo se animaban aún más. En efecto, a los muertos los ponían por delante a 2
modo de justificación de la venganza que ellos mismos asumían y experimentaban gran placer por considerar que sobrevivían sin peligro contra todo lo que pudiera pensarse. De modo que algunos patricios, cuando vieron que ya no podían conseguir nada de ninguna otra manera, se pasaron a las instituciones de la plebe. Pues consideraban que su humillación constituía una fuerza mayor en relación con los deseos del poder tribunicio que la debilidad de sus ornamentos y, sobre todo, porque podían ser tribunos una segunda y una tercera vez, e incluso más, aunque estaba prohibido asumir la magistratura dos veces (M. 40, p. 152).

Que hasta ese punto la multitud fue arrastrada por 3
los mismos patricios. En efecto, lo que consideraban que B. I, p. 61
hacían en provecho propio, preparar constantemente gue-

Zonaras, VII

de que, en una ocasión, nueve tribunos fueron entregados al fuego por el pueblo. Sin embargo, los tribunos no sólo no se sintieron sin fuerzas, sino que se envalentonaron todavía más. Hasta tal punto fue excitada la multitud por los patricios. Ni siquiera se dejaban persuadir para ir al combate durante las guerras, si no conseguían lo que pretendían y, si alguna vez salieron, luchaban sin entusiasmo, si no obtenían todo cuanto deseaban. Por ello, muchos de los vecinos se rebelaron, más por aprovechar la discordia existente entre aquéllos que porque confiaran en su propia fuerza.

Entre éstos estaban los ecuos, que, por haber vencido a 8
Marco Minucio, pretor por entonces, se llenaron de soberbia. Al B. I, p. 62
enterarse de que Minucio había sido derrotado, los de Roma eligieron dictador a Lucio Quincio, hombre pobre que vivía de la

rras para ellos, de modo que se vieran obligados a comportarse con moderación a causa de los peligros exteriores, los estaba haciendo más fuertes. Pues como no querían combatir si no recibían todo lo que pedían en cada caso, cuando salían luchaban sin entusiasmo si no lograban cuanto querían. En estas circunstancias, no pocos de su vecinos, confiados más en las discordias internas de aquéllos que en sus propias fuerzas, se rebelaron (M. 41, p. 152).

23 1 Que los ecuos, después de apoderarse de Túsculo y de
a. 458
B. I, p. 62 haber vencido a Marco Minucio[12] se comportaron con orgullo, de modo que a los embajadores de los romanos, a los que enviaron para acusarlos por la toma del lugar, ni siquiera les contestaron a su reclamación, sino que a tra-

ZONARAS, VII

agricultura, sobresaliente en virtud y en prudencia, pero que se dejaba crecer los cabellos en bucles, por lo que era llamado Cin-
9 cinato[13]. Así, tras ser nombrado dictador, el mismo día salió en
B. I, p. 63 expedición; actuó con rapidez y sin perder la seguridad, de modo que cayó sobre los ecuos junto a Minucio, mató a muchos hombres y a los restantes los capturó vivos, los hizo pasar bajo el yu-
10 go y los dejó libres. La práctica del yugo era como sigue. Clavaban en tierra dos maderos bien rectos, separados entre sí, ponían encima de ellos otro atravesado y en medio colocaban a los prisioneros desnudos. Esto a quienes lo hacían les proporcionaba prestigio, pero a los que lo sufrían les causaba gran deshonra, de modo que algunos preferían morir antes que soportar tal sufrimiento. Tras capturar una ciudad llamada Corbión, regresó, privó a Minucio de la pretura por su derrota y depuso el mando.

18 1 Sin embargo, los romanos tenían una guerra civil[14], origi-
a. 460?
B. I, p. 63 nada por culpa de los esclavos y algunos desertores que de noche avanzaron súbitamente y se apoderaron del Capitolio. La multitud también en esta ocasión esperó a tomar las armas hasta

vés de su pretor, Clelio Graco, señalaron un roble, y les ordenaron que hablaran ante él si querían algo (U^R 1, p. 373).

Que al enterarse los romanos de que Minucio había si- 2
do retenido en un lugar hondo y espeso en compañía de al- a. 455
gunos, designaron dictador para ir contra ellos a Lucio Quincio, aunque era pobre y cultivaba entonces con sus propias manos la pequeña finca que constituía su única propiedad[15]. Pues en todo era semejante a los primeros en

ZONARAS, VII

obtener algo más de los patricios. Cuando atacaron a los rebeldes los dominaron pero también perdieron a muchos de los suyos.

Por esto y gracias a las precauciones que tomaron debido a 2
ciertas señales, los romanos se abstuvieron de hacerse acusaciones a. 454
mutuas y votaron que la constitución se haría más igualitaria[16]. Enviaron tres hombres a Grecia a enterarse de las leyes y de las normas existentes allí. Cuando se las hubieron procurado, disolvieron todas las magistraturas incluidas las de los tribunos, eligieron en su lugar ocho hombres de los primeros, y designaron a Apio Claudio y Tito Genucio pretores con plenos poderes para ese
año[17]. Les encargaron que redactaran un conjunto de leyes y vota- 3
ron además que ninguna de sus sentencias pudiera ser objeto de a. 451 B. I, p. 64
apelación. Anteriormente tal prerrogativa no se había concedido a ninguno de los magistrados excepto a los dictadores. Aquéllos ejercieron el poder un día cada uno, por lo que recibían alternativamente los símbolos de la autoridad. Tras redactar las leyes, las expusieron en la plaza pública. Como a todos les resultaron bien, fueron llevadas ante el pueblo y, una vez ratificadas, se grabaron en diez tablas, pues todo lo que se consideraba digno de conservación se guardaba en tablas.

Al acabar el año dejaron el cargo, pero, cuando fueron ele- 4
gidos en su lugar otros diez, anduvieron a la deriva, como si a. 450 B. I, p. 64
hubieran sido votados para que destruyeran la ciudad. Pues todos

en virtud, pero los superaba en prudencia; se dejaba los cabellos en bucles, por lo que fue llamado Cincinato (V. 10, p. 578).

3 Que tanto la situación de los campamentos como la de
B. I, p. 64 la ciudad entraron en un período de turbulencia, pues los
que estaban en campaña, por rivalidad, antes de que hu-

ZONARAS, VII

al mismo tiempo querían mandar por igual y, después de elegir a los jovencillos más fuertes de entre los patricios, se dedicaban a cometer muchos actos violentos con su colaboración. Ya al final, a la salida del año hicieron algunos añadidos en las tablas por su cuenta, gracias a los cuales no iba a nacer la concordia entre los romanos, sino todavía mayores diferencias[18].

5 Así nacieron entonces las llamadas Doce Tablas. Pero aque-
B. I, p. 64 llos legisladores no se limitaron a hacerlas, sino que también,
cuando se les pasó el año de magistratura, todavía permanecieron en sus cargos, y retuvieron la ciudad por la fuerza, sin convocar ni al senado ni al pueblo, no fuera a ser que al reunirse los hicieran dimitir. Al iniciar ecuos y sabinos la guerra contra los romanos, entonces, después de predisponer a quienes les eran favorables, consiguieron que las guerras se las confiaran a ellos. Así, de los decénviros, Servio Opio y Apio Claudio permanecieron en el territorio, y los ocho restantes partieron en expedición contra los enemigos.

6 Sin embargo, todos los asuntos, tanto los de la ciudad como los de los campamentos, estuvieron revueltos y por ello se produjo de nuevo el conflicto. Pues, al lanzarse sobre la tierra de los sabinos, a un tal Lucio Sicio, superior en cuestiones militares y que se contaba entre los primeros de la multitud, lo enviaron los jefes militares junto con otros como para ocupar alguna plaza, y por mediación de los que habían sido enviados en su compañía,
7 acabaron con él. Al llegar al campamento la noticia de que el
B. I, p. 65 hombre había muerto junto con otros a manos de los enemigos,

biera algún progreso gracias a quienes tenían el mando, dejaban escapar voluntariamente las oportunidades tanto públicas como privadas, y los otros no sólo se alegraban con que murieran a manos de los contrarios, sino que

ZONARAS, VII

cuando los soldados se dispusieron a recoger los cadáveres no encontraron ningún cuerpo de enemigos, pero sí muchos de sus compatriotas, a los que Sicio había matado para defenderse de sus ataques. Cuando los vieron tendidos en círculo a su alrededor y vueltos hacia él, sospecharon qué había sucedido y como consecuencia se produjo un fuerte alboroto[19]. Además, también por lo siguiente.

Un tal Lucio Virginio, que era de la plebe y tenía una hija muy 8
hermosa, iba a entregársela a Lucio Icilio, uno de sus iguales. Enamorado de ella Claudio, al no poder obtenerla, se puso de acuerdo con algunos para convertirla en esclava. El juez era él. El padre de la doncella tuvo que venir del campamento a presentarse a juicio. Como Claudio la condenó y la joven fue entregada a quienes la reclamaban como esclava[20] sin que nadie la protegiera, su padre experimentó un profundo dolor y tras matar a su hija con un cuchillo, tal como estaba, se lanzó fuera ante los soldados. A éstos, que ya no se encontraban bien dispuestos, de tal manera les excitó el ánimo que inmediatamente se lanzaron hacia la ciudad contra Apio Claudio. Los demás, los que estaban en campaña frente a los sabinos, cuando se enteraron, dejaron el foso y, tras unirse a los restantes, pusieron al frente a veinte hombres y se hacían a la idea de que nada pequeño iban a acometer. El resto de la plebe de la ciudad se unió a ellos y con ellos participó en el tumulto.

En estas circunstancias, Claudio se escondió asustado, en 10
cambio Opio reunió al senado y envió un mensaje a los de la plebe para averiguar qué querían. Su propuesta consistió en que les

también ellos mismos buscaban la manera más adecuada de destruir a muchos de los que se dedicaban a defender

ZONARAS, VII

fueran enviados Lucio Valerio y Marco Horacio, senadores inclinados en su favor, con la intención de responder por medio de ellos. Como no les fueron enviados, asustados los diez magistrados (pues ya estaban todos presentes) de que pudieran utilizarlos como generales contra ellos, se irritaron todavía más. Los senadores sintieron entonces un miedo desmesurado y, por eso, incluso contra la opinión de los magistrados, les enviaron a Valerio y a Horacio.
11 Después de esto, ya reconciliados, a los alborotadores se les con-
B. I, p. 66 cedió la impunidad por las acciones cometidas y el decenvirato fue disuelto, pero las restantes magistraturas anuales, incluidas las de los tribunos, se restauraron sobre los mismos presupuestos sobre los que estaban antes. Los magistrados elegidos, entre ellos Virginio, arrojaron en prisión a Opio y Claudio, que antes de someterse a corrección se suicidaron, y a los restantes los procesaron y los condenaron al exilio.

19 1 Los cónsules (pues se dice que entonces por primera vez se
a. 449 llamaron cónsules los que antes se habían denominado pretores; eran Valerio[21] y Horacio), tanto en aquel momento como luego se pusieron de parte de la plebe y la apoyaban más que a los patricios. Así pues, al sentirse los patricios en situación de inferioridad, ni se reunían con comodidad, ni delegaban totalmente los asuntos sobre ellos, sino que también dejaron en manos de los tribunos la prácti-
2 ca de consultar los auspicios en las reuniones, lo que en teoría les proporcionaba honra y dignidad (pues esto desde muy antiguo había correspondido sólo a los patricios), pero de hecho era un impedimento, con el fin de que los tribunos y la plebe no pudieran hacer fácilmente cuanto quisieran, sino que en ocasiones se vieran obstaculizados con el pretexto del auspicio. Irritados con los cónsules, tanto los patricios como el senado, en la idea de que coincidían con la plebe, no les votaron los triunfos, aunque cada uno

los intereses de la plebe. En consecuencia se había producido un conflicto no pequeño entre ellos (M. 42, p. 153).

Zonaras, VII

había vencido en una guerra, ni les asignaron un día a cada uno, como era habitual. Por su parte la plebe celebró las fiestas durante dos días y votaron los triunfos a los cónsules[22].

NOTAS

[1] Seguramente, el pueblo a Gneo Marcio tras la captura de Coriolos (Cary).

[2] Por Coriolos.

[3] El conflicto de Coriolano con los tribunos suele encuadrarse dentro del problema de los repartos de trigo entre la plebe campesina, a los que se opone el patricio, erigido en propietario de los territorios conquistados por él. Para J. Gagé *(La chute,* págs. 167 ss.), se trata del miembro de un clan plebeyo dentro de la *nobilitas,* en formación y de la configuración de las fronteras del estado romano con los volscos. Ambos procesos producirían un momento conflictivo representado en este episodio.

[4] La historia de Coriolano, con algunas variantes, en Livio, II 33, 5-40, 10. En Dionisio de Halicarnaso, VI 92-94 y VII 19; 21-64; 67, se encuentra mucho más desarrollada.

[5] Cary sitúa aquí este fragmento siguiendo la hipótesis de Macchioro de que debe de referirse al año 486, cuando los patricios prometieron al pueblo una asignación de tierras a través de su representante Verginio.

[6] Espurio Casio, personaje cuyo rango social permanece oscuro debido a la ambigüedad de las fuentes, que unas veces lo presentan como cónsul y otras como tribuno de la plebe. Sus medidas son aparentemente favorables a la plebe, pero su actuación en general resulta, de todos modos, más contradictoria y ambigua que la de Coriolano (ver J. Gagé, *La chute,* págs. 135 ss.). En la tradición sobre el personaje parecen haber influido, con todo, las experiencias posteriores de la historia de Roma tocantes a los problemas agrarios.

[7] Error de Zonaras, por Fabio (Cary). Ver Tito Livio, II 48, 1.

[8] Sobre el papel de la *gens* Fabia, en sus aspectos gentilicios, territoriales y religiosos, ver Gagé, *La chute*, págs. 195-223. La guerra contra Veyos suele verse como un asunto privado de la *gens*, últimamente por J.-C. Richard, «L'affaire du Crémère: recherches sur l'evolution et le sens de la tradition», *Latomus*, 48, 1989, pág. 315.

[9] En Livio, II 56, el enfrentamiento con Apio Claudio se encuadra dentro del proceso de creación y definición de las competencias de los tribunos de la plebe.

[10] El episodio se encuentra más desarrollado, incluida la condena de Menenio, en Livio, II 48, 8-52, 5, y en Dionisio, IX 15-16, 2, y 18, 2-22, 2.

[11] Boissevain argumenta a favor de que se refiere a Menenio y no a Camilo, como tradicionalmente se admitía. Esto implica un cambio de lugar de los fragmentos, en el libro V y no en el VI. Cary acepta la interpretación.

[12] Circunstancias y detalles de la campaña, en Livio, III 25-26.

[13] En general, sobre Cincinato, Livio, III 26, 7-29, donde se encuentran más explícitos los diferentes factores que confluyen en tan conflictivo momento.

[14] Según Cary, este pasaje podría referirse a los ataques dirigidos por Herdonio y, en consecuencia, hallarse aquí fuera de lugar.

[15] Más detalles sobre la propiedad de Lucio Quincio Cincinato, en Livio, III 26, 8-10.

[16] Texto de la propuesta en Livio, III 31, 7-8.

[17] Los dos cónsules designados del año, más los ocho nuevos magistrados, forman el decenvirato. Ver Livio, III 33.

[18] Según se desprende de Livio, III 35, 11, en la lista se incluyen cinco plebeyos. Ver J. Bayet, *ad l.*, CUF, 1943. Otras variantes, en F. de Martino, *Storia della Costituzione*, I, págs. 246-7. Dionisio de Halicarnaso, X 58, 4, menciona a tres plebeyos. Cicerón, en *De republica* II 37, 62, menciona un tercer año decenviral.

[19] El episodio de Sicio y, para algunos, el de Virginia que viene a continuación está considerado mítico por la mayoría de los historiadores (ver De Martino, *Storia della Costituzione* I, pág. 251). Resulta, de todos modos, problemático averiguar el sentido que puede tener su inclusión aquí. Esquematizando, el episodio de Sicio sería el responsable del alejamiento del ejército y el de Virginio el de la plebe. Ver T. R. S. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic*, N. York, American Philological Association, I, 1951, pág. 48.

[20] Acción legal que refleja la reclamación de la propiedad ante el magistrado como forma judicial en el derecho pretorio. El episodio, coincidente con la promulgación de leyes protectoras de la propiedad privada, viene a mostrar la coincidencia del período legislador con el desarrollo de la esclavitud como propiedad individual en Roma, así como el proceso de diferenciación entre formas de dependencia, que llevaría a los plebeyos y deudores, igual que a los sin tierra, a intentar garantizar unos derechos que los protegieran contra la caída en la condición de esclavos, en período de consolidación.

[21] La *gens* Valeria, probablemente de origen sabino, desempeña, sin embargo, un importante papel en la defensa de Roma frente a los sabinos. Para Poucet, «Les sabines», págs. 116 ss., se trata simplemente de la prueba de que existen distintas etapas en el proceso de integración. Antes, Valerios y Claudios, se encontraban ya plenamente integrados, pero las colectividades como tales sólo lo hacen a mediados del siglo v, donde se opera la verdadera fusión que la historiografía se encargaría de remontar hasta los orígenes mismos de la ciudad. En el debate sobre la historicidad de la doble monarquía originaria, Poucet, íd., págs. 124 ss., cree que existe «presencia» sabina en los orígenes pero que la leyenda se forma con episodios correspondientes a tiempos posteriores, sobre todo al siglo v.

[22] Sólo Livio alude a las tres leyes promulgadas por estos cónsules (III 55), conocidas como Leyes Valerias-Horacias: la de que no podía haber magistrado sin *provocatio*, la de la *sacrosanctitas* de los tribunos y la que equiparaba el plebiscito a la ley. La historicidad de las leyes permanece bajo discusión por varios conceptos. Ver De Martino, *Storia della Costituzione,* I, págs. 257 ss.

LIBRO VI

ZONARAS, VII

Al haberse metido de este modo los romanos en discordias, 3 19
sus enemigos se envalentonaron y cayeron sobre ellos. Al año a. 445 B. I, p. 67
siguiente, siendo cónsules Marco Genicio y Gayo Curcio, se volvieron unos contra otros[1]. En efecto, los de la plebe querían ejercer también el consulado, puesto que los patricios ejercían el tribunado sólo con pasarse a sus filas, mientras que monopolizaban el cargo de cónsul. Con frecuencia discutían y contendían violentamente entre sí. Para no llegar a una situación peor, los 4
ricos les hicieron partícipes del poder, pero el nombre no se lo concedieron, sino que los llamaron quiliarcos[2] en vez de cónsules, para que el honor de la nomenclatura no se contaminara con la chusma. Decidieron que se eligieran tres tribunos de cada grupo en vez de los dos cónsules. Sin embargo, el nombre de cónsules no quedó definitivamente abandonado, sino que algunas veces se nombraban cónsules y otras tribunos[3]. Ésta es la forma en 5
que han llegado hasta nosotros los acontecimientos, aunque no sólo los cónsules proclamaban dictadores, y eso que eran muy inferiores a esa magistratura, sino que algunas veces hicieron lo mismo los tribunos. En cambio se dice que ninguno de los tribunos, a pesar de que muchas veces obtuvieran la victoria, celebró el triunfo.

Así fueron elegidos entonces los tribunos, mientras que los 6
censores se designaron al año siguiente, en el consulado de a. 443

Barbato y Marco Macrino[4]. Fueron elegidos Lucio Papirio y Lucio Sempronio. Los habían votado porque los cónsules no eran capaces de atender a todo a causa de la magnitud de los asuntos. Las funciones que se atribuyeron a los censores las ha-
7 bían desempeñado ellos hasta ese momento. Los censores desde el principio fueron dos miembros del patriciado. Ejercían su función al principio y al final del lustro y, en el tiempo intermedio, a lo largo de tres semestres. Llegaron a ser más importantes que los cónsules, aunque habían recibido una parte de su función. Les competía el arrendamiento de los ingresos comunes, el mantenimiento de los caminos y de las edificaciones públicas, el registro completo de la riqueza de cada uno, la vigilancia y examen de la vida de los ciudadanos y la inscripción de los que habían sido dignos de reconocimiento en las tribus, en la caballería y en el senado, según se consideraba adecuado en cada caso, pero también la total eliminación de los que no llevaban una
8 vida honesta, lo que era más importante que todo lo que había
B. I, p. 68 quedado en manos de los cónsules[5]. Prestaban para cada caso solemnes juramentos de que no harían nada por favoritismo ni por enemistad, sino que examinarían lo conveniente para la comunidad según su recto criterio y actuarían en consecuencia. Reunían al pueblo para las propuestas de leyes y para otros asuntos y utilizaban los ornamentos de las magistraturas más importantes, excepto los lictores[6]. Así nació la magistratura de los censores. A quienes no habían inscrito sus propiedades ni se
9 habían inscrito a sí mismos en los registros, los censores les ponían en venta las propiedades y los cónsules los ponían en venta a ellos mismos[7]. Durante algún tiempo esto se hizo así, pero luego se decidió que quien había sido nombrado para el senado una vez, fuera senador durante toda su vida y no cesara nunca, a no ser que quedara degradado por haber cometido algún delito y verse sometido a juicio o resultara desacreditado por su mala
11 vida[8]. Pues en tal caso los borraban y en su lugar inscribían a otros.

De los que ejercían magistraturas temporales, la mayor dignidad se había concedido a los dictadores, la segunda a los censores, la tercera posición se había atribuido a los équites. Así

quedaba establecida la ordenación, tanto si estaban ocupando las magistraturas como si habían cesado. Pues, si alguno se cambiaba de una magistratura superior a otra de rango inferior, mantenía intacta la dignidad de la primera. Sólo uno, al que llamaban príncipe del senado (nosotros diríamos «presidente»), se situaba por delante de todos mientras duraba su presidencia (pues para ésta nadie era nombrado de por vida) y precedía a los demás por su dignidad, pero no contaba con ningún poder.

Durante algún tiempo estuvieron en paz entre sí y con sus 1 20
vecinos. Luego, dominados por el hambre, hasta tal punto que a. 440
algunos llegaron incluso a arrojarse al río por no poder soportarla, estalló el conflicto. Unos acusaban a los ricos de actuar de modo perverso en lo tocante al grano, otros a los pobres de que
no querían trabajar la tierra. Al ver esta situación Espurio Man- 2
lio, caballero rico[9], aspiró a alcanzar la tiranía y, después de a. 439
comprar grano del territorio vecino, aunque a muchos se lo vendió a bajo precio, también hubo muchos a quienes se lo dio gratuitamente, con lo que se ganó el apoyo de numerosas personas y se procuró armas y guardaespaldas. Incluso se habría adueñado de la ciudad, si Minucio Augurino, patricio[10] designado para la distribución del grano y acusado como responsable de la es-
casez, no hubiera denunciado al consejo lo que pasaba. El sena- 3
do, nada más conocer la denuncia, en la sesión inmediata, pro- B. I, p. 69
clamó dictador a Lucio Quincio Cincinato[11], a pesar de que ya sobrepasaba la edad normal, pues tenía ochenta años. Allí pasaron todo el día reunidos, como si estuvieran deliberando, para que lo que había ocurrido no saliera de allí. El dictador, tras apoderarse de noche del Capitolio y de los otros emplazamientos de mayor importancia por medio de la caballería, al alba envió a Gayo Servilio, el jefe de caballería, a buscar a Manlio como si lo hiciera llamar por algún otro motivo[12]. Pero él, al ver que Manlio se mostraba suspicaz y se demoraba, por temor a que fuera a ser rescatado por la plebe (pues ya acudían a la carrera), mató al hombre, o bien por propia determinación, o bien porque así se lo había ordenado el dictador. Alterada por esto

24 1 Que los romanos después de haber sostenido muchos
B. I, p. 69 combates con los faliscos[13], en los que experimentaron muchos sufrimientos y realizaron numerosas hazañas, dejaron de atender a sus tradiciones sacras y se adhirieron a las extranjeras como si fueran a servirles de mayor ayuda. Pues es en cierto modo una tendencia humana, en las des-

Zonaras, VII

la plebe, Quincio les habló en público, les proporcionó grano y sin castigar ni acusar a ningún otro apaciguó el tumulto.

5 Acosados los romanos por las guerras que les sobrevenían
a. 414 B. I, p.70 desde pueblos diferentes, así como en algunas obtenían la victoria en pocos días, en cambio contra los etruscos tuvieron que guerrear durante mucho tiempo. Cuando Postumio hubo vencido a los ecuos y se había apoderado de una de sus grandes ciudades, como los soldados ni pudieron retomar a ella para hacer pillaje, ni siquiera les correspondía una parte del botín cuando lo pidieron, rodearon al cuestor encargado de la distribución y lo asesinaron, y a Postumio, que los castigó por ello y trataba de encontrar a los autores materiales, lo mataron también, y el territorio, no sólo el capturado, sino
6 también todo el que entonces se encontraba entre los bienes públicos lo distribuyeron entre sí. La revuelta habría durado muchísimo más si los romanos no se hubieran encontrado de nuevo con la guerra a causa de los ecuos. Asustados por esto se mantuvieron tranquilos, soportaron que a unos pocos los castigaran por los asesinatos y, al dirigirse en campaña contra los enemigos, obtuvieron la victoria en el combate. Por ello los poderosos les distribuyeron el botín y votaron una paga para los soldados de infantería, que
a. 406 más tarde extendieron también a los de caballería. En efecto, hasta entonces habían combatido sin paga y se habían alimentado con los productos de su casa. Ahora por primera vez comenzaron a recibir una paga.

7 En la guerra contra los veyentes, mientras éstos guerreaban por sí solos, los romanos los vencieron muchas veces y los aco-

gracias, despreciar lo habitual, aunque sea divino, y admirar lo que no se ha experimentado. Pues como consideran que de aquello nada les es útil en el presente, tampoco para el porvenir aguardan ninguna ventaja, y en cambio

Zonaras, VII

saron hasta someterlos a un asedio. Pero cuando se les unieron tropas aliadas, se lanzaron sobre los romanos y los derrotaron.
En esos momentos, el lago que se encuentra junto al monte Al- a. 398
bano, completamente encerrado por las colinas que hay a su alrededor y sin ninguna salida, coincidiendo con el asedio de los veyentes, se desbordó de tal manera que, superando las montañas, llegó hasta el mar. Creyendo los romanos que se trataba de 8
una señal divina, enviaron mensajeros a Delfos, a consultar so- B. I, p. 71
bre el asunto. Había entre los veyentes un etrusco adivino, y se dio el caso de que la Pitia y su profecía coincidieron en lo mismo. Pues ambos dijeron que la ciudad sería capturada cuando el agua desbordada no llegara hasta el mar, sino que fuera recogida en otra parte, por cuyo motivo ordenó que se hicieran algunos
sacrificios. Pero el Pitio no aclaró ni a qué dioses ni de qué ma- 9
nera habrían de hacerlos, y el etrusco parecía saberlo pero no manifestaba nada. Entonces los romanos, que estaban colocados alrededor de la muralla desde la que hablaba, después de fingir amistad hacia él, le fueron dando confianza poco a poco hasta que lo indujeron a salir sin temor. Así, después de apresarlo, le obligaron a contar todo lo que les interesaba. Según su consejo hicieron los sacrificios, horadaron la colina y el agua sobrante la derivaron hacia la llanura por un agujero oculto, de modo que en ella se gastara toda y no fluyera nada hacia el mar[14].

Justamente acababa de suceder esto cuando fue elegido dic- 1 21
tador Marco Furio Camilo[15], que, después de arrojarse sobre la a. 396
ciudad, y como no conseguía nada, empezando desde lejos, ho-

de lo extranjero esperan todo cuanto desean a causa de la novedad (M. 43, p. 153).

23 4 a. 418 Hasta tal grado de ambición y de rivalidad habían llegado, que ya no mandaban todos al tiempo, como

ZONARAS, VII

radó un paso subterráneo que llevaba a la acrópolis. Cuando ya estaba preparado el túnel, como se le habían sumado muchos voluntarios incluso desde Roma, los reunió y los lanzó contra la ciudad, de modo que por todas partes puso cerco a la muralla. Desperdigados los de dentro a lo largo de todo el círculo ***[16]. Tras apartar la décima parte del botín contra la voluntad de los soldados, lo ofreció a Apolo[17], porque antes le había hecho un voto en este sentido.
3 Ofreció también una cratera de oro hecha con los adornos de las mujeres. A cambio de ello se les había votado en el mismo acto una recompensa honoraria, consistente en que fueran en carros a las fiestas públicas, dado que antes iban a pie a las mismas. El pueblo se irritó contra Camilo y se indignó, primero, porque no había apartado la décima parte de los despojos para el dios en el momento de hacer el reparto, sino una vez que ya había pasado la ocasión propicia y, en segundo lugar, porque fue el primero de los romanos en presidir las fiestas de la victoria con un tronco de cuatro caballos blancos[18].

4 La procesión de las fiestas de la victoria, que llamaban triun-
B. I, p. 72 fo[19], era más o menos así: cuando algo importante salía bien y se consideraba digno de las fiestas de la victoria, el general era proclamado *imperator* por los soldados, ponía una rama de laurel alrededor de los haces y encargaba a los corredores que fueran a la ciudad a anunciar la victoria. Al llegar a Roma reunía el senado y pedía que se le votara la celebración de las fiestas. Si obtenía el voto de parte del senado y del pueblo, se le aseguraba el sobrenombre de imperátor. Si estaba todavía ocupando la magistratura en que precisamente había obtenido la victoria, la seguía desempeñando hasta el momento de la fiesta, pero si había expirado el

acostumbraban, sino, de manera alternativa, cada uno de B. I, p. 70
modo individual, por lo que no se hacía nada útil. Así pues, como cada uno miraba sólo por el propio bien, y no

ZONARAS, VII

plazo, adoptaba nominalmente alguna otra función, pues a un 5
privado le estaba prohibido celebrar las fiestas de la victoria. Una vez preparado con el equipamiento propio del vencedor, después de ponerse los brazaletes, ceñido con la corona de laurel y teniendo una rama en la mano derecha, convocaba al pueblo. Tras hacer la alabanza de quienes habían compartido la campaña, a todos en común y a algunos en particular, les hacía un donativo de dinero, los honraba también con un ornamento y a algunos les proporcionaba brazaletes y lanzas sin hierro; a unos daba coronas de oro, a otros de plata, que llevaban grabados el nombre de cada uno y la representación de su hazaña. En efecto, 6
si alguno había subido el primero a la muralla, también la corona B. I, p. 73
llevaba la imagen de una muralla, o si había reducido algún cerco, tanto esto como aquello quedaba representado. Si había obtenido una victoria naval, la corona iba adornada con naves. Si alguien vencía a caballo, se grababa algún tema hípico. El que había salvado a un ciudadano de un combate o algún otro peligro, o de un asedio, obtenía un elogio mucho mayor y recibía una corona de encina, que era considerada mucho más honrosa que todo el oro y la plata. No sólo se le concedía esto a cada 7
hombre que hubiera sobresalido por su excelencia, sino también a centurias y a legiones enteras. Muchos de los despojos se distribuían entre quienes habían combatido. Algunos ya lo distribuyeron a todo el pueblo, lo gastaron en la fiesta y, si algo había quedado, lo convertían en tesoro público, lo empleaban en templos, en pórticos, o en otras obras públicas.

El conductor de la procesión[20], después de haber hecho esto, 8
subía al carro, que no era parecido ni a los de competición ni a los de guerra, sino que estaba construido con la forma de una torre circular[21]. No iba solo en el carro, sino que podía llevar a

por el común, y preferían que se perjudicara lo público antes de que su colega adquiriera prestigio, se sucedieron muchas situaciones penosas (M. 44, p. 153).

ZONARAS, VII

sus hijos e incluso a algunos parientes, especialmente a las doncellas y a los varones recién nacidos, pero a los mayores los subía a los caballos uncidos y a los de tiro. Si había más, cabalgaban sobre caballos de carreras, junto al conductor de la procesión para acompañarlo en ella. De los otros, ninguno iba en
9 carro, sino que todos caminaban coronados de laurel. No obs-
B. I, p. 74 tante, un esclavo público lo acompañaba en el mismo carro, sostenía sobre él la corona de las piedras engarzadas en oro y le decía: «Mira hacia atrás»[22], con lo que quería decir: dirige la mirada hacia atrás y a la vida que continúa, y no te dejes exaltar ni te eleves demasiado por el presente. Una campanilla y un látigo que colgaban del carro, indicaban que él también podía fracasar, hasta el punto de ser ultrajado o incluso condenado a muerte. En efecto, estaba legislado que los condenados a muerte por cualquier delito llevaran una campanilla, para que cuando caminaran nadie se tropezara con ellos y se infectara con su

TZETZES, *Epist.* 107, p. 86.

B. I, p. 72 Cuando lo suben al carro triunfal le ungen el rostro con tierra de sinope o cinabrio como si fuera sangre, de modo que no se ruborice, ponen brazaletes en sus brazos y la corona de laurel se la ofrecen para su mano derecha además de una rama de laurel. Le colocan luego en la cabeza una corona de cierta materia que lleva grabado todo lo que había hecho o lo que le había pasado.

Un esclavo público de pie en el carro sostenía detrás de él la
B. I, p. 74 corona, y le decía al oído: «mira hacia atrás». Campanillas y un látigo colgaban del yugo del carro.

Que democracia es, no que todos participen indistin- 5
tamente de lo mismo, sino que cada uno obtenga lo que
corresponde a su dignidad (M. 45, p. 154).

Que los romanos, cuando pusieron sitio a la ciudad de 2 24
los faliscos, habrían pasado el tiempo allí situados si no B. I, p. 76
hubiera ocurrido lo siguiente: un profesor que en ella edu-
caba niños, ni pocos ni de oscuro origen, bien por resen-
timiento o por intención de sacar provecho, los sacó a
todos fuera de la muralla como si fuera a alguna otra co-

ZONARAS, VII

mancha. Así dispuestos, entran en la ciudad. Delante de ellos 10
llevan en procesión los despojos y los trofeos y, representadas
en imágenes, las fortalezas capturadas, ciudades, montes, ríos,
lagos, mares, todas las cosas de las que se han apoderado. Si un
día era suficiente para llevar todo esto en procesión, bien, pero si
no continuaba en el segundo, y en el tercero. Una vez que habían 11
hecho el recorrido de esta manera, el conductor de la procesión, B. I, p. 75
al llegar al foro romano, tras ordenar que algunos de los prisio-
neros fueran llevados a la cárcel y ejecutados, subía al Capitolio
y, tras cumplir allí algunas ceremonias y hacer ofrendas religio-
sas, después de cenar junto a los pórticos, hacia la tarde volvía a
casa acompañado de flautas y trompetas. Tales eran antiguamen-
te las fiestas de la victoria. Pero los conflictos internos y los po-
deres personales provocaron muchas novedades en ellas.

TZETZES, *Chil.* 13, 43-50

Tras ungir al triunfador con cinabrio / o con tierra de sinope, B. I, p. 72
lo colocan en un carro, / ciñen su cabeza con una corona de oro, / que lleva grabadas todas sus hazañas, / colocan en su mano una rama de laurel, / le ponen brazaletes, / y premian con coronas a todos los que han sobresalido por su excelencia, / de material plateado con las hazañas grabadas.

sa (pues tanta era la falta de temor de los faliscos que incluso entonces los niños seguían frecuentando la escuela), los ofreció a Camilo y le dijo que le entregaba con ellos la ciudad entera, pues ya no seguirían resistiendo los de dentro, al estar allí sus seres más queridos. Sin embargo,
3 no consiguió nada, pues Camilo tuvo presente tanto la virtud de los romanos como las desdichas humanas y no juzgó digno apoderarse de ellos a traición, sino que después

Zonaras, VII

22 1 Pero si, como ya se ha contado, el pueblo odiaba a Camilo,
B. I, p. 75 *** y a ellos los vencieron en el combate *** nada conseguían ***
2 se habrían retirado del asedio si no hubiera sucedido algo *** o por
3 algún resentimiento o por esperanza de ganancia *** dijo que en-
4 tregaba la ciudad entera por medio de los niños *** se presentaron
5 voluntariamente y se entregaron a Camilo *** envidiado hasta el
6 último extremo fue acusado de que no había obtenido ningún pro-
7 vecho público gracias a las riquezas de los etruscos, sino que personalmente se había apropiado de ellas. Tanto se irritaron con él que ninguno sintió compasión en el momento en que le sobrevino la desgracia. En efecto, después de una enfermedad murió uno de
8 sus hijos *** se pasó a los rútulos.

Tzetzes. *Epist.* 107, p. 86

B. I, p. 75 Luego por tres veces da la vuelta corriendo alrededor del sitio, sube las escaleras de rodillas y deposita allí las coronas. A continuación marcha a casa con los músicos.

Tzetzes, *Chil.* 13, 51-53

B. I, p. 74 Y cómo en el carro un esclavo público / está colocado detrás de éste sosteniendo la corona / y diciéndole al oído: «Mira hacia atrás».

de atar las manos del traidor a su espalda lo entregó a los mismos niños para que lo llevaran a casa. Tras este suceso, los faliscos no continuaron resistiendo, sino que, aunque eran difíciles de vencer y sobrellevaban la guerra con abundancia de recursos, trataron con él de buen grado, ya que esperaban obtener una admirable amistad en la misma persona en quien habían encontrado tan justo enemigo (V. 11, p. 578).

Entonces Camilo, como por estas cosas se hizo toda- 4
vía más odioso para los ciudadanos, fue acusado por los a. 391 B. I, p. 76
tribunos de que no había obtenido ningún provecho público del botín de los veyentes, y antes del juicio se exilió por propia voluntad (V. 12, p. 578 = Suidas, s. v. *hypexéschen)*.

Pues hasta tal punto lo denigraba, no sólo la plebe y 6
cuantos tenían algún afán de competencia con respecto a B. I, p. 77
su dignidad, sino también los que eran muy amigos e incluso sus parientes, que ni siquiera disimulaban. Pues cuando pidió a unos que salieran en su defensa, a otros que votaran la absolución[23] *** pero le prometieron que al ser apresado lo condenarían a un castigo económico y pagarían solidariamente la condena. Por esto, bajo los efectos de la cólera, hizo votos porque la ciudad lo necesitara y se pasó a los rútulos antes de ser condenado (M. 46, p. 154)[24].

NOTAS

[1] Ver LIVIO, IV 1, 1. Es el año de la *Lex Canuleia* que permitía el matrimonio entre órdenes.

[2] Quiliarcos es el término empleado para referirse a los tribunos militares, el mismo que se usaba en el texto para definir la función de los tribunos de la plebe. Ahora se trata de los *tribuni militum consulari potestate*. Desde este momento quedará más claro el monopolio de los patricios en el consulado, al crearse el contrapeso de la nueva magistratura. La situación, con todo, sigue siendo oscura y objeto de diversas interpretaciones (cf., por ejemplo, MOMIGLIANO, *Osservazioni...*, pág. 218.

[3] Ver LIVIO, IV 7, 2. A pesar de que existen críticas radicales sobre esta tradición, algunas para retrasar el episodio, otras para atribuir al nombramiento un carácter exclusivamente militar, DE MARTINO insiste en su verosimilitud y coherencia como producto de los conflictos entre órdenes *(Costituzione...*, I, págs. 262 ss.).

[4] Macerino, según LIVIO, IV 8, 1.

[5] Esta magistratura, para algunos, fue creada para dejar a los cónsules dedicados exclusivamente a las funciones militares, lo que se relaciona con la aparición de los tribunos militares, interpretados precisamente así (BROUGHTON, I, 54). Para otros, en cambio, la función inicial sería la de liberar a los cónsules o tribunos sólo de la elaboración del censo. El texto incluye todas las competencias que la magistratura adoptó en tiempos posteriores. Por otro lado, existen críticas de todas las clases a la tradición, pero las principales se refieren a la fecha (cf. DE MARTINO, *Costituzione*, I, pág. 271).

[6] En griego, «portadores de los fasces», pues eran los que llevaban estas insignias de la autoridad de aquellos magistrados a quienes acom-

pañaban como símbolo de valor honorífico de su poder, pero también como ejecutores inmediatos de sus órdenes. Los censores no tienen lictores ni fasces porque no poseen *imperium*.

[7] Detrás de esta práctica se esconden algunas formas originarias de sumisión a la esclavitud, no bien definidas en las fuentes.

[8] Se alude aquí a la creación de un *ordo senatorius* producto de la nueva formación de las estructuras sociales que va reorganizando el sistema de *status* y órdenes como consecuencia de, o al menos paralelamente a, la desaparición de la dicotomía entre patricios y plebeyos.

[9] Primer ejemplo de alianza entre un caballero y la plebe, para la que los estudiosos del tema no acaban de encontrar una explicación coherente que no resulte anacrónica (GAGÉ, *La chute...*, pág. 154). Por el episodio que se relata inmediatamente después da la impresión de que se le atribuyen algunas actividades de tipo mercantil *(Ibid.*, pág. 228). El nombre es corrupción de *Maelius*.

[10] La *gens* Minucia aparece con cierta frecuencia relacionada con casos de distribución de grano en situaciones complejas. Ver DIONISIO DE HALICARNASO, VIII 23-28, y GAGÉ, págs. 176, 228. Sobre su condición patricia expresa sus dudas LIVIO, en IV 16, 3 (ver GAGÉ, pág. 247).

[11] Ver DIONISIO, XII 2, 5, para las circunstancias del nombramiento.

[12] Esta es la versión más generalizada en las fuentes en relación con tales hechos. Pero existe otra versión, que DIONISIO DE HALICARNASO, XII 4, 2-5, atribuye a Cincio Alimento y a Cornelio Pisón, que hace de Servilio un simple particular. Según una hipótesis, expuesta por T. J. CORNELL, «The Value of the Literary Tradition concerning Archaic Rome», en K. A. RAAFLAUB (ed.), *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflicts of the Ordens,* University of California Press, 1986, págs. 59 ss., la duplicidad de versiones procede de la época posterior a los Graco, en que se buscaban modos de justificar las acciones tomadas contra los nuevos «aspirantes a tiranos». En el texto de Zonaras, más adelante, se señala la duplicidad de versiones de una manera encubierta. Ver también BROUGHTON, I, pág. 56.

[13] Existe la hipótesis de que se trate de un error para referirse a los de Fides o Veyes, como LIVIO, IV 32. Ver CARY *ad l.*

[14] Para una interpretación ritual, relacionada con las *Neptunalia,* de este episodio, ver G. DUMÉZIL, *Fêtes romaines d'été et d'automne,* París, Gallimard, 1975, págs. 25 ss.

[15] Sobre la dictadura de Camilo, ver LIVIO, V 19-23, y el apéndice de la edición *C.U.F.*, págs. 140-155.

[16] Hay una laguna en el texto donde se hacía una referencia a la captura de la ciudad. Ver CARY.

[17] Aquí se reflejaría alguna de las etapas de la introducción conflictiva del templo de Apolo, interpretada con connotaciones de helenización o etrusquización, así como el posible enfrentamiento entre ambas tendencias dentro de los movimientos culturales de la República Romana del siglo IV. En todo ello está presente también, de modo inseparable, el tema del conflicto de Camilo con la población romana.

[18] PLUTARCO, *Camilo* 7, se refiere a la arrogante celebración del triunfo.

[19] Ver L. BONFANTE-WARREN, «Roman Triumphs and Etruscan Kings: The Changing Faces of the Triumph», *JRS* 60 (1970), 49-66, para quien la historia del triunfo tiene tres etapas fundamentales: la pre-etrusca, indoeuropea, con la *ovatio* y otros rituales primitivos paralelos a los demás pueblos de Italia; la etrusca, en que adquiere los rasgos fundamentales conocidos; y la helenística, donde se incorporan los rasgos propios de la helenización, por influencia de las monarquías del Mediterráneo oriental. Según esta versión, no habría ninguna influencia de los episodios de Camilo en el ritual.

[20] Para otras procesiones, ver M. CLAVEL-LÉVÊQUE, *L'empire en jeux. Espace symbolique et pratique sociale dans l'Empire romaine,* París, CNRS, 1984, págs. 40 ss.

[21] Para descifrar el posible sentido de esta torre circular, ver J. ARCE, *Funus imperatorum. Los funerales de los emperadores romanos,* Madrid, Alianza, 1988, especialmente, págs. 35 ss. y 55 ss.

[22] Otras fuentes añaden: «recuerda que eres hombre». Ver H. H. SCULLARD, *Festivals and Ceremonies of the Roman Republic,* Londres, Thames and Hudson, 1981, págs. 213-218, para una descripción sumaria de los elementos más importantes de la ceremonia y de sus transformaciones. También, H. S. VERSNEL, *Triumphus. An Inquiry in to the Origin, Development and Meaning of the Roman Triumph,* Leiden, Brill, 1970. Sobre el recorrido de la procesión triunfal, F. COARELLI, *Il Foro romano I. Periodo arcaico,* Roma, Quasar, 1986, págs. 53 ss.

[23] Laguna reconocida por BEKKER. Puede suponerse: «Se negaron a apoyarlo con su voto», según CARY.

[24] Según A. MOMIGLIANO, «Camillus and Concord», *CQ* 36 (1942) = *Secondo Contributo,* Roma, 1960, pág. 92, el episodio estaría influido por acontecimientos posteriores, concretamente por los relacionados con el proceso de los Escipiones. Lo mismo podía ocurrir con el que muestra la generosidad de Camilo hacia los faliscos.

LIBRO VII

Que la causa de la expedición de los galos fue la si- I 25
guiente: los clusinios, maltratados por ellos en la guerra, a. 391 B. I, p. 78
se refugiaron junto a los romanos, y no era pequeña su esperanza de encontrar alguna ayuda de su parte, dado que no se habían unido a los veyentes aunque eran de la misma nacionalidad. Pero como no votaron aquéllos la ayuda, sino que enviaron embajadores a los galos para
hacer la paz, la mantuvieron por poco tiempo (pues se les 2
ofrecía a cambio de una parte del territorio) y, al haber caído sobre los bárbaros en una batalla después de las conversaciones, apresaron además a los embajadores de los romanos. Entonces los galos, que soportaban difícilmente que permanecieran en el lado opuesto, primero enviaron a algunos a Roma, para acusar a los embajadores. Luego, como no obtenían satisfacción y todos fueron nom-

Zonaras, VII

Los galos europeos de los que los asiáticos se consideran co- I 23
lonos ***. B. I, p. 78

En estas circunstancias los clusinios, tras poner una embos- 2
cada con los embajadores de los romanos, atacaron a los galos.

brados tribunos militares, se encolerizaron, pues eran muy exagerados en su furia, y, sin tener en cuenta para nada a los clusinios, se volvieron contra Roma (U^R 2, p. 373).

Que los romanos que hicieron frente al ataque de los
3 galos no pudieron ni respirar, sino que, como en el mismo
B. I, p. 79 día pasaron de la marcha a la batalla tal como estaban,
cayeron derrotados. Pues, asustados ante lo inesperado de
su ataque, además de la masa y el tamaño de sus cuerpos,
del sonido extraño y el grito terrorífico, se olvidaron al
mismo tiempo de sus conocimientos tácticos y por ello
4 dejaron de lado su valor. En efecto, en grandísima medida
el conocimiento conduce a la valentía, porque, cuando está presente en alguien, afirma la fuerza de su saber y,

Zonaras, VII

3 Había actuado con tal rapidez que llegaron a la ciudad sin que
B. I, p. 79 los romanos se hubieran enterado de la expedición. No obstante, se dice que la divinidad les había anunciado el ataque de antemano. Pues Marco Cedicio[1] mientras iba de noche a algún lugar, oyó una voz que decía: «Vienen los galos». Cuando Marco contó esto al pueblo y al senado [se tomaron su narración a broma y se rieron][2], hasta que los galos al acercarse se convirtieron en sus propios mensajeros. Entonces, como salieron apresuradamente y combatieron sin orden, sufrieron la derrota más vergonzosa. Muchos cayeron en combate, otros murieron capturados en la huida y muchos más perecieron tras ser arrastrados hasta el río Tíber. Los restantes, dispersos, unos pudieron ir a Roma, otros a distintos lugares. Los de Roma, cuando conocieron lo sucedido, se encontraron en una situación embarazosa y, desesperados, ni establecieron la vigilancia de las murallas ni cerraron las puertas de la ciudad, sino que unos la abandonaron y huyeron, y otros con las mujeres y los niños subieron a la carrera al Capitolio. Sólo

cuando falta, también colabora a su destrucción mucho más que si no la hubieran tenido desde el principio. Muchos inexpertos enderezan con frecuencia la situación violentamente gracias a su ánimo, pero los que fallan en la disciplina que hayan podido aprender destruyen la fuerza de su reflexión. Por lo que también los romanos fracasaron en esta ocasión (M. 47, p. 154).

Que los romanos que estaban sitiados en el Capitolio 5
no tenían más esperanza de salvación que la que pudiera B. I, p. 80
venir de parte de la divinidad. Pues lo relativo a los dioses, incluso en una situación tan negativa desde todos los puntos de vista, lo atendían de tal manera que, una vez que los pontífices necesitaron que uno de los ritos se celebrara en alguna otra parte de la ciudad, Cesón Fabio, a quien correspondía la realización del sacrificio, bajó desde el Capitolio ataviado según la costumbre y, después de pasar a través de los enemigos y cumplir con lo establecido, regresó inmediatamente[3]. Desde luego, me sorprende 6
que los bárbaros no lo molestaran, bien por intercesión divina, bien por su valor; pero sobre todo lo admiro por los

ZONARAS, VII

ochenta varones, que según unos eran sacerdotes, según otros los primeros de los romanos por edad, riqueza y linaje, con vestiduras sagradas o muy adornadas ***[4].

Los galos llegaron al día siguiente a Roma *** se acercaron 4
y no entraron ***, pero al tercero se atrevieron a dar el asalto y B. I, p. 80
tomaron la ciudad.

Luego se lanzaron sobre el Capitolio. Como, a pesar de que 5
lo intentaron durante muchos días no lograban nada, *** ca- B. I, p. 80
yeron a causa de la embriaguez. Pues, encontraron mucho vino

siguientes motivos: porque se atrevió a bajar solo hasta los enemigos y porque, aunque pudo retirarse a algún lugar seguro, no quiso, sino que voluntariamente regresó de nuevo al Capitolio en una situación de peligro manifiesto, pues sabía que aquéllos dudaban en abandonar el único lugar de la patria que todavía les quedaba, pero veía que ni aunque anhelaran huir podrían hacerlo debido a la multitud de los que los asediaban (V. 13, p. 581).

7 Que cuando le solicitaron que tomara en sus manos el poder no los escuchó, porque era un desertor y no iba a tomarlo contra las tradiciones. En efecto, se convirtió en un hombre tan legal y escrupuloso que incluso en una situación de tanto peligro para su patria, por motivos de

ZONARAS, VII

y lo bebieron sin medida, dado que nunca antes habían probado una bebida de tal clase.

6 Después de haberse deslizado con dificultad y de esforzarse en dar un salto ***.

7 Los bárbaros que pasaron por allí durante el día [y se enteraron por dónde había entrado Poncio al Capitolio][5] (sospecharon esto por los escombros arrancados de la piedra y porque la hierba, que allí era abundante, estaba esparcida unas veces y apretada otras), decidieron subir también ellos de noche. Se pusieron a la obra y, aunque era difícil, subieron de todas maneras, y habrían pasado desapercibidos ***.

8 Por poco la habrían abandonado. Pues no obedecían ni a los
B. I, p. 82 que ocupaban los cargos ni al senado, cuando los convocaban y les aconsejaban no abandonar la ciudad, que ya estaba a salvo de los enemigos, si no llega a ser porque en el foro, cuando todos deliberaban sobre esto, un centurión que llevaba una guarnición, y que pasó precisamente junto a la misma asamblea, gritó a los que le acompañaban: «Deteneos aquí, pues aquí tenéis que quedaros». En efecto, creyeron que esto se había dicho por alguna provi-

conciencia ponía en práctica las cosas más adecuadas y no consideraba justo dejar a los descendientes ningún modelo de ilegalidad (V. 14, p. 582).

Que el pueblo condenó a Capitolino[6], su casa fue de- I 26
rribada, sus riquezas confiscadas y su nombre, así como a. 384
cualquier retrato que hubiere en alguna parte, fue borrado

ZONARAS, VII

dencia divina, se negaron a alejarse y se dedicaron con entusiasmo a la reconstrucción de Roma.

Como se lanzó sobre él inesperadamente *** sin ningún da- 9
ño para sus ciudadanos lo liberó el mismo día[7]. Entonces celebró el triunfo como artífice de la victoria y fue elevado al mayor grado de gloria.

Así pues, la plebe nada más recibirlo lo subió al Capitolio. 10
Y lo ocuparon. Por ello Camilo fue elegido dictador por cuarta vez. Como los senadores y los cargos políticos cayeron en un gran temor y no sabían qué hacer, un esclavo se adelantó hacia ellos y les prometió entregarles a Capitolino vivo. Tras recibir hoplitas y haberles ordenado tender una emboscada al pie del Capitolio, como si fuera un desertor, se dirigió a Capitolino, lo alabó por su empresa y le prometió el auxilio de parte de sus compañeros de esclavitud. Mientras dialogaba con él, se lo llevó lejos de los que lo rodeaban, como si fuera a comunicarle algo de manera muy privada, y tranquilamente avanzó hacia aquella parte del Capitolio en la que se había organizado la emboscada. Allí lo empujó hacia abajo. Capturado, fue llevado a juicio. Enumeró sus hazañas, mostró a los que lo juzgaban y a los que lo rodeaban el Capitolio, que era visible desde allí, y les recordó su salvación y la de los ciudadanos que se habían refugiado en él, de tal modo que entonces los jueces lloraron y retrasaron la votación.

Luego, cuando se hubieron puesto en movimiento muchas 7 24
guerras contra la misma Roma y las ciudades sometidas a ella, a. 381 B. I, p. 84
los romanos, después de haber salido a hacer frente a sus adver-

y destruido. Ahora, salvo el derribo, todo esto sucede en las ocasiones en las que alguien conspira contra la comunidad. Decidieron también que ningún patricio habitara en la parte alta, precisamente porque aquí había vivido él. El linaje de los Manlios prohibió que ninguno de ellos se
2 llamara Marco, puesto que tal era su nombre. Tan profunda fue, pues, la transformación experimentada por Capitolino, tanto en sus maneras como en la suerte. Pues así como dominó con certeza los asuntos militares, no supo vivir en paz, y el Capitolio que había salvado lo retuvo de forma tiránica; aunque era patricio se convirtió en víctima de la acción de un siervo; confundido con un guerrero, fue capturado a la manera de un esclavo y arrojado desde la misma piedra desde la que había rechazado a los galos (V. 15, p. 582).

Zonaras, VII

sarios a las órdenes de Camilo, o de otros, cuando ya aquél envejeció, hicieron cesar las guerras y tuvieron una paz sólida con los
8 de fuera, pero entre ellos seguían en conflicto. Pues un tal Marco Fabio, patricio, que era precisamente padre de dos hijas, a la mayor la entregó en matrimonio a Licinio Estolón, muy inferior a él, y a la más joven la unió a Sulpicio Rufo, varón del mismo rango. Una vez, cuando Rufo era tribuno militar y se encontraba en el foro, la hermana de su mujer se presentó a verlo. Cuando él llegó, el lictor golpeó la puerta según la antigua costumbre, y la mujer, que todavía no estaba acostumbrada a esto, se asustó ante el ruido. Por ello rompieron a reír tanto su hermana como los de-
9 más presentes y fue objeto de burla como mujer vulgar. El
B. I, p. 85 episodio se convirtió para ella en motivo de indignación y comenzó a pinchar a su marido para que obtuviera una magistratura. Entonces Estolón, movido por su mujer, tras haber hecho partícipe de los detalles del asunto a un tal Lucio Sexto, varón igual

Que Capitolino fue despeñado por los romanos. Así 3
nada permanece en su sitio para los hombres en general, y los éxitos promueven muchas desdichas, pues al alzarlos hacia las esperanzas de otros similares, siempre hacen que se pretenda algo más y los empujan hasta que caen en el extremo totalmente opuesto (M. 48, p. 155).

Que Camilo[8] emprendió una campaña contra los tus- I 28
culanos, pero, con una afectación verdaderamente admi- a. 381 B. I, p. 84
rable, nada malo sufrieron. Pues, como si no hubieran cometido ningún error, ni los romanos tuvieran ningún resentimiento contra ellos, sino que en verdad marcharan como amigos a encontrarse con amigos o a hacer una expedición contra cualesquiera otros a través de su territorio, ni alteraron lo que estaba establecido, ni se vieron inquietados en absoluto, sino que, como absolutamente 2
todos permanecieran en el territorio dedicados a sus labores y a las otras actividades propias de la paz, recibieron dentro a la expedición, les hicieron regalos de hospitalidad y los honraron como amigos en todos los aspectos. Por lo cual, los romanos no les hicieron ningún mal, sino que después les concedieron la ciudadanía[9] (V. 16, p. 582).

En el libro VII de Dion: «los tusculanos no levantaron 3
las manos contra él» (Bekk., *Anecd.*, p. 123, 32).

ZONARAS, VII

que él, lo forzó a hacerse ambos tribunos, y consiguieron alterar el orden de la ciudadanía, de tal modo que en cuatro años el pueblo no tuvo magistrados, pues impidieron la celebración de los comicios electorales de los patricios[10].

29 1 Que, en la época en que Rufo era tribuno militar y tu-
a. 376 B. I, p. 84 vo que realizar algún acto público en el foro, en el mo-
mento en que llegó y el líctor golpeó la puerta según una
antigua costumbre, su mujer se conmovió por esto, porque
antes no había tenido ninguna experiencia, y se asustó.
2 Como se echaron a reír delante de ella, tanto su hermana
B. I, p. 85 como los demás, y se sintió humillada como mujer ajena a
los asuntos de los magistrados por el hecho de que su ma-
rido nunca había tenido ningún cargo importante, lo con-
sideró horrible, como de otra parte también es natural que
le suceda a las mujeres a causa de la mezquindad de sus
sentimientos, y no dejó de sufrir hasta que alteró a la ciu-
dad entera, pues a veces los pequeños sucesos se convier-
ten en causa de muchos y grandes males, cuando alguien
los toma con envidia y dominado por los celos (M. 49, p.
155).

ZONARAS, VII

10 Y esto habría llegado todavía a más, si no hubiera venido un
a. 367 B. I, p. 86 mensaje[11]. Después de abandonar cualquier diferencia que hu-
biera entre ellos, salieron en campaña contra los bárbaros. No
hubo, con todo, un combate común, sino más bien una lucha singu-
11 lar. Pues un tal Tito Manlio, varón patricio, que se había querellado
contra su padre, despreocupado de todo, pasaba la vida en el campo;
pero reconciliado con su padre y convertido en tribuno militar, se
presentó frente al celta que lo desafiaba a un combate singular.
Tras haberlo vencido lo despojó de su anillo que estaba trenzado
12 de oro, y, por llevarlo, lo llamaron Torcuato. Cuando se encontra-
ron los ejércitos, fueron derrotados los celtas y, aunque renuncia-
ron a atacar Roma, saquearon la Albánida. Entonces los romanos,
después de dejarlos arrasar el territorio, para que se hicieran más
fáciles de atacar al haberse encontrado con abundante comida y

Que en las desdichas la esperanza de la salvación es 3
capaz de persuadir a alguien a que confíe incluso en lo absurdo (M. 50, p. 156).

Pues siempre cuando estaban en conflicto destruían 4
parcialmente el orden de la ciudadanía, de modo que aquello por lo que antes habían emprendido las mayores guerras, todo eso con el tiempo lo habían adquirido no, por así decirlo, de manera poco conflictiva, pero tampoco con dificultad (M. 51, p. 156).

Publio[12], cuando los ciudadanos entraron en conflicto 5
entre sí, estuvo a punto de reconciliarlos. Pues nombró je- a. 368
fe de caballería, aunque era de la plebe, a Licinio Estolón. Tal ruptura disgustó a los patricios, pero a los demás los apaciguó hasta tal punto que, al año siguiente, no se volvieron a oponer al consulado, pero dejaron de elegirse los

ZONARAS, VII

bebida, se arrojaron sobre ellos, mataron a muchos hombres y se apoderaron de su campamento. Camilo al regresar a Roma renunció al mando[13].

Desde entonces los tribunos militares, que habían sustituido 13
a los cónsules, quedaron sin función y se eligieron cónsules, unas veces patricios, otras de la plebe, pero a veces también de unos y de otros por igual. A causa de una epidemia que cayó sobre Roma murió Camilo y los romanos se sintieron enormemente afligidos por su muerte.

Después de esto se cuenta que sucedió una desgracia en I 25
Roma. Dicen que se abrió repentinamente la llanura situada en- B. I, p. 87
tre el Palatino y el Capitolio, y no porque hubiera precedido un seísmo ni ninguna otra causa semejante, como suele ocurrir de manera natural en casos similares. El abismo se conservó durante mucho tiempo, y no se volvía a juntar ni volvía a rellenarse, y eso que los romanos llevaban mucha tierra, piedras y materiales de todas clases.

6 tribunos militares. A partir de aquí, como cedieron tam-
B. I, p. 86 bién en algunos otros asuntos, por ellos hubieran llegado también a la reconciliación si el tribuno Estolón, al decir algo parecido a que si no comían no beberían[14] no los hubiera persuadido de que no prescindieran de nada, sino que consiguieran por la fuerza todo cuanto habían intentado (V. 17, p. 585).

30 2 No existe ningún ser vivo mortal ni mejor ni más fuer-
a. 362 B. I, p. 87 te que el hombre. ¿O no veis que todos los demás están inclinados hacia abajo, miran siempre a la tierra y no hacen nada que no tenga que ver con el alimento y el sexo (pues a esto han sido condenados por la misma naturale-
3 za), mientras que sólo nosotros miramos hacia arriba, nos
B. I, p. 88 relacionamos con el mismo cielo, despreciamos lo que

ZONARAS, VII

2 Cuando ya estaban desesperados, les fue comunicado a los romanos un oráculo en el sentido de que lo que se había separado no se uniría de ninguna manera, si no arrojaban en el abismo lo mejor que tuvieran y por lo que habían obtenido su mayor fuerza. Pues de esta manera aquello cesaría y la ciudad tendría una potencia indestructible.

Así continuaba sin resolverse la incertidumbre, dado que el oráculo no resultaba nada claro. Sin embargo, Marco Curcio, varón patricio, joven de edad, muy agraciado de figura, muy vigoroso en lo que a la fuerza se refiere, de ánimo valiente, sobresaliente por su prudencia, que había comprendido el sentido del oráculo,

TZETZES., *Schol. ad Exeg. Iliad.*, p. 136, 17

B. I, p. 87 Dion Casio Cocceyano, el que hizo una recopilación de temas romanos, dice que por la cólera divina apareció cerca de Roma una grieta que no se cerraba. Como, según un oráculo, se cerraría

está sobre la tierra y nos ponemos en contacto con los mismos dioses como iguales a nosotros, del mismo modo que si fuéramos criaturas y hechuras de ellos, no terrestres, sino celestes? Por eso también a ellos los pintamos y los esculpimos según nuestras imágenes. Pues, incluso, si se me permite decir una osadía, ni el hombre es nada más que un dios con cuerpo mortal, ni el dios es nada más que un hombre incorpóreo y por consecuencia también
inmortal. En esto aventajamos a todos los demás seres vi- 4
vos. No hay ninguno, ni terrestre, ni acuático, ni aéreo,

ZONARAS, VII

se presentó en público y pronunció el siguiente discurso: «¿Por
qué, romanos, acusamos a las oscuridades de las predicciones y 3
no a nuestra propia ignorancia? Nosotros somos lo que buscamos y no encontramos, pues nunca se considerará mejor lo inanimado que lo animado, ni se honrará por encima de lo inteli-
gente, prudente y dotado de razón, lo que carece de inteligencia, 4
razón y prudencia. Pues ¿qué podría juzgarse preferible al hombre, para que lo arrojemos en la grieta de la tierra y la volvamos a juntar? No hay ningún ser vivo mortal que sea mejor ni más fuerte que el hombre. En efecto, si se me permite decir algo aunque resulte osado, ni un hombre es nada más que un dios con cuerpo mortal, ni un dios es nada más que un hombre incorpóreo y por tanto inmortal, por lo que no estamos muy dis-
tantes de la potencia divina. Así lo considero, y os pido que os 5
suméis a este parecer. Que nadie piense que voy a hacer un B. I, p. 88

TZETZES, *Schol. ad Exeg. Iliad.*, p. 136, 17

si arrojaban en él lo mejor para los romanos, un tal Curcio, caballero noble, al ver que nadie más podía explicar el oráculo, él mismo interpretó que quería decir un caballo junto con un hombre, e inmediatamente se subió al caballo. De tal guisa se lanzó

que no hagamos nuestro esclavo, o bien cogido gracias a la velocidad, o dominado por la fuerza o capturado con variadas artes, sino que a unos los arrastramos desde el fondo sin verlos, y a otros los abatimos desde el cielo,

ZONARAS, VII

sorteo o a proponer que muera una doncella o un muchacho. Yo mismo voluntariamente me entrego a vosotros, para que hoy sin falta me enviéis como heraldo y embajador a los dioses subterráneos y me convierta para siempre en vuestro patrono y aliado».
6 Tras decir esto, Curcio se vistió las armas, y a continuación se subió al caballo. Los demás se pusieron muy tristes y, a la vez, muy contentos y, después de reunir algunos ornamentos, unos lo adornaban personalmente con ellos como a un héroe, otros también arrojaron algunos al abismo. Curcio se lanzó inmediatamente a caballo en el interior y se cerró la abertura de la tierra, por lo que ya nadie contempló nunca más ni el abismo ni a Curcio. Así es como cuentan esto los romanos. Si alguien lo juzgara novelesco y no fidedigno, es muy libre de no hacerle caso.

7 Los romanos tuvieron que sostener nuevas guerras promo-
a. 340 B. I, p. 89 vidas por los galos y otros pueblos, pero a todos los rechazaron. En un caso votaban cónsules, en otros dictadores, como cuando tuvo lugar el siguiente suceso. Fue elegido dictador Lucio Camilo, en una ocasión en que los galos corrían contra el territorio controlado por los romanos. En el momento de lanzarse contra los bárbaros tuvo la idea de dejar pasar el momento y de no correr riesgos frente a hombres que actuaban de modo poco razonable. Así, concibió la esperanza de que ellos se agotarían con

TZETZES, *Schol. ad Exeg. Iliad.*, p. 136, 17

heroicamente, acompañado de un estremecimiento general y se arrojó en aquel precipicio. Inmediatamente se colmó el abismo y se cerró. El resto de los romanos arrojó flores desde arriba. Desde este momento el lago fue llamado Curcio [15].

sin llegar hasta ellos (Máx. Conf., *Florilegio* 211v A = 241 B; M., p. 532).

Que Dion dice: «Por ello, aun no acostumbrado a usar 32
digresiones verbales, entre otros modos de traer su re- B. I, p. 90
cuerdo también añadí la olimpiada, para que cuando se le olvide a la mayoría el momento de la migración se haga más famoso por eso» (M. 52, p. 156)[16].

Esta y otras cosas del mismo tipo reclamaban, no por- I 35
que esperaran obtener ninguna de ellas (pues bien cono- a. 340

ZONARAS, VII

más facilidad y con más seguridad debido a la falta de alimentos.
Pero un galo retó a uno de los romanos a un combate singular. 8
Frente a él salió Marco Valerio que era tribuno militar[17], nieto de Máximo. El combate resultó brillante por ambas partes. Pues éste destacaba por su sabiduría e ingenio y el galo por su fuerza y audacia. Fue especialmente admirable el hecho de que un cuervo, después de volar y graznar sobre el casco de Valerio, se arrojó sobre el bárbaro, con lo que turbó su visión y sirvió de obstáculo a su ataque, hasta que fue vencido. Por ello, como los galos se irritaran por haber sido vencidos por un ave, de nuevo con entusiasmo fueron al encuentro de los romanos y tuvieron que separarse de mala manera. Valerio, a causa de la colaboración del cuervo, fue apodado Corvino[18].

Más tarde, en el momento en que los ejércitos entraron en 9
conflicto y estaba a punto de estallar la guerra civil, se apacigua- a. 342 B. I, p. 89
ron los que habían iniciado el conflicto cuando se promulgaron leyes según las cuales nadie sería borrado contra su voluntad del censo, ni el que había sido tribuno sería centurión, ambos cónsules podían pertenecer a la plebe y la misma persona no podría desempeñar al mismo tiempo dos magistraturas ni la misma dos veces dentro del plazo de diez años[19].

Los latinos, aunque gozaban de un pacto con los romanos, I 26
se rebelaron y emprendieron la guerra, pues tenían la confianza a. 340 B. I, p. 90
de que poseían una floreciente juventud y practicaban las dis-

cían, mejor que nadie, las intenciones de los romanos), sino para, al no obtenerlas, tener así un pretexto por el que acusarlos por las injusticias sufridas (M. 53, p. 156).

ZONARAS, VII

ciplinas bélicas atentamente como consecuencia de su constante estado de guerra frente a ellos. Cuando los romanos se enteraron de esto, salieron a su encuentro, después de haber elegido cónsules a Torcuato por tercera vez y a Decio, y sostuvieron con ellos
2 un violento combate, de modo que cada uno consideró aquel día como el veredicto certero de su propia fortuna y de su valor. La batalla resultó muy famosa también por un determinado suceso. Pues los cónsules, al ver a los latinos equipados de la misma manera y hablando la misma lengua, tuvieron miedo de que algunos de los soldados se equivocaran, por no distinguir muy fácilmente lo que era propio y lo que correspondía a los enemigos. Por eso les advirtieron de antemano que se fijaran atentamente en todo y
3 principalmente que nadie se enzarzara por su cuenta con ninguno de los contrincantes. Esta advertencia la atendieron en general, pero el hijo de Torcuato, que combatía entre los caballeros y había sido enviado a observar a los enemigos, la pasó por alto, no por arrogancia, sino precisamente por defensa de su honor. Así, el jefe de caballería de los latinos, al verlo avanzar, lo retó a un combate singular y, como no lo aceptara a causa de la advertencia, lo pro-
4 vocaba con estas palabras: «¿No eres tú acaso hijo de Torcuato?
B. I, p. 91 ¿No te enorgulleces del collar de tu padre? ¿Es que con los hombres galos, seres funestos, os atrevéis y sois valientes y a nosotros los latinos nos tenéis miedo? ¿Por qué os creéis dignos de mandar sobre nosotros? ¿Por qué nos dais órdenes como si fuéramos inferiores a vosotros?». En consecuencia, tal fue su irritación que se enfureció y se olvidó de la recomendación. En el combate cuerpo a cuerpo salió victorioso y, muy ufano, llevó a su padre los despojos. Éste reunió al ejército y dijo: «Sin duda, hijo, combatiste no-
5 blemente y por ello te voy a coronar. Pero por no haber obser-

En el libro VII de Dion: «Por esta razón te voy a cas- 2
tigar, para que al mismo tiempo que el premio de tu haza- a. 340 B. I, p. 91
ña, así recibas el precio de tu desobediencia» (Bekk., *Anecd.,* p. 133, 19).

Era claro para todo el mundo que, después de haber 4
examinado el resultado del combate, se habían colocado de parte del vencedor. No los rechazó Torcuato, desde luego, no fuera a ser que, como la situación con respecto a los latinos todavía estaba en su punto álgido, estuvieran dispuestos a rebelarse. No era, en efecto, un hombre rudo en todo, ni su comportamiento con su hijo era el normal en todo lo demás, sino que estaba reconocido como buen consejero y buen guerrero, de modo que se decía, tanto entre los ciudadanos como entre los adversarios, que tenía en sus manos el control de la guerra y si hubiera estado al frente de los latinos, habría hecho que ellos vencieran en todo el frente (M. 54, p. 157, y V. 18, p. 585).

ZONARAS, VII

vado lo establecido, aunque en verdad estabas obligado a hacerlo como hijo y como soldado, te voy a castigar, para que recibas el premio de tu hazaña y el precio de tu desobediencia». Tras haber dicho esto, al mismo tiempo que colocaba la corona en su cabeza, se la cortaba[20].

A continuación ambos cónsules tuvieron un sueño en la mis- 6
ma noche que parecía decirles igualmente que someterían a los B. I, p. 92
enemigos si uno de ellos dos se inmolaba. Al llegar el día, cuando se comunicaron el sueño el uno al otro, coincidieron en que era de procedencia divina y acordaron que debían obedecer. Sin embargo discutieron entre sí, no sobre quién podría salvarse, sino más bien sobre quién era el que iba a inmolarse. Defendieron su causa entre los primeros del campamento. Por fin decidieron que uno se colocara al frente del ala derecha, el otro al

9 Que los romanos estaban furiosos con Torcuato por lo
B. I, p. 92 que había sucedido a su hijo, tanto que las peores acciones se llamaron «manlianas» por él, y porque, muerto aquél y muerto su colega, celebró de todos modos las fiestas de la victoria; sin embargo, cuando vieron la amenaza de otra guerra, de nuevo lo votaron para el cuarto consulado. Pero él no quiso ya ponerse al mando, sino que lo rechazó con el argumento de que «ni yo os soportaría a vosotros ni vosotros a mí» (M. 55, p. 157)[21].

7 Que dice Dion: «Veo desde luego con admiración el
B. I, p. 93 hecho de que la muerte de Decio enderezara el combate,

ZONARAS, VII

frente de la izquierda, y que muriera el que estuviera al frente de
7 la que fuera derrotada. Pero tal era su rivalidad en lo que a la inmolación se refiere que cada uno de los cónsules deseaba ser derrotado, para alcanzar la inmolación y la gloria correspondiente. Cuando se arrojaron sobre los latinos, durante mucho tiempo combatieron de manera equilibrada, luego el ala de Decio cedió un poco. Al darse cuenta de ello, Decio se inmoló él mismo[22]. Tras despojarse de las armas, se puso la vestimenta bordada de púrpura *(pretexta)*. Unos dicen que de este modo saltó a su caballo, se lanzó sobre los enemigos y fue muerto por ellos, y otros que fue degollado por un conciudadano de su propio ejército. Fi-
8 nalmente, una vez muerto Decio, los romanos obtuvieron la victoria de una manera clara y todos los latinos retrocedieron, pero la única causa no había sido la muerte de Decio. ¿Cómo podría nadie creer que semejante muerte de un solo hombre podía influir en una multitud tan grande que una parte pereciera y otra se salvara y venciera de modo evidente? No obstante, los latinos fueron derrotados de esta manera, y Torcuato, aunque había matado a su hijo y a pesar de la muerte de su colega, celebró de todos modos el triunfo[23].

9 Más tarde, cuando los latinos se rebelaron, hicieron la gue-
B. I, p. 93 rra contra ellos, y sometieron a otros pueblos en combate, unas

de que a los que vencían los abatiera y a los que se encontraban dominados les diera la victoria, pero no puedo explicar por qué sucedió. Pues cuando observo ciertas hazañas (y muchas de este tipo son ya las que sabemos que les
han sucedido a muchos), no puedo desconfiar de lo que se 8
dice. Pero cuando trato de calcular sus causas, me veo completamente arrastrado a la incertidumbre. Pues, ¿cómo nadie iba a poder creer que por la inmolación de un hombre solo una multitud tan grande podía obtener indistintamente la salvación o la dominación? De qué manera y por qué causas esto es así, queda en manos de otros averiguarlo» (M. 56, p. 157).

Que tras subordinar a los latinos a su benevolencia los 10
romanos les otorgaron la ciudadanía, con lo que los igua- a. 338
laron a ellos. En efecto, no los hicieron partícipes de ella mientras amenazaban con la guerra y soportaban tales peligros, pero una vez que los dominaron, entonces voluntariamente votaron a favor de concedérsela a unos como consecuencia de su alianza, a otros porque no habían intentado nada revolucionario (M. 57, p. 158)[24].

Que los romanos emitieron una sentencia referente a 11
los privernatas, después de preguntarles qué les parecía a. 328 B. I, p. 94
que debía pasarles como consecuencia de sus acciones. Ellos contestaron con osadía que lo mismo que les resulta adecuado a los que son libres y están deseosos de serlo. Cuando el cónsul indagó de nuevo: «¿y qué haréis si obtenéis la paz?», contestaron: «si la recibimos sobre bases relativamente aceptables, permaneceremos tranquilos, pe-

Zonaras, VII

veces con los cónsules al frente, pero en ocasiones con los dictadores.

ro si somos tratados de una manera desaforada, haremos la guerra». Tras mostrar admiración por su entusiasmo, no sólo les concedieron tratados mucho mejores a ellos que a los demás *** (M. 58, p. 158)[25].

NOTAS

[1] Sobre Marco Cedicio, ver LIVIO, V 32,6.

[2] Puede suponerse a partir de PLUTARCO, *Camilo* 14, que cuenta más detalles sobre la predicción. En 30, 4, se refiere al reconocimiento posterior y a la erección de un templo en la *Via Nova*, en el lugar donde Cedicio había oído la voz, dedicado a *Aius Locutus*, al que también se refiere LIVIO, V 50, 5.

[3] LIVIO lo llama *C. Fabius Dersuo:* V 46, 1-3 y 5, 3. Le atribuye, en esta coyuntura, la realización de ritos familiares privados. Dion es el único que lo llama con el *praenomen Caeso*, pero coincide con Casio Hémina, Apiano y Floro en hablar, en esta ocasión, de ritos pontificales oficiales. Ver BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 96. Sobre los problemas del posible pontificado de este Fabio, ver G. J. SZEMLER, *The Priests of the Roman Republic. A Study of Interactions between Priesthood and Magistracies*, Bruselas, Latomus, 1972, pág. 59.

[4] A. ALFÖLDI, *Early Rome and the Latins*, Ann Arbor, The University of Michigan, 1963, pág. 355, considera más acertada la tradición historiográfica que asigna esta catástrofe al año 387.

[5] Puede deducirse gracias a PLUTARCO, *Camilo* 26, que cuenta con más detalles el episodio de Poncio Cerminio en cap. 25. Al servir de correo con los del Capitolio descubrió el paso a los galos.

[6] Por TITO LIVIO, VI 11, se sabe que el episodio fue el escenario de los conflictos sociales, las luchas con los pueblos vecinos y las rivalidades entre personajes, en este caso entre M. Manlio Capitolino y M. Furio Camilo, todo ello de modo interdependiente. Más detalles sobre la revuelta plebeya y la condena de Capitolino en VI 18-20 y PLUTARCO, *Camilo* 36. Una visión positiva de las medidas de Capitolino en APIANO, II *(Italia)*, 9. Ver BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 102.

[7] Camilo a Sutrio, según CARY.

[8] Año 381, en que Camilo era tribuno militar con poder consular (LIVIO, VI 22, 5). El episodio de los tusculanos lo cuenta LIVIO en VI 25-26. Según PLUTARCO, *Camilo* 37, 1, intentó declinar el nombramiento por razones de salud, aunque debía de temer la envidia.

[9] Se expresa así, en la tradición, parte del proceso por el que la ciudadanía romana se impone, como derecho de una comunidad superior, al derecho de los latinos. Éstos aspiran desde ahora a la incorporación a la comunidad de los romanos como colectivo de carácter superior. De este modo, la *civitas Romana* aparece como un premio para quienes no ofrecieron resistencia a la expansión romana. En el fondo, había un proceso de superposición de derechos.

[10] Año del tribunado de Licinio y Sextio, al que siguieron cuatro años sin magistrados curules: LIVIO, VI 35, 4-10. Licinio Estolón mantendría el tribunado durante diez años: DIONISIO DE HALICARNASO, *Historia Antigua de Roma* XIV 12 (22). Aquí se encuentra el ambiente conflictivo previo al año 367, del que las fuentes dan una visión muy oscura, pero dejan ver el apoyo de algunos patricios, como Fabio Ambusto. T. J. CORNELL, «The Failure of the Plebs», *Tria Corda, Scritti in onore di A. Momigliano a cura di E. Gabba,* Como, Ed. New Press, 1983, págs. 114 ss., busca el sentido histórico escondido detrás de estos aspectos legendarios.

[11] El de que los celtas se dirigían de nuevo contra Roma, según PLUTARCO, *Camilo* 40, para quien el temor hizo cesar la discordia y eligieron a Camilo dictador por quinta vez.

[12] Publio Manlio Capitolino. LIVIO (VI 39, 1-4) cuenta que el período conflictivo había tenido lugar entre los dictadores, Marco Furio Camilo y Publio Manlio Capitolino, pues en asamblea se habían aprobado proyectos sobre deudas y repartos de tierra, pero no los consulados plebeyos, por lo que, según Livio, se mostraron las diferencias entre los intereses de la plebe y los de los tribunos. La medida de Publio Manlio, de nombrar jefe de caballería a Gayo Licinio Estolón, tendría un doble efecto reconciliador. Publio Manlio tuvo necesidad, de todos modos, de presentar explicaciones ante los patricios. Según PLUTARCO, *Camilo* 39, 5, lo que más preocupaba a éstos era la medida que afectaba a la propiedad de la tierra, lo que, sin duda, explica la concesión en el terreno institucional, para ir configurando la alianza entre patricios y plebeyos ricos. Licinio sería el primer plebeyo jefe de caballería.

[13] LIVIO, VI 42, 4-8, plantea problemas cronológicos sobre estos acontecimientos y atribuye a Claudio Cuadrigario la historia del comba-

te singular de Tito Manlio. POLIBIO, II 18, 6, adopta la datación tardía (357/6) para la devastación del territorio de Alba y la actitud pasiva de los romanos. El 367 es el año de las leyes *Licinias Sextias* (LIVIO, VI 42, 9-14). DIONISIO DE HALIC., XIV 8-10 (12-19), dedica mucha atención a la comida y bebida de los bárbaros y pone en boca de Camilo un discurso de contenido imperialista. APIANO, IV *(Céltica)* 1, sólo alude a la victoria y triunfo de Camilo. Ver BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 113.

[14] La expresión hace referencia a un proverbio consecuente con la costumbre griega y romana: si no comían no bebían. Según CARY, *ad l.*, se trata de una alusión al conflicto reflejado en LIVIO, VI 39, según el cual las medidas favorables a los plebeyos podían tomarse total o parcialmente. Son los síntomas de la quiebra del bloque plebeyo en el momento de transformarse el escenario de los conflictos sociales.

[15] Se refieren varios Curcios para explicar este fenómeno (ver *OCD*[2], *s. v.)*. La versión más antigua corresponde a la tradición sabina de Metio Curcio que cayó del caballo cuando iba a luchar contra los romanos. J. POUCET, *Recherches sur la légende sabine des origins de Rome,* Université de Louvaine, 1967, pág. 244, la considera creación posterior, como es para él toda alusión antigua a los sabinos. Ver, también, PERUZZI, cit., pág. 45. J. GAGÉ, *Enquêtes sur les structures sociales et religieuses de la Rome primitive,* Bruselas, Latomus, 1977, pág. 57, relaciona este episodio más antiguo con la ceremonia del *regifugium*. Sobre el cónsul de 445, ver *supra*, nota 1 del libro VI. Sobre el presente caso, LIVIO, VII 6, 1-6, admite la interpretación que atribuye la causa a un terremoto y se pronuncia a favor de éste y no de Metio Curcio como protagonista del hecho. Ver, R. M. OGILVIE, *A Commentary on Livy. Books 1-5,* Oxford University Press, 1965, págs. 75 ss.; E. NASH, *Pictorial Dictionary of Ancient Rome,* Londres, Thames and Hudson, 1968, I, págs. 542 ss.; F. COARELLI, *Guida archaeologica di Roma,* Verona, Mondadori, 1974, pág. 80, piensa que el nombre puede deberse a una obra edilicia del cónsul de 445, pero también *(Il Foro Romano I. Periodo arcaico,* 2.ª ed., Roma, Quasar, 1986, págs. 297-298) que el lugar constituye uno de los puntos dedicados a los sacrificios humanos ofrecidos a las divinidades subterráneas del Velabro. Ver también L. RICHARDSON JR., *A new Topographical Dictionary of Ancient Rome,* Baltimore-Londres, The John Hopkins University Press, 1992, págs. 229-230.

[16] El fragmento, si se admite el orden que ha sido transmitido, puede pertenecer a cualquier momento entre 370 y 340. Se ha atribuido, tanto a la primera entrada de los galos en Italia, como a la «migración» de Alejandro de Epiro a la misma península (cf. CARY, *ad l.)*.

[17] La acción aquí contada parece corresponder realmente al año 349, según Broughton, *MRR*, I, págs. 128-129. A ello se refiere el nombramiento que relata Livio, VII 24, 11, y 26, 1-10. Ver también Dionisio de Halicarnaso, XV 1, y Apiano, IV *(Céltica)* 10.

[18] Dionisio de Halicarnaso, en el lugar citado en la nota anterior, da mayor protagonismo al cuervo. Livio lo llama primero Corvo (VII 26, 12) y luego Corvino (VII 40, 3).

[19] Livio (VII 41-42) expresa de manera más explícita las incertidumbres de la tradición, tanto sobre las formas de llevarse a cabo como sobre el contenido de la legislación atribuido a este año 342.

[20] Los episodios del año 340, en Livio, VIII 3-11. Diodoro, XVI 89-90, establece la correspondencia con el año ático 337/6. Ver Broughton, *MRR*, I, págs. 135-136.

[21] Para más detalles, Livio, VIII 7. Manlio Torcuato era objeto del odio de la *iuventus* romana. Ver R. Develin, *The Practice of Politics at Rome 366-167 B. C.*, Bruselas, Latomus, 1985, pág. 186.

[22] En Livio, VIII 9-10, es decisión particular de Decio, provocada por una ceremonia en que los augurios habían sido desfavorables. Broughton, *MRR*, I, pág. 135. El episodio se repite varias veces en los descendientes de Decio. Ver la discusión en Giannelli, *Trattato*, I, pág. 229.

[23] La batalla tuvo lugar, según Livio (VIII 11, 11), entre Sinuesa y Minturnos. Diod., XVI 90, 2, que la localiza cerca de la ciudad de Suesa, se refiere también a la anexión de una parte del territorio de los vencidos y al triunfo de Torcuato. Ver Broughton, *MRR*, I, págs. 135.

[24] En esta época, la formación de las tribus rústicas se convierte en un modo de colonización, con el que se conceden tierras a los ciudadanos carentes de ellas y se produce una integración con los latinos. Paralelamente, en la misma época se concede con cierta frecuencia la *civitas sine suffragio* y se procede a la formación de los municipios. Ver A. N. Sherwin-White, «The Roman Citizenship. A Survey of its Development into a World Franchise», *ANRW*, I, 2 (1972), págs. 26-31.

[25] Episodio de la expansión romana hacia el Sur, en que, por métodos diversos, se anexionan tierras y se abre la vía hacia Campania y la Magna Grecia. Primero pertenece al territorio pontino objeto de la colonización arcaica romana. Ver F. Coarelli, «Demografia e territorio», en *Storia di Roma*, I, Turín, Einaudi, 1988, pág. 321 y n. 19. Tras vicisitudes en que los lazos con Roma sufren diversas variaciones, Priverno se halla ahora en el objetivo de la nueva forma expansiva de la urbe. Ver D. Musti, «La spinta verso il Sud: espansione romana e rapporti 'internazionali'», *Storia di Roma*, I, Turín, Einaudi, 1988, pág. 530.

LIBRO VIII

En el libro VIII de Dion: «Pues era también muy ca- 18b 36
paz de bastarse a sí mismo en todas las circunstancias de B. I, p. 95
este tipo» (Bekk., *Anecd.*, p. 124, 1)[1].

Pero sabed bien que las venganzas funestas, entre tales 1 36
gentes, destruyen a los mismos condenados, cuando po- a. 325
drían hacerse mejores, y a los demás en absoluto los hacen más prudentes. Pues, la naturaleza humana no quiere dejar de ser como es por culpa de las amenazas, sino que consigue inducir a error no sólo a los que no tienen en cuenta el castigo y se dejan llevar irreflexivamente a lo que se les propone, sino también a los que no lo tienen en cuenta para nada cuando tratan de obtener sus aspiraciones, y lo hacen o bien por la presión de algún temor o por
la soberbia de la valentía, así como por la osadía de la 2

ZONARAS, VII

Uno de los cuales era Lucio Papirio, llamado también Cur- 9 26
sor no sólo por su habilidad, dado que era muy buen corredor, sino por el ejercicio de la carrera. Después de esto Papirio fue

inexperiencia o la temeridad del poder, o a causa de alguna otra circunstancia, del tipo de las que en muchas ocasiones suceden en gran cantidad incluso contra toda espe-
3 ranza. La benevolencia bien ordenada alcanza todo lo contrario. En efecto, a causa del oportuno perdón muchas veces cambian, pero sobre todo cuando obran por valentía y no por maldad, por amor a la honra y no por mezquindad (pues la benevolencia bien razonada es muy hábil para esclavizar y moderar un pensamiento noble), y a los demás los tranforman espontáneamente en cuanto ven lo que se ha salvado. Así, todo el mundo obedece con gusto antes que ser violentado y prefiere atender a la ley voluntariamente más que por la fuerza, porque en lo elegido se esfuerza como si fuera propio, pero rechaza lo procedente de una orden como impropio de una persona libre (M. 59, p. 159).

4 Que no es propio de la mayor virtud y calidad humana
B. I, p. 96 matar a alguien (pues esto muchas veces sucede a manos de los peores y más débiles), sino perdonarlo y salvarlo, lo que ninguno de nosotros puede si tú no quieres.

5 Quiero dejar de hablar; pues mi ánimo se ha cansado y se me va la voz, las lágrimas me quiebran el sonido y el temor tiene atada mi boca. Pero no sé cómo librar-

ZONARAS, VII

enviado como dictador contra los samnitas con Fabio Rulo como jefe de caballería y, después de derrotarlos, los obligó a pactar con las condiciones que quiso. Pero cuando dejó el cargo se alzaron de nuevo[2].

10 Atacados y derrotados por el dictador Aulo Cornelio[3], de
B. I, p. 97 nuevo enviaron mensajeros a los de Roma, tras mandarles cuantos prisioneros de guerra tenían, y atribuían la responsabilidad de la

me. Pues el sufrimiento, si no te parece bien alguna otra cosa, dado que no es ambigua la manera en que se me manifiesta de antemano, no me induce a guardar silencio, sino que, como si esperara que la salvación de mi hijo fuera a depender de lo último que diga, me obliga a hablar más como en las oraciones de súplica (M. 60, p. 159).

Así pues, sentía escrúpulos de destruir el nombre y la 6
forma de la magistratura con que se había investido. a. 325
Cuando iba a prescindir de Rulo, al ver el ardor del pueblo prefirió, como modo de resistencia, mostrarse complaciente con él en el mayor grado y dirigir más bien a los jóvenes de modo que por su inesperada actitud se hicieran de su misma opinión. Entonces, con la mirada torcida se dirigió al pueblo con acritud, alzó la voz y habló[4]. Se hizo 7
el silencio, pero no se quedaron tranquilos, sino que como B. I, p. 97
suele suceder en tales casos, quejándose de él y murmurando los unos con los otros, no escuchaban nada en medio de sus parloteos, pero creaban la sospecha de que deseaban la salvación del jefe de caballería. Papirio, al ver esto, por temor a que hubiera alguna revuelta, prescindió de la actitud autoritaria, que precisamente había adoptado, para imponer el orden y, tras moderarse en los demás aspectos, los volvió a situar en buena disposición con su propia actitud amistosa y su buen ánimo, de modo que

ZONARAS, VII

guerra a Rútulo[5], hombre poderoso entre ellos. Sus huesos, como él se había apresurado a suicidarse, los dispersaron. Sin embargo, por desleales, no obtuvieron la paz, sino que votaron la guerra sin ninguna tregua para ellos, aunque habían recibidoa

en el momento de arrojarse contra los enemigos actuaron virilmente (M. 61, p. 160)[6].

8 Que los samnitas, derrotados por los romanos, enviaron un heraldo a proponer la paz a los romanos de la ciudad, tras devolverles a todos los prisioneros de guerra y de haber profanado la hacienda y los huesos de un tal Papio, hombre de los más considerados entre ellos y que asumía toda la responsabilidad de la guerra, una vez que se había adelantado a suicidarse. Sin embargo no obtuvieron la paz. Pues como parecían ser poco dignos de confianza y tenían fama de llegar a acuerdos para evitar las desgracias que pudieran derivarse del choque violento con quien en cada caso pudiera dominarlos, no sólo no encontraron ninguna reconciliación, sino que recibieron como respuesta la guerra sin tregua. Pues los romanos, aun después de recibir a los prisioneros, votaron que les harían la guerra sin enviar mensajeros (U^G 1, p. 374).

Zonaras, VII

los prisioneros. Entonces los romanos, que estaban dominados por el orgullo y por la esperanza de apoderarse de todos ellos al primer asalto, se encontraron con un terrible suceso, pues los
11 samnitas, muy atemorizados y considerando parte de su desgra-
B. I, p. 98 cia el no haber conseguido la tregua, y que combatían como si hubieran renunciado a todo, hicieron una emboscada en un lugar muy encajado y estrecho, tomaron el campamento, capturaron vivos a los romanos en masa y a todos les hicieron pasar bajo un yugo (qué era lo del yugo ya lo he contado más arriba)[7]; sin embargo no mataron a nadie, pero les quitaron las armas, los caballos y todo lo que tenían salvo una sola toga, y los dejaron ir así despojados a condición de que abandonaran su territorio y fueran aliados suyos en igualdad de condiciones. Para que las condiciones del pacto se garantizaran también por parte del senado, retuvieron seiscientos jinetes como rehenes[8].

Por muchas maravillas admirables que pueda conocer 10
el género humano, no podían dejar de estar entre ellas los a. 321 B. I, p. 98
sucesos de entonces. Pues los romanos, que estaban tan orgullosos como para votar que ya no recibirían al mensajero de paz de los samnitas y además esperaban apoderarse de todos ellos al primer asalto, se encontraron con un terrible suceso y en una situación tan vergonzosa como nunca habían estado. En cambio aquéllos, que estaban atemorizados y se sentían muy desgraciados por no haber llegado a ninguna tregua, con todo ímpetu apresaron a sus soldados y los hicieron pasar a todos bajo el yugo. Hasta tal punto había cambiado su suerte (M. 62, p. 161).

Los beneficios derivan sobre todo de la elección de 11
los hombres y no nacen de la necesidad, ni de la ignorancia, ni de la irritación, ni del engaño, ni de ninguna otra circunstancia de tal tipo, sino que se consiguen de buena gana con un espíritu voluntario y animoso. Por esto es preciso reprimir, compadecer y educar a los que han cometido alguna falta, pero a los que han hecho bien es preciso admirarlos, amarlos, premiarlos. Y cuando una y otra cosa les sucede a los mismos, mucho más conviene a nuestras costumbres acordarse de los hechos mejores que de los más inconvenientes (Máx. Conf., *Flor.* f. 46; M., p. 535)[9].

ZONARAS, VII

Los cónsules Espurio Postumio y Tiberio[10] Calvino al 12
punto se retiraron con su ejército y, de noche, con los más dig- B. I, p. 101
nos de mención, entraron en Roma, pero los restantes soldados se dispersaron por los campos. Los de la ciudad, cuando se enteraron de lo sucedido, no pudieron ni complacerse con la salvación
de los soldados ni disgustarse. Pues frente al terrible suceso sen- 13
tían mucho dolor, pero por el hecho de haber experimentado

12 Que las disputas cesan gracias a la buena voluntad. En
B. I, p. 99 cuanto alguien, al llegar al mayor grado de hostilidad, en vez de la venganza, contra todo lo previsible, se encuentra con la clemencia, mucho más se aparta voluntariamente de aquélla y con gusto se deja guiar por ésta. Del mismo modo que, de los que tienen cualquier tipo de diferencias entre ellos, los que pasan de la amistad a la hostilidad se odian los unos a los otros, en mayor grado también, de los que por algún otro motivo recibieron nuestros beneficios, los que tuvieron buenas experiencias después de la disputa aman a los que se las han procurado. En efecto, los romanos quieren sobresalir mucho en la guerra, pero además honran la virtud y, por esto, en ambas circunstancias, obligados por la nobleza de su alma, ganan además poder, esforzándose siempre al máximo en restituir lo semejante con lo semejante.

13 Pues hay que tener en gran estima el hecho de defenderse contra los que han cometido alguna injusticia, pero en mayor estima hay que tener el hecho de retribuir a los que han hecho algún bien (Máx. Conf., *Flor.* f. 46v; M., 536).

Zonaras, VII

B. I, p. 101 tales sufrimientos de parte de los samnitas, mayor resultaba para ellos el dolor. Ahora bien, al considerar que, si por cualquier circunstancia hubieran muerto todos, habrían corrido peligro en todos los terrenos, se complacían en su salvación. Al ocultar entonces su complacencia, habían llegado a una situación lamentable, y nada hicieron de la manera establecida, ni en ese momento ni después, hasta que volvieran a ser los que dominaban la situación. Depusieron a los cónsules al instante y, tras elegir a otros, cele-
14 braron un consejo. Les pareció bien no aceptar el tratado, pero
n. 320 puesto que era imposible hacer esto sin acusar a los que lo ha-

Pues todos los hombres han nacido más para sufrir por 14
las deshonras soportadas que para alegrarse con los beneficios recibidos, y con más facilidad marchan contra los que les han causado alguna pena que muestran su reconocimiento a los que les han hecho algún bien, pues no les importa nada la mala fama de no haber retribuido al que les salvó por buena voluntad si ello afecta a su conveniencia propia, y dan en cambio satisfacción a la ira, incluso contra lo que les es útil a ellos mismos[11].

Les dio tales consejos gracias a su prudencia natural y a la experiencia de la vejez, no porque tuviera en consideración las cosas que eran inmediatamente gratas sino las que resultaban dolorosas después (M. 64, p. 162, junto con Máx. Conf., *Flor*. f. 46ᵛ; M., p. 536).

Que los capuanos, cuando los romanos derrotados fue- 15
ron a Capua, no dijeron ni hicieron con ellos nada te- B. I, p. 100

ZONARAS, VII

bían acordado, dudaban entre votar contra los cónsules y los que con ellos habían firmado el tratado por estar desempeñando alguna magistratura, o eximirlos, no sea que se volvieran contra ellos los efectos del tratado. Así pues, consultaron con aquellos mismos cónsules y, en primer lugar, propusieron a Postumio que decidiera de qué modo haría ver una opinión contra sí mismo, por la vergüenza que les había causado a todos su infamia.
Cuando salió a hablar, dijo que no era preciso que el senado y el 15
pueblo ratificaran el tratado firmado por ellos, pues no lo habían hecho voluntariamente, sino forzados por la necesidad a que les llevaron los enemigos, no de manera noble, sino con el engaño y la asechanza. Desde luego, no sería justo que los que engañan, si a su vez son engañados, pudieran reclamar a los que los engañaron. Así pues, al decir tales cosas y muchas semejantes, el sena-

rrible, sino que les dieron alimento y caballos y los acogieron como si hubieran vencido. Pues a los que no hubieran querido ver como vencedores, a causa de lo que les había sucedido antes a ellos por su culpa, a éstos los com-
16 prendieron cuando les sobrevino la mala fortuna. Los romanos, cuando escucharon lo que había sucedido, se encontraron totalmente desanimados, al no saber si debían alegrarse o sentirse tristes por la salvación de sus soldados. En efecto, ante lo terrible de la vergüenza sentían gran dolor, pues consideraban indigno desde cualquier punto de vista el haber sido víctimas de tales agravios por parte de los samnitas, y todos habrían deseado que hubieran perecido, pero cuando calculaban que, si les hubiera sucedido tal cosa, se habría extendido el riesgo para todos los restantes, no escuchaban de mala gana que se hubieran salvado (M. 65, p. 162).

17 Que para todos los hombres es algo necesario e irre-
a. 320 B. I, p. 101 prochable preocuparse de antemano de la propia salvación y, si se encuentran en algún peligro, hacer todo lo posible para salvarse (M. 66, pág. 163).

Que el perdón, tanto de parte de los dioses como de los hombres, se da a los que hacen algo involuntariamente (M. 67, pág. 163).

18a Dion en libro VIII «asumo la injusticia y reconozco el perjurio» (Bekk., *Anecd.*, p. 165, 13).

ZONARAS, VII

do se encontró en una situación de impotencia. Pero al aceptar Postumio y Calvino la acusación contra sí mismos, se votó que no fueran ratificados los acuerdos y aquéllos fueran liberados.

16 Entonces fueron enviados al Samnio ambos cónsules y los
B. I, p. 102 restantes magistrados que habían estado presentes en el momen-

Que los samnitas al ver que ni se observaban los trata- 19
dos ni se les daba a cambio ninguna otra compensación, B. I, p. 102
sino que se les entregaban pocos en vez de muchos en contra de lo acordado, se enfurecieron terriblemente, pusieron a los dioses por testigos mientras los invocaban y exhibían sus muestras de fidelidad, reclamaban a los que habían sido apresados, y les ordenaban que entraran desnudos bajo el mismo yugo del que ante las súplicas los habían liberado, para que aprendieran de hecho a mante-
nerse en lo que una vez habían estado de acuerdo. Envia- 20
ron de vuelta a los que se habían entregado, bien porque no juzgaran apropiado que murieran sin haber cometido ninguna injusticia, o porque quisieran remitir al pueblo la culpa del perjurio y no absolver a los demás a través del castigo de unos pocos. Esto hicieron, con la esperanza de sacar de ahí algún provecho (M. 68, p. 163).

Que los romanos, en la idea de que no tenían que 21
agradecer nada por la salvación de los que efectivamente se habían entregado, sino como quienes con ello habían experimentado algo insoportable, hicieron la guerra a los samnitas con furia y, cuando resultaron vencedores, les hicieron pasar por lo mismo[12]. Pues la definición general de justicia vigente en circunstancias normales, no vale igual en la guerra, ni es en absoluto seguro que venzan las víctimas de la injusticia, sino que la guerra, que tiene sus propias reglas, lo organiza todo de acuerdo con la con-

ZONARAS, VII

to de los juramentos. Los samnitas no los acogieron, sino que reclamaron a todos los que habían sido apresados, invocaron a los dioses y los pusieron por testigos y dejaron ir a los que se habían

veniencía del que vence, e incluso muchas veces transforma la consideración de lo justo en su contrario (M. 69, p. 163).

22 B. I, p. 103 Que los romanos, cuando hubieron vencido a los samnitas, hicieron pasar también a los prisioneros de guerra bajo el yugo, en la idea de que para ellos era suficiente la compensación de una vergüenza similar. Así la fortuna, al haber cambiado de sentido para unos y para otros en el tiempo más breve y al haber causado a los samnitas el mismo perjuicio de mano de los mismos a los que habían hecho objeto de su soberbia, demostró que también en esto lo puede todo (M. 70, p. 164).

23 a. 319 Que Papirio[13], como hizo una expedición contra los samnitas y los sometió a un asedio, se mantuvo ocupado en ellos. En esta situación, ante los reproches de uno de que tomaba mucho vino, dijo: «que yo no soy un borracho es evidente para todo el mundo por el hecho de que me levanto muy temprano y me voy a dormir muy tarde. Sin embargo, como por tener en la mente siempre los problemas de la colectividad, ni de día ni de noche puedo conciliar el sueño con facilidad, considero que el vino me puede ayudar a dormir» (M. 71, p. 164).

Zonaras, VII

entregado. Los romanos los recibieron con alegría, pero a los samnitas les presentaron batalla con furia. Cuando obtuvieron la victoria les hicieron lo mismo, los obligaron a pasar bajo el yugo y los dejaron ir, sin hacerles ningún otro daño. A sus propios caballeros, a los que los samnitas retenían como rehenes, los acogieron indemnes.

Zonaras, VIII

1 1 a. 311 Después de mucho tiempo, cuando los romanos hacían la guerra a los samnitas, mientras estaba al frente de ellos Gayo

Que él, una vez que hacía las rondas de los guardias y 24
encontró que el general de los prenestinos no estaba en su puesto, se enfureció, lo mandó llamar y ordenó al lictor que preparara el hacha. Al sorprenderse por esto y asustarse, se quedó satisfecho con su temor y ya no le hizo nada, sino que ordenó al lictor cortar algunas raíces que había junto a las tiendas, para que no dañaran a los transeúntes (M. 72, *ibid.)*.

Que los éxitos no duran mucho para la mayoría, sino 25
que, al llevar a las masas al descuido, las destruyen (M. B. I, p. 104
73, p. 165)[14].

Que a Papirio lo erigieron dictador los de la ciudad y, 26
por temor a que Rulo[15] no quisiera nombrarlo a causa de lo a. 310
que le había sucedido en la época en que era jefe de caballería, enviaron una delegación para rogarle que se ocupara de la comunidad más que de su enemistad particular. Él

Zonaras, VIII

Junio[16] tuvieron que soportar una desgracia. Pues al devastar Ju- B. I, p. 104
nio su territorio, los samnitas reunieron sus pertenencias en los bosques Aornos, así llamados porque no sobrevuela ningún pájaro a causa de la densidad de los árboles[17]. Cuando estaban allí, colocaron delante algunos rebaños sin pastores ni guarniciones y dejaron salir a falsos desertores, con la apariencia de que iban a conducirlos hacia un botín fácil. Dentro del bosque los rodearon y les dieron muerte.

En muchas ocasiones, los samnitas combatieron con los 2
romanos y fueron derrotados, pero no se quedaron tranquilos, B. I, p. 104
sino que consiguieron, además de otras, una alianza con los galos, e incluso estaban dispuestos a lanzarse sobre la misma Roma. Los romanos al enterarse de esto tuvieron miedo, pues había muchas señales que se orientaban en este sentido. Se corrió el rumor de que en el altar de Zeus, en el Capitolio,

no respondió nada a los mensajeros, pero cuando se hizo de noche (pues era preciso de acuerdo con las normas tradicionales que el dictador se nombrara siempre de noche), lo nombró y recibió por ello grandísima gloria (V. 19, p. 585).

27 Que Apio el Ciego y Volumnio tenían diferencias en-
a. 296 tre sí[18], por lo que Volumnio al reprocharle Apio, una vez en la asamblea, que, a pesar de haber llegado a ser más sabio gracias a él, no le mostrara ningún agradecimiento, dijo que había llegado a ser así más sabio y que esto lo reconocía, pero que aquél nada le había procurado para las cuestiones de la guerra (M. 74, p. 165).

Zonaras, VIII

había manado sangre durante tres días, un día miel y otro leche, si es que alguien se lo quiere creer. En el foro, una estatua de la Victoria, fabricada en bronce sobre un pedestal de piedra, se halló colocada por sí sola abajo sobre la tierra. Desde allí preci-
3 samente miraba al lugar por donde ya se acercaban los galos.
B. I, p. 105 Esto, desde luego, asustaba en gran medida al pueblo, pero sobre todo las funestas respuestas dadas por los adivinos. Sin embargo, un tal Manio, etrusco de linaje, los animaba y les decía que la Victoria, si era cierto que había bajado, al haber avanzado hacia adelante y haberse asentado más firme sobre tierra, les hacía más evidente su fuerza para la guerra. Por esto había que hacer muchos sacrificios en honor a los dioses. Pues los altares, y especialmente el Capitolio, en el que celebraban los sacrificios propios de la Victoria, solían quedar ensangrentados, según la costumbre, en las circunstancias favorables y no en las desgra-
4 cias. Así pues, los convenció de que por estos motivos las previsiones eran buenas, pero en la miel se simbolizaba la enfermedad, porque la necesitan los que la padecen, y en la leche el hambre. Pues llegarían a una situación de escasez de alimentos tal como para buscar el sustento donde nace y se cría por sí mismo.

Que la multitud, en lo que respecta a la profecía, de 28
momento no sabía si confiar o desconfiar de él, pues ni B. I, p. 105
quería esperarlo todo, porque tampoco deseaba que todo llegara a ocurrir, ni se atrevía a desconfiar de todo, porque deseaba vencer, pero al encontrarse entre el deseo y el temor se hallaba en una situación muy difícil. A medida que

ZONARAS, VIII

Así pues, Manio interpretó de este modo las señales y, al resultar su adivinación acorde con lo que iba pasando, alcanzó fama
de sabiduría y de conocimiento del futuro. Volumnio[19] recibió la 5
orden de hacer la guerra a los samnitas, pero para enfrentarse a los a. 295
galos y a todos los que iban con ellos fueron enviados, tras ser elegidos cónsules, Rulo Fabio Máximo y Decio Publio[20]. Éstos se dirigieron apresuradamente hacia Etruria y al ver el campamento de Apio[21] oculto tras una doble empalizada, arrancaron los palos y los dispersaron, para enseñarles a los soldados que habían
de poner en las armas toda su esperanza de salvación. Así se lan- 6
zaron sobre los enemigos. En esto, un lobo, mientras perseguía a B. I, p. 106
una cierva, después de caer en el espacio entre ambos ejércitos, se lanzó en dirección a los romanos y pasó a través de ellos, con lo que les dio ánimos, pues consideraban que los favorecía, habida cuenta de que era una loba la que había criado a Rómulo, según la historia. La cierva se dirigió hacia los otros y fue abatida, pero les dejó el temor y el presagio de su sufrimiento. Así pues, cuando los ejércitos se encontraron, Máximo venció con mucha facilidad a los que le correspondieron, pero Decio fue derrotado. Para imitar la inmolación de su padre, que lo había hecho por una aparición en sueños, también él se inmoló sin haber
dado a conocer a nadie su propósito. Sin más se degolló, y los 7
que estaban alineados con él, por una parte, debido al respeto a su suicidio, realizado por su propio bien, por otra con la esperanza de obtener a partir de ahora una victoria total, detuvieron la huida y se enfrentaron noblemente a sus perseguidores. Máximo

sucedían los acontecimientos, adecuaban a ellos la interpretación de acuerdo con el conocimiento de los hechos y él adquirió cierta fama de sabio en la adivinación de lo oculto (M. 75, p. 165).

29 a. 293 B. I, p. 106 Que los samnitas, irritados por los sucesos e indignados por el hecho de haber sufrido tan severa derrota, se lanzaron hacia el peligro y la irracionalidad con la intención de vencer o perecer en su totalidad, por lo que reclutaron a todo el que estaba en edad militar, con la amenaza de muerte para quien permaneciera en casa, después

ZONARAS, VIII

les cayó por la espalda y mató a muchos hombres. Los que quedaron fueron aniquilados en la huida. Fabio Máximo incineró el cadáver de Decio con los despojos y llegó a fijar una tregua con los que ya solicitaban la paz.

8 a. 294 B. I, p. 106 Al año siguiente, Atilio Régulo hizo de nuevo la guerra con los samnitas . Hasta un determinado momento combatían de manera equilibrada. Luego, tras haber estado en condiciones de superioridad los samnitas, de nuevo resultaron vencedores los romanos[22], los cogieron, los hicieron pasar bajo el yugo y a continuación los dejaron libres. Los samnitas, irritados por los sucesos, se lanzaron a la irracionalidad, con la intención de vencer o morir de manera definitiva, por lo que amenazaron con la muerte a quien se quedara en casa. Se arrojaron sobre Campania, pero los cónsules devastaron el Samnio, que estaba sin soldados, y tomaron algunas ciu-
9 B. I, p. 107 dades. Por ello, los samnitas abandonaron Campania y se retiraron a casa, pero se encontraron con uno de los cónsules y fueron derrotados por medio de una estratagema. En su huida soportaron situaciones terribles, perdieron su campamento y además la pequeña ciudad en cuya ayuda acudían. El cónsul celebró el triunfo y entregó al pueblo los bienes reunidos de los actos de pillaje. El otro cónsul[23] que había hecho una expedición contra los etruscos y los había controlado en poco tiempo, tras obtener

de haberles hecho prometer con juramentos terribles que ninguno escaparía del combate y además mataría a quien intentara hacerlo (M. 76, p. 165).

Que al enterarse los romanos de que el cónsul Fabio 30
había sido derrotado en la guerra se irritaron terriblemente a. 292

Zonaras, VIII

de ellos alimentos y riquezas, distribuyó una parte entre los soldados y la otra la llevó al tesoro.

Como sobrevino una terrible peste, los samnitas y los faliscos, 10
con todo desprecio por los romanos a causa de la epidemia que sufrían y porque al no haber guerras no habían tenido en cuenta el valor para la elección de los cónsules, entraron en gran agitación. Así, al enterarse de esto los romanos, enviaron, como segundos jefes o legados, con Junio Bruto, a Carvilio y, con Quinto Fabio, a su padre Rulo Máximo. Entonces Bruto venció a los faliscos y comenzó a devastar su territorio y el de los etruscos. Fabio, que había
salido de Roma delante de su padre, al enterarse de que los samni- 11
tas devastaban la Campania, se apresuró. Como se encontró a algunos observadores y vio cómo se retiraban rápidamente, pensó que todos los enemigos se encontraban allí, y creyó que huían. En consecuencia, por darse prisa en atacarlos antes de que llegara su padre, para que el éxito pareciera suyo y no de él, avanzó desordenadamente. En el momento de caer, sobre los enemigos reunidos con todos sus contingentes, habría sido totalmente aniquilado si no se hubiera echado encima la noche. Además muchos
murieron también después, al no presentarse ningún médico ni ser- 12
vicio de atención, por haberse precipitado muchos delante de la impedimenta como si fueran a vencer inmediatamente. Habrían perecido totalmente al día siguiente si los samnitas no se hubieran asustado y se hubieran retirado en la creencia de que su padre estaba cerca.

Al enterarse de esto los de la ciudad se irritaron terrible- 13
mente; y, después de hacer venir al cónsul, quisieron condenar- B. I, p. 108

y lo hicieron venir para censurarlo. Como llegó a ser muy fuerte contra él la acusación en la asamblea (resultaba, en efecto, mucho más agobiante por la fama de su padre que por las reclamaciones) no le fue dada la palabra y el viejo no hizo ninguna defensa en favor de su hijo, pero tras haber enumerado las hazañas propias y las de sus antepasados, y de haber prometido que nada indigno de ellos iba a llevar a cabo, los hizo desistir de su irritación, mientras por otra parte ponía como disculpa la edad de su hijo[24].
31 Tan pronto como se hubo reunido con él en la batalla contra los samnitas, aunque se habían crecido con la victoria, los derrotó y tomó el campamento y gran cantidad de botín. Los romanos, por este motivo, lo glorificaron a él y prescribieron que su hijo ejerciera el mando en el futuro como procónsul, y él nombró a su padre como lugarteniente. Éste organizaba y ejecutaba todo por sí mismo, sin preocuparse por su edad, y los auxiliares colaboraban con entusiasmo, en recuerdo de sus antiguas hazañas. Sin embargo no hacía evidente que actuaba por sí mismo, sino que,

Zonaras, VIII

lo. Pero su anciano padre, tras enumerar las muestras de valor propias y las de sus antepasados, prometer que no haría nada indigno de ellos y poner su juventud como pretexto para el error cometido, rápidamente los hizo desistir de su irritación. Cuando se hubo unido a él, en una batalla venció a los samnitas, tomó su campamento, devastó su territorio y se llevó consigo un gran botín.
14 Una parte del mismo lo entregó al pueblo, y la otra la distribuyó entre los soldados. Por esto lógicamente los romanos lo glorificaron a él y a su hijo y prescribieron que en el futuro mandara como procónsul, sirviéndose también entonces de su padre como lugarteniente. Éste administraba y organizaba todo sin pre-

como si realmente estuviera unido a su hijo en la función de consejero y en la de lugarteniente, medía sus actos y le remitía a él la gloria de sus hazañas (V. 20, p. 585).

Que los *** soldados que salieron con Postumio por 32
el camino cayeron enfermos y creyeron que sus males se a. 291 B. I, p. 109
debían a la tala del bosque. En efecto, reclamado por estos asuntos[25] también entonces los trató con desprecio pues decía que el senado no mandaba sobre él sino él sobre el senado (M. 77, p. 166).

Que Gayo Fabricio en los restantes aspectos era simi- 1 40
lar a Rufino, pero en su carácter incorruptible lo aventajaba mucho. En efecto, era absolutamente insobornable, por lo que a aquél no le resultaba grato y chocaba con él constantemente. Sin embargo lo eligió, pues consideraba que era el más adecuado desde el punto de vista de la eficacia en la guerra, y tuvo en poca consideración la propia ene- 2
mistad personal frente a lo que era conveniente para la comunidad. Por lo menos en esto obtuvo buena fama, por haber superado la envidia, que se halla presente en muchos de los mejores hombres bajo la forma de la rivalidad. La explicación se encuentra en su firme amor a la ciudad y en que practicaba la virtud, no como una máscara, por lo que era capaz de juzgar de la misma manera que la ciudad recibiera un trato beneficioso de él o de cualquier

ZONARAS, VIII

ocuparse para nada de su edad, pero no era nunca evidente que llevaba a cabo los asuntos por sí mismo, sino que transmitía a su hijo la gloria de sus hazañas.

Después de esto, cuando algunos tribunos propusieron la 2 1
abolición de deudas, puesto que ésta no fue concedida por los a. 287?

otro, aunque fuera su oponente (V. 21, p. 586 y, parcialmente, M. 78, p. 166).

36 33 Que cuando le preguntaron a Gayo Fabricio por qué dejaba los asuntos públicos en manos de su enemigo, alabó primero todas sus virtudes y añadió que era preferible ser despojado por el conciudadano que ser vendido por el enemigo (M. 79, p. 166).

37 1 Que Curio, cuando se defendía ante el pueblo por lo
a. 290 B. I, p. 110 que había hecho, dijo que la tierra que había obtenido era tanta que no podría trabajarla un número menor de hombres y los hombres que habían capturado eran tantos que no podría ser suficiente un territorio menor[26] (M. 80, *ib.)*.

2 Que cuando los tribunos proponían la abolición de
a. 287? deudas, la ley que ordenaba la liberación de los morosos era establecida muchas veces inútilmente, pues los acreedores querían recuperarlo todo y los tribunos, en consecuencia, daban a los poderosos la oportunidad de elegir entre votar a favor de esta ley y recuperar sólo lo principal
3 o que ellos *** reunieran en pagos de tres años[27]. Por el
B. I, p. 111 momento los más débiles, por el temor de verse privados de todo, aceptaban ambas soluciones y los más ricos, en condiciones que les permitían ser osados, no soportaban verse obligados a ninguna de las dos. Pero cuando ya se acercaba †el cambio†, se transformó en lo contrario para unos y otros. Pues a los que tenían deudas ya no les bastó ninguna de ellas, y a los ricos les pareció que podrían dar-

Zonaras, VIII

acreedores, se rebeló la plebe y no se calmó la situación conflictiva hasta que los enemigos se presentaron en la ciudad.

se por satisfechos si por lo menos no se veían privados del capital. Así pues, ni la conflictividad se resolvió entonces, y más tarde llegaron a rivalizar todavía más, ni tampoco hacían nada dentro de la normalidad. Por ello ni siquiera terminaron por ponerse de acuerdo cuando los poderosos estaban dispuestos a dejarles mucho más de lo que se había esperado al principio, sino que cuanto más los veían ceder, más se envalentonaban como si por derecho estuvieran en situación de superioridad y, por esto, lo que en cada ocasión se les habría concedido, lo tenían en poca estima como algo incuestionable, pretendían más y ponían como punto de partida para ello el haber obtenido ya algo (M. 81, p. 166).

Que cuando vieron los adversarios que también venía 1 38
otro general, se despreocuparon de su ejército y cada uno a. 283 B. I, p. 112
atendía a su propia salvación, como suelen hacer los que no se juntan por ser de la misma nación ni combaten por motivos comunes, ni tienen un solo jefe. Pues en los éxitos se ponen de acuerdo, pero en las desgracias cada uno
cuida sólo de lo suyo. Así, se dispusieron para la fuga al 2
oscurecer, sin haberse comunicado nada entre sí. Pues consideraron que juntos ni podrían forzar la huida ni ésta pasaría desapercibida, pero que si cada uno se marchaba solo como pensaba, se dispersarían más fácilmente por cualquier lugar. Así, cada uno según su propia opinión, habiendo preparado la fuga de la manera más segura posible *** (M. 82, p. 167)[28].

NOTAS

[1] Puede referirse, según CARY, *ad l.*, a Lucio Papirio Cursor o a Quinto Fabio Máximo. Ver LIVIO, VIII 31. *Infra*, n. 6.

[2] Dictadura de Papirio Cursor con Q. Fabio Máximo Ruliano, en LIVIO, VIII 29, 9.

[3] LIVIO, en VIII 38-40, también le atribuye a él esta victoria, pero en 40 dice que otros escritores se la adjudicaron a los cónsules Quinto Fabio Máximo Ruliano y Lucio Fulvio Cursor y se plantea la duda sobre la celebración de los *ludi Romani* presididos por el dictador, porque el pretor Lucio Plancio estaba enfermo. Livio reflexiona sobre el problema de que las familias quieren atribuir las victorias a sus propios antepasados desde el punto de vista del historiador que utiliza a escritores anteriores. Ver BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 150.

[4] Puede insertarse aquí, según CARY, *ad l.*, el discurso anterior de Papirio, aunque los manuscritos no indican ninguna laguna.

[5] En lugar de Papio Brútulo: LIVIO, VIII 39, 12-14.

[6] La historia de las relaciones entre Lucio Papirio Cursor y Quinto Fabio Máximo Ruliano se halla más desarrollada en LIVIO, VIII 30-36.

[7] ZONARAS, VII 17.

[8] La narración más detallada en APIANO, III *(Guerra Samnita)*, IV. Ver BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 150.

[9] Los fragmentos 11, 12 y 13 proceden al parecer de discursos pronunciados con ocasión de las horcas caudinas. CARY, *ad l.*

[10] Los cónsules del año 321 son Tito Veturio Calvino y Espurio Postumio Albino, por lo que hay un error de Zonaras, según CARY, al escribir «Tiberio». Más detalles de los acontecimientos, en LIVIO, IX 1-7. Según GELIO, XXII 21, 36, los cónsules serían entregados a los samnitas, pero éstos no los aceptaron. Ver BROUGHTON, *MRR*, I, págs. 150-151.

[11] Discurso de Herennio Poncio, según CARY, *ad l.* Ver LIVIO, IX 3, 12-13, donde se muestra también la sabiduría del personaje.

[12] LIVIO, IX 12-15, añade datos sobre las circunstancias internas de los samnitas y sus contactos con otros pueblos, con variantes en 15, 9-11. Ver BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 152.

[13] Papirio Cursor. LIVIO, IX 15, 11, señala expresamente que la atribución a Papirio Mugilano estaba errada. Ver BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 154.

[14] CARY, *ad l.*, compara esta frase con LIVIO, IX 18, 8, donde se habla de la grandeza como algo propio del hombre individual al tratar de Alejandro como fenómeno contrapuesto al del pueblo romano.

[15] Quinto Fabio Máximo Ruliano (LIVIO, IX 33, 1). En IX 38, 9-14, LIVIO cuenta con más detalle la historia de estas rivalidades. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 162.

[16] Gayo Junio Bubulco Bruto, cónsul con Quinto Emilio Bárbula (LIVIO, IX 30, 1). BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 161.

[17] Griego *Áornos,* «sin aves», equivale al latín *Avernus.* Según otras versiones, se debe a determinados vapores.

[18] Otros aspectos de las rivalidades existentes entre ellos, en LIVIO, X 18, 5-21. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 176.

[19] Durante varios años, a partir del 296, la acción samnita es puramente defensiva. En 290 la tensión había desaparecido, pero antes existe un número importante de dedicatorias por parte de los magistrados, indicativas de los momentos de tensión y ansiedad. Ver W. V. HARRIS, *Guerra e imperialismo en la Roma republicana, 327-70 a. C.,* Madrid, Siglo XXI, 1989, págs. 178-79 y nota 78.

[20] Quinto Fabio Máximo Ruliano y Publio Decio Mus (LIVIO, X 22, 9). En X 26-30, LIVIO cuenta las campañas ampliamente y con discusión de fuentes. Los romanos perdieron cien mil hombres, según DIODORO, XXI 6, 1. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 177. Fabio Máximo hizo un voto a Júpiter Víctor, según LIVIO, X 29, 14, como el año anterior lo había hecho Apio Claudio a Belona (X 19, 17). HARRIS, *Guerra...,* pág. 179, n. 78.

[21] Apio Claudio era pretor este año (LIVIO, X 22, 9) y tuvo el mando de las tropas en Etruria hasta la llegada de los cónsules (X 24, 18). Aquí vuelven a ponerse de relieve las rivalidades de Fabios y Claudios (X 26, 6). Ver BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 178.

[22] LIVIO, X 32-36. Según este autor (X 36, 11), la suerte de los romanos cambia tras prometer un templo a Júpiter *Stator.* BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 179. Sobre el templo de Júpiter *Stator* en el foro, F. COARELLI, Il foro romano I, págs. 26-33. Los términos polémicos en J. J.

CAERELS, *Sacra Via (I a. C.-I d. C.). Estudio de las fuentes escritas,* Madrid, Ediciones Clásicas, 1995, 115-134.

[23] L. Postumio Megelo. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 179. En este año 294 se dedicó un templo a la Victoria, iniciado cuando él mismo era edil (LIVIO, X 33, 9), antes de su consulado de 305. Ver HARRIS, *Guerra,* pág. 121, n. 99. La expedición contra los etruscos la realizó por iniciativa propia (LIVIO, X 37), por lo que el senado le negaría el triunfo (F. CASSOLA, *I Gruppi politici romani nel III secolo a. C.,* Roma, L'Erma, 1968, págs. 194 ss.).

[24] LIVIO, *Perioca* XI, resulta más explícito cuando hace al padre prometer ante el senado que irá al frente como legado de su hijo. PLUTARCO, *Fabio Máximo* 24, 5, se refiere a este último hecho como testimonio de la personalidad del biografiado, que se coloca a las órdenes de su hijo, sobre quien tenía la *patria potestas,* como señal de respeto ante las instituciones. Ver BROUGHTON, *MRR,* I, págs. 181-182.

[25] LIVIO, *Perioca* XI, explica que la condena se debió a la utilización del trabajo de los soldados *in agro suo.* DIONISIO DE HALICARNASO, XVII-XVIII 4-5 (16, 15-17), resulta en sus *excerpta* mucho más detallado con relación a toda la historia de Postumio y los motivos que llevaron a su condena y explica, 4, 3 (16, 16), que empleó a los hombres en sus campos, en trabajos serviles. Broughton, *MRR,* I, pág. 182.

[26] Había rechazado que se le asignaran más tierras que a los demás. Ver VALERIO MÁXIMO, IV 3, 5. COLUMELA (I, *praef.,* 14) lo pone como ejemplo del viejo romano que cultivaba su tierra con tanta energía como la que empleaba con las armas. Más adelante (I 3, 10) especifica que había rechazado quince *iugera* para quedarse sólo con siete como los demás, a pesar de haber obtenido el triunfo como cónsul. Había añadido gran cantidad de tierras al poder romano (PLINIO, *Hist. Nat.,* XVIII 18), y sin embargo creía que más de siete *iugera* convertían a un ciudadano en una persona perniciosa. En la misma línea, FRONTINO, *Estratag.,* IV 3, 12. La referencia de FLORO, I 10, 2-3, tiene cierto parecido con la de Dion, pero el fondo difiere radicalmente: tan grande cantidad de hombres y tierras cayó bajo el poder romano que él mismo, que había vencido, pudo hacer la estimación de unos y de otras.

[27] El año 287 fue el de la dictadura de Quinto Hortensio, que consiguió hacer volver a la plebe del Janículo y dio al plebiscito valor de ley para todos los ciudadanos. LIVIO, *Perioca* XI, y PLINIO, XV 37, respectivamente. Ver BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 185.

[28] Es el año 283, en el que Dolabela destruyó las tropas combinadas de galos y etruscos. FLORO, I 8, 21. Más detalles en APIANO, III *(Samnítica)* 6 y IV *(Céltica)* 11. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 188.

LIBRO IX

Que cuando los romanos se enteraron de que los ta- 39
rentinos y algunos otros preparaban la guerra contra ellos, a. 283 B. I, p. 113
y enviaron a Fabricio como legado a las ciudades aliadas, para que no emprendieran ninguna revuelta, a éste lo retuvieron, y mandaron a muchos de los suyos a los etruscos, umbrios y galos, a unos inmediatamente y a otros no mucho más tarde, a inducirlos a la rebelión (U[R] [Introd. LCL p. 22] 3, p. 375).

ZONARAS, VIII

Comenzaron las guerras los tarentinos, tras haber consegui- 1 2
do la alianza de los etruscos, galos, samnitas y algunos más. Sin B. I, p. 113
embargo, a los otros, los romanos tras enfrentarse con ellos los vencieron en diferentes batallas y, en cada caso, con cónsules
distintos. En cambio los tarentinos, aunque habían sido ellos los 2
que habían preparado la guerra, todavía no habían tenido que enfrentarse a una batalla. Cuando era jefe de la flota Lucio Valerio, una vez que iba con las trirremes donde había sido enviado en comisión, decidió abordar Tarento con éstas, en la idea de que era territorio amigo, pero los tarentinos, pensando que navegaba contra ellos, debido a la mala conciencia por lo que estaban ha-

3 Que los tarentinos, a pesar de que eran ellos los que habían preparado la guerra, se encontraban protegidos contra el miedo. En efecto, los romanos se enteraron de lo hecho por ellos, pero no lo tenían en cuenta a causa de la situación en que se encontraban. Después de esto, en la idea de que, en realidad, habían salido indemnes o por lo menos habían conseguido pasar totalmente desapercibidos, porque no habían sido ni siquiera acusados, se insolentaron en mayor medida e indujeron a la guerra a los romanos cuando no querían combatir con ellos, de modo que se puede afirmar sin riesgo de error que los éxitos, cuando superan la medida adecuada para alguien, se convierten en causa de desgracias. Pues al arrastrarlos a la imprudencia (y la prudencia no se compadece con la falta de rigor) los conducen al mayor fracaso, de modo que también ellos, tras haberse encontrado en todo su apogeo, recibieron el castigo adecuado a su insolencia (M. 83, p. 168; Max. Conf., *Flor.*, f. 103; M., p. 536).

Zonaras, VIII

ciendo, se lanzaron de frente con furia y, al caer sobre él, que no esperaba nada hostil, lo hundieron junto con otros muchos hombres. De los que cogieron, a unos los hicieron prisioneros y a
3 otros los mataron. Al enterarse de esto los romanos se irritaron,
B. I, p. 114 pero de todas maneras enviaron embajadores y reclamaron las justas compensaciones. Sin embargo, no sólo no les dieron ninguna respuesta satisfactoria, sino que incluso se burlaron, hasta el punto de mancillar la ropa de Lucio Postumio, que estaba al frente de los embajadores. Como se produjo por esto un revuelo y rieron los tarentinos a carcajadas, Postumio dijo: «Reíd, reíd mientras os sea posible, pues lloraréis durante un tiempo más largo, cuando limpiéis esta ropa con vuestra sangre»[1].

4 Dion en el libro IX: «Lucio Valerio, que fue jefe de la flota de los romanos y fue comisionado por ellos» (Bekk., *Anecd.*, p. 158, 25). a. 282 B. I, p. 114

5 Que Lucio fue comisionado de parte de los romanos a Tarento. Los tarentinos, que celebraban las Dionisias, sentados en el teatro completamente saturados de vino a la hora de la sobremesa, sospecharon que navegaba contra ellos y, a causa de la ira e impulsados en parte también por el exceso de bebida, le salieron inmediatamente al encuentro. Al caer sobre él, que ni siquiera había alzado las manos, ni había sospechado en absoluto nada hostil, lo 6 hundieron junto con otros muchos. Al enterarse de esto, los romanos como es natural, lo soportaron a duras penas, aunque no quisieron hacer inmediatamente una expedición contra ellos. Pero enviaron embajadores, para no parecer que guardaban silencio. Los tarentinos no los acogieron de la mejor manera, ni los despidieron tras darles una respuesta conveniente, sino que al punto, antes de darles la palabra, se echaron a reír a causa de su vestimenta. Era ésta la vestimenta urbana, la que usamos en el foro, pues habían sido enviados con ella, bien para mostrar su 7 dignidad, o bien por temor, con la finalidad de que por B. I, p. 115 ello los respetaran. Así pues, mientras organizaban una juerga en grandes grupos comenzaron a burlarse de los

ZONARAS, VIII

4 Cuando regresaron los embajadores y los romanos se enteraron de lo que había sucedido, se sintieron dolidos y votaron que el a. 281 B. I, p. 115 cónsul Lucio Emilio hiciera una expedición contra los tarentinos. Una vez que hubo avanzado hasta Tarento, les envió mensajes conciliadores, pensando que eligirían la paz con algunas condiciones moderadas[2]. Pero ellos se enfrentaron entre sí por sus opinio-

romanos (justo en ese momento, celebraban una fiesta y no se encontraban serenos en absoluto, sino que cada vez se enervaban más) y, finalmente, uno se puso delante de Postumio, agachó la cabeza, se lanzó sobre él y lo manchó.
8 Por este motivo se formó un tumulto entre los demás, y mientras lo alababan como si hubiera realizado una hazaña admirable y cantaban múltiples sátiras injuriosas contra los romanos, marcando el ritmo con los dedos y los pies, Postumio les dijo: «Reíd, reíd, mientras os sea posible. Pues durante más tiempo lloraréis cuando lavéis esta ropa con vuestra sangre».

9 Al oír esto contuvieron sus sarcasmos, pero no hicieron nada como muestra de arrepentimiento por su insolencia, sino que, por dejarles ir sanos y salvos, se sentían bondadosos (U^R 4, p. 375, §§ 5-8, y M. 84, p. 168, §§ 8, 9).

10 Que Metón, como no persuadió a los tarentinos de que
B. I, p. 116 no emprendieran la guerra contra los romanos, abandonó

Zonaras, VIII

nes. Mientras los más ancianos y los ricos preferían la paz, los de edad militar y los que tenían poco o nada eligieron la guerra,
5 y vencieron los más jóvenes[3]. Asustados a pesar de todo, deci-
B. I, p. 116 dieron acudir a la alianza del epirota Pirro y le enviaron embajadores y regalos. Al enterarse de esto, Emilio se dedicó a devastar y destruir su territorio. Éstos hicieron una salida, pero tuvieron que retroceder, de modo que los romanos pudieron arrasar sin temor su territorio y someter algunos puestos defensivos. Como
6 Emilio trataba con mucha atención a los prisioneros y dejó libres a algunos de los más poderosos, los tarentinos, por admiración hacia su filantropía y alimentando la esperanza de llegar a una tregua, eligieron como general con plenos poderes a Agis, que

la asamblea, se ciñó las coronas, y volvió trayendo consigo unos compañeros de juergas y una flautista. Cuando se puso a cantar y a danzar, entraron en éxtasis ante lo que se les ofrecía y gritaban y daban palmas, como suele ocurrir en una situación semejante. Él los hizo callar y dijo: «Ahora nos es posible beber y participar en la fiesta, pero, si lleváis a cabo todo lo que os proponéis, nos convertiremos en esclavos» (M. 85, p. 169).

Que según se comentaba, gracias a Cineas el rey Pirro 5 40
había cogido más ciudades que por su propia lanza. Pues, B. I, p. 116
dice Plutarco[4], era muy hábil en el hablar, y sólo Demóstenes se le igualaba en dicha habilidad. Sin duda también, como hombre prudente y que conocía lo absurdo de la expedición, había tratado en conversación con Pirro de convertirse en un freno. Pues éste proyectaba gobernar toda la tierra gracias a su valor, mientras que él lo incitaba a contentarse con las propiedades que bastaran para la felicidad. Sin embargo, el amor a la guerra y su deseo de ser el primero habían vencido al consejo de Cineas y lo obligaron a retirarse vergonzosamente de Sicilia y de Italia, tras haber perdido muchas decenas de miles de sus propias fuerzas en todas las batallas (V. 22, p. 586).

ZONARAS, VIII

era favorable a los romanos. Éste acababa de ser elegido cuando Cineas, enviado de antemano por Pirro, llegó a ser un obstáculo para lo que estaban tratando.

Pues Pirro, que reinaba en el llamado Epiro, por su habilidad 7
natural y su firmeza y experiencia aventajaba a todos, y se le había B. I, p. 117
adherido gran parte de Grecia, bien por sus buenas acciones, bien por temor. Éste, en efecto, cuando se encontró con los embajadores de los tarentinos, consideró la alianza como una oportunidad, pues

3 Que el rey Pirro reinó en el llamado Epiro y se apode-
B. I, p. 117 ró de la mayor parte de Grecia, en algunos casos por la nobleza de sus acciones y en otros por el temor. Tanto los etolios, que entonces eran muy poderosos, como Filipo de Macedonia[5] y los dinastas del Ilírico estuvieron a su servicio. Pues aventajaba a todos no sólo en el brillo de su naturaleza, sino también en la fuerza de su educación y en la experiencia de las acciones, de modo que se sobreestimaban tanto las propias fuerzas así como de las de los aliados, por muy grandes que fueran (V. 23, p. 589).

4 Que el rey Pirro del Epiro llevó su orgullo mucho más
B. I, p. 117 alto por el hecho de verse valorado incluso por los pue-

Zonaras, VIII

tenía ambiciones desde mucho antes sobre Sicilia, Cartago y Cerdeña, pero dudaba sin embargo si iniciar él mismo las hostilidades contra los romanos. Entonces anunció que acudiría pero, para que
8 no se despertaran sospechas a causa de lo dicho, prometió que regresaría a casa al instante e hizo que se estableciera en las cláusulas que no sería retenido por ellos en Italia más de lo necesario. Tras acordar esto, retuvo como rehenes a la mayoría de los embajadores, para que prepararan con él la expedición, y a unos pocos los envió por delante con Cineas, con un contingente. A su llegada,
9 los tarentinos se sintieron fuertes y renunciaron a la reconciliación
B. I, p. 118 con los romanos. Tras cesar a Agis en su cargo, votaron como general en su lugar a uno de los embajadores. No mucho después,
10 Milón, enviado por Pirro con una fuerza, tomó la acrópolis para que le sirviera de punto de apoyo y organizó por sí mismo la guarnición de la muralla. Los tarentinos se alegraron al no estar obligados a hacer guardia ni a realizar ningún otro tipo de esfuerzo, por lo que les ofrecían vituallas y enviaban regalos a Pirro.

11 Así pues, Emilio mientras tanto permaneció en el territorio,
B. I, p. 118 pero, al enterarse de que venían los de Pirro y no estar en disposi-

blos bárbaros, como si fuera digno rival de los romanos, y pensó que debía de ser un rasgo de su propia fortuna el tener la posibilidad de socorrer a los que se refugiaban junto a él, que por otra parte también eran griegos, y de adelantarse a aquéllos con algún pretexto bien ideado antes de que por su culpa tuvieran algún perjuicio. Pues de tal manera le preocupaba el prestigio, que, a pesar de ambicionar desde mucho tiempo Sicilia y de que observaba de qué modo podría hacer un intento con los romanos, dudaba de iniciar las hostilidades hacia ellos, ya que no había sido víctima de ninguna injusticia (M. 86, p. 169).

ZONARAS, VIII

ción de resistir durante el invierno, se dirigió hacia Apulia. Por otra parte, los tarentinos, que habían apostado una emboscada en un lugar estrecho por el que habían de pasar necesariamente, le hacían el camino intransitable con flechas, jabalinas y hondas. Entonces puso delante a los prisioneros que llevaba consigo. Temerosos los tarentinos de matar a los suyos en vez de a los romanos, cesaron.

Pirro, sin esperar siquiera a la primavera, salió llevando con- 12
sigo un ejército numeroso y selecto, y veinte elefantes, animales nunca vistos anteriormente en Italia, por lo que quedaban estupefactos y admirados. Se encontró con una tempestad en el momento de atravesar el Jónico, por lo que perdió a muchos de la expedición y los demás fueron dispersados por las olas. Con dificultad
pasó a tierra y llegó a Tarento. Inmediatamente, alineó con sus 13
propios soldados a los que estaban en edad militar para que no pu- B. I, p. 119
dieran rebelarse como si estuvieran encuadrados independientemente; cerró el teatro como consecuencia inmediata de la guerra para que al no acudir a un mismo lugar no pudieran promover ningún conflicto, les prohibió reunirse en banquetes o procesiones y a los más jóvenes les ordenó ejercitarse en las armas en vez de

6 Que Pirro mandó consultar el oráculo de Dodona acer-
a. 280 B. I, p. 118 ca de la expedición[6]. Al llegarle la respuesta de que si hacía la travesía hacia Italia tendría lugar el acto victorioso de los romanos, tras alterarlo según su deseo (pues el deseo es capaz de engañar a cualquiera), ni siquiera esperó a la primavera (M. 87, p. 169)[7].

7 Los reginos pidieron una guarnición a los romanos, a
B. I, p. 119 cuyo frente estaba Decio. En su mayoría, a causa de la abundancia de recursos y otras comodidades, creyendo que iban a tener una norma de vida mucho más relajada

Zonaras, VIII

14 pasar el día en el ágora. Como algunos se marcharon irritados por tal situación, estableció guardias formadas por sus propios hombres, de modo que nadie saliera de la ciudad. Agobiados por esto y por los tributos para la manutención, obligados a acoger en sus casas a los soldados, cambiaron de forma de pensar desde que empezaron a ver en Pirro a un señor y no a un aliado. Por temor a que, debido a esto, se inclinaran del lado de los romanos, a algunos de los que eran capaces de actuar en la vida política y de ponerse al frente de la multitud, los envió al Epiro junto a su hijo con ciertos
15 pretextos y a otros los mató ocultamente. A un tal Aristarco considerado entre los mejores de los tarentinos y muy convincente en su discurso lo convirtió en aliado, para que se hiciera sospechoso al pueblo como si hubiera optado por el bando de Pirro. Pero, al ver que de todas maneras la multitud confiaba en él, lo envió al Epiro. Éste zarpó sin atreverse a responder, pero se dirigió a Roma.

31 De tal manera se comportaba Pirro con los tarentinos. Los de
B. I, p. 120 Roma se asustaron cuando supieron que Pirro había venido a Tarento, pues se encontraban en guerra con los de Italia y se rumoreaba que era buen guerrero y que tenía una fuerza a la que era difícil hacer frente. Entonces reclutaron soldados, reunieron dinero, enviaron guarniciones a las ciudades aliadas para que no

que en su casa, concibieron el deseo, y Decio los impulsaba, de matar a los primeros reginos y ocupar la ciudad. Pues para ellos resultaba muy fácil hacer todo cuanto querían mientras los romanos estaban ocupados con los tarentinos y con Pirro. Los convenció además el hecho de 8
que veían que Mesina estaba en poder de los mamertinos[8]. Pues éstos, que eran campanos[9] y habían recibido de Agatocles[10], el que gobernaba en Sicilia, la orden de vigilarla, habían hecho una matanza de sus habitantes y 9

ZONARAS, VIII

se separaran también ellas y, al enterarse de que algunos iniciaban movimientos revolucionarios, castigaron a los más destacados. Algunos prenestinos llevados a Roma hacia el atardecer fue- 2
ron enviados a los tesoros para su custodia y por ello se les B. I, p. 121
cumplió el oráculo, pues les había sido vaticinado en una ocasión que retendrían los tesoros de los romanos. El oráculo se cumplió de este modo y ellos perecieron.

Encargaron a Valerio Levino[11] de hacer frente a Pirro, a los tarentinos y a cuantos se habían alineado con ellos, pero también mantuvieron en la ciudad una parte del ejército. Entonces Levino partió inmediatamente, para poder hacer la guerra lo más lejos posible de la propia ciudad. Concibió la esperanza de sorprender a Pirro, si aquellos a quienes éste había proyectado poner sitio se les unían voluntariamente. En su salida se apoderó de una localidad sólida y ventajosa de los lucanos y dejó una parte de su fuerza en Lucania, para impedirles que llevaran ayuda a sus adversarios.

Pirro al enterarse de que Levino se acercaba salió antes de lo
previsto y, después de acampar, quiso diferir la ocasión, a la es- 4
pera de los que iban a combatir a su lado. A Levino le escribió una carta brillante, con la intención de dejarlo perplejo. El escrito era como sigue: «El rey Pirro saluda a Levino. Sé que tú llevas una expedición contra los tarentinos. Déjala ir, pero tú personalmente con unos pocos ven a verme. Así yo juzgaré si tenéis

B. I, p.120 ocupado la ciudad. Sin embargo, no llevaron a cabo la ocupación de una manera clara, pues eran muy inferiores en cantidad. Pero Decio, que se había inventado unas cartas supuestamente escritas por alguien para enviárselas a Pirro, con la intención de traicionarlos, reunió a los soldados, se las leyó como si las hubiera descubierto, los excitó todavía más al decirles lo que convenía hacer en estos casos, mientras alguien, de acuerdo con la maquinación, anunciaba que una flota de Pirro había desembarcado en algún lugar del territorio y éste se había entrevistado con
10 los traidores. Otros, ya preparados, lo magnificaban y gritaban que había que apoderarse de los reginos antes de tener que soportar cualquier daño y que mientras éstos estaban desprevenidos difícilmente podrían hacerles frente. Unos asaltaron sus lugares de reposo, otros sus casas y mataron a muchos hombres, *sin contar unos cuantos que* degolló Decio tras invitarlos a cenar (V. 24, p. 589).

Zonaras, VIII

alguna reclamación que haceros los unos a los otros, e impondré
5 que, aún sin querer, hagáis lo justo». Levino contestó a Pirro lo
B. I, p. 122 siguiente: «Me parece, Pirro, que estás muy obcecado, al colocarte tú mismo como juez entre nosotros y los tarentinos, antes de someternos a nosotros la cuestión de si es justo que traslades tu autoridad a Italia. Desde luego yo iré con todo el ejército y tomaré la debida venganza tanto contra los tarentinos como contra ti. ¿Qué necesidad tengo yo de divagaciones y vanidades, cuando me es posible someterme al juicio de nuestro antepasado Ares?». Con tal respuesta mostraba sus ganas de comenzar y acampó al aire libre,
6 dejando en medio la corriente del río que pasaba por allí. Capturó a algunos exploradores y tras mostrarles su fuerza y hacerles ver que tenía otra mucho mayores en número, los dejó ir. Impresionado por esto, Pirro no quería combatir, porque además algunos de los

Que Decio, el jefe de la guarnición, tras degollar a los 11
reginos, hizo un pacto de amistad con los mamertinos, en B. I, p. 120
la idea de que por ser semejantes en audacia se harían aliados muy dignos de confianza, pues sabía bien que muchos hombres se unen bajo ciertas formas de coacción, más fuertes por haber violado la ley en común que por la colaboración en el cumplimiento de las leyes y por la proximidad de parentesco (M. 88, p. 170).

Que los romanos soportaron la calumnia durante algún 12
tiempo, hasta que fueron contra ellos. En efecto, como estaban ocupados en asuntos de más envergadura y más acuciantes, a algunos les pareció que le daban poca importancia (M. 89, p. 170).

Zonaras, VIII

aliados todavía no se le habían unido y había concebido la esperanza de que a los romanos les faltarían las provisiones por actuar en territorio enemigo. Pero Levino también hizo estos cálculos y se apresuró a entrar en combate. Como los soldados estaban impresionados por la fama de Pirro y por los elefantes, los convocó y pronunció un largo discurso para despertar su valor, y se preparó también para entrar en combate aunque Pirro no quisiera. Éste no 7
tenía la intención de combatir, pero, para que no pareciera que te- B. I, p. 123
mía a los romanos, también habló a los suyos para incitarlos a ir a la guerra. Levino se vio obstaculizado cuando intentó cruzar el río contra el campamento. Entonces, tras retroceder sobre el territorio, esperó con la infantería y envió a la caballería rápidamente como si fuera en busca de algún botín, cuando en realidad les había ordenado que marcharan lejos para hacer la travesía. Así les cayeron a los enemigos por la espalda inesperadamente, y Levino, al quedar éstos en una situación desconcertante, atravesó el río y emprendió el combate.

13 Que los romanos cuando se enteraron de que venía Pi-
B. I, p. 121 rro se atemorizaron, pues sabían que era buen guerrero y que tenía una fuerza muy numerosa y difícil; esto es lo

ZONARAS, VIII

8 Entonces Pirro, como los suyos habían huido, corrió en su ayuda pero perdió el caballo, que había sido herido, y les pareció que había muerto. A partir de aquí, desanimados unos, llenos de soberbia los otros, se cambió la situación. Al comprender esto, le dio a Megacles su armamento, que era superior a los demás, y le ordenó que se lo pusiera y diera vueltas por todas partes para que, al pensar que él estaba vivo, los enemigos volvieran a recuperar el temor y los suyos el valor. Así, vestido como uno cualquiera, entabló combate con todo el ejército, salvo los elefantes, y fue muy útil a
9 los suyos, pues apoyaba a los que se encontraban en peligro. Durante gran parte del día combatieron en igualdad de condiciones, pero cuando uno, al matar a Megacles, pensó que había matado a Pirro y los demás tuvieron la misma impresión, los romanos se fortalecieron y los contrincantes cedieron. Cuando Pirro conoció lo que pasaba, arrojó el casco y se puso a dar vueltas con la cabeza descubierta, con lo que la batalla tomó el signo contrario. Al ver esto Levino, con la caballería emboscada fuera de la batalla, orde-
10 nó que atacaran a los enemigos por la espalda. Entonces, Pirro ma-
B. I, p. 124 niobró dando la señal a los elefantes. A consecuencia del extraordinario espectáculo de las fieras, del terrible griterío y del ruido de las armas que hacían los que habían llegado transportados en las torres, los mismos romanos se asustaron y sus caballos, alborotados, unos huyeron tras derribar a los jinetes, otros con ellos encima. Entonces el ejército romano retrocedió desanimado por estas cosas y, en su huida, unos eran capturados por los hombres de las
11 torres colocadas sobre los elefantes, otros destruidos por las mismas fieras con las trompas y los cuernos o dientes[12]. Con los pies aplastaban a un número no menor. Los jinetes los seguían

que suele suceder, frente a lo desconocido y a lo que está muy lejos, entre los que se van enterando de los rumores que corren (M. 90, p. 170).

En efecto, es imposible que quienes no viven con las 14
mismas costumbres, ni tienen los mismos deseos, ni con- B. I, p. 122
sideran hermosas y feas las mismas cosas, lleguen a ser nunca amigos (Max. Conf., *Flor.*, f. 34 r = M., p. 537).

Que la ambición y la desconfianza siempre van unidas 15
a los tiranos, por lo que necesariamente éstos no consideran a nadie un amigo seguro. Pues el que es desconfiado y objeto de envidia no podría amar a nadie con sinceridad. Además, la similitud de las costumbres, la igualdad de la forma de vida y el hecho de que las mismas cosas sean seguras y beneficiosas es lo que hace verdaderas y sólidas las amistades. Cuando falta algo de esto, se trata de una forma ficticia de compañerismo y no se encuentra soste-

Zonaras, VIII

secundando la destrucción. No habría quedado ni uno si un elefante herido no se hubiera revuelto a causa del golpe y los demás no se hubieran inquietado por sus gritos. A causa de esto, en
efecto, Pirro suspendió la persecución y así los romanos, tras 12
haber atravesado el río, se pusieron a salvo en una ciudad de Apulia. También habían caído muchos soldados y jefes de Pirro, de modo que cuando unos celebraban con él la victoria les dijo: «Si otra vez volvemos a vencer de la misma manera, pereceremos». De todos modos admiró a los romanos, incluso vencidos, pues dijo: «me habría apoderado de toda la tierra habitada, si hubiera sido rey de los romanos»[13].

Pirro, gracias a su victoria, obtuvo gran renombre, por lo que B. I, p. 125
se le unieron muchos, e incluso los aliados vinieron a su lado, y

nida por ninguna base (M. 91, p. 170; Max. Conf., *Flor.*, f. 34 = M., p. 537).

16 Que la estrategia, si además recibe fuerzas dignas de consideración, resulta muy productiva tanto para su salvación como para la dominación, pero ella en sí misma no es parte de nada. Pues tampoco hay otro oficio que tenga vigencia por sí mismo al margen de quienes lo practican y quienes lo administran (M. 92, p. 171).

18 Que al morir Megacles y arrojar Pirro el casco, la batalla tomó el signo contrario, pues para unos su salvación proporcionó mucho más valor por el hecho de que él sobreviviera contra su propia esperanza, que si desde el principio no se hubiera pensado que había muerto, pero los que habían sido engañados por segunda vez ya no tuvieron ningún estímulo, aplastados de nuevo en las circunstancias que inútilmente les habían dado valor y a causa de la transformación que, en tan poco tiempo, los ponía ante lo peor, sin tener ya esperanza en que aquél volviera a perecer jamás (M. 93, p. 171).

19 Que cuando algunos celebraban con Pirro la victoria,
a. 280
B. I, p. 125 recibió la gloria de la acción, pero también dijo que si volvía a vencer alguna otra vez de la misma manera estaría perdido. También se cuenta de él que admiró a los romanos aún vencidos y los juzgó por delante de sus propios soldados, diciendo: «si fuera rey de los romanos ya me habría apoderado de todo el mundo habitado» (M. 94, p. 171).

Que Pirro estaba radiante por la victoria y que obtuvo
21 por ella gran renombre, de modo que se le sumaron mu-

ZONARAS, VIII

él les tributó pocos honores a causa de su tardanza, pero les hizo partícipes del botín.

chos de los que habían permanecido imparciales y se añadieron todos los aliados que se habían quedado a la expectativa. Desde luego no les dio ninguna muestra de resentimiento, ni les ocultó tampoco sus sospechas, sino que, después de tributarles más bien pocos honores, debido al retraso, los acogió de buen grado. En efecto, temió pre- 22
sionarlos en exceso, para no enajenárselos abiertamente, pero consideró que si no hacía notar nada en absoluto, podrían atribuirle la ingenuidad de no saber qué habían hecho. Temió que pensaran que ocultaba su indignación y que, por tanto, naciera en ellos desprecio, odio o animadversión hacia él, hasta el punto de que no lo pudieran soportar. Por esto, dialogó amigablemente con ellos y les cedió parte del botín (M. 95, p. 172).

Que Pirro en primer lugar intentó convencer a los pri- 23
sioneros romanos, que eran numerosos, para que colabo- B. I, p. 125
raran en la lucha contra Roma, pero como no quisieron, los trató muy atentamente, sin encadenarlos ni causarles ningún mal, con la intención de devolverlos gratuitamente y mediante ellos ganarse a la ciudad sin combate (V. 25, p. 590).

Zonaras, VIII

Los de Roma, aunque se sintieron apesadumbrados por la de- I 4
rrota, enviaron un ejército a Levino. También hicieron venir a Ti- B. I, p. 125
berio de Etruria y pusieron la ciudad bajo vigilancia, al enterarse de que Pirro volvía hacia ella. Sin embargo, Levino, tras curar a sus propios heridos y reunir a los que se habían dispersado, una vez que llegaron los enviados desde Roma, se dedicó a perseguir y hostigar a Pirro. Al enterarse de que deseaba vivamente tomar Ca- 2
pua, se adelantó a ocuparla y a poner una guarnición. Al haber fa- B. I, p. 126
llado en ella, Pirro se dirigió hacia Nápoles[14].

24 Que los romanos, a pesar de encontrarse en una situa-
B. I, p. 126 ción desesperada por los elefantes, ya que nunca habían visto un animal así, se daban ánimos persuadiéndose de que eran de naturaleza mortal y que ninguna fiera es más fuerte que el hombre, sino que todas absolutamente son inferiores, si no por la fuerza, al menos en sabiduría (M. 96, p. 172).

25 Que los soldados de Pirro, tanto sus compatriotas como los aliados, se entregaban confiadamente a la captura del botín, como si estuviera a su disposición y libre de peligros para ellos (M. 97, p. 172).

Zonaras, VIII

Como allí tampoco fue capaz de lograr nada, mientras hacía un esfuerzo por tomar Roma y atravesaba Etruria con la intención de ganárselos también a ellos, cuando se enteró de que habían llegado a un acuerdo con los romanos, de que Tiberio venía a su encuentro y de que Levino lo perseguía, temió verse acorralado desde todas partes en territorio desconocido y no avan-
3 zó más lejos. Cuando, en su retirada, estaba ya cerca de Campa-
B. I, p. 127 nia, al presentársele Levino con un ejército mucho mayor que antes[15], dijo que las legiones de los romanos, como hidras, si las cortaban crecían de nuevo. Entonces se alineó enfrente, pero no combatió, porque había dado la orden, con la intención de atemorizar a los romanos antes del encuentro, de que sus soldados golpearan los escudos con las lanzas, dieran gritos y las trompetas y los elefantes resonaran al unísono, pero como los romanos gritaron mucho más fuerte, con el resultado de que fueron los de Pirro los que se asustaron, ya no quiso entrar en combate, sino que se retiró como si los sacrificios le hubieran resultado nega-
4 tivos. Llegó a Tarento. Allí se presentaron embajadores de los romanos para tratar de los prisioneros. Entre ellos iba Fabricio[16]. Los trató como huéspedes y les dio la mano, con la esperanza de que

Que los epirotas, irritados porque, tras hacer la expe- 26
dición con grandes esperanzas, no tenían más que pro-
blemas, devastaron el territorio amigo, lo que resultó muy
oportuno para los romanos. Pues cuando estaban a punto
de unirse a él los que habitaban Italia sintieron un recha-
zo, al ver que destrozaban por igual las cosas de los alia-
dos y las cosas de los enemigos, fijándose más en sus ac-
ciones que en sus promesas (M. 98, p. 172).

Que Pirro tuvo miedo de verse acosado por todas par- 27
tes por los romanos en territorios desconocidos. Por este B. I, p. 126
motivo, como a sus aliados les resultaba difícil soportar-
lo, les dijo que, sólo con observar el territorio, veía clara-

ZONARAS, VIII

pactaran y llegaran a un acuerdo en calidad de vencidos. Pero
cuando Fabricio solicitó que lo acompañaran los capturados en la
batalla a cambio de rescates convenidos por ambas partes, quedó
perplejo porque no habían dicho que su embajada era también
para tratar de la paz y, en privado, consultó con sus amigos, co-
mo era su costumbre, acerca de la devolución de los prisioneros,
de la guerra y de cómo emprenderla. Milón aconsejaba que no 5
devolviera a los prisioneros ni pactara, sino que, al estar ya de- B. I, p. 128
rrotados los romanos, también el resto se obtuviera por medio de
la guerra, pero Cineas le aconsejaba todo lo contrario. Pues pen-
saba que había que devolver a los prisioneros gratuitamente y
enviar embajadores y dinero a Roma para negociar la paz y los
tratados. Los restantes coincidieron con esta opinión. Así era 6
como pensaba también Pirro. Llamó entonces a los embajadores
y les dijo «No combatí antes por mi propia voluntad contra voso-
tros, romanos, ni ahora combatiría, pues quiero convertirme en
vuestro amigo. Por ello os devuelvo a los prisioneros sin rescate
y me gustaría llegar a pactar con vosotros».

Dijo estas palabras a todos los embajadores, les dio dinero, y 7
anunció que les daría más, pero a Fabricio le anunció en conver-

mente cuánto diferían de los romanos. En efecto, el que
B dependía de éstos tenía árboles de todas clases y viñedos, explotaciones agrícolas y las más variadas labores de los campos, mientras que el de sus propios amigos se hallaba devastado de tal manera que ni siquiera se reconocía si alguna vez había estado habitado (M. 99, p. 173).

28 Que él mismo, en el momento de retirarse, al ver el
B. I, p. 127 ejército de Levino mucho mayor que antes, dijo que las legiones romanas, al ser cortadas, crecían de nuevo, como las hidras. No por ello sin embargo dejó de actuar con osadía, sino que se alineó enfrente, pero no combatió (M. 100, p. 173).

29 Que Pirro, al enterarse de que venían Fabricio y otros embajadores para tratar de los prisioneros, les envió una escolta hasta la frontera, para que no sufrieran violencia de parte de los tarentinos, y luego, además, salió a su encuentro. Después de conducirlos a la ciudad, los trató ostentosamente con honores y muestras de hospitalidad, con la esperanza de que solicitaran treguas y un acuerdo como es natural cuando alguien ha sido derrotado (U^R 5, p. 376).

30 Que al haber dicho Fabricio sólo esto: «Los romanos me enviaron a buscar a los capturados en la batalla y a pagar por ellos el rescate que se convenga entre nosotros», se quedó desconcertado porque no había dicho que

ZONARAS, VIII

sación privada: «Con gusto me haría amigo de todos los romanos, pero especialmente tuyo, pues veo que eres un hombre no-
8 ble, y te pido que colabores conmigo para conseguir la paz». Al tiempo que decía esto le daba muchos regalos. Pero él contestó: «Te alabo, Pirro, porque deseas la paz, y te la voy a conseguir,

la embajada viniera a tratar de la paz. Los hizo salir y consultó con los amigos de costumbre, de una parte, la devolución de los prisioneros y, de otra, principalmente, sobre la guerra y la forma de hacerla, si con violencia, o de cualquier otra forma *** (M. 101, p. 173)[17].

«*** manipular o afrontar batallas y frentes inciertos. 31
De modo que, persuadido, Milón, gracias a mí y al antiguo proverbio, en ningún momento hagas uso de la violencia más que de la sabiduría, por lo menos cuando sea posible, ya que Pirro sabe claramente lo que tiene que hacer y no necesita aprender nada de nosotros». Así habló[18] y todos estuvieron conformes, principalmente porque de esta manera no iban a sentirse dañados ni a correr ningún riesgo, mientras que por otro medio tendrían que soportar ambas cosas. Pirro, que pensaba de este modo, 32
dijo a los embajadores: «Romanos, ni antes os hice la B. I, p. 129
guerra voluntariamente, ni ahora volvería a hacerla, pues estimo sobre todas las cosas convertirme en vuestro amigo y por esto a todos los prisioneros voy a dejarlos ir sin rescates y a concluir la paz». En privado los agasajaba, para que se inclinaran por su bando o, si no, por lo menos, le hicieran propuestas de amistad (M. 102, p. 173).

De un modo o de otro Pirro buscó la amistad de todos. 33
Con Fabricio especialmente dialogó de esta manera: «Yo, Fabricio, ya no necesito en absoluto combatir con vosotros, e incluso me arrepiento de haberme dejado persuadir al principio por los tarentinos y de haber venido aquí,

ZONARAS, VIII

en el caso de que nos convenga. Pues no pedirás que yo, si soy un hombre noble, como dices, haga algo contra mi patria. En cambio, no podría aceptar nada de lo que me das, pues me gustaría

a pesar de haberos superado con creces en la batalla. Des-
de luego, por mi parte me convertiría con gusto en ami-
go de todos los romanos y principalmente tuyo, pues veo
que tú eres un hombre muy noble e ilustre. Por tanto te
pido que juntos consigamos la paz y vengas a mi casa,
pues tengo la intención de hacer una expedición sobre
34 Grecia y te necesito como consejero y general». Fabricio
respondió: «te alabo por el hecho de que sobre tu expedi-
ción cambies de forma de pensar y desees la paz, y haré
esfuerzos contigo en favor de la misma, si es que nos
conviene (pues no considerarás adecuado que si soy un
hombre noble, como dices, haga algo contra mi patria),
pero nunca tomes como consejero y general a alguien de
una democracia[19]. Es cierto que, por lo menos en mi caso,
ni siquiera existe la oportunidad. Sin embargo, en ningún
otro caso aceptaría nada de eso, porque no es en absoluto
35 conveniente que un embajador se deje corromper. Me
B. I, p. 130 gustaría, con todo, saber si consideras realmente que soy
un hombre ilustre o no. En efecto, si soy malo, ¿cómo me
vas a juzgar digno de regalos? Pero, si soy bueno, ¿cómo
me vas a pedir que los reciba? Bien sabes, desde luego,
que yo tengo mucho y no necesito nada más. A mí me
basta lo que tengo y no deseo nada ajeno. Pero si tú atri-
buyes mucha importancia a enriquecerse, estás en una si-
tuación de infinita pobreza, ya que no habrías cruzado
hasta aquí tras abandonar el Epiro y todo cuanto posees, si
36 te bastara con aquello y no aspiraras a más. Cuando a al-

ZONARAS, VIII

saber una cosa: ¿me consideras verdaderamente un hombre ilustre o no? Pues, si soy malo, ¿cómo me juzgas digno de regalos?, pero, si soy bueno, ¿cómo me pides que los tome? Entérate bien de que yo tengo muchísimas cosas, pues me basta con lo presente y no ne-

guien le pasa esto y no pone ningún límite a su deseo insaciable, es muy miserable. ¿Por qué? Porque anhela todo lo que no tiene como si fuera imprescindible, como si no pudiera vivir sin ello. Yo, en cambio, puesto que dices ser amigo mío, con mucho gusto compartiría contigo mi propia riqueza. Sin duda es mucho más segura e inmortal que la tuya y no hay ni pueblo ni tirano que la mire con envidia ni con hostilidad. Y, lo que es más importante, cuanto a más gente se hace partícipe de ella, en tanta mayor medida se
acrecienta. ¿Cuál es ésta, entonces? Usar con gusto lo que 37
uno tiene como si fuera lo más abundante, apartarse de lo B. I, p. 131
ajeno como si contuviera un gran mal, no cometer injusticia contra nadie, beneficiar a muchos, y así hasta el infinito, pues para hacer la enumeración tendría que haber alguien que dispusiera de tiempo libre suficiente. Así pues, yo preferiría, si fuera absolutamente necesario que ocurriera una de las dos cosas, perecer tras sufrir violencia que después de haber sido engañado. Pues lo uno suele ocurrir por demanda de la fortuna, lo otro por irreflexión y avaricia, de modo
que es preferible caer por la ambición de la divinidad que 38
por la maldad propia. En aquélla resulta vencido el cuerpo, pero en ésta también se destruye el alma ***. Entonces se llega a ser de alguna manera dueño de sí, porque el que enseñó una vez a su alma a no contentarse con lo presente hace infinito su deseo de ganancia (M. 103, p. 174), y parcialmente [§ 35] Máx. Conf., *Flor.*, f. 75^{v} = M., p. 538)[20].

ZONARAS, VIII

cesito más. Pero tú, aunque eres muy rico, te encuentras en una situación de inmensa pobreza. Desde luego no habrías cruzado hasta aquí tras abandonar el Epiro y todo lo que tienes, si te bastara con ello y no aspiraras a más».

39 Y con mucho entusiasmo se presentaron a las levas,
B. I, p. 131 pues cada uno consideraba que por su propia ausencia se producirία la destrucción de la patria (M. 104, p. 176).

Zonaras, VIII

9 Después de haber hablado de esta manera, los embajadores re-
B. I, p. 131 cibieron a los prisioneros y se fueron. Pirro envió a Cineas a Roma con gran cantidad de oro y joyas femeninas de todas clases, con el fin de que, aunque parte de los hombres se opusiera, sus mujeres, convencidas por las joyas, colaboraran a corromperlos a ellos. Al llegar a la ciudad, Cineas no se presentó en el senado, sino que iba
10 de un lugar a otro con diferentes motivos. Se presentaba en las casas de los ricos y se los ganaba con palabras y con regalos. Cuando se hubo conciliado a muchos, entró en el consejo y dijo: «El rey Pirro se disculpa, dado que no vino para hacer la guerra contra vosotros sino para conciliar a los tarentinos que habían ido a suplicarle. Como sabéis, ha puesto en libertad a vuestros prisioneros sin rescate y, aunque puede devastar vuestro territorio y apoderarse de la ciudad, solicita ser admitido entre vuestros amigos y aliados, con la esperanza de obtener muchas ventajas de vuestra parte, pero, todavía más, de proporcionaros muchos beneficios»[21].

11 Ante estas palabras la mayoría de los senadores se sintieron
B. I, p. 132 complacidos a la vista de los regalos y de los prisioneros. Sin embargo, no respondieron, sino que todavía debatieron durante unos días lo que era preciso hacer. Se dijeron muchas cosas, pero de todos modos predominó la idea de pactar. Al enterarse de esto Apio el Ciego se reunió con el senado (pues a causa de su vejez y de su dolencia se había quedado en casa) y dijo que los tratos con Pirro no convenían a la república[22]. Los exhortó a que al punto expulsaran a Cineas de la ciudad y a que a través de él se señalara a Pirro que, después de retirarse a su patria, desde allí enviara heraldos para tratar con ellos de la paz y de cualquier
12 otra cosa que necesitara. Esto fue lo que aconsejó Apio. El sena-

Tal es la naturaleza del discurso y tanta fuerza tiene 40
como para que aquéllos cambiaran por efecto del mismo y B. I, p. 132
para que surgieran el odio y la valentía en vez del temor a Pirro y de la ductilidad producida por sus regalos (M. 105, p. 177).

Que todo el que se ve humillado en su propósito frente 42
a lo esperable, cede también en su fuerza (M. 106, p. 177).

ZONARAS, VIII

do no se demoró, sino que al punto votaron por unanimidad enviar el mismo día a Cineas fuera de las fronteras y hacer contra Pirro una guerra sin cuartel mientras estuviera en Italia. A los prisioneros les aplicaron alguna forma de deshonor dentro de sus unidades y ya no se sirvieron de ellos contra Pirro, ni los emplearon en ninguna otra empresa, para que no intentaran movimientos de rebelión al encontrarse juntos, sino que los enviaron como guarnición, a cada uno a un lugar diferente[23].

NOTAS

[1] Ver BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 190. LIVIO, *Perioca* XII, se refiere a Valerio como duúnviro (naval).

[2] Sobre la declaración de guerra y los problemas inherentes a esta misión consular, ver HARRIS, *Guerra...*, págs. 268-269.

[3] Según APIANO, III *(Samnítica)* 7, 3, la división interna se soluciona ante la propuesta de pedir ayuda a Pirro, pues la entrega sería equivalente a la esclavitud. DIONISIO DE HALICARNASO, XIX 6 (17, 8), se fija más en la división interna entre los romanos, donde triunfa la postura del *dêmos*. PLUTARCO, *Pirro* 13, 4-12, expone con más detalle la situación interna de Tarento y la intervención de Metón. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 190.

[4] *Pirro* 14.

[5] Aunque ha habido soluciones basadas en la corrección del texto (REISKE), cabe admitir que se trata de Filipo IV de Macedonia, hijo de Casandro, que reinó varios meses del año 296, como hace CARY, *ad l.* Ver E. WILL, «The formation of the Hellenistic Kingdoms», *CAH*, VII 1 (1984), 2.ª ed., pág. 104.

[6] En Dodona, en el Epiro, se halla un oráculo de Zeus conocido desde los poemas homéricos. Ver H. W. PARKE, *The Oracles of Zeus. Dodona. Olympia. Ammon*, Oxford, Blackwell, 1967. Se conoce epigráficamente una consulta de los tarentinos de principios del siglo III (ver pág. 259), que puede estar relacionada con estos acontecimientos.

[7] El texto griego está construido con el infinitivo «vencer» y el acusativo «romanos», lo que da pie a la doble interpretación como complemento directo o como sujeto, los romanos vencidos o vencedores, de donde la posibilidad de que Pirro interpretara el oráculo según su deseo.

Hemos tratado de conservar la ambigüedad por medio de genitivo objetivo/subjetivo y la expresión acto victorioso un tanto forzada, pero que permite de algún modo la indefinición interpretativa.

[8] Uno de los pueblos sabelios, de habla osca. Los sabelios por excelencia son los samnitas: ver E. T. Salmon, *Samnium and the Samnites,* Cambridge, University Press, 1967, pág. 33 *et passim.*

[9] Aunque corresponde estrictamente a uno de los pueblos sabelios, sin embargo se usa con mucha frecuencia de modo genérico para referirse a los habitantes de Campania, entre los que, en consecuencia, se incluyen los mamertinos. Ver Salmon, Ibíd.

[10] Tirano de Sicilia, que había muerto en el año 298/7. Ver K. Meister, «Agathocles», en *CAH,* VII, 1, 1984 (2.ª ed.), 384-411. Más recientemente, S. N. Consolo Lancher, *Storiografia e potere. Duride, Timeo, Callino e il debatto su Agatocle,* Pisa, ETS, 1998.

[11] Zonaras generalmente escribe Lavinio. Parece formar parte de un grupo, de patricios y plebeyos, interesado especialmente en las acciones romanas en el sur de la península. Ver Salmon, *Samnium...,* págs. 80 ss.

[12] Los colmillos. Dion-Zonaras no sabe cómo llamarlos.

[13] Ver Livio, *Perioca* XIII. Otra versión de las cartas entre Levino y Pirro, en Dionisio de Halicarnaso, XIX 9-12 (17, 15-18, 4). Detalles de los acontecimientos en Plutarco, *Pirro* 16-18. Algunas variantes en Floro, I 13, 7-8. Ver, sobre Levino, Broughton, *MRR,* I, pág. 191.

[14] Ver Apiano, III *(Samnítica)* 10 e *infra,* Frag. 40, 27. P. Lévêque, *Pyrrhos,* París, ed. De Boccard, 1957, págs. 334 ss. Zonaras es el único autor que insiste en la marcha sobre Roma, seguramente a partir de Tito Livio. Aunque la noticia se ha puesto en duda, Lévêque, pág. 336, n. 8, cree que su origen se halla en la analística.

[15] Probablemente se trata de los *proletarii* reclutados a este propósito, lo que constituía un acontecimiento nuevo dentro de la norma de reclutamiento de la república romana, significativo de la situación de agotamiento de las clases posesoras, a causa de las múltiples guerras anteriores y de las transformaciones socioeconómicas paralelas. Ver Lévêque, *Pyrrhos,* pág. 335.

[16] La historia de Fabricio y Pirro aparece contada sintéticamente en Plutarco, *Pirro* 20, y más brevemente en Apiano, III *(Samnítica)* 10, 4. Pirro intenta seducir a Fabricio con oro o con honores si lucha junto a él, pero Fabricio resiste a pesar de su pobreza. Según Livio, *Perioca* 13, la propuesta se hizo a través de un desertor. Dionisio de Halicarnaso, XIX 13-18 (18, 5-27), en una narración más larga y circunstanciada, añade los nombres de los otros embajadores, Quinto Emilio Papo y Pu-

blio Cornelio Dolabela. LIVIO, XXII 59, 18, los recuerda como *primoribus civitatis*. En general, la visita se convirtió en fuente de anécdotas ilustrativas del carácter firme del hombre romano tradicional y sirvió para ejemplificar e ilustrar el prestigio que alcanzó tal tipo de personaje incluso ante sus enemigos, como Pirro. Ver LÉVÊQUE, *Pyrrhos,* págs. 341-342, y BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 192.

[17] Faltan cuatro hojas en los manuscritos, según CARY, *ad l.*

[18] Cineas (CARY, *ad l.).*

[19] Es un buen ejemplo del sesgo que ha ido tomando la palabra *dēmokratía* en el mundo helenístico y, posteriormente, en el Imperio Romano, pues aquí se refiere a la república oligárquica romana, calificada así por el simple hecho de no ser una monarquía, frente al reino helenístico de Pirro.

[20] Ver *supra,* nota 16. Pronto se convirtió en fuente de ejemplo en discursos, como atestigua CICERÓN, *Bruto* 55 o en discusiones teóricas, como la que versa sobre el epicureísmo en VALERIO MÁXIMO, IV 3, 6. Según LÉVÊQUE, *Pyrrhos,* págs. 342-343, también se refleja aquí la oscilación existente en las interpretaciones antiguas ante Pirro, al que se describe como admirador de las virtudes romanas y como ejemplo de una actitud auténticamente liberal, junto a otra imagen de diplomático que intenta atraerse a grupos democráticos representados por Fabricio.

[21] Sobre el problema, ya antiguo, de las intenciones de Pirro al pedir la paz, ver LÉVÊQUE, *Pyrrhos,* págs. 345 ss., para quien se trata de buscar la sanción oficial de una victoria que, en sus efectos, puede haber quedado oscura. La analística explota esta solicitud para poner de relieve la grandeza de los romanos.

[22] Sobre la significación interna de estas posturas en relación con el expansionismo, ver MUSTI, en *Storia di Roma,* I, págs. 533 ss. La tradición romana es unánime en mostrar el rechazo contra la propuesta de Pirro, pero da la impresión de que en Roma se creó una corriente favorable a él. Ver LÉVÊQUE, *Pyrrhos,* pág. 347.

[23] El discurso de Apio se conservó, tal vez se rehízo, como modelo para la exposición de temas patrióticos utilizable en tiempos posteriores de la historia de Roma. LÉVÊQUE, *Pyrrhos,* págs. 351 ss.

LIBRO X

ZONARAS, VIII

En el invierno, ambos se estaban preparando, pero, cuando 1 5
llegó la primavera, Pirro se lanzó sobre Apulia, y ocupó muchos a. 279 B. I, p. 133
territorios por la fuerza, pero otros por acuerdo mutuo, hasta que los romanos se volvieron contra él y le hicieron frente cerca de la ciudad de Ásculo. Durante la mayor parte del día se mantuvieron cautelosos los unos frente a los otros. En efecto, los romanos no se atrevían ante quienes los habían vencido anteriormente, pero éstos tenían miedo de que los romanos estuvieran actuando a la
desesperada. En esta situación, como algunos imaginaban que 2
Decio se iba a inmolar como su padre y su abuelo y asustaban a los de Pirro de modo terrible como si fueran a perecer en su totalidad en el caso de morir él, Pirro reunió a los soldados para hablarles sobre esto. Les advirtió que no se desanimaran ni se sintieran abatidos por estas palabras, pues ningún hombre podía por el hecho de morir rivalizar contra muchos ni ningún encantamiento ni brujería llegaría a ser más fuerte que las armas y que
los hombres. Tras decir esto y fortalecer sus palabras con razo- 3
namientos, Pirro animó a su propio ejército. Después de haberse informado de la vestimenta con que los Decios se habían inmolado, ordenó a los suyos que, si veían a alguien ataviado de este modo, no lo mataran, sino que lo cogieran vivo. Envió entonces un mensaje a Decio para decirle que si tenía la intención de ha-

cerlo no iba a salirle bien y lo amenazó con que, cogido vivo,
4 moriría de manera cruel. A lo que los cónsules le respondieron
B. I, p. 134 que ellos no necesitaban ninguna acción de tal tipo, pues lo ven-
cerían totalmente de cualquier otra manera. Como entre ambos
campamentos corría un río no vadeable, le preguntaron a Pirro si
quería atravesarlo libremente, tras retirarse ellos, o si les dejaba
hacerlo a ellos, para que en una batalla cuerpo a cuerpo, al en-
frentarse las tropas frescas, resultara clara la prueba de la valen-
tía. Los romanos habían pronunciado el discurso con ánimo de
5 infundir miedo, pero Pirro los dejó atravesar el río, muy confiado
en sus elefantes. Los romanos, entre los otros preparativos, fren-
te a los elefantes dispusieron en los carros cuernos de hierro que
sobresalían por todas partes, para que además de disparar fuego
desde ellos con el arco, también les sirvieran de obstáculo. En el
momento del encuentro, durante un tiempo, los romanos consi-
guieron rechazar a los griegos, hasta que Pirro, no contra los ca-
rros, sino en la otra dirección, acudió con los elefantes en su
ayuda y puso en fuga a la caballería de aquéllos incluso antes de
6 entablar combate por temor a las fieras. En cambio a la infantería
no le hizo gran daño. En esto, algunos de los apulios que se lan-
zaron sobre el campamento de los epirotas fueron los causantes
de la victoria de los romanos. Pues, al haber enviado Pirro a al-
gunos de los combatientes contra ellos, todos los demás se in-
quietaron y, con la sospecha de que habían sido cogidas las tien-
das y de que estaban huyendo, se rindieron. Una gran parte cayó
y Pirro y muchos otros jefes fueron heridos. Después, a causa de
la escasez de alimento y de medicinas, sufrieron un gran daño.
7 Por ello se retiró a Tarento antes de que se dieran cuenta los ro-
manos. Los cónsules pasaron el río para la batalla, pero, cuando
se enteraron de que se habían dispersado todos, se retiraron a sus
ciudades, pues no pudieron perseguirlos a causa de sus propias
heridas. Luego ellos invernaron en Apulia, y Pirro se dedicó a
hacer toda clase de preparativos. Entre otras cosas, mandó traer
a. 278 de su patria soldados y dinero[1]. Pero al enterarse de que Fabri-
cio y Papo habían sido elegidos cónsules y de que se dirigían a
la campaña, no perseveró en el mismo plan[2].

Que Pirro le envió un mensaje a Decio para decirle 43 40
que si iba a hacer esto no le saldría bien y lo amenazó con a. 279 B. I, p. 133
que lo cogería vivo y moriría de manera cruel. A esto los cónsules respondieron que ellos no tenían necesidad

ZONARAS, VIII

Cuando los mencionados cónsules estaban ya en campaña, Nicias, 8
uno de los que parecían dignos de la confianza de Pirro, vino a ver B. I, p. 134
a Fabricio y le prometió matar a traición a Pirro. Pero aquél se disgustó con esto (pues consideraba justo vencer a los enemigos por el valor y la fuerza, como Camilo), y denunció ante Pirro la conspiración. De tal manera lo sorprendió con esto que inmediatamente dejó libres sin rescate a los romanos que había capturado y envió de nuevo embajadores para tratar de la paz[3]. Como los romanos no 9
respondieron nada acerca de ésta, sino que reclamaban que tam- B. I, p. 135
bién se fuera de Italia y que les enviara mensajeros, mientras hacían incursiones y se apoderaban de sus ciudades aliadas, se encontró en una situación sin salida, hasta que lo llamaron algunos siracusanos (se daba el caso de que estaban en conflicto interno desde la muerte de Agatocles)[4] para ponerse a su disposición tanto ellos como su ciudad. Pues con este motivo cobró 10
ánimos y concibió la esperanza de que Sicilia entera se le entregara, por lo que dejó a Milón en Italia, para que tuviera bajo vigilancia Tarento y todo lo demás, y él mismo partió por mar con la intención de regresar al poco tiempo. Como los siracusanos lo acogieron e, inmediatamente, lo pusieron todo a su disposición, acrecentó sus fuerzas en poco tiempo, de modo que los cartagineses atemorizados se procuraron mercenarios en Italia. Pero 11
pronto la situación se tornó adversa por el hecho de que a muchos de los cargos los expulsó, y a otros los mató como sospechosos. Pues los cartagineses, al ver que él ni se hacía fuerte con sus propios medios ni tenía la buena voluntad de los nativos, emprendieron la guerra con entusiasmo y, como acogían a los siracusanos que escapaban, le produjeron mucho daño, de modo que tuvo que abandonar no sólo Siracusa sino también Sicilia[5].

de ninguna acción semejante, pues de todos modos lo vencerían con cualquier otro método (M. 107, p. 177).

45 No sabía cómo rechazar a uno de ellos primero ni có-
a. 278 B. I, p. 135 mo rechazar a ambos al mismo tiempo, encontrándose en una situación desesperada; pues temía dividir su ejército, inferior al de los contrincantes, y consideraba terrible dejar al otro que devastara tranquilamente el territorio (M. 108, p. 177).

Zonaras, VIII

6 1 Los romanos al enterarse de su ausencia se sintieron fortale-
B. I, p. 136 cidos y se dedicaron a castigar a los que lo habían llamado. Tras posponer a los tarentinos para otra ocasión, se arrojaron sobre el Samnio a las órdenes de los cónsules Rufino y Junio, devastaron su territorio y tomaron unas fortificaciones que quedaban. En efecto los samnitas habían reunido lo más querido y prestigioso que tenían en los montes llamados Cranitos porque tienen mucho cornejo[6]. Entonces los romanos confiados en sí mismos se atrevieron a subir a dichos montes, pero estaban llenos de bosques y eran inaccesibles, por lo que murieron muchos, y muchos también fueron hechos prisioneros[7].

2 Los cónsules no volvieron a hacer la guerra en común, pues se acusaban mutuamente del infortunio, sino que Junio devastó una parte del Samnio y Rufino se dedicó a saquear a los lucanos y brucios. También se dirigió contra Crotona, que había hecho defección de los romanos, ante la llamada de sus partidarios, pero los demás se habían adelantado a hacer venir una guarnición de parte de Milón, de la que era jefe Nicómaco. Como Rufino desconocía esto y en consecuencia se dirigía a las murallas de manera descuidada, como quien se acerca a unos amigos, recibió un duro golpe, pues irrumpieron de improviso contra
3 él. Luego ideó una estratagema y tomó la ciudad. En efecto, envió a Crotona a dos hombres como si fueran prisioneros fu-

Sin embargo, como en todo lo demás los trataba con 46
cuidado, pues, para estar seguro, daba más importancia al a. 277
hecho de que ninguno, aunque quisiera, podría hacerle mal que al hecho de que ninguno lo deseara; por esto a muchos de los cargos, y a los que lo habían llamado los expulsó y mató, por una parte, algo molesto porque se decía que gracias a ellos había llegado a tomar el poder de la ciudad, por otra parte, al haber concebido sospechas de que igual que lo habían elevado también lo podían hacer con cualquiera otro *** (M. 109, p. 178).

Que, como los aliados no quisieron colaborar con Pi- 48
rro con ningún tipo de contribución, se dirigió a los teso- a. 275 B. I, p. 137
ros de Ferrefate[8], famosos por su riqueza y, tras expo-

ZONARAS, VIII

gitivos, a uno inmediatamente diciendo que, tras renunciar a su captura, iba a partir hacia la Lócride, que se le entregaba gracias a una traición, al otro más tarde, insistiendo en que estaba en camino. Además, para que el invento adquiriera verosimilitud, se había llevado sus pertenencias y simulaba tener prisa. Entonces Nicómaco confió en ellos, pues los vigilantes daban la misma noticia, dejó Crotona y se marchó a Locros a toda prisa por un
camino más corto. Cuando estuvo en Lócride, Rufino se volvió 4
hacia Crotona y, como pasó desapercibido gracias a lo imprevisto de su acción y porque había niebla, se apoderó de la ciudad. Al enterarse de esto, Nicómaco regresó a Tarento, pero como en el camino se encontró con Rufino, tuvo muchas pérdidas. Los locros se pasaron a los romanos.

Al año siguiente los romanos hicieron una expedición contra 5
el Samnio y Lucania y combatieron con los brucios[9]. Pirro, des- a. 276 B. I, p. 137
pués de ser expulsado de Sicilia, volvió de nuevo y les causó terribles daños. Recuperó a los locros (se cambiaron tras matara

liarlos, envió el botín a Tarento en unas naves. Casi todos los hombres fueron aniquilados por una tempestad, que arrojó riquezas y ofrendas a tierra (V. 26, p. 590).

47 Que todos admiraban en Pirro que, cuando se burlaron
B. I, p. 137 de él unos jovencillos en un banquete, aunque en un principio quiso someterlos a prueba con la intención de casti-

ZONARAS, VIII

a la guarnición romana), pero, cuando emprendió una campaña sobre Regio, fue rechazado, él mismo resultó herido y tuvo muchísimas pérdidas. Al trasladarse a la Lócride condenó a algunos de los que habían conspirado contra él, de los demás recibió tri-
6 go y dinero y se marchó a Tarento. Como habían sido maltratados por los romanos, los samnitas lo impulsaron a sublevarse. Pero aunque acudió en su ayuda tuvo que retroceder. En efecto, al ser herida una cría de elefante, como comenzó a tirar a los jinetes y andaba errante en busca de su madre, como ella además se inquietó por este motivo y los demás elefantes se alborotaron, se creó una gran confusión. Al final, los romanos resultaron vencedores, mataron a muchos hombres, se apoderaron de ocho ele-
7 fantes y ocuparon su empalizada[10]. Pirro con unos pocos jinetes huyó hacia Tarento y de allí zarpó hacia el Epiro como si fuera a volver de nuevo, después de dejar a Milón en Tarento con una guarnición y de entregarles un carro atado con correas hechas con la piel de Nicias, al que mató a traición[11]. En efecto, a Nicias lo había castigado de esta manera, e iba a castigar a unos jovencillos que se burlaron de él en un banquete, pero como, al preguntarles por qué se burlaban, contestaron que «mucho más y más duro habríamos hablado si no hubiera faltado el vino», sonrió y los dejó.

8 Pirro, después de llegar a ser el más famoso entre los gene-
B. I, p. 138 rales y haber provocado un gran temor a los romanos, tras dejar Italia al quinto año y de haber hecho una expedición contra Grecia, no mucho después murió en Argos. Pues, según cuenta la

garlos, luego, cuando ellos respondieron que «mucho más y más duro habríamos hablado si no nos hubiera faltado el vino», se echó a reír y los dejó (M. 110, p. 178).

Que los agileos[12], cuando se enteraron de que los ro- 33
manos tenían la intención de hacer la guerra contra ellos, a. 273 B. I, p. 138
enviaron embajadores a Roma antes de que se votara nada y obtuvieron la paz a cambio de la mitad de su territorio (U^{G} 2, p. 374).

Ptolomeo, el rey de Egipto, el llamado Filadelfo, cuan- 41
do supo que a Pirro le habían ido mal las cosas y que los B. I, p. 139

Zonaras, VIII

historia, una mujer que deseaba verlo pasar se precipitó desde la techumbre de su casa y en su caída lo mató. En el mismo año fueron censores Fabricio y Papo que borraron a varios caballeros y senadores, entre ellos a Rufino, aunque había sido dictador y cónsul dos veces[13]. La causa fue que tenía objetos de plata de diez libras. Los romanos consideraban que pobreza no era el hecho de no poseer mucho, sino el de tener necesidad de mucho. Por esto a los que ejercían una magistratura lejos de su patria y a todos los que salían para algún asunto importante para la ciudad se les entregaba un anillo del dinero público además de todo lo imprescindible.

Algunos de los tarentinos, que habían sido maltratados por Mi- 10
lón, se alzaron contra él, tras poner al frente a Nicón. Como nada B. I, p. 138
consiguieron, ocuparon una fortaleza de su propio territorio y desde allí partían para atacar a Milón. Pero cuando se enteraron[14] de que los romanos querían hacer la guerra contra ellos enviaron embajadores a Roma y obtuvieron la paz.

Ptolomeo Filadelfo, el rey de Egipto, al enterarse de que Pi- 11
rro había salido mal parado y de que los romanos progresaban, B. I, p. 139
les envió regalos y llegó a un acuerdo con ellos. Los romanos contentos con esto le enviaron a su vez embajadores, los cuales recibieron de su parte magníficos regalos, que ofrecieron al teso-

romanos progresaban, les envió regalos y llegó a un acuerdo con ellos[15]. Los romanos, satisfechos porque a pesar de la distancia los tuviera en gran consideración, le en-

ZONARAS, VIII

ro público. El senado no los aceptó, pero les permitió que se quedaran con ellos.

12 Después de esto sometieron a los samnitas gracias a Carvilio y dominaron a lucanos y brucios gracias a Papirio. A los tarentinos también los controló Papirio. En efecto, irritados con Milón y perjudicados por algunos de los suyos que, según se ha dicho, habían atacado a Milón, llamaron a los cartagineses, cuando se
13 enteraron de que Pirro había muerto. Milón, al ver que sus propias posibilidades de actuar se encontraban reducidas a una estrecha franja, pues lo acosaban los romanos desde el continente y los cartagineses desde el mar, entregó a Papirio la acrópolis, a cambio de poder retirarse sin daño con los suyos y el dinero. Entonces los cartagineses, ya que estaban en paz con los romanos, zarparon y la ciudad pasó a manos de Papirio. Le entregaron las armas y las naves, destruyeron las fortalezas y llegaron al acuerdo de pagar un tributo.

14 Así los romanos tras haber sometido a su poder a los tarentinos regresaron a Regio, porque, después de haberse apoderado de Crotona a traición, habían demolido la ciudad y habían matado a los romanos que había allí. Entonces a los mamertinos, que ocupaban Mesina, a quienes los de Regio iban a acoger como aliados, los neutralizaron mediante un acuerdo, pero tuvieron que sufrir privaciones en el momento de sitiar Regio por escasez de alimento, entre otras cosas, hasta que Hierón, al enviar desde Sicilia trigo y soldados a los romanos, les sirvió de refuerzo y los
a. 270 ayudó a tomar la ciudad. Ésta fue entregada a los antiguos ciudadanos que quedaban y los que la habían atacado recibieron castigo[16].

15 Hierón, que no había heredado ninguna nobleza por parte de padre y por parte de madre estaba próximo a la esclavitud,

viaron a su vez embajadores. Pero, cuando ofrecieron al tesoro público los espléndidos regalos que habían recibido de su parte, no los aceptaron (U^G 3, p. 374).

Que al hacer tales cosas los romanos y elevarse cada 42
vez a más altura no se hicieron soberbios, sino que entre- a. 266 B. I, p. 141
garon al senador Quinto Fabio a los apoloniatas, los que

ZONARAS, VIII

gobernó sobre casi toda Sicilia y fue considerado amigo y aliado de los romanos. En aquel momento, éste, que dominaba a los siracusanos después de la huida de Pirro y vigilaba a los cartagineses que se encontraban en Sicilia, se inclinó del lado de los romanos y, como primer favor, les concedió la citada alianza y el envío de trigo[17].

Después de esto, como el invierno se presentó tan duro que 16
el Tíber se heló a mucha profundidad y los árboles se secaron, los de Roma lo pasaron muy mal y los rebaños perecían por falta de hierba.

Al año siguiente Lolio[18], un samnita que era rehén en Roma 17
y se había escapado, reunió una fuerza y, tras haberse apoderado a. 269
de un lugar fortificado en su propia tierra, se dedicó al bandidaje. Contra él salieron en campaña Quinto Galo y Gayo Fabio y lo detuvieron junto a sus secuaces, la mayoría de los cuales estaban desarmados, pero al avanzar sobre los caricinos[19], a quienes aquéllos habían confiado el botín, vieron obstaculizada su marcha. Por fin de noche, cuando saltaron por cierta parte del muro gracias a unos desertores, corrieron el riesgo de morir a causa de la oscuridad, no porque la noche estuviera sin luna sino porque nevaba muchísimo. Cuando apareció la luna se apoderaron totalmente del lugar.

Mucho dinero tuvo entonces Roma, tanto como para usar 2
dracmas de plata[20].

Luego hicieron una expedición a la ahora llamada Calabria, 3
con el pretexto de que habían acogido a Pirro e iban contra el terri- a. 267
torio de los aliados, pero en realidad porque querían apropiarse de

habían ido como colonos al golfo Jonio desde Corinto, porque a algunos embajadores suyos los había tratado de modo insolente. Sin embargo ellos no le causaron ningún daño, sino que lo devolvieron a casa (V. 27, p. 590)[21].

Zonaras, VIII

Brindis, ya que era buen puerto y servía como punto de partida y de llegada desde Iliria y Grecia de manera tan satisfactoria que con el mismo viento algunos arribaban y zarpaban. Se apoderaron de ella y enviaron colonos allí y a otros lugares. Pese a conseguir esto y haber medrado todavía más, no se ensoberbecieron, sino que entregaron al senador Quinto Fabio a los apoloniatas del golfo Jonio, porque había tratado con insolencia a sus embajadores. Pero ellos lo recibieron y lo enviaron de nuevo a casa sin hacerle nada.

4 En el consulado de Quinto Fabio y de Emilio[22] hicieron una
a. 265 B. I, p. 141 expedición a Volsinios en favor de su libertad, pues tenían con ellos un pacto. Éstos, que eran los más antiguos de los etruscos, habían adquirido fuerza y construido una muralla muy resistente, tuvieron una forma de gobierno muy bien organizada, por lo que, cuando combatieron con los romanos, ofrecieron una gran resis-
5 tencia. Pero cuando cayeron en su poder se abandonaron a la molicie, entregaron la administración de la ciudad a los siervos y en gran medida hacían sus campañas con su apoyo. Por fin los hicieron avanzar hasta tal punto que los siervos tenían fuerza y prudencia y se consideraban dignos de la libertad. Con el paso del tiempo la obtuvieron por sí mismos, desposaban a sus señoras, heredaban a sus señores, se inscribían en el senado, desempeñaban las magistraturas y ostentaban toda la autoridad. Las muestras de soberbia que habían soportado de parte de sus señores las mostraban a su vez con mucha mayor osadía hacia aque-
6 llos mismos. Entonces los antiguos ciudadanos, como no podían
B. I, p. 142 soportarlos ni eran capaces de defenderse por sí mismos, enviaron a escondidas embajadores a Roma. Secretamente convocaron al senado por la noche en una casa privada, para que nada

Dion en libro X: «Éstos también sospechan de vos- 46a 40
otros» (Bekk., *Anecd.*, p. 177, 28). B. I, p. 142

ZONARAS, VIII

se supiera. Y lo consiguieron. Deliberaron como si no los escu-
chara nadie, pero un samnita, huésped del señor de la casa, que
por estar enfermo permaneció escondido en su sitio, se enteró de
lo que votaban y lo denunció a los que eran objeto de la acusa-
ción. A los embajadores, a su regreso, los prendieron y los some- 7
tieron a tortura. Al enterarse de lo que habían hecho, mataron a
éstos y a los cabecillas de los demás. Por eso los romanos envia-
ron a Fabio. Éste hizo retroceder a los que habían venido a
hacerle frente y, tras aniquilar a muchos en la fuga, encerró a los
que quedaban en la fortaleza y atacó la ciudad. Allí fue herido y
murió. Animados por esto salieron. Derrotados de nuevo, se reti- 8
raron y quedaron sitiados. Cuando se vieron acuciados por el
hambre se entregaron. El cónsul torturó y mató a los que habían
deshonrado a sus señores y demolió la ciudad, pero a los nativos
y a los siervos que habían respetado a sus señores los asentó en
otro lugar[23].

NOTAS

[1] Una descripción más detallada de la campaña del año 279, en DIONISIO DE HALICARNASO, XX 1-3. Más resumida, en PLUTARCO, *Pirro* 21, 7-11. FLORO, I 13, 9, introduce en la batalla el segundo consulado de Fabricio correspondiente al año 278. Ver BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 192, y LÉVÊQUE, *Pyrrhos*, págs. 375 ss. Este último autor pone en duda la veracidad de la tradición romana a la que pertenece el texto de Zonaras sobre la batalla, por tratar de ocultar una posible derrota de los ejércitos de los cónsules, presente en cambio en Jerónimo de Cardia. Ver PLUTARCO, *Pirro* 21, 12. Tampoco sería auténtica la historia de Decio.

[2] Sobre la coherencia de la política de Gayo Fabricio Luscino en ambos consulados, ver MUSTI, en *Storia di Roma*, I, págs. 540 ss.

[3] Sobre las negociaciones de paz entre Pirro y los romanos y las discusiones sobre la existencia o no de dos embajadas, después de Heraclea y después de Ásculo, ver LÉVÊQUE, *Pyrrhos*, págs. 359 ss. Zonaras sigue aquí a Dion Casio y éste seguramente a Livio. Para LÉVÊQUE, pues, se puede afirmar que también este autor mencionaba ambas embajadas (id., pág. 368).

[4] Es un período especialmente mal conocido de la historia de Sicilia. Ver D. ROUSSEL, *Les Siciliens entre les Romains et les Carthaginois à l'époque de la première guerre Punique. Essai sur l'histoire de la Sicile de 276 à 241*, París, Les Belles Lettres, 1970, pág. 10. Sobre los conflictos internos sicilianos, PLUTARCO, *Pirro* 22, 6-12.

[5] Descripción de los cambios de circunstancias que afectaban a los sicilianos, en DIODORO, XXII 10. Ver ROUSSEL, pág. 12.

[6] En griego, *kranía*.

[7] El cónsul Publio Cornelio Rufino sería expulsado del orden senatorial por Fabricio cuando pasó a ejercer la censura, por sus alardes de riqueza. (Dionisio de Halicarnaso, XX 13, 1 = 20, 1). Broughton, *MRR*, I, pág. 194.

[8] Prosérpina. Sobre el episodio y el nombre, ver Lévêque, *Pyrrhos*, pág. 499, con nota 6. Sin nombrarla, también Dionisio de Halicarnaso, XX 10, 2 (19, 11), considera que la causa del fracaso de Pirro se debió a su impiedad contra la diosa. Referencia en Livio, XXIX 18, 6. Sobre el santuario y los cultos de Prosérpina-Perséfone en Locros, ver Greco, *Archeologia della Magna Grecia*, Roma-Bari, 1996[2].

[9] Sería el motivo o pretexto del regreso de Pirro a Italia (Plutarco, *Pirro* 23, 6-7), pero aquí la situación se hallaba deteriorada y los aliados en cuya ayuda acudía le guardaban rencor por el anterior abandono, según Plutarco, *Pirro* 25, 1. Broughton, *MRR*, I, pág. 195.

[10] Otros detalles, en Plutarco, *Pirro* 25. Ver Salmon, *Samnium*, pág. 287.

[11] Este episodio, según Lévêque, *Pyrrhos*, págs. 49-50, es una simple trasposición del protagonizado por Otanes y Cambises, en Heródoto, V 25.

[12] De Agila = Ceres.

[13] Ver *supra*, nota 7. También en Livio, *Perioca* 14, que atribuye el castigo a que tenía diez libras de plata trabajada. Para Gelio, XVIII 21, 39, fue por haber gastado diez libras de plata en una cena. Vajilla de plata en Plutarco, *Sila* 1, 1. Sin especificar, en Floro, I 13, 22. El ejemplo se encuadra en las manifestaciones de la vida ejemplar del romano, en este caso Fabricio frente a Rufino, que comparte su vida, sin lujos, entre la tierra y la guerra. Ver Ovidio, *Fastos* I 208, y Plinio, *Historia Natural* XVIII 39, y XXXIII 142-3. Broughton, *MRR*, I, pág. 196.

[14] Según el fragmento 33, éstos serían los de Ceres (Cary, *ad l.)*.

[15] Dionisio de Halicarnaso, XX 14, habla sólo de los regalos entregados por Filadelfo a los embajadores enviados por Roma. Broughton, *MRR*, I, pág. 397. A pesar de ciertas controversias sobre la realidad de este suceso, de lo que pueda interpretarse como posible efecto de la propaganda romana posterior para justificar, en la antigüedad de las relaciones, las intervenciones subsiguientes, la tendencia de la investigación reciente se orienta a aceptar el contacto sin necesidad de llegar a admitir una alianza. Livio, *Perioca* 14, habla de *societas*, pero la fórmula de Dion y Zonaras, es más vaga: *homologia*, mientras que

APIANO, *Sicilia* 1, habla de *philía,* y EUTROPIO, II 15, de *amicitia.* E. S. GRUEN, *The Hellenistic World and the Coming of Rome,* Berkeley, University of California Press, 1984, págs. 62-63.

[16] Operaciones que seguramente fueron llevadas a cabo por el cónsul Genucio. DIONISIO DE HALICARNASO, XX, 16 (20, 7-8). BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 198.

[17] Se pone en duda esta amistad como inventada por historiadores favorables a los cartagineses. Para un estado de la cuestión, ver ROUSSEL, *Les Siciliens,* págs. 67-71. Dion-Zonaras es la única fuente que trata de ello.

[18] Otros detalles, en DIONISIO DE HALICARNASO, XX 17 (20, 9). BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 199. Sobre el personaje y episodio, ver SALMON, *Samnium,* pág. 288.

[19] O caracenos, pueblo concreto al que pertenece Lolio, dentro de los samnitas.

[20] Denarios. También PLINIO, XXX 44, sitúa en este año el comienzo de la acuñación de monedas de plata. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 199.

[21] Episodio de autenticidad discutida, mencionado superficialmente por LIVIO, *Perioca* 15, aunque suele admitirse un fondo real, en relación con nuevos intereses en el sur de Italia y con los primeros contactos con el Ilírico. Ver ZONARAS, VIII 7, 3; GRUEN, *Hellenistic World,* págs. 63-64; BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 200.

[22] Error posiblemente de Zonaras (CARY, *ad l.),* por Mamilio: Lucio Mamilio Vítulo, *homo novus,* posiblemente promocionado gracias a sus contactos con la *gens Fabia.* DEVELIN, *Practice,* pág. 73. Su hermano Quinto sería cónsul en 262 (pág. 71).

[23] FLORO, I 16, se refiere escuetamente al mismo episodio. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 201. W. V. HARRIS, *Rome in Etruria and Umbria,* Oxford, Clarendon Press, 1971, págs. 115-8. SALMON, *Samnium,* pág. 293, n. 2, lo interpreta como algún movimiento popular indeterminado con apoyo de parte de los samnitas. M. TORELLI, *Storia degli Etruschi,* Bari-Roma, Laterza, 1984 (2.ª ed.), pág. 257, lo encuadra en el proceso de transformación de los modos de producción, donde los *oikétai* (servidores) equivalen a *servi* colectivos que se integran en presencia de Roma. El acceso de la *servitus* a la administración equivaldría al acceso de los plebeyos a las magistraturas, pero Roma, establecida ya como estado donde la integración ha sido paralela a la formación de nuevas formas de dependencia, interviene aquí violentamente a favor de la clase dominante, a través de la represión, pero también en la concesión de nuevos asentamientos.

LIBRO XI

Que las causas de las diferencias entre ellos fueron, 1 43
para los romanos, que los cartagineses habían acudido en B. I, p. 143
ayuda de los tarentinos y, para los cartagineses, que los romanos habían hecho un pacto de amistad con Hierón. Pero éstos son pretextos creados por los que en realidad quieren obtener ventaja pero se avergüenzan de que se tenga tal opinión de ellos. La verdad es otra. En efecto, 2
como los cartagineses tenían mucho poder y los romanos ya habían experimentado un fuerte crecimiento, recelaban unos de otros y, de un lado, por el deseo de tener siempre más, como la mayor parte de los hombres, sobre todo cuando les van bien las cosas, y de otro también por te-

ZONARAS, VIII

Entonces fue cuando empezaron los romanos las luchas en 1 8
ultramar, pues nunca habían tenido experiencias en la navega- B. I, p. 143
ción. Pero al hacerse marineros pudieron trasladarse a las islas y a otros lugares continentales. Primero hicieron la guerra a los cartagineses, que no eran en nada inferiores a ellos, ni en riqueza ni por las cualidades de su territorio; practicaban la náutica a la perfección, estaban dotados con fuerzas de caballería, de infan-

mor, fueron arrastrados a la guerra creyendo cada uno de ellos que apoderarse de lo ajeno era la única forma segura
3 de consolidar lo propio. Por lo demás, también era muy
B. I, p. 144 difícil, por no decir imposible, que dos pueblos que vivían en libertad y con poder y orgullo y que, por decirlo así, distaban muy poco gracias a la rapidez de su flota, mandaran sobre otros y no quisieran controlarse mutuamente. Tal fue la coincidencia que, favorecida por la fortuna, disolvió sus acuerdos y los abocó a la guerra (M. 111, pág. 178).

4 Que la lucha según sus palabras tenía como objetivo
B. I, p. 144 Mesina y Sicilia, pero de hecho cada uno se habría dado

ZONARAS, VIII

tería y de elefantes; gobernaban a los africanos y ocupaban Cer-
2 deña y la mayor parte de Sicilia. Por ello también habían concebido esperanzas de controlar Italia. En efecto, entre otros factores que contribuían a que se sintieran orgullosos, sobre todo estaban especialmente seguros de su posición autónoma (pues al rey le adjudicaban la autoridad con carácter anual y no como un poder vitalicio) y, pensando que sus esfuerzos redundaban en provecho propio, se lanzaban a la acción con el mayor entusiasmo.

3 Los pretextos de la guerra fueron, para los romanos, que los
B. I, p. 143 cartagineses habían acudido en auxilio de los tarentinos, y para los cartagineses, que los romanos habían pactado con Hierón. La verdad era que se miraban mutuamente con suspicacia y cada uno pensaba que la única salvación de sus posesiones era apoderarse de las del otro. Cuando estaban así, en tales disensiones, una cierta coincidencia disolvió los pactos y los empujó a la guerra. Fue como sigue.

4 Los mamertinos, que una vez habían enviado una colonia
B. I, p. 144 desde Campania a Mesina, sitiados entonces por Hierón, llama-

cuenta de que desde allí, se movería por su propia tierra y consideraban que, como la isla se hallaba entre ambos,

ZONARAS, VIII

ron a los romanos como parientes suyos. Éstos votaron con entu-
siasmo acudir en su ayuda, pues sabían que, si los mamertinos no
obtenían su alianza, se dirigirían a los cartagineses, que se adueña-
rían de toda Sicilia y que desde ella podrían pasar a Italia. En efec- 5
to, esta isla dista poco del continente, hasta el punto de que, según
el mito, en otro tiempo ella misma también era continente. Enton-
ces la isla, situada tan cerca de Italia, parecía que llamaba a los car-
tagineses a que reclamaran los territorios de enfrente si se apode-
raban de ella y Mesina proporcionaba también a los que la
dominaran la posibilidad de adueñarse del estrecho. Una vez que 6
votaron los romanos la ayuda a los mamertinos, no los socorrieron
al punto por algunas causas coincidentes, por lo que los mamerti-
nos, acuciados por la necesidad, llamaron a los cartagineses. Éstos
consiguieron la paz con Hierón, para sí mismos y para quienes los
habían llamado, a fin de que los romanos no pasasen a la isla, y se
pusieron a vigilar el estrecho y la ciudad, con Hannón como jefe. 7
En esto Gayo Claudio que era tribuno militar, enviado con pocas a. 264
naves por Apio Claudio[1], llegó a Regio, pero no se atrevió a hacer
la travesía, al ver que la flota de los cartagineses era mucho mayor.
Sin embargo, subido a una pequeña embarcación, alcanzó Mesina
y dialogó con ellos, cuanto la ocasión permitía. Como los cartagi-
neses se opusieron, en ese momento regresó sin haber obtenido
ningún resultado, pero más tarde, cuando supo que los mamertinos
estaban enzarzados en un conflicto civil (pues no querían ceder a
los romanos y soportaban con pena a los cartagineses), zarpó de
nuevo y, entre otras cosas seductoras, les dijo que venía para la li-
beración de la ciudad y que, cuando la situación se aplacara, volve-
ría a zarpar de nuevo. A los cartagineses les indicó que se retiraran 8
o que, si tenían algo justo que decir, lo dijeran. Como ninguno de B. I, p. 145
los mamertinos replicó por temor y los cartagineses, que ocupa-

proporcionaría a los que la dominaran un punto de partida seguro contra los otros (M. 112, pág. 179).

5 Que Gayo Claudio se presentó en la asamblea y entre
a. 264 B. I, p.145 otras cosas sugestivas dijo que venía para la liberación de la ciudad, pues los romanos no necesitaban nada de Mesina, y que inmediatamente, una vez que la situación se hubiera apaciguado, zarparía de nuevo. Después de esto, indicó a los cartagineses que se retiraran o que, si tenían
6 algo que alegar, lo sometieran a deliberación. Como por temor ninguno de los mamertinos replicaba y los cartagineses, dado que ocupaban por la fuerza la ciudad, hicie-

Zonaras, VIII

ban la ciudad por la fuerza, no le prestaron ninguna atención, dijo: «El silencio es testimonio suficiente de una y otra parte, de los unos porque cometen injusticia, pues, si su pensamiento fuera sano, se habrían justificado, de los otros porque aspiran a la libertad. En efecto hablarían con toda soltura si hubieran optado por el partido de los cartagineses». Y anunció que acudiría en su ayuda. Como entre los mamertinos surgió un rumor de aprobación a consecuencia de estas palabras, enseguida navegó de regreso hacia Regio, y poco después con toda la flota forzó el paso, pero a causa del número y de la técnica de los cartagineses y debido a la dificultad de la corriente y de que había surgido inesperadamente una tempestad, perdió algunas de las trirremes y, con las restantes, se puso a salvo en Regio.

9 1 Sin embargo los romanos no renunciaron al mar por causa
B. I, p. 146 de la derrota, sino que Claudio preparaba las naves; pero Hannón, que quería volver contra los romanos la acusación de haber disuelto los pactos, le envió a Claudio las trirremes capturadas, le devolvió los prisioneros y le hizo un llamamiento a favor de la paz. Como no recibió nada a cambio, advirtió que nunca dejaría

ron poco caso de él, dijo que consideraba el silencio testimonio suficiente por ambas partes; de unos porque actuaban contra la justicia, pues se habrían justificado si actuaran con sana intención, y de los otros porque deseaban la libertad. Pues si hubieran optado por los cartagineses habrían hecho uso de la libertad de palabra que les proporcionaba el hecho de que sus fuerzas estuvieran presentes, por lo que les prometió que acudiría en su ayuda tanto porque su estirpe era de Italia como por la solicitud que habían hecho (M. 113, p. 179).

Que Gayo Claudio perdió algunas de las trirremes y se 7
puso a salvo con dificultad. Sin embargo, ni él ni los ro- B. I, p. 145
manos de la ciudad dejaron de ocuparse del mar por el hecho de haber sido derrotados en esta primera ocasión, que es lo que suele suceder cuando se intenta algo por primera vez y se fracasa, al atribuir lo sucedido a la fatalidad y creer que ya nunca se podrá enderezar. Al contrario, se empeñaron en él con mucho entusiasmo, a causa, entre otras cosas, de su ambición de gloria, para no parecer que se daban por vencidos por la mala suerte (M. 114, p. 180).

Zonaras, VIII

a los romanos ni siquiera lavarse las manos en el mar. Claudio, 2
cuando observó la naturaleza del estrecho, se puso a vigilar el mo- B. I, p. 147
mento en que tanto la corriente como el viento llevaban al mismo tiempo de Italia a Sicilia y así hizo la travesía hacia la isla, sin tropezar con ningún obstáculo. Entonces, al encontrar en el puerto a los mamertinos (pues Hannón que desconfiaba de ellos se había asentado en la acrópolis para vigilarla), convocó una asamblea y en diálogo con ellos los persuadió para que hicieran
venir a Hannón. Éste no quería bajar, pero, por temor a que los 3
mamertinos se rebelaran a causa de sus injusticias, vino a la

8 Que Hannón, que en general no se tomaba la guerra a la ligera, pero, si tenía que ocurrir, quería volver contra aquél la responsabilidad de la disolución de los pactos, para que no se considerara que él había empezado, le envió las naves y los cautivos, le hizo un llamamiento en favor de la paz y lo exhortaba a que no se entrometiera en el mar (M. 115, p. 180).

9 Que como no recibió ninguna contestación le lanzó
B. I, p. 146 una amenaza terrible y desproporcionada. Pues dijo que nunca dejaría que los romanos ni siquiera se lavaran las manos en el mar y, después de eso, no mucho más tarde, perdió incluso Mesina (M. 116, p. 180).

10 Que Claudio, cuando encontró a los mamertinos en formación en el puerto, celebró una asamblea con ellos y, simplemente con decirles: «No necesito las armas en absoluto, sino que pongo en vuestras manos toda posibilidad de decisión», los convenció para que hicieran venir a Hannón.

Zonaras, VIII

asamblea. Después de que se hablaron muchas cosas inútiles por ambas partes, uno de los romanos lo cogió y lo hizo prisionero entre las alabanzas de los mamertinos.

4 Y así abandonó Mesina por la fuerza, pero los cartagineses
B. I, p. 147 castigaron a Hannón, y enviaron un heraldo a los romanos para conminarlos a dejar Mesina y retirarse de toda Sicilia en un día señalado. También enviaron un ejército. Como los romanos no hicieron caso, mataron a los mercenarios que estaban con ellos procedentes de Italia y se lanzaron sobre Mesina (Hierón también los acompañaba), sitiaron la ciudad y pusieron bajo vigilan-
5 cia el estrecho, para que no les llegaran ni tropas ni trigo. Al en-
B. I, p. 148 terarse de ello el cónsul, que ya estaba cerca, como encontró a muchos agrupados en el puerto con el pretexto del comercio, los engañó para atravesar el estrecho sin riesgo y, de noche, oculta-

Como éste no quería bajar, insistía mucho con invectivas y decía que, si tuviera la más mínima razón, en cualquier caso vendría a dialogar con él y no ocuparía la ciudad por la fuerza (M. 117 [180]).

Dion en el libro XI: «Tú castigas incluso a tus amigos 32c
en cuanto han cometido algún error, yo, en cambio incluso a mis enemigos los perdono» (Bekk., *Anecd.*, p. 171, 29)[2].

Que el cónsul Claudio exhortó a los soldados a que 11
tuvieran valor y no se asustaran por la derrota del tribuno. B. I, p. 148
Les enseñaba que las victorias eran para los que estaban mejor preparados y que su valor estaba muy por delante de la técnica de los enemigos. Pues dijo que ellos habían aprendido hacía poco tiempo los conocimientos náuticos, pero que el valor de los cartagineses nunca sería comparable al suyo. En efecto lo uno se puede obtener en poco

ZONARAS, VIII

mente ancló en Sicilia. Como había hecho la travesía no lejos del campamento de Hierón, entabló combate inmediatamente, pues pensaba que les resultaría temible gracias al número. Cuando les salieron al encuentro, la caballería de los romanos fue derrotada, pero la infantería salió triunfante. Entonces Hierón se retiró a las montañas y más tarde a Siracusa.

Entonces Claudio, al retirarse Hierón y al haberse animado 6
los mamertinos gracias a su aparición, marchó contra los carta- B. I, p. 148
gineses que ya habían quedado aislados y se dirigió sobre la empalizada que estaba como en una península. Pues desde un lado la rodeaba el mar y, desde otro, una especie de bosque inaccesible. Sobre la garganta, que era el único lugar por el que se entraba,
aunque resultaba muy estrecho, se había construido una muralla. 7
Al tratar de atravesarla violentamente, los romanos pasaron mu-

tiempo si se emplea la inteligencia en ello y se puede adquirir con la práctica, en cambio lo otro, si no viene dado por naturaleza, no se puede conseguir por medio del aprendizaje (M. 118, p. 181).

12 B. I, p. 148 Que los africanos se envalentonaron, como si no hubieran llegado a vencer por la naturaleza del lugar sino por su propio valor, e hicieron una salida. Pero Claudio de tal modo hizo que se asustaran que ni siquiera salían a observar fuera del campamento (M. 119, p. 181).

Zonaras, VIII

chos sufrimientos y avanzaron en medio de las flechas. Los africanos cobraron ánimos y se adelantaron. En su persecución, creyendo que huían, salieron a través de las estrechuras. Allí se dieron la vuelta los romanos, los hicieron retroceder y mataron a muchos de ellos, de modo que ya no avanzaron delante del campamento mientras Claudio estaba en Mesina.

8 B. I, p. 149 Al no atreverse a violentar la entrada se volvió hacia los siracusanos y hacia Hierón, después de dejar una guarnición en Mesina. Se dirigió a la ciudad y entonces le salieron al encuentro. Unas veces vencían y otras veces eran vencidos. Hallándose en un lugar estrecho, el cónsul habría sido cogido, si antes de encontrarse rodeado no hubiera enviado un mensaje a Hierón a fin de tratar de llegar a algunos acuerdos. Así, en efecto, desde que vino uno, con el que iba a tratar, dialogaba con él y al tiempo se
9 alejaba hasta que se hubo retirado a lugar seguro. Como no fue
B. I, p. 150 posible capturar la ciudad fácilmente y el asedio se encontraba en una situación sin salida a causa de la escasez de provisiones y de la enfermedad extendida en el ejército, se volvió atrás. Los siracusanos lo siguieron y habrían llegado a firmar la tregua si Hierón hubiera querido hacer un trato. El cónsul dejó una guarnición en Mesina y emprendió la navegación hacia Regio.

10 a. 263 Los romanos, una vez que la situación etrusca hubo quedado normalizada y los asuntos de Italia estaban en paz, como la realidad de los cartagineses adquiría cada vez más consistencia, or-

Pues sucede, en la mayoría de los casos, que a los que por cálculo temen les salen bien las cosas gracias a su cautela, pero a los que se atreven sin ninguna previsión, se les arruinan por falta de vigilancia (Max. Conf., *Flor.*, f. 165^{v} = M., p. 539). 13

ZONARAS, VIII

denaron que los cónsules hicieran una expedición a Sicilia. Cuando Máximo Valerio y Otacilio Craso[3] hubieron hecho la travesía y avanzaban a través de la isla, unas veces por separado, y otras juntos, controlaron a mucha gente mediante acuerdos[4]. Como se 11
hubieron ganado la buena voluntad de la mayoría, se dirigieron a Siracusa. Hierón, atemorizado, les envió heraldos, por los que les devolvía las ciudades que habían perdido, les prometía dinero y liberaba a los prisioneros. Sobre estas bases firmaron un pacto. En efecto, los cónsules consideraron que con su ayuda someterían más fácilmente a los cartagineses. Tras llegar a un acuerdo, 12
se dirigieron a las restantes ciudades donde había guarniciones de los cartagineses. En general fueron rechazados, pero tomaron Egesta sin encontrar resistencia, pues a causa de su parentesco con los romanos, sus habitantes, que decían ser descendientes de Eneas, se unieron a ellos después de dar muerte a los cartagineses.

Los cónsules a causa de la llegada del invierno se volvieron 1 10
a Regio y los cartagineses reunieron la mayor parte de su ejército en Cerdeña, para desde allí lanzarse sobre Roma. Así, o bien abandonarían por fin Sicilia o en el momento de hacer la travesía los debilitarían considerablemente. Pero no alcanzaron ni esto ni aquello. Pues los romanos, sin dejar de guardar la propia tierra, enviaron a Sicilia una fuerza adecuada al combate, al mando de Postumio Albino y Emilio Quinto[5]. Al llegar a Sicilia los cónsu- 2
les se dirigieron a Acragante y allí pusieron sitio a Aníbal, el hijo a. 262 B. I, p. 151
de Gisgón. Al enterarse de ello los de Cartago enviaron a Hannón con una gran fuerza para que lo ayudara en el combate. Éste

14 La prudencia obtiene las victorias y conserva las ya existentes, la insolencia ni siquiera sobrevive a nada y, aunque tenga alguna vez suerte en alguna circunstancia, la pierde muy fácilmente. Aunque consiga salvar alguna cosa, como resulta peor por el hecho mismo de que salga bien contra toda lógica, no sólo por ello no resulta ventajosa,
15 sino que también ella misma se destruye. Pues de algún

ZONARAS, VIII

entró en la guerra al llegar a Heraclea, no lejos de Acragante. Hubo más combates, pero no grandes. Al principio, era Hannón quien incitaba a los cónsules a la guerra, pero luego los cónsules
3 lo incitaba a él. Mientras los romanos tenían provisiones suficientes, no se atrevieron a combatir por ser inferiores en número y esperaban tomar la ciudad por hambre. Pero cuando les faltaron los alimentos, eran ellos los que ansiaban correr riesgos y Hannón el que dudaba, pues temía que por su entusiasmo pudiera caer en una emboscada. Por ello los demás consideraban lógico vigilar la situación de los romanos como si hubieran vencido sin esfuerzo y Hierón, que antes venía en su ayuda sin entusiasmo, les envió víveres, de modo que los cónsules también cobraron ánimo. Hannón intentó emprender batalla, con la esperanza de que Aníbal, desde la
4 fortaleza, cayera sobre los romanos por la espalda. Al enterarse de esto los cónsules permanecieron tranquilos, para que Hannón se confiara y viniera sobre la fosa. Enviaron a algunos por la espalda a tenderle una emboscada. Como hacia el atardecer avanzara sin temor y con desprecio del enemigo, los romanos le atacaron mediante una emboscada desde la empalizada, causando muchas bajas tanto entre los hombres como entre los elefantes. Aníbal, entre tanto, se acercó a las tiendas de los romanos pero fue rechazado por quienes las guardaban. Hannón huyó hacia Heraclea y dejó
5 abandonado el campamento. Aníbal, que había decidido salir de noche de Acragante, pasó desapercibido, pero los demás, al ser reconocidos fueron muertos algunos a manos de los romanos, pero la

modo todo el que es valiente de manera irracional, también se aterroriza de manera irracional. En efecto, la reflexión que conserva la mente firme para la previsión y la esperanza digna de fe gracias a su propia garantía, no permite que nada se deje vencer por el temor ni crezca en su soberbia. En cambio, la estupidez falta de cálcu-

ZONARAS, VIII

mayoría por los acragantinos. Sin embargo, éstos no obtuvieron el perdón, sino que les arrebataron sus riquezas y ellos mismos fueron todos vendidos.

Los cónsules se retiraron a Mesina durante el invierno. En 6
cambio los cartagineses se irritaron contra Hannón e hicieron a. 261 B. I, p. 152
partir en su lugar a Amílcar Bárquida, el mejor hombre de su pueblo en la estrategia salvo su hijo Aníbal. Él mismo vigilaba Sicilia y envió a Aníbal como almirante de la flota a saquear la costa de Italia a fin de atraer a los cónsules sobre sí. Pero no consiguió su objetivo. En efecto, ellos, tras establecer guarniciones en cada lugar de la costa, marcharon a Sicilia. Pero no hicieron nada digno de memoria. Amílcar aniquiló a los mercenarios 7
galos, irritados porque no les había dado la paga completa por temor a que se pasaran a los romanos. El método consistió en enviarlos a una ciudad de las que se encontraban bajo los romanos a apoderarse de ella como si estuviera a punto de entregarse, permitiéndoles que la saquearan, pero había enviado ante los cónsules a unos falsos prófugos que denunciaron de antemano la llegada de los galos. Por ello, todos los galos sorprendidos en una emboscada fueron aniquilados, pero también murieron muchos de los romanos.

Al retirarse los cónsules a casa, Amílcar devastaba Italia en 8
incursiones náuticas y en Sicilia sometió a algunas ciudades. Al a. 260
enterarse de esto los romanos reunieron una flota y pusieron a su frente a Gayo Duilio, uno de los cónsules, pero enviaron a Sicilia a su colega Gayo[6] Cornelio[7]. Éste se despreocupó de la guerra por tierra que le había correspondido y, con las naves añadidas a él,

lo a muchos los alza en la fortuna y los hunde en las desgracias, como si no tuviera ningún punto de apoyo, sino que siempre se adecua a la coyuntura (Max. Conf., *Flor.*, f. 165ᵛ = [M., p. 539], y paralelamente [§ 15] M. 120, p. 181).

16 B. I, p. 153 Que los romanos y los cartagineses cuando se enfrentaron en batalla naval, estaban equilibrados tanto en número de naves como en ánimos y, en cada bando, tras disponerse primero para la batalla naval con preparativos similares y con la esperanza de que toda la guerra se dirimiera de aquella manera, con Sicilia como premio ante sus ojos, luchaban por la esclavitud o el mando, para no experimentar la primera, si eran vencidos, sino para al-
17 canzar el segundo si resultaban vencedores. Unos tenían

Zonaras, VIII

marchó a Lípara creyendo que se le entregarían; pero esto se de-
9 bía a un engaño de los cartagineses. Después de atracar en Lípara, Bodes, el lugarteniente de Aníbal, lo rodeó. Cuando Gayo se disponía para la defensa, aquél tuvo miedo de su desesperación y los convocó para llegar a un acuerdo. Una vez que los convenció, hizo subir a su propia trirreme al cónsul y a los tribunos con la intención de que se encontraran con el almirante de la flota. A éstos los enviaron a Cartago, pero a los restantes los cogieron sin haber tomado las armas.

11 1 B. I, p. 153 A continuación, Aníbal devastaba Italia y Amílcar hizo una expedición a Egesta, donde los romanos tenían la mayor parte de la infantería. Cuando el tribuno Gayo Cecilio quiso acudir en ayuda de éstos, Amílcar le tendió una emboscada y mató a muchos de los suyos. Al enterarse los de Roma enviaron rápida-
2 mente al pretor urbano y dieron prisa a Duilio. Éste fue primero a Sicilia y cuando se dio cuenta de que las naves de los cartagineses eran inferiores a las suyas por el peso y el tamaño, pero les aventajaban por la rapidez de los remeros y por la habilidad en

ventaja gracias a la experiencia de los marineros por haber dominado el mar desde antiguo, los otros por la fuerza de sus tripulantes y por su audacia[8]. En efecto, cuanto más inexpertos eran en las cosas náuticas, con tanto más atrevimiento y valentía luchaban. Todos, naturalmente, calculan lo que se basa en la experiencia, por así decirlo, de modo exacto y dudan incluso cuando la reflexión los lleva por este camino, pero en lo que son inexpertos actúan de manera irreflexiva y llegan a las manos sin previsión (M. 121, p. 181).

Derrotados los cartagineses en la batalla naval por los 18
romanos, por poco no mataron también a Aníbal (pues, a B. I, p. 154
todos los que envían expediciones a cualquier lugar les es propio por naturaleza pretender el máximo éxito y atribuir las derrotas a quienes los dirigen, y los cartagineses casti-

ZONARAS, VIII

su forma de navegar, preparó máquinas sobre las trirremes, anclas y garfios de hierro unidos a largas perchas y otros ingenios de la misma clase, de modo que al caer sobre las naves enemigas las atraparan con ellos, y al hacer el abordaje llegaran a las manos con los cartagineses y chocaran como en una batalla a pie[9]. 3
Entonces los cartagineses, al enfrentarse con las naves de los romanos, los rodearon, pues remaron de modo intenso, y los atacaron súbitamente. Durante algún tiempo, la batalla resultaba equilibrada, pero luego los romanos, haciéndose más fuertes, hundieron a muchos, pero también se apoderaron de muchos. Aníbal, que combatía en una hepteres[10], cuando su nave se vio enfrentada a una trirreme, por temor a ser cogido, la abandonó, cambió a otra y huyó.

Éste fue entonces el final de la batalla en la que consiguieron 4
un gran botín. Los cartagineses, a causa de la derrota, habrían ma- B. I, p. 154
tado a Aníbal, si no les hubieran preguntado inmediatamente, como si no hubiera variado la situación, si le ordenaban emprender la

gaban del modo más rápido a los que habían fracasado), si no hubiera sido porque, atemorizado, nada más producirse la derrota les preguntó, como si no hubiera ocurrido nada, si le ordenaban emprender la batalla naval o no. Cuando

ZONARAS, VIII

batalla naval o no. Cuando ellos acordaron que emprendiera la batalla naval, como excitados por el hecho de sobresalir en la flota, respondió: «Ninguna injusticia he cometido porque ataqué con las mismas esperanzas que vosotros, pues yo era dueño de mi decisión, pero no de la fortuna».

5 Así se salvó, pero perdió el mando. Duilio tras sumarse a la
B. I, pág. 155 infantería retuvo a los egesteos, sin que Amílcar lo esperara para venir a las manos, fortaleció las demás amistades y regresó a Roma al terminar el verano. Cuando hubo partido, Amílcar forti-
6 ficó el llamado Drépano (un puerto muy favorable), reunió en él lo más importante y a todos los ericinos los desplazó y desmanteló su ciudad, a fin de que los romanos no pudieran apoderarse de ella y, como era fuerte, convertirla en una base de operaciones para la guerra. Cogió unas ciudades por la fuerza y otras por
a. 259 medio de la traición. Si Gayo Floro no le hubiera hecho frente allí, cuando pasaba el invierno, habría sometido Sicilia entera.

7 Lucio Escipión, su colega, fue en expedición a Cerdeña y Córcega (se encuentran en el mar Tirreno, a poca distancia una de otra, de modo que desde lejos parece que son una sola isla). Atacó primero Córcega y se apoderó por la fuerza de Valeria[11], la ciudad más importante que hay en ella, y el resto lo dominó sin esfuerzo. Cuando navegaba hacia Cerdeña avistó una flota cartaginesa y se dirigió hacia ella. Como huyeron antes de llegar al enfrentamiento, se fue a la ciudad de Olbia. Al hacerse visibles las naves cartaginesas, asustado, pues no tenía una infantería adecuada para la batalla, se retiró.

ellos asintieron, como esperaba, porque estaban tan orgullosos de sacar ventaja en la flota, contestó a través de los mismos mensajeros que «ninguna injusticia he cometido porque ataqué con las mismas esperanzas que vosotros,

ZONARAS, VIII

En esa misma época, junto con otros de los que habían sido 8
capturados y de los que estaban en la ciudad convertidos en esclavos, los samnitas, que habían venido en abundancia para la preparación de la flota, acordaron conspirar contra Roma. Al enterarse de esto Herio Potilio, que estaba al mando del ejército auxiliar, intentó ponerse de acuerdo con ellos, para saber exactamente todo lo que habían planeado, y como no era capaz de 9
denunciar la conspiración, pues los samnitas lo tenían rodeado, B. I, p. 156
los convenció para que se reunieran en el foro mientras el senado celebraba una sesión y gritaran contra él como si fueran víctimas de injusticia respecto al trigo que recibían. Cuando hubieron realizado esto y fue llamado como culpable del tumulto, puso en su conocimiento la conspiración. Como entonces estaban tranquilos dejaron que se fueran, pero de noche cada uno de los que tenían esclavos apresó a algunos de ellos. Y así se deshizo toda la conjura[12].

Al verano siguiente, los romanos y los cartagineses estuvie- 10
ron en guerra al mismo tiempo en Sicilia y en Cerdeña. Después a. 258
de esto, Atilio Latino[13], al dirigirse a Sicilia y encontrar la ciudad de Mutístrato sitiada por Floro, utilizó sus tropas. Cuando atacó alrededor de la muralla, en un primer momento los nativos se defendieron enérgicamente junto con los cartagineses, pero cuando las mujeres y los niños rompieron en lágrimas y lamentaciones, no lo soportaron. Tras retirarse de noche los cartagineses, 11
al amanecer, los nativos abrieron voluntariamente las puertas. Pero los romanos al entrar los mataban a todos hasta que Atilio anunció que el resto del botín y los hombres serían de quien los cogiera. Desde ese momento, a los que quedaban los cogieron vivos[14] e incendiaron la ciudad tras someterla a pillaje.

pues era dueño de mi decisión, pero no de mi fortuna» (M. 122, p. 182).

32b Dion en el libro XI: «Como la tempestad seguía y so-
B. I, p. 157 brevino la niebla, abatió a Aníbal por medio de algunos desertores» (Bekk., *Anecd.*, p. 171, 26).

ZONARAS, VIII

12 1 De allí cayeron sobre Camarina de modo desconsiderado, pues se encontraron en territorios sometidos previamente a emboscadas. Y habrían sido totalmente destruidos si Marco Calpurnio[15], que era tribuno, no hubiera hecho frente a la desgracia con sabiduría. En efecto, al ver que sólo una de las colinas de alrededor no había sido ocupada a causa de su carácter escarpado, pidió trescientos hoplitas al cónsul y subió hacia allí en su compañía, para que los enemigos se volvieran contra ellos y entonces
2 pudieran huir los demás. Y así fue. Cuando los contrincantes se dieron cuenta de su ataque, turbados, dejaron al cónsul y a los suyos como si ya hubieran sido cogidos y corrieron hacia Calpurnio. Trabado un violento combate cayeron muchos de aquéllos, y los trescientos en su totalidad. Sólo se había salvado Calpurnio que, abatido por las heridas, pasó desapercibido entre los cadáveres como si estuviera muerto, pero luego fue encontrado
3 vivo. Mientras los trescientos combatían, el cónsul se retiró. Sal-
B. I, p. 157 vado de este modo, sometió Camarina y las demás ciudades, unas por la fuerza, otras mediante tratados. Luego Atilio se lanzó sobre Lípara. Pero de noche, a escondidas, Amílcar se apoderó de ella y, tras lanzarse súbitamente, destruyó una gran parte.

4 Gayo Sulpicio recorrió la mayor parte de Cerdeña y anima-
B. I, p. 157 do por esto atacó África. Se retiraron los cartagineses con Aníbal asustados por los asuntos de casa, pero como les sopló el viento de frente ambos dieron la vuelta. Después de esto Atilio abatió a Aníbal gracias a algunos falsos desertores, como si de nuevo
5 fuera a navegar hacia África. Mientras con esfuerzo trataba de
B. I, p. 157 enderezar la situación, navegó hacia él Sulpicio y le hundió la

Pero empeñados con el mismo afán en no perder la propia tierra y en obtener además la ajena, luchaban con entusiasmo y fuerza. En efecto, así como muchos prote- 19 a. 256 B. I, p. 158

ZONARAS, VIII

mayoría de las naves sin que apenas se diera cuenta de lo que sucedía, a causa de la niebla y por encontrarse además en situación agitada. A las restantes, que se habían refugiado en tierra, las cogió vacías. En efecto, Aníbal, al ver que el puerto no estaba seguro, las dejó y se retiró a la ciudad de Sulcos. Luego, cuando se rebelaron contra él los cartagineses, se presentó solo ante ellos y pereció. Mientras los romanos, como consecuencia de esto, re- 6
corrían el territorio con más confianza fueron derrotados por Hannón. Esto sucedió en este año. Sin interrupción cayeron piedras sobre Roma desde el cielo, muchas al mismo tiempo, de tal modo que parecía granizo. Del mismo modo cayeron piedras sobre el Albano y en otros sitios.

Los cónsules marcharon a Sicilia e hicieron una expedición 7
a Lípara. Cuando se dieron cuenta de que los cartagineses esta- a. 257 B. I, p. 157
ban anclados bajo el promontorio llamado Tindáride, dividieron la armada en dos partes. Uno de los cónsules con la mitad de la flota rodeó el promontorio, con lo que Amílcar creyó que estaba solo y salió a su encuentro. Cuando se presentaron los demás, se dio a la fuga y perdió la mayor parte de la flota[16]. Al retirarse los 8
romanos, dejaron Sicilia como si ya fuera suya, y se atrevieron a a. 256 B. I, p. 158
marchar también sobre África y Cartago. A su frente estaban Marco Régulo[17] y Lucio Manlio, que sobresalían por su virtud. Después de navegar a Sicilia dispusieron los asuntos de allí y prepararon cuidadosamente la navegación a África, pero los cartagineses no esperaron a que les atacaran, sino que, tras hacer los preparativos, se dirigieron a Sicilia. El enfrentamiento tuvo lugar junto a la Heracleótide. Durante mucho tiempo, la batalla naval 9
se mantuvo equilibrada, pero finalmente los romanos los vencie- B. I, p. 159
ron. Amílcar ya no se atrevía a hacerles frente y envió hacia

gen sus propiedades incluso más allá de lo posible, pero no quieren hacer valer sus derechos sobre las cosas ajenas corriendo peligros, ellos, como tenían en semejante consideración lo obtenido y lo esperado, se esforzaban igual por ambas cosas. Los romanos pensando que era mejor que la guerra ya no se hiciera lejos, ni correr riesgos en las islas, sino luchar en la propia tierra de los cartagineses (pues en el choque no perderían nada y, al vencer, se encontrarían en una situación muy favorable), por esto, tras hacer los preparativos necesarios para sus planes, salieron en expedición hacia Cartago.

ZONARAS, VIII

ellos a Hannón, como si fuera a tratar de la paz, pero con la in-
tención de dejar pasar el tiempo, pues esperaba que le fuera en-
viado un contingente desde su patria. Hannón, cuando algunos
gritaban que lo apresaran como los cartagineses habían apresado
a Cornelio con engaño, dijo: «Si esto hacéis, ya no seréis en ab-
soluto mejores que los africanos». En consecuencia, por haberlos
adulado de un modo tan oportuno, no le pasó nada, pero de nue-
10 vo reemprendieron la guerra. Mientras los cónsules navegaban
desde Mesina, Amílcar y Hannón, separados, pretendían cercar-
los por ambos lados. Pero Hannón no resistió cuando se le vinie-
ron encima y volvió a Cartago con ánimo de protegerla. Amílcar,
11 cuando se enteró de esto, permaneció sobre el terreno. Los ro-
manos, una vez que bajaron a tierra, se dirigieron a la ciudad de
Aspis[18]. Los nativos, al verlos venir, les salieron al encuentro.
Los romanos la dominaron sin combate e hicieron de ella un cen-
tro de operaciones para la guerra. Desde allí, devastaban los
campos y se apoderaban de las ciudades, entregándose unas vo-
luntariamente y otras por miedo; tomaron abundante botín, aco-
gieron a numerosos desertores y recuperaron a muchos de los
compatriotas que habían sido apresados en las guerras anterio-
res[19].

Iban al frente de ellos Régulo y Lucio, que sobresalían 20
por su valor. Régulo, en efecto, se hallaba en tal estado de B. I, p. 158
pobreza que ni siquiera accedió con facilidad a ejercer la magistratura y se votó que a su mujer y a sus hijos se les diera la manutención del erario público (M. 123, p. 183, y V. 28, p. 593, ambos parcialmente)[20].

ZONARAS, VIII

Cuando llegó el invierno, Manlio zarpó de regreso a Roma I 13
con el botín y Régulo permaneció en África. Los cartagineses se B. I, pág. 159
encontraron en una situación apurada, pues su territorio era devastado y sus vecinos se pasaban al enemigo, por lo que, recluidos dentro de las murallas, permanecían a la expectativa. A Ré- 2
gulo, cuando acampaba junto al río Bagradas, se le apareció una serpiente enorme, cuyo tamaño, según se dice, era de cerca de ciento veinte pies. Así pues, su piel se trasladó a Roma para su exhibición. El grosor del cuerpo era proporcional a su longitud. Aniquiló en gran número a los soldados que se le acercaron y a los que iban a beber al río. Régulo la consiguió controlar con una gran cantidad de soldados y máquinas lanzadoras de piedra[21].
Así la destruyó y por la noche trabó combate con Amílcar, que 3
acampaba en un lugar alto y boscoso. A muchos los eliminó en sus camas y a otros muchos ya despiertos. Si alguno conseguía

JUAN DAMASCENO, *De Draconibus* I, p. 472

Dion el romano *** dice que, cuando el cónsul de Roma B. I, p. 159
Régulo hacía la guerra a Cartago, de súbito se encontró una serpiente que se había arrastrado por fuera de la empalizada del ejército romano y, siguiendo sus órdenes, la mataron los romanos. Después de desollarla, envió la piel al senado de Roma, para que sirviera de gran espectáculo. Cuando fue medida por el mismo senado, según decía el mismo Dion, se encontró que tenía un tamaño de ciento veinte pies. Proporcionado a su longitud era también su grosor.

21 Que Amílcar envió a Hannón a ver a los romanos, se-
B. I, p. 159 gún sus palabras para tratar de la paz, pero de hecho trataba de obtener una moratoria. Cuando algunos gritaron que lo prendieran porque los cartagineses a Cornelio con engaño *** (M. 124, p. 183).

22 Los cartagineses, por temor a ser capturados, enviaron
B. I, p. 160 un mensaje al cónsul, para ver si lo alejaban con un acuerdo favorable y escapaban de momento a su terrible situación.

ZONARAS, VIII

escapar, caía en manos de los que vigilaban los caminos y también perecían. Así fue capturada una gran parte de los cartagine-
4 ses y numerosas ciudades suyas se pasaron a los romanos. Los de la ciudad, por temor a ser capturados, enviaron un mensaje al cónsul, para ver si lo alejaban mediante un acuerdo conveniente y escapaban por el momento a la terrible situación. Pero como lo que les pedía era mucho y muy gravoso, tanto como para considerar que un acuerdo semejante era igual que una captura sin paliativos, prefirieron ir a la guerra.

5 Sin embargo Régulo, que hasta entonces había tenido la fortu-
a. 255 B. I, p. 161 na de cara, se llenó de presunción y de orgullo, hasta el punto de escribir a Roma que tenía las puertas de Cartago selladas por el miedo. Lo mismo pensaban también los que estaban con él y los
6 que se encontraban en Roma. De ahí partió su fracaso. Pues a los cartagineses les llegaron varios aliados y entre ellos vino de Lacedemonia Jantipo. Después de haber recibido el mando absoluto de los cartagineses (pues el pueblo le entregó su confianza de buena gana y Amílcar y los demás magistrados cedieron voluntariamente), entre las diversas medidas que tomó acertadamente, hizo bajar a los cartagineses desde los montes, en los que se hallaban por miedo, a la llanura, donde su caballería y sus elefantes iban a resul-
7 tar mucho más eficaces. El resto del tiempo permaneció a la expectativa, después de haber observado que los romanos acampaban al aire libre con absoluta confianza (pues como se sentían seguros gracias a la victoria, y despreciaban a Jantipo por el hecho de ser

Pero como no quisieron prescindir de Sicilia entera y de Cerdeña, dejar libres gratuitamente a los prisioneros de los romanos y pagar rescates por los suyos, indemnizar a los romanos por lo que habían gastado en la guerra y pa-

ZONARAS, VIII

griego —así es como llamaban a los helenos entre ellos y usan el mismo nombre con la intención de reprochar su falta de nobleza[22]—, habían dejado sin vigilancia los campamentos), entonces, mientras los romanos estaban en tal situación, Jantipo marchó sobre ellos, puso en fuga su caballería con los elefantes, mató a muchos hombres y a otros los cogió vivos, entre ellos al propio Régulo[23]. Así recuperaron la confianza los cartagine- 8
ses[24]. A los que cogieron los dejaron vivos, para que a los suyos que antes habían sido hechos prisioneros por los romanos no los mataran. En general, a todos los romanos prisioneros los trataban con cuidado, pero a Régulo lo tenían en la peor situación, le proporcionaban el alimento indispensable para vivir y llevaban un elefante junto a él constantemente para que, asustado, no pudiera descansar ni en el cuerpo ni en el espíritu. Tras torturarle durante bastante tiempo de este modo, lo metieron en prisión.

A sus propios aliados los cartagineses los manipularon de 9
una manera excesiva. Pues como no tenían recursos para pagar- B. I, p. 162
les lo que habían prometido, los despidieron con la intención de no darles su paga hasta mucho más tarde. Ordenaron a quienes los conducían que los embarcaran rumbo a una isla desierta y regresaran a escondidas. A Jantipo unos dicen que, cuando zarpó, 10
lo persiguieron y lo hundieron y otros que le dieron una nave vieja sin ninguna protección, simplemente recubierta con pez como si fuera nueva, para que ella sola se hundiera por su cuenta. Pero él se apercibió de esto, se subió a otra y se salvó. Esto hacían para que no pareciera que se habían salvado gracias a él. En efecto creyeron que, si perecía, también perecería con él la gloria de sus hazañas[25].

gar además otras cantidades cada año, nada determinaron.
23 Aparte de lo dicho, en efecto, había otros aspectos que les molestaban, a saber, sus exigencias de no hacer la guerra ni llegar a acuerdos sin los romanos, de no usar más que una nave grande, y en cambio ayudarlos a ellos con cincuenta trirremes cada vez que se les avisara, y algunas otras cosas que no habían de hacer de igual a igual. Por este motivo, al considerar que los pactos iban a ser como una captura sin paliativos, prefirieron entrar en guerra con ellos (U^G 4, p. 376)[26].

ZONARAS, VIII

14 1 Los de Roma estaban doloridos por lo que había pasado y más porque creían que los cartagineses navegarían hacia la misma Roma. Por esto tenían Italia bajo vigilancia y a los romanos que estaban en Sicilia y África les enviaron apresuradamente a
2 los cónsules, Marco Emilio y Fulvio Pletino[27]. Tras hacer la navegación a Sicilia y guarnecer sus posiciones, partieron hacia África. Cogidos por una tempestad, fueron llevados a Corsura[28]. Tras devastar la isla y ponerla en manos de una guarnición, zarparon de nuevo. En este momento tuvo lugar una violenta batalla naval contra los cartagineses. Pues los unos luchaban para expulsar definitivamente a los romanos de su casa y los romanos para
3 salvar a los suyos que habían quedado en territorio enemigo. En
B. I, p. 163 un momento en que el combate se encontraba en situación equilibrada, los romanos que estaban en Aspis[29] los atacaron inesperadamente por la espalda y al cogerlos por una y otra parte los vencieron. Después de esto los romanos también resultaron vencedores con la infantería y cogieron a muchos hombres, a los que conservaron vivos pensando en Régulo y los que con él habían sido cogidos. Tras hacer alguna rapiña navegaron hacia Sicilia. En el camino hacia la patria se encontraron con una tempestad y tuvieron muchas pérdidas. Por fin llegaron con las naves que se habían salvado[30].

Dion en el libro XI: «Los cartagineses capturaron bas- 29a
tantes naves cargadas de riquezas, gracias a que vigilaban B. I, p. 163
su regreso a casa» (Bekk., *Anecd.*, p. 131, 12).

ZONARAS, VIII

Los cartagineses también tomaron Corsura y se trasladaron a 4
Sicilia. Si no se hubieran enterado de que Colatino[31] y Gneo a. 254 B. I, p. 163
Cornelio se acercaban con una gran flota, se habrían apoderado de ella entera. En efecto, los romanos habían preparado rápidamente una excelente flota, habían reclutado a los mejores y, de tal manera se habían fortalecido, que al tercer mes volvieron hacia Sicilia. Transcurría el año quingentésimo desde que Roma se 5
había fundado. Cogieron sin dificultad la parte baja de la ciudad de Panormo, pero al acercarse a la parte alta lo pasaron mal, hasta que a sus habitantes les faltó el alimento, pues entonces se dirigieron a los cónsules. Pero los cartagineses cuando sus barcos navegaban hacia casa les pusieron vigilancia y cogieron bastantes, llenos de riquezas[32].

Luego los cónsules Servilio Pion[33] y Gayo Sempronio, cuan- 6
do intentaron tomar Lilibeo, fueron rechazados, por lo que se di- a. 253
rigieron a África donde se dedicaban a devastar la zona costera. Cuando volvían a casa, se toparon con una tempestad y sufrieron daños. Por ello, como el pueblo creía que los daños se recibían a causa de su inexperiencia en la navegación, decidieron prescindir del mar salvo para custodiar Italia con pocas naves[34].

Al año siguiente Publio Gayo y Aurelio Servilio[35] fueron a 7
Sicilia y, entre otros lugares, sometieron Hímera. Sin embargo a. 252
no capturaron a ninguno de sus habitantes, pues de noche los B. I, p. 164
cartagineses los habían evacuado. Después de esto, Aurelio, que había recibido naves de parte de Hierón, después de juntar a todos los romanos que había allí, navegó a Lípara y, tras dejar en ella al tribuno Quinto Casio, para que se mantuviera a la expectativa sin lucha, volvió a casa. Pero Quinto, sin tener en cuenta la orden, se introdujo en la ciudad y perdió a muchos hombres. En cambio, Aurelio a continuación, tras apoderarse de aquéllos, los mató a todos y destituyó a Casio de su cargo[36].

29b B. I, p. 165 Dion en el libro XI «al pueblo le ofreció una cena» (Bekk., *Anecd.*, p. 133, 24).

ZONARAS, VIII

8 a. 251 Los cartagineses, al enterarse de la decisión de los romanos sobre la flota, hicieron una expedición a Sicilia, con la esperanza de que entonces la someterían entera. Mientras estaban presentes ambos cónsules, Cecilio Metelo y Gayo Furio, estuvieron en calma. Pero cuando Furio se ausentó hacia Roma, pensaron que podían con Metelo y se dirigieron a Panormo. Metelo, cuando se enteró de que habían venido espías de parte de los enemigos, reunió a todos los de la ciudad y, tras dialogar con ellos, les ordenó que se vigilaran mutuamente. Así, al analizar quién era y qué hacia cada
9 uno, reconoció a los enemigos. Los cartagineses se alinearon como para entrar en combate y Metelo simulaba estar asustado. Como esto duraba más días de los esperados, los cartagineses tomaron confianza y se lanzaron con mucha osadía. Entonces Metelo transmitió la señal a los romanos. A continuación, se lanzaron súbitamente a la carrera por todas las puertas y vencieron fácilmente. Luego los encerraron en un lugar estrecho, de modo que ya no pudieran regresar por él. En consecuencia, agobiados por la estrechura, ya que además eran muchos y tenían muchos elefantes, se ori-
10 ginó un gran revuelo. En esto, la flota africana se presentó y llegó a ser la mayor causa de su destrucción. Pues al ver las naves, se lanzaron hacia ellas y se empeñaban en embarcarse, pero unos caían al mar y perecían, otros perecían a causa de los elefantes que se chocaban entre ellos y con los hombres, y otros morían a manos de los romanos; muchos hombres y elefantes fueron capturados vi-
11 vos[37]. Pues justamente cuando, al encontrarse los animales sin los
B. I, p. 165 hombres a cuyo trato estaban acostumbrados, caían en la desesperación, Metelo hizo un anuncio a los prisioneros por el que les ofrecía la salvación y la inmunidad a los que los apresaran. Así, al acercarse a los más mansos de ellos, los sometieron gracias a su asiduidad y de este modo atrajeron a los demás. A éstos, que

Que dicen que los cartagineses enviaron heraldos a los romanos a tratar, entre otros asuntos, de la masa de los prisioneros, principalmente a ver si de alguna manera hacían la paz en términos equilibrados y, si no, por lo menos para llevarse a los que habían sido capturados. Dicen también que Régulo fue enviado entre los embajadores a causa de su dignidad y virtud. Pues consideraban que los 26

ZONARAS, VIII

eran ciento veinte, se los llevaron a Roma, tras hacerles pasar el estrecho del modo siguiente. Después de atar muchos toneles entre 12
sí y unirlos con maderos, como para que no se separaran ni se cayeran juntos, tendieron vigas sobre ellos y pusieron encima palos y tierra. Luego, tras cercar el sitio como para que pareciera un patio los hicieron subir a él y los transportaron sin que ni siquiera se dieran cuenta de que navegaban. Así fue como venció Metelo entonces; Asdrúbal, el general de los cartagineses que se salvó, luego fue llamado por los cartagineses y empalado.

Los cartagineses enviaron heraldos a los romanos para tratar, 1 15
entre otros temas, de la masa de los prisioneros y con los emba- B. I, p. 165
jadores enviaron al mismo Régulo, pues pensaban que, por medio de él, todo saldría bien a causa de su dignidad y de su virtud, pero lo obligaron a jurar que volvería en cualquier caso. En todo actuaba como uno de los cartagineses, pues ni siquiera a su mu- 2
jer la recibió para entablar conversaciones, ni entró en la ciudad B. I, p. 166
a pesar de haber sido llamado, sino que reunido el senado fuera de la muralla, como era costumbre en el trato con los embajadores de los enemigos, cuando fue llevado ante el consejo dijo «a nosotros, padres, los cartagineses nos han enviado ante vosotros. Ellos, en efecto, me lo han ordenado puesto que me he convertido en esclavo suyo por ley de guerra. Tienen gran interés en acabar la guerra mediante el pacto que ambos consideréis opor-

romanos harían cualquier cosa por llevárselo, hasta el punto de que sólo lo devolverían a cambio de la paz o de
27 la totalidad de los prisioneros. A él lo comprometieron,
B. I, p. 166 con grandes pruebas de fidelidad, a regresar en cualquier caso si no se conseguía ninguna de estas cosas y lo enviaron como embajador junto con otros. Él en todos los aspectos se comportaba como si fuera un cartaginés y no un romano y ni siquiera a su mujer la recibía para entablar conversaciones, ni entró en la ciudad por más que lo llamaron, sino que, reunido el senado fuera de la muralla, como acostumbraban en los tratos con los embajadores de los enemigos, solicitó la entrada junto con los demás, según dice por lo menos la tradición *** (UG 5, p. 377).

30 Dion en libro XI: «Régulo no les hizo caso antes de que los cartagineses se lo permitieron» (Bekk., *Anecd.*, p. 140, 20).

Zonaras, VIII

tuno, pero, si no, que se llegue a un acuerdo sobre los prisione-
3 ros». Tras haber dicho esto se volvió con los embajadores, para que los romanos deliberaran entre sí. Al pedirle los cónsules que tomara parte en la negociación, no se dejó persuadir antes de que le dieran permiso los cartagineses. Durante un tiempo
4 guardó silencio. Cuando los senadores le ordenaron que expresara su opinión, dijo[38] «soy uno de vos-otros, padres, aunque sea apresado diez mil veces. En efecto, mi cuerpo es de los cartagineses, pero mi alma es vuestra. Aquél os es ajeno, pero ésta nadie puede hacer que no sea romana. Me presento como prisionero de los cartagineses, pero puesto que no caí en el infortunio por cobardía sino por arrojo, sigo siendo romano y comparto vuestros mismos propósitos. No pienso que para vosotros sean útiles las negociaciones ni siquiera bajo una sola consideración».

En el libro XI de Dion: «cualquier otro que hubiera 32a
querido apaciguar la propia desgracia habría optado por B. I, p. 166
los intereses de los enemigos» (Bekk., *Anecd.*, 165, 30).

En el libro XII de Dion: «En efecto aquél pudo haberse 32d
alienado en cierta medida de vosotros» *(Ibid.*, pág. 124, 4).

En el libro XII de Dion: «Unos han muerto, otros han
sido capturados, por lo menos los dignos de alguna consi- 32e
deración» *(Ibid.*, pág. 133, 25)[39].

Zonaras, VIII

Tras decir esto Régulo expuso también las causas por las 5
que rechazaba el acuerdo y añadió: «sé que me está aguardando B. I, p. 167
una muerte inminente. Pues es imposible que les pase desapercibido lo que os he aconsejado. Pero así coloco delante de mi salvación lo que conviene a la comunidad. Si alguien pregunta: «por qué no escapas entonces o permaneces aquí», escuchará que les he jurado regresar y no podría violar los juramentos, ni siquiera si han tenido lugar ante enemigos, además de otras razones, sobre todo porque si me empecino en ser fiel a los juramentos sufriré sin duda algo terrible, pero si los violo, la ciudad entera estará manchada.

El senado, por su salvación, deseaba preferentemente hacer 6
la paz y devolver los prisioneros. Entonces cuando él se enteró B. I, p. 168
de esto, para que no fueran a dejar escapar por su culpa una posición ventajosa, fingió que se había bebido un veneno destructor
y que, a causa de éste, iba a perecer sin remedio. Así, no hubo 7
acuerdo ni devolución de los prisioneros. Cuando se marchó con los embajadores, se unieron a él sus hijos, su mujer y otros más. Pero los cónsules dijeron que no lo abandonarían si quería quedarse ni lo retendrían si quería irse. De este modo, como daba mayor importancia a no violar los juramentos, se marchó. Torturado por ellos, según dice la fama, murió. Pues le cortaron los párpados y durante un tiempo lo recluyeron en la oscuridad, luego lo ataron a un aparato sólidamente construido con punzones

31 B. I, p. 168 Dion en el libro XI[40]: «Pues ni por mi parte ni por la de ningún otro varón noble es posible ceder nada de lo que es la conveniencia de la comunidad» (Bekk., *Anecd.*, p. 165, 23).

ZONARAS, VIII

por todas partes y lo volvieron hacia el sol. Así, por el sufrimiento y el insomnio, por no poder acostarse a causa de los punzones, acabaron con él. Al enterarse de esto los romanos entregaron los prisioneros que tenían entre ellos a los hijos de aquél para que los torturaran y los mataran[41].

NOTAS

[1] Constatar la versión de ZONARAS con DION, fragmento 43, 5-10; POLIBIO, V 10, 11; DIODORO XXII, 13-XXIII, 2, FLORO, I 18, 1-3; para comprobar los diferentes matices en los grados de culpabilidad atribuidos a romanos o cartagineses. ROUSSEL, págs. 77-83. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 203. Ver, en general, J. F. LAZENBY, *The First Puric War*, Londres, UCL, 1996.

[2] VON GUTSCHMID lo considera parte del discurso de Hannón (CARY, *ad l.)*.

[3] Sobre los cónsules Lucio Valerio Flaco y Tito Otacilio Craso y sus campañas en Sicilia, ver POLIBIO, I 20, 3-7, y DIODORO, XXIII 9. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 204.

[4] Sobre el consulado de Valerio Máximo y Otacilio Craso y sus campañas en Sicilia, así como sobre su triunfo sobre los cartagineses y sobre Hierón, ver POLIBIO, I 16-17, y DIODORO, XXIII 4. También se cita, más superficialmente, en LIVIO, *Perioca* 16; FLORO, I 18, 6, y PLINIO, *Historia Natural*, VII 214. BROUGHTON, *MRR*, I 203.

[5] Según los *Fasti*, Lucio Postumio Megelo y Quinto Mamilio Vítulo. Su campaña está narrada en POLIBIO, I 17, 6-20, 2. Otros detalles en DIODORO, XXIII 7-9. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 204.

[6] Gneo (CARY).

[7] Campaña de Cornelio Escipión Ásina, con una situación un poco distinta, en POLIBIO, I 21, 4-22, 1. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 205.

[8] Aspecto éste en general resaltado por la historiografía, para poner de relieve los méritos romanos, seguramente desde Fabio Píctor, analista que escribió durante la segunda guerra púnica acerca de la primera y que con mucha probabilidad sirve de fuente a POLIBIO, I 20, 9-16. Ver R. M. ERRINGTON, *The Dawn of Empire, Rome's Rise to World Power*, Londres H. Hamilton, 1971, pág. 21.

[9] Sobre Duilio y las innovaciones de la flota romana, PLINIO, *Historia Natural* XVI 192. Ver L. CASSON, *Ships*, pág. 120, n. 82.

[10] Nave probablemente de tipo fenicio. Ver DIODORO, XX 49, 2.

[11] Aleria. Campaña mencionada por LIVIO, *Perioca* 17. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 206.

[12] Seguramente se trata de sabelios, mientras el prorromano Herio Potilio era posiblemente un aristócrata que llevaba el nombre osco de una familia distinguida. El episodio sólo se relata aquí, en ZONARAS. SALMON, *Samnium*, pág. 293.

[13] Colatino (CARY). Campañas del año, en POLIBIO, I 24, 9-13. FLORO, 18, 12-14, sólo es utilizable con precauciones (ver «Note complementaire», págs. 129-130, de P. JAL, a la edición *C.U.F.*, París, 1967). Algunos datos diferentes, en DIODORO, XXIII 9, 45, y en LIVIO, *Perioca* 17. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 206.

[14] Hecho significativo del tipo de evolución que se produce a lo largo del período de la guerras púnicas, como época de consolidación del sistema esclavista a través de la guerra.

[15] Mencionado en LIVIO, *Perioca* 17, y, como ejemplo, en un discurso de Tito Manlio Torcuato en XXII 60, 11. Por ello fue coronado: PLINIO, *Hist. Nat.* XXII 11. FLORO, I 18, 13-14, compara su hazaña con la de Leónidas en las Termópilas. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 207.

[16] Sobre esta victoria romana y sus consecuencias, ver POLIBIO, I 25, con comentario *ad l.* de F. W. WALBANK, *Historical Commentary on Polybius (HCT*, I, Oxford University Press, 1957), y R. M. ERRINGTON, *Dawn*, pág. 23.

[17] Marco Atilio Régulo, *consul suffectus*, que entró en funciones a la muerte de Quinto Cedicio. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 208.

[18] Aspis Clupea, en Tunisia. Sobre estos episodios, ver B. CAVEN, *The Punic Wars*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1980, págs. 35 ss., y F. A. MUÑOZ, *Los inicios del imperialismo romano. La política exterior romana entre la Primera y la Segunda Guerra Púnica*, Universidad de Granada, 1986, pág. 101.

[19] Detalles en POLIBIO, I 25-29. Reflexiones sobre la actitud cartaginesa, en DIODORO, XXIII 11. Muy general, FLORO, I 18, 17-19. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 208.

[20] LIVIO, XXIX 28, 5, para el año 204, dice que desde la incursión de Régulo y Manlio no se había visto en África un ejército romano salvo para hacer rapiña *in agros maritimos*. Para referirse a las riquezas y a las tierras, PLINIO menciona a Régulo en *Historia Natural* XVIII 27. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 209. Después de haber sido cónsul en el año

267, ahora había sido llamado como *suffectus*, en unos momentos en que varias familias plebeyas se alternan en el consulado (Develin, *Practice*, pág. 73), entre las que desempeñan un importante papel los Atilios *(ibid.*, pág. 114). La guerra sirve para mostrar las ambiciones de gloria que proporciona la promoción social, a costa, según Polibio, I 31, de rivalizar con sus colegas (Develin, pág. 203). Polibio difiere de otras tradiciones más favorables a Atilio Régulo, en las que se encuadra Dion-Zonaras y Diodoro (ver nota anterior).

21 Mención de la serpiente, en Livio, *Perioca* 18. Con más detalle, en Plinio, *Historia Natural* VIII 37, y Floro, I 18, 21, pero nunca como en Zonaras. Broughton, *MRR*, I, pág. 209. Las «máquinas lanzadoras de piedras» son *litóbolos*, máquinas que se extienden en los ejércitos griegos a partir del siglo IV, por iniciativa de Dionisio de Siracusa.

22 Zonaras usa aquí la palabra latina que diferenciaríamos al mantener «helenos» como contraposición. En la época en que los romanos conquistaron Grecia se extendió una concepción despectiva del griego en la guerra, justificadora de la conquista como salvación, de la que los mismos helenos serían incapaces. De este modo Roma se convierte en la salvadora de Grecia, lo que justifica la apropiación de su riqueza artística, única aportación helénica, contrapartida de la propia labor sotérica. Ver D. Plácido, «*Graecia capta*, integradora de la romanidad», *Studia Historica. Historia Antigua*, 8 (1990), 97-109. Sobre Jantipo, Polibio, I 32, Diodoro, XXIII 14, Apiano, VIII *(Líbica)* 3. V. H. Schaefer, PW, *RE*, IX, A, 1967, col. 1348-1351.

23 La caída de Régulo, con más detalle, en Polibio, I 31-34. También en Diodoro, XXIII 12-15; Livio, *Perioca* 18 (con más amplias consideraciones morales en XXX 30, 33), y Floro, I 18, 23. Broughton, *MRR*, I, pág. 210.

24 Polibio, I 35, describe a este propósito una especie de *peripéteia* de los romanos y los cartagineses, en que cada uno entra en la situación contraria al modo de lo que ocurre en la tragedia o en la *Historia* de Tucídides. Walbank, *HCP* I, págs. 92-94.

25 Historia que suele considerarse como una invención. Al parecer, se encuentra casi una década más tarde al servicio de Ptolomeo III de Egipto. Caven, *Punic*, pág. 39. Sobre el papel atribuido por los romanos a Jantipo, ver C. Nicolet, *Rome et la conquête du Monde Méditerranéen*, II, París, PUF, 1978, pág. 610.

26 Sobre las negociaciones, Polibio, I 30-31; Livio, *Perioca* 18; Diodoro, XXIII 12, y Floro, I 18, 21. Broughton, *MRR*, I, pág. 209. En general, existen contradicciones, sobre todo con Polibio, I 31, 5, en-

tre las que los investigadores se dividen en favor de una u otra fuente. WALBANK, *HCP,* I, pág. 90, prefiere rechazar la versión de Dion.

[27] Petino (CARY, *LCL).*

[28] *Cossura* o *Cossyra* = Pantelaria.

[29] Ver nota 7.

[30] Sobre la victoria y el naufragio, POLIBIO, I 36, 10-37; DIODORO, XXIII 18; LIVIO, *Perioca* 18. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 209.

[31] En otras fuentes, *Calatinus.* BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 210.

[32] POLIBIO, I 38, 5-10, y DIODORO, XXIII 18, 3-5, proporcionan otros detalles. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 210.

[33] Cepión (CARY, *LCL).* Desde el año 284, se produce un renacimiento de la *gens* Servilia, alejada del consulado desde el año 342, con Quinto Servilio Ahala (DEVELIN, *Practice,* pág. 70). Su colega, Gayo Sempronio Bleso, pertenece a la rama de los Sempronios que también tendrá un cónsul en 244 *(Ibid.,* pág. 72). Entre ambos, forman la única pareja de cónsules que no perdió una flota en su consulado durante las guerras púnicas (ver pág. 115).

[34] Detalles en POLIBIO, I 39, 1-6, y DIODORO, XXIII 19. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 211.

[35] Publio Servilio Gémino y Gayo Aurelio Cota.

[36] Noticias aproximadas de la actuación del año, en POLIBIO, I 39, 13, y DIODORO, XXIII 20. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 212.

[37] Cierta confusión cronológica se revela al comparar estos textos con POLIBIO, I 39-40. La acción de Metelo se cita como ejemplo en CICERÓN, *República* I 1. Ver DIODORO, XXIII 21; LIVIO, *Perioca* 19, y FLORO, I 18, 27. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 213.

[38] BOISSEVAIN coloca este párrafo en el libro XII. Para CARY, tal disposición es improbable por tener lugar en medio de un episodio, aunque, para ello, CARY tiene que admitir dos errores en las citas de libros a los *Anecdota* de BEKKER. Ver fragmento 32d.

[39] BOISSEVAIN coloca en el libro XII tanto 32d como 32c, basándose en la lectura de los manuscritos.

[40] BOISSEVAIN lo incluye en el libro XII, aunque aquí la lectura de los manuscritos es XI.

[41] La historia suele considerarse una invención (CAVEN, *Punic Wars,* pág. 39), tal vez para excusar a su viuda, que patrocinó la tortura de los prisioneros hasta la muerte de uno de ellos (ver DIODORO, XXIV 12, y LIVIO, *Perioca* 18, con ERRINGTON, *Dawn of Empire,* págs. 23-24), o por motivos políticos y moralizantes, según A. M. ECKSTEIN, *Senate and General,* Berkeley, Univ. of Calif. Press, 1987, pág. 132.

LIBRO XII

ZONARAS, VIII

Votaron que hicieran la expedición a África los cónsules 8 15
Gayo Atilio, el hermano de Régulo, y Lucio Manlio. Éstos al a. 250 B. I, p. 168
llegar a Sicilia se dirigieron sobre Lilibeo y se pusieron a cubrir una parte de la fosa para facilitar el transporte de las máquinas.
Los cartagineses entre tanto excavaban debajo del terraplén para 9
quitarles la tierra. Pero como eran más lentos por el número de B. I, p. 169
manos, tuvieron que edificar otro muro interior en forma de media luna. Entonces los romanos se pusieron a abrir galerías subterráneas bajo el círculo, para que al asentarse el muro cayeran sobre el hueco. Los cartagineses, que a su vez abrían nuevos agujeros, al encontrarse con ellos, mataban a muchos hombres, que desconocían lo que ocurría, pero a muchos otros también los eliminaron arrojándoles ramas ardiendo sobre los agujeros.
En el momento en que algunos de los aliados, irritados por la 10
prolongación del asedio y porque no se les entregaba la paga completa, anunciaron que iban a entregar el lugar a los romanos,

TZETZES, *Exeg. in Hom. Il.*, pág. 108

Otra forma de auspicio la transmite Dion Casio Cocceyano, al decir que cogen aves domésticas comedoras de grano y ponen granos delante de ellas cuando desean un vaticinio. Entonces si las aves al comer no rompen los granos con los picos ni los

ZONARAS, VIII

Amílcar descubrió lo que se deliberaba, pero no lo dio a conocer para no declararlos enemigos. En cambio, tras proporcionar dinero a los que los mandaban y hacer otras promesas a la multitud, de tal modo se los ganó que ni siquiera negaron su traición, sino que, cuando volvieron los últimos enviados los rechazaron, los cuales, tras ponerse de parte de los cónsules, recibieron tierra en Sicilia y otras ventajas.

11 Al escuchar esto, desde Cartago enviaron a Adérbal a Lilibeo con muchísimas naves cargadas de trigo y dinero. Esperó que viniera una tempestad antes de zarpar y, siguiendo su ejemplo, otros muchos se atrevieron igualmente a partir. Unos tuvieron suerte, pero otros perecieron.

Mientras ambos cónsules estuvieron presentes, la lucha re-
12 sultaba igualada. Pero en el momento en que los azotó la enfermedad y el hambre y uno de ellos se retiró por esta razón con sus soldados, Amílcar cobró valor para atacar, quemó las máquinas y aniquiló a los que venían a protegerlas. Su caballería desde Drépano impedía con sus ataques que los romanos llevaran provisiones y caía sobre el territorio aliado, mientras Adérbal arrasaba unas veces las costas de Sicilia, otras las de Italia. Los ro-
13 manos se encontraron en una situación sin salida[1]. Sin embargo,
a. 249 B. I, p. 70 durante ese tiempo, Lucio Junio preparaba una flota y Claudio Pulcro, que se había retirado a Lilibeo y había equipado trirremes, se apoderó gracias a ellas de Hannón el cartaginés, que zarpaba en una penteres. Fue para los romanos un modelo en la dotación de naves[2].

14 Como la flota corría peligro con tanta frecuencia, los romanos se sentían agobiados por la constante destrucción de sus naves. En efecto, con ellas perdieron a numerosos hombres y muchísimo dinero. Sin embargo no cedieron, sino que incluso a uno

TZETZES, *Exeg. in Hom. Il.*, pág. 108

arrojan lejos, la señal es buena, pero, si lo hacen así, no es buena[3].

ZONARAS, VIII

que habló en el senado sobre la posibilidad de llegar a acuerdos con los cartagineses lo mataron y votaron que se eligiera un dictador. Fue elegido dictador Colatino y el jefe de la caballería fue Metelo, pero no hicieron nada digno de memoria. En el momento en que Colatino era elegido dictador, Junio se apoderó de Érice y Cartalón tomó Egitalo y cogió vivo a Junio.

Al año siguiente obtuvieron el mando Gayo Aurelio y Publio 1 16
Servilio y se dedicaron a hostigar Lilibeo y Drépano, a apartar a a. 248 B. I, p. 170
los cartagineses de tierra y arrasar el territorio de sus aliados. Entonces Cartalón, que tras hacer varios intentos contra ellos, como no consiguió nada, se dirigió hacia Italia, para obligar a los cónsules a ir hacia allí o, si no iban, devastar su territorio y tomar ciudades. Pero tampoco allí consiguió nada. Pues, al enterarse de que se acercaba el pretor urbano, navegó de regreso a Sicilia. Entonces,
como se produjo una rebelión de mercenarios por causa de la paga, 2
los desembarcó y los abandonó en gran número en islas desiertas y B. I, p. 171
a otros muchos los hizo volver a Cartago. Los demás, al conocer esto, se irritaron y estaban a punto de rebelarse. A muchos de ellos Amílcar, que había sucedido a Cartalón, los mató de noche y a otros muchos los arrojó al mar. Entretanto los romanos pactaron una amistad eterna con Hierón y prescindieron de todo cuanto de él recibían anualmente[4].

Al año siguiente, los romanos renunciaron públicamente a la 3
guerra naval por la mala suerte y por los gastos, pero a escondidas algunos, tras solicitar naves con la intención de restituirlas, y de apropiarse en cambio del botín, causaron daños diversos a los enemigos. El principal fue que navegaron a la ciudad africana de Hipona, donde quemaron todas las embarcaciones y muchos de los edificios. Cuando los nativos interceptaron la boca del puerto con cadenas, se vieron en una posición difícil, pero la superaron con sabiduría y fortuna. En efecto, al caer con fuerza sobre las 4
cadenas, cuando iban a alcanzar los espolones de las naves, los de la tripulación se cambiaron hacia la popa y así las proas se levantaron y superaron las cadenas, pero como luego ellos se lan-

43 25 Pues consideraba que quien quisiera hacer algo en se-
a. 244 B. I, p. 172 creto no debía revelarlo en absoluto. Que nadie, en efecto, tenía el corazón tan firme como para, después de haber escuchado algo, permanecer fuerte y querer guardarlo en

ZONARAS, VIII

zaron hacia las proas, se levantaron las popas de las embarcaciones. Así escaparon a la carrera y después de esto vencieron con sus naves a los cartagineses cerca de Panormo.

5 En cuanto a los cónsules, mientras Cecilio Metelo estaba cerca de Lilibeo, Fabio Numerio se detuvo junto a Drépano y atacó el islote llamado Pelíade, que había sido ocupado por los cartagineses, con soldados enviados por la noche, que después de matar a las guarniciones se apoderaron de la isla. Al enterarse de esto Amílcar atacó desde el amanecer a los que habían hecho
6 la travesía. Como Fabio no pudo ayudarlos, entró en combate contra Drépano, creyendo que o bien se apoderaría de la ciudad aprovechando que estaba desierta, o echaría a Amílcar de la isla. Se consiguió una de las dos cosas. En efecto, Amílcar asustado se retiró a la muralla. Fabio ocupó Pelíade, y tras cubrir la zona que había entre ésta y el continente, estrecha y poco profunda, la transformó en tierra firme, con lo que podía hacer la guerra más fácilmente dado que la muralla por allí era más vulnerable. Los cartagineses les producían numerosos daños mientras navegaban alrededor de Sicilia y hacían incursiones a Italia. Se intercambiaron los prisioneros de unos y otros hombre por hombre. A los restantes, ya que no eran iguales en número, los cartagineses se los llevaron por dinero.

7 Después tuvieron el poder diversos cónsules, pero no hicie-
B. I, p. 172 ron nada digno de historiarse. Los romanos fracasaban en gran medida porque cada año enviaban a unos y luego a otros como magistrados y, cuando acababan de aprender su función como generales, los cesaban en la magistratura, como si los eligieran para hacer prácticas y no para desempeñar una función.

silencio, sino más bien todo lo contrario, en cuanto a alguien se le prohíbe decir algo, tanto más desea divulgarlo y uno extiende el secreto que le viene de otro, tanto más

ZONARAS, VIII

Los galos, que eran aliados de los cartagineses, pero los 8
odiaban porque los habían tratado mal, cuando se les confió la vigilancia de un fortín, la cedieron a los romanos por dinero. A los galos que se habían pasado de los cartagineses y a algunos otros de sus aliados, los romanos los acogieron como mercenarios, aunque nunca antes habían tenido un ejército de bárbaros. Entonces, al haber progresado gracias a estas circunstancias, y puesto que los particulares que tenían las naves seguían devastando África, ya no querían desentenderse del mar, sino que de nuevo reunieron una flota[5].

Fue elegido cónsul Lutacio Cátulo[6], y con él fue enviado 1 17
Quinto Valerio Flaco, que era pretor urbano. Fueron a Sicilia, a. 241
atacaron Drépano por tierra y por mar y destruyeron una parte de la muralla. La habrían capturado si, al resultar herido el cónsul, los soldados no se hubieran demorado junto a él. En esto, al enterarse de que los enemigos venían desde su capital con una flota numerosa, a cuyo mando estaba Hannón, se volvieron contra
ellos. Cuando se hubieron alineado enfrente, un brillante astro 2
que se apareció detrás de los romanos se levantó y vino a caer B. I, p. 173
por la izquierda sobre los cartagineses. La batalla naval fue violenta para ambos por varios conceptos, tanto por la intención de los cartagineses de colocar a los romanos en la coyuntura de prescindir definitivamente de la flota, como por la suya de corregir las anteriores desgracias. Sin embargo, los romanos alcanzaron la victoria, pues las embarcaciones de los cartagineses, que llevaban cargamentos, entre otros, de trigo y dinero, resultaban pesadas.

Hannón en su huida se sintió acorralado hasta que se refugió 3
en Cartago. Pero los cartagineses, dominados por la irritación y

cuanto cree ser el único que lo sabe (Máx. Conf., *Flor.*, f. 116^{v} = M., p. 540).

ZONARAS, VIII

el temor, lo crucificaron y enviaron embajadores en son de paz a Cátulo, en cuyos planes estaba la posibilidad de finalizar la guerra, porque al encontrarse su magistratura en el momento final, ni esperaba que en poco tiempo pudiera apoderarse de Cartago ni
4 quería dejar a sus sucesores la fama de sus trabajos. Por ello hicieron una tregua, para que, después de darles dinero, trigo y rehenes, fueran en embajada a Roma a proponer retirarse de Sicilia en favor de los romanos, dejar todas las islas de alrededor y no hacer la guerra a Hierón, dar dinero, una parte en el momento de firmar los pactos, otra más tarde, devolver sin pago a sus desertores y prisioneros y rescatar a los propios.

5 Entonces se llegó a un acuerdo sobre tal supuesto, pues Amílcar sólo reclamaba que se le evitara la deshonra del yugo. Tras llegar a este arreglo y hacer salir a sus soldados de las fortificaciones, navegó a su casa antes de que los juramentos entraran en vigor, mientras en Roma se enteraron en seguida de la victoria y se exaltaron como si hubieran ganado en todos los terrenos.
6 Al llegar los embajadores ya no pudieron contenerse y concibieron la esperanza de tener toda África. Por ello, ni siquiera se contentaron con los acuerdos del cónsul, sino que les cobraron mucho más dinero del prometido, les prohibieron arribar a Italia o a sus territorios aliados en el exterior con naves de guerra o
7 servirse de nadie procedente de ellos como mercenario[7]. Así pues, en esto terminó la primera guerra de los cartagineses con los romanos a los veinticinco años y por ella celebró el triunfo Cátulo. Quinto Lutacio, cuando fue cónsul, marchó a Sicilia y junto con su hermano Cátulo puso orden en todos los asuntos de allí. También quitaron las armas a sus habitantes. Sicilia fue esclavizada de este modo por los romanos, excepto el reino de Hierón, y, por ello, mantuvieron amistad con los cartagineses[8].

ZONARAS, VIII

Ambos pueblos, poco después, se metieron de nuevo en otras 8
guerras por separado. En efecto, en lo que a los cartagineses se re- B. I, p. 174
fiere, a los supervivientes de los que habían trabajado para ellos
como mercenarios y a sus esclavos de la ciudad, así como a mu- 9
chos de sus vecinos, los atacaron conjuntamente aprovechándose
de su situación desfavorable. Por su parte los romanos, cuando los
llamaron los que hacían la guerra a aquéllos, no los escucharon, si-
no que incluso enviaron embajadores a su vez y, como no podían
reconciliarlos, a todos los cartagineses que tenían prisioneros los
dejaron libres sin rescate, enviaron trigo y les permitieron reunir
mercenarios de entre sus propios aliados con lo que alcanzaban
fama de nobleza y de despreocuparse de sus propios intereses. Por 10
eso tuvieron en seguida problemas. Pues aquel Amílcar Bárquida,
cuando hubo vencido a sus contrincantes, no se atrevió a hacer una
expedición contra los romanos, aunque los odiaba con fuerza, pero
se lanzó sobre Hispania en contra de la opinión de sus autoridades.

Pero esto sucedió después. En aquel momento los romanos 1 18
guerrearon contra los faliscos y Manlio Torcuato devastó su terri-
torio. Cuando trabó combate con ellos fue derrotado con la infan-
tería, pero resultó vencedor con la caballería. En un nuevo com-
bate volvió a vencerlos y les quitó las armas, la caballería, los
enseres, los esclavos y la mitad del territorio. Luego la ciudad
originaria construida sobre un monte fortificado fue derribada y
se edificó otra de fácil acceso. Después de esto emprendieron 2
nuevas guerras contra los boyos, contra los galos sus vecinos y a. 238
contra algunos ligures. A éstos los asesinó tras vencerlos en una
batalla Sempronio Graco[9] mientras Publio Valerio, que atacó a
los galos, primero fue derrotado, pero luego, cuando se enteró
de que venían de Roma en su ayuda, avanzó en el mismo senti-

TZETZES, *in Lycophr.*, *Alex.* 1312

Los ligures habitan en la costa desde la Etruria hasta los Al- B. I, p. 174
pes y hasta el territorio de los galos, según dice Dion.

45 Que cuando Claudio firmó el acuerdo con los corsos,
a. 236 B. I, p. 176 los romanos, después de emprender la guerra contra ellos
y vencerlos, les enviaron a aquél con ánimo de dejarlo en
sus manos, como si él fuera el responsable, y no ellos
mismos, de que se hubiera violado el acuerdo; como ellos
no lo acogieron, lo exliaron (V. 29, p. 593).

Zonaras, VIII

do, de nuevo contra los galos, con la intención de vencerlos o morir, pues prefería esto antes que vivir condenado a pasar vergüenza, y venció en cierto modo gracias a la suerte[10].

3 Así marcharon entonces las cosas para los romanos. Recibie-
B. I, p. 175 ron Cerdeña de los cartagineses sin batalla, además de dinero,
cuando se lo reclamaron porque se dedicaban a perjudicar a sus
navegantes. Pues los cartagineses, como todavía no se habían
4 hecho fuertes, tuvieron miedo de sus amenazas[11]. Al año siguiente
a. 237 Lucio Léntulo y Quinto Flaco, que hicieron una expedición contra
los galos, mientras avanzaban a la par no encontraban contrincantes, pero cuando empezaron a devastar algunos lugares por separado, pensando que así iban a conseguir más botín, el campamento de Flaco cayó en una situación arriesgada, rodeado durante la noche. Sin embargo, entonces se vieron rechazados los bárbaros, pero una vez que se les sumaron los aliados, de nuevo avanzaron con un
5 gran contingente contra los romanos. Cuando se les enfrentaron
a. 236 Publio Léntulo y Licinio Varo, tuvieron la esperanza de que ellos
los dejarían atemorizados incluso sin batalla a causa del propio número. Por medio de una embajada les pidieron el territorio de Arimino y les reclamaron que evacuaran la ciudad como si fuera suya. Los cónsules, sin atreverse a atacar a causa de su escaso número y sin tener la audacia de ceder nada en absoluto, hicieron una moratoria, para que enviaran una embajada a Roma. Cuando estu-
6 vieron ante el senado dijeron lo mismo. Como los embajadores
B. I, p.176 no obtuvieron nada de lo que pedían, volvieron al campamento y

Que los romanos, después de aumentar el cobro de dinero a los cartagineses, renovaron el acuerdo y, en primer lugar, al llegar una embajada de parte de éstos, como se habían enterado de sus preparativos y porque ellos mismos estaban retenidos todavía por la guerra contra sus vecinos, respondieron de forma nada mesurada, pero después, enviado un tal Hannón, joven de edad y terrible por su capacidad verbal, cuando, entre otras muchas cosas, dijo al final abiertamente: «Si no queréis hacer la paz, entregadnos Cerdeña y Sicilia, pues con ellas no hemos comprado un oportuno alto el fuego, sino una amistad duradera», avergonzados, se hicieron más benevolentes *** (U[G] 6, p. 378, y parcialmente, Suidas, s. v. *epipraxámenoi)* *** para que a ellos no les pasara lo mismo, de modo B. I, p. 177

(margin: I 46 at first line; 2 at line "(U^G 6...")

ZONARAS, VIII

encontraron que todas sus posibilidades habían quedado aniquiladas, pues algunos de sus aliados, que habían cambiado de idea, asustados ante los romanos, se volvieron contra los boyos, por lo que murieron en gran número de una y otra parte. Entonces el resto se volvió a casa y los boyos consiguieron pactos a cambio de gran parte de su territorio.

Una vez acabadas las guerras galas, Léntulo hizo una expedición contra los ligures, rechazó a los que lo atacaban y ocupó algunas fortificaciones. Varo, al partir contra Córcega, como no pudo hacer los transportes a causa de la escasez de naves, envió delante a un tal Claudio Clineas con un ejército. Tras sorprender a los corsos, entabló conversaciones y llegó a acuerdos como si tuviera poderes absolutos. Pero Varo, sin atender a tales acuerdos, hizo la guerra a los corsos hasta que los sometió. Los romanos, que no aceptaban la ruptura de los pactos, les enviaron a Claudio para dejarlo en sus manos. Pero como no fue recibido, lo exiliaron. Cuando estaban a punto de hacer una expedición contra los cartagi-

que de buena gana los unos se contenían para mantener la situación favorable de antes, los otros porque preferían seguir como estaban; aunque, en lo que a amenazas se refiere, ya no estaban en paz, en la práctica todavía seguían manteniéndola con cuidado, de modo que para todos pudo hacerse evidente que cualquiera a quien primero le resultara conveniente tomar la iniciativa, empezaría la guerra.

Zonaras, VIII

neses, porque se dedicaban a atacar a sus comerciantes, no la hicieron, pero cobraron dinero por renovar los pactos. Ni aún así los tratados iban a durar mucho tiempo. El problema de los cartagineses había quedado diferido, pero contra los sardos, que no
a. 235 les obedecían, realizaron una expedición. Y vencieron. Después de esto, los cartagineses en secreto persuadieron a los sardos para que se rebelaran contra los romanos. A éstos se sumaron los corsos y tampoco los ligures permanecieron en paz.

10 Al año siguiente, los romanos, tras dividir las fuerzas en
a. 234 B. I, p. 177 tres, para que, al atacar a todos al mismo tiempo, no pudieran prestarse ayuda mutuamente, enviaron a Postumio Albino a Liguria, a Espurio Carvilio contra los corsos y a Cerdeña al pretor Publio Cornelio. Los cónsules no llevaron a cabo lo que se les había ordenado sin esfuerzo, pero tampoco con lentitud. Carvilio, en un violento combate, derrotó a los sardos, quienes no se mostraban prudentes en ninguno de sus propósitos. Por su parte, Cornelio y muchos de sus soldados perecieron por enfermedad.
11 Cuando los romanos se retiraron de su territorio, se sublevaron
a. 233 B. I, p. 178 de nuevo los sardos y los ligures. Entonces fue enviado Quinto Fabio Máximo contra los ligures[12] y a Cerdeña, Pomponio Ma-
12 nio. En realidad, juzgaron que sus enemigos eran los cartagineses como causantes de las guerras, por lo que les pidieron dinero y les ordenaron que zarparan de todas las islas, como si les correspondieran a ellos. El modo de manifestar sus intenciones

la mayoría permanece fiel a los acuerdos sólo cuando les conviene. Pero si existe alguna ventaja mayor para ellos, consideran que es más seguro incluso romper lo acordado (M. 125, p. 184).

Que en una ocasión enviaron embajadores para ob- 48
servar *** [13] Gayo Papirio, aunque no les interesaban a. 231 B. I, p. 178
los asuntos hispanos en absoluto; él, además de acoger-

ZONARAS, VIII

fue enviarles una lanza y un caduceo y exigirles que eligieran uno, el que quisieran. Ellos, sin asustarse en absoluto, respondieron en general de una manera bastante dura, pues dijeron entre otras cosas que no iban a elegir ninguno de los dos objetos que se les había enviado, pero aceptarían de buen grado cualquiera que les dejaran. Desde este momento se profesaron un odio mutuo, pero ninguno se decidía a comenzar la guerra.

Al provocarse un nuevo movimiento entre los sardos contra 13
ellos, ambos cónsules, Marco Maleolo y Marco Emilio, empren- a. 232
dieron una expedición. Consiguieron mucho botín, pero al llegar
junto a los corsos, éstos se lo arrebataron. Por tanto, los romanos 14
se volvieron contra unos y otros. Marco Pomponio se encargó de a. 231
Cerdeña pero, al enterarse de que en su mayor parte se escondían en cuevas entre bosques de difícil acceso y al no poder encontrarlos, hizo venir de Italia perros de buen olfato, gracias a los cuales descubrió la pista de los hombres y de los animales y dejó cercada una gran parte. Gayo Papirio expulsó de las llanuras a los corsos, pero, cuando los empujaba en dirección a los montes, perdió a muchos en una emboscada y más todavía habría perdido por la falta de agua, si mucho tiempo después no hubiera aparecido agua y no hubiera persuadido a los corsos de llegar a un acuerdo.

En este tiempo Amílcar, el general de los cartagineses, mu- I 19
rió derrotado ante los hispanos. En efecto, llevaron carros llenos a. 230 B. I, p. 179
de leños y de pez delante del ejército de los cartagineses formado frente a ellos y, cuando estuvieron cerca, les prendieron fue-

los, los trató con las palabras adecuadas, al decir entre otras cosas que hacía la guerra a los hispanos por obligación, para poder pagar el dinero que los cartagineses debían todavía

ZONARAS, VIII

go y arrearon y azuzaron a los animales que los arrastraban. Por esta razón, al crearse un tumulto entre los contrincantes, que se dispersaban y batían en retirada, los siguieron y lo mataron a él y a muchísimos hombres más. Así murió, cuando estaba en la flor de la edad, y al morir le sucedió su yerno Asdrúbal. Se apoderó de gran parte de Hispania, y fundó en ella una ciudad, Cartago, homónima de su patria [14].

2 Como los boyos y los demás galos se dedicaban a vender entre otras cosas variadas a muchísimos prisioneros, los romanos, por temor a que alguna vez pudieran usar el dinero contra ellos, prohibieron que nadie diera a un galo ni plata ni oro. Entonces los cartagineses [15], al enterarse de que los cónsules Marco Emilio y Marco Junio [16] se dirigían hacia Liguria, se prepararon para atacar Roma. Al conocer esto los cónsules, y tras haber partido juntamente contra ellos, se atemorizaron y decidieron presentarse ante ellos como amigos. Pretendían que no habían salido a su encuentro, sino que atravesaban su territorio para ir contra los ligures.

3 Los romanos atravesaron el Jónico y atacaron el continente helénico. El pretexto de su navegación fue el siguiente: Isa es una isla que se encuentra en el golfo Jónico. Efectivamente, sus habitantes, llamados iseos, se entregaron voluntariamente a los romanos, enojados con Agrón, el rey de los ardieos, de linaje ilí-
4 rico, que los tenía dominados [17]. Los cónsules le enviaron emba-
B. I, p. 180 jadores. Pero él murió, y en lugar de su hijo, todavía niño, se hizo cargo del gobierno de los ardieos su mujer, la madrastra del niño. Ella actuó con los embajadores de una manera totalmente injusta pues al expresarse con toda libertad, a unos los aprisionó, a otros los mató. Sin embargo, cuando los romanos votaron hacerle la guerra, se amilanó, prometió devolver a los em-

a los romanos, ya que no era posible satisfacerlo de ninguna otra manera, de modo que los embajadores no sabían lo que le podían reprochar (M. 126, p. 184).

Que la isla de Isa se entregó voluntariamente a los I 49
romanos. En efecto, como entonces iban a ponerlos a a. 230 B. I, p. 180
prueba por primera vez, pensaron que éstos serían más amigos y más dignos de confianza que los que ya les

Zonaras, VIII

bajadores que quedaban a salvo y dijo que los muertos habían sido asesinados por bandidos. Ahora bien, al exigir los romanos a los responsables contestó que no entregaría a nadie y envió un
ejército sobre Isa[18]. Asustada de nuevo, envió a un tal Demetrio 5
ante los cónsules, como si estuviera dispuesta a escucharlo todo a. 229 B. I, p. 181
de ellos. Hicieron pactos con el enviado, que les entregó Corcira[19]. Pero cuando hicieron la travesía hacia la isla de nuevo se envalentonó, pues al ser mujer tenía la mente ligera y fácil al
cambio, y envió un ejército a Epidamno y Apolonia. Como los 6
romanos ocuparon las ciudades[20], detuvieron las embarcaciones B. I, p. 182
de ella que navegaban con dinero desde el Peloponeso y devastaron las localidades costeras, y como además Demetrio se pasó a los romanos por culpa de su inestabilidad, tras haber convencido
a otros para que desertaran, se asustó y renunció al mando. De- 7
metrio lo aceptó como si fuera a entregárselo al niño, mientras los romanos recibieron por este motivo alabanzas de los corintios y tomaron parte en los Juegos Ístmicos, donde Plauto venció la prueba del estadio. También hicieron amistad con los atenienses y participaron en su ciudadanía y en los misterios[21].

El nombre Ilírico se había utilizado antiguamente para de- 8
nominar otros lugares, pero luego ha pasado a designar al inte- B. I, p. 183
rior del continente, más allá de Macedonia y de la parte de Tracia que está más acá del río Hemo, junto a Ródope. Se encuentra entre estos montes y los Alpes, y entre el río Eno y el Istro, hasta el Ponto Euxino; en alguna parte se extiende más allá del Istro.

resultaban desfavorables, pues estaban más seguros, según sus cálculos, ante la incertidumbre que ante la evidencia, porque lo uno, como ya lo tenían, les proporcionaba dolor y lo otro, en lo que tenía de expectativa, les proporcionaba una buena esperanza (M. 127, p. 184).

2 Que los romanos, cuando los iseos vinieron a ellos, para actuar inmediatamente y con entusiasmo, de manera que pareciera que iban en ayuda de quienes se habían esforzado en su favor, y para rechazar a los ardieos, porque se estaban atacando a los que navegaban desde Brindis, enviaron embajadores a Agrón a interceder en su favor y a pedirle que no hiciera nada contra ellos sin que hubiera una provocación de antemano. Descubrieron que él ya no vivía, sino que había dejado al morir a un niño de nombre
3 Pinnes. Pero era su mujer Teuta, madrastra de Pinnes, la que mandaba sobre los ardieos *** como ella, por su osadía, no les contestó con moderación, sino que, al ser mujer, se dejaba llevar por su carácter irreflexivo, y también a causa del poder que tenía, mató a unos embajadores y a otros los metió en prisión porque habían hablado con li-

Zonaras, VIII

9 Como una vez dieron a conocer a los romanos una predicción, según la cual helenos y galos tomarían la urbe, dos galos y otros tantos helenos, de sexo masculino y femenino, fueron enterrados vivos en el foro, para que así se considerara que se había cumplido lo fijado por el destino y se pensara que enterrados ocupaban algo de la ciudad.

10 Después de esto, los sardos, que se encontraban en una situación difícil porque el general de los romanos siempre estaba sobre ellos, se rebelaron, pero de nuevo fueron sometidos a esclavitud.

bertad. Actuó así y se sintió orgullosa, como si demostrara 4
alguna fuerza en esta exhibición de crueldad. Sin embargo, demostró muy pronto la debilidad del sexo femenino, exaltada rápidamente por la cortedad de su mente, pero
también rápidamente asustada por su cobardía. En efecto, 5
tan pronto como se enteró de que los romanos le habían declarado la guerra, se amilanó, prometió devolverles a los prisioneros que retenía y, con respecto a los muertos, se defendió diciendo que habían sido asesinados por unos bandidos. Como los romanos detuvieron por este motivo los preparativos de la expedición para reclamar a los responsables, de nuevo los menospreció, porque todavía no le parecía que la situación fuera lo bastante grave, por lo que respondió que no entregaría a nadie y envió una ex-
pedición a Isa. No obstante, cuando se dio cuenta de que 6
los cónsules estaban presentes, de nuevo tuvo miedo, do- a. 229
blegó su ánimo y se mostró dispuesta a aceptar cualquier cosa de ellos. Pero no se mantuvo tranquila. Pues cuando los cónsules hicieron la travesía hacia Corcira, se envalentonó, se sublevó y envió una expedición a Epidamno y Apolonia. Como los romanos pusieron a salvo las ciudades y capturaron sus naves con tesoros, se dispuso de nuevo a
someterse disciplinadamente a ellos. Pero cuando, des- 7
pués de embarcar, en alta mar, sufrieron una derrota cerca B. I, p. 182

ZONARAS, VIII

Los insubros, pueblo galo, tras haberse ganado como aliados 1 20
a algunas de sus tribus congéneres de más allá de los Alpes, ata- a. 225 B. I, p. 182
caron a los romanos. Por eso también se estaban preparando. Después de que los bárbaros cometieran algunos actos de rapiña, por fin, como por la noche hubo una larga tempestad, sospecharon que la divinidad estaba contra ellos y se desanimaron, por lo que atemorizados, intentaron conseguir la salvación con la fuga.

de la colina Atirio, se mantuvo firme en la esperanza de que ellos (pues ya era invierno) regresaran. Al enterarse de que Albino permanecía en el territorio y de que Demetrio, a causa de su volatilidad y por el temor a los romanos había cambiado de bando y había convencido a algunos otros de que desertaran, se asustó definitivamente y cedió el gobierno (U^R 6, p. 378).

Zonaras, VIII

Régulo salió en su persecución y, cuando entró en combate con los de la retaguardia, fue derrotado y murió[22]. Emilio en cambio permaneció a la expectativa en una colina que había ocupado. Cuando los galos ocuparon otro lugar situado en frente, se mantuvieron quietos durante algunos días, pero luego, aquéllos por causa de la irritación por lo que había sucedido y los bárbaros por alardear de su victoria, se lanzaron desde las alturas hasta
2 llegar al enfrentamiento. Durante mucho tiempo combatieron de
B. I, p. 184 modo igualado, pero finalmente los romanos gracias a su superioridad con la caballería los derrotaron, tomaron su campamento y se llevaron los despojos. Después de esto, Emilio se dedicó a saquear la zona de los boyos y, en el momento de celebrar el triunfo, hizo subir hasta el Capitolio armados a los jefes de los
3 cautivos, en son de burla porque ellos habían jurado que no se quitarían las corazas antes de subir al Capitolio[23]. A partir de esto se apropiaron de todo el territorio de los boyos y entonces por primera vez atravesaron el Eridano[24] contra los insubros para devastar su territorio.

Tzetzes, *in Lycophr. Alex.*, 603

B. I, p. 183 En efecto, en tiempos de Fabio Máximo Verrucoso, llamado así sin duda por tener verrugas, los romanos hicieron esto, enterraron a una pareja griega y otra gala en medio del foro, asustados a causa de un oráculo, que decía que griegos y galos se apoderarían de la ciudad[25].

Que un oráculo de la Sibila había asustado a los ro- 1 50
manos, al advertirles que era necesario cuidarse de los ga- B. I, p. 183
los cuando un rayo cayera en el Capitolio cerca del templo de Apolo (M. 128, p. 185).

Que los galos, al ver que los romanos habían ocupado 2
las partes más favorables del terreno, se desanimaron. En a. 225 B. I, p. 183
efecto, todos los hombres, cuando tienen suerte en sus primeras empresas, con más ganas avanzan en los cometidos que les quedan por delante y, en cambio, cuando fracasan, quedan desanimados para todo, pero es que los galos, en mucha mayor medida que los demás, se apoderan de lo que desean y son los que resisten más fuertemen-

ZONARAS, VIII

Al haber aparecido en este momento señales prodigiosas, los 4
de Roma se encontraron muy atemorizados, pues un río en el Pi- a. 223 B. I, p. 185
ceno corrió con color de sangre y en Etruria pareció que se incendiaba una parte del cielo, en Arimino brilló de noche una luz semejante a la del día, en muchos lugares de Italia aparecieron tres lunas de noche y en el foro se posó un buitre durante varios
días. Así pues, a causa de estos prodigios y porque algunos de- 5
cían que los cónsules habían sido elegidos de manera ilegal, los hicieron venir, pero, cuando recibieron las cartas, los cónsules no las leyeron inmediatamente, pues habían partido para la guerra hacía poco, sino que antes atacaron y resultaron vencedores. Después de la batalla, una vez leída la carta, Furio[26] obedeció de manera inmediata, pero por su parte Flaminio, orgulloso por la victoria, trataba de demostrar que su elección era correcta y sostenía que, a causa de la envidia que le tenían los poderosos, ca-
lumniaban incluso a la divinidad[27]. Así pues, no quiso regresar 6
antes de que todo estuviera apaciguado y afirmaba que enseñaría B. I, p. 186
a los romanos a no engañarse por fijarse en las aves ni en ninguna otra cosa por el estilo. Quería quedarse en el territorio y pre-

te en lo que van organizando y, en cambio, si se encuentran con el más pequeño obstáculo, pierden toda esperanza con relación a las empresas que quedan, pues son ágiles por irreflexión para alcanzar todo lo que quieren, pero también son ágiles por entusiasmo para completar todo lo
3 que emprenden. Tienen temperamento sin freno y un ím-
B. I, p. 184 petu insaciable, por lo que ni conocen la mesura (pues es totalmente imposible tener suficiente cuando su ambición alcanza las mayores cotas), aunque alguna vez se sientan contrariados, ni, por otra parte, pueden contenerse a sí mismos cuando les embarga algún temor y cambian a un estado de terror completamente contrario a su anterior audacia temeraria. En efecto, en poco tiempo se dejan llevar a lo más opuesto del modo fácil, ya que no son capaces de procurarse bases firmes y razonadas para ninguno de sus asuntos (M. 129, p. 185).

Zonaras, VIII

tendía retener a su colega, pero Furio no le hacía caso. Como los que iban a permanecer con Flaminio tenían miedo de que al quedarse solos pudieran sufrir algún percance por parte de los enemigos y le pidieron que esperara unos días, se convenció, pe-
7 ro no emprendió ninguna acción. Flaminio por su parte se dedicó a recorrer el territorio y a devastarlo, destruyó algunas defensas y entregaba todo el botín a los soldados, en un acto de demagogia. Cuando finalmente regresaron a casa fueron acusados de desobediencia por parte del senado (pues a causa de la irritación con Flaminio castigaron también a Furio), pero la plebe se opuso y votaron el triunfo compartido para favorecer a Flaminio. Después de celebrarlo acabaron su magistratura[28].

8 Elegidos nuevos cónsules Claudio Marcelo y Gneo Esci-
a. 222 pión[29] hicieron una expedición contra los insubros, pues, aunque éstos lo habían pedido, no habían votado en favor de hacer la paz con ellos. Al principio de la guerra los dos juntos obtenían la

Que Emilio, tras haber vencido a los insubros, celebró el triunfo y en él hizo subir armados al Capitolio a los jefes de los que habían sido hechos prisioneros, con lo que pretendía ridiculizarlos, pues sabía que ellos habían jurado no quitarse las corazas antes de haber subido al Capitolio (M. 130, p. 186)[30]. 4 50

Zonaras, VIII

mayoría de las victorias, pero luego, al enterarse de que el territorio aliado era objeto de rapiña, se separaron. Marcelo marchó 9
rápidamente contra los saqueadores, pero no los cogió allí mismo, sino que tuvo que perseguirlos mientras huían y los venció cuando se detuvieron. Escipión en cambio permaneció en el territorio y sitió Acerras. Cuando se apoderó de ella, la convirtió en base de operaciones de la guerra, pues tenía un emplazamiento favorable y estaba bien protegida. De allí partió para apoderarse de Mediolano y de un pequeño poblado. Cuando fueron tomados éstos, los restantes insubros llegaron a un acuerdo y les entregaron dinero y una parte de su tierra[31].

Luego Publio Cornelio[32] y Marco Minucio[33] hicieron una 10
expedición al Istro y sometieron a muchos pueblos de allí, unos a. 221
mediante la guerra, otros mediante acuerdos. Lucio Veturio y Gayo Lutacio[34] fueron hasta los Alpes y sin batalla se ganaron a muchos. Sin embargo, el jefe de los sardieos[35], Demetrio, como 11
anteriormente se ha dicho, se comportaba injustamente con los a. 220 B. I, p. 187
nativos y se dedicaba a arrasar los territorios de los que habitaban cerca. Daba la impresión de que se servía de la amistad de los romanos para cometer injusticia[36]. Al enterarse de esto, los cónsules Emilio Paulo y Marco Livio lo mandaron llamar. Como a. 219
no les hizo caso, sino que incluso atacó sus territorios aliados, hicieron una expedición contra él cuando se encontraba en Isa. Como supieron con tiempo que se ocultaba en alguno de los puntos de desembarco, enviaron una parte de las naves a combatir en otro lugar de la isla. Por esto, como los ilirios se volvieron 12

51 B. I, p. 185 Que cualquiera de los aspectos que se consideran adecuados en las concentraciones, incluso el más pequeño, si resultaba equivocado, se volvía a celebrar en su totalidad por segunda, por tercera vez e incluso más en un sólo día, hasta que por fin les parecía que todo había llegado a ser irreprochable (M. 131, p. 186).

a. 219 B. I, p. 187 Que Demetrio, exaltado por la tutela de Pinnes y por haberse casado con su madre Triteuta al morir Teuta, era odiado por los nativos y se dedicaba a devastar los territorios de los que vivían en las proximidades. En efecto, como daba la impresión de que se aprovechaba de la amistad de los romanos para cometer injusticias contra ellos, al enterarse de esto lo mandaron llamar. Puesto que no hizo caso, sino que incluso se atrevió a poner la mano sobre los territorios de sus aliados, hicieron una expedición contra él, cuando se encontraba en Isa (V. 30, p. 593).

ZONARAS, VIII

contra ellos pensando que estaban solos, tras atacar acamparon en un lugar conveniente y rechazaron a los nativos que, debido a la irritación que les produjo el engaño, se abalanzaron, acto seguido, sobre ellos. 13 Como Demetrio escapó a la otra isla, Faros, también navegaron hacia ella, doblegaron a los que les salieron al encuentro y capturaron la ciudad gracias a una traición, pero Demetrio se había escapado. Entonces marchó a Macedonia con mucho dinero a ver a su rey Filipo y éste no lo capturó, pero al regresar junto a los ilirios fue apresado y ajusticiado[37] por los romanos.

NOTAS

[1] Más detalles sobre el sitio de Lilibeo, en POLIBIO, I 4, 1-6, y 42, 7-48, 11. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 213. El relato de DIODORO, XXIV 1, 1-4, resulta una repetición un poco sorprendente del sitio de Agrigento, XXIII 8, 1. Ver ROUSSEL, pág. 118, n. 41.

[2] Episodio que parece más apropiado al comienzo de la guerra, como lo situó Polibio. No se sabe si la confusión se debe a Zonaras, a Dion o a la fuente de éste (CARY, *ad l.)*.

[3] Según CARY, *ad l.*, puede haberse escrito en relación con el desastre de Publio Claudio Pulcro que Zonaras omite.

[4] Zonaras es la única fuente que habla de este pacto, sobre el que suelen admitirse dudas. Ver ROUSSEL, pág. 114 y n. 43.

[5] Narración amplia en POLIBIO, I, 56-59. Ver, especialmente, I 59, 8, y comentario de WALBANK, *ad l.* También ERRINGTON, *Dawn*, pág. 25.

[6] Confusión bastante generalizada en lugar de Cercón, hermano de Lutacio Cátulo, a quien iría a asistir en el momento final, con lo que la gloria quedaría garantizada dentro de la familia. DEVELIN, *Practice*, pág. 201. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 219.

[7] Polibio hace constar que habría habido previamente una cláusula para que el pueblo romano pudiera rectificar (I 62, 8, y comentario de WALBANK, *HCP*, I, pág. 127). Sobre el planteamiento inicial del tratado y las modificaciones posteriores, también POLIBIO, III 27, 1-6, y 29, 3, con WALBANK, *HCP*, I, pág. 355. APIANO, V *(Sicilia)* 2, 1-2, hace intervenir en esta historia la embajada de Atilio Régulo. La relación establecida por DIODORO, XXIV 13, es puramente teórica, en el plano de la ejemplaridad de las actitudes tomadas en las embajadas de paz. En I 63, 1, POLIBIO manifiesta que el pueblo no admitió las condiciones estable-

cidas por el cónsul, sencillamente. Ver ERRINGTON, *Dawn,* pág. 6; ECKSTEIN, *Senate,* pág. 133.

[8] APIANO, V *(Sicilia)* 2, 2, habla también de tributos y del establecimiento de un «estratego» anual. ECKSTEIN, pág. 131, n. 124.

[9] El primero de los Graco que accede al consulado coincidiendo con una época de ascenso de algunas familias plebeyas. DEVELIN, *Practice,* pág. 72. Desempeñó un importante papel en el momento de reemprender la agresividad romana. HARRIS, *Guerra,* págs. 188-189.

[10] Publio Valerio Faltón. HARRIS, *Guerra,* pág. 190, cree que, en este caso, Zonaras, al mencionar la iniciativa del cónsul, es más digno de crédito que Polibio, que describe la guerra como una invasión gálica.

[11] POLIBIO, en su breve referencia de I 88, 8-12, pone de manifiesto que la acción se consideraba un caso claro de agresión imperialista. WALBANK, *HCP,* I, págs. 149-150, estudia los intentos posteriores para justificar la acción del senado. Por una parte, el que POLIBIO combate en III 28, según el cual los cartagineses en la guerra de los mercenarios habrían capturado a los mercaderes italianos, que podría ser el ofrecido por Fabio Píctor. A ello se refiere POLIBIO también en I 83, 7. Ver el fragmento 46 de Dion. Por otra parte, el que se recoge en LIVIO, XXII 54, 11, como si ya estuviera la entrega de Sicilia y Cerdeña en el tratado de Cátulo, que es el recogido por la tradición analística. ERRINGTON, págs. 30-34, también prefiere la versión de Polibio, cuya conservación en este caso considera especialmente favorable para el restablecimiento de la verdad histórica frente a la propaganda oficial romana.

[12] Quinto Fabio Máximo Verrucoso comienza así una brillante carrera que se extiende hasta el final del siglo. En el año 232 desempeñó un importante papel al oponerse a los proyectos de distribución agraria de Flaminio. DEVELIN, *Practice,* pág. 224.

[13] Conjetura de BOISSEVAIN, aceptada por CARY, para rellenar la laguna: «lo que hacía Amílcar, en el consulado de Marco Pomponio y ...».

[14] Sobre Amílcar en Hispania, POLIBIO, II 1, 5-9, peca de imprecisión, según WALBANK, *HCP,* I, pág. 152. Algunos detalles más en DIODORO, XXV 10. Sobre Asdrúbal y la fundación de Cartago Nova, POLIBIO, II 13, y WALBANK, *HCP,* I, págs. 167-8; ERRINGTON, *Dawn,* págs. 49-50. Síntesis de J. M. ROLDÁN, en J. M. BLÁZQUEZ, *Historia de España Antigua* II, Madrid, Cátedra, 2.ª ed., 1985, págs. 24-29.

[15] Error de Zonaras, que pretendió referirse a alguna tribu gala (CARY, *ad l.).*

[16] Marco Junio Pera, sería dictador en 216. DEVELIN, *Practice*, pág. 229, n. 32.

[17] Dado que, hasta este momento, los romanos no se habían preocupado para nada de las costas ilíricas, ERRINGTON, *Dawn*, págs. 35 ss., considera que ahora la acción de los ardieos comenzaba a afectar a los navegantes itálicos y los cónsules tratan de averiguar, a través de Gayo y Lucio Coruncano, la verdadera importancia de la capacidad controladora de los ilirios. Los comerciantes son citados por POLIBIO, II 8, 1. Ver WALBANK, *HCP*, I 158-9. Dion-Zonaras transmiten la versión oficial, igual que APIANO, X *(Ilírico)* 7, y, con detalles más fantásticos, LIVIO, *Perioca* 20, y FLORO, I 21, 3.

[18] Sobre los comienzos de la guerra ilírica, ver POLIBIO, I 8, 3-12, versión muy parecida a la de Zonaras. Más reducida, pero con el mismo tono, LIVIO, *Perioca* 20; FLORO, I 21, 3. Un poco diferente, APIANO, X *(Ilírico)* 7. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 227. Dudas y críticas, en GRUEN, *Hellenistic World*, págs. 360 ss. Síntesis y análisis de las fuentes, en NICOLET, *Rome et la conquête*, págs. 732-4. El caso de Teuta dentro de la práctica de la piratería de la época, en J. K. DAVIES, «Cultural, Social and Economic features of the Hellenistic World», *CAH*, VII, 1, 1984, 2.ª ed., págs. 285-290.

[19] Corcira entra en la *fides* romana con el apoyo de Demetrio de Faros. POLIBIO, II 11, 5-6. WALBANK, *HCP*, I, pág. 162, considera que las expectativas atribuidas a los corcirenses *(aspháleian)* forman parte de la propaganda romana. GRUEN, *Hellenistic World*, pág. 56, n. 10, sí cree que la iniciativa puede haber procedido de los corcirenses.

[20] Epidamno y Apolonia estaban en manos de los romanos por *philía* = *amicitia*, según se desprende de POLIBIO, II 11, 8-10, y, más claramente, de APIANO, X *(Ilírica)* 7. GRUEN, *Hellenistic World*, pág. 56, n. 11, lo acepta como hecho objetivo.

[21] La mención de la ciudadanía debe de ser una exageración, de origen posterior, para dar importancia a las relaciones de Roma con Atenas. Tal vez pudiera haber una vaga *philía*, pero, de otro modo, no podría entenderse la afirmación de APIANO, IX *(Macedonia)* 4, que, para el año 200, dice que Filipo devastaba el Ática y sitiaba Atenas porque esto nada importaba a los romanos. Ver GRUEN, *Hellenistic World*, pág. 56, n. 16.

[22] Esta forma de narrar la acción de Atilio Régulo plantea problemas con respecto a lo que en POLIBIO se encuentra en II 23, 5-6 y 27-30: presencia en la rebelión de Cerdeña y posterior muerte en la batalla de Telamón (WALBANK, *HCP*, I, págs. 196 y 204). Este acontecimiento

sirve de base al elogio que PLINIO, en *Historia Natural,* III 138, hace de Italia. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 230.

23 POLIBIO, II 31, 5-6, dice que decoró el Capitolio con las insignias galas. Según FLORO, I 20, 3, los despojó en el Capitolio. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 230.

24 El Po, identificación que no parece remontarse a época arcaica. Ver HESÍODO, *Teogonía* 338.

25 PLUTARCO, *Marcelo* 3, 6, más explícitamente, trata de justificar el hecho en los temores romanos, al igual que las restantes fuentes. Así lo acepta ECKSTEIN, *Senate,* pág. 13, como expresión de la situación de los romanos de la época que se sentían amenazados, frente a la opinión de HARRIS, *Guerra,* pág. 195, y n. 151.

26 Publio Furio Filo, que, antes de ser censor en 214, en el año 216 recibiría una importante herida, según LIVIO, XXIII 21, 2. DEVELIN, *Practice,* pág. 120.

27 DEVELIN, *Practice,* pág. 226, cree que su aspecto populista hace a los historiadores distorsionar las realidades, lo que ve reforzado por PLUTARCO, *Marcelo* 4, 6.

28 Sobre la campaña victoriosa, POLIBIO, II 32, con WALBANK, *ad l.* En II 33, se muestra la hostilidad general contra Flaminio. ERRINGTON, *Dawn,* pág. 44. ECKSTEIN, *Senate,* pág. 17. Sobre los portentos, PLUTARCO, *Marcelo* 4, 2-5; en *Fabio Máximo* 2, 3, también se refiere al carácter de Flaminio. Del mismo modo erige un trofeo en honor de Júpiter con los despojos galos, según FLORO, I 20, 4. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 232.

29 Gneo Escipión Calvo.

30 Ver nota 22.

31 Los *spolia opima,* de que se hace mención en PLUTARCO, *Marcelo* 7-8, con referencia a una práctica arcaica, según expone el mismo autor en *Rómulo* 16, 7-8. Su forma de actuar puede ser objeto de crítica en la *Comparación Pelópidas-Marcelo* 1, 3. Referencia en CICERÓN, *Tusculanas* 4, 49, y LIVIO, *Perioca* 20, que cita expresamerte *Spolia opima,* al igual que VIRGILIO, *Eneida* VI 855-859, lo que delata la importancia del tema en la ideología augústea. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 233.

32 P. Cornelio Escipión Ásina.

33 Marco Minucio Rufo sería *magister militum* de Fabio en 217, LIVIO, XXII 24 ss. POLIBIO, III 90 6 y 103, donde se revelan sus diferencias. Ver DEVELIN, *Practice,* págs. 228-9.

[34] Hay duplicidad de cónsules para este año. Ver Livio, XXIX 11, 3; XXX 23, 5. Tal vez estos dos habían sido elegidos de manera irregular y abdicaron. Broughton, *MRR*, I, pág. 235. A. E. Samuel, *Greek and Roman Chronology. Calendars and Years in Classical Antiquity*, Múnich, Beck, 1972, pág. 262.

[35] Ardieos (Cole, *ad l.*).

[36] Tales acciones de Demetrio parecen derivar de la tradición analística, que pretende justificar la intervención romana. La muerte de un legado es la causa en Tito Livio, *Perioca* 20. Más ampliamente en Polibio, III 16; Apiano, X *(Ilírico)* 8. Walbank, *HCP*, I, pág. 324; Gruen, *Hellenistic World*, págs. 369-373.

[37] La campaña contra Demetrio se encuentra ampliamente desarrollada en Polibio, III 16-19. Broughton, *MRR*, I, pág. 236. La tradición se confirma en Livio. Walbank, *HCP*, pág. 327, considera, sin embargo, que el ataque sobre Isa puede considerarse un doblete del acontecimiento paralelo de la primera guerra ilírica (pág. 330).

LIBRO XIII

ZONARAS, VIII

Al año siguiente, los romanos guerrearon abiertamente con- I 21
tra los cartagineses. Esta guerra, en cuanto al tiempo, duró mucho a.218 B. I, p. 188
menos que la anterior, pero en las acciones y los padecimientos fue mayor y más dura. La sostenía principalmente Aníbal, el jefe
del ejército de los cartagineses. Este Aníbal era hijo de Amílcar 2
Bárquida y muy pronto, desde niño, orientó su preparación contra los romanos. Pues Amílcar decía que criaba a todos sus hijos como cachorros para enfrentarse a ellos, por lo que, al ver que aquél destacaba mucho por su naturaleza, lo comprometió a hacerles la guerra y por ello destacaban especialmente las artes de la guerra en la formación que le habían dado cuando tenía quince años, momento en que no pudo, al morir su padre, heredar el generalato.
Pero, cuando falleció Asdrúbal, ya no esperó, y tenía 3
entonces veintiséis años, sino que al punto tomó a su cargo el ejército que se encontraba en Hispania y, tras ser nombrado general por sus soldados, consiguió que también por parte de las autoridades centrales se le garantizara la jefatura. Tras haber hecho esto, necesitaba un buen pretexto para atacar a los romanos y lo encontró en los zacintios de Hispania[1]. Éstos, en efecto, 4
que habitaban no lejos del río Ebro, sobre el mar, estaban de parte de los romanos, que también los respetaban y les habían dado un lugar relevante en los tratados frente a los cartagineses. Por

esto Aníbal emprendió la guerra contra ellos, pues sabía que los romanos o ayudarían a los saguntinos o, si les pasaba algo, los vengarían. Por esto también, y porque sabía que poseían una enorme riqueza, de la que él tenía gran necesidad, y por algunas otras cosas que le favorecían frente a los romanos, atacó a los saguntinos[2].

5 Hispania, en donde habitan los saguntinos, y todo el territo-
rio que está junto a ella, se encuentra en Europa, hacia el Occi-
dente, y en gran parte de cara al mar interior, pero también a las
Columnas de Hércules y al Océano mismo. Además ocupa la parte
6 continental interior, de gran extensión hasta el Pirineo. Pues este
monte, que comienza desde el antiguo mar de los bébrices y lue-
go de los narbonenses, se extiende hasta el gran mar exterior,
tiene en su interior muchos pueblos mezclados y delimita el con-
junto de Hispania de su vecina Galia. Ni hablaban la misma len-
gua ni tenían una organización política en común. Por ello ni si-
quiera respondían a un sólo nombre. En efecto, los romanos los
llamaron «hispanos» y los griegos «iberos», a causa del río Ibero[3].

7 Pues bien, estos saguntinos estaban sitiados y enviaron em-
bajadores a los vecinos y a los romanos para solicitar ayuda.
Aníbal los retuvo mientras los romanos le enviaron embajadores
para advertirles que no se acercara a los saguntinos y lo amena-
zaron con que, si no hacía caso, navegarían inmediatamente has-
8 ta Cartago a presentar una reclamación. Pero Aníbal, como si
conservara su buena disposición, envió a algunos de los del lugar
ante los embajadores, que ya estaban cerca, y los preparó para
que les dijesen que el general no estaba presente, ya que se había
ido a algún lugar en tierras inexploradas. Les aconsejaban que
partieran lo mas rápidamente posible antes de que se le anuncia-
ra que estaban allí, para no morir a causa de la anarquía que se
9 producía al no estar presente el general. Ellos les hicieron caso y
se retiraron a Cartago. Celebrada una asamblea, entre los carta-
gineses unos aconsejaban hacer la paz con los romanos, pero los
que estaban con Aníbal decían que los saguntinos se comporta-
ban injustamente y que los romanos se inmiscuían constante-
mente en asuntos contrarios a sus intereses. Finalmente triun-
faron los que los inclinaban a hacer la guerra.

En esta circunstancia, Aníbal, con todo su esfuerzo, realiza- 10
ba los ataques propios de una batalla de asedio. Pero como eran
muchos los que caían y más los que eran heridos de entre los que
estaban con Aníbal, una vez que los cartagineses derribaron una
parte del muro y se atrevieron a introducirse por el hueco abier-
to, salieron a la carrera los saguntinos y los pusieron en fuga, por
lo que aquéllos se envalentonaron y los cartagineses cedieron
desanimados. Pero no se retiraron sin tomar la ciudad, a pesar de
que el asedio se extendía ya en su octavo mes. En este tiempo,
entre otras desgracias, en medio de tan insólita situación, se en-
contraron con que incluso Aníbal había sido herido de gravedad.
La captura fue del modo siguiente: acercaron una máquina a la 11
muralla, que sobresalía mucho por encima de ella y llevaba sol-
dados, unos a la vista, otros escondidos. Como los saguntinos se
pusieron a combatir con todas sus fuerzas con los que veían, co-
mo si estuvieran solos, los que estaban ocultos, tras abrir un agu-
jero en la muralla la forzaron y entraron. Naturalmente, los sa-
guntinos, perplejos por la sorpresa, subieron a la carrera hacia la
acrópolis y entraron en conversaciones, por si conseguían salvar-
se por medio de un acuerdo digno. Como Aníbal no les ofrecía 12
nada razonable, ni recibían ninguna ayuda de los romanos, pidie-
ron que se suspendieran los ataques, con la intención de deliberar
sobre su situación. Entonces reunieron sus riquezas más valiosas
y las arrojaron al fuego, los que no combatían se suicidaron y los
que estaban en la edad se lanzaron a una sobre sus contrincantes
y murieron luchando valientemente[4].

TZETZES, *in Lycophr. Alex.*, 516

Dion Cocceyano llama a los narbonenses bébrices cuando escribe de este modo: «El monte Pirineo es de los antiguos bébrices, pero ahora narbonenses. Este monte limita Hispania y Galia».

1 52 Que los romanos estaban en su apogeo en las cosas de B. I, p. 190 la guerra y vivían perfectamente en concordia entre ellos, de modo que lo que a la mayoría la conduce del puro bienestar a la audacia y del violento temor a la moderación, para ellos resultó diferente, pues, cuanto más suerte tenían, más prudentes eran, y la confianza de la que es una parte el valor, la mostraban frente a los rivales, mientras la moderación, de la que participa la disciplina, la mostraban 2 entre ellos. En efecto, consideraban la fuerza como una B. I, p. 191 cualidad que procede de la moderación sin riesgos y el orden como una posesión derivada de la verdadera valentía. Ni convertían el bienestar en soberbia ni la moderación en temor. Consideraban en efecto que de este modo quedaba destruida la prudencia por el valor y la confianza por el miedo; mientras de aquella manera la moderación era más fuerte gracias a la valentía, y la buena suerte, gra-

ZONARAS, VIII

22 1 Por ellos entraron en guerra los romanos y los cartagineses, B. I, p. 190 pues Aníbal, tras reunir muchos aliados, se dirigió a Italia. Al enterarse de esto, los romanos se reunieron en el senado, donde entre muchas otras intervenciones habló Lucio Cornelio Léntulo 2 y dijo que no se debía esperar, sino votar ya la guerra contra B. I, p. 194 los cartagineses, dividir en dos el ejército con los cónsules y a unos enviarlos a Hispania y a otros a África, para que al mismo tiempo se devastara su territorio y se vieran perjudicados sus aliados, al no poder llevar ayuda a Hispania ni ellos recibirla de 3 allí. A esto Quinto Fabio Máximo contrapuso que no convenía B. I, p. 196 votar la guerra así, de cualquier manera, sin antes servirse de una embajada y, si los convencían de que no habían cometido ninguna injusticia, quedarse tranquilos, pero si encontraban que sí la habían cometido, entonces atacarles, «para que podamos 4 arrojarles sobre ellos la causa de la guerra». Tales eran entonces B. I, p. 198 las opiniones de ambos, por decir sólo lo principal. Elsenado

cias a la disciplina. Por esto las guerras que con mucha frecuencia se les presentaban, las afrontaban con mucha fuerza y gobernaban de modo excelente tanto sus propios asuntos como los de sus aliados (M. 132, p. 186, y, parcialmente, Máx. Conf., *Flor.*, *cod. Paris.* 1169, f. 26r).

Que cuantos habitaban en el interior de los Alpes de- I 54
sertaron para unirse a los cartagineses, no porque prefirie- B. I, p. 191
ran como jefes a los cartagineses en vez de los romanos, sino porque odiaban a quien mandara sobre ellos y amaban la novedad. En verdad, entre todos los pueblos de entonces les surgieron a los cartagineses múltiples aliados frente a los romanos[5]. Pero se podría decir que Aníbal era comparable a todos ellos juntos. Poseía, en efecto, la más aguda capacidad de comprensión, y era capaz de descubrir del modo más rápido todo cuanto fuera objeto de su interés. Sin embargo sucede que, de modo general, la firmeza nace de la reflexión, la inestabilidad, de la precipitación.
Resolvía con mucha rapidez los problemas inmediatos y 2
con mucha tranquilidad y reflexión los asuntos de mayor B. I, p. 192
calado. Atendía con energía lo que se presentaba en cada ocasión y preveía con seguridad el futuro, pues era consejero muy capacitado para los asuntos cotidianos y actuaba con la mayor seguridad en las situaciones inesperadas; así,

Zonaras, VIII

decidió prepararse para el combate, pero también enviar embajadores a Cartago y presentar reclamaciones contra Aníbal para que, si no aprobaban lo que había hecho, lo sometieran a juicio, pero, si cargaban sobre él la responsabilidad, lo reclamarían y, si no lo entregaban, les declararían la guerra.

Entonces, cuando se retiraron los embajadores, los cartagi- 5
neses se pusieron a examinar sus posibilidades de actuación. As- B. I, p. 198
drúbal, uno de los que habían sido aleccionados por Aníbal, les

lo que se le venía encima de modo inmediato, al punto lo arreglaba en breve tiempo y el futuro lo captaba de antemano con mucho tiempo gracias a sus cálculos y lo exa-
3 minaba como si fuera presente. Por esto en cada oportunidad se adaptaba mejor que la mayor parte de los hombres a las palabras y a las acciones, desde el momento en que ponía al mismo nivel lo que había y lo que esperaba. Podía actuar así, porque, además de su virtud natural, en lo que respecta a su formación se había educado según la costumbre fenicia, propia de su patria, pero también, en gran medida, según la costumbre griega y además conocía la adivinación por las vísceras (M. 133, p. 187, y, parcialmente, *Suid. Val.* 31, p. 593).

4 Además de ser una persona con tales características en
B. I, p. 193 lo concerniente al espíritu, en las aptitudes físicas su preparación era equivalente, en unos aspectos por naturaleza, en otros por su forma de vida, de modo que fácilmente conseguía todo lo que intentaba. Pues conservaba el cuerpo sumamente ligero y fuerte, por lo que podía correr y permanecer firme, además de montar a caballo con energía de manera segura. Nunca se mostraba pesado por la abundancia de alimento ni se cansaba por su carencia, sino que le daba lo mismo comer mucho o poco, como si cualquier cosa fuera para él suficiente. Para las fatigas era fuerte y para las vigilias resistente.

5 Al ser de este modo, en verdad, en el alma y en el cuerpo, en general estaba en condiciones de controlar el ma-

ZONARAS, VIII

aconsejaba que intentaran recuperar la antigua libertad y desembarazarse de la esclavitud, producto de la derrota, con dinero, recursos y levas de aliados y los exhortaba así: «si permitís a Ani-

nejo de las cosas. Pues como creía que los hombres en su mayoría eran fieles sólo para lo que les convenía, los trataba en consecuencia y sospechaba lo mismo con respecto a ellos, de modo que, en muchísimas ocasiones, conseguía engañar a alguien y en cambio en muy pocas fracasaba por ser objeto de ataques. Como consideraba hostil todo 6
lo que podía tener éxito, tanto entre los extranjeros y entre sus compatriotas, no esperaba a enterarse de sus intenciones por los actos. Más bien, como pensaba que ante la mera posibilidad de hacerlo, ya querrían delinquir, los trataba con toda dureza, pues consideraba que era mejor adelantarse en la acción que ser la víctima de antemano y justificaba que los demás estuvieran a su disposición, pero no él a disposición de los demás. En resumen, se apoyaba en la 7
naturaleza de las cosas, pero no en la buena reputación, habida cuenta de que a menudo no coinciden ambas circunstancias. Sin embargo, también honraba en exceso a quien pudiera necesitar, pues consideraba que los hombres en su mayoría eran esclavos de tal honra y veía que voluntariamente corrían peligro por ella incluso contra su propia conveniencia. Por eso, de la ganancia y de los demás grandes placeres él prescindía muchas veces y se las 8
daba generosamente, por lo que los tenía seguros como aliados incondicionales para todas las empresas. No sólo llevaba la misma vida que ellos, sino también corría los mismos riesgos y emprendía el primero todos los esfuerzos que les pedía. Así, en efecto, confiaba que colaborarían en

ZONARAS, VIII

bal actuar por su cuenta en todo lo que quiere, se hará lo que os 6
conviene y no tendréis que esforzaros en nada vosotros mismos»[6]. Cuando se hubo expresado de este modo, Hannón el

todo sin pretextos y con entusiasmo, al no sentirse ligados
9 a él por palabras vacías. Con respecto a los demás siempre
B. I, p. 194 tenía mucha prudencia, de modo que todos en masa le tenían buena voluntad o temor, por la similitud de su forma de vida o por su actitud de superioridad. Por lo que en la mayor parte de las cosas podía en poquísimo tiempo rebajar al que se crecía y exaltar al humillado, sembrar en uno la duda y en otro la confianza en todo lo que quería, así como esperanza y desesperación por las mayores causas.

10 De que no en vano se habla de esta manera de él, sino que lo que se cuenta es verdadero, son testigos los hechos. En efecto, de Hispania muchas fueron las posesiones que ganó en breve tiempo y desde allí llevó la guerra a Italia a través de los galos, y eso que no eran sus aliados, sino en su mayoría unos desconocidos. Fue el primero de los hombres no europeos, que nosotros sepamos, en atravesar los Alpes con un ejército. Lo llevó hasta la misma Roma, a la que le arrebató todos sus aliados en poco tiempo, unos por
11 la fuerza, otros a través de la persuasión. Esto, además, lo llevó a cabo por sí solo, sin la colaboración del gobierno de los cartagineses, pues ni en el momento inicial había sido comisionado por las autoridades centrales, ni más tarde obtuvo de ellos ninguna ayuda importante. En efecto, a pesar de que no era pequeña la gloria y la ventaja que, gracias a él, iban a obtener en breve tiempo, no quisieron que pareciera que lo dejaban actuar antes que emplearse conjuntamente de manera firme en alguna acción (V. 31, p. 9, 593).

ZONARAS, VIII

Grande, que se oponía a las palabras de Asdrúbal, expuso su opinión de que no debían dar facilidades ni responder a peque-

Que la paz proporciona y conserva las riquezas, mien- 1 55
tras que la guerra las gasta y las destruye (M. 134, p. 188)[7].

Que de manera natural todo ser humano desea ser señor de los sometidos y hace uso de su suerte en perjuicio de los que quieren ser esclavos (M. 135, p. 188).

Pero, verdaderamente, a pesar de saberlo y de tener 2
experiencia, ¿creéis que os van a bastar para vuestra segu- B. I, p. 195
ridad la moderación y la buena disposición? Con todas las injusticias que cometen, o bien a vuestras espaldas o con el engaño, o incluso por la violencia, ¿os quedáis indiferentes y no os movilizáis, ni os ponéis en guardia, ni os defendéis? Es evidente que nunca habéis reflexionado sobre esto, que entre vosotros es lógico que os comportéis de tal modo unos contra otros, pero frente a los cartagineses, resulta vergonzoso y nefasto. Pues a los ciudadanos hay que tratarlos con indulgencia y civismo, pues si alguno, fuera de todo cálculo, se salva, es cosa nuestra, pero a los enemigos hay que tratarlos sin piedad. Así pues, no vamos a salvarnos gracias a nuestro error al tratarlos con piedad, sino gracias a nuestro acierto al humillarlos (M. 136, p. 188).

Que mientras la guerra no sólo sirve para salvar las 3
posesiones propias, sino también para conseguir las ajenas, la paz, en cambio, no sólo destruye lo obtenido a través de aquélla sino que incluso se destruye a sí misma (M. 137, p. 188, y Máx. Conf., *Flor.*, f. 157v = M., p. 541).

ZONARAS, VIII

ñas reclamaciones ajenas para atraer la guerra sobre sí, pues era posible resolver algunas, pero otras había que volverlas contra quienes eran sus causantes. Cuando terminó de decir esto, los más viejos de los cartagineses, que se acordaban de la guerra

3a B. 1, p. 196 Es, efectivamente, vergonzoso no parecer haber actuado rectamente desde el principio o cambiar de opinión de manera poco conveniente. Así, hacer al principio con precipitación lo que no conviene es terrible, pero deshacer con vehemencia lo que una vez dio satisfacción es más terrible todavía (Máx. Conf., *Flor.*, in cod. Paris. 1169, f. 18r).

3b Es, en efecto, necesario que los que viven de modo recto y bueno, y están dedicados a los asuntos públicos, disciernan primero lo que hay que hacer y luego empleen
4 todo su esfuerzo en aquello que resulta satisfactorio. Es vergonzoso lanzarse a las acciones antes de reflexionar sobre ellas, pues parecerá que si acertáis sois afortunados, no que habéis deliberado bien y, si fracasáis, que hacéis el examen sin ninguna reflexión previa cuando ya no hay ningún provecho. Sin embargo, ¿quién no sabe que hacer reproches y acusar a cualquiera que alguna vez nos ha hecho la guerra es lo más fácil de todo, pero decir en cambio lo conveniente para la ciudad, no para conseguir la irritación contra las acciones de alguien, sino para su utilidad,
5 es lo que conviene al papel del consejero? No nos acucies, Léntulo, ni intentes convencernos para hacer la guerra antes de demostrarnos que esto nos conviene. Observa, además de otras cosas, sobre todo que no es lo mismo hablar aquí acerca de los asuntos de la guerra que participar en las acciones mismas (Máx. Conf., *Flor., in cod. Paris.* 1169, f. 18r, parcialmente, y M. 138, p. 189, parcialmente).

Zonaras, VIII

anterior, se alinearon con él, pero los que estaban en edad militar y sobre todo cuantos actuaban de acuerdo con Aníbal, se opusie-
7 ron violentamente. Como nada claro respondían y trataban con

Son abundantes en efecto aquellos a quienes rectifican 6
las desdichas y muchos, si las aprovechan debidamente, B. I, p. 197
se corrigen mejor que quienes marchan bien y con confianza y por ello se sienten superiores. En efecto, de algún modo la desdicha parece tener una parte no pequeña de utilidad, porque no permite que los hombres se envanezcan ni caigan en la soberbia. Es, así pues, mucho más favorable haberse desarrollado por naturaleza para todo lo mejor y convertir en medida de deseo, no la arrogancia, sino el cálculo. Pero si alguien está imposibilitado para amar lo mejor, es útil para él hacerse moderado aún involuntariamente, de manera que puede considerarse como parte de la felicidad que no todo salga bien (Máx. Conf., *Flor.*, f. 103r = M., p. 542).

¿Cómo no va a ser absurdo que nosotros deseemos 12 57
rectificar lo que ocurre fuera y lejos antes de rectificar la ciudad misma? ¿Cómo no va a ser funesto empeñarse en dominar a los enemigos antes de disponer bien lo propio? (Máx. Conf., *Flor.*, f. 157v = M., p. 543).

Es preciso precaverse para no sufrir nada parecido. Se 7 55
trata en cualquier caso de lo único que puede ser bueno de las desgracias. En efecto, los éxitos destruyen a veces a los que, irreflexivamente, esperaron algo de ellos, como si fueran a triunfar otra vez, pero son los fracasos los que obligan a preverlo todo por la experiencia y a organizar sólidamente el futuro (Máx. Conf., *Flor.*, f. 103r = M., p. 542, y M. 139, p. 189).

ZONARAS, VIII

desprecio a los embajadores, Marco Fabio, tras poner las manos B. I, p. 199
debajo de la toga y colocarlas a su espalda, dijo: «Cartagineses, yo os traigo aquí la guerra y la paz, elegid vosotros cuál de las dos queréis». Al contestarle que no elegirían ninguna de las dos,

8 Que no es poca cosa, ni con respecto a la buena volun-
B. I, p. 198 tad de los dioses, ni con respecto a la buena fama de los hombres, el no dar la impresión de que se emprende la guerra, sino de verse obligado a defenderse contra los que la iniciaron (M. 140, p. 189).

9 Tras haberse expuesto algunos argumentos tales en uno u otro sentido[8] decidieron prepararse para hacer la guerra, pero no votarla, sino enviar embajadores a Cartago a presentar reclamaciones contra Aníbal para que, si no aprobaban lo que él había hecho, lo sometieran a juicio, pero sí cargaban sobre él la responsabilidad, reclamarían que se lo entregaran; si no lo hacían, les declararían la guerra (M. 141, p. 190).

10 Que como los cartagineses no les respondieron nada
B. I, p. 199 claro a los embajadores, sino que los trataron con desprecio, Marco Fabio metió las manos debajo de la toga y con ellas detrás de la espalda dijo «Yo aquí, cartagineses, traigo la guerra y la paz. Elegid vosotros cuál de las dos queréis». Como también entonces contestaron que no eligirían ninguna de las dos, sino que aceptarían de buen grado la que les dejaran, les declaró la guerra (M. 142, p. 190).

56 1 Que los romanos llamaron a los narbonenses a una
B. I, p. 199 alianza. Pero ellos contestaron que nunca habían recibido ningún daño de parte de los cartagineses, ni ningún beneficio de parte de los romanos, de modo que ni harían la

ZONARAS, VIII

sino que aceptarían con gusto cualquiera que les dejaran, les declaró al punto la guerra.

8 De este modo y por este motivo, los romanos y los cartagi-
B. I, p. 200 neses fueron a la guerra por segunda vez. La divinidad señaló de antemano lo que iba a suceder. En efecto, en Roma un buey habló con voz humana y otro, en los Juegos Romanos, desde

guerra contra los unos ni irían en ayuda de los otros. Por el contrario les causaron mucha irritación y los acusaron de haber provocado muchos daños a sus congéneres (M. 143, p. 190).

ZONARAS, VIII

una casa se arrojó al Tíber y murió, cayeron muchos rayos, en un caso fue vista la sangre de las estatuas, en otro fluyó del escudo de un soldado, y un lobo arrebató el cuchillo de otro del mismo campamento. A Aníbal, por su parte, mientras atravesaba el 9
Ebro, lo guiaron muchas fieras desconocidas y tuvo un sueño. Le pareció que los dioses, sentados en asamblea, le hacían presentarse y le ordenaban que marchara en expedición lo más rápidamente posible hacia Italia, y recibió de ellos un guía para el camino, que le indicó que lo siguiera sin volverse atrás. Pero se volvió, por lo que vio avanzar una gran tempestad y un dragón inmenso que le acompañaba. Se quedó admirado y preguntó al guía qué era esto y él dijo: «Aníbal, esto va contigo para devastar Italia».

NOTAS

[1] Nombre dado por los griegos a los saguntinos.

[2] Las razones de Aníbal, según POLIBIO, III 17, 5-7, pueden resumirse en: 1) privar a los romanos de una base en Hispania; 2) ganar el apoyo de las tribus; 3) no dejar enemigos detrás en su marcha hacia Italia; 4) garantizarse la financiación. WALBANK, *HCP,* I, pág. 329.

[3] El Ebro. Sobre el nombre, A. J. DOMÍNGUEZ, «Los términos 'Iberia' e 'Iberos' en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación», *Lucentum* 2 (1983), 203-224.

[4] La narración más digna de crédito de la toma de Sagunto parece ser la de POLIBIO, III 17. Aunque detallados, los demás lo son menos y pueden agruparse en dos secciones, la representada por TITO LIVIO, XXI 7, 4-9, 2 y 11, 3-15, 2, y DIODORO, XXV 15, por un lado, y la de ZONARAS y APIANO, VI *(Iberia),* 10-12, por otro. WALBANK, *HCP,* I, pág. 327.

[5] Sobre los aliados galos, POLIBIO, III 34, 4-6. ERRINGTON, *Dawn,* pág. 62.

[6] De aquí se desprende que, en definitiva, los cartagineses han adoptado una actitud de apoyo a Aníbal. Marco Fabio Buteón, que ha sido cónsul en 245, es el principal embajador. En los discursos anteriores se le atribuyen los argumentos contrarios a Léntulo y a la guerra. ERRINGTON, *Dawn,* págs. 59-61.

[7] Los fragmentos 55, 1-8, se interpretan como parte de los discursos pronunciados en el senado a favor o en contra de la guerra (CARY, *ad l.).*

[8] HARRIS, *Guerra,* págs. 270-2, considera difícil aceptar éste y otros debates senatoriales como auténticos reflejos de debates reales. Su contenido reflejaría más bien las preocupaciones del propio autor.

LIBRO XIV

Que con tales expectativas, dice Dion, ya entonces 1 57
romanos y cartagineses adoptaron criterios enormemente B. I, p. 201
diferentes en lo que se refiere al modo de encarar la guerra. Pues la esperanza, que lleva a todos los hombres al entusiasmo, les da mayores ánimos y mayor seguridad en

ZONARAS, VIII

Esto le dio a Aníbal buenas esperanzas, pero a los romanos 1 23
les produjo un espantoso temor. Tras dividir en dos las fuerzas y B. I, p. 201
los cónsules, los romanos enviaron a Sempronio Longo[1] a Sicilia y a Hispania a Publio Escipión. Aníbal, con el deseo de lanzarse sobre Italia lo más rápidamente posible, avanzó a gran velocidad y atravesó toda la Galia que se encuentra entre el Pirineo
y el Ródano sin trabar combate. Hasta el río Ródano nadie le sa- 2
lió al encuentro, pero allí se presentó Escipión, a pesar de no te- B. I, p. 202
ner con él a su ejército. De todos modos, con la ayuda de los aborígenes y sus vecinos, destruyó las barcas que había en el río y puso su curso bajo vigilancia. Entonces Aníbal perdió algún tiempo en preparar pequeñas embarcaciones, botes de diverso tipo y canoas, pero luego, gracias a la abundancia de brazos, pudo preparar todo lo necesario para el recorrido antes de que a Escipión le llegara su ejército.
Envió a su hermano Magón, con la 3

su confianza de hacerse fuertes, mientras que la falta de esperanza, que los arroja en el desánimo y la desesperación, les quita también la fuerza de la confianza (M. 144, p. 191).

2 B. I, p. 201 Así pues, como lo muy lejano y desconocido suele turbar a mucha gente, no era pequeño el temor nacido en el alma de los hispanos. En efecto, la mayor parte de la plebe, la que no combate por alguna causa propia, sino en razón de una alianza, se esfuerza sólo hasta el punto en que esperan sacar provecho sin peligro. Pero cuando por fin se hallan cerca de los puntos de combate, dejan

ZONARAS, VIII

caballería y algunas tropas ligeras, a hacer la travesía por donde el río tiene mucha extensión y se halla cortado por islas mientras él avanzaba desde allí por el camino abierto, para que los galos, engañados, le hicieran frente a él y descuidaran la vigilancia del río en otros lugares. Así sucedió: Magón atravesó el río, mientras Aníbal y los suyos se disponían a marchar por el vado. Cuando estuvieron en medio se pusieron a gritar y las trompetas tocaron al mismo tiempo. Magón les cayó por la espalda a los
4 que se habían colocado enfrente. De este modo todos, incluidos
B. I, p. 203 los elefantes, hicieron la travesía sin peligros. Pero, nada más pasar ellos, le llegó a Escipión su ejército. Entonces, tras enviar jinetes para el reconocimiento previo, unos y otros obtuvieron el mismo resultado en esta batalla ecuestre que el que ha tenido la guerra en su totalidad, pues los romanos tras encontrarse en situación de inferioridad en la primera parte y tener numerosas pérdidas, salieron vencedores[2].

5 B. I, p. 203 Desde entonces Aníbal, en su esfuerzo por marchar hacia Italia, como sospechaba de los caminos más cortos, se salió de ellos, pero, al dirigirse por otro distinto, tuvo que esforzarse duramente. Pues aquellos montes son muy abruptos, la nieve, que había caído en abundancia, había cubierto los barrancos impul-

de poner sus esperanzas en el botín y pierden la confianza en las promesas. Pues en su mayoría, según sus propósitos, conseguirían tener éxito en todo por todos los conceptos. Ahora bien, si en algo fallaran, considerarían muy poca cosa eso mismo frente a lo que esperaban (M. 145, p. 191).

Que como, respecto al tamaño del ejército de Aníbal, 3
los preparativos no eran suficientes *** y al darle uno la B. I, p. 202
idea por este motivo de que los soldados se alimentaran con los cadáveres de los enemigos, el hecho no lo vio mal, pero dijo que tenía miedo de que, en algún momento, si no tenían cuerpos, se dedicaran a comerse unos a otros (M. 146, p. 191).

Que Aníbal, antes de entrar en acción, tras convocar 4
a los soldados, hizo traer a los prisioneros que había cogi- B. I, p. 203
do en el camino y les preguntó si preferían verse encadenados con grilletes y convertidos en esclavos de manera

ZONARAS, VIII

sada por el viento, y el hielo, que se había hecho terriblemente duro, les creaba muchas dificultades. Muchos de sus soldados morían por culpa del mal tiempo y por la carencia de alimentos, pero muchos también regresaron a casa. Corría el rumor de que también él 6
se habría vuelto, si el camino ya recorrido no hubiera sido mayor y más difícil que el que quedaba. Por esto, en efecto, no se volvió, sino que, al aparecer súbitamente después de haber cruzado los Alpes, provocó admiración y temor entre los romanos.

Mientras avanzaba y se hacía con lo que le salía al paso, Es- 7
cipión envió a Hispania a su hermano Gayo Escipión[3], que com- B. I, p. 203
batía a sus órdenes, con la intención de que o se apoderara de ella u obligara a regresar a Aníbal. Él, por su parte, avanzó contra Aníbal. Se contuvieron durante unos días, hasta que ambos se lanzaron al combate. Pero aun antes de entrar en acción, tras 8
convocar a los soldados, Aníbal hizo traer a los prisioneros que

deshonrosa o combatir entre ellos uno contra uno, de modo que los vencedores quedarían libres sin rescate. Como esto fue lo que eligieron, hizo que se enfrentaran y, cuando hubieron combatido, dijo: «¿No es acaso vergonzoso, soldados, que éstos, que han sido cogidos por nosotros, en cuanto al valor se comporten de tal modo que deseen morir en vez de ser esclavos y que nosotros nos resistamos a soportar cualquier esfuerzo y peligro que nos libre de obedecer a los demás y nos lleve a mandar sobre otros?» (M. 147, p. 192).

5 «Todo lo que sufrimos en su momento al ser derrota-
B. I, p. 204 dos por los enemigos, esto, cuando hayamos vencido, se lo haremos a ellos a cambio. Pues sabed bien que con la victoria tendremos todo lo que digo, pero con la derrota no tendremos segura ni siquiera la escapada. Pues todo el

Zonaras, VIII

había cogido en el camino y les preguntó si preferían verse encadenados y convertidos en esclavos de manera deshonrosa o combatir entre ellos uno contra uno, de modo que los vencedores quedarían libres sin rescate. Como eligieron lo segundo, hizo que se enfrentaran. Cuando hubieron combatido pronunció un discurso, en que daba ánimos a sus propios soldados y los incitaba a la guerra[4]. Esto fue también lo que hizo Escipión del otro
9 lado. Luego se enfrentaron dispuestos a combatir con todas sus
B. I, p. 204 tropas, pero Escipión, que había entrado en lucha con la caballería, como, al ser derrotado, había tenido numerosas pérdidas y él mismo había resultado herido, e incluso habría muerto si no le hubiera socorrido su hijo Escipión a pesar de tener diecisiete años, tuvo miedo de perder también con la infantería por lo que al momento retrocedió y de noche se retiró[5].

24 1 Aníbal, al llegar el día, cuando se enteró de su retirada, mar-
B. I, p. 205 chó hacia el Eridano, y al no encontrar ni embarcación ni navío (pues habían sido quemados por orden de Escipión), mandó a su

mundo se hace inmediatamente amigo del que vence, aunque se dé el caso de que lo odie, mientras que ni siquiera los parientes vuelven a preocuparse del vencido (Máx. Conf., *Flor.*, f. 157r = M., p. 543, y M. 148, p. 192, parcialmente).

ZONARAS, VIII

hermano Magón que pasara con la caballería y persiguiera a los romanos. Por su parte, después de avanzar hacia arriba en dirección a las fuentes del río, ordenó que los elefantes pasaran contra la corriente. De este modo, como el agua se veía obstaculizada por las moles de los animales y se dispersaba, se hizo la travesía fácilmente por detrás de ellos. Retenido entonces Escipión, per- 2
maneció en el territorio y habría entrado en combate si los galos que estaban con él no hubieran desertado de noche[6]. Entonces Escipión, turbado por esto y disminuido por la herida, de nuevo levantó el campo, y por la noche hizo el atrincheramiento sobre una altura. Pero no hubo ninguna persecución contra él. Después de esto se fueron también los cartagineses y acamparon dejando el río en medio[7].

Entonces Escipión se detuvo y pidió refuerzos a causa de la 3
herida y por lo que había sucedido, mientras Aníbal, tras hacer muchos intentos para incitarlo al combate, como esto no lo pudo conseguir y llegó a estar escaso de provisiones, se lanzó sobre una ciudadela en que los romanos tenían alimento abundante. Al no conseguir nada, corrompió con dinero al jefe de la guarnición y la tomó entregada por la traición, con lo que concibió la esperanza de obtener el resto, en parte con las armas, en parte con oro. En esto Longo, llamado por Escipión, se dirigió hacia él[8], 4
después de confiar Sicilia a su subordinado. No mucho después, por su deseo de honores y porque había derrotado a unos que habían penetrado en el territorio, se lanzó a la batalla. Fue derrotado al caer en una emboscada. Al acercarse Aníbal con la infan- 5
tería y los elefantes, los que iban con él se dieron a la fuga, pero muchos fueron abatidos en combate y muchos cayeron en el río

6a Que quien recibe una vez un golpe de alguien siempre se siente inseguro ante él y ya no se atreve a hacerle frente (M. 149, p. 192).

6b Pues ligero, cobarde e infiel por naturaleza es el linaje
B. I, p. 206 galo. En efecto, del mismo modo que se envalentonan cuando las cosas son favorables, así también, cuando

Zonaras, VIII

sin percatarse y se ahogaron, de modo que pocos se salvaron con Longo. Sin embargo, a pesar de la victoria, Aníbal no se alegró, porque había perdido muchos soldados y todos los elefantes, excepto uno, a causa del mal tiempo y de las heridas[9].

6 Entonces, tras hacer un armisticio sin juramentos, todos acudieron a territorio de sus propios aliados e invernaron en sus ciudades. Mientras a los romanos les llegaban las provisiones abundantemente, Aníbal, que no tenía bastante con las que le entregaban los aliados, se dedicaba a atacar las aldeas y ciudades de los romanos y unas las controlaba, pero era rechazado por otras. Una de las veces, derrotado por Longo con la caballería,
7 sufrió una herida. A consecuencia de esto se atrevieron algunos
B. I, p. 206 romanos a lanzarse contra él cuando los atacaba, pero los aniquiló y se hizo dueño del lugar por medio de un acuerdo. Lo devastó, pero, de los prisioneros, mató a los romanos y a los demás los dejó libres. Esto era lo que hacía con todos los que cogía vivos, para ganarse a través de ellos a las ciudades. Sin duda, también muchos galos, así como ligures y etruscos, asesinaron a los romanos que estaban cerca de ellos, pero otros los traicionaron y se cambiaron de bando.

8 En el momento en que Aníbal se dirigía hacia Etruria, Lon-
B. I, p. 206 go lo atacó, a pesar de que había estallado una fuerte tempestad. Cayeron muchos hombres de uno y otro bando, pero Aníbal pudo irse a Liguria y allí dejar pasar un tiempo. Como sospechaba incluso de los suyos, ya no confiaba con facilidad en nadie;

están suficientemente asustados, se quedan paralizados por el temor. El que no fueran tampoco fieles a los cartagineses, enseñará a los demás hombres a no atreverse nunca a lanzarse sobre Italia *** (M. 150, p. 192)[10].

Que se contaban muchos prodigios, unos como verda- 7
deros, otros como murmuraciones inútiles. Pues, cuando a. 217? B. I, p. 207
algunos sienten un fuerte temor y a ellos esas cosas se les muestran como verdaderas, muchas veces se fantasean

ZONARAS, VIII

cambiaba de vestido, usaba cabellos postizos, practicaba en cada ocasión una lengua diferente (pues sabía, entre otras, incluso la de los latinos) y, de noche y de día, estaba constantemente vigilando y se dedicaba a escuchar en frecuentísimas ocasiones a todo el mundo como si no fuera Aníbal y a hablar como si fuera otro cualquiera[11].

Entonces, mientras en Italia sucedía esto, el otro Escipión, I 25
Gayo, navegó hacia Hispania, se apoderó de todas sus costas hasta B. I, p. 208
el Ebro y de bastantes de las tierras interiores, unas veces por la violencia, otras por entrega voluntaria, y capturó vivo a Bannón, tras derrotarlo en un combate[12]. El hermano de Aníbal, Asdrúbal, al enterarse de esto, atravesó el Ebro y sometió a algunos de los que se habían rebelado, pero, al volverse Escipión contra él, se retiró.

Los de Roma eligieron de nuevo cónsules a Flaminio[13] y a a. 217
Gémino. Aníbal, nada más llegar la primavera, cuando supo que Flaminio junto a Servilio Gémino venía hacia él con un gran ejército, se dedicó a despistarlos y, como se puso a fingir que pasaba allí el tiempo y que emprendería batalla, ya que los romanos, creyendo que permanecía en el territorio, descuidaban los caminos, 2
dejó a los jinetes en el campamento y él por la noche, se levantó, atravesó con tranquilidad los lugares estrechos y avanzó apresura-

otras. Aunque se haya confiado sólo una vez en alguna de aquéllas, ya con credulidad reciben las demás. Así pues, los sacrificios se realizaban y se sucedían todas las demás acciones que los hombres acostumbran a hacer para sal-

ZONARAS, VIII

damente hacia Aricio. Pero los jinetes, cuando hubo avanzado
3 mucho, partieron tras él. En lo que se refiere a los cónsules, al conocer que habían sido engañados, Gémino permaneció allí para castigar a los que se habían rebelado y para impedir que ayudaran a los cartagineses, mientras Flaminio los perseguía solo, para que la hazaña de la victoria fuera exclusivamente suya, según pensaba. Y se apoderó de Aricio. Pues Aníbal, al volverse por el camino más corto, se encontró en lugares sin salida y perdió abundantes hombres, muchas acémilas y uno de sus ojos.
4 Mucho tiempo después, tras ir a Aricio y haber encontrado allí a
B. I, p. 209 Flaminio, despreció a éste y no le hizo frente en una batalla, pues el lugar le parecía falto de recursos, pero para ponerlo a prueba arrasó el territorio. Cuando los romanos marcharon a la carrera sobre él, se retiró para que pareciera que tenía miedo. Pero por la noche salió y, tras encontrar un lugar adecuado para la batalla, esperó. Dispuso la mayoría de la infantería sobre las montañas para tender emboscadas, ordenó que el conjunto de la caballería permaneciera escondido fuera de los desfiladeros y él
5 acampó con unos pocos sobre la colina. Flaminio, que estaba confiado, al verlo sobre una altura con unos pocos, creyendo que había enviado a un lugar lejano el resto del ejército, tuvo la esperanza de cogerlo aislado y se fue sin pensarlo al desfiladero, pero
6 como era muy tarde, acampó. Hacia la media noche, los cartagineses, en un ataque desde todos los flancos, les sorprendieron durmiendo sin guardias, debido a un exceso de confianza por su parte, y, desde lejos, con jabalinas, hondas y arcos, a unos los mataron todavía en la cama, a otros en el momento de tomar las armas, mientras ellos no sufrían ningún mal. En efecto, los romanos, como nadie se les enfrentaba y había oscuridad y niebla, no pu-

varse del peligro presente y para huir del que se ve venir. Además, aman las masas tener confianza en las cosas tales, contra lo que resulta mejor, y entonces, aunque, a causa de la grandeza del peligro esperado, más creían que también les sobrevendría a ellos lo más duro, sin embargo esperaban que no serían derrotados (M. 151, p. 192).

ZONARAS, VIII

dieron hacer uso de su propio valor. Tanto fue el tumulto y tan 7
confuso temor se apoderó de ellos que ni siquiera se enteraron de los terremotos que entonces tuvieron lugar, a pesar de que se derrumbaron muchas edificaciones y, de los montes, muchos se abrieron y los ríos, al ver cerrado su primitivo curso, se dirigieron por otro. Tales seísmos sacudieron Etruria y, sin embargo, los combatientes no llegaron a tener conciencia de ellos. Enton- 8
ces, el propio Flaminio y otros cayeron todos juntos, pero fueron bastantes los que subieron a alguna colina. Cuando llegó el día, se lanzaron a la fuga, pero, al verse sorprendidos, entregaron las armas y a ellos mismos a cambio de la impunidad. Aníbal en verdad tuvo presente por un instante lo que había jurado y, de todos los capturados en el campamento, dejó ir al que era súbdito y aliado de los romanos, pero a ellos los aprisionó y los puso bajo custodia. Tras haber hecho esto, se dirigió apresuradamente 9
hacia Roma y hasta Narnia avanzó devastando la tierra y sumán- B. I, p. 210
dose las ciudades excepto Espoletio, donde aniquiló, tras poner sitio, a Gayo Centenio el pretor, que se hallaba allí agazapado. Como al lanzarse sobre Espoletio fue rechazado y vio que el 10
puente del Neiro[14] había sido levantado, pero se enteró de que esto también había ocurrido en los demás ríos que tenía que atravesar, renunció al ataque sobre Roma y se dirigió a la Campania, pues, como había oído decir que su territorio era excelente y la ciudad de Capua muy grande, consideró que, si se apoderaba de ellos, conseguiría también el resto en poco tiempo[15].

8 Que los romanos nombraron dictador a Fabio[16] y, co-
B. I, p. 210 mo estaban preocupados por el mero hecho de sobrevivir ellos mismos, ni siquiera enviaron ninguna ayuda a los aliados ni *** pero al enterarse de que Aníbal se había dado la vuelta desde el camino por el que se dirigía a Ro-

ZONARAS, VIII

11 Los de Roma, cuando tuvieron noticias de la derrota, caye-
B. I, p. 210 ron en profundo dolor y lo sentían tanto por aquéllos como por ellos mismos. Además se encontraban en una situación de incertidumbre, por lo que levantaron los puentes del Tíber excepto uno y prepararon apresuradamente los muros, que por todas partes estaban muy afectados. Como deseaban nombrar un dictador, ellos mismos lo propusieron en asamblea. Como se darían por satisfechos con salvarse ellos solos, no enviaron ayuda a los
12 aliados. Pero al enterarse de que Aníbal se dirigía hacia Campa-
B. I, p. 211 nia, decidieron enviar ayuda a los aliados. A Aníbal contrapusieron al dictador Fabio y al jefe de caballería Marco Minucio[17]. Aunque fueron contra él no llegaron al enfrentamiento directo, pero lo siguieron para observar si de alguna manera sobrevendría la oportunidad de la batalla. Pues Fabio no quería correr un riesgo, con soldados que habían fracasado y estaban derrotados, frente a un número mayor y que se presentaban como vencedores. Al mismo tiempo, cuanto más territorio dañaran, tanto mayor era su esperanza de que llegaran a estar faltos de alimento.
13 Con tales razonamientos ni acudía en defensa de Campania ni de otro territorio. Entonces concentró toda su hostilidad sobre Campania. Pues, tras rodearlos por todas partes, sin que lo supieran los tuvo bajo su vigilancia. De este modo, tanto por mar como por tierra, tenía abundancia de provisiones, mientras que sabía que ellos sólo la tenían de la tierra que arrasaban. Por esto se mantenía firme y no se preocupaba del futuro. Por ello también, fue objeto de una acusación por parte de los ciudadanos, quienes le llegaron a calificar de condescendiente.

ma y había marchado hacia Campania, también a aquéllos, para que no cambiaran su posición ni por su propia voluntad ni sometidos a violencia, los colocaron en una posición segura (M. 152, p. 193).

Que Fabio, que, pensando en su seguridad más que en 9
correr peligros, permanecía vigilante, ni siquiera se atre- B. I, p. 212
vió a poner a prueba a los expertos en la guerra y tenía en mucha consideración la supervivencia de los soldados, también era causa de ello la escasez de ciudadanos, pues

ZONARAS, VIII

Aníbal, cuando llegó el invierno, no pudo invernar en el terri- 1 26
torio por falta de todo lo necesario; pero además, al intentar salir de la Campania, y haberse visto en la imposibilidad de hacerlo por muchos motivos, por lo que maquinó lo siguiente. Para que ninguno de los prisioneros pudiera escapar y fuera a dar a conocer a los romanos lo que estaba pasando, los hizo degollar a todos. Después de reunir las vacas que había en el campamento y atar antorchas a
sus cuernos, avanzó por la noche hasta los montes cercanos a los 2
samnitas, prendió las antorchas y excitó a las vacas. Aguijoneadas B. I, p. 212
éstas por el fuego y por los empujones, prendieron fuego al bosque por muchos puntos y le hicieron más fácil la salida. Pues los romanos de la llanura y los de los montes, por temor a una emboscada, no se movieron. Así Aníbal pasó a través de ellos y se dirigió a la Samnítida[18].

Entonces Fabio, con el día, al enterarse de lo sucedido, salió 3
en su persecución y, tras hacer retroceder a los que habían deja- B. I, p. 212
do en el camino para servirles de obstáculo y de haber derrotado a los que habían venido en su ayuda, acampó no lejos de los enemigos, aunque no entró en combate con ellos, pero les impi-
dió dispersarse y buscar forraje. De modo que Aníbal, sin saber 4
qué hacer, se dirigió en primer lugar sobre Roma. Pero como no combatía, ya que Fabio lo seguía tranquilamente, en seguida se volvió hacia el Samnio. Fabio, mientras lo seguía, permanecía

pensaba que no era una gran desgracia el no vencer a los
10 enemigos, si ello suponía perder lo propios bienes. En efecto, consideraba que ellos, aunque una vez hubieran fracasado, podrían arriesgarse gracias al excedente de su población, pero calculaba que, si él los pusiera en el más mínimo peligro, estaría en el colmo de la desgracia, no por el número de los que entonces morían, sino por la importancia de los sufrimientos anteriores. Pues decía que, con la más perfecta preparación, muchas veces los hombres soportaban los males más terribles, pero a los que de antemano ya estaban fatigados los dañaban incluso los más pequeños. Por ello, cuando una vez su hijo le aconsejó que corriera peligro y le dijo algo así como que no morirían más de cien hombres, hizo caso omiso y le preguntó
14 si él quería ser uno de los cien (M. 153, p. 193).

B. I, p. 213 Que los cartagineses no quisieron enviar recursos a Aníbal y consideraron sus peticiones dignas de burla, pues, aunque siempre les escribía que le iba bien y que

Zonaras, VIII

a la expectativa pensando en su seguridad, para velar por no perder a ninguno de sus soldados y, además, porque él se encontraba en una buena situación en lo que se refería a toda clase de provisiones, mientras veía que aquél no tenía nada más que las
5 armas, ya que no le llegaba ninguna ayuda. En efecto, los carta-
B. I, p. 213 gineses lo tomaban como motivo de burla, cuando escribía que le iba bien y que conseguía muchos éxitos, pero les pedía soldados y dinero, pues decían que no se correspondían las peticiones con los éxitos. Lo lógico es que los que vencen tengan suficiente con el ejército a su disposición y que envíen dinero a casa, pero no que lo pidan.

6 Mientras Fabio estuvo allí, nada terrible les sucedió a los
B. I, p. 214 romanos, pero, cuando él se alejó hacia Roma por algún asunto

obtenía muchos éxitos, también les pedía dinero y soldados, por lo que le decían que no se correspondían en absoluto sus peticiones con sus éxitos. Lo lógico era que los que triunfaban tuvieran bastante con el ejército a su disposición y enviaran dinero a la patria, pero no que reclamaran más (M. 154, p. 194).

Tengo en efecto sobre mí la acusación, no porque voy 11
a las batallas precipitadamente, ni porque dirijo la guerra B. I, p. 214
en medio de los peligros, para después de perder a muchos soldados y de matar a muchos enemigos ser nombrado *imperator* y celebrar el triunfo, sino porque soy lento, porque pienso y porque siempre medito muy seriamente por vuestra salvación (Máx. Conf., *Flor.*, f. 157v = M., p. 542).

ZONARAS, VIII

político, fracasaron[19]. Pues Rufo, el comandante de caballería que, a causa de su juventud, era un tanto cabeza hueca y al que le resultaban indiferentes los fracasos militares, encargado de la sucesión de Fabio, cuando se encontró solo al frente del ejército, prescindió de las instrucciones del dictador de modo que, al lanzarse a la batalla, aunque primero pareció vencer, luego fue derrotado[20]. Y habría sido completamente aniquilado, si algunos 7
de los samnitas, que por suerte habían venido en ayuda de los romanos, no hubieran dado a los cartagineses la impresión de que se acercaba Fabio[21]. Tras retirarse por este motivo, creyó que efectivamente había sido superior y envió un mensaje a Roma en que magnificaba la acción y criticaba al dictador, lo llamaba timido y condescendiente y decía que compartía los intereses de los enemigos.

Los de Roma creyeron que realmente había vencido Rufo y, 8
con una confianza contraria a la lógica, lo alababan y lo honraban. B. I, p. 214
Como tenían sospechas de Fabio tanto por esto como porque no habían devastado sus tierras en Campania, estuvieron a

18 Que para la mayoría es normal tanto ayudar de buen grado a los que empiezan a tener éxito como perjudicar a los que están en la cima del mismo, porque está en su naturaleza dar un empujón a los que acaban de empezar a subir y hacer caer a los que destacan demasiado. Pues al principio ninguno se compara con el que ha empezado a destacar, pero el que ha alcanzado un éxito impensable les proporciona esperanza de alcanzar una suerte semejante (M. 155, p. 194).

15 Que Aníbal, o verdaderamente agradecido a Fabio por
B. I, p. 215 ser favorable a ellos, o incluso como forma de ataque contra él, no hizo ninguna correría sobre lo que le afectaba. Por esto, cuando tuvo lugar el intercambio de prisioneros de los romanos con los cartagineses, hecho de modo que se liberara mediante rescate el excedente de prisioneros resultante del intercambio, como los romanos no quisieron pagar ellos ningún rescate del erario público, Fabio vendió sus tierras y les regaló los rescates.

ZONARAS, VIII

punto de destituirlo del cargo. Sin embargo, como consideraban que era imprescindible, no lo cesaron, pero le atribuyeron al comandante de caballería la misma potestad, de modo que ambos
9 gobernaban por igual. Cuando decidieron esto, Fabio no mostró
B. I, p. 215 ninguna irritación ni con los ciudadanos ni con Rufo, pero Rufo, que nunca había sido capaz de reflexionar rectamente, entonces se creció aún más y no pudo contenerse, sino que consideraba que él debía gobernar solo en días alternos o incluso en períodos más largos. Temiendo Fabio que fuera a provocar algún mal si llegaba a convertirse en jefe de toda la fuerza, no se puso de acuerdo con él para nada, sino que dividió el ejército, de modo que, al igual
10 que los cónsules, cada uno tuviera su propia fuerza. Inmediata-
B. I, p. 216 mente Rufo se alejó con su tropa para que fuera evidente que él mandaba por sí solo y no bajo el dictador.

Por esto no lo cesaron, pero al jefe de caballería le 16
dieron el mismo poder que a él, de modo que ambos mandaban por igual. Fabio no se irritó ni con los ciudadanos ni con Rufo. En efecto, reconocía en ellos las acciones humanas y consideraba favorable que sobrevivieran de una manera o de otra. Quería que la comunidad se salvara y fuera poderosa, más que conseguir prestigio él mismo, considerando que la virtud no estaba en los votos sino en el alma de cada uno y de que la fortaleza y la debilidad no se manifestaban en nadie a través de un decreto, sino por
el propio conocimiento o la ignorancia. Desde luego Ru- 17
fo, que tampoco anteriormente había sido capaz de reflexionar rectamente, entonces se hallaba todavía más pagado de sí mismo y no podía contenerse, desde el momento en que había obtenido como premio de su indisciplina la equiparación con el dictador, sino que, por el contrario, consideraba digno que, en días alternos, o incluso a un ritmo más creciente, pudiera ejercer él solo el mando como único jefe. Fabio, por temor a que les produjese algún mal, si llegaba a convertirse en el jefe de todas las fuerzas, no se puso de acuerdo con él, sino que distribuyó el ejército, de modo que, a imitación de los cónsules, tuviera cada uno su propia fuerza. Rufo acampó lejos, para que de hecho fuera reconocible que él estaba solo y no a las órdenes del dictador (V. 32, p. 597).

Zonaras, VIII

Aníbal, al enterarse de esto, provocó el combate, como si avanzara para ocupar el territorio. Después de rodearlo con una emboscada, lo puso en tal situación de peligro como para capturarlo con todo su ejército, si no llega a ser porque se lo impidió Fabio al caerle por la espalda[22].

19 Que Rufo, que después de haber obtenido un poder
B. I, p. 216 equiparable al dictador, había sido derrotado por los cartagineses, cambió (pues las desgracias de alguna manera moderan a los que no son demasiado insensatos) y dejó voluntariamente el cargo. Por esto todos lo alabaron con entusiasmo. En efecto, no es que se considerara reprochable no conocer lo que conviene desde el principio, sino que, por no tener miedo de cambiar de actitud, oyó hablar
20 bien de él. Así, por una parte consideraban que era obra de la buena suerte elegir lo que conviene desde el principio, pero por otra alababan en gran manera que, gracias a la experiencia de las situaciones, al haber aprendido qué

Zonaras, VIII

11 Entonces, cuando le hubo pasado esto, Rufo cambió e inme-
B. I, p. 216 diatamente devolvió el resto del ejército a Fabio y le entregó el mando, sin esperar a que el pueblo votara de nuevo, sino que voluntariamente dejó la autoridad que había sido el único en recibir como jefe de la caballería. Todos lo alabaron por esto. Fabio la recibió en seguida completa, como es natural, y el pueblo la rati-
12 ficó. Después de esto se puso al frente del ejército de la manera más firme y, cuando iba a ser relevado del mando, hizo venir a los cónsules, les entregó el ejército y les aconsejó sin ninguna animadversión cuanto era conveniente que se hiciera. Ellos no hicieron nada con temeridad, sino que todo lo llevaron a cabo de acuerdo con las propuestas de Fabio, aunque Gémino también
13 había tenido algún éxito de antemano. En efecto, al ver que la flota de los cartagineses se lanzaba contra Italia, pero a causa de los preparativos de resistencia no se acercaban a ella, tomó la iniciativa de hacer una expedición, se aseguró en su recorrido la situación de los corsos y de los sardos y, tras desembarcar en África, se dedicó a devastar su costa. Esto hizo, pero no por ello se engoló como para arriesgarse frente a Aníbal, sino que cumplió dentro de las instrucciones de Fabio. Desde entonces las

era lo mejor, no se avergonzara de cambiar. De modo que se demostraba claramente cuánto difiere un hombre de otro hombre y la virtud verdadera de la apariencia. Todo aquello de lo que Fabio había sido privado ante los ciudadanos por la envidia y la conspiración, lo recuperó porque el propio colega lo quiso y lo pidió (M. 156, p. 194).

Que él mismo, cuando iba a cesar de su cargo, llamó a 21
los cónsules y se lo entregó y les dio con la mayor gene- B. I, p. 217
rosidad toda clase de recomendaciones acerca de lo que era conveniente hacer. Pues estimaba la salvación de la ciudad más que el hecho de parecer que era el único que gobernaba bien y concibió la ilusión de que podría ser objeto de alabanzas, no porque se equivocaran al actuar

ZONARAS, VIII

ciudades ya no se ponían de parte de los cartagineses, pues tenían miedo de que Aníbal fuera expulsado de Italia y ellos sufrieran algún daño de parte de los romanos como vecinos. Los más observaban lo que iba a suceder, pero unos pocos se pasaron inmediatamente a los romanos y algunos les enviaron regalos. Como Hierón les había enviado muchos, sólo aceptaron trigo y una estatua de la Victoria, aunque estaban en situación de penuria, hasta el punto de que a la moneda de plata, que antes se conservaba sin mezcla y pura, le añadieron bronce[23].

Esto fue lo que entonces sucedió en Italia. También fueron 11
capturados algunos esclavos que habían tramado una conspira- B. I, p. 218
ción contra Roma. A un espía que fue cogido en ella le cortaron las manos y lo soltaron, para que se convirtiera para los cartagineses en mensajero de su sufrimiento. En Hispania, en una bata- 2
lla naval cerca de la desembocadura del Ebro, venció Escipión, pues, cuando el combate se encontraba en situación equilibrada, cortó los mástiles de las naves, para que al verse desesperados

según sus propios sentimientos, sino más bien porque, convencidos por él, acertaran. Los cónsules, de acuerdo con las propuestas de Fabio, no llevaron a cabo nada con temeridad, sino que, al considerar mejor no hacer nada que fracasar, permanecieron en el territorio todo el tiempo de su mandato (M. 157, pág. 195)[24].

Zonaras, IX

lucharan con más entusiasmo. Devastó el territorio, se apoderó de numerosas fortificaciones y, gracias a su hermano Publio Es-
3 cipión, conquistó ciudades de los hispanos[25]. En efecto, un tal Abelo[26], hispano, que aparentaba ser fiel a los cartagineses, pero que atendía a los intereses de los romanos, convenció al que vigilaba a los rehenes de los hispanos para que los enviara a casa, a fin de que las ciudades se dejaran llevar por ellos rápidamente a una posición amistosa. Después de recibirlos, en tanto que era promotor del proyecto, una vez que, en primer lugar, envió aviso a los Escipiones y los hizo partícipes de lo que planeaba, luego, de noche, mientras se los llevaba en secreto, fue cogido por una extraña coincidencia. Así los romanos se convirtieron en sus dominadores y conquistaron sus patrias al ser ellos devueltos a casa.

NOTAS

[1] POLIBIO, III 70, 1-7, sigue una tradición favorable a Escipión, y por contraste, hace a Sempronio ambicioso y excesivamente confiado, al tiempo que envidioso de su colega y de sus sucesores. WALBANK, *HCP,* I, pág. 404. ERRINGTON, *Dawn,* pág. 63 y n. 2, cree que, en LIVIO (XXI 17), la cronología está confusa. Ver POLIBIO, III 40, 2.

[2] En realidad, Escipión no pudo contener a Aníbal en el Ródano y tuvo que volver. LIVIO, XXI 27, 6; 39, 3; 41, 2; POLIBIO, III 43; 61; principalmente. ECKSTEIN, *Senate,* pág. 189; también, pág. 28.

[3] Zonaras escribe siempre Gayo para referirse a Gneo Escipión (CARY, *ad l.).* En general, de las fuentes se saca la conclusión de que iba con un *imperium* delegado, bajo los *auspicia* de su hermano. LIVIO, XXI 40, 3 *(meis auspiciis).* APIANO, VI *(Iberia)* 14 *(presbeutén).* ECKSTEIN, *Senate,* pág. 190. La situación, sin embargo, no es clara.

[4] POLIBIO, III 62, 2-11. LIVIO, XXI 42. WALBANK, *HCP,* I, pág. 397, cree que la historia es, probablemente, apócrifa.

[5] Sobre la batalla de Tesino, POLIBIO, III 65-67. LIVIO, XXI 46, 3-10. APIANO, VII *(Aníbal)* 5. Según WALBANK, *HCP,* I, pág. 399, Polibio parece haber usado una fuente procartaginesa.

[6] Sobre la deserción de los galos, POLIBIO, III 67, 1-3; LIVIO, XXI 48, 1-2. WALBANK, *HCP,* I, pág. 402.

[7] El río Trebia. POLIBIO, III 67, 9. LIVIO, XXI 48, 4. WALBANK, *HCP,* I, pág. 402.

[8] Tiberio Sempronio Longo, el otro cónsul del año, que tenía la provincia de Sicilia. POLIBIO, III 68, 12-13, difiere de LIVIO, XXI 57, 4, para quien Sempronio se volvió desde Placencia con motivo de las elecciones. El problema, en WALBANK, *HCP,* págs. 402-3. ECKSTEIN, *Senate,* pág. 29, acepta que se llegó a unir a Escipión.

[9] POLIBIO, III 71-74. LIVIO, XXI 54-56. Según WALBANK, *HCP*, I, pág. 404, depende principalmente de una fuente griega procartaginesa.

[10] Texto muy corrompido: «A los cartagineses» es conjetura de BOISSEVAIN. Ver POLIBIO, III 78, 5. LIVIO, XXII 1, 2, sobre las inseguridades de la alianza gala. ECKSTEIN, *Senate*, pág. 30, cree que se trata de un nuevo inicio de la guerra de los galos contra Roma, que simplemente aprovecha la coyuntura cartaginesa.

[11] Sobre esta desconfianza e infidelidad, ver POLIBIO, III 78, 2; LIVIO, XXII 1, 2-4. Para WALBANK, *HCP*, I, pág. 410, se trata de comentarios sin valor. Reflejan más bien la mentalidad romana ante los galos.

[12] Sobre la batalla de Cisa, POLIBIO, III 76. WALBANK, *HCP*, I, pág. 409. ROLDÁN, en BLÁZQUEZ, *Historia*, pág. 37.

[13] Gneo Flaminio había sido cónsul ya en 223 y contaba con el apoyo popular, pero no con el del senado. ERRINGTON, *Dawn*, pág. 68. Esta elección podía ser el resultado de una reacción popular frente a la nobleza según WALBANK, *HCP*, I, pág. 409. La hostilidad de Polibio es patente en III 80, 3. WALBANK, *HCP*, I, pág. 413.

[14] El río Nar (CARY, *ad l.)*.

[15] La campaña y derrota de Flaminio se encuentra dispersa en POLIBIO, III 77, 1-2; 80; 82-84, 5; y comentarios en 106, 2. LIVIO hace un relato más continuado en XXII 3-7, 5, además de algún comentario, en XXIII 45, 8, y XXVII 6, 7. Consideraciones morales, en PLUTARCO, *Fabio Máximo* 3, 1-3. Relato detallado, en APIANO, VII *(Aníbal)* 810. Resumen en FLORO, I- 22, 13-14. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 242. El relato de Zonaras, seguramente tomado por Dion de Valerio Antias, se considera de poca credibilidad. Sin embargo, la coincidencia con Livio acerca de Servilio, que no puede tener la misma fuente, hace pensar que tal vez responda a la realidad, sobre todo en la acción de Servilio contra los galos en la primavera (XXII 9, 6).

[16] Quinto Fabio Máximo Verrucoso, llamado *Cunctator* por haber usado la táctica de la demora. ERRINGTON, *Dawn*, págs. 71 ss. POLIBIO, III 87, 6. LIVIO, XXII 8, 6. Elogio de su actitud, en PLUTARCO, *Fabio Máximo* 4-5. APIANO, VII *(Aníbal)*, se refiere al nombramiento en su contexto de la guerra. Sobre el procedimiento poco usual *(pro dictatore)*, LIVIO, XXII 31, 8-11. WALBANK, *HCP*, I, pág. 422.

[17] El nombramiento de Marco Minucio Rufo, hombre próximo a Flaminio, tal vez indique la capacidad del pueblo para imponerse en determinadas circunstancias.

[18] Sobre la estratagema, POLIBIO, III 93-24; LIVIO, XXII 16-18; PLUTARCO, *Fabio Máximo* 6-7; APIANO, VII *(Aníbal)*, 14-15; NEPOTE, *Aníbal* 5, 2; todos ellos con pequeñas variantes. Por ello, WALBANK,

HCP, I, pág. 429, acepta que la historia, aunque fantástica, parece cierta y la compara con otra en la Primera Guerra Mundial en que se utilizaron búfalos para romper el frente italoaustriaco.

[19] Polibio, III 94, 9 (vuelve a Roma para realizar algún tipo de sacrificio). Livio, XXII 18,8 *(sacrorum causa Roman revocatus).* Similar en Plutarco, *Fabio Máximo* 8, 1. Apiano, VII *(Aníbal)* 12, en cambio, cuenta que fue acusado de cobardía por iniciativa del jefe de caballería Minucio Rufo, lo que suele aceptar la crítica actual, al considerar la posible existencia de un movimiento de descontento popular ante su política frente a Aníbal. Walbank, *HCP,* I, pág. 430.

[20] Los comentarios revelan las circunstancias en que fueron elegidos Fabio y Minucio, reflejo de las disensiones entre aristocracia y plebe. Errington, *Dawn,* pág. 73. Los primeros éxitos de Minucio fueron exagerados por el pueblo de Roma, según Polibio, III 103, 4, y Livio, XXII 25-26, que ponen de relieve el hecho de que fuera nombrado codictador. También Plutarco, *Fabio Máximo* 8. Walbank, *HCP,* I, pág. 434, se hace eco de quienes creen que este extraño *aequatum imperium* es apócrifo. Ver *infra,* frag. 57, 16, y Zonaras, VIII 26, 8.

[21] La importancia de la intervención samnita no es reconocida por todas las fuentes. Ver Livio, XXII 24, 11-14, frente a Polibio, III 105, 5-9, que atribuye todo el mérito a la vuelta de Fabio. Salmon, *Samnium,* pág. 297.

[22] Polibio, III 104-105. Es posible que el papel de Fabio haya sido exagerado por la fuente más próxima, Fabio Píctor. Errington, *Dawn,* pág. 73 y n. 21. De hecho, ni siquiera esta acción hizo que Fabio recuperara la popularidad en Roma.

[23] Se trata de la mención más antigua de una devaluación, referida en el año 217, pero no datada de modo explícito. La numismática constata la devaluación para una época genérica relacionada con la segunda guerra púnica. M. H. Crawford, *Roman Republican Coinage,* Cambridge, University Press, 1974, II, pág. 569, y *Coinage and Money under the Roman Republic. Italy and the Mediterranean Economy,* Londres, Methuen, 1985, pág. 55.

[24] Sobre la situación creada después de Trasimeno y el nombramiento en el 217 de Quinto Fabio Máximo Verrucoso, ver, en general, Polibio, III 87-88, y Livio, XXII 8-9, y *supra* nota 16. Resulta un caso peculiar el nombramiento del dictador y del jefe de caballería por elección popular. Develin, *Practice,* pág. 33 *et passim.* Con él se rompería, en 209, la tradición de nombrar *princeps senatus* al excensor más viejo. Posiblemente fuera augur desde 365 a 203, 62 ó 63 años. Por todo ello, es un personaje clave a lo largo de todo este tiempo, como prototipo de

la carrera patricia. En la guerra participó desde 217 a 207, coincidiendo con la repetición de varios cónsules Fabios. En su consulado en 233, se había opuesto a la distribución de tierras del *ager Gallicus*, propuesta por Flaminio y, sin embargo, en 221, lo nombró *magister equitum*. PLUTARCO, *Fabio Máximo* 25, 3-26, destaca su oposición a Escipión. Sobre la estrategia del retraso, ver POLIBIO, III 88-94 y 101-103; LIVIO, XXII 12-18; NEPOTE, *Aníbal* 5, PLUTARCO, *Fabio Máximo* 5-7; APIANO, VII *(Aníbal)* 12-16. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 243.

[25] POLIBIO, III 95-99; LIVIO, XXII 19-20. Esta batalla significa el control de la costa hispana por parte de los romanos. El proceso completo de la implantación de tal control, en ECKSTEIN, *Senate*, págs. 198-200. En general, J. S. RICHARDSON, *Hispaniae. Spain and the Development of Roman Imperialism 218-82 B.C.*, Cambridge, University Press, 1986, págs. 31-61.

[26] *Abily*, RICHARDSON, *Hispaniae*, pág. 37. POLIBIO, III 98-99. LIVIO, XX, 22, 6-21. WALBANK, *HCP*, I, pág. 432, recoge opiniones que consideran la importancia del hecho muy exagerada por las fuentes (De Sanctis) o incluso como una duplicación del episodio de los rehenes de Cartagena (Beloch), lo que le parece aceptable, pero no a ECKSTEIN, *Senate*, pág. 200, n. 50.

LIBRO XV

ZONARAS, IX

Entonces, las cosas les iban bien, pero de nuevo cayeron en 4 1
una desgracia, tan terrible como ninguna de las que sufrieran ni a. 216 B. I, p. 219
antes ni después. Les sirvieron de preaviso unos monstruos y las palabras de la Sibila, que les había vaticinado la desgracia tantos años antes. Fue también admirable el vaticinio de Marco[1]. Éste, en efecto, que resultó ser adivino, profetizó que en la llanura de Diomedes ellos sufrirían una derrota, habida cuenta de que
eran de origen troyano. Esto está en la Apulia de los daunios 5

TZETZES, *in Lycophr. Alex.*, 602

En efecto, los yápiges y apulios habitan alrededor del golfo 3 2
Jonio. Pueblos de los apulios son, según Dion, los peucecios, B. I, p. 218
pediculos, daunios y tarentinos. Cannas, la llanura de Diomedes, está cerca de la Apulia de los daunios. Mesapia y Yapigia más

TZETZES, *Chil.*, 757-59

Más tarde se enfrentó a los romanos en Cannas, /en el momento en que eran generales de los romanos Paulo y Terencio[2]. Cannas es una llanura de Argiripa, /donde Diomedes fundó la ciudad de Argiripa/, es decir Argos hípico en la lengua de los

57 22 Que acerca de la adivinación y de la astronomía dice
B. I, p. 220 Dion: «Yo realmente, ni sobre esto, ni sobre las demás cosas anunciadas a cualquiera a partir de la adivinación, puedo aclarar nada. En efecto, ¿qué pretende quien hace vaticinios de antemano, si de todas las maneras va a ocurrir y no va a haber ningún modo de evitarlo ni a través del artificio humano ni de la providencia divina? Piénsese en esto entonces según a cada uno le parezca (M. 158, p. 195).

ZONARAS, IX

y el nombre lo obtuvo de la fundación de Diomedes, que la llevó a cabo allí después de haber andado errante[3]. En efecto, en aquella llanura está también Cannas, donde entonces sufrieron la desgracia, junto al golfo Jonio y cerca de la desembocadura del Aufidio. La Sibila aconsejó que vigilaran el lugar, pero dijo que no podría hacerse nada más ni siquiera aunque lo pusieran bajo una vigilancia total.

6 Tales eran entonces las predicciones, pero lo que sucedió a
B. I, p. 220 los romanos fue como sigue: eran jefes Paulo Emilio y Terencio Varrón, hombres de carácter contrapuesto. El uno era patricio, poseía los dones de la cultura y prefería la firmeza a la precipitación, mientras que Terencio se había criado entre la plebe,

TZETZES, *in Lycophr. Alex.*, 602

tarde se llamaron Salentia y luego Calabria. Argiripa, la ciudad de Diomedes, cambió su nombre por el de Arpos entre los apulios.

TZETZES, *Chil.*, 757-59

griegos./ Esta llanura fue más tarde de los daunios yapigios y después de los salentinos, pero ahora es llamada por todos Calauros[4].

Que eran los jefes Paulo y Terencio, hombres no del 23
mismo carácter, sino que, así como en la diferencia de su linaje, también divergían en la forma de ser. En efecto, el uno era patricio, tenía el don de la cultura, apreciaba la firmeza más que la precipitación y, de algún modo, a causa de la acusación de la que había sido objeto en su anterior magistratura[5], no se comportaba con atrevimiento, sino que se mostraba observador a fin de que no le pasara de nuevo nada perjudicial, y no para conseguir algún éxito si afrontaba el peligro, mientras que Terencio se había 24
criado entre la plebe, poseía la valentía propia del menes- B. I, p. 221
tral, por lo que se atrevía a todo, incluso a prometerse de antemano a sí mismo el dominio de la guerra. Además presionaba mucho a los patricios y pensaba que tendría el

ZONARAS, IX

poseía la valentía de los menestrales, lo miraba todo con desprecio e incluso consideraba que tendría el mando él solo, gracias a la moderación de su colega. Ambos fueron a la campaña en ocasión muy propicia. En efecto, Aníbal ni siquiera tenía ya alimen- 7
to, la situación de los hispanos era muy confusa y la de sus alia- B. I, p. 221
dos se había alterado. Con muy poco que se hubieran contenido, habrían vencido sin esfuerzo. Ahora bien, la imprevisión de Terencio y la prudencia de Paulo los derrotó. En efecto, Aníbal intentó inmediatamente llevarlos al combate y, después de acercarse con unos pocos a su línea de defensa, cuando se produjo la carga, se retiró, por propia iniciativa, para atraerlos más a la línea de combate y crear la impresión de que tenía miedo. En el 8
momento en que Paulo impedía la persecución a sus propios soldados, Aníbal fingió que estaba asustado y, después de hacer los preparativos por la noche como si fuera a marcharse, dejó muchos bultos en la empalizada y ordenó que amontonaran lo que quedaba de manera descuidada, con el fin de lanzarse sobre los

mando él sólo, gracias a la moderación de su colega (M. 159, p. 196).

25 Que la imprevisión de Terencio y la moderación de
B. I, p. 221 Paulo, que siempre deseaba lo conveniente, pero que cedía en la mayoría de las cosas a su colega (pues es terrible que el comedimiento sea vencido por la osadía), los derrotaron (M. 160, p.196).

ZONARAS, IX

romanos cuando se entregaran al saqueo. Habría realizado su deseo, si Paulo no hubiera contenido a sus soldados y a Terencio contra su voluntad.

9 Entonces Aníbal, después de este fracaso, durante la noche
B. I, p. 222 llegó a Cannas. Tras conocer que el terreno era favorable tanto
para las emboscadas como para el combate alineado, acampó.
Aró de antemano el lugar, que era arenoso, para que en la batalla
se levantara polvo. Naturalmente, se las ingenió para poder tener
el viento a la espalda, que en verano allí acostumbra a ser de
10 mediodía. Los cónsules, al amanecer, cuando vieron su empali-
zada vacía de hombres, en primer lugar se contuvieron, creyendo
que había una emboscada, pero luego, con el día, se dirigieron a
Cannas. Cada uno montó su campo por su cuenta junto al río. En
efecto, como no eran de carácter semejante, evitaban la mutua
convivencia. Mientras Paulo se mantenía tranquilo, Terencio
quería llegar al enfrentamiento. Pero, al ver a los soldados más
11 debilitados, se echó atrás. Aníbal, al tiempo que los impulsaba
hacia la batalla a su pesar, los apartó del agua, les impidió dis-
persarse y arrojó los cuerpos de los muertos en la parte superior
anterior a las fosas, para que la bebida se les envenenara. Enton-
12 ces los romanos se lanzaron a la línea de combate. Cuando se dio
cuenta de esto, Aníbal asentó emboscadas bajo las escarpaduras,
colocó en formación el resto del ejército y ordenó que algunos
hicieran un falso movimiento de deserción cuando les diera la
señal, que arrojaran los escudos, las lanzas y las espadas ma-
yores, pero que llevaran escondidos los puñales, para que al aco-

Que, en el enfrentamiento bélico, ni siquiera los más 26
temerarios tenían la esperanza más viva que el temor, de- B. I, p. 222
bido a la oscuridad con que se presentaba, sino que cuanto más consideraban que iban a vencer, tanto más miedo tu-

ZONARAS, IX

gerlos los que estaban alineados en frente como si estuvieran desarmados se lanzaran sobre ellos inopinadamente.

Así pues, los romanos, al ver que desde el amanecer las tro- 13
pas de Aníbal estaban colocadas en orden de combate, se armaron y se alinearon a su vez. Los trompetas convocaron a unos y a otros, las banderas se izaron y, tras el encuentro, la lucha pasó
por diversas vicisitudes. Hasta el mediodía ninguno de los dos se 14
había hecho con la victoria. Pero cuando sopló el viento y los falsos desertores, acogidos como si estuvieran desarmados, se pusieron detrás de los romanos, pues había que evitar que se echaran sobre ellos los cartagineses, entonces se produjeron de uno y otro lado las emboscadas y Aníbal se lanzó de frente con los caballos, los enemigos perturbaban a los romanos por todas partes y el viento y el polvo que caía en sus ojos violentamente los molestaba, el jadeo que sucesivamente tenía lugar a causa del esfuerzo los asfixiaba, de modo que, privados de la visión, privados de la voz, confusamente y sin ningún orden, eran aniqui-
lados. Tal multitud cayó que Aníbal ni siquiera intentó averiguar 15
el número que componía esa masa, pero el número de jinetes y B. I, p. 223
de senadores tampoco se lo escribió a los cartagineses de la ciudad, sino que se lo señaló sólo por los anillos. En efecto, tras
haberlos medido con quénices, los expidió. Pues sólo los senado- 16
res y los caballeros usaban anillos. Fueron numerosos, sin embargo, los que huyeron entonces, incluido Terencio. Paulo, en efecto, murió. Aníbal no salió en su persecución ni se dirigió a Roma. Pues, aunque pudo haber atacado inmediatamente Roma con todo su ejército o incluso con parte de él y haber acabado la guerra rápidamente, no lo hizo, a pesar de que Mahárbal se lo aconsejaba. Por ello recibió la acusación de que era capaz de

vieron de poder quedar aniquilados, pues para los ignorantes, debido a su insensatez, no hay que esperar nada temible, sino ser atrevido a partir de la reflexión *** (M. 161, p. 196).

28 B. I, p. 224 Que Escipión, al enterarse de que algunos romanos se preparaban para abandonar Roma e Italia entera creyendo que iba a ser de los cartagineses, los contuvo porque, armado con una espada, se lanzó súbitamente en la habitación en donde estaban reunidos y, tras haber ju-

Zonaras, IX

vencer pero no sabía aprovecharse de las victorias. Una vez que lo aplazaron, ya no estuvieron de nuevo ni siquiera en condiciones de hacerlo. Por ello Aníbal, como quien se ha equivocado, se arrepintió y constantemente gritaba: «¡oh Cannas, Cannas!».

2 1 B. I, p. 224 Los romanos, que sin duda habían estado en peligro de morir en breve tiempo, recuperaron su fuerza gracias a Escipión. Éste era hijo de Publio el de Hispania y había salvado a su padre cuando estuvo herido, pero en esta ocasión escapó a Canusio con el ejército y más tarde alcanzó gloria. En efecto, tras recibir el mando que le ofrecieron de buena gana los que se habían refugiado en Canusio, restableció allí la situación, envió guarniciones a los vecinos y todo lo decidió y lo puso en práctica del modo más adecuado.

2 Los de Roma escucharon la noticia de la derrota, pero desde luego no la creyeron. Cuando, al final, la terminaron creyendo, sintieron dolor y después de reunirse en el senado se retiraron sin hacer nada. Inmediatamente, Fabio les aconsejó que enviaran ob-

Tzetzes, *Chil.*, 1, 771-74

B. I, p. 223 Finalmente, cayó tal cantidad de romanos /que el general Aníbal envió a Sicilia /los anillos de los generales y de los demás hombres ilustres/ medidos en muchos medimnos y quénices.

rado él que haría todo lo conveniente de palabra y de obra, los hizo jurar a ellos con la perspectiva de que al punto morirían, si no le ofrecían garantías. Ellos a continuación, 29
tras ponerse de acuerdo, escribieron al cónsul que estaban a salvo. Pero aquél ni escribió inmediatamente ni envió un mensajero a Roma, sino que marchó a Canusio y allí restableció la situación, a los vecinos les envió guarniciones de acuerdo con las circunstancias presentes y rechazó a

ZONARAS, IX

servadores para que trajeran noticias sobre lo sucedido y sobre lo que hacía Aníbal, que no lloraran, sino que anduvieran en silencio, para que en su oportunidad surgiera lo conveniente, que reunieran cuanta fuerza pudieran y que convocaran a los vecinos. Des- 3
pués de esto, cuando se enteraron de que Aníbal estaba en Apu- B. I, p. 225
lía y recibieron una carta de parte de Terencio contando que había sobrevivido y todo lo que hacía, se reanimaron un poco. Fue nombrado dictador Marco Junio[6] y jefe de caballería Tiberio Sempronio Graco. Al punto alistaron no sólo a los ciudadanos que estaban en edad militar, sino también a los que ya la habían pasado, sumaron prisioneros a cambio del perdón, esclavos a cambio de la libertad[7] y algunos bandidos y convocaron a los aliados, recordándoles los beneficios que pudieran haberles hecho, con la promesa de darles a unos trigo, a otros plata, cosa que nunca habían hecho antes. También enviaron mensajeros a Grecia, bien para convencer a algunos de que se hicieran sus aliados, bien para traer mercenarios.

Aníbal, al enterarse de que los romanos se habían reunido y 4
se estaban preparando, se demoró en Cannas, tras haber renunciado al asalto para tomar la ciudad. De entre los prisioneros, a los del contingente aliado los dejó ir sin rescates como antes, en cambio a los romanos los mantenía bajo vigilancia con la esperanza de venderlos para hacerse él mismo más rico por este motivo y dejar a los romanos con menos recursos. Pero, como no vino nadie a buscar a los prisioneros, ordenó dejar que algunos

los jinetes que atacaban la ciudad. En resumen, sin desanimarlos ni asustarlos, sino a partir de la recta reflexión, como si nada terrible hubiera sucedido, decidió y puso en

Zonaras, IX

se marcharan a su casa a cambio de rescate, después de jurar que
5 regresarían. Como ni aún así quisieron rescatarlos, a los dignos de alguna mención los envió a Cartago y, de los restantes, a unos los mató después de cubrirlos de ultrajes, a otros los obligó a celebrar combates gladiatorios, enfrentando entre sí a los amigos y parientes. Los que habían sido enviados a buscar el rescate, volvieron para cumplir sus juramentos, pero huyeron luego a continuación, por lo que fueron desacreditados por los censores y se suicidaron.

6 Aníbal envió a su hermano Magón a anunciar a los cartagi-
B. I, p. 226 neses lo sucedido y a pedirles dinero y fuerzas. En el momento de partir había contado los anillos, con lo que elevó a más los éxitos. Así, se votó todo cuanto él había solicitado, pues a Hannón, que decía lo contrario y aconsejaba acabar con la guerra mientras parecieran estar en situación de superioridad, no le hicieron caso, pero tampoco llevaron a cabo lo votado, sino que
7 aguardaron. Aníbal en este momento avanzó hacia Campania, se apoderó de una ciudadela samnita y de allí partió hacia Nápoles, después de haber enviado a unos pocos con el botín, ante los cuales, como si estuvieran solos, hicieron un asalto los de la ciudad, hasta que él apareció de improviso y mató a un número abundante, pero no tomó la ciudad, ni se mantuvo en posición de asedio sobre ella. De los campanos que habitaban Capua, unos conservaban la amistad con los romanos, pero otros se inclina-
8 ban a favor de Aníbal. Cuando había tenido lugar su victoria en Cannas y algunos de ellos, después de capturados, habían sido liberados, la plebe fue partidaria de pasarse al bando de Aníbal, pero los dirigentes resistieron algún tiempo[8]. Luego la plebe, que se lanzó sobre ellos cuando estaban reunidos en el senado, habría acabado con todos si un plebeyo, al ver la magnitud del desas-

práctica todo lo que resultaba conveniente para la presente situación (V. 33, p. 598).

Que Aníbal, tras apoderarse de los nucerinos según un 30
acuerdo por el que cada uno saldría de la ciudad con un B. I, p. 227
solo vestido, una vez que los tuvo a su disposición, ahogó

Zonaras, IX

tre, no hubiera señalado a los senadores como dignos de ser asesinados, pero al mismo tiempo dijo que convenía que otros fueran elegidos en vez de ellos. Que desde luego la ciudad no podía salvarse si no había quienes le sirvieran de consejeros. Conven- 9
cidos los de Capua, echó fuera a los del senado uno a uno y preguntó a la multitud a quién elegían en su lugar. Así, al no poder elegir a otros en poco tiempo, los dejó a todos porque habían resultado indispensables. Reconciliados entre ellos llegaron a un acuerdo con Aníbal. Éste rápidamente, tras levantar el sitio de Nápoles, se dirigió a Capua y, en diálogo con ellos, les hizo muchas promesas atrayentes, sobre todo, que les proporcionaría la hegemonía sobre Italia, para que al encontrarse así esperanzados lucharan con el mayor entusiasmo como si su esfuerzo fuera a beneficiarlos a ellos mismos[9].

Al cambiarse de bando Capua, también el resto de Campania 10
experimentó un cambio. Los romanos se irritaron al enterarse de B. I, p. 226
su defección. Aníbal, por su parte, hizo entonces una expedición contra los nucerinos. Al encontrarse sitiados, expulsaron a los que eran inservibles por la edad a causa de la escasez de alimentos, a los que Aníbal no dejó acercarse, sino que sólo les dio seguridad para que regresaran a la ciudad. Por ello también los restantes llegaron al acuerdo de salir de la ciudadela con un solo vestido. Cuando ya los tenía bajo su control, a los senadores los 11
ahogó encerrados en unos baños y de los demás, tras decirles que fueran a donde quisieran, a muchos los mató en el camino. Bastantes de ellos, de todos modos, sobrevivieron refugiándose en los bosques. Atemorizados a consecuencia de esto, los demás no

a los senadores, tras encerrarlos en unos baños, y de los demás, después de darles la posibilidad de que se marcharan a donde quisieran, mató a muchos en el camino. Sin embargo no le sirvió de nada. En efecto, asustados también los otros no fuera a ser que les pasara lo mismo, no se

ZONARAS, IX

12 se unieron a él, sino que resistieron mientras fueron capaces. Los
nolanos, cuando estaban decidiendo unirse a él, una vez que vie-
ron lo que les había hecho a los otros, llamaron a escondidas a
Marcelo y como consecuencia rechazaron a Aníbal cuando se di-
rigió contra la ciudad. Rechazado de Nola se apoderó de los ace-
ranos por hambre, de acuerdo con los mismos pactos que los nu-
13 cerinos, y actuó con ellos de la misma manera. A continuación
B. I, p. 228 dirigió sus tropas sobre Basilinas[10], donde se habían refugiado
tanto romanos como aproximadamente mil aliados. A los nativos
que habían planeado entregarlos los mataron, a Aníbal lo recha-
zaron muchas veces y resistieron valientemente al hambre. Pero
al faltarles el alimento, enviaron a uno en un odre a través del río
a ver al dictador, que de noche puso en el río toneles llenos de
harina, recomendándoles que observaran la corriente en la oscu-
14 ridad. Durante algún tiempo, les suministraba de este modo los
alimentos a escondidas, pero luego, en una ocasión en que un to-
nel se rompió y quedó destrozado, los cartagineses se dieron
cuenta de lo que pasaba e interceptaron el río con cadenas. Como
fueron muchos los caídos por el hambre y las heridas, abandona-
ron una parte de la ciudad y se hicieron fuertes en la restante,
15 después de cortar el puente. Más tarde arrojaron semilla de nabo
desde la muralla misma hacia un lugar de fuera. Hicieron esto
para sorprender a los enemigos con la idea de que tenían sufi-
ciente para mucho tiempo. Por ello Aníbal, en la creencia de que
contaban con alimento en abundancia y admirado por su resis-
tencia, los convocó para llegar a un acuerdo y los dejó a cambio

unieron a él, sino que se opusieron tanto como fueron capaces (V. 34, p. 598).

Que Marcelo actuaba con valentía, prudencia y mucha 31
justicia, a sus subordinados no les pedía todo de manera B. I, p. 227
exacta ni con dificultades, ni se preocupaba de que aquéllos hicieran lo que debían, con humanidad mostraba su comprensión para los que se equivocaban en algo y no se irritaba si no eran iguales a él (V. 35, p. 601).

Que en Nola se opuso a la mayoría, la cual pretendía 32
matar a los que cogidos en Cannas y soltados por Aníbal por miedo a que se sintieran apegados a él. Después de esto, tras ocultar la sospecha que tenía de ellos, los trató de tal modo que eligieron estar de su parte y llegaron a ser de la mayor utilidad para su patria y para los romanos (V. 36, p. 601).

Que el mismo Marcelo, al darse cuenta de que uno de 33
los caballeros de los lucanos estaba enamorado de una mujer, le permitió tenerla incluso en el campamento, porque combatía con más valor, aunque había prohibido que ninguna mujer atravesara la fosa (V. 37, *ibid)*.

ZONARAS, IX

de dinero. Los romanos de fuera efectivamente los rescataron con gusto, pero además también les rindieron honores.

En tanto que esto sucedía, regresaron de Delfos los envia- 1 3
dos, diciendo que según declaración de la Pitia tenían que aban- B. I, p. 229
donar la diversión y dedicarse a la guerra. A partir de aquí se hicieron más fuertes. Alcanzaron a Aníbal y acamparon junto a él, con la intención de vigilar lo que hacía. El dictador Junio mandó que también los romanos hicieran lo mismo que se ordenaba a los cartagineses. Hacían las comidas y al mismo tiempo y del mismo modo observaban las guardias. Todo lo demás lo hacían por igual. Entonces, cuando Aníbal se percató de esto, esperó 2
una noche tormentosa y anunció a algunos de los soldados pú-

34 Que hizo lo mismo a los aceranos que a los nucerinos, excepto en que arrojó a los senadores en un pozo en vez de unos baños (V. 38, *ibid)*.

35 Que Fabio, a los ciudadanos que habían sido hechos
B. I, p. 229 prisioneros en las anteriores batallas, a unos los intercambió hombre por hombre, con respecto a los otros pactó

ZONARAS, IX

blicamente una salida por la tarde, pero, como Junio hizo lo mismo, ordenó que sucesivamente lo atacaran en momentos diferentes, para que estuvieran en continua tensión por el insomnio y por la tempestad. Él, en cambio, con los restantes descansaba. Cuando iba a amanecer, convocó inmediatamente a la tropa y, cuando los romanos habían dejado las armas, dispuestos a descansar, marchó sobre ellos de repente, mató a bastantes hombres, y se apoderó de la fosa abandonada.

3 La situación en Sicilia y Cerdeña estaba revuelta, pero no
B. I, p. 229 recibieron ninguna atención por parte de los romanos. Fueron elegidos cónsules Graco, el jefe de caballería, y Postumio Albino[11]. Albino fue destrozado con todo su ejército por los boyos, cuando iba por un monte frondoso donde fue objeto de una emboscada[12]. Los bárbaros, tras cortar su cabeza, la limpiaron, la rodearon de oro y la usaron para sus sacrificios a manera de vaso[13]. Pero entonces sucedió algo prodigioso, pues una vaca parió
4 un caballo y en el mar brilló el fuego. Los cónsules Graco y Fa-
a. 215 bio[14] después de acampar se dedicaron a espiar a Aníbal, que se encontraba en Capua, por ver qué hacía; enviaban intermediarios acá y allá, protegían a los aliados, intentaban atraerse a los que habían hecho defección y devastaban los territorios de los que se habían alineado en contra. Aníbal, mientras sus provisiones resultaban insuficientes hasta el punto de correr peligro, actuaba con prudencia en compañía de su ejército, pero, cuando tomaron Capua y pudieron invernar con muchas vituallas en una situación cómoda, al no ejercitar la fuerza de los cuerpos y la energía del espíritu, se colocaron en situación de inferioridad debido al

para liberarlos por dinero. Pero, como el senado no aprobó el gasto, porque ni siquiera había consentido su libe-

ZONARAS, IX

exceso de confianza, y, al cambiar la forma de vida patria, aprendieron la experiencia de ser derrotados en el combate. Cuando la 5
guerra ya estaba encima, la expedición se trasladó a los montes B. I, p. 230
para ejercitarse, pero ya no eran capaces de recuperarse en poco tiempo. Renovó su fuerza sólo cuando le llegó nueva ayuda de casa con elefantes incluidos. Se lanzó hacia Nola con ánimo de apoderarse de ella o de apartar a Marcelo, que la usaba como apoyo para devastar la Samnítida. Como no conseguía nada, se 6
retiró de la ciudad, pero devastó el territorio hasta que fue superado por la fuerza en una batalla, motivo por el cual también se sintió derrotado. En efecto, muchos hispanos, pero también muchos de los africanos, lo abandonaron y desertaron en favor de los romanos, lo que nunca le había pasado antes. Tras maldecirse por ello a sí mismo y a sus soldados, abandonó toda aquella tierra y se retiró a Capua. Luego también se marchó de allí.

Los Escipiones después de atravesar el río Ebro, devastaban 7
el territorio y se iban sumando ciudades, y a Asdrúbal, que por a. 216
esto había acudido precipitadamente, lo vencieron en una batalla. Los cartagineses, al enterarse de esto, en la creencia de que Asdrúbal necesitaba de una ayuda mayor que Aníbal, por miedo a que los Escipiones intentaran pasar a África, así como enviaron una pequeña fuerza a Aníbal, en cambio inmediatamente expi- a. 215

TZETZES, *Chil.*, 2, 109-123

Cuando una vez Marcelo, general de los romanos, atacó Si- B. I, p. 232
racusa por tierra y por mar, primero a algunas embarcaciones las varó por medio de unas máquinas y después de subirlas hacia la fortaleza siracusana de nuevo las envió al fondo de una vez con todos sus hombres; pero, cuando Marcelo retiró un poco las embarcaciones, el viejo de nuevo hizo que todos los siracusanos

ración, subastó, como dije, sus propias tierras y de su valor les proporcionó los rescates (V. 39, p. 601).

ZONARAS, IX

dieron una mucho mayor al mando de Magón hacia Hispania, con la orden de que, después de apaciguarla, se quedara encargado de la vigilancia de los asuntos de allí y en cambio Asdrúbal
8 con una fuerza fuera enviado a Italia. Al enterarse de esto, los Escipiones ya no siguieron combatiendo, no fuera a ser que Asdrúbal se dirigiera a Italia tal vez después de haber ganado poder. Pero como los cartagineses estaban atacando a los aliados de los romanos, Publio fue al encuentro de los enemigos, que también venían a hacerle frente a él, y Gneo, por su parte, salió al encuentro de aquellos que se retiraban de la batalla y los mató [15]. A partir de esta desgracia, porque además las ciudades se pasaban en masa del lado de los romanos y se sumaron a ellos algunos de los africanos, Asdrúbal permaneció más de lo que pensa-
9 ba. Los Escipiones en cambio rápidamente enviaron a Italia a los
B. I, p. 231 que se les habían sumado, mientras ellos arreglaban los asuntos de Hispania y, tras apoderarse de los súbditos de los saguntinos, los que para ellos habían llegado a ser los culpables de la guerra y de la desgracia, demolieron la ciudad y vendieron a los hombres. Después de esto recuperaron Sagunto y la devolvieron a sus primitivos habitantes. Con tanto cuidado actuaron en lo que
10 al botín se refiere que nada enviaron a casa. En efecto, a sus
a. 214 compañeros de expedición les permitieron hacerlo, pero ellos enviaron tabas para sus niños, por lo que el senado, cuando Gneo hizo una petición para regresar a casa y recolectar una dote para su hija, que se encontraba en el momento oportuno para el matrimonio, votaron que se le diera una dote tomada del tesoro público.

TZETZES, *Chil.*, 2, 109-123

pudieran subir enormes piedras y que al lanzarlas una a una hundieran las embarcaciones. En fin, cuando Marcelo las alejó a la distancia del disparo de una flecha, el viejo desplegó un espejo

ZONARAS, IX

En la misma ocasión, Sicilia y Cerdeña emprendieron la 4 1
guerra. En éstas en poco tiempo la situación cambió, Asdrúbal fue cogido cuando iba en su ayuda y a Manlio Torcuato le faltó poco para apoderarse de toda la isla. Entonces Sicilia permaneció tranquila, pero después de esto volvió a entrar en conflicto. El rey de Macedonia, Filipo, actuó claramente en apoyo de los 2
cartagineses. En efecto, como quería adueñarse de Grecia, estableció acuerdos con Aníbal, de modo que harían la guerra en común, los cartagineses se apoderarían de Italia y aquél de Grecia y el Epiro con las islas. El acuerdo tuvo lugar sobre estos 3
términos, pero, al ser capturado el heraldo enviado por Filipo a Aníbal, se enteraron los romanos de lo que sucedía e inmediatamente enviaron hacia él al pretor Marco Valerio Lavinio[16], para que, preocupado por los asuntos internos, permaneciera en su territorio. Y así fue. Filipo en efecto avanzó hasta Corcira con la 4
intención de navegar hacia Italia, pero al enterarse de que Lavinio ya estaba en Brindis se volvió a casa. Ahora bien, como Lavinio siguió navegando hasta Corcira, se lanzó contra los aliados de los romanos, se apoderó de Orico y puso sitio a Apolonia. Pero Lavinio de nuevo en una expedición contra él recuperó Orico y liberó Apolonia. Entonces Filipo tras quemar las naves que había usado se volvió a casa a pie[17].

Los de Roma eligieron cónsules a Fabio y a Marcelo[18], los 5
cuales, en lo que se refiere a Aníbal, que se movía en torno a la B. I, p. 232
ahora llamada Calabria y el territorio circundante, se lo encomendaron a Graco, que había sido magistrado antes que ellos[19]. Éste rechazó a Hannón, que había venido desde los Brucios a su encuentro cerca de Benevento, y desde allí avanzó para vigilar a

TZETZES, *Chil.*, 2, 109-123

hexagonal y, desde un intervalo simétrico del espejo, tras establecer espejos pequeños de la misma forma con cuatro ángulos que se movían con láminas y con algunas articulaciones, lo colocó en medio de los rayos del sol a mediodía, daba igual que

46b Dion en el libro XV: «no sea que los siracusanos
B. I, p. 234 hicieran alguna revolución, sin reconocer la ayuda presta-
da» (Bekk, *Anecd.*, p. 119, 21).

ZONARAS, IX

Aníbal al tiempo que devastaba los territorios de los que habían
6 hecho defección, y liberó algunas ciudades. Los cónsules por su
parte se dirigieron a Campania, para controlarla sin dejarse de-
trás nada hostil y de este modo marchar contra Aníbal. Luego,
una vez divididos, mientras Fabio se lanzaba a la carrera sobre
su territorio y el del Samnio, Marcelo cruzó hacia Sicilia y puso
sitio a Siracusa, que se había puesto de su parte, pero luego
7 había hecho defección a causa de un falso anuncio[20]. Por muy
poco se habría apoderado de ella, pues acosaba la fortaleza al
mismo tiempo por tierra y por mar, si no llega a ser porque Ar-
químedes hizo que le opusieran resistencia con unas máquinas.
Suspendiendo piedras y soldados con los mecanismos, los bajaba
de repente y los subía en poco tiempo. A las naves, incluso a las
que llevaban torres, al arrojarles otras encima, las subía y, desde
lo alto las dejaba caer, de modo que cuando caían en el agua se
8 sumergían por el impulso. Finalmente incendió inesperadamente
B. I, p. 233 toda la flota de los romanos del siguiente modo: al orientar un
espejo hacia el sol reflejó su rayo en él y, al incendiar el aire que
procedía de aquél por la densidad y lisura del espejo, prendió
una gran llama, la lanzó entera sobre las naves que estaban an-
cladas en la dirección del fuego y las quemó todas[21].

Entonces al haber renunciado Marcelo a tomar la ciudad a causa de la habilidad mecánica de Arquímedes, planeó acosarlos

TZETZES, *Chil.*, 2, 109-123

fuera verano o pleno invierno. Al reflejarse los rayos en él, surgió un resplandor terrible, que incendió las embarcaciones, y las redujo a cenizas a más distancia que un tiro de arco. Así venció a Marcelo con sus máquinas el viejo.

ZONARAS, IX

por hambre a través de un asedio. Esto se lo encargó a Pulcro 9
mientras que él se dirigió contra los que se habían sumado a la B. I, p. 233
defección. A los que se volvían atrás les ofreció su comprensión, pero a los que se mantenían en contra los trataba con dureza, y tomó bastantes ciudades por la fuerza, pero algunas también por medio de la traición. En estas circunstancias llegó Himilcón desde Cartago con un ejército, ocupó Acragante y Heraclea y, al dirigirse contra Siracusa, fue derrotado, pero luego resultó vencedor a su vez y, cuando cayó Marcelo de repente sobre él, fue de nuevo vencido.

Luego Marcelo puso sitio a Siracusa. Aníbal se demoraba en 5 1
Calabria. Pero los romanos habían sufrido de nuevo muchas des- a. 212 B. I, p. 234
gracias. En efecto, los cónsules fracasaron junto a Capua, Graco murió en Lucania[22], los tarentinos y otras ciudades se rebelaron, Aníbal, que al principio se había sentido amedrentado, permaneció en Italia y dirigió sus tropas sobre Roma, y ambos Escipiones murieron. Estimulado por estos sucesos, Aníbal decidió apo- 2
yar a Capua. Llegó hasta Benevento[23]. Pero al enterarse de que Claudio había partido hacia Lucania desde el Samnio a causa de la muerte de Graco, por miedo a que se ganara a algunos de los de allí, no continuó la recta, sino que se volvió contra él. Al morir los Escipiones, toda Hispania había entrado en conflicto y unos se inclinaban en favor de los cartagineses voluntariamente, otros obligados, aunque después se pasaron de nuevo del lado de los romanos.

A Marcelo, por su parte, como no había conseguido nada en 3
su ataque a Siracusa, se le ocurrió lo siguiente. Los siracusanos

TZETZES, *Chil.*, 2, 136-149

Estaba con la cabeza gacha trazando un dibujo mecánico, B. I, p. 235
pero un romano tras colocarse a su lado lo arrastró haciéndolo prisionero. Entonces él, que estaba totalmente concentrado en el dibujo, sin saber quién era el que lo arrastraba le dijo: «Apártate,

ZONARAS, IX

tenían una parte de la muralla vulnerable, la que llamaban Galeagra, circunstancia que, aunque antes les había pasado desapercibida, fue descubierta entonces. Así, tras esperar a que los siracusanos celebraran en masa una fiesta nocturna en honor de Ártemis, ordenó a algunos soldados que superaran la muralla por
4 aquel lugar. A consecuencia de esto abrieron algunas puertas y, después de que entraron otros más, todos al mismo tiempo, a una señal, tanto los de dentro como los de fuera, se pusieron a gritar, golpearon los escudos con las lanzas y resonaron las trompetas, de modo que fue enorme el pánico que les sobrevino a los siracusanos, que por otra parte ya no se encontraban bien a causa del exceso de bebida, y fue tomada la ciudad excepto la Acradina y
5 lo que llaman la Isla[24]. Entonces Marcelo devastó la parte con-
B. I, p. 235 trolada, se dirigió a las que no había controlado y con algún esfuerzo y tiempo, consiguió dominar el resto de Siracusa. Cuando los romanos se hubieron hecho los dueños de ésta, entre otros muchos mataron a Arquímedes. Pues, en el momento en que hacía un dibujo y oyó que los enemigos estaban encima, dijo «contra mi cabeza y no contra mi línea». Al situarse un enemigo sobre él, tuvo poca reflexión y dijo «apártate, hombre, de la línea», con lo que lo irritó y fue golpeado.

6 Entonces Marcelo, después de apoderarse de Siracusa y de
a. 211 B. I, p. 235 haberse sumado la mayor parte del resto de Sicilia, recibió grandes elogios y fue nombrado cónsul. En efecto, habían señalado a Torcuato, el que había matado a su hijo en cierta ocasión, pero, como él rehusó y dijo: «ni yo podría soportar vuestros errores, ni vosotros mi rigidez», votaron en favor de Marcelo y Lavinio Valerio[25].

TZETZES, *Chil.*, 2, 136-149

hombre, de mi dibujo». Como seguía arrastrándolo, al darse la vuelta y comprender que era romano, exclamó: «Que alguien me dé alguna máquina de las mías». Pero el romano asustado lo

ZONARAS, IX

Al regresar Marcelo de Sicilia, Aníbal envió hacia ella una 1 6
fuerza de caballería y los cartagineses mandaron otra. En algunas B. I, p. 236
batallas vencieron, conquistaron ciudades y, si no hubiera llegado el pretor Cornelio Dolabela, se habrían apoderado de toda Sicilia[26].

Entonces fue tomada Capua por parte de los romanos, y eso 2
que Aníbal se había lanzado sobre Roma con la intención de apartar de Capua a los que iban a sitiarla, y que, tras atravesar el Lacio, había llegado al Tíber y estaba devastando el territorio delante de la ciudad. En efecto, los de Roma se asustaron, pero votaron que uno de los cónsules[27] permaneciera en Capua y el otro viniera a ayudarles a ellos. Fue Claudio quien permaneció en Capua (pues estaba herido) y Flaco se dirigió hacia Roma[28].

Aunque Aníbal siempre hacía las incursiones a la vista y lle- 3
vaba a cabo muchas acciones espectaculares, en general se sentían satisfechos con tal de que quedara a salvo la parte de dentro de las murallas, pero cuando estaba a punto de atacar la ciudad y los campamentos al mismo tiempo, arrojaron los dados, según el dicho, e hicieron una salida. Cuando ya se habían lanzado al ataque, sobrevino una tempestad gigantesca, después de un cielo claro, con un viento insoportable, rayos, granizo y relámpagos, de modo que unos y otros amablemente como si hubieran firmado un acuerdo se retiraron al lugar de donde habían partido. Inmediatamente depusieron las armas y se restableció el buen
tiempo. Con todo, Aníbal, a pesar de pensar que no hubiera pa- 4
sado lo ocurrido sin el concurso de los dioses debido a lo opor-

TZETZES, *Chil.*, 2, 136-49

mató inmediatamente, hombre débil y viejo, divino por sus obras. Marcelo lloró esta muerte nada más enterarse, lo enterró con esplendor en las tumbas patrias con la asistencia de los más excelentes ciudadanos y de todos los romanos y mató al asesino del hombre, creo, con un hacha. Dion y Diodoro escriben la historia.

46a Dion en XV de la *Historia Romana:* «Pues a causa del
B. I, p. 237 prestigio procedente de su mucha antigüedad y de la vieja

Zonaras, IX

tuno de la situación no se retiró del asedio, sino que de nuevo intentó atacar después de esto. Pero como entonces sucedió lo mismo, ya se asustó. Sorprendido de que, a pesar de hallarse en una situación de peligro tal, no se retiraran de Capua y tuvieran además la intención de enviar a Hispania soldados con un pretor y de que faltos de dinero vendieran entre otras cosas el territorio en que él acampaba, que era público, renunció y, al retirarse, gritó varias veces: «¡oh Cannas, Cannas!». Y ni siquiera quiso acudir en apoyo de Capua.

5 Éstos, aunque se encontraban en una de las situaciones más
B. I, p. 237 débiles, desesperados, pensando que no obtendrían perdón de parte de los romanos, resistieron y enviaron un mensaje a Aníbal, para pedirle que acudiera en su ayuda. Capturados por Flaco los portadores de la carta, pues Claudio había quedado muerto a consecuencia de una herida[29] les cortaron las manos. Al verlos los campanos se asustaron terriblemente y se pusieron a delibe-
6 rar qué debían hacer. Después de haberse dicho muchas cosas, un tal Jubio Virio[30], que estaba entre los primeros de ellos y tenía mucha responsabilidad en la defección, dijo: «una sola cosa nos queda a nosotros, la muerte como refugio y como liberación. Acompañadme a casa, pues tengo un veneno preparado». Por su parte se mató, en compañía de los que le hicieron caso voluntariamente, pero los restantes abrieron las puertas a los romanos.
7 Flaco les quitó las armas y todos sus bienes y a los hombres sobresalientes, a unos los mató, a otros los envió a Roma, y sólo dejó a los supervivientes de la multitud, a cambio de que recibieran un gobernador romano y no tuvieran senado ni celebraran asamblea[31].

8 Luego también resultaron convictos de algunas otras cosas,
B. I, p. 237 por haberse atrevido a acusar a Flaco. Intentaron los campanos

amistad hacia los romanos, no soportaron verse como condenados, sino que los campanos intentaron usar a Flaco, y los siracusanos, a Marcelo. Pero fueron condenados en el senado (Suidas, s. v. *edikaiṓthēsan; Lex Seguer.* Ed. Bachm.; *Anecd.*, Gr. 1. 206; Cram., *Anecd.*, Par. 4. 168; parcialmente: *Etym. Magn.*, p. 316, 9 Gaisf).

Zonaras, IX

acusar a Flaco y los siracusanos a Marcelo cuando ya era cónsul[32]. Y se defendió. Pues no quiso hacer nada de lo que era propio de la magistratura antes de haberse defendido. Los siracusanos cuando estuvieron en uso de la palabra emplearon la dialéctica del modo más impactante, no para acusar a Marcelo, sino que comenzaron a suplicar y a defenderse como si no se hubieran rebelado voluntariamente contra los romanos y pidieron perdón. Mientras decían esto se lamentaban arrojados en tierra. 9
Cuando tuvo lugar la deliberación se decidió que Marcelo no B. I, p. 238
había cometido ninguna falta, pero que los siracusanos eran dignos de alguna forma de benevolencia, no por lo que habían hecho, sino por sus palabras y sus súplicas. Como Marcelo pidió que lo eximieran de partir para Sicilia, enviaron a Lavinio. Los siracusanos obtuvieron así algún reconocimiento, pero los campanos que, a causa de su incultura, mantuvieron la acusación de modo más violento, fueron castigados sin que ni siquiera se presentara Flaco, sino que se encargó de su defensa uno de sus subordinados.

Al ser capturada Capua, también se pasaron a los romanos 10
las restantes ciudades de los alrededores, excepto los atelanos. Éstos, en efecto, después de haber abandonado su ciudad en masa se pasaron a Aníbal. El resto de Italia, que había tomado el partido de los cartagineses, cambió de opinión y los cónsules en su recorrido se lo fueron conciliando. Los tarentinos todavía no se ponían claramente de parte de los romanos, pero ocultamente odiaban a los cartagineses[33].

NOTAS

[1] Seguramente, Marcio. Ver LIVIO, XXV 12 (CARY, *ad l.).*

[2] Lucio Emilio Paulo y Gayo Terencio Varrón, cónsules del año 216, en Cannas. El relato más detallado, en POLIBIO, III 106-116. LIVIO, en XXII 34, 2-35, se refiere al apoyo prestado por la plebe a Varrón y a la violencia de la campaña electoral. Ver WALBANK, *HCP,* I, pág. 435. La tradición senatorial, representada por LIVIO, XXII 38-50, sobre todo, tiende a contraponerlo al noble Emilio, pero entre ellos mismos no parecen haber existido problemas para la colaboración. Ver ERRINGTON, *Dawn,* págs. 73-74. E incluso la acusación por no haber seguido la táctica de Fabio es atribuida por POLIBIO al senado mismo (III 107, 7). Ver también, PLUTARCO, *Fabio Máximo* 14-16; APIANO, VII *(Aníbal)* 17-26, y más escuetamente, FLORO, I 32, 15-18; NEPOTE, *Aníbal* 4, 4. Ver *infra, frag.* 57, 23-24. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 247.

[3] Sobre los daunios y la fundación de Diomedes, D. MUSTI, «I Greci e l'Italia», en *Storia di Roma,* I, Turín, Einaudi, 1988, pág. 46, y M. TORELLI, «Le popolazioni dell'Italia antica, Società e forme del potere», Ibíd., pág. 59.

[4] Calabrios. PW, *RE,* V, 1 (1903), col. 822. Detalles sobre este lugar, en ESTRABÓN, VI 3, 9 = 283-284 C; y PLINIO, *HN* III 104. Ver también VIRGILIO, *Eneida* XI 243-250. APIANO, VII *(Aníbal)* 31, y LIVIO, XXII 12, para la campaña. PW, *RE,* II, 1 (1895), col. 1207-1208, *s.v. Aospi.*

[5] En su anterior consulado, en 219.

[6] Marco Junio Pera (LIVIO, XXII 57, 9-11; XXIII 14, 2-4), que, según LIVIO, XXIII 19, 3-5, tuvo que repetir los auspicios. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 248.

[7] VALERIO MÁXIMO, VII 6, 1, y OROSIO, IV 16, 7, hablan de esclavos comprados con dinero público para esta ocasión.

[8] Para las repercusiones de Cannas sobra las alianzas, ver LIVIO, XXIII 15-16, y SALMON, *Samnium,* pág. 298. En general, se hace poca mención de los samnitas en estos episodios, lo que no debe de corresponderse con la realidad.

[9] Para los pactos entre Capua y Aníbal, ver LIVIO, XXIII 7, 1-3.

[10] Casilino (CARY, *ad l.),* que había formado parte, en el año 343, de la liga encabezada por Capua frente a los samnitas. SALMON, *Samnium,* pág. 195.

[11] Sobre las elecciones para el consulado y el apoyo de Junio Pera, el dictador que había hecho a Graco *magister equitum,* ver LIVIO, XXIII 23, 9-24, 3. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 253. DEVELIN, *Practice,* pág. 157.

[12] En una expedición ordenada por el senado, según POLIBIO, III 106, 6 (ECKSTEIN, *Senate,* pág. 34), y con un ejército poderoso (LIVIO, XXIII 24, 8), indicativo de la importancia que el senado daba a estas acciones (WALBANK, *HCP,* I, pág. 435).

[13] Sobre la muerte de Albino, LIVIO, XXIII 24, 6-13. FRONTINO, *Estratagemas* I 6, 4, cuenta los detalles de la tala de árboles realizada para emboscar a los romanos en el monte Litana. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 253.

[14] Cónsules sufectos fueron, primero, Marco Claudio Marcelo y, luego, Quinto Fabio Máximo Verrucoso. LIVIO, XXIII 30, 13-31, 14. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 254.

[15] La cronología de estos hechos en Zonaras resulta bastante descuidada. Ver LIVIO, XXIII 48, 4-49. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 255.

[16] *Cognomen* que usa Zonaras en vez de *Laevinus* (Levino). Ver LIVIO, XXIV 10, 4; 11, 3; 20, 12 y 40, 1-17. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 260.

[17] Las iniciativas de Filipo y el posterior regreso, interpretado como huida, en LIVIO, XXIV 40, aunque conviene ver desde 33. GRUEN, *Hellenistic World,* págs. 376-7. También, POLIBIO, V 110, PLUTARCO, *Arato,* 51, 2, y GRUEN, cit., págs. 258-9.

[18] Quinto Fabio Máximo Verrucoso y Marco Claudio Marcelo. Todas las vicisitudes en LIVIO, XXIV 10-11 y 19-20; PLUTARCO, *Marcelo* 9-13 y *Fabio Máximo* 19. BROUGHTON, *MRR,* I, págs. 258-9.

[19] A Tiberio Sempronio Graco le prorrogaron el *imperium* como procónsul en Apulos. LIVIO, XXIV 10, 3; 11, 3; 14-16, más monográficamente, y 20, 1-2. VALERIO MÁXIMO, V 6, 8, habla de manumisión de

esclavos a propósito de la batalla de Benevento. También FRONTINO, *Estratagemas* IV 7, 24, con más detalles sobre las argucias empleadas para recuperarlos. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 260.

[20] Sobre las campañas de Marcelo en Sicilia, LIVIO, XXIV 21, 1; 27, 6-31; 33, 9-35.2. WALBANK, *HCP*, I, pág. 69. PLUTARCO, *Marcelo* 13-19. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 259.

[21] Más detalles sobre las máquinas de Arquímedes en relación con la guerra, en PLUTARCO, *Marcelo* 14-16. En la historia de la ciencia es más famoso por la determinación de las proporciones de oro y plata, según VITRUBIO, IX *praef.* 9-10, por lo que exclamó *heúrēka*, lo que desconcertó a Hierón. También se le reconoce la construcción de la doble esfera, pues, según PLUTARCO, *Marcelo* 17, 5-12, se alejaba de lo utilitario para buscar la belleza de la proporcionalidad. En este sentido menciona CICERÓN, *Tusculanas* V 64-66, la esfera que fue colocada sobre su tumba. Ver *OCD*, 1996[3] *s.v.* Entre sus otros escritos, hizo época el que trataba de la flotación de los cuerpos que suponía el descubrimiento de la hidrostática. Ver E. J. DIJKSTERHUIS, *Archimedes*, Princeton, U.P., 1987 (1938), págs. 26-32 (defensa de Siracusa); 373-398 (hidrostática). Sobre el asedio, ECKSTEIN, *Senate*, págs. 157-165.

[22] Ver LIVIO, XXV 16. VALERIO MAXIMO, I 6, 8, lo llama cónsul aunque en este año lo eran Quinto Fulvio Flaco y Apio Claudio Pulcro, según LIVIO, XXV 2, 4. Aníbal entregó sus restos a los romanos con el máximo honor, según VALERIO MÁXIMO, V 1, ext. 6, y APIANO, VII *(Aníbal)* 35. Por lo demás, todas las fuentes insisten en el carácter insidioso de la derrota. Por ejemplo, OROSIO, IV 16, 15, y CICERÓN, *Tusculanas* I 89. BROUGHTON, *MRR*, I, págs. 267-9.

[23] Campaña llevada por ambos cónsules, según LIVIO, XXV 3, 22, y APIANO, VII *(Aníbal)* 37. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 267.

[24] Marcelo en Siracusa, LIVIO, XXV 23-26. Según FRONTINO, *Estratagemas* III 3, 1, hizo uso de un traidor, Sosístrato de Siracusa, por el que supo que Epicides hacía una distribución de vino, circunstancia que aprovechó Marcelo para tomar a los ciudadanos desprevenidos. Para Polieno, VIII 11, el traidor fue el espartano Damipo, citado también por Livio, que le contó que una torre se hallaba poco vigilada. Ver también, PLUTARCO, *Marcelo* 18-19. BROUGHTON, *MRR*, I, págs. 268-9.

[25] Elegido en 211 para el consulado del año 210. LIVIO, XXVI 22, 12-13, y FLORO, I 27, 25. BROUGHTON, *MRR*, I, págs. 277-8.

[26] LIVIO, XXVI 21, 13-17; 26, 8; 28, 10, se refiere a rivalidades con Marcelo (ver ECKSTEIN, *Senate*, pág. 178). El hecho de que sólo mencione un *nomen* hace pensar a BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 273, y nota 3,

pág. 277, que con más probabilidad se trate de Marco Cornelio Cetego, que sería cónsul en 204, y, antes, en 209, censor con Publio Sempronio Tuditano, sin que ninguno de los dos fueran cónsules. DEVELIN, *Practice*, págs. 121 y 196.

[27] Parece que se trata de un error por «procónsules» (CARY, *ad l.)*.

[28] Los cónsules de 211 son Gneo Fulvio Centúmalo y Publio Sulpicio Galba. Ver LIVIO, XXV 41, 11; XXVI 1, 1; POLIBIO, IX 6, 6. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 272. Quinto Fulvio Flaco y Apio Claudio Pulcro eran procónsules (LIVIO, XXVI 1, 2) y a ellos debe referirse Zonaras. BROUGHTON, *Id.*, pág. 274.

[29] La muerte de Apio Claudio Pulcro LIVIO, XXVI 16, 1, la sitúa antes de la capitulación, y POLIBIO, IX 3, 1-4, poco después. Más detalles en LIVIO, XXVI 5-7; 8, 6-9; 12-16; y pequeño comentario en 33, 4. (Capua, comentada por Fulvio y Apio, según PLUTARCO, *Comparación Pericles - Fabio Máximo*, 2, 1. También, APIANO, VII *(Aníbal)* 40. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 274.

[30] Vibio (CARY, *ad l.)*.

[31] Sobre el final de Capua, POLIBIO, IX 3-9; LIVIO, XXVI 4 y 15, 8-16, 4 (ECKSTEIN, *Senate*, 16). Detallado, APIANO, VII *(Aníbal)* 38-43. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 274.

[32] Las quejas de los siracusanos contra Marcelo, LIVIO, XXVI 5-9 y, sobre todo, 29-32. PLUTARCO, *Marcelo* 23, y VALERIO MÁXIMO, IV 1, 7. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 278. Las fuentes ven la acción del Senado como una defensa de las acciones de Marcelo. ECKSTEIN, *Senate*, pág. 175.

[33] Ver K. LOMAS, *Rome and the Western Greeks 350 BC-AD 200. Conquest and Acculturation in Southern Italy*, Londres-Nueva York, Routledge, 1993, esp. págs. 71-76.

LIBRO XVI

Que los romanos enviaron un heraldo a Aníbal a pe- 36 57
dirle que se hiciera una mutua devolución de prisioneros, a. 210 B. I, p. 239
pero no lo hicieron, aunque también él había enviado a Cartalón con este mismo fin. En efecto, como no lo habían acogido dentro de la muralla por el hecho de ser ene-

ZONARAS, IX

Los de Roma enviaron un heraldo a Aníbal para hacer una 11 6
mutua devolución de prisioneros. Pero no los intercambiaron, B. I, p. 239
puesto que no habían aceptado a Cartalón dentro de la muralla, por ser enemigo. Ni siquiera quiso venir a conversaciones con ellos, sino que al punto se volvió irritado.

Entonces Levino se concilió a los etolios, que eran aliados 12
de Filipo y ahuyentó de nuevo a éste que se había dirigido hasta Corcira, de modo que tuvo que regresar rápidamente a Macedonia[1].

Los de Roma enviaron a Hispania con tropas a Gayo Clau- 17
dio Nerón[2]. Se trasladó con la flota hasta el Ebro, de donde, tras encontrarse con el resto del ejército, marchó al encuentro de Asdrúbal antes de que se enterara de que estaba allí[3]. Tras haberle puesto cerco, fue víctima de un engaño. Pues Asdrúbal, al verse

migo, ni siquiera quiso llegar a conversaciones con ellos, sino que inmediatamente regresó llevado por su irritación (U[R] 7, p. 379).

38 B. I, p. 240 Que Escipión, el que había salvado a su padre herido, era muy poderoso por la excelencia de su naturaleza y muy notable por su cultura; la inteligencia, tanto para el conocimiento como para el uso de las palabras, por lo menos cuando tenía necesidad, la poseía en alto grado, y eso que no era menos firme en las acciones, tanto como para que lo consideraran hombre no sólo de grandes pen-

ZONARAS, IX

cogido, envió un heraldo a Nerón con el ofrecimiento de marcharse y abandonar Hispania entera. Como aquél con gusto aceptó las propuestas, emplazado para que pusieran en obra los pactos al día siguiente, de noche dispersó a los hombres por diferentes
2 lugares de los montes. Después de haberse marchado aquéllos,
B. I, p. 240 dado que no había vigilancia por parte de los romanos a causa de la confianza puesta en los pactos, se presentó al día siguiente a la cita con Nerón, y lo empleó entero antes de decidirse a nada. Sin embargo, de nuevo siguió dispersando a todos de noche. Esto fue lo mismo que hizo durante algunos días, pues seguía habiendo desacuerdo en el tratado. Cuando se había marchado toda la infantería, por fin también él con la caballería y los elefantes se retiró. Puesto a salvo, de nuevo se hizo temible para Nerón.

3 B. I, p. 240 Al enterarse de esto los de Roma condenaron a Nerón y votaron poner el cargo en manos de algún otro. Como no sabían a quién podrían enviar (pues el asunto requería un hombre de fortuna y muchos renunciaban a causa de la desgracia de los Escipiones), se ofreció voluntariamente para la campaña aquel Publio
4 Escipión que había salvado a su padre herido[4]. Era muy fuerte por su virtud y muy notable por su cultura. E inmediatamente fue elegido. Al arrepentirse no mucho después a causa de su edad

samientos, sino también de grandes acciones, no gracias a una jactancia huera sino a su reflexión responsable. Así pues, por esto y porque honraba a la divinidad de manera estricta, resultó elegido. Efectivamente, no había iniciado ninguna empresa ni pública ni privada sin haber subido antes al Capitolio y haber pasado allí algún tiempo. Por eso cobró fama de que su nacimiento se debía a que Zeus había entrado en unión con su madre en forma de serpiente. De ahí que muchos pusieran ciertas esperanzas en él (V. 40, p. 601: parcialmente Focio, *Lex* [= Suidas, *Etym. Magn.* y Bachm., *Anecd. Gr.* I, 248] todos con: «Dion en el libro XVI de la *Historia Romana*»).

Que Escipión, aún sin haber tomado la denominación 40
legal del cargo en el momento en que había sido votado, B. I, p. 241
se hizo muy amigo del contingente de tropas, practicó con

ZONARAS, IX

(pues tenía veintitrés años) y porque su casa estaba de luto por la muerte de su padre y de su tío, vino de nuevo ante la comunidad a pronunciar un discurso y, como por lo que dijo avergonzó a los del senado, no lo privaron de la magistratura, pero enviaron con él a Marco Junio, que era hombre maduro[5].

Para los romanos, después de esto, las cosas progresaron, no 5
sin fatigas, a mejor. En efecto, Marcelo, una vez que después de B. I, p. 241
acusado había sido absuelto, se lanzó contra Aníbal y la mayor parte de las acciones las emprendía de manera cautelosa, pues temía correr riesgo ante quienes se encontraban en situación desesperada. Cuando alguna vez se vio obligado a trabar combate, se mostró superior gracias a su prudencia combinada con una audacia bien entendida. Aníbal por este motivo, porque las ciudades que habían sido sus aliadas unas lo habían abandonado y otras lo estaban pensando, y por algunas otras razones, comenzó a devastar los territorios que no era capaz de ocupar. A muchos los arrasó y fueron más los que por este motivo hicieron defección.

ellos, que habían perdido el hábito por la falta de jefe, y les levantó el ánimo, pues estaban angustiados por las desdichas. A Marcio[6] no lo consideró hostil, como suele hacer la mayoría, por haberse hecho famoso, sino que lo cele-

ZONARAS, IX

6 En torno a la ciudad de Salpia[7] sucedió lo siguiente. Dos hombres con diferencias entre sí tenían el control de la situación. Alinio[8] era partidario de los cartagineses, Plaucio[9] de los romanos, y éste entró en diálogo con Alinio para tratar de la entrega a los romanos. Como éste lo denunció a Aníbal inmediatamente,
7 Plaucio fue sometido a juicio. Mientras decidía Aníbal junto con los consejeros cómo lo castigaría, en su presencia se atrevió a hablarle de nuevo a Alinio de la traición, cuando estaba cerca. Pero como aquél gritó: «mira, mira, todavía me sigue hablando de lo mismo», Aníbal no se lo creyó por lo absurdo, sino que lo perdonó como víctima de una delación. Una vez liberado, ambos se pusieron de acuerdo y, con soldados venidos de parte de Marcelo, destruyeron la guarnición de los cartagineses y entregaron la ciudad a los romanos.

8 Así se encontraba la situación en Italia para los cartagineses. Pero ni siquiera Sicilia estaba en buena disposición hacia ellos, sino que se inclinaba hacia el cónsul Levino. En efecto, el jefe de los cartagineses de Sicilia era Hannón y compartía con él el mando de la expedición Mutinas. Éste, que recientemente había estado con Aníbal, al hacerse objeto de odio porque había realizado grandes hazañas, muestras de su virtud, fue enviado a Sici-
9 lia. Como también allí desempeñó brillantemente la jefatura de la caballería, fue objeto de envidia por parte de Hannón y por este motivo fue cesado del cargo de jefe de la caballería. Como quedó muy dolido a consecuencia de ello, se inclinó del lado de los romanos. En primer lugar colaboró con ellos en la entrega de Acragante[10], pero luego alcanzó otros objetivos, de modo que una vez más toda Sicilia se encontró en sus manos sin gran esfuerzo[11].

braba siempre, tanto en sus palabras como en sus acciones. En efecto, era capaz de ascender, no por encima de la desgracia y destrucción del vecino, sino gracias a su propio valor. Éste no fue el menor motivo por el que se ganó a los soldados (V. 41, p. 602).

Que, al surgir una revuelta de los soldados, Escipión 42
distribuyó muchos bienes entre ellos, pero también entre- B. I, p. 243
gó muchos al tesoro público. De los prisioneros, a una

Zonaras, IX

Fabio y Flaco se apoderaron de muchas ciudades, incluida 1 8
Tarento, cuando la tenía ocupada Aníbal. Pues tras dar órdenes a algunos de que acudieran al Brucio, con el fin de que Aníbal para socorrerlo se apartara de Tarento, una vez que esto ocurrió, Flaco se dedicó a espiarlo y Fabio entre tanto, tras lanzarse sobre Tarento por la noche con las naves y con la infantería al mismo tiempo, gracias tanto a su impulso como a la traición, se apoderó
de la ciudad[12]. Entonces Aníbal, irritado por el engaño, se esfor- 2
zó por idear alguna maquinación contra Fabio. Le envió una carta desde Metaponto como si procediera de sus habitantes para ofrecerle la entrega de la ciudad, con la esperanza de que, si avanzaba de modo irreflexivo, le tendería una emboscada. Pero aquél sospechó lo que sucedía y, al comparar las letras con las de las cartas que antes había escrito a los tarentinos, descubrió la insidia en razón de su similitud.

Escipión, durante el resto del tiempo, aunque quería vengar a 3
su padre y a su tío y estaba deseoso de obtener la gloria de la guerra, sin embargo no atacó debido al número de los adversarios. Pero cuando se enteró de que ellos invernaban en algún lugar lejano, los dejó y se dirigió hacia la Cartago de allí. Con todo, nadie en absoluto se enteró de su marcha antes de que se encontrara en la misma Cartago. Y se apoderó de la ciudad con esfuerzo[13].

Capturada Cartago, estuvo a punto de surgir una enorme re- 4
vuelta entre los soldados. Como Escipión había prometido dar B. I, p. 243

parte la distribuyó en la flota y a los rehenes los devolvió a todos sin rescate a sus familiares. Por este motivo se pasaron a su lado muchos pueblos, y también muchos jefes,
43 entre otros los ilergetes Indíbil y Mandonio. El pueblo de
B. I, p. 244 los celtíberos, que era el más numeroso y el más fuerte de los que vivían cerca, se le sumó del modo siguiente. Como de entre los prisioneros tomó a una doncella que sobresalía por su belleza, se sospechó por varios motivos que estaba enamorado de ella, pero al enterarse de que estaba prometida a Alucio, uno de los celtíberos, que ocupaba un cargo, lo mandó llamar inmediatamente y le devolvió a la joven con los rescates que sus parientes habían entregado por ella. A partir de esta acción, se los atrajo a ellos y a los demás[14] (V. 42, p. 602).

Zonaras, IX

una corona al primero que subiera al muro, dos hombres, uno romano, otro de los aliados, rivalizaron por este motivo. Cuando mostraron sus diferencias, también se crispó el resto de la multitud y la agitación llegó a tal grado que bien hubiera podido ocurrir algo terrible, si Escipión no los hubiera coronado a ambos, e hizo una abundante distribución entre los soldados, pero también dio una aportación abundante a los tesoros públicos y a los rehe-
5 nes detenidos allí los devolvió a todos a sus parientes. Por ello
B. I, p. 244 muchos pueblos, e incluso muchos jefes, se pasaron a él y el pueblo de los celtiberos entre los últimos. En efecto, como había cogido entre los prisioneros a una doncella que sobresalía por su belleza, se pensó que se había enamorado de ella, pero, al enterarse de que estaba prometida a uno de los celtíberos que ocupaba un cargo, lo mandó buscar y le entregó a la joven, a la que acompañó con los rescates que sus parientes le habían traído. Por este motivo se ganó la adhesión de ellos y de los que quedaban.

Que Escipión era severo en el mando, pero indulgente en el trato, temible para los que le hacían frente, pe- 48 B. I, p. 245

ZONARAS, IX

Al enterarse de que Asdrúbal, el hermano de Aníbal, se 6
acercaba no sin esfuerzo, que desconocía todavía la captura de la B. I, p. 244
ciudad y que no esperaba en absoluto encontrarse con una expedición enemiga, se adelantó a salirle al encuentro[15]. Tras vencerlo, pasó la noche en su propio campamento y después se ganó la adhesión de muchos de los del lugar. Era en efecto severo en el mando, pero indulgente en el trato, severo con los que le hacían frente, pero con los que cedían era incluso muy humano. Como había hecho una profecía, según la cual iba a acampar en el territorio de los enemigos, todos le rendían honores. Los iberos incluso lo llamaban gran rey[16].

Asdrúbal, al perder las esperanzas en Hispania, decidió mar- 7
char hacia Italia. En invierno, mientras él partía tras haber hecho B. I, p. 245
sus preparativos, sus compañeros en el mando que se quedaron en el territorio se dedicaron a darle trabajo a Escipión, de modo que no pudiera perseguir a Asdrúbal ni aliviar la guerra a los romanos de Italia presentándose allí, ni navegar contra Cartago. Escipión desde luego no persiguió a Asdrúbal, pero envió correos por medio de los cuales les anunció su llegada a los de
Roma y él se entretuvo con los que tenía a mano[17]. Al ver que 8
sus adversarios se encontraban por muchos lugares del territorio, tenía miedo de que, al trabar combate con algunos de ellos, convocara en un solo lugar a todos para ayudarse los unos a los otros. Entonces, hizo una expedición contra Asdrúbal el de Gisgón, pero envió a Silano[18] a la Celtiberia contra Magón y a su hermano Lucio Escipión a la Bastetania[19]. Éste la ocupó en acción bélica, venció a Magón, que huyó junto a Asdrúbal, y en su persecución vino a unirse a Escipión que todavía no había obtenido ningún resultado.

Entonces, al llegar Magón junto a Asdrúbal y Lucio junto a 9
su hermano Escipión, en primer lugar libraron un combate tras B. I, p. 246

ro humanitario para los que cedían. Además, a causa de la gloria de su padre y de su tío, tenía muchísima fuerza para

ZONARAS, IX

lanzarse con la caballería sobre la llanura, pero luego se alinearon frente a frente con todo el ejército, sin llegar a combatir. Esto sucedió durante más días. Una vez que tuvo lugar el encuentro, los aliados de los cartagineses y ellos mismos fueron derrotados, su fortificación fue conquistada por los romanos, quienes utilizaron las provisiones que había en ella. Era lo que tres días antes Escipión había predicho, según cuenta la tradición. En efecto, como les habían faltado los recursos para la alimentación, predijo (sin que se sepa de dónde le venía) que «en este día usaremos los de los enemigos». A continuación, tras dejar a Silano encargado de los adversarios que quedaban por allí, partió hacia las demás ciudades y se ganó la adhesión de muchas. Después de establecer las disposiciones pertinentes sobre lo capturado, invernó allí y a su hermano Lucio lo envió a Roma a comunicar lo sucedido y a llevar a los prisioneros, para que se informara de lo que pensaban los de Roma de él.

9 1 Los de Italia por una parte sufrían a causa de una epidemia y por otra llevaban las de perder en las batallas, porque además se habían rebelado algunos etruscos. Más que nada les dolió el hecho de perder a Marcelo. Pues en el momento en que lanzaban su ejército sobre Aníbal, que se encontraba en Locros, y al verse ambos cónsules rodeados por una emboscada, Marcelo pereció
2 al punto y Crispino herido murió no mucho después[20]. Cuando se encontró el cuerpo de Marcelo, Aníbal, tras quitarle el anillo con el que sellaba sus escritos, envió documentos a las ciudades como si fueran remitidos por aquél y dispuso cuanto quiso, hasta que al saberlo Crispino les aconsejó que estuvieran en guardia. Así la situación se volvió contra Aníbal. En efecto, después de haber enviado un mensajero a los de Salpia por medio de uno que se presentaba como desertor, como si fuese Marcelo

crear confianza en lo que hacía, por el hecho de parecer que era ilustre, gracias a la virtud de su linaje y no gracias

Zonaras, IX

se acercó de noche a la muralla e hizo uso de la lengua latina con 3
otros que la conocían, para parecer que eran romanos. Pero, al B. I, p. 247
enterarse los salpenos de esta farsa, fingieron a su vez que creían que realmente avanzaba Marcelo y tras abatir la puerta hicieron entrar a cuantos les pareció que eran suficientes para ser ejecutados por su parte, de modo que los mataron a todos. Aníbal partió al punto, al enterarse de que los locros estaban siendo sitiados por los romanos que habían cruzado el mar desde Sicilia.

Publio Sulpicio[21], con los etolios y otros aliados, devastó 4
una buena parte de Acaya. Al haberse aliado Filipo de Macedonia con los aqueos, los romanos habrían sido expulsados totalmente de Grecia si, en un momento en que a Filipo se le cayó el casco, los etolios no lo hubieran recogido, pues, al llegar a los macedonios el rumor de que había muerto, se originó entre ellos una revuelta y tuvo miedo de verse privado de la realeza, por lo que se apresuró a ir a Macedonia. Entonces los romanos permanecieron en Grecia y dominaron algunas ciudades.

Al año siguiente, cuando se anunció la llegada de Asdrúbal, 5
los de Roma reunieron sus fuerzas e hicieron venir a sus aliados, a. 207
tras haber elegido como cónsules a Claudio Nerón[22], y a Marco Livio[23]. A Nerón lo enviaron contra Aníbal y a Livio contra Asdrúbal[24]. Éste le hizo frente junto a la ciudad de Sena, pero no llegó inmediatamente a las manos. Durante muchos días permaneció en el sitio. Sin embargo, tampoco Asdrúbal tuvo prisa por
combatir, sino que esperaba tranquilamente a su hermano. Nerón 6
y Aníbal, por su parte, disponían sus tropas hacia Lucania y ninguno de los dos se colocó tampoco en orden de batalla, pero se enzarzaban entre sí de diferentes maneras. Aníbal realizaba frecuentes cambios y Nerón lo observaba cuidadosamente. Al estar en verdad siempre en situación más fuerte que él y haberse apo-

al azar. Entonces más todavía, por la rapidez de la victoria, porque Asdrúbal tuvo que retirarse a la tierra del inte-

ZONARAS, IX

derado de la carta que le había enviado Asdrúbal, se sintió seguro frente a Aníbal, pero, por temor a que Asdrúbal gracias al número venciera a Livio, se atrevió a emprender una gran ac-
7 ción[25]. Dejó pues una parte suficiente para rechazar de allí a As-
B. I, p. 248 drúbal simplemente con que se pusiera en movimiento, después de dar la orden de hacerlo todo para que él creyera que se quedaba y, tras seleccionar lo más escogido del ejército, partió como si fuera a trabar combate con alguna ciudad cercana, pero nadie conocía sus intenciones. Se lanzó sobre Asdrúbal, llegó de noche junto a su colega y acampó en su retaguardia. Ambos se prepa-
8 raban para lanzarse sobre él súbitamente. Pero no pasaron desapercibidos, sino que Asdrúbal se dio cuenta de lo que había sucedido a partir de las órdenes duplicadas que se producían. En efecto, cada uno de los cónsules daba órdenes particularmente a los suyos. Con la sospecha de que realmente Aníbal había sido derrotado y que había muerto (pues mientras sobreviviera no podía pensar que Nerón hubiera venido contra él), decidió retirarse hacia el territorio de los galos, enterarse allí exactamente de lo que había pasado con su hermano y así hacer la guerra en el momento oportuno.

9 De este modo partió de noche después de anunciar al ejército que se retiraban, pero los cónsules gracias al tumulto sospecharon lo que pasaba, aunque no se movieron inmediatamente a causa de la oscuridad. Con la aurora, enviaron delante a los caballeros a perseguirlos y ellos los siguieron. Asdrúbal hizo frente a los caballeros como si estuvieran solos, pero sobrevinieron los cónsules y los hicieron retroceder, de modo que mientras huían los persiguieron y mataron a muchos. Ni siquiera los elefantes
10 les sirvieron de ayuda. En efecto, dado que algunos de ellos, heridos, causaban mayores males a los que tenían alineados detrás que los enemigos, Asdrúbal transmitió la orden a los que

rior[26] y principalmente porque incluso se había enterado, bien por haberlo sabido realmente por alguna divinidad,

ZONARAS, IX

los montaban de que inmeditamente degollaran a los animales heridos. Morían muy fácilmente si los picaban con algún instrumento de hierro bajo la oreja. Ellos perecieron a manos de los cartagineses y los hombres a manos de los romanos. Cayeron
tantos que los romanos, completamente saturados de muerte, no 11
quisieron perseguir a los demás. Después de acabar con muchos, incluido el propio Asdrúbal, tras recoger muchísimo botín y de haber encontrado en el campamento alrededor de cuatro mil prisioneros romanos, consideraron que se habían resarcido suficientemente de la desgracia de Cannas[27].

Hecho esto, Livio permaneció en el territorio y Nerón al sex- 12
to día llegó de nuevo a Apulia sin que hasta entonces se hubieran B. I, p. 249
dado cuenta de que había partido. Envió a algunos de los capturados al campamento de Aníbal para que le hicieran saber lo sucedido y empaló en algún lugar cercano la cabeza de Asdrúbal. Entonces aquél, al enterarse de que su hermano había sido derrotado y de que estaba muerto, de que Nerón le había vencido y había regresado, mucho se lamentó y muchas veces invocó a la fortuna y a Cannas. Regresó al Brucio y allí permaneció a la expectativa[28].

Escipión, hasta que todo lo concerniente a Hispania estuvie- 1 10
ra organizado recibió la orden de encargarse del gobierno de los asuntos de allí. En primer lugar, navegó a África con dos quinquerremes mientras Asdrúbal, el hijo de Gisgón, abordaba allí al mismo tiempo que él. Como Sífax se encargó de acogerlos a ambos (pues tenía un acuerdo con los cartagineses como rey de una parte de África), al intentar reconciliarlos, Escipión dijo que no tenía ninguna enemistad personal y en cambio por sí solo no podía en nombre de la comunidad llegar a la reconciliación.

Así pues, regresó de nuevo. Hizo la guerra a los iliturgita- 2
nos, porque a los romanos que se habían refugiado junto a ellos

bien por azar, de que acamparía en terreno de los enemigos, que era lo que ocurría, todos lo trataban como si

Zonaras, IX

después de la muerte de los Escipiones los habían entregado a los cartagineses. No se apoderó de su ciudad antes de que él mismo se atreviera a subir a la muralla y resultara herido. En efecto, avergonzados los soldados y temiendo por él, entonces se lanzaron más animosamente. Tras la victoria mataron a todos los hombres y quemaron la ciudad entera. Con este temor muchos regresaron a su lado voluntariamente, pero otros muchos fueron sometidos por la fuerza. Algunos, al verse sitlados, quemaron sus propias ciudades y mataron a sus parientes y después se suicidaron.

3 Escipión, después de saquear la mayor parte del país volvió a Cartago[29]. Allí en honor de su padre y de su tío organizó juegos fúnebres con combates de armas. En el momento de la celebración de los combates, además de otros muchos, hubo uno entre dos hermanos que disputaban por la realeza, a pesar de los esfuerzos de Escipión para que se reconciliaran. El de más edad mató al más joven a pesar de que era más fuerte.

4 Luego Escipión cayó enfermo y, aprovechando la ocasión se
B. I, p. 250 rebelaron los hispanos. En efecto, un contingente de Escipión que invernaba cerca de Sucrón inició el movimiento. Tampoco antes se había mostrado muy dócil, pero no había dado señales de una clara rebelión. Pero entonces, al enterarse de que Escipión estaba enfermo y puesto que además se les había retrasado la paga, se rebelaron abiertamente y, tras expulsar a sus tribunos, nombraron por votación cónsules propios. Eran aproximadamente ocho mil. Al enterarse de esto, los hispanos tuvieron más facilidades para rebelarse y comenzaron a devastar el territorio aliado de los romanos. Magón, que ya estaba dispuesto a abandonar Gades, no lo hizo y, tras pasar al continente, provocó bastantes perjuicios.

5 Al enterarse de esto, Escipión, en un mensaje enviado al campamento rebelde, les anunció que en adelante iba a ser indulgente, porque se habían amotinado a causa de la falta de vi-

fuera superior a ellos, e incluso los iberos lo llamaban gran rey (V. 43, p. 605).

Zonaras, IX

tuallas y porque consideraba justo no abrigar por esto ninguna sospecha, además de alabar a quienes habían asumido el mando, para que no les pasara nada terrible ni actuaran en medio de la anarquía. Al haberles escrito Escipión tales cosas, los soldados, cuando se enteraron de que sobrevivía y no estaba irritado con ellos, ya no volvieron a moverse en absoluto, pero cuando estuvo 6
restablecido, ni siquiera entonces los amenazó con dureza, sino que les prometió que les restituiría el alimento y les dijo a todos que vinieran a verlo cuando quisieran, o juntos o por partes sucesivamente. Los soldados no se atrevieron a acudir en grupos pequeños y acudieron todos juntos. Escipión los distribuyó para acampar fuera de la muralla (pues iba a caer la tarde) y les proporcionó las provisiones abundantemente. Mientras ellos acampaban, él dispuso que los más duros entraran en la ciudad y por la noche, tras detenerlos, los encarceló. Al llegar el día, como si 7
fuera a salir en expedición hacia algún lugar, hizo marchar a todo su ejército por delante. Luego, a los que acababan de venir los convocó dentro de la muralla sin sus armas, para que hicieran la campaña junto a él, tras haber recibido los víveres. Una vez que de este modo hicieron la entrada, dio señales a los que se habían retirado para que regresaran como estaban. Después de rodearlos les lanzó muchos insultos y amenazas y, finalmente, dijo: «aunque todos sois dignos de morir, sin embargo no os voy a matar a todos yo mismo, sino que a los pocos que tengo apresados les aplicaré la justicia y dejo ir a los demás». Tras decir esto hizo sa- 8
lir al centro a los que habían sido aprisionados y, tras atarlos a cruces y torturarlos, los mató. Como algunos de los que estaban alineados, indignados empezaron a alborotarse, a bastantes de ellos también los castigó. A continuación, tras dar la paga a los demás, salió en campaña contra Indíbil y Mandonio. Como éstos no se atrevían a trabar combate con él, se adelantó y venció.

47 (Dion) en el XVI «Todos merecéis morir y, sin em-
B. I, p. 251 bargo, no os voy a matar a todos, sino que a unos pocos, que están ya en el calabozo, los ajusticiaré y a los demás los dejo en libertad» (Suidas, *s.v. edikaiṓthēsan. Etym. Magn.* p. 316, 9, *Lex Seguer;* Bachm., *Anecd. Gr.* 1, 206; Cram., *Anecd.* Par. 4, 168).

Zonaras, IX

9 Cuando llegaron a un acuerdo, la mayor parte del resto de
B. I, p. 251 Hispania fue esclavizada, Magón abandonó Gades y Masinisa se puso del lado de los romanos. En efecto, los cartagineses, al morir Asdrúbal, el hermano de Aníbal, decidieron marcharse de Hispania, pero recuperar la situación en Italia. Enviaron dinero a Magón para que, tras reunir un ejército auxiliar marchara en ex-
10 pedición hacia allí. Cuando partió de nuevo hacia Italia llegó a las islas Gimnesias. Se desvió de la mayor, por no haber podido desembarcar en ella (pues los aborígenes desde lejos disparaban la honda, ya que eran los mejores en esta práctica) y, tras poner rumbo hacia la más pequeña, allí permaneció todo el invierno. Estas islas se encuentran junto al continente cerca del Ebro. Son tres, que en su conjunto griegos y romanos llaman Gimnesias y los hispanos Valerias y Hiasusas[30], pero particularmente a cada una con nombres muy significativos, a una Ebuso, a otra Mayor y Menor a la tercera[31]. Los romanos ocuparon Gades[32].

Tzetzes, *in Lycophr. Alex.* 633

Dion Cocceyano dice que éstas están cerca del río Ebro, cerca de las columnas europeas de Heracles, que los griegos y los romanos las llaman conjuntamente islas Gimnesias y los hispanos Valerias, «saludables».

NOTAS

[1] Envío de Levino a Grecia: LIVIO, XXVI 28, 1. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 278.

[2] Enviado en el año 211 (LIVIO, XXVI 17, 1-3; APIANO, VI *(Iberia)* 17), quedó allí hasta la llegada del joven Escipión en otoño de 210 (LIVIO, XXVI 20, 4), BROUGHTON, *MRR*, I, págs. 274 y 280. El tipo de reclutamiento realizado hace pensar a ECKSTEIN, *Senate*, págs. 208-9, en las dificultades en que se encontraba Roma en ese momento.

[3] Sobre el encuentro con Asdrúbal, LIVIO, XXVI 17. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 280. Para las dudas que se han planteado acerca de estos acontecimientos, ver ECKSTEIN, *Senate*, ibid., nota 81.

[4] Detalles algo más complicados y matizados sobre Escipión y Nerón, en LIVIO, XXVI 18, 20. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 280. De POLIBIO, X 6, 7-9, 6, deduce ECKSTEIN, *Senate*, págs. 209-210 y n. 33, la debilidad objetiva de las fuerzas romanas como causa, más que determinadas actitudes individuales.

[5] Ver POLIBIO, X 6, 7. LIVIO, XXVI 19, 10, lo hace propretor, pero en XXVIII 28, 14, en un discurso, Escipión dice que Marco Junio Sileno había sido enviado *eodem imperio*. WALBANK, *HCP*, II, pág. 201.

[6] Lucio Marcio Séptimo, el que fue elegido jefe por los soldados después de la muerte de los Escipiones (ver CARY, *ad l.)*. La tradición se inventa una victoria suya sobre Aníbal. LIVIO, XXV 37-39.

[7] Salpia, o Salapia, según CARY *(ad l.)*, en Apulia.

[8] Corrupción por Dasio (CARY, *ad l.)*. LIVIO, XXVI 38, 6-11. APIANO VI *(Aníbal)* 45-47. PW, *RE*, IV, 2, 1901, col. 2219.

[9] Corrupción por Blatio (CARY, *ad l.)*.

[10] Agrigento.

[11] Livio, XXVI 40, 2-11. Eckstein, *Senate*, pág. 180.

[12] Sobre la toma de Tarento, Livio, XXVII 12, 2-3, acerca de los planes, y 15, 4-16, para todo el proceso de asedio y captura. Relato más lineal en Plutarco, *Fabio Máximo* 21-23. Datos sueltos en los Fragmentos de X 1, de Polibio. Broughton, *MRR*, I, pág. 282. Esto favoreció que lucanos y samnitas se pasaran a Roma, Errington, *Dawn*, pág. 79.

[13] Para estos episodios, sus antecedentes, la elección del joven Escipión, sus circunstancias dentro de la historia de las relaciones gentilicias en Roma y sus consecuencias, ver P. Grimal, *Le siècle des Scipions. Rome et l'hellénisme au temps des guerres puniques*, París, Aubier, 1975 (2.ª ed. aumentada), págs. 129-134.

[14] La historia de Alucio, en Livio, XXVI 50. A partir de ese momento es cuando los pueblos de la Península se pasan de manera más significativa a los romanos, entre 209 y 208. Sobre el tipo de pactos ver Polibio, X 38, 5, para Indíbil y Mandonio; X 34, 7, para Edecón; y Livio, XXVI 50, 7, para Alucio. Eckstein, *Senate*, pág. 214.

[15] En Bécula (Bailén). Ver Polibio, X 37, 6. Sobre las consecuencias de la batalla, 38, 7-8, con el comentario de Walbank, *HCP*, II, 248-250, y Apiano, V *(Iberia)* 24. Más datos en Livio, XXVII 18, 1-6. Eckstein, *Senate*, pág. 216.

[16] Momento este que algunos autores consideran clave para interpretar el origen y desarrollo de los aspectos ideológicos del poder que se consolidaría con la aparición del Principado. Ver Grimal, *Siècle*, págs. 135-6; R. Étienne, *Le culte impérial dans la Peninsule Ibérique d'Auguste à Dioclétien*, París, Boccard, 1958. Livio, XXVII 193-6; Polibio, X 40, 2-9. Otras interpretaciones se inclinan a ver en ello más bien un reflejo de tradiciones helenísticas. Walbank, *HCP*, II, 252. Sin embargo, posiblemente no haya que excluir ninguna interpretación, dado que esa tradición formó parte de manera contradictoria de los fundamentos ideológicos del Principado. D. Plácido, «La conquista del norte de la Península Ibérica: sincretismo religioso y prácticas imperialistas», *Mélanges Pierre Lévêque*, I, París, Les Belles Lettres, 1988, pág. 239.

[17] Ver también, Polibio, X 40, 11. Tito Livio, XXVII 20, 1-2, destaca el papel desempeñado por el *consilium* de altos oficiales de Escipión. En XXVIII 42, 14-15, se exponen las críticas posteriores de Quinto Fabio Máximo. Eckstein, *Senate*, pág. 216, y n. 117.

[18] Sobre los mandos sucesivos de Silano en Hispania junto con Escipión, Livio, XXVII 17. Ver Develin, *Practice*, pág. 39. En general,

sobre la campaña y la victoria de 207, XXVIII 1, 4-2, 14, y APIANO, VI *(Iberia)* 31. ECKSTEIN, *Senate*, pág. 217.

[19] Sobre las campañas de Lucio, LIVIO, XXVIII 3, donde se ven también los interesantes modos de crear alianzas, ECKSTEIN, *Senate*, pág. 218.

[20] Sobre la campaña y la muerte de los tres cónsules, ver LIVIO, XXVII 26-27, que, en 27, 12-14, se refiere a tres versiones de la muerte de Marcelo tomadas de Celio Antípatro (WALBANK, *HCP*, II, pág. 242), una sería la tradicional, otra procedente de la *laudatio* de su hijo, y la tercera que es la que el propio Celio transmite. También, POLIBIO, X 32; PLUTARCO, *Marcelo* 29; APIANO, VII *(Aníbal)* 50. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 290.

[21] Publio Sulpicio Galba. Ver LIVIO, XXVII 22, 10, y, sobre todo, mucho más extenso, POLIBIO, X 41-42. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 292.

[22] Gayo Claudio Nerón, personaje a quien las condiciones específicas de la guerra en Hispania convierten en prototipo de los cambios institucionales, al haber recibido antes, en 211, el *imperium* de la asamblea por tribus (DEVELIN, *Practice*, pág. 38), mientras que ahora, en 207, era el candidato del Senado. LIVIO, XXVII 34. DAVELIN, *id.*, pág. 106.

[23] Marco Livio Salinátor había sido cónsul ya en 219. La elección para el consulado de estos dos personajes, enemigos entre sí, muestra la irracionalidad reinante, resultado de las tensiones internas de Roma. ECKSTEIN, *Senate*, pág. 45, n. 86.

[24] Sobre la distribución de provincias, LIVIO, XXVII 35, 10, y 36, 10. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 294.

[25] Según LIVIO, XXVII 43, 1-11, y 45, 5, lo inspiraba el deseo de gloria. ECKSTEIN, *Senate*, págs. 46-47.

[26] La retirada no le impidió a Asdrúbal dirigirse a Italia. Desde ese momento, la Península Ibérica dejó de tener interés como campo de batalla de las guerras púnicas. GRIMAL, *Siècle*, pág. 133.

[27] Sobre la batalla del Metauro, POLIBIO, XI 1-3, con comentario de WALBANK, *HCP*, II, págs. 267-270; LIVIO, XXVII 43-51; FLORO, I 22, 50-54, APIANO, VII *(Aníbal)* 52-54. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 294.

[28] Tema objeto de atención por los autores que recogen anécdotas referentes a estratagemas militares. Por ejemplo, FRONTINO en *Estratagemas*, I 1, 9, explica cómo Claudio Nerón tramó su unión con Livio; en 2, 9, cómo se entera Aníbal de la unión de los dos ejércitos; en II 3, 8, de la estrategia de éstos; en IV 7, 15, cómo Livio prefirió dejar algunos enemigos para que lo contaran. También en LIVIO, XXVII 49.

[29] Cartagena.

[30] Corrupción por Baleares y Pitiusas (CARY, *ad l.*).

[31] O sea, Ibiza, Mallorca y Menorca, respectivamente.

[32] Los mismos gaditanos cerraron los puertos a Magón y se pasaron a Lucio Marcio Séptimo. LIVIO, en XXVIII 37, 10, es muy escueto: los gaditanos se entregan a los romanos después de la retirada de Magón. En XXVII 2, 5, se refiere a los privilegios posteriores solicitados por la ciudad con ese motivo. CICERÓN, *Pro Balbo* 34, habla de un *foedus* y es más claro en 39 acerca de la actitud de los gaditanos frente a los púnicos. APIANO, VI *(Iberia)* 37, atribuye a los gaditanos un papel menos activo. ECKSTEIN, *Senate,* pág. 226, cree que más que de un *foedus* se trata de un pacto más genérico, para apoyar a Roma. En cualquier caso, parece que todavía estaba vigente en los años 50 (Íd., pág. 228).

LIBRO XVII

Que Masinisa era en general un hombre muy podero- 50 57
so, pero los asuntos de la guerra los llevaba a cabo de ma- B. I, p. 253
nera excelente, tanto con sus decisiones como con la acción, y aventajaba en fidelidad no sólo a sus congéneres (pues ellos son en general poco fieles), sino también a los que se enorgullecen mucho de ella (V. 44, p. 605).

Que Masinisa se enamoró violentamente de Sofónide[1] 51
que poseía una hermosura llamativa (pues se encontraba en su mejor momento por la armonía de su cuerpo y por estar en la flor de la edad) y además se cultivaba por me-

ZONARAS, IX

Masinisa era un hombre que se contaba entre los más pode- 11 1
rosos. En efecto, tanto por la acción como por sus consejos re- B. I, p. 253
sultaba ser excelente en los asuntos de la guerra. Se pasó de los cartagineses a los romanos por la siguiente causa. Asdrúbal, el hijo de Gisgón, era amigo suyo y le había prometido a su propia hija Sofónide. Sin embargo, al ponerse en contacto con Sífax y darse cuenta de que compartía la causa de los romanos, dejó de
respetar el acuerdo al que había llegado con Masinisa, pero co- 2
mo, en cambio, quería ganarse para los cartagineses a Sífax, jefe de una potencia no despreciable, colaboró para que tomara el

dio de una firme educación en las letras y la música. Poseía, además de la finura de la vida urbana, una gracia seductora y, en conjunto, era tan amable que, sólo con verla o incluso escucharla, cualquiera quedaba cautivado, hasta el incapaz de amar (V. 45, p. 605).

53 *** Sin embargo también quiso vengarse de éste[2]. En
B. I, p. 254 efecto, al ser objeto de sospechas, escapó y, al llegar a África, provocó a Sífax y a los cartagineses muchos sufrimientos, tanto por sí solo, como en compañía de los romanos. Escipión, cuando se hubo ganado todo el territorio que está al interior del Pirineo, unas veces por la fuerza, otras por medio de acuerdos, dispuso la expedición contra África que siempre había deseado. Pues, aunque muchos se oponían, en ese momento se le encargó esta misión y se
54 le ordenó encontrarse con Sífax. Y habría realizado algo digno de su propia autoestima (pues o bien habría cogido Cartago de haber llevado la guerra a sus proximidades, o bien habría echado a Aníbal de Italia, que fue lo que hizo más tarde), si los romanos de la urbe no se hubieran convertido en un obstáculo, a veces por envidia hacia él, a

ZONARAS, IX

poder, que correspondía a Masinisa, por haber muerto entonces su padre, y le entregó a Sofónide en matrimonio. Ella sobresalía por su belleza y se ejercitaba, gracias a una sólida cultura, en las letras y la música, poseía la finura de la vida urbana y una gracia encantadora y era de tal modo amable, que sólo con verla o incluso escucharla cautivaba hasta al que resultara incapaz de amar.

3 Así pues, Sífax se adhirió por esto a los cartagineses y Ma-
B. I, p. 254 sinisa, en cambio, eligió el bando de los romanos, a quienes por todos los conceptos les resultó de gran utilidad[3]. Escipión, después de hacerse con todo el territorio que está al interior del Piri-

veces por miedo. En efecto, al pensar que la juventud cada vez trata de alcanzar objetivos mayores y que a quien muchas cosas le salen bien se hace insaciable de nuevas
hazañas, consideraron que sería muy difícil que el alma de 55
un jovencillo en su jactancia ***[4] no le convendría a él B. I, p. 255
servirse de la ocasión con vistas al poder personal y la gloria, sino a ellos mismos con vistas a la libertad y la salvación, lo destituyeron y, a quien ellos mismos habían colocado al frente de los asuntos públicos cuando estaban en condiciones de ver su utilidad, lo eliminaron de buen grado, porque había llegado a ser demasiado grande para la seguridad común. En esto no observaban cómo debelar a través de él totalmente a los cartagineses, sino cómo no
tener la experiencia por sí mismos de un tirano asumido 56
voluntariamente. Así pues, lo hicieron venir por medio de los dos pretores enviados como sustitutos. No le votaron el triunfo porque había hecho la expedición como ciudadano particular y no se le había asignado ninguna autoridad legal, pero lo dejaron sacrificar cien bueyes blancos en el Capitolio, realizar un festival y pretender el consulado para el tercer año[5]. En efecto, se habían celebrado hacía poco las elecciones para el siguiente.

En estos mismos tiempos, Sulpicio junto con Átalo 57
tomó Óreo por una traición y Opunte por la fuerza[6]. En B. I, p. 255

ZONARAS, IX

neo, unas veces por la fuerza y otras mediante acuerdos, se dispuso a hacer una expedición a África. Pero los de Roma, en parte por envidia de sus éxitos, en parte por temor de que se creciera tanto como para convertirse en tirano, lo hicieron llamar, por medio de los dos pretores enviados como sucesores suyos.

Así fue cesado de su cargo, mientras Sulpicio junto con 4
Átalo por el mismo tiempo tomaba Óreo por traición y Opunte

efecto, Filipo, a pesar de que estaba en Demetríade, no pudo venir en su ayuda rápidamente, puesto que los eto-
58 lios le bloqueaban los caminos. Entonces, cuando llegó, ya tarde, y sorprendió a Átalo disponiendo del botín de Opunte (en efecto, mientras éste había sido para él, a los romanos les había correspondido el de Óreo), lo rechazó violentamente en dirección a las naves, de modo que Átalo, a causa de esto y por el hecho de que Prusias, el rey de Bitinia, había atacado su territorio y lo estaba devastando, zarpó rápidamente hacia casa. Sin embargo, Filipo no sólo no se creció gracias a esto, sino que quiso pactar con los romanos, sobre todo porque al mismo tiempo Ptolomeo había enviado embajadores desde Egipto para llegar a un
59 acuerdo con ellos. Tras algunas conversaciones ***[7] ya no pidió la paz sino *** a los etolios de la alianza de los romanos *** tras haberlos separado los hizo sus amigos. Sin embargo no se hizo nada digno de recuerdo ni por ellos ni por ningún otro, ni entonces ni en el año siguiente en que fueran cónsules Lucio Veturio y Cecilio Metelo, a pesar de que los romanos tuvieron muchas señales y des-
60 gracias[8]. En efecto, fue engendrado un cordero hermafro-
a. 206 B. I, p. 257 dita, fue visto un enjambre ***, por las puertas del templo de Zeus Capitolino se deslizaron dos serpientes, a causa de la abundancia de agua fueron arrastradas las puertas

ZONARAS, IX

por la fuerza. En efecto, Filipo no pudo acudir en su auxilio rápidamente, al haberle bloqueado los caminos los etolios. Pero aunque llegó tarde, obligó a Átalo a refugiarse en sus naves. Sin embargo, Filipo quiso pactar con los romanos. Tras algunas conversaciones entre ellos, abandonó sus aspiraciones de paz, pero a los etolios, después de hacerles desistir de ser aliados de los romanos, los hizo sus amigos.

y el altar del templo de Poseidón, en Ancio se vieron espigas ensangrentadas cuando unos hacían la recolección, apareció una mujer con cuernos a ambos lados, muchos rayos en los templos *** (P. 1, p. 458 ss.).

Que Licinio Craso a causa de su distinción y hermosu- 52
ra, así como de su riqueza, por la que incluso recibió el a. 205 B. I, p. 257
sobrenombre de «Rico», como era sumo sacerdote, iba a

Zonaras, IX

Aníbal entretanto se mantenía tranquilo, pues acariciaba la 5
idea de salvar lo que le quedaba. Los cónsules, en el pensamien- B. I, p. 257
to de que se agotaría sin batalla, esperaban.

Al año siguiente fueron cónsules Publio Escipión y Licinio 6
Craso. Mientras éste permaneció en Italia, Escipión había recibi- a. 205 B. I, p. 257
do la orden de partir para Sicilia y África, a fin de que, si no podía apoderarse de Cartago, al menos apartara a Aníbal de Italia. Pero no recibió un ejército digno de consideración ni presupuesto para trirremes, pues era objeto de envidia a causa de su excelencia. Con dificultad le proporcionaron lo muy imprescindible[9].
Cuando él partió con la flota de los aliados y algunos voluntarios 7
reclutados del pueblo, Magón, que había zarpado de la isla[10], desembarcó en Liguria. Craso se dedicaba a acosar a Aníbal en el Brucio. Sin embargo Filipo llegó a un acuerdo con los romanos. En efecto, al enterarse de que Publio Sempronio había marchado a Apolonia con una fuerza considerable, se mostró dispuesto a pactar[11].

Escipión, el cónsul, tras desembarcar en Sicilia, se preparó 8
para navegar hacia África, pero no pudo hacerlo, pues ni la fuerza que tenía era suficiente ni estaba coordinada[12]. Por ello pasó allí todo el invierno, mientras ejercitaba a los que estaban con él y reclutaba a otros. Cuando estaba a punto de hacer la travesía, le llegó el anuncio desde Regio de que algunos habían traicionado a la ciudad de Locros. En efecto, tras haber denunciado al jefe de la guarnición y no haber obtenido ninguna satisfacción

permanecer en Italia sin someterse a sorteo[13] (V. 46, p. 605).

61 a. 204 B. I, p. 238 Que como Apolo Pitio había ordenado a los romanos que confiaran al mejor de los ciudadanos la misión de traer a la ciudad la diosa de Pesinunte[14], consideraron más que a ninguno y honraron especialmente a Publio Esci-

Zonaras, IX

9 de parte de Aníbal, se inclinaron en favor de los romanos. Entonces, después de enviar allí una fuerza, ocupó una gran parte de la ciudad de noche con ayuda de los traidores. Como los cartagineses se reunieron en la parte alta y apelaron a Aníbal, rápidamente se adelantó también Escipión y cuando se acercaba a la ciudad, con una incursión súbita lo repelió. Luego, después de tomar la acrópolis y haber confiado la ciudad entera a dos tribu-
10 nos, zarpó[15]. Sin embargo no pudo navegar hasta África. De tal modo los cartagineses le cogieron miedo a su arrojo, que mandaron dinero a Filipo para que trajera su ejército a Italia, enviaron trigo y soldados a Aníbal y naves y dinero a Magón, para que
11 impidiera a Escipión hacer la travesía ***. Los romanos, como
a. 204 por algunas señales concibieron la esperanza de obtener una brillante victoria, le confiaron el ejército de Sicilia a Escipión y le permitieron que reclutara tanta fuerza como quisiera[16]. En cuanto a los cónsules, a Marco Cetego le ordenaron hacer frente a Magón, y a Publio Sempronio a Aníbal.

12 1 B. I, p. 259 Los cartagineses, por temor a que Masinisa se pasara del lado de Escipión, convencieron a Sífax para que le devolviera el mando con la esperanza de que él se reconciliara. Entonces Masinisa sospechó lo que ocurría, pero se reconcilió de todos modos, para poder provocarles una gran derrota una vez que fuera considerado digno de confianza. En efecto, la rivalidad era mayor por Sofónide que por el poder. Por ello también se puso del lado de los romanos, pero fingía que había elegido el de los car-
2 tagineses. Sífax, por su parte, aunque actuaba en favor de los

pión, que era hijo de Gneo el que había muerto en Hispania[17]. La causa era que *** por todos los conceptos era considerado piadoso y justo. Entonces la trajo a la ciudad y concretamente al Palatino en compañía de las mujeres más ilustres (V. 47, p. 606).

Que al enterarse los romanos de lo que les pasaba a 62
los locros, creyendo que había sucedido por la falta de cuidado de Escipión, lo soportaron con dificultad y decidieron que cesara inmediatamente de su cargo a causa de su soberbia y que fuera llamado a juicio, pues su irritación

ZONARAS, IX

africanos, fingía estar comprometido con los romanos y, en un mensaje a Escipión, le pedía que no hiciera la travesía. Cuando Escipión escuchó esto, en secreto, para que no lo supieran los soldados, hizo volver al heraldo el mismo día sin que se relacionara con nadie más y, tras convocar al ejército, se apresuró a hacer la travesía, diciendo que los cartagineses estaban todavía desprevenidos y que antes Masinisa y entonces Sífax los llamaban y les reprochaban que se retrasaran. Tras decir esto se lanzó al ataque sin más tardanza. Después de haber atracado las naves 3
junto al promontorio llamado Apolonio, acampó y devastó el territorio, trabó combate con las ciudades y se apoderó de algunas. Cuando los romanos se encontraban en el territorio, Hannón, el jefe de la caballería, que era hijo de Asdrúbal el de Gisgón, fue convencido por Masinisa para que los atacara. Entonces Esci- 4
pión envió algunos jinetes para arrebatarles sus provisiones en B. I, p. 260
una incursión rápida, para que al huir alejaran a sus perseguidores. Así pues, al seguirles los cartagineses, cuando se volvieron según lo planeado, Masinisa, que estaba situado a su espalda, se lanzó con los suyos sobre los perseguidores y Escipión salió rápidamente de la formación y trabó combate con ellos. Hubo muchos muertos y muchos prisioneros, entre ellos el propio Hannón. Por esto Asdrúbal cogió a la madre de Masinisa, e hicieron 5

se exacerbaba porque vivía a la manera griega, porque se vestía el himacio y frecuentaba la palestra, porque se decía que se apoderaba de los bienes de los aliados para repartirlos entre los soldados y se sospechaba que retrasaba artificiosamente la navegación a Cartago, para adquirir aún más poder. Pero el hecho de que tuvieran tantos deseos de hacerlo volver se debía sobre todo a las presiones de los que lo envidiaban desde antes. Esto, de todos modos, no se llevó a cabo porque la plebe le tenía un gran afecto debido a las esperanzas *** (V. 48, p. 606)[18].

63 *** que ocupaban, montaron el campamento en un lu-
B. I, p. 259 gar conveniente, lo rodearon todo con empalizadas, pues habían traído estacas con esta misma intención. Nada más prepararlo, una enorme serpiente se deslizó hacia él por el camino que conduce a Cartago, de modo que, a partir de entonces, Escipión, siguiendo la fama de su progenitor, tuvo mayor entusiasmo para devastar el territorio y trabar
64 combate con las ciudades. Y se apoderó de algunas de
B. I, p. 260 ellas. Los cartagineses, todavía no *** preparados permanecieron quietos y Sífax, que era amigo de palabra, de

Zonaras, IX

B. I, p. 261 un canje. Sífax, al haber rechazado la propuesta de amistad hacia los romanos, tomó partido claramente por los cartagineses. Los romanos comenzaron a devastar también su territorio, se llevaron a muchos de los que habían sido enviados a África por Aníbal desde Italia e invernaron en el sitio.

6 Después de esto, en el consulado de Gneo Escipión[19] y Ga-
a. 203
B. I, p. 262 yo Servilio, los cartagineses, derrotados en la guerra, quisieron pactar, mientras que Aníbal y Magón fueron expulsados de Italia. En efecto, los cónsules habían hecho frente a Aníbal y Magón, mientras Escipión se dedicaba a devastar África y atacar

hecho se había mantenido entre ambos. En efecto, quería
negociar los acuerdos de éstos con Escipión, pues pensaba
que los que vencieran se harían amos de los otros, pero
también de él mismo y esperaba que, al estar equilibrados
entre sí, tanto más necesario les sería ponerse de acuerdo.
Entonces, cuando Escipión se encontraba en el territorio, 65
Hannón, el jefe de caballería (era hijo de Asdrúbal, el hijo
de Gisgón) *** fue convencido por Masinisa *** con los
cartagineses *** siendo hostil *** era digno de confianza.
Después de esto, Escipión, tras haber enviado algunos ji-
netes según el consejo de Masinisa, preparó una embos-
cada en los terrenos que resultaban más adecuados para la
rapiña, a fin de poder refugiarse cuando hicieran un asalto
y de alejar a quienes quisieran perseguirlos. Cuando esto 66
tuvo lugar, pues, los cartagineses atacaron y, al retroceder B. I, p. 261
súbitamente de acuerdo con lo establecido, los acosaron
con todas sus fuerzas; entonces Masinisa, que se había
quedado atrás con sus jinetes, se vio en la retaguardia de
sus perseguidores y Escipión, que se había salido de su
formación, corrió hacia ellos y les hizo frente, de modo

ZONARAS, IX

las ciudades[20]. En esto, tras apoderarse de una nave cartaginesa,
la dejó libre, puesto que fingieron que venían a verlo en embaja-
da. Desde luego, se dio cuenta del engaño, pero le dio más im-
portancia al hecho de no ser acusado de haber capturado a unos
embajadores y, como Sífax además estaba todavía tratando de 7
hacer pactos, con tal de que Escipión partiera de África y Aníbal B. I, p. 263
de Italia, aceptó el argumento, no porque confiara en él, sino pa-
ra anularlo. Así pues, después de enviar distintos mensajeros de
entre los soldados en varias ocasiones, con el pretexto de los
pactos, al campamento de los cartagineses y al de Sífax, cuando

que, separados en dos, en situación incierta, muchos murieron y otros muchos fueron capturados *** incluso
67 Hannón. Al enterarse de esto, Asdrúbal se apoderó de la madre de Masinisa y ambos fueron objeto de intercambio. Sífax, que sabía verdaderamente bien que Masinisa no iba a hacer la guerra con los cartagineses más que con él, como además temía que pudiera encontrarse sin ningún aliado si, abandonados por él, pudieran convertirse en víctimas, rechazó la amistad fingida hacia los romanos y se
68 alineó claramente con los cartagineses, pero no de modo tan total como para llegar a enfrentárseles, sino que aquéllos, con toda libertad, se dedicaban a hacer correrías para llevarse una buena cantidad de botín y reunieron a bastantes de los que antes habían sido enviados a África desde Italia por Aníbal, por lo que, con todo desprecio hacia ellos, también emprendieron una expedición contra Útica.
69 Al ver esto, Sífax y Asdrúbal, atemorizados, ya no se con-
B. I, p. 262 tuvieron, sino que se lanzaron para deshacer el asedio, pues no se atreverían a luchar al mismo tiempo contra ambos. A continuación invernaron en el territorio, después de tomar de allí mismo las provisiones necesarias y de haber hecho traer otras de Sicilia y Cerdeña. En efecto, las naves que les traían el botín a Sicilia también podrían llevar alimento[21].

Zonaras, IX

habían observado todo lo que había en ellos, rechazó el acuerdo con algún pretexto bastante verosímil, entre otras cosas porque
8 Sífax había sido descubierto conspirando contra Masinisa. De noche fue a su campamento, ya que no había mucha distancia entre uno y otro, y puso fuego al de Asdrúbal por muchos sitios al mismo tiempo. Como ardió con gran facilidad (pues sus tien-

En Italia, durante la guerra contra Aníbal, no había tenido lugar ninguna gran acción, pues Publio Sempronio, después de haber sido vencido en un encontronazo con Aníbal, lo derrotó a su vez, y Livio y Nerón, que eran censores, a los latinos que habían abandonado la colaboración militar y que habían recibido la orden de aportar una cantidad doble de soldados, les anunciaron que entregaran los inventarios, a fin de que otros les aportaran dinero mientras que fiscalizaron las salinas, que hasta entonces estaban exentas de impuestos. No he dicho esto por otro motivo, sino por el hecho de que Livio lo hizo para castigar a los ciudadanos por su votación contraria y recibió por ello un epíteto: fue llamado Salinátor. Por este motivo, desde entonces se hicieron muy famosos, además de que se arrebataron mutuamente sus caballos y se rebajaron a la condición de erarios[22] de acuerdo con la *** (P. 2, p. 460 ss.). 70 71

Zonaras, IX

das estaban hechas de caña y hojas), los cartagineses tuvieron que apartarse de mala manera y los de Sífax, cuando quisieron acudir en su ayuda, se tropezaron con los romanos que estaban alrededor, por lo que murieron muchos caballos y hombres y su campamento se quemó. Los romanos, después de haber hecho esto, de noche no tuvieron ningún percance, pero, al levantarse el día, los hispanos que habían venido recientemente como aliados de los cartagineses cayeron sobre ellos de manera inesperada y mataron a muchos.

9 Entonces inmediatamente Asdrúbal se retiró a Cartago y Sífax a su casa. Pero Escipión ordenó a Masinisa y a Gayo Lelio que interceptaran a Sífax, mientras él se lanzaba contra los cartagineses. A su vez, los cartagineses enviaron naves hacia el baluarte que los romanos usaban como cuartel de invierno y en el que lo habían almacenado todo, con la finalidad de, o bien apo-

72 B. I, p. 263 Que Escipión, tras apoderarse de una nave cartaginesa, la dejó ir sin haberle hecho ningún daño, puesto que habían andado errantes por ir en embajada hacia él. Sabía, en efecto, que había sido puesto como pretexto con vistas a la salvación de los capturados, pero le dio más importancia que a su misma captura al hecho de que no pudieran acusarlo de nada. Como entonces todavía estaba Sífax tratando de reconciliarlos, de modo que Escipión partiera de África y Aníbal de Italia, aceptó el argumento,

Zonaras, IX

10 B. I, p. 264 derarse de él, o bien alejar de ellos a Escipión. Y así fue. Pues, al enterarse de lo que pasaba, regresó y, después de presionar en dirección al puerto, lo puso bajo vigilancia. En el primer día, los romanos rechazaron fácilmente a los que vinieron a luchar contra ellos, pero al siguiente fueron completamente derrotados. En efecto, a las naves de los romanos las arrastraron arrojándoles garfios de hierro. Pero no se atrevieron a bajar a tierra, sino que, tras volver navegando a casa, depusieron por votación a Asdrú-
11 bal y eligieron en su lugar a un tal Hannón. Desde este momento, Hannón se convirtió en general, pero aquél, tras tomar por su propia cuenta algunos esclavos y desertores, formó una fuerza no despreciable y, después de haber convencido a algunos de los hispanos que combatían al lado de Escipión, en secreto intentó atacar por la noche su campamento. Y lo habría logrado si no llega a ser porque los adivinos, perturbados por causa de las aves, y la madre de Masinisa, inspirada por la divinidad, promovieron una investigación. Cogidos, fueron castigados y Escipión de nuevo emprendió la expedición hacia Cartago y devastaba su
13 1 tierra, mientras Sífax hacía la guerra a los de Lelio. Durante un tiempo resistió. Luego los romanos se mostraron superiores, mataron a muchos hombres y a muchos otros los cogieron vivos y capturaron a Sífax[23]. El palacio de Cirta lo tomaron sin combate, con sólo mostrarles a los de dentro que él estaba apresado.

no porque confiara en él, sino para anularlo (V. 49, p. 606)[24].

Que los romanos vinieron ante Escipión trayendo, en- 73
tre otros muchos presos, a Sífax. No le agradó verlo atado B. I, p. 264
y, tras recordar la recepción de que había sido objeto en su presencia, y hacer sus reflexiones sobre los sufrimientos humanos, pues veía que, aunque era un rey con un ejército no pequeño y también había sido digno de tener en cuenta para él mismo, se encontraba en ese mo-

Zonaras, IX

Estaba allí también Sofónide. Masinisa se lanzó inmediata- 2
mente hacia ella y, tras abrazarla, dijo «tengo a Sífax, el que te B. I, p. 264
raptó, pero también te tengo a ti. Sin embargo, no temas. Pues no te has hecho mi prisionera, sino que me tienes como aliado». Tras decir esto, al instante la tomó como esposa, con lo que se adelantó a los romanos, no fuera a ser que por cualquier motivo quedara privado de ella si se encontraba con el botín. Luego hicieron suyas las demás ciudades de Sífax. Fueron a ver a Esci- 3
pión llevando a Sífax con el resto del botín. Al verlo atado no lo soportó, sino que al acordarse de su estancia con él, después de meditar sobre las circunstancias humanas, bajó del carro, lo liberó, estrechó su mano y lo trató con honores. Entonces le preguntó, «¿con qué intenciones nos has hecho la guerra?». Sabiamen- 4
te, él trató de conseguir gracia para sí mismo al mismo tiempo B. I, p. 265
que atacaba a Masinisa, al decir que la causa para él era Sofónide. Pues tratando de hacerse grata a su padre Asdrúbal, lo había atacado con prácticas de brujería, de modo que aun involuntariamente actuara en favor de los intereses cartagineses. «Sin embargo, por el hecho de haber sido engañado por una mujer, he pagado el castigo justo. Pero tengo desde luego un consuelo entre mis males, que Masinisa la ha tomado como esposa. También a él lo destruirá totalmente de manera semejante»[25].

mento en una situación lamentable, se bajó del carro, lo liberó, le estrechó la mano y lo trató con gran atención (V. 50, p. 606).

77 Fueron muchísimos[26] los que partieron en la expedi-
B. I, p. 274 ción, como muchas cosas hacen a veces de buen grado muchos de los que nada harían en caso de estar obligados. En efecto, lo que se les ordena lo miran con odio como algo violento, en cambio lo decidido voluntariamente lo aman como si fueran autónomos (V. 51, p. 609).

74 Que los cartagineses, tras haber enviado un heraldo a
B. I, p. 265 Escipión, con la noticia de que no habría nada que no

ZONARAS, IX

5 Escipión, con estas sospechas acerca de Masinisa, lo llamó y lo acusó de haber tomado como esposa de esa manera tan rápida, sin su conocimiento, a una mujer enemiga y prisionera y le ordenó entregársela a los romanos. Muy dolorido, se precipitó en la tienda y dijo a Sofónide: «Si con mi propia muerte fuera capaz de guardarte libre y sin ultraje, con mucho gusto moriría por ti. Pero como esto es imposible, te envío por delante a donde todos,
6 y también yo, iremos». Tras haber dicho esto le ofreció un veneno. Ella no se lamentó ni gimió, sino que con mucha nobleza dijo: «Si esto te parece bien, esposo, te obedezco. Pues ningún otro después de ti va a ser el señor de mi alma, si Escipión necesita mi cuerpo, que lo coja muerto». Así murió y Escipión admiró su acción.

7 Los de Roma, cuando Lelio[27] llevó allí a Sífax, a su hijo
B. I, p. 265 Vermina[28] y a algunos de los demás príncipes, a Sífax lo asentaron en Alba y, cuando murió, lo enterraron con cargo al erario público, mientras que a Vermina le entregaron la realeza de su padre y le confiaron como agradecimiento a los nómadas que habían sido cogidos vivos.

8 Los cartagineses, cuando enviaron un heraldo a tratar de los
B. I, p. 266 pactos con Escipión, le dieron inmediatamente dinero, devolvie-

aceptaran de lo que se les había ordenado por parte de él, pero sin tener en absoluto la intención de hacerlo, le dieron inmediatamente dinero y devolvieron a todos los presos, pero, acerca de lo demás enviaron embajadores a Roma. Entonces no los recibieron, pues decían que no entraba en sus tradiciones patrias negociar acerca de la paz con alguien que tenía contingentes en Italia. Sin embargo, más tarde, cuando Aníbal y Magón habían hecho la travesía, les concedieron audiencia y entraron en contradicción entre ellos, al situarse por sus opiniones en posiciones antagónicas, pero finalmente votaron a favor de los tratados de la manera en que había hecho la propuesta Escipión (U^G 7, p. 380).

Que los cartagineses atacaron a Escipión tanto por tie- 75
rra como por mar. Cuando Escipión se irritó por esto e hi- B. I, p. 266

ZONARAS, IX

ron todos los prisioneros pero, para tratar acerca de los restantes asuntos, enviaron una embajada a Roma. Sin embargo, los romanos no recibieron entonces a los embajadores, pues decían que no entraba en sus tradiciones patrias acoger en embajada a alguien que tenía contingentes en Italia y negociar acerca de la paz con ellos. Pero después, cuando Aníbal y Magón habían hecho la travesía, les concedieron audiencia y votaron los pactos. Ahora bien, Aníbal y Magón se retiraron de Italia, no a causa del acuerdo, sino forzados por la guerra en casa.

Los cartagineses de África, que nunca anteriormente habían 9
tenido ninguna intención pacífica y habían enviado un heraldo B. I, p. 266
para tratar de la paz con ánimo de hacer tiempo para que apareciera Aníbal, cuando se enteraron de que éste se acercaba, recuperaron el ánimo y atacaron a Escipión tanto por tierra como por mar. Cuando los convocó para hablar de esto, no sólo no contestaron a los embajadores con mesura, sino que planearon ir contra ellos después de que hubieron zarpado. Si no hubiese venido en

zo una reclamación, no sólo no contestaron con mesura a los embajadores, sino que incluso planearon ir contra ellos cuando ya habían zarpado. Si no hubiera venido en su

ZONARAS, IX

su ayuda un viento que se levantó de manera fortuita, habrían perecido. Por ello Escipión, en este momento, aunque se había recibido el decreto sobre la paz, ya no quiso hacerla. Entonces los
B. I, p. 267 cartagineses enviaron de nuevo a Magón a Italia y nombraron a Aníbal general en jefe, tras cesar de su cargo a Hannón. Votaron también matar a Asdrúbal, pero, al ver que se había suicidado con un veneno, ultrajaron el cadáver. Entonces Aníbal, que se había hecho con todo el poder, tras invadir el territorio de Masinisa, lo devastaba y se disponía a entablar combate con los romanos. Pero también se disponían en el otro lado los de Escipión.

14 1 Los de Roma estaban arrepentidos por no haber impedido
a. 202 que Aníbal zarpara. Sin embargo, cuando se enteraron de que la situación de éste en África se hacía más fuerte, de nuevo se acrecentó su temor. Por ello enviaron contra él a Claudio Nerón[29], uno de los cónsules, mientras a Marco Servilio le encargaron la custodia de Italia[30]. Pero Nerón no pudo ir a África, pues a causa del temporal tuvo que pasar el tiempo en Italia y en Cerdeña[31]. Luego tampoco pudo avanzar más allá de Sicilia, al enterarse de
2 que Escipión había resultado vencedor. Pues, por temor a que Nerón se diera prisa por hacerse con la gloria de sus hazañas, al llegar la primavera se dirigió contra Aníbal, nada más enterarse de que había vencido a Masinisa. Aníbal, cuando supo que se acercaba Escipión, se adelantó a hacerle frente. Una vez que estuvieron colocados frente a frente, no llegaron inmediatamente a las manos, sino que dejaron pasar varios días, mientras cada uno hablaba con sus contingentes y los exhortaba para el combate[32].

3 Cuando le pareció a Escipión que ya no debía perder más tiempo, sino que aunque no quisiera tenía que llevar a Aníbal a

ayuda un viento que se presentó fortuito, habrían sido cogidos o habrían muerto. Por ello Escipión, aunque se

ZONARAS, IX

la lucha, se dirigió hacia Útica, para ver si se le presentaba la oportunidad de un ataque, al fingir que huía por miedo. Y así sucedió. Pues Aníbal, al pensar que huía y cobrar más ánimos por ello, lo persiguió sólo con la caballería. Escipión les hizo frente de modo inesperado y, en un combate, los derrotó. Tras hacerlos retroceder, no los persiguió, sino que atacó a sus porteadores, que se encontraban en el camino, y se apoderó de todos. Esto perturbó a Aníbal, y más todavía el hecho de que Escipión,
cuando encontró a tres observadores suyos en el campamento, no 4
les causó ningún mal. En efecto, al enterarse Aníbal, de lo que B. I, p. 268
había hecho gracias a uno de ellos (pues los otros dos prefirieron quedarse junto a los romanos), se amedrentó y, sin atreverse a correr más riesgo, comprendió que tendría que pactar lo más rápidamente posible, para disponer, aunque no se llegara a un
acuerdo, de algún tiempo y respiro. Envió un mensaje a Masinisa 5
en el que le pedía, como persona que era de la misma nacionalidad, su mediación para una tregua. Fue a hablar con Escipión, pero no consiguió nada. Escipión no fue duro en su contestación, pero tampoco claro, sino que mantuvo una postura ambigua, dialogando con muy buenas palabra para que aquél se despreocupara, creyendo que iba a pactar. Eso fue lo que sucedió. Aníbal no decidió nada sobre el combate, pero pensó llevar el
campamento hasta un lugar más adecuado. Al enterarse de esto 6
Escipión gracias a unos desertores, se adelantó de noche y ocupó el sitio hacia el que aquél se había dirigido. Cuando los cartagineses estuvieron en un lugar hondo e inadecuado para la acampada, se les presentó de repente. Pero Aníbal no quiso combatir, sino que acampó allí e hizo pozos para resistir durante toda la noche. Así, al encontrarse en tan mala situación a causa del agotamiento y de la sed, Escipión los obligó a trabar combate.

presentaron en este momento los que les traían la paz, ya no quiso hacerla (U^{G} 8, p. 380).

80b Deseando, calculando. Así Dion en el libro XVII de la
B. I, p. 270 Historia Romana (Suid., *Lex. Seguer.*, y Zon., *Lex.* s.v. *enthymizómenoi)*.

78 Dion en el libro XVII: «detuvo inesperadamente su
B. I, p. 269 carrera» (Bekk., *Anecd.*, pág. 140, 23).

ZONARAS, IX

Los romanos atacaron ordenados y animosos, en cambio Aníbal y los cartagineses estaban desanimados y preocupados,
7 entre otros motivos porque el sol se eclipsó por completo. Pues
B. I, p. 268 además de los otros males, Aníbal pensó que esto no representaba un presagio favorable para ellos. En tal situación, pusieron delante los elefantes. Los romanos lanzaron un enorme y repentino grito que causó estupor y, tras golpear los escudos con las
8 lanzas, se arrojaron con entusiasmo y a la carrera contra los elefantes. Asustados por tal situación, la mayoría no les hizo frente, sino que se dieron la vuelta y, heridos, hacían todavía mayor el tumulto entre los que estaban alineados detrás, pero otros que marcharon a su encuentro, al abrir sus filas los romanos, corrieron por el centro y, como estaban cerca, recibían proyectiles y eran heridos a mano. Durante algún tiempo los cartagineses resistieron, pero luego, al caerles por detrás Masinisa y Lelio con
9 la caballería[33], huyeron todos. En su mayoría fueron aniquilados y Aníbal estuvo a punto de morir. Pues, cuando huía, Masinisa lo persiguió cediendo, sin resistir con la rienda, al ritmo del caballo. Pero al darse la vuelta Aníbal y ver cómo lo perseguía, con serenidad se desvió, detuvo su carrera y cuando, de este modo pasó a su lado Masinisa, colocado a su espalda lo golpeó. Después de esto escapó con unos pocos[34].

10 Escipión, tras haber alcanzado la victoria, se apresuró a ir a
a. 201 Cartago y la sitió por tierra y por mar simultáneamente. Enton-

Dion en el XVII de la *Historia Romana:* «En efecto, sucede por lo demás que en la mayoría de los casos, los que tienen suerte se fortalecen, los que andan mal se comportan con mesura y, por esto, los que tienen miedo son prudentes y los temerarios se abandonan al desorden. En mayor medida esto se descubrió en aquella situación» (Suidas, s.v. *hōs epipan, Lex. Seguer;* Bachm., *Anecd. Graec.*, 1, 422). 79

Dion en el XVII de la *Historia Romana:* «y algún relato tal fue publicado acerca de ellos» (Suid., *Etym. Mag.*, y *Lex. Seguer.*, s.v. *edēmóthē).* 80

Que los cartagineses enviaron un heraldo a Escipión. 82
Lo que se acordó fue que ellos dieran rehenes, que devolvieran los prisioneros y los desertores de los romanos y de sus aliados que tenían en su poder y que entregaran todos los elefantes y las trirremes excepto diez, que en adelante no volvieran a poseer ni elefantes ni naves, que se retiraran en favor de Masinisa de todo lo que ocupaban de su territorio y que se lo entregaran a él, que abandonaran el territorio y las ciudades que estaban bajo su poder y ni hicieran alistamientos ni usaran mercenarios ni declararan la guerra contra la opinión de los romanos (U^G 9, p. 380, y parcialmente en Suidas, s.v. *anairetheís).* a. 201 B. I, p. 270

ZONARAS, IX

ces los cartagineses al principio estaban dispuestos a resistir el asedio, pero luego, faltos de recursos, enviaron un heraldo a Escipión. Escipión aceptó sus argumentos y dialogó con ellos sobre las estipulaciones. Lo acordado fue que los cartagineses dieran rehenes, así como los prisioneros y los desertores, se entregaran todos los elefantes, las trirremes excepto diez, que en adelante no tuvieran elefantes ni más naves largas que esas diez, B. I, p. 269 11 B. I, p. 270

59 Que a muchos romanos les parecía que había que des-
B. I, p. 271 truir Cartago, incluido el cónsul Cornelio[35] que decía que
era imposible vivir sin temor mientras siguiera existiendo
57 83 (U 10, p. 381 = Suid., s.v. *exairetéa)* *** sin embargo en
el pueblo *** todos votaron la paz por unanimidad. En
efecto al calcular lo que habían pasado *** se descuida-
ban de ellos *** peligros *** de los asuntos *** condena-
ron *** aquello *** de grandes ***.
84 La mayor parte de los elefantes fue llevada a Roma, y
B. I, p. 271 los restantes regalados a Masinisa *** de los cartagineses
85 *** África *** embajad*** atacar a los*** entregaron
*** a Escipión *** de acuerdo con la conversación *** la
86 amistad *** agradecieron *** prisioneros *** un Teren-
cio *** que era del senado, gorro *** y como a alguien

Zonaras, IX

ni hicieran la guerra a nadie contra la opinión de los romanos, y algunas otras cosas.

12 Con tales acuerdos, los cartagineses enviaron embajadores a Roma. Ellos partieron, pero el senado no recibió a la embajada con presteza, sino que dudaron mucho tiempo porque estaban enfrentados entre sí. El pueblo, en cambio, votó la paz de manera unánime, aceptaron los acuerdos y enviaron diez hombres, para que administraran todos los asuntos con Escipión. Los acuerdos se cumplieron, las trirremes fueron entregadas y fueron quemadas, la mayor parte de los elefantes fue llevada a Roma y los restantes regalados a Masinisa. Los romanos abandonaron África y los cartagineses Italia[36].

13 Así pues, la segunda guerra de los cartagineses en el año de-
B. I, p. 272 cimosexto llegó a este punto. Escipión alcanzó gran fama y fue
llamado Africano. Pues África se llamaba la Libia que rodea
Cartago. Muchos también lo llamaron Liberador, por haber re-
cuperado a muchos ciudadanos prisioneros. Por estas circunstan-
cias se consideró grande; en cambio Aníbal fue acusado entre

*** acompañan. Escipión cobró grandeza por estos acontecimientos, pero Aníbal fue llevado a juicio entre los suyos y, acusado de haber podido tomar Italia y no haber querido y de haberse apropiado del botín procedente de Italia, fue condenado. Sin embargo no fue apresado, sino que no mucho después fue colocado en la mayor magistratura de los cartagineses *** de los cónsules *** a Sicilia ***.

Marco *** enviado *** por los generales *** junto a 76
ellos *** de Filipo *** a alguno al que él *** había en- B. I, p. 273
viado a los cartagineses *** nada *** habiendo resultado vencedores *** guerras *** en fama nada pequeño *** establecieron (P. 3, pp. 462 ss.).

Zonaras, IX

los suyos de que, aunque habría podido apoderarse de Roma, no había querido y se había apropiado del botín de Italia. Pero no fue apresado, sino que, no mucho después fue colocado en la mayor magistratura de los cartagineses.

Los romanos por su parte se dedicaron a otras guerras, que I 15
tuvieron lugar contra Filipo de Macedonia y Antíoco. B. I, p. 273

NOTAS

[1] Sofonisba (ver CARY, *ad l.)*.

[2] Masinisa de Asdrúbal.

[3] Sobre la alianza, ver LIVIO, XXVIII 16, 11-12. ECKSTEIN, *Senate,* pág. 235.

[4] Faltan cuatro líneas en los manuscritos.

[5] Contando el presente, o sea, dos años más tarde.

[6] Ampliamente, en LIVIO, XXVIII 5-8. GRUEN, *Hellenistic World,* pág. 205.

[7] Faltan cuatro líneas en los manuscritos.

[8] Sobre los cónsules de 206, LIVIO, XXVIII 9, 18-10, 2. Sobre la lucha contra Aníbal, 10, 8-12, 9. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 298. Lucio Veturio es considerado por algunos como un escipiónico, pero DEVELIN, *Practice,* pág. 25, juzga innecesario e indemostrable fijar tan esquemáticamente la lucha entre escipiónicos y antiescipiónicos. Quinto Cecilio Metelo, en cambio, parece más bien próximo a los Servilios *(ibid.,* pág. 71), pero Servilio Gémino comparte cargos con él y, sin embargo, parece partidario de la política agresiva de Escipión (pág. 85). Por su parte, Metelo no había sido pretor, pero sí *magister equitum* con Livio como *dictator*. DEVELIN *(ibid.,* pág. 164) cree que, para poder hacer esto y presentarlo así al consulado, fue para lo que se nombró el dictador. Por otro lado, Metelo y Veturio tenían el apoyo de los *equites* y Cecilio Metelo sería luego un apoyo para Escipión Emiliano *(ibid.,* n. 78). El senado le encargaría más tarde aplacar la controversia (XXIX 24, 13). En el año 202 (LIVIO, XXX 27) gracias a los esfuerzos de Quinto Cecilio Metelo fue el pueblo quien decidió la distribución de las provincias para designar a Escipión *(ibid.,* pág. 204).

[9] Escipión recibió primero sólo Sicilia y tuvo que vencer la oposición de los Fabios para que le adjudicaran también África. Todos los detalles en Livio, XXVIII 40-45 (ver nota anterior). Las razones de Fabio según Plutarco, en *Fabio Máximo* 25. La expedición a Sicilia, en APIANO, VII *(Aníbal)* 55. Fuerzas disponibles para el paso a África, VIII *(Libia)*, 7. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 301.

[10] La isla de Menorca (ver CARY, *ad l.)*. Ver LIVIO, XXVIII 46, 7-13. Esta acción rompió el equilibrio y provocó una movilización general en Roma. ECKSTEIN, *Senate*, pág. 49.

[11] Publio Sempronio Tuditano, procónsul en Macedonia y Grecia concluyó la paz de Fénice. Ver LIVIO, XXIX 12. Para una interpretación de este acontecimiento dentro de la política romana del momento, HARRIS, *Guerra*, pág. 203. Sobre las fuentes, NICOLET, *Rome*, pág. 736; con detalles de acontecimientos en C. PRÉAUX, *Le monde héllenistique. La Grèce et l'Orient (323-146 av. J. C.)*, París, PUF, 1978, pág. 158. Tuditano había sido hecho cónsul mientras todavía estaba en la provincia: LIVIO, XXIX 11, 10; 12, 16. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 303. Aníbal, por su parte, había empezado a buscar la ayuda de Filipo, XXIX 4, 4. GRUEN, *Hellenistic World*, pág. 385.

[12] Sobre la situación de Escipión en Sicilia, XXIX 1, 1-18. El paso a África, en APIANO, VIII *(Libia)* 8. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 301. También VALERIO MÁXIMO, III 6, 1; VII 3, 3.

[13] Cónsul el año 205 con Publio Cornelio Escipión Africano. Según LIVIO, Craso recibió el Brucio sin sorteo porque, al ser Pontífice Máximo, se lo concedió su colega (XXVIII 38, 12). BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 301. Más tarde (40 ss.), Livio se dedica a ilustrar la situación con escenas retóricas. Sobre el discurso de Quinto Fabio Máximo, ver PLUTARCO, *Fabio Máximo* 25, 3. A DEVELIN, *Practice*, pág. 233, la escena de Livio no le parece digna de crédito; se trataría simplemente de un debate simbólico de personalidades, Fabio y Escipión, y de generaciones. Sobre la tarea de Escipión, ver también POLIBIO, XI 33, 7-8. ERRINGTON, *Dawn*, pág. 92.

[14] En Frigia. Se trata de la *Magna Mater*, Cibeles.

[15] Sobre la toma de Locros, XXIX 6-9; DIODORO, XXVII 4; APIANO, VII *(Aníbal)* 55.

[16] Sobre la *prorrogatio*, ver LIVIO, XXIX 13, 3. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 308.

[17] Publio Cornelio Escipión Nasica (CARY, *ad l.)*.

[18] Amplia exposición de todas las circunstancias, con inclusión de discursos explicativos de las posturas, en LIVIO, XXIX 16-22. Leve re-

ferencia en TÁCITO, *Anales* II 59. Confrontación con Catón, en PLUTARCO, *Catón el Viejo* 3, 5-7. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 308. Los enemigos de Escipión, en ese momento, en DIODORO, XXVII 4, 5.

[19] Corrupción por Cepión. LIVIO, XXIX 38, 3: consulado de Gneo Servilio Cepión y Gayo Servilio Gémino. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 310.

[20] La *prorrogatio,* en LIVIO, XXX 1, 10-11. La narración más amplia, en POLIBIO, XIV 1-10, con XV 1. También, APIANO, VIII *(Libia)* 18-35. WALBANK, *HCP,* II, 424-434; 441-443; BROUGHTON, *MRR,* pág. 312.

[21] Más detalle, en LIVIO, XXIX 24-36, y APIANO, VIII *(Libia)* 10-17. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 308.

[22] Ciudadanos excluidos de los comicios, *cives sine suffragio,* pero sometidos al tributo de capitación. Ver DARENBERG-SAGLIO, *DA,* I, pág. 109. Los censores se rebajaron mutuamente a esta condición. LIVIO, XXIX 37, da más detalles.

[23] Ver POLIBIO, XV 4, 4. ECKSTEIN, *Senate,* pág. 243.

[24] Con variantes, en LIVIO, XXX 4, y POLIBIO, XIV 1. La estratagema de Escipión Africano, según FRONTINO, *Estratagemas* I 2, 1, consistió en enviar espías disfrazados de esclavos. Negociaciones de Sífax, en APIANO, VIII *(Libia)* 17. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 308; WALBANK, *HCP,* II, pág. 426.

[25] En relación con Sofonisba o Sofónide, y las esperanzas de Escipión hacia la alianza de Sífax, en POLIBIO, XIV 1, 4; pero ver las contradicciones de éste en 7, 6. Las rivalidades en un plano político, en APIANO, VIII *(Libia)* 10. Papel de Sofonisba, 27-28. Ver LIVIO, XXX 12, 11-22. KAHRSTEDT, *RE,* III, A, 1, 1927, col. 1100. Síntesis de la historia, en DIODORO, XXVII 7. Ver WALBANK, *HCP,* II, pág. 426.

[26] CARY sigue aquí, con dudas, la opinión de MACCHIORO, *Klio,* 10, 359, que, comparando el fragmento con LIVIO, XXX 3, 1, cree que se refiere al año 203, en relación con la campaña de Escipión en África. BOISSEVAIN, en cambio, lo refiere a la expedición de Sulpicio Galba contra Macedonia el año 200.

[27] Sobre este Lelio, ver, entre otros, POLIBIO, X 3, 2, en quien produjo una viva impresión. WALBANK, *HCP,* II, pág. 198, y PW, *RE,* XII, 1924, col. 400.

[28] Sobre Vermina, LIVIO, XXX, 36, 7; 40, 3; APIANO, VIII *(Libia)* 33 y 59. P. HABEL, *RE,* IV, A, 1932, col. 1477. Sobre la paz, LIVIO, XXXI 19, 6. ECKSTEIN, *Senate,* pág. 243.

[29] Sobre sus posibles rivalidades con Escipión, ver DEVELIN, *Practice,* págs. 203 ss.

[30] Ver LIVIO, XXX, 26-27. Servilio, sin embargo, se quedaría en Roma y luego sería nombrado dictador. Ver 38-39. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 315.

[31] LIVIO, XXX 38-39 y BROUGHTON, nota anterior.

[32] LIVIO, XXX 36, 11. DEVELIN, *Practice*, pág. 204, duda de la realidad que se esconde tras estas expresiones.

[33] Sobre Lelio en Zama, ver POLIBIO, XV 9, 8 (ver también 9, 2; WALBANK, *HCP*, II, pág. 455); 12, 5; 14, 7; LIVIO, XXX 32, 2-35, 2 (además de 16, 1; 17, 1-5; 23, 6; 25, 9). FRONTINO, *Estratagemas*, II, 3, 16: Lelio y Masinisa a uno y otro lado como causa de la victoria gracias a esta estratagema de Escipión. Ver también, APIANO, VIII *(Libia)* 41 y 44. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 316.

[34] La batalla de Zama, en POLIBIO, XV 5-19; LIVIO, XXX 29-38; APIANO, VIII *(Libia)*; 39-56. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 317. WALBANK, *HCP*, II, 445-471.

[35] Gneo Cornelio Léntulo recibiría el mando de la flota y continuaría la guerra con Cartago, como sucesor de Escipión, sin éxito. LIVIO, XXX 40, 7-15; 43, 1; 43, 3; APIANO, VIII *(Libia)* 56 y 62. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 319.

[36] Sobre los acuerdos y el abandono de África, LIVIO, XXX 43, 10-13; 44, 12-45, 2; APIANO, VIII *(Libia)* 65. BROUGHTON, *MRR*, I, págs. 320-321.

LIBRO XVIII

ZONARAS, IX

En efecto, hasta que el combate con los cartagineses estuvo 1 15
en su apogeo, aunque la actitud de Filipo no resultaba amistosa B. I, p. 274
para ellos, lo trataban con consideración, para que no se uniera a los cartagineses o hiciera una expedición contra Italia. Pero, cuando la situación con aquéllos se calmó, no esperaron más, sino que se pusieron en estado de guerra abierta y le hacían numerosas reclamaciones[1]. Entonces los romanos, tras enviar emba- 2
jadores a hablar con él, como no hacía nada de lo que se había a. 200
estipulado, votaron la guerra, aprovechando la oportunidad de su ataque a los griegos, pero en verdad porque estaban irritados por lo que había hecho y porque querían tomar la iniciativa para evitar que, después de esclavizarlos a aquéllos, hiciera una expedición a Italia al estilo de Pirro[2]. Tras la votación de la guerra, en el momento de prepararlo todo perfectamente, a Lucio Apustio como pretor de la flota lo pusieron a las órdenes de Sulpicio Galba[3]. Galba, cuando hubo atravesado el golfo Jonio, cayó enfermo por mucho tiempo. A continuación, tras hacerse cargo del 3

TZETZES, *in Lycophr. Alex.* 1128

Yo descubrí, que el pueblo de los dardanios habitaba más B. I, p. 275
allá de los ilirios y de los macedonios.

58 1 B. I, p. 275 *** Pasaron varios días, sin reunirse para la formación, pero sí hacían algunas escaramuzas y tentativas de las tropas ligeras y de la caballería. En efecto, los romanos tenían prisa por atacar lo más rápidamente posible, pues estaban con toda su fuerza y no tenían mucho alimento, por lo que muchas veces se acercaban a trabar combate
2 hasta la empalizada. Pero Filipo, que realmente estaba más débil en las armas, pero en la reserva de provisiones lo aventajaba por el hecho de estar cerca su casa, se resis-

ZONARAS, IX

mando completo el mencionado pretor y el segundo jefe, Claudio Centón[4], éste con la flota liberó Atenas[5], que estaba sitiada por los macedonios, devastó Calcis, ocupada también por éstos, y, cuando Filipo, en esta circunstancia, hizo una expedición contra Atenas, tras darse la vuelta, lo rechazó en ese momento; después, cuando intentó atacar, lo repelió de nuevo. Mientras Apustio, tras hacer un ataque hacia Macedonia, pues Filipo estaba ocupado en Grecia, devastó la tierra y se apoderó de guarnicio-
4 nes y ciudades. Filipo, al encontrarse por este motivo impotente,
B. I, p. 275 daba vueltas, entre tanto, arriba y abajo, tratando de proteger a unos y a otros desde lugares diferentes, cuando Apustio penetró con violencia en su territorio y los dárdanos comenzaron a devastar la frontera de Macedonia (pues habitan más allá de los ilirios y de los macedonios). Mientras algunos ilirios y Aminandro, que era rey del linaje tesalio de Atamania[6], anteriormente aliados suyos, se pasaron del lado de los romanos, por lo que también concibió sospechas de la actitud de los etolios, se sintió preocupado por los de la patria y se apresuró a ir hacia allá con el mayor ejército posible. Al conocer su llegada, Apustio se retiró, pues ya era invierno.

5 Cuando mejoró de su enfermedad, Galba se preparó una
B. I, p. 275 fuerza mayor y, al llegar la primavera, partió hacia Macedonia.

tía, con la esperanza de que se agotaran sin combate. Si realmente hubiera controlado sus propósitos, habría conseguido un éxito total. Pero en realidad, al minusvalorar a los romanos como si le tuvieran miedo, porque se habían trasladado a un lugar en donde era mayor la posibilidad de aprovisionarse, se lanzó sobre ellos de repente mientras se dedicaban al saqueo y aniquiló a algunos hombres. Al enterarse de esto, Galba acudió a la carrera desde el campa- 3
mento y, al caer sobre él sin que le hiciera frente, mató a muchos más. Derrotado y herido, ya no permaneció en el territorio, sino que, tras pactar algunos días de tregua para la recogida y entierro de los cadáveres, a la primera noche se retiró. Pero Galba no salió en su persecución, pues por 4
la carencia de alimentos y el desconocimiento de los terrenos, y en gran medida también por la ignorancia de sus preparativos y por temor a que apareciera inesperadamente atacando por cualquier lugar, no quiso avanzar más, sino que se replegaron a Apolonia[7]. Entre tanto, Apustio que hacía una navegación con los rodios y con Átalo se apoderó de varias islas ***[8].

ZONARAS, IX

Una vez que estuvieron cerca, acamparon uno frente al otro y realizaban escaramuzas con jinetes y con tropas ligeras. Al trasladarse los romanos a un lugar donde les era más fácil aprovisionarse, como Filipo creyó que se trasladaban porque le tenían miedo, se lanzó sobre ellos de repente mientras se dedicaban al saqueo y mató a algunos hombres. Galba, al enterarse de esto, 6
salió a la carrera desde el campamento y, al caer sobre él, mató a B. I, p. 276
muchos más. Filipo, derrotado y herido, se retiró por la noche. Sin embargo Galba no salió en su persecución, sino que se replegó a Apolonia. Apustio, que navegaba con los rodios y con Átalo, se apoderó de varias islas.

5 *** Los ínsubros se rebelaron. En efecto Amílcar, un
B. I, p. 276 cartaginés que había acompañado en la expedición a Magón y que se había quedado en aquellos territorios, hasta entonces se mantuvo en paz, satisfecho con pasar desapercibido, pero cuando estalló la Guerra Macedónica,

ZONARAS, IX

7 En la misma época, un cartaginés, Amílcar, que había acom-
B. I, p. 276 pañado en su campaña en Italia a Magón y había permanecido allí, hasta entonces había vivido en paz; pero, cuando estalló la Guerra Macedónica, rebeló a los galos contra los romanos, hizo con ellos una expedición contra los ligures y consiguió ganarse a algunos. Cuando hicieron la guerra a Lucio Furio, que era pretor, fueron derrotados y acudieron en embajada para solicitar una tregua. Los ligures la obtuvieron, pero a los demás no sólo no les fueron concedidas, sino que el cónsul Aurelio, envidioso del pretor por su éxito, hizo una expedición contra ellos[9].

8 Al año siguiente, por culpa de Amílcar y los galos sucedie-
a. 199 B. I, p. 278 ron muchos acontecimientos terribles. Pues al pretor Gneo Bebio lo vencieron, y atacaron el territorio aliado de los romanos, sitiaron Placencia y cuando la hubieron conquistado la destruyeron[10].

16 1 En Grecia y Macedonia, el cónsul Publio Vilio se enfrentó a
a. 198 Filipo, que había ocupado los desfiladeros del Epiro, por donde se encuentran las entradas a Macedonia[11]. Después del invierno, el cónsul Tito Flaminino[12], cuando Filipo había fortificado todo el territorio que está en medio de los montes y resultaba invencible, atravesó la fortificación por algún estrecho sendero con unos pocos hombres y, tras aparecer de improviso desde una posición dominante, atemorizó a Filipo, que creyó que todo el ejército de Tito había pasado dentro a través de los desfiladeros. Por ello
2 inmediatamente se retiró a Macedonia. Pero el cónsul no salió en su persecución, sino que se hizo con las ciudades del Epiro. Al llegar a Tesalia se ganó gran parte de lo que era de Filipo y se retiró hacia Fócide y Beocia. Mientras él sitiaba Elatea, su hermano Lucio Flaminino, con Átalo y los rodios, se apoderaba de

sublevó a los galos contra los romanos e hizo una expedición contra los ligures para ganarse a algunos de ellos. En una batalla que sostuvieron después de esto contra el pre- 6
tor Lucio Furio, fueron derrotados y enviaron una emba- B. I, p. 277
jada a pedir la tregua[13]. Los ligures se encontraron con ellos *** terrible*** fue señor *** consideró digno obtener el triunfo. Tras muchos discursos en uno y otro senti- 81 57
do (pues algunos, por otros motivos, lo apoyaban a él

ZONARAS, IX

las islas[14]. Por fin, tras conquistar Céncreas y al enterarse de que 3
habían enviado embajadores a los aqueos para tratar de una alianza, también ellos los enviaron. Los atenienses los habían acompañado en la embajada. Anteriormente estuvieron divididas las opiniones de los aqueos, pues unos votaban la alianza con Filipo, otros con los romanos, pero más tarde votaron que los ayudarían. Hicieron juntos una expedición contra Corinto y destruyeron algunas partes de la muralla, pero agotados por las salidas de los de dentro se retiraron[15].

Luego Filipo por temor a que fueran cogidas muchas ciuda- 4
des, envió un heraldo al cónsul a tratar de la paz. Aceptó sus ar- B. I, p. 279
gumentos y se reunieron ellos y los aliados, pero no se hizo nada más que permitir a Filipo enviar embajadores a Roma. Allí tampoco pasó nada. Pues mientras los griegos consideraban oportuno que se retirara de Corinto, de Calcis y de Demetríade de Tesalia, los embajadores de Filipo dijeron que sobre esto no habían recibido ninguna instrucción, por lo que se disolvieron sin haber conseguido nada.

Los de Roma, tras votar de nuevo en favor de Flaminino el 5
mando de Grecia para el año siguiente, le encargaron también atacar a Filipo. Ya que iba a quedarse en el territorio, se dispuso para la guerra, sobre todo porque Nabis, el tirano de los lacedemonios, había hecho pactos con él, a pesar de que era amigo de Filipo y de su parte había recibido Argos. En efecto, al no

frente a los intereses espurios de Aurelio, magnificaban su victoria y citaban muchos ejemplos; otros decían que rivalizaba con el poder del cónsul, sin tener ninguna magistratura independiente propia, y además le pedían una justifi-

ZONARAS, IX

poder el macedonio ocuparse de muchos asuntos al mismo tiempo, por temor a que la ciudad fuera capturada por los romanos, la entregó a Nabis para que luego se la devolviera.

6 Cuando el cónsul Elio Peto hizo una campaña contra los galos, murieron muchos hombres en ambos bandos en el momento de trabar combate, pero no se hizo nada oportuno [16]. Los rehenes de los cartagineses, los esclavos que había con ellos y los prisioneros vendidos a cualquiera, cuando se decidieron a apoderarse de las ciudades en que cada uno vivía, tras matar a muchos de sus habitantes, fueron aprisionados por el pretor Cornelio Léntulo antes de que llegaran a realizar algo peor [17]. Sin embargo, los
7 galos, ensoberbecidos por su buena suerte, al darse cuenta de que los romanos les hacían la guerra de manera secundaria, se prepararon con ánimo de lanzarse contra Roma. Entonces los romanos asustados enviaron contra los galos a ambos cónsules, Cornelio Cetego y Minucio Rufo, cada uno de los cuales comenzó por se-
8 parado a devastar un territorio distinto [18]. Entonces, frente a los
a. 197 cónsules también los enemigos se dividieron y los que atacaron a Cetego junto con Amílcar fueron derrotados, pero los restantes, al conocer esto, se echaron atrás y no atacaron a Rufo, por lo que él recorría el territorio sin temor. Los que habían luchado contra Cetego hicieron una tregua, pero los demás todavía se encontraban en armas.

9 Entonces Flaminino, con Átalo, sometió Beocia entera. Átalo murió de viejo mientras les dirigía la palabra en público, cuando Flaminino marchaba a Tesalia a trabar un combate ecuestre. Pues el lugar no era adecuado para un combate mayor.
10 Por ello ambos se retiraron. Al encontrarse en una colina, a cuya

cación porque no había hecho lo que se había acordado, de todos modos lo obtuvo. Antes *** lo celebró[19].

Vermina *** antes de los *** (P. 4, pp. 464 ss.).

Que Filipo, derrotado, envió un heraldo a Flaminino, 60
y éste, aunque deseaba vivamente sobre todo obtener Ma- B. I, p. 280
cedonia y en su presente buena suerte ansiaba llegar hasta el final, sin embargo pactó. La causa fue su temor a que

Zonaras, IX

cumbre llaman «Cabezas de Perro» (Cinoscéfalas), unos acam- B. I, p. 280
paron a un lado y los otros al otro. Tras combatir con todos sus contingentes, se habrían separado en igualdad de condiciones, si no llega a ser porque los etolios dieron más fuerza a los romanos. Derrotado entonces Filipo y huido, cuando luego se enteró de que Larisa y las ciudades de sus alrededores habían optado por el bando del vencedor, envió un heraldo a Flaminino, el cual pactó que Filipo le diera dinero y una serie de rehenes incluido su propio hijo Demetrio y que enviaría embajadores a Roma a tratar de la paz[20].

En tanto ocurría esto, Andróstenes fue derrotado por los 11
aqueos y tuvo que abandonar Corinto[21]. Lucio Flaminino que B. I, p. 280
estaba al mando de la flota, al no poder convencer a los acarnanios de que no se aliaran con Filipo, se apoderó de Léucade tras un asedio, con lo que pudo controlar a aquéllos más fácilmente cuando hubieron conocido la derrota de Filipo[22].

De este modo se había resuelto la Guerra Macedónica y los 12
de Roma estuvieron dispuestos a negociar con Filipo sobre la base a. 196 B. I, p. 280
de que devolviera los prisioneros y los desertores, de que entregara los elefantes, las trirremes excepto cinco, además de la del general, que era una gran nave de dieciséis filas de remos, y dinero, en parte inmediatamente y en parte según algunas prescripciones, de que sólo reinara en Macedonia, de que no tuviera más de cinco mil soldados, ni hiciera a nadie la guerra fuera de su pro-

los griegos, al desaparecer él, recuperaran su antigua soberbia y dejaran de preocuparse por ellos, o que los etolios, que entonces se encontraban muy satisfechos, por-

ZONARAS, IX

pio territorio. Las demás ciudades de Asia y de Europa, que antes habían estado esclavizadas a él, las dejaron libres.

13 Los cónsules hicieron de nuevo la guerra a los galos no sin problemas, pero también a éstos los sometieron.

17 1 Porcio Catón, hombre superior a los de entonces por su vir-
a. 195 tud en todos los terrenos[23], tras ser elegido cónsul, se apoderó de casi toda Hispania, que se había rebelado. Establecida la ley, después de la derrota de Cannas, de que las mujeres no llevarían oro, ni serían transportadas en carros, ni usarían una vestimenta con pedrería, el pueblo difundía la opinión de si sería necesario
2 abolir la ley. Sobre este asunto habló en público Catón, en apoyo de la necesidad de que la ley se mantuviera firme, y para terminar añadió: «Que las mujeres se adornen, pues, no con oro, ni piedras o cualquier vestimenta florida o de refinados linos, sino con prudencia, amor a su esposo y a sus hijos, capacidad de persuasión, moderación, con las leyes establecidas, y con nuestras
3 armas, nuestras victorias y nuestros triunfos». Lucio Valerio, tribuno de la plebe habló en contra de Catón, para aconsejar que se devolviera a las mujeres el adorno tradicional. Después de decir muchas cosas sobre este asunto ante el pueblo, a continuación dirigió la palabra a Catón y dijo: «Pero tú, Catón, si sufres por el adorno de las mujeres y quieres hacer algo filosófico y elevado, córtales el pelo, vístelas con túnicas cortas y sin mangas y, por Júpiter, ármalas también y móntalas a caballo, y aun si te parece mándalas a Hispania, de modo que entren aquí y participen con
4 nosotros de las asambleas». Valerio dijo estas cosas en son de burla, pero las mujeres que lo escucharon (pues muchas pasa-

que habían sido los artífices de la parte más importante de la victoria, se hicieran más insoportables y a que Antíoco fuera hacia Europa, según se había anunciado, a aliarse con Filipo (U^G 11, p. 381).

ZONARAS, IX

ban el tiempo cerca del foro tratando de enterarse indiscretamente de lo que iba a ocurrir), entraron en la asamblea dando voces contra la ley y así, tras ser inmediatamente abolida, se colocaron adornos y salieron a ritmo de danza[24].

Catón, después de zarpar, llegó a Hispania y, al enterarse de 5
que los que habitaban hasta el Ebro estaban poniéndose de
acuerdo, de modo que todos a una iban a hacer la guerra contra
él, tras reunir su ejército los atacó y, tras derrotarlos, los obligó a
unirse a él, atemorizados ante la posibilidad de perder las ciuda-
des al primer asalto. En ese momento no les causó ningún per- 6
juicio, pero después, tras surgir algunas sospechas, les quitó a B. I, p. 282
todos las armas y desmanteló sus murallas con la participación
de los mismos indígenas. En efecto, después de enviar cartas a
cada uno de los puestos y de mandar a todos en el mismo día que
entregaran lo mismo, ordenó que inmediatamente destruyeran
los muros, al tiempo que amenazaba con la muerte a los que des-
obedecieran. Al enterarse los que ocupaban las magistraturas,
creyendo cada uno que les había escrito a ellos solos, sin cele-
brar ni siquiera la correspondiente reunión, todos destruyeron las
fortificaciones[25].

Catón atravesó el Ebro y, sin atreverse a atacar a los celtíbe- 7
ros, que eran aliados de sus enemigos, a causa de su número, los trató admirablemente, unas veces porque los convencía de que se pusieran de su parte a cambio de entregarles un salario mayor, otras veces porque les aconsejaba que se retiraran a su casa y a veces incluso porque les anunciaba una batalla para un día fijado. En efecto, por este motivo se enfrentaron entre ellos y, por miedo, no se atrevieron a hacer la guerra contra él.

NOTAS

[1] Esta idea de que, en definitiva, la paz de Fénice era un aplazamiento con ánimo de esperar tiempos mejores para la agresión facilita una concepción del imperialismo romano objeto de controversia. Entre otros, recientemente Gruen, *Hellenistic World,* rechaza tal concepción al considerar (págs. 381-385) que ésta, como otras fuentes (Livio, XXXI 1, 9-10; Apiano, IX *(Macedonia)* 3, 2, pone de relieve la desconfianza mutua en el momento de hacer el tratado), ve la situación con retrospectiva desde el conocimiento de lo que sucedió en tiempos posteriores. Harris, *Guerra,* págs. 208-214, expande contundentemente los argumentos contrarios a esa tendencia.

[2] Filipo aparece como nuevo Pirro también en Livio, XXXI, 3, 4-6. Gruen, *Hellenistic World,* pág. 383, n. 140.

[3] Sobre Lucio Apustio en Macedonia, Livio, XXXI 27. Broughton, *MRR,* I, pág. 325. J. Briscoe, *A Commentary on Livy Books XXXI-XXXIII,* Oxford, Clarendon Press, 1973, pág. 125, cree que Apustio pudo haber sido *legatus pro pretore.*

[4] Sobre Claudio Centón, Livio, XXXI 14, 3; 22, 5-23, 11. Broughton, *MRR,* I, pág. 325. Probablemente era un *legatus,* hijo del cónsul de 240 y nieto de Apio Claudio Centón. Briscoe, *Commentary,* pág. 95.

[5] Sobre Atenas, ver Livio, XXXI 24-25, 1, y Briscoe, *Comentary,* págs. 118-121.

[6] Sobre Aminandro, ver Polibio, XVIII 10, 7, con comentario de Walbank, *HCP,* II, pág. 561, para quien Aminandro habría seguido a Flaminino. Sobre el apoyo de Livio, XXXII 32, 8, más detalles en Apiano, XI *(Siria)* 13. Ver Wilcken, PW, *RE,* I-2, 1894, cols. 2004-5. Sobre el acontecimiento, en concreto, Livio, XXXI 28, 1-3.

[7] Detalles sueltos en Livio, XXXI 6, 1; 8, 3; 22, 4. Sería a comienzos o mediados de septiembre, según Briscoe, *Commentary,* pág. 116.

Más integrado en APIANO, IX *(Macedonia)* 4. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 323.

[8] En los manuscritos, faltan cuatro o cinco líneas.

[9] Sobre la pretura, LIVIO, XXXI 6, 1. Actuación de Aurelio, íd., XXXI 12, 3 y 10. Votación a favor de éste, en 11, 3. En 22, 3, Livio resulta explícito en la crítica. Más imparcial en 47, 4-5. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 323.

[10] LIVIO, XXXII 7, 5-7, con las consecuencias en el ámbito de las rivalidades. A partir de ahí, existe un debate sobre si algunas de estas acciones reflejaban el intento romano de reconquistar el valle del Po o se trata de acciones esporádicas en que importan sobre todo las rivalidades de clanes. Ver, por ejemplo, ECKSTEIN, *Senate*, págs. 58-59, y *contra*, HARRIS, *Guerra*, pág. 207. BROUGHTON, *MRR*, pág. 327.

[11] Para la posición de Vilio dentro de los engranajes políticos del momento, DEVELIN, *Practice*, 266 ss. BRISCOE, *Commentary*, págs. 31 ss., lo sitúa sobre todo en relación con Flaminino. La superposición de éste le habría dejado sin campaña. ECKSTEIN, *Senate*, pág. 272. LIVIO, XXXII 6, 3-4. El inicio, en XXXII 1, 23. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 326.

[12] Zonaras escribe Flaminio (CARY *ad l.)*. Posición de Vilio, en LIVIO, XXXII 6, 5-8. Con descrédito para los anteriores magistrados, PLUTARCO, *Flaminino* 3, 1-2. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 326. Sobre su carrera irregular, 2 , 1, DEVELIN, *Practice*, págs. 123 y 131. Fue uno de los hombres que, como Escipión Africano, rompió las normas republicanas. Su biografía debe tenerse en cuenta como paso en el camino hacia las transformaciones del sistema, como asentador de colonos y creador de clientelas que le sirvieran de apoyo a su carrera personal. Así aparecen los fundamentos sociales de las rivalidades individuales.

[13] Ver fundamentalmente, LIVIO, XXXI 10-11, 3. BRISCOE, *Commentary*, pág. 82, aunque admite que puede haber repeticiones de detalles concretos con respecto a otros acontecimientos, rechaza sin embargo la tesis extendida de que todo el episodio sea un puro doblete. En cambio, sí pone en duda la colaboración de Amílcar y Magón, como si éste estuviera en Italia todavía en 202. Lo que hizo Furio fue sobre todo romper el cerco celta de Cremona, para lo que necesitó el apoyo del ejército consular de Gayo Aurelio Cota. ECKSTEIN, *Senate*, págs. 56-57. Ver también LIVIO, XXXI 21-22, 3 y 47, 4. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 323.

[14] Lucio era probablemente mayor que su hermano. DEVELIN, *Practice*, pág. 101. Se hace eco de la campaña, PAUSANIAS, VII 8, 1. BRISCOE, *Commentary*, pág.194. Todos los detalles, en LIVIO, XXXII 16-25 y 39-40. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 332.

[15] El inicio de la campaña, Livio, XXXII 9-15. Resumen, anecdótico, en Diodoro, XXVIII 11. Con muchos detalles, Plutarco, *Flaminino* 3-5. Sólo fragmentariamente, Apiano, IX *(Macedonia)* 5-7. Refleja quejas griegas, ante la accion de Flaminino, Pausanias, VII 8, 2-3. Broughton, *MRR*, pág. 330.

[16] Sobre el regreso de Elio Peto y nombramiento de los nuevos cónsules, Livio, XXXII 27. Broughton, *MRR*, I, pág. 330. Eckstein, *Senate*, pág. 61, considera que se trata de una misión permanente protectora. Ver Livio, XXXII 8, 3. Harris, *Guerra*, págs. 255-257.

[17] Error por Cornelio Mérula, según Cary *(ad l.)*. Más detalles, en Livio, XXXII 26, 4-18, que también comete el error. Broughton, *MRR*, I, pág. 330. La iniciativa del movimiento parece partir más de los esclavos que de los cartagineses. Briscoe, *Commentary*, pág. 216.

[18] Acciones de los cónsules, Livio, XXXII 28-31. Solicitud del triunfo, en XXXIII 22-23, que pudo concedérsele sólo a Cetego. Eckstein, *Senate*, pág. 67; Broughton, *MRR*, I, pág. 333.

[19] Detalles, en Livio, XXXI 47-49. Broughton, *MRR*, I, pág. 323. Briscoe, *Commentary*, pág. 158, defiende que sí poseía un *imperium*.

[20] Muchos detalles en Polibio, XVIII 18-27 (comentario de Walbank, *HCP*, II, 572-585), 33-34 (íd., 591-592) y 36-39 (íd., 597-601); Livio, XXXIII 1-15; noticias y condiciones de paz, en 24, 3-7; actividades, en invierno, 27, 5-29. Plutarco, *Flaminino* 7-9, cuenta la batalla. Conversaciones entre Flaminino y Filipo, Apiano, IX *(Macedonia)* 8-9. Muy resumido, Floro, I 23, 11-12. Broughton, *MRR*, I, pág. 334.

[21] Sobre Andróstenes, Livio, XXXII 23, 5, y, sobre todo, XXXIII 14-15. *RE*, I-2, 1894, col. 2172. Por lo demás, es muy poco conocido. Briscoe, *Commentary*, pág. 212.

[22] Acciones detalladas en Livio, XXXIII 16-17. Broughton, *MRR*, I, pág. 334. Posiblemente, Polibio, XVIII 40, 5, que alude a las aspiraciones de Antíoco, se refiere también a estos acontecimientos. Walbank, *HCP*, II, pág. 602. Sobre la federación acarnania, J. A. O. Larsen, *Greek Federal States. Their Institutions and History*, Oxford, Clarendon Press, 1968, págs. 269-270. Léucade se hallaba unida al continente por una lengua de tierra. No había canal. Walbank, *HCP*, I, pág. 541. Briscoe, *Commentary*, 277-280.

[23] Ver Livio, XXXIII 43, 5, para el sorteo. La expedición, XXXIV 8, 4-21. Otros detalles, Apiano, VI *(Iberia)* 39-41, y Plutarco, *Catón el Viejo* 10-11. Broughton, *MRR*, I, pág. 339. J. Martínez Gázquez, *La campaña de Catón en Hispania*, Barcelona, Ariel, 1974.

[24] Livio, XXXIV 1-7. Broughton, *MRR*, I, pág. 340.

[25] Sobre las victorias, ver Plutarco, *Catón el Viejo* 10, 3; *Apophoremata* de Catón el Viejo, 25 = *Mor.*, 199C. Eckstein, *Senate*, pág. 227.

LIBRO XIX

ZONARAS, IX

Entonces Flaminino[1] hizo una expedición contra Argos. Los 1 18
romanos consideraron un enemigo a Nabis, al ver que no les era B. I, p. 283
fiel y resultaba temible para los griegos. Pero cuando además se le sumaron los que habían sido aliados de Filipo, Flaminino se dirigió hacia Esparta, atravesó el Taigeto sin esfuerzo y llegó hasta la ciudad sin encontrar ninguna oposición. En efecto, Na-
bis, como temía a los romanos y sospechaba de los indígenas, no 2
hizo ningún movimiento con ánimo de enfrentarse a Flaminino. Pero, cuando estaba cerca, se lanzó a su encuentro, pues confiaba en el cansancio del camino y en que iba a estar preocupado por acampar, y les produjo alguna confusión. Al día siguiente volvió a salir contra sus atacantes y, como perdió a muchos
hombres, dejó de hacerlo. Entonces Flaminino, tras dejar allí una 3
parte de su ejército, para que no pudiera moverse por ningún sitio, se dirigió con la otra parte hacia el campo. Con su hermano, además de los rodios y Éumenes el hijo de Átalo, se dedicó a devastarlo.

Desesperado por esto, Nabis envió un heraldo a Flaminino 4
para pedir la paz. Éste escuchó sus palabras pero no se detuvo inmediatamente. Pues no se atrevía a rechazar los acuerdos que Nabis solicitaba, pero tampoco a aceptarlos, ya que la plebe le había prohibido que pactara. En ese momento, pues, no hizo

ninguna tregua, pero, cuando los romanos atacaron de nuevo y
se apoderaron de casi toda Esparta (pues en parte estaba sin for-
tificar), ya no pudo resistir, sino que tuvo que pactar con Flami-
nino y, por medio de una embajada enviada a Roma, llegó a un
acuerdo[2].

5 Flaminino entonces dejó libres a todos los griegos y, des-
a. 194 B. I, p. 284 pués, tras convocarlos y recordarles los beneficios que les había
hecho, les pidió que conservaran su buena disposición hacia Ro-
ma, retiró todas las guarniciones y partió con todo su ejército[3].

6 Cuando Flaminino volvió a Roma, Nabis se rebeló. A causa
a. 193 de esto, prácticamente toda Grecia entró en un período de con-
vulsiones promovido por los etolios. Se preparaban para entrar
en guerra y enviaron embajadores a Filipo y Antíoco, al que
convencieron para que se enfrentara a los romanos, dándole a en-
7 tender que sería el rey de Grecia y de Italia. Una vez que a los
romanos se les puso la situación difícil, no tenían esperanza de
vencer a Antíoco, sino que se contentaban con que quedaran a
salvo sus intereses. En efecto, Antíoco parecía grande por su
propia fuerza, pero además, porque se había adueñado de Media
y, sobre todo, resultaba mucho más grande porque se había ga-
nado como yerno a Ptolomeo, el rey de Egipto, y a Ariarates, rey
de Capadocia.

8 A Antíoco, como lo consideraban tanto los romanos, mien-
a. 196 tras hacían la guerra a Filipo, lo trataban con miramientos, tenían
conversaciones con él a través de embajadores y le enviaban re-
galos. Pero, cuando derrotaron a éste, también despreciaron a
aquél, al que antes temían. Había hecho una incursión a Tracia,
donde entre otros logros colaboró en la colonización de Lisima-
quia, que había sido abandonada, con la intención de utilizarla
como base. Pues lo habían animado tanto Filipo como Nabis.
9 Aníbal, una vez que se reunió con él, le hizo concebir la es-
peranza de que podría navegar a Cartago, de allí a Italia,
controlar los pueblos del golfo Jónico y con ellos atacar Ro-
10 ma. Así pues, Antíoco se adelantó y tras haber pasado a Europa
dos veces y haber llegado a Grecia, al recibir la noticia de que
Ptolomeo había muerto, como la mayor de todas sus aspira-

ciones era la de apoderarse de Egipto, dejó a su hijo Seleuco en Lisimaquia con una fuerza, tras hacer él mismo la recluta, pero al enterarse de que Ptolomeo vivía, renunció a Egipto y, cuando intentó navegar hacia Chipre, se vio obstaculizado por el mal tiempo y regresó a casa. Los romanos y él se intercambiaron embajadores y se hacían mutuos reproches, para encontrar un pretexto para la guerra y para explorar las intenciones de los contrarios.

Aníbal, que había obtenido la mayor de las magistraturas 11
cartaginesas y había eliminado de ellas a los más poderosos, fue a. 195 B. I, p. 285
odiado por éstos y acusado ante los romanos de que trataba de revolucionar a los cartagineses y de llegar a acuerdos con Antíoco. Al enterarse de que se habían presentado desde Roma, por
temor a ser apresado, escapó de noche de Cartago. Cuando fue a 12
ver a Antíoco, maquinaba no sólo regresar a la patria sino tam- a. 193
bién hacer la guerra contra los romanos, mientras a él le prometía que podría hacerse con el dominio de Grecia y de Italia, hasta que llegó Escipión el Africano. Pues éste, enviado a África como juez entre Masinisa y los cartagineses, que tenían diferencias en torno a los límites de la tierra, había fomentado su enemistad, para que entre sí siguieran teniendo diferencias y ninguno de ellos, enfrentado al otro, se atreviera a alzarse contra los roma-
nos[4]. Entonces hizo la travesía a Asia, según decía, con la inten- 13
ción de llevar su embajada a Antíoco, pero, de hecho, para atemorizar con su presencia tanto a éste como a Aníbal y atender a los intereses de los romanos. Cuando llegó, Antíoco ya no se sentía tan próximo a Aníbal, pues sospechaba que secretamente estaba de acuerdo con Escipión y, por otra parte, le molestaba el hecho de que todo el mundo atribuía el peso de las decisiones a Aníbal y que tenían puestas en éste sus esperanzas del éxito de la
guerra. Así pues, tuvo envidia de Aníbal y desconfió de él, no 14
fuera a ser que cambiara si se veía con algún poder. Y ni le proporcionó un ejército ni lo envió a Cartago, ni en sus encuentros lo trataba con intimidad, sino que se preocupaba de que nada de lo hecho pareciera deberse a él.

62 1 B. I, p. 286 Que Antíoco y sus generales fueron asesinados. Pues en medio de la vida fácil, se vio arrojado a la molicie por

ZONARAS, IX

19 1 a. 192 La gran fama de Antíoco alcanzó Roma y provocó entre los romanos una preocupación no despreciable. Como eran diversos los rumores que había sobre Antíoco y unos contaban que ya ocupaba toda Grecia, otros que se dirigía hacia Italia, los romanos enviaron a Grecia, con otros embajadores, a Flaminino, que ya les era familiar, para impedir que tanto los griegos como Fili-
2 po les causaran ninguna sorpresa[5], y a los pretores Marco Bebio a Apolonia[6], por si Antíoco pudiera atreverse a pasar a Italia por allí, y Aulo Atilo contra Nabis[7]. Éste no hizo nada (pues Nabis de antemano había sido aniquilado por los etolios en una conspiración y Esparta había caído en manos de los aqueos), en cambio Bebio y Filipo consolidaron en gran medida la situación de Tesalia. En efecto, el macedonio había permanecido fiel a sus acuerdos con los romanos, entre otras cosas porque Antíoco se había atraído algunas localidades suyas en Tracia[8].

4 B. I, p. 286 Flaminino, mientras hacía su recorrido por Grecia, a unos los convenció para que no se rebelaran y a los que ya se habían rebelado los hizo cambiar de actitud, excepto a los etolios y algunos otros que se habían pasado al lado de Antíoco, por lo que a unos se los ganaban voluntariamente y por lo menos a algunos también contra su voluntad. Antíoco, aunque era invierno, se
5 adelantó a las expectativas de los etolios. Por ello ni siquiera re-
a. 191 unió un ejército digno de consideración. Sin embargo, tomó con su ayuda Calcis y se ganó al resto de Eubea. Al encontrar entre los prisioneros a algunos romanos, los dejó libres. Invernó en Calcis, donde él, sus generales y soldados corrompieron sus espíritus. Pues en medio de la vida fácil se vio arrojado por el amor de una doncella a la molicie y dejó a los demás inútiles para el combate.

6 B. I, p. 286 Los de Roma, al enterarse de que él se había presentado en Grecia y había tomado Calcis, se decidieron claramente por la

el amor de una doncella y dejó a los demás inútiles para el combate (V. 52, p. 609).

Zonaras, IX

guerra. De los cónsules, a Escipión Nasica lo encargaron de la
custodia de Italia y enviaron a Grecia a Manio Glabrión con un
gran ejército. Nasica atacó a los boyos mientras que Glabrión 7
expulsó a Antíoco de Grecia[9]. Al llegar a Tesalia resolvió nume-
rosos problemas locales con Bebio[10] y Filipo. Tras apoderarse
de Filipo Megalopolita, lo envió a Roma y, después de expulsar
a Aminandro de su dominio se lo entregó al macedonio.

Antíoco entre tanto pasaba la vida tranquilamente en Calcis. 8
Luego se trasladó a Beocia y en las Termópilas esperó a los ro-
manos que venían a hacerle frente. En efecto, creyó que, a pesar
del pequeño número de sus soldados, tendría como aliada la na-
turaleza del lugar. Para que a él no le pasara nada parecido a los
griegos cuando se enfrentaron allí al medo, hizo subir a una parte
de los etolios a las cumbres de los montes, para que los vigila-
ran. Pero Glabrión se preocupó poco de los lugares y no aplazó 9
la batalla, sino que envió de noche a sus lugartenientes Porcio B. I, p. 287
Catón y Valerio Flaco[11] contra los etolios que estaban en las
cumbres y él trabó combate con Antíoco al amanecer. Mientras
se combatía en la llanura, resultaba vencedor, pero cuando An-
tíoco subió a las alturas, empezó a ser derrotado, hasta que Catón
se le presentó por la espalda. Pues, como había llegado sobre los 10
etolios mientras dormían, mató a la mayor parte y dispersó a los
restantes, e inmediatamente a la carrera desde allí llegó a tomar
parte en la batalla de abajo. Pusieron en fuga a Antíoco y se apo-
deraron de su campamento. Por su parte, regresó inmediatamente
a Calcis, pero al enterarse de que el cónsul se acercaba, se retiró
a Asia a escondidas.

Glabrión ocupó al punto Beocia y Eubea y comenzó a hacer 11
incursiones sobre Heraclea, dado que los etolios no querían unir-
se a él. Conquistó la parte baja de la ciudad tras un asedio, y do-
blegó a los que habían escapado a la acrópolis mediante un pac-

62 1 B. I, p. 287 Dion en el libro XIX «*** en lo que se refiere a vuestros asuntos yo siempre estoy al frente» (Bekk., *Anecd.* 166, 1).

ZONARAS, IX

12 to[12]. Entre los que entonces fueron capturados vivos estaba Demócrito, el estratego de los etolios, el que una vez había negado una alianza a Flaminino y, cuando le pidió un decreto para enviarlo a Roma, le había dicho: «atrévete, pues yo lo llevaré con
13 el ejército y os lo leeré junto al Tíber»[13]. Mientras Filipo sitiaba Lamia, llegó a ella Glabrión y se apropió de la victoria y del botín. No obstante, los que quedaban de los etolios estuvieron dispuestos a llegar a una reconciliación, pero no firmaron pactos, sino que se dispusieron para la guerra ya que Antíoco les envió embajadores y dinero; Filipo simulaba sentir amistad hacia los
14 romanos, pero pensaba en los intereses de Antíoco. En este momento Glabrión puso sitio a Naupacto, que era de los etolios. Al llegar Flaminino los convenció de que hicieran un pacto, pues era muy conocido entre ellos. Y tanto aquéllos como los epirotas enviaron embajadas a Roma. Filipo tras enviar una corona de la victoria a Zeus Capitolino recibió, entre otras cosas, a su hijo Demetrio, que había sido rehén en Roma. Con los etolios, en cambio, no hubo tregua, pues no aceptaban verse humillados.

20 1 B. I, p. 288 Contra Antíoco los romanos nombraron a los Escipiones, al Africano y a su hermano Lucio[14], los cuales ofrecieron una tregua a los etolios, para que de nuevo enviaran embajadores a Roma a pedir la paz, pero se apresuraron a ir contra Antíoco y, al llegar a Macedonia, después de tomar a los aliados de Filipo, mar-
2 charon sobre el Helesponto. Tras haber hecho la travesía a Asia, encontraron que la mayor parte de los pueblos costeros estaban ya ocupados por los romanos que habían llegado anteriormente allí, y además por Éumenes y los rodios, que también habían vencido a Aníbal cerca de Panfilia cuando se llevaba algunas naves de
3 Fenicia. Éumenes y Átalo, su hermano, devastaron el territorio

Seleuco[15], el hijo de Antíoco, tras apoderarse del hijo 2
del Africano cuando hacía la travesía desde Grecia, lo tra- B. I, p. 288
taba con mucho miramiento. En efecto, no quiso liberarlo

Zonaras, IX

de Antíoco y hubo ciudades que se pusieron del lado de los romanos, unas por la violencia, otras pacíficamente, de modo que por estos motivos Antíoco se vio obligado a abandonar totalmente Europa y a apartar a su hijo Seleuco de Lisimaquia, al que, cuando regresó, lo envió con una fuerza sobre Pérgamo.
Como el asedio contra la ciudad resultaba infructuoso y llegaron 4
los Escipiones, inmediatamente les envió heraldos, en la esperanza de que obtendría la paz, porque, tras haber cogido al hijo del Africano, lo retenía bajo la máxima vigilancia. Finalmente, a pesar de que había fracasado en los pactos, lo dejó sin ningún tipo de rescate. Pero la paz no tuvo lugar, al no decidirse Antíoco a hacer lo que los romanos pedían.

Por el momento, se mantuvieron totalmente quietos, pero 5
luego entraron en guerra. Así tuvo lugar la contienda. Antíoco B. I, p. 289
dispuso en primer lugar los carros, luego los elefantes y, después, a los honderos y a los arqueros. Los romanos, tras adelantarse a la salida de los carros y haberlos atacado con mucho griterío, los rechazaron, de modo que gran parte, al volverse contra los elefantes, provocaron de nuevo la confusión entre las propias tropas (pues andaban sin rumbo y, como causaban temor a los que estaban ordenados delante de ellos, los dispersaron); además, al sobrevenir una abundante lluvia, dejó inutilizadas las
tropas de honderos y arqueros. Se formó entonces una niebla 6
muy abundante y profunda que a los romanos, por el hecho de encontrarse en situación de superioridad y estar combatiendo de cerca mano a mano, no les causó ningún impedimento, pero a sus contrincantes, como estaban atemorizados y empleaban más el caballo y el arco, les quitó la visión para el disparo y les obligó a ir unos junto a otros como si anduviesen errantes en la os-

mediante un rescate, aunque su padre se lo pedía vivamente, pero tampoco le hizo ningún perjuicio, sino que muy al contrario lo ponía por las nubes con todo entusias-

ZONARAS, IX

curidad. Entonces Antíoco, tras obligar con la caballería pesada[16] a los que se habían colocado frente a él a que dieran la vuel-
7 ta, cobró fuerzas para llegar al campamento en su persecución. E incluso se habría apoderado de él si no llega a ser porque Marco Emilio Lépido, el que lo tenía a su cargo, mató a los primeros romanos que se pasaban a su lado, ya que no los habría convencido de que desistieran de la huida. Pues, desde este momento, los que quedaban de aquéllos, tras volver sobre sus pasos, y él mismo, saliendo rápidamente con las guarniciones de refresco,
8 rechazaron a Antíoco. Mientras sucedía esto, Zeuxis, por la otra parte, tras lanzarse sobre la fosa, entró en ella y comenzó a saquearla, hasta que Lépido se dio cuenta. Éste se puso a proteger su campamento, mientras Escipión se encargaba del de Antíoco, donde encontró muchos hombres, muchos caballos, acémilas, plata, oro, marfil y numerosos objetos de todo tipo. Antíoco, derrotado, se retiró a Siria y los griegos de Asia se sumaron a los romanos.

9 Después de esto, se pactó una tregua, ya que Antíoco había enviado un heraldo con esta intención. En efecto, el Africano estaba en muy buena disposición hacia él por su hijo y el cónsul no quiso que su sucesor, que ya estaba en camino, se hiciera con los honores de la victoria. En consecuencia, no le ordenaron a Antíoco nada nuevo aparte de lo que le habían pedido antes de la
10 batalla. Por ello Gneo Manlio, el que heredó la magistratura, no
a. 189 se contentó con lo acordado, sino que le pidió más y le ordenó que le diera rehenes, entre ellos al hijo de Antíoco y devolviera a todos los desertores, entre los que estaba Aníbal. Antíoco, aunque de mala gana, obedeció en todo. Sin embargo no pudo entregar a Aníbal pues se había refugiado junto a Prusias, rey de los
11 bitinios. Antíoco pactó después de enviar embajadores a Roma

mo y, por fin, a pesar de no haber conseguido llegar a ningún pacto, lo dejó ir sin rescate (V. 53, p. 609).

63 Que muchos envidiaban a los Escipiones, porque dos hermanos especialmente relevantes por su linaje y su virtud, entre otros muchos éxitos, según se ha dicho, consiguieron semejantes calificativos, pues, además de que está cla- B. I, p. 290

ZONARAS, IX

con este propósito, mientras Lucio Escipión recibía los elogios por la victoria y por ella obtenía el epíteto de Asiático, del mismo modo que su hermano había sido llamado Africano, por haber vencido a Cartago cuando era muy poderosa en África[17]. B. I, p. 290

12 Estos hombres, a pesar de ser como eran y de haber alcanzado tal grado de gloria por su valor, no mucho más tarde fueron entregados a los jueces y al pueblo. Lucio fue encadenado inmediatamente por haberse apropiado de gran parte del botín, el Africano por haber llegado a acuerdos demasiado indulgentes por su hijo, pero la verdadera causa fue la envidia. De que no habían 13 cometido ningún delito hay muestras de todas clases, y no es la a. 187 menor el hecho de que, al ser inspeccionada la hacienda del Asiático, no se encontró nada más que lo que tenía antes y que, al haberse retirado el Africano a Literno antes de la votación para permanecer allí hasta su muerte, nadie votó contra él nunca más[18].

14 Entonces Manlio se adueñó de Pisidia, Licaonía y Panfilia y de gran parte de la Galacia Asiática[19]. En efecto, allí existe una B. I, p. 290 rama de los galos alejada de la europea, pues una vez, después de nombrar como rey suyo a Brenno, acudieron rápidamente a Grecia y Tracia y de allí, tras hacer la travesía a Bitinia, separaron para ellos una parte de Frigia y de Paflagonia, así como de la Misia que da sobre el Olimpo y de Capadocia y en ella se asentaron, donde forman un pueblo propio que lleva el nombre de los gálatas[20]. Éstos causaron problemas a Manlio. Pero también sobre ellos triunfó, tras apoderarse de la ciudad de Ancira por

ro que no habían cometido ningún delito por las razones ya explicadas antes, se demostró especialmente por las inspecciones llevadas a cabo en la hacienda del Asiático, en la que no se encontró nada más que lo que ya tenía an-

ZONARAS, IX

asalto y de haberse ganado a los demás por un acuerdo. Tras haber hecho esto y haber obtenido bastante dinero de Ariarates, el rey de los capadocios, por la paz, se marchó a casa[21].

21 1 Los etolios, después de haber enviado embajadores a Roma
B. I, p. 290 por segunda vez para tratar de la paz, se rebelaron de nuevo. Por ello los romanos les devolvieron los embajadores inmediatamente y pusieron Grecia en manos de Marco Fulvio. En primer lugar, se dirigió a Ambracia, que era una gran ciudad (pues una vez había sido la corte real de Pirro, pero entonces estaba en ma-
2 nos de los etolios) y le puso sitio[22]. Entonces los etolios entraron en diálogo con él en favor de la paz. Pero, como no quiso pactar, enviaron una parte del ejército a Ambracia. Los romanos intentaron tomar la ciudad a través de una galería subterránea e hicieron un túnel desde lejos. Primero pasaban desapercibidos a los sitiados, pero, cuando se acumuló la tierra, sospecharon lo que estaba pasando. Como no sabían por dónde se abría el agujero colocaron un escudo de bronce contra la muralla junto al mismo suelo. Al detectar el lugar gracias al ruido, también ellos empezaron a horadar en sentido contrario desde dentro y, cuando se acercaron a los romanos, los atacaron desde su escondite. Finalmente tra-
3 maron a su vez lo siguiente. Tras llenar un gran tonel de plumas, le prendieron fuego, le pusieron encima una tapadera de bronce agujereada por muchos sitios y, después de llevar el tonel al subterráneo y de darle la vuelta a su boca en dirección a los enemigos, arrojaron su extremo hacia el fondo de la cavidad y, al aplicarle sopletes, hacían que saliera una enorme cantidad de un humo insoportable a consecuencia de las plumas, lo que ninguno

tes, y en la retirada del Africano a Literno y su absoluta tranquilidad de conciencia en ese lugar hasta el final de su vida. Pues había comparecido inmediatamente convencido de que quedaría clara la rectitud de sus acciones (V. 54, p. 609).

Que algunos jovencillos que se habían comportado in- 61
solentemente con los embajadores de los cartagineses que a. 188 B. I, pág. 292
habían venido a Roma fueron enviados a Cartago y entregados a ellos, pero no tuvieron que soportar ninguna humillación, sino que los dejaron libres (U[G] 12, p. 381).

Que los romanos, a causa de la abundancia del botín y 64
de su supremacía en las armas, que les hacía pasar mucho a. 187
tiempo entre las posesiones de los pueblos vencidos, probaron la molicie asiática, y le cogieron el gusto en poco

ZONARAS, IX

de los romanos pudo aguantar. Rechazados de allí, los romanos 4
pactaron y levantaron el asedio. Cuando lograron ponerse de acuerdo, también los etolios cambiaron de actitud. Obtuvieron una tregua y, luego, incluso la paz de parte del pueblo, a base de entregar mucho dinero y muchos rehenes. Fulvio se adueñó también de Cefalonia por medio de un acuerdo y apaciguó el Peloponeso, que estaba en situación conflictiva.

En el consulado de Gayo Flaminio y Emilio Lépido, más 5
tarde, murió Antíoco, y le sucedió su hijo Seleuco. Al morir él, a. 187 B. I, p. 292
mucho después, fue rey el Antíoco que había ido como rehén a Roma. Filipo por su parte se atrevió a rebelarse porque se había visto privado de algunas ciudades en Tesalia y, además de éstas, a. 185
también de Eno y Maronea, pero no pudo a causa de su vejez y a causa de lo que le había sucedido con sus hijos[23]. Algunos galos 6
tras atravesar los Alpes pretendieron fundar una ciudad en la par- a. 183 B. I, p. 293
te interior de los mismos. Marco Marcelo les quitó las armas y todo lo demás que habían acumulado. Pero los de Roma, cuando

tiempo a su rico modo de vida, por lo que olvidaron las costumbres patrias en no mucho tiempo. Así, esta terrible situación, que había empezado allí, terminó llegando a la ciudad (V. 55, p. 609).

65 1 B. I, p. 292 Que Graco, además de ser miembro de la plebe, era un enérgico orador, pero no estaba de acuerdo con Catón, sino que, a pesar de tener una vieja enemistad frente a los Escipiones, no soportaba lo que estaba pasando y, así, salió en defensa del Africano porque estaba siendo objeto de una acusación en su ausencia; consiguió que no mancillaran su nombre y que el Asiático no fuera llevado a prisión. Por eso los Escipiones olvidaron su enemistad y crearon lazos familiares, pues el Africano le ofreció en matrimonio a su propia hija[24] (V. 56, p. 610).

ZONARAS, IX

7 B. I, p. 293 vinieron sus embajadores, les devolvieron todo a cambio de que se retiraran inmediatamente.

También murió Aníbal. En efecto, cuando Roma envió embajadores a Prusias, el gobernante de Bitinia, entre otros motivos, para que entregara a Aníbal, que se encontraba con él, y éste se enteró, como no pudo escapar se suicidó[25]. Como una vez le

TZETZES, *Chil.* I, 798-805.

Tras beber un veneno murió en Bitinia / en un lugar llamado Libisa / pues pensaba morir en su propia patria Libisa. / En efecto Aníbal tenía un oráculo escrito así. / Una masa de tierra de Libisa ocultaría el rostro de Aníbal. / Más tarde, el emperador de los romanos Severo, / que era de linaje libio, puso en una tumba de mármol blanco: «a este hombre, al general Aníbal».

Dion en libro XIX «Como también así les quedaba 2
tiempo libre, dispusieron los caminos a través de ellos»[26]
(Bekk., *Anecd.*, 166, 14; cf. 166, 3).

ZONARAS, IX

predijo un oráculo que moriría en tierra de Libisa, él esperaba morir en Libia, su patria; murió en un territorio llamado Libisa. También Escipión el Africano murió por aquel entonces.

NOTAS

[1] Sobre la prórroga del *imperium* para Flaminino, LIVIO, XXXIII 43, 6. Detalles de la guerra contra Nabis, XXXIV 22, 4-41. Resumen, en PLUTARCO, *Flaminino,* 13, 1, y *Filopemen,* 15, 1.

[2] BROUGHTON, *MRR,* 1, pág. 341. La cuestión de la oferta y rechazo de la paz queda bastante oscura en el texto de Zonaras. Tras el primer momento de dudas de Flaminino, quien rechaza la paz es Nabis. ECKSTEIN, *Senate,* pág. 308.

[3] Sobre las medidas y el regreso de Flaminino, con detalle, LIVIO, XXXIV 48, 2-52 y, más resumido, en PLUTARCO, *Flaminino,* 14. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 344.

[4] Sobre la legación, para el arbitraje, LIVIO, XXXIV 62, 16-18; APIANO, VIII *(Libia),* 67, sin nombres. La situación general, expuesta de modo más ambiguo, en POLIBIO, XXXI 21, 1-5. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 351. GRUEN, *Hellenistic World,* págs. 130, n. 170, y 464, n. 36.

[5] Detalles de la embajada, LIVIO, XXXV 23, 5-6. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 351.

[6] Sobre Bebio, LIVIO, XXXV 20, 12; 23, 5; 24, 7; XXXVI 1, 7; 8, 6; 10, 10: noticias dispersas. Alguna anécdota, en APIANO, XI *(Siria),* 16. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 350.

[7] LIVIO, XXXV 22, 1-3; 23, 4; 37, 3, y la nota anterior. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 350.

[8] Ver *supra,* n. 6. GRUEN, *Hellenistic World,* págs. 225, n. 103, y 400, n. 8.

[9] Sobre Nasica y los boyos, LIVIO, XXXVI 1, 9. El sorteo, 2, 1. La lucha, 38, 5-7, y, sobre todo, 39 y 3-40. Probables honores dedicados a él, XXXVIII 35, 4. Glabrión, en LIVIO, XXXVI 3, 7-14. Muy detallado, en 14-35. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 352.

[10] Como propretor. Ver *supra,* nota 6, y LIVIO, XXXVI 13, con los detalles geográficos. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 353.

[11] Detalles, en LIVIO, XXXVI 17-18, y PLUTARCO, *Catón el Viejo* 12-14. APIANO, XI *(Siria)* 18-19, se detiene más en la perspectiva griega. Resumen de acontecimientos más amplios, POLIBIO, XX 9-10. BROUGHTON, *MRR,* I, págs. 354-5.

[12] Como un modo de adelantarse a Filipo, pues la alianza no impedía que pervivieran los temores. LIVIO, XXXVI 25; ver, para el año 185, XXXIX 23, 9, y 28, 3. GRUEN, *Hellenistic World,* pág. 400, n. 10. Ver *infra,* ZONARAS, IX 19, 13.

[13] Sobre Demócrito, LIVIO, XXXV 33, 9-11. Fue aprisionado y enviado a Roma, según XXXVI 24, 12, y APIANO, XI *(Siria),* 21. Moriría en el Tíber, hecho que se expone para resaltar la coincidencia, en LIVIO, XXXVII 46, 5. La crítica en general muestra escepticismo con respecto al episodio. Ver por ejemplo, GRUEN, *Hellenistic World,* pág. 459, n. 130, que también duda de la afirmación de LIVIO (XXXVI 33, 1, y 34, 3) de que las masas apoyaban a los etolios y a Antíoco y las clases altas a Roma.

[14] El cónsul era Lucio Cornelio Escipión Asiático y Publio Cornelio Escipión Africano el legado. LIVIO, XXXVII 1, 7-10; 2, 2-3; 4, 1-4; 6-7; 18, 10; 25; 33-45; POLIBIO, XXI 4-5 y 13-16; FLORO, I, 24, 14; APIANO, XI *(Siria)* 24 y 28-29, que representa, seguramente, la información más amplia. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 358.

[15] Error, por Antíoco, su padre (CARY).

[16] *Cataphracti,* soldados de caballería recubiertos con armaduras metálicas, tropas propias de Oriente que se introdujeron en el mundo helenístico y, más tarde, fueron imitadas por los romanos.

[17] Sobre el triunfo de Escipión Asiático, POLIBIO, XXI 24, 16-17, y LIVIO, XXXVII 59, 2-6. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 362; WALBANK, *HCP,* III, pág. 118.

[18] Ver G. CLEMENTE, «La politica romana nell'etá dell'imperialismo», en *Storia di Roma,* II, 1, Turín, Einandi, 1990, 252 ss.

[19] POLIBIO, XXI 33-39; LIVIO, XXXVIII 12-27. WALBANK, *HCP,* III, págs. 140-152, compara las fuentes entre sí para situar los fragmentos de la primera. Ver también DIODORO, XXIX 12-13. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 360.

[20] Sobre los gálatas, la expedición de los celtas desde el centro de Europa y las hazañas de Brenno, ver J. FILIP, *Celtic Civilization and its Heritage,* Praga, Academic, 1977 (2.ª ed.), págs. 63 ss.; H. D. RANKIN,

Celts and the Classical World, Londres, Croom Helm, 1987, págs. 188 ss., entre otros títulos.

[21] Las fuentes sobre Ariarates IV *Eusebés,* en Niese, *RE,* II, 1, 1895, cols. 817-818.

[22] Descripción general, en Livio, XXXVIII 3-10. Broughton, *MRR,* I, pág. 360. La embajada, en XXXVII 49-50. Ver Errington, *Dawn,* págs. 179-185. Polibio, XXI 25-28, con comentario de Walbank, *HCP,* III, págs. 118-128.

[23] Fue enviado Tiberio Claudio Nerón; Polibio, XXII 6, con comentario de Walbank, *HCP,* III, págs. 184-186. Quejas de Filipo, en XXIII 2, 7. Como antecedentes de la guerra de Perseo, Livio, XXXIX 23, 5-29, 3. Culpas de los tesalios y epirotas, Pausanias, VII 8, 6. Broughton, *MRR,* I, pág. 373.

[24] Las circunstancias de la reconciliación, en Livio, XXXVIII 57, 5-8. Gruen, *Hellenistic World,* pág. 238.

[25] Fue enviado Tito Quincio Flaminino, el cónsul de 198. Polibio, XXIII 5, 1; Livio, XXXIX 51; Nepote, *Aníbal* 12; Plutarco, *Flaminino,* 20-21; sobre el oráculo y el lugar de la muerte, Apiano, XI *(Siria)* 11. Broughton, *MRR,* I, pág. 380. Lo enviaron después de que Éumenes venciera a Prusias, según Nepote, *Aníbal* 10. Gruen, *Hellenistic World,* pág. 112. Este autor, en pág. 221, cree percibir una controversia sobre el modo de actuar de Flaminino en el texto de Plutarco y el de Livio, del que hay que añadir 56, 7. Sobre el suicidio, ver también Pausanias, VIII 11, 11; Gruen, pág. 552. Walbank, *HCP,* III, 221, distingue el contenido de Livio, para el que el cometido del viaje lo constituía el enfrentamiento a Aníbal, y el de Plutarco y Apiano, según quienes Flaminino viajaba por propia iniciativa.

[26] Por medio de los soldados. Para la Via Emilia, Livio, XXXIX 2, 10, y Estrabón, V 1, 11 = C216; las circunstancias para la construcción de la Vía Flaminia, Livio, XXXIX 2, 1-6. Ambas llevan los nombres de los dos cónsules de 187. Broughton, *MRR,* I, pág. 368.

LIBRO XX

ZONARAS, IX

Filipo, el rey de los macedonios, después de haber matado a 1 22
su hijo Demetrio y de haber intentado matar a su otro hijo Per- a. 179 B. I, p. 294
seo, murió[1]. En efecto, como Demetrio se había hecho muy ami-
go de los romanos cuando fue su rehén, y tanto él como el resto
de los macedonios esperaban que, después de Filipo, heredaría el
reino, Perseo sintió celos de él, pues era el primogénito, y lo
acusó de que estaba conspirando contra su padre. Obligado a be-
ber un veneno, murió, pero Filipo, no mucho después, al enterar- 2
se de la verdad, quiso vengarse de Perseo, pero no tuvo el sufi-
ciente valor y, en cambio, fue él quien murió y Perseo quien
heredó el reino. Los romanos se lo confirmaron y renovaron la
amistad paterna.

En los tiempos posteriores se sucedieron algunos aconteci- 3
mientos, pero no tan importantes como para considerarlos dignos a. 172
de escribirse. Más tarde, Perseo, se hizo enemigo de los roma-
nos. Para obtener una suspensión de la guerra mientras se prepa-
raba, envió embajadores a Roma seguramente para que lo defen-
dieran de las acusaciones que se le hacían. Los romanos no los 4
recibieron dentro de las murallas y, cuando negociaron con ellos
delante de la ciudad, sólo respondieron que enviarían a un cónsul
con el que podrían dialogar cuanto quisieran. E inmediatamente
hicieron que se retiraran, después de darles escoltas para que no

entraran en contacto con nadie. A Perseo le advirtieron que en adelante no intentara dirigirse a Italia[2].

5 Los romanos, después de esto, enviaron al pretor Gneo Sicinio con una pequeña fuerza[3] (pues todavía no habían preparado la fuerza mayor), mientras Perseo, tras atacar Tesalia, se había apropiado de la mayor parte de ella. Pero, cuando llegó la primavera, enviaron contra él a Licinio Craso y al pretor Gayo Lucrecio al mando de la flota[4]. Al principio, al entrar en contacto con Perseo cerca de Larisa, tuvo un fracaso en una batalla con la caballería, pero luego salió bien parado hasta el punto de que Per-
6 seo tuvo que retirarse a Macedonia[5]. Craso por su parte atacó las ciudades griegas sometidas por Filipo y fue rechazado en la mayor parte de ellas, pero se apoderó de otras y en algunas, tras destruirlas totalmente, vendió a los prisioneros; cuando los de Roma se hubieron enterado, se irritaron y a Craso, más tarde, lo castigaron con una multa, liberaron las ciudades capturadas y a los que habían sido vendidos de entre sus habitantes y fueron encontrados en Italia, los compraron a quienes eran sus dueños en aquél momento[6].

7 Así llevaron entonces los romanos este asunto, pero en la guerra contra Perseo tuvieron que padecer muchas y grandes desgracias, su situación se vio agobiada por muchos motivos y Perseo se apoderó de la mayor parte del Epiro y de Tesalia[7]. En efecto, había formado al ejército en todos sus aspectos, pero además estuvo entrenando a su falange para hacer frente a los elefantes de los romanos, después de haber cubierto de hierro sus
8 escudos y cascos con clavos punzantes, de modo que ni a los caballos les diese miedo, pues preparó imágenes de elefantes a los que untaba un ungüento pestilente y que resultaban espantosos tanto al verlos como al escucharlos (lanzaban una especie de ruido semejante al trueno de acuerdo con su naturaleza) y las empujaba para que avanzaran hacia aquéllos continuamente, hasta que por fin cogieran valor. Perseo obtuvo de este modo gran seguridad en sí mismo y concibió la esperanza de superar a Alejandro por su gloria y por la grandeza de su poder, pero los de Roma, al enterarse de esto, enviaron con urgencia a Marcio

Que Perseo concibió la esperanza de expulsar totalmente a los romanos de Grecia, pero, por su excesiva e inoportuna parsimonia y por la desconfianza que ésta provocaba en los aliados, se hizo débil de nuevo. En efecto, como las posibilidades de los romanos quedaron debilita- I 66 a. 169 B. I, p. 295

ZONARAS, IX

Filipo, que entonces era cónsul y que, al llegar a Tesalia al cam- 9
pamento, sometió a los romanos y a sus aliados a un duro entre- a. 169
namiento, de modo que Perseo pemanecía asustado en Dio de Macedonia, cerca de Tempe, y guardaba una estrecha vigilancia[8]. Más animado por este motivo, Filipo cruzó los montes y ocupó algunas tierras de Perseo. Pero, cuando avanzó sobre Pidna, le escasearon las provisiones y se volvió a Tesalia. Entonces 10
fue Perseo el que se animó, se apoderó a su vez de lo que Filipo había ocupado, con la flota provocó diversos perjuicios a los romanos, se ganó a sus aliados y llegó a concebir la esperanza de expulsar totalmente de Grecia a los romanos. Pero, por su excesiva e inoportuna parsimonia y por el desprecio que provocaba en los aliados, de nuevo se volvió débil. En efecto, cuando se 11
debilitaban las posibilidades de los romanos, pero se fortalecían B. I, p. 296
las suyas, se confiaba como si ya no necesitase a los aliados y no les daba el dinero que les había prometido. Entonces, una vez que los unos habían apaciguado su entusiasmo y los otros lo habían abandonado por fin, se desesperó tanto que incluso pidió hacer la paz y la habría obtenido por medio de Éumenes si no hubieran coincidido en la embajada los rodios. Pues éstos, al dialogar de manera desdeñosa con los romanos, impidieron que obtuviera la paz.

Desde aquel momento la guerra contra él le fue encomenda- I 23
da a Paulo Emilio, que fue cónsul por segunda vez[9]. Éste, que a. 168 B. I, p. 297
se marchó apresuradamente a Tesalia y puso orden en los asuntos de los soldados, tras forzar el paso a través de Tempe (pues eran pocos los que estaban de vigilancia allí), se dirigió a Per- 2
seo. Éste había obstruido el río Elpio que se encuentra en me-

das y las suyas se fortalecieron, menospreciaba a los aliados como si ya no los necesitara para nada, sino que pensó que habrían de venir ellos sin recibir nada a cambio y hasta vencería él solo; de modo que ni a Éumenes ni a Gencio[10] les pagó el dinero que les había prometido, en la idea de que tenían su propia causa de hostilidad hacia los romanos. Entonces, cuando tanto éstos como los tracios (pues ni siquiera ellos recibieron su paga completa) estuvieron faltos de estímulo, hasta tal punto de desesperación llegó de nuevo que incluso solicitó hacer la paz (V. 57, p. 610).

ZONARAS, IX

dio y, tras ocupar todo lo que existe entre el Olimpo y el mar con piedras, leños y edificaciones, lo había dejado intransitable, y se mostraba animado además por la falta de agua del lugar; aun así, sin embargo, el cónsul intentó atravesarlo y se procuró una ayuda contra la falta de agua. En efecto, tras haber removido la arena que había en la base del Olimpo, encontró agua abundante
3 y potable. En este momento llegaron a verlo embajadores de los rodios con la misma prepotencia con que antes habían ido en embajada a Roma[11]. Tras decirles simplemente que en pocos días les daría una respuesta, los despidió. Pero, como si atacaba directamente no conseguiría nada y, en cambio se enteró de que los montes eran accesibles, envió una parte del ejército hacia la altura más difícil de atravesar para que se apoderara de lo que le fuera posible (pues a través de las zonas inaccesibles tenía una guarnición muy pequeña), mientras él entró con el resto del ejército en combate contra Perseo, para que no sospechara nada ni
4 pusiera una vigilancia más cuidadosa de los montes. Después de esto, ocupadas las alturas, se dirigió de noche hacia los montes y, en parte porque pasaba desapercibido, en parte porque empleaba la fuerza, consiguió superarlos. Al enterarse de esto, Perseo, por temor a que le cayera por la espalda o a que ocupara Pidna

Que Perseo solicitó hacer la paz a los romanos y la 2
habría obtenido, si no hubieran decidido estar con él en la B. I, p. 296
embajada los rodios, por temor a que el adversario de los
romanos fuera anulado. Pues no hablaron con ninguna

ZONARAS, IX

(pues al mismo tiempo se acercaba la flota de los romanos),
abandonó la defensa que había junto al río y, tras acercarse apre-
suradamente a Pidna, acampó delante de la ciudad. Llegó tam- 5
bién allí Paulo, pero no entraron en contacto inmediatamente, si-
no que dejaron pasar no pocos días. Al enterarse Paulo de que la
luna iba a eclipsarse, reunió su ejército al caer la tarde; cuando
era posible que tuviera lugar el eclipse, les anunció lo que iba a
suceder y les animó a que no se perturbaran por esto. Así pues,
los romanos, cuando contemplaron el eclipse, no sospecharon
nada malo por ello, pero en cambio los macedonios tuvieron
miedo por esto y creyeron que el prodigio se dirigía contra Per-
seo. Al encontrarse cada uno de ellos en tal situación, algo que 6
sucedió por azar los arrastró al día siguiente a emprender una ba- B. I, p. 298
talla sin heraldos y precipitó el fin de la guerra. En efecto, cuan-
do una acémila de los romanos cayó al agua de que se abastecían,
los macedonios intentaron apoderarse de ella y los portadores de
agua trataron de impedírselo. Al principio éstos entraron en
combate solos; luego, los demás, al acudir en ayuda de los su-
yos, salieron del campamento y todos se enzarzaron entre sí.
Tras haber tenido lugar una batalla desordenada, pero, desde 7
luego, violenta, los romanos resultaron vencedores y, después de
perseguir a los macedonios hasta el mar, mataron a muchos
hombres y entregaron a muchos otros a que los matara la flota
que se acercaba. Y no habría quedado ninguno de ellos, si la no-
che no hubiera venido en su ayuda. Pues la batalla tuvo lugar a
última hora de la tarde[12].

Tras haber escapado hacia Anfípolis, Perseo, con la inten- 8
ción de recuperar a los que habían quedado y de asumir de nue-
vo los asuntos de estado, como no se unió a él prácticamente

moderación, como sería natural en el que hace una petición. No se presentaron como quien va a solicitar un tratado de paz para Perseo, sino como quien va a concederlo, y en la conversación mostraron muchas palabras de orgullo; finalmente, los amenazaron con que si no llegaban a un acuerdo, se unirían a los otros para hacerles la guerra. Después de esto, ellos que ya anteriormente habían sido

ZONARAS, IX

nadie, excepto mercenarios cretenses, y se enteró de que Pidna y otras ciudades habían elegido el bando de los romanos, se trasladó desde allí y, tras colocar en las embarcaciones cuantas rique-
9 zas había reunido, zarpó de noche a Samotracia. Al enterarse, no mucho después, de que Octavio, que estaba al frente de la flota, se acercaba navegando[13] y de que Paulo estaba en Anfípolis, le envió un mensaje para pedirle que se reuniera con él. Como se había puesto él mismo el título de rey en la carta, ni siquiera obtuvo respuesta. Pero, más tarde, cuando escribió sin ponerse ningún título, le respondió aceptando tener una conversación para tratar de la paz, pero dijo que no llegarían a un acuerdo más que si se ponía a sí mismo y todas sus posesiones en manos de los
10 romanos. Por esto no llegaron a ningún acuerdo. Después, cuando los romanos reclamaron a un tal Evandro, cretense, porque le había prestado muchos servicios contra ellos y le había sido muy fiel, no lo entregó, por temor a que declarara todo lo que compartía con él, sino que, tras matarlo en secreto, comunicó que se había suicidado. Entonces, los que estaban con él, temerosos de su deslealtad (pues no ignoraban lo que estaba pasando), empe-
11 zaron a cambiarse de bando. Por su parte, temiendo que lo fueran
B. I, p. 299 a entregar a los romanos, intentó salir huyendo de noche. Y se habría ido a escondidas junto a Cotis[14] el jefe tracio, si no lo hubieran abandonado los cretenses. En efecto, tras almacenar las cosas en las embarcaciones, se marcharon a casa. Él permaneció allí escondido algunos días con uno solo de sus hijos, Filipo,

motivo de sospecha para los romanos, fueron más despreciados todavía, e impidieron que Perseo obtuviera la paz[15] (U^G 13, p. 382; cf. *Suid.*, s.v. *aitētaí)*.

Que Perseo, mientras estaba en Samotracia, en el santuario, cuando le reclamaron a un tal Evandro, de linaje cretense y que era muy fiel, había colaborado en muchas hazañas contra los romanos y le había ayudado en el complot contra Éumenes que había tenido lugar en Delfos, no lo entregó, pues temía que declarara todo lo que compartía 3 a. 168 B. I, p. 298

Zonaras, IX

pero, cuando conoció que Octavio se había apoderado de sus otros hijos y de su servidumbre, se entregó voluntariamente. Mientras lo llevaron a Anfípolis, Paulo no le hizo ningún daño e incluso estrechó su mano y lo invitó a su mesa, lo tenía bajo una vigilancia sin cadenas y lo trataba con sumo cuidado. Después de esto, se retiró a Italia a través del Epiro.

Durante la misma época el pretor Lucio Anicio, enviado contra Gencio, venció a los que lucharon contra él y encerró a Gencio, después de perseguirlo en su huida, en Escodra, donde tenía su palacio real[16]. Y en vano habría permanecido allí (en efecto, en la cumbre de la montaña se había edificado una ciudad, rodeada de profundos precipicios que tienen ríos impetuosos y protegida con una poderosa muralla), si Gencio, con grandes esperanzas en su fuerza, no se hubiera lanzado voluntariamente a la batalla. A consecuencia de esto, Anicio se hizo con todos sus dominios y, tras avanzar hasta el Epiro, apaciguó también aquella región, que se encontraba en una situación confusa, antes de la llegada de Paulo. 1 24 B. I, p. 300

Los romanos se enteraron de la victoria de Paulo, al cuarto día después de la batalla, gracias a algún rumor, pero no se la creyeron totalmente. Luego, cuando llegaron los escritos de Paulo sobre ella, se alegraron sobremanera, no como si hubieran vencido a Perseo y se hubieran apoderado de Macedonia, sino 2

con él, sino que, tras matarlo a escondidas, difundió el rumor de que se había suicidado. Sus compañeros, asustados por su deslealtad y por su crimen, empezaron a alejársele (V. 58, p. 610).

4 Que Perseo se entregó voluntariamente y, una vez que
B. I, p. 299 fue llevado a Anfípolis, Paulo no le causó ningún daño ni de obra ni de palabra, sino que cuando se acercó a él, después de levantarse de su asiento, además de estrecharle la mano, también le hizo compartir su mesa y, en una vigilancia sin cadenas, lo trataba con sumo cuidado (V. 59, p. 613).

67 1 Que Paulo no sólo era bueno como general sino ade-
B. I, p. 300 más insobornable con dinero. Como testimonio: después

ZONARAS, IX

que lo celebraron como si hubieran vencido a aquel Filipo y al
3 mismo Alejandro con todo el imperio que había tenido. Cuando Paulo llegó a Roma se votaron muchas cosas en su honor y la procesión de los triunfos fue muy brillante[17]. En efecto, llevó en la pompa todo lo que había capturado, llevó también a Bitis, el hijo de Cotis, a Perseo, a su mujer y a los tres hijos que tenía, como prisioneros.

4 Preocupado por el exceso de su buena suerte, de que fuera a indignarse con ellos la divinidad, hizo un ruego también él a la manera de Camilo para que no le ocurriera ningún mal a la ciudad, sino a él mismo, si era necesario. Y perdió a sus dos hijos, a uno un poco antes del triunfo, al otro en la misma celebración de los epinicios. No sólo era bueno como general, sino también poco amigo de las riquezas. Prueba de ello: después de ser cónsul por segunda vez y de hacerse dueño de incontables botines, vivió en tal estado de pobreza que con dificultad pudo dársele la herencia a su mujer en el momento de morir[18].

5 De los capturados, Bitis fue devuelto a su padre sin rescate,
B. I, p. 301 mientras Perseo fue depositado en Alba con sus hijos y con su

de ser cónsul por segunda vez y haberse apoderado de incontables trofeos, pasó su vida en tal estado de pobreza que con dificultad se pudo entregar la herencia a su mujer en el momento de su muerte. En efecto, tal era y tales actos llevó a cabo. Sólo consideran que se ha imputado a su 2
vida como una mancha el haber permitido que se repartie- B. I, p. 301
ran el botín los soldados, ya que por lo demás no era un hombre que ejerciera las gracias y se mostraba moderado en sus dádivas, sino que era visto al mismo tiempo como muy afortunado y muy buen consejero en las relaciones con los enemigos. Como testimonio vale el no haberse mostrado ante Perseo ni desmesurado ni fanfarrón, ni haber combatido en la guerra contra él de manera temeraria ni imprevisible (V. 60, p. 613).

Que los rodios, que antes mostraban mucha soberbia I 68
como si al haber vencido también ellos a Filipo y Antíoco B. I, p. 301
fueran más poderosos que los romanos, llegaron a tal situación de temor que llamaron a Popilio, que había sido enviado como embajador ante Antíoco el rey de Siria,

ZONARAS, IX

servidumbre. Allí, mientras tenía esperanza de conservar el trono, resistió, pero cuando tuvo que renunciar a él se mató. Su hijo Filipo y su hija no murieron mucho más tarde. Sólo el más joven, que llegó a ser escriba de los magistrados de los albanos, sobrevivió durante algún tiempo. Así, Perseo, el que se gloriaba de ser de la estirpe de veinte reyes y que repetía mucho el nombre de Filipo, pero más todavía el de Alejandro, perdió el reino, fue hecho prisionero y llevado en procesión en las fiestas del triunfo, portando cadenas sin abandonar su corona.

Los rodios en cambio, que anteriormente se comportaban 6
con soberbia ante los romanos, les pidieron que no les guardaran rencor y, si antes no se consideraban sus aliados, entonces se esforzaban mucho por serlo. Y satisficieron su esfuerzo, pero tar-

y, al presentarse él, condenaron a todos los que habían hecho planes en contra de los romanos, y castigaron a los que fueron capturados[19] (U^{G} 14, p. 382; cf. Suid., s.v. *phrónēma)*.

2 Que los mismos que habían enviado embajadores en muchas ocasiones ante ellos cuando necesitaban algo, ya no hacían las mismas peticiones que antes, sino que, para solicitar que no les guardaran rencor, sólo hablaban de todos los beneficios que pudieron obtener y de todas aque-
3 llas cosas en las que habían colaborado alguna vez; y si
B. I, p. 302 bien antes no habían aceptado la calificación de aliados para, como quien puede tomar sus propias decisiones, sin verse obligado por ningún pacto de amistad, mantener una posición firme y, llegado el caso, hacerles la guerra y hacerse, así, objeto de atención, en cambio se esforzaron mucho en aquel momento por acercarse y, al mismo tiempo que buscaban la buena disposición de los romanos, perseguían de este modo una consideración honrosa por parte de los demás (U^{G} 15, p. 382).

69 Que el propio Prusias, tras entrar en Roma y en el se-
B. I, p. 302 nado, besó su umbral, llamó dioses a los senadores y se

ZONARAS, IX

de. Los romanos se irritaron también con los cretenses, pero tras aceptar muchas súplicas, por fin abandonaron su irritación. En
7 cuanto a Prusias y Éumenes, el primero, tras dirigirse por sí mis-
B. I, p. 302 mo a la ciudad, entrar en el senado, besar el umbral y arrodillarse, suplicó a los senadores y fue considerado inocente, pero Éumenes consiguió que no se le guardara ningún rencor gracias a su hermano Átalo.

8 Entonces los asuntos de Capadocia se administraban así.
a. 166
B. I, p. 302 Ariarates, el que gobernaba en ella, tuvo un hijo legítimo, Ariarates. Pero antes de haberlo tenido, como durante mucho tiempo

arrodilló. Por eso precisamente obtuvo el perdón de manera especial, a pesar de haber hecho la guerra a Átalo

ZONARAS, IX

su esposa no había dado a luz, había adoptado un hijo llamado Olofernes. Más tarde, cuando el legítimo fue engendrado, aquél fue expulsado después de ser descubierto. Tras la muerte de Ariarates, se sublevó inmediatamente contra su hermano[20]. Se alia- 9
ron, con Ariarates, Éumenes y con Olofernes, Demetrio, el rey a. 163 B. I, p. 303
de los sirios. Derrotado Ariarates, huyó junto a los romanos y ellos obligaron a Olofernes a aceptarlo como asociado en el trono. Como Ariarates se había denominado amigo y aliado de los roanos, se hizo con todo el poder gracias a esto. Cuando Átalo sucedió a Éumenes en el momento de su muerte, expulsó totalmente de Capadocia a Olofernes y a Demetrio[21].

Ptolomeo, el que gobernaba sobre Egipto, se murió con dos I 25
hijos y una hija. Como los hijos comenzaron a luchar entre sí por el poder, Antíoco, el hijo de Antíoco el Grande, acogió al más joven cuando fue expulsado, para, con el pretexto de protegerlo, poder inmiscuirse en los asuntos de Egipto. Tras hacer una expedición a Egipto se apoderó de la mayor parte del territorio y puso sitio a Alejandría[22]. Al buscar los otros refugio junto a los 2
romanos, Popilio, enviado contra Antíoco, le ordenó retirarse de a. 168
Egipto. Pues los hermanos, tras comprender la intención de Antíoco, se habían reconciliado. Como tardaba en dar una respuesta, trazó un círculo con su bastón en torno a él y luego, de pie, le pidió que deliberara y respondiera. Entonces Antíoco atemoriza- 3
do rompió el asedio. Alejado el peligro exterior, los Ptolomeos (pues así se llamaban ambos) volvieron a entrar en conflicto de nuevo. Luego se reconciliaron otra vez gracias a los romanos, con la condición de que el mayor tuviera Egipto y Chipre y el otro el territorio que rodea Cirene, pues era entonces de los egipcios. Indignado el más joven por salir perdiendo en el reparto, se 4
dirigió a Roma, donde le fue reconocido también Chipre. El a. 162

contra la opinión de los romanos. Se decía que también en su casa ante sus embajadores, cada vez que venía alguno,

ZONARAS, IX

mayor firmó un pacto de nuevo con el más joven, pues le dio algunas ciudades a cambio de Chipre, además de ordenar que se le pagara con dinero y con trigo.

5 Al morir Antíoco, y después de haber dejado el reino a su
a. 164 hijo homónimo, se lo confirmaron a éste y enviaron inmediatamente tres tutores, pues era pequeño, los cuales, al encontrar, en contra de lo acordado, elefantes y trirremes, ordenaron que todos los elefantes fueran degollados y administraron todo lo demás de acuerdo con lo que convenía a Roma. Por lo cual Lisias, que había obtenido la tutela del rey, excitó los ánimos de la multitud
6 para expulsar a los romanos y matar a Gayo Octavio. Cuando
B. I, p. 304 sucedieron estas cosas, envió embajadores inmediatamente a Roma a defenderse por lo hecho, pero Demetrio, el hijo de Seleuco, el hijo de Antíoco, que estaba como rehén en Roma después de la muerte de su padre y se había visto privado del trono por su tío Antíoco, cuando conoció la muerte de éste, reclamó el poder paterno, pero los otros ni colaboraron con él ni permitieron
7 que se fuera de Roma. A pesar de su desgraciada situación, permaneció en paz. Pero cuando sucedió lo referente a Lisias, no esperó más y salió huyendo. Y desde Licia anunció al senado que no estaba irritado contra su tío Antíoco, sino contra Lisias,
8 de modo que vengaría a Octavio. Tras apresurarse hacia Trípolis de Siria y adueñarse de ésta, como si fuera enviado por los romanos a hacerse cargo del trono (pues nadie conocía su huida), después de apoderarse de Apamea y de reclutar una fuerza, se lanzó sobre Antioquía, y mató al niño y a Lisias, que se había encontrado con él amistosamente (pues no se enfrentaron a los romanos por miedo), consiguió el reino y envió a Roma una corona y a los asesinos de Octavio. Pero como estaban disgustados con él no aceptaron ninguna de la dos cosas[23].

se arrodillaba, se llamaba a sí mismo liberto del pueblo y muchas veces se ponía el pilio (U^{G} 16, p. 383).

ZONARAS, IX

Después de esto los romanos hicieron una expedición contra 9
los dálmatas. Éste es un pueblo ilirio que está situado junto al a. 156
golfo Jónico, a algunos de los cuales los griegos llaman taulantios, y habita en la parte de Dirraquio. Causa de la guerra fue que habían llevado a cabo ataques contra algunos de sus vecinos que eran amigos de los romanos y, a los romanos que habían ido en calidad de embajadores por este motivo, no les dieron una respuesta moderada, sino que, tras detener con ellos a los embajadores de los otros pueblos, los mataron. Los sometió Escipión Nasica cuando fue en expedición contra ellos. Se apoderó de las ciudades y vendió a los prisioneros. Y otras cosas sucedieron en los mismos tiempos, pero no dignas de mencionarse ni de ser objeto de la historia.

NOTAS

[1] Las circunstancias finales del reino de Filipo, en Polibio, XXIII 1-3; 10-11; y Livio, XXXIX 35; 46, 6-48, 1; 53, 1-9; XL 3-16, 3, con gran cantidad de detalles; la embajada de 181, en 20, 3-21; Demetrio: 23-24; muerte de Filipo, en 54-56. E. Will, *Histoire politique du monde hellénistique,* (323-30 av. J. C.), Nancy, Publications de l'Université de Nancy II, vol. II, 1967, págs. 213-215. Demetrio aparece como representante de un importante grupo macedónico que apoyaba la colaboración con Roma. Walbank, *HCP,* III, pág. 224. De Polibio se desprende, por otro lado, un conflicto entre Perseo y Demetrio, *ibid.,* pág. 229, mientras que Livio se refiere a un acercamiento entre Filipo y Perseo, *ibid.,* pág. 233.

[2] Las relaciones de Perseo con los romanos, según Polibio, XXV 3,1, estarían dañadas desde el principio por su política de condonación de deudas. Amistad, Livio, XL 58, 8, y, en referencia indirecta, en XLI 24, 6. Renuncia, XLII 25, 12. Resumen, XLV 9, 2-7. Alianza, Diodoro, XXIX 30. Más matices en la actitud de Perseo, en el breve resumen de Apiano, IX *(Macedonia)* 11, 5. Livio y Diodoro cuentan que buscaba la *amicitia* o *philia,* más que un simple *foedus.* Walbank, *HCP,* III, págs. 275-6; Gruen, *Hellenistic World,* pág. 82. Sobre la amistosa acogida por parte del senado, ver Gruen, Ibíd., pág. 403. Sobre la llegada de Perseo al trono, Livio, XL 56, 11, 57, 1. La mejor descripción de su personalidad, en Polibio, XXV 3, 5-7. Ver Will, *Histoire politique,* II, págs. 215-6; Walbank, *HCP,* III, pág. 277.

[3] *Praetor* en 172, a quien se le prorrogó el *imperium* en 171, con la provincia de Macedonia. Livio, XLII 27, 6, a través del Adriático y el Epiro, 31, 3, y 36, 8-9. Broughton, *MRR,* I, pág. 417. Luego aparece

como embajador en 170 y vuelve a desaparecer de la escena. DEVELIN, *Practice*, pág. 287; GRUEN, *Hellenistic World*, pág. 227.

[4] Licinio Craso era cónsul. Sobre el sorteo de las provincias, LIVIO, XLII 31, 1, y sobre las aspiraciones de Casio a obtener Macedonia, 32, 1-5. Partida, en 36, 7; 48, 4. Detalles sobre los preparativos, en 49. Viaje, en 55. Embajada y declaración de guerra, en APIANO, IX *(Macedonia)* 11, 9. Derrota en Calinico y propuesta de paz, POLIBIO, XXVII 8, 1. Detalles, en LIVIO, XLII 57-62. Para el rechazo de la paz, por los romanos, un intento de explicación en APIANO IX *(Macedonia)* 12. Sobre el pretor Gayo Lucrecio Galo, LIVIO, XLII 48, 5. Fue también duúnviro naval y luego fue condenado. DEVELIN, *Practice*, págs. 287 y 298. Sobre las acciones de Craso y Lucrecio, LIVIO, XLIII 4, 5-13; 6, 1-3; 7, 5-8, 10 y *Perioca*, 43. GRUEN, *Hellenistic World*, pág. 298; también, pág. 227.

[5] La declaración de guerra de LIVIO, XLII 30, 10-11, parece responder exclusivamente a problemas internos de los romanos, lo que se reflejaría en la mala fe del texto. WILL, *Histoire politique*, II, págs. 226-7.

[6] Sobre la esclavización de Haliarto, LIVIO, XLII 56, 1-7; 63, 3-12. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 416.

[7] El conjunto de las acciones de Perseo en esta época, en LIVIO, XLII 48-67; XLIV 1-13. WILL, *Histoire politique*, II, págs. 229-230.

[8] Sobre Marcio Filipo en el este, LIVIO, XLIII 12, 1; 8; 15, 3. Relaciones con Ptolomeo, POLIBIO, XXVIII 1, 9; más detalles del viaje de Marcio Filipo, en XXVIII 13. Perseo en Dío, DIODORO, XXX 10, 1. Exploración de Filipo, FLORO, I 28, 5. Búsqueda de la alianza rodia, APIANO, IX *(Macedonia)* 16. Relaciones con aqueos, en POLIBIO, XXVIII 13; con Rodas, 16-17; con los griegos en general, XXIX 24-25. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 423. Posiblemente fue elegido en concreto por la renovación del problema griego. DEVELIN, *Practice*, pág. 287. Ver la caracterización del personaje en LIVIO, XLII 47. DEVELIN, pág. 296. A pesar de sus sesenta años, aparece como modelo de una forma nueva de llevar las relaciones diplomáticas en Grecia, más sutil que la simple guerra abierta. *ibid.*, pág. 297. Sobre la familia, J. BRISCOE, «The *cognomen* Philippus», *Gerión*, 2 (1984), 151-153.

[9] Detalles sueltos de la campaña de Emilio Paulo contra Perseo, en POLIBIO, XXIX 14-18, y discurso en 20, 1-4. Con todo detalle, en PLUTARCO, *Emilio* 12-27. Abreviado , en DIODORO, XXX 22-23, y VELEYO PATÉRCULO, I 9, y, más todavía, en FLORO, I 28, 7. El recorrido por Grecia, fragmentariamente, en POLIBIO, XXX 10. De manera más amplia, en LIVIO, XLV 27-28. Resumen, como labor de restauración, en PLUTARCO, *Emilio* 28, 1-2. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 427.

[10] Sobre Perseo y Éumenes, POLIBIO, XXIX 6-9; LIVIO, XLIV 24-25; APIANO, IX *(Macedonia)* 18, 1. Gentio o Gencio, rey de los ilirios y autor de acciones de piratería (LIVIO, XL 42, 1-5), que, por fronteras, mantenía relaciones conflictivas con los macedonios (XLIII 18) pero Perseo lo gana con dinero para su alianza (XLIV 23), que quedó rota por falta de pago (26-27). Más concentrado en DIODORO, XXX 9, POLIBIO, XXVIII 8-9, y XXIX 3-4. Con algunos detalles de interés, en APIANO, IX *(Macedonia)* 18. La estratagema de Perseo por la que cree comprometer a Gencio en la lucha contra los romanos y no necesitar ya pagarle, en PLUTARCO, *Emilio* 13, 1-2. WILL, *Histoire politique,* II, págs. 230 ss.

[11] Sobre la actitud de los rodios, resultado de sus propias contradicciones internas, POLIBIO, XXVIII 16, 3-7, y 17, 1-9. También, XXIX 10, 1-4; 11. En 19, percibe GRUEN, *Hellenistic World,* pág. 118, ciertas ambigüedades en la forma de actuar de los romanos. Versiones más monolíticas en LIVIO, XLIV 14, 8-15, 7, y más ambigua en 35, 4-6; 26, 6-8, resulta más aséptica. El peor juicio, en XLV 3, 3-8. Pequeña nota de DIODORO, XXX 24. WALBANK, *HCP,* III, pág. 351, destaca que las versiones oficiales pretenden empañar el prestigio rodio, seguramente para justificar el cambio de actitud del senado. R. M. BERTHOLD, *Rhodes in the Hellenistic Age,* Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1984.

[12] La batalla de Pidna, LIVIO, XLIV 32-46; Plutarco, citado en nota 10. WILL, *Histoire Politique,* II, págs. 234-235.

[13] Gneo Octavio, en la partida, con Emilio, LIVIO, XLIV 19, 4; 21, 3; 22, 16. Octavio con la flota, en 30, 1, lo que produce el temor de Perseo (32, 5-6) y provoca la dispersión de sus tropas (35, 8). Octavio en los planes de Emilio, 35, 13. Luego se dirige a Samotracia, XLV 5-6. Convence a Perseo de que se entregue: VELEYO PATÉRCULO, I 9, 5, lo que facilitó el triunfo de Emilio. El mérito en este plano no lo destaca PLUTARCO, *Emilio* 26, 1-5. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 428.

[14] Luego pasaría a colaborar con los romanos. WILL, *Histoire politique,* II, pág. 239.

[15] Sobre la política de los rodios, POLIBIO, XXVIII 2, reseña un conflicto interno en relación con anteriores pactos con los romanos, sobre lo que insiste en 16-17. Relaciones con Gencio, XXIX 3, 7-9. En 4, 7, es Perseo quien convence a los rodios para ir a la guerra. WILL, *Histoire Politique,* pág. 234, cree que esta última referencia no puede ser de Polibio, mientras que para WALBANK, *HCP,* III, pág. 365, se trataría

de una versión tergiversada de LIVIO, XLIV 23, 10, donde se alude al anuncio de la disposición de los rodios para la guerra.

[16] Sobre Lucio Anicio Galo, LIVIO, XLIV 21, 4-10; sobre la campaña en Iliria 30-32, 5. Las *supplicationes* decretadas por el senado, en XLV 3, 1-2. Resumen, en APIANO, X *(Iliria)* 9, y FLORO, I 29. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 428; GRUEN, *Hellenistic World*, pág. 423.

[17] Triunfo de Emilio Paulo, con todos los antecedentes y las capitulaciones, en LIVIO, XLV 28-40, y PLUTARCO, *Emilio* 28-34; DIODORO, XXXI 8, 3-12. Esclavización, según ESTRABÓN, VII 7-3 = C 322. Resumen, VELEYO PATÉRCULO, I 9, 3-6; APIANO, X *(Iliria)* 9; IX *(Macedonia)* 19; y FLORO, I 28. Algún dato concreto, en PLINIO, *Historia natural* XXXIII 56. PLUTARCO, *La Fortuna de los romanos*, 4 = *Mor.*, 318b: ejemplo de cómo el hombre enaltece a la Fortuna. BROUGHTON, *MRR*, I, págs. 433-4. El triunfo no estuvo exento de problemas. DEVELIN, *Practice*, pág. 300. Importante análisis del triunfo, en S. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, Oxford, Clarendon Press, 1971, págs. 64-79, en el contexto de todo el libro.

[18] Sobre la riqueza de Emilio Paulo en relación con el momento histórico de Roma, HARRIS, *Guerra*, págs. 85-86.

[19] El trato de los rodios por Popilio tal vez sea exagerado por LIVIO, XLV 10, 8-9. DEVELIN, *Practice*, pág. 301, n. 86.

[20] Sobre Ariarates, LIVIO, *Perioca* 46, y DIODORO, XXXI 19. GRUEN, *Hellenistic World*, pág. 88.

[21] DIODORO, XXI 21-22, con algún otro detalle. Participación de Graco en las negociaciones, 28. Olofernes, 32, 1, 32b y 34. Toda la historia, con sus complicaciones, APIANO, XI *(Siria)* 47-48; Ariarates, en POLIBIO, XXXI 3; 7-8; 32; XXXII 1, 1-4; 10-12; XXXIII 6. WILL, *Histoire politique*, II, págs. 312-3.

[22] Detalles, en POLIBIO, XXVIII 1. Pacto de amistad, 12, 8-9. La guerra, 18-23. Aspiraciones de Antíoco, en DIODORO, XXX 14. Sus acciones en Pelusio, 17-18. Ver WILL, *Histoire politique*, II, págs. 266-8, y sobre la sexta guerra siria en general, WALBANK, *HCP*, III, 321-327 y 352-357.

[23] Ver más detalles en POLIBIO, XXXI 2 y 11-15, y APIANO, XI *(Siria)* 46. Pequeño resumen, LIVIO, *Perioca* 46. WILL, *Histoire Politique*, II, págs. 306-308.

LIBRO XXI

ZONARAS, IX

Estalló de nuevo, esta vez era la tercera, la guerra contra los 1 26
cartagineses. En efecto, éstos no soportaban el hecho de encon- a. 153 B. I, p. 306
trarse en situación de inferioridad, sino que incluso disponían de
alianzas y de una flota para la preparación de una guerra contra
Numidia opuesta a los tratados. Por su parte, los romanos, una a. 152
vez que hubieron dispuesto los demás asuntos de acuerdo con su
criterio, no quedaban por ello tranquilos, sino que enviaron a Es-
cipión Nasica a presentarles una reclamación por estos temas y a
ordenarles que interrumpieran los preparativos[1]. Como ellos 2
hicieron responsable a Masinisa y, por la guerra que sostenían
contra él, se negaron a hacer lo ordenado[2], concertaron un
acuerdo con Masinisa y lo persuadieron para que abandonara a a. 150
su favor una parte del territorio. Pero, como de todos modos no
se mostraban más sumisos, tras esperar un poco, los romanos,
tan pronto como se enteraron de que habían sido vencidos en una
gran batalla por Masinisa, inmediatamente decretaron la guerra
contra ellos. Al enterarse, los cartagineses, que no se encontra- 3
ban en buena situación a causa de su derrota, se sintieron atemori-
zados, enviaron embajadores a Roma para tratar de alcanzar una
alianza (pues algunos otros pueblos vecinos se disponían a lu-
char contra ellos) y fingían plegarse en todo a los romanos.

Pues como no tenían intención de sujetarse a lo que fijaran los
acuerdos, prometían todo con más facilidad.
4 En una reunión convocada por el Senado para tratar acerca
de este asunto, Escipión Nasica[3] propuso aceptar la embajada de
los cartagineses y llegar a un acuerdo con ellos, pero Marco Ca-
tón dijo que no había que pactar ni abolir el decreto que declara-
ba la guerra[4]. Por su parte, los senadores aceptaron la súplica de
los embajadores, les prometieron llegar a un acuerdo y como ga-
rantía pidieron rehenes, que fueron a recoger a Sicilia Lucio Mar-
5 cio y Marco Manilio[5], pues allí habían sido enviados. Los man-
B. 1, p. 307 daron a Roma, mientras ellos se apresuraban a apoderarse de
África. Tras haber establecido un campamento, hicieron venir allí
a las autoridades de los cartagineses. Cuando llegaron, no les pu-
sieron de manifiesto al mismo tiempo todo cuanto pedían, por
temor a que, al enterarse de antemano de esto, se dispusieran para
la guerra con todos sus recursos intactos. En primer lugar, pidie-
ron y recibieron alimento, luego las trirremes y las máquinas que
6 había en ellas y, a continuación, pidieron las armas. Después de
recibirlo todo (pues los cartagineses tenían muchos más medios
ocultos), al final les ordenaron desmantelar su ciudad y edificar
otra en el interior sin murallas, que distara ochenta estadios del
mar[6]. Ante esto los cartagineses estallaron en llanto, se lamenta-
ban como si hubieran sido apresados y pedían a los cónsules que
7 no les obligaran a ser asesinos de su patria. Como no lograban
nada y aquéllos seguían ordenándoles hacer lo que se había acor-
dado para no iniciar la guerra, fueron numerosos los que allí
mismo se situaron junto a los romanos como si fueran los ven-
cedores, pero los restantes, después de retirarse, mataron a algu-
nos de sus propios jefes, por no haberse decidido por la guerra
desde el principio, asesinaron a los romanos que fueron encon-
8 trados en el interior de la muralla y se lanzaron al combate[7]. Por
ello, liberaron a todos los esclavos, acogieron a los fugitivos, eligie-
ron de nuevo general a Asdrúbal, y dispusieron armas, máquinas y
trirremes. Así, como si la guerra ya estuviera encima y por el peli-
gro que corrían de caer en la esclavitud, en muy poco tiempop

Que los cartagineses[8] cuando tuvieron que hacer la I 71
guerra por iniciativa de los romanos prepararon en poco B. I, p. 307
tiempo armas y trirremes, tras haber fundido las estatuas

ZONARAS, IX

todo cuanto necesitaban. Efectivamente, de nada prescindían, sino que fundían las estatuas para aprovechar el bronce y utilizaban los cabellos de las mujeres para hacer cuerdas. Los cónsules, 9
al principio con la esperanza de que al estar desarmados se apo- B. I, p. 308
derarían de ellos rápidamente, sólo dispusieron las escalas, para subir por ellas al muro inmediatamente. Luego, tras realizar el ataque, al ver que estaban armados y que tenían lo necesario para resistir el asedio, se pusieron a fabricar máquinas y, tras prepararlas expuestos al peligro, pues Asdrúbal estaba acosando y atacando a los que trabajaban la madera, entraron en combate
con la ciudad. Manilio, al atacar desde el continente, no les cau- 10
só ningún perjuicio, pero Marcio, al caer sobre el pantano desde el mar, aunque sacudió una parte de la muralla, no entró. Los cartagineses, además de impedir que entraran por la fuerza, de noche, al pasar a través de las ruinas, mataron a bastantes hombres y quemaron la mayor parte de las máquinas de guerra, pero
ni Asdrúbal y la caballería les permitió dispersarse por gran par- 11
te del territorio, ni Masinisa acudió en su ayuda, pues no lo habían llamado al inicio de la guerra y no le habían ayudado a hacer la guerra a Asdrúbal a pesar de haberlo prometido.

Los cónsules, a causa de lo sucedido y de que la flota había I 27
enfermado por su estancia en el puerto, suspendieron el asedio. B. I, p. 308
Marcio, tras intentar hacer algo por mar o dañar la costa, como nada conseguía, zarpó hacia casa. Después de darse una vuelta se apoderó de Egimuro. Manilio se lanzó sobre el interior, pero, dañado por Himilcón, el jefe de la caballería de los cartagineses,
al que también llamaban Fameas, se dirigió a Cartago. Allí le 2
estaban causando daños, desde fuera, Asdrúbal y, desde dentro, los de la ciudad, que hacían salidas tanto de noche como de día.

para aprovechar el bronce, emplear la madera tanto de propiedad privada como pública en las trirremes y las máquinas y utilizar para hacer cuerdas los cabellos de las mujeres.

70 4 Que éste sobrepasaba a la mayoría en reflexionar so-
B. I, p. 309 bre lo que era conveniente, pero también sobresalía en comprender de inmediato lo que era urgente. Y utilizaba cada cosa en el momento adecuado. Observaba lo que ha-

ZONARAS, IX

Entonces los cartagineses, como les subestimaban, se adelantaron hasta su campamento pero, después de perder un buen número de hombres (pues la mayoría estaba sin armas), al punto se encerraron en la muralla. Manilio, que deseaba enfrentarse a Asdrúbal, pensó que, si llegaban a vencerlo, podrían hacer la guerra más fácilmente con los que quedaban. Y se enfrentó con él. Tras perseguirlo cuando se retiraba hacia una guarnición y encontrarse sin que nadie lo viera dentro de un territorio áspero
3 y estrecho, fue objeto de terribles daños. Y habría sido aniquila-
B. I, p. 309 do con todas las fuerzas reunidas, si Escipión, el hijo del Africano, no le hubiera prestado un gran servicio; éste, hombre de una gran capacidad para la reflexión y para tomar las decisiones más adecuadas, gozaba también de una gran capacidad para el trabajo físico[9]. Tenía una complexión corporal fuerte y era también modesto, por lo que nunca fue objeto de envidia, pues se sentía igual a los inferiores, no mejor que los de su mismo rango (pues era tribuno militar) y consideraba justo ser más débil que los más fuertes. Entonces Manilio contó todo lo que le había sucedido y lo comunicó a los de Roma sin ocultar nada, tanto en los demás asuntos como en lo tocante a Masinisa y Fameas. Lo que fue del modo siguiente.

4 En el momento de morir, Masinisa no sabía cómo disponer
B. I, p. 310 la sucesión en el trono, tanto a causa del número de sus hijos como de sus diferencias de linaje por parte de madre. Por ello pidió que viniera Escipión para reclamar su consejo y el cón-

bía que hacer en el momento en que era oportuno y llevaba a cabo la gestión aunque tuviera miedo. Por ello además, gracias a la observación, tenía en su mente todos los datos de manera cuidadosa y lo hacía firmemente gracias al cálculo de lo inestable. Por esto, si alguna vez se veía 5
obligado de antemano a la necesidad de actuar con falta de previsión, como suele suceder en las absurdas situaciones de la guerra y en las inclinaciones de la fortuna, ni siquiera entonces se equivocó al ver qué era conveniente. En efecto, por su costumbre de no apoyarse en la fortuna de manera irreflexiva, ni siquiera ante la llegada de lo imprevisible se encontraba desprevenido sino que, incluso en las situaciones inesperadas, como nunca permanecía inactivo, se enfrentaba con ellas como si las hubiera previsto con mucho tiempo.

Por tales motivos llegó a ser audaz en las situaciones 6
en que con rectitud confiaba y arriesgado en las que se atrevía con firmeza. Pues su cuerpo estaba tan fuerte como el de los mejores de los soldados. Por esto, lo que cualquiera vería con auténtica admiración, tomaba de antemano las decisiones más importantes como si fuera a

ZONARAS, IX

sul lo envió. Sin embargo, Masinisa, que falleció antes de que llegara Escipión, entregó su anillo a su hijo Micipsa, pero todo lo relativo al poder lo dejó en manos de Escipión, para cuando llegara, y a él le encomendó las instrucciones. Escipión, al compren- 5
der las intenciones de sus hijos, no concedió el trono a ninguno de ellos en solitario, sino que, como había tres que eran los más ilustres, el mayor Micipsa, el más joven Gulusa y el de en medio Mastanábal, a éstos les distribuyó los asuntos públicos, después de haber hecho un reparto. En manos del más viejo, que era

ordenar a otros, y en la acción las ejecutaba como si
7 hubieran sido ordenadas por otros. Permaneció firme en las virtudes, pero sobre todo se había mostrado firme y seguro no sólo en relación con los ciudadanos y los que se aprovechaban de él, sino también en lo referente a los extranjeros, incluso los más hostiles. A él, después de esto, se le sumaron muchos hombres particulares y muchas
8 ciudades. En vista de que no hacía ni decía nada de mane-
. I, pág. 310 ra irrazonable ni por irritación, ni siquiera por temor, sino que se mostraba dispuesto, por su seguridad en la previsión de lo que era conveniente y conocía bien las flaquezas humanas, pero no consideraba ninguna situación absolutamente desesperada, pues lo preveía todo de acuerdo con la naturaleza de las cosas, adivinaba fácilmente lo que había de hacerse antes de que fuera tarde y lo controlaba
9 hasta su completa realización. Así pues, fue el único hombre o al menos el más destacado, que por esto, y además por su templanza y comedimiento, no era objeto de envidia por parte de los de su clase ni de nadie. Pues como consideraba justo ser igual a los inferiores, no mejor que sus iguales y más débil que los mejores, se situó por encima de la envidia, el único mal que afecta a los hombres nobles (V. 61, p. 613).

ZONARAS, IX

hombre de negocios y amante de la riqueza, puso la administración, al que venía a continuación lo encargó de dirimir los pleitos, pues era hombre de leyes, y a Gulusa, hombre de armas, le entregó las fuerzas militares. A sus hermanos, que eran muchos, les distribuyó algunas ciudades y territorios. Tras coger a Gulusa lo llevó ante el cónsul.

Dion en libro XXI: «Fameas, que había abandonado el bando de los cartagineses» (Bekk., *Anecd.*, p. 124, 9). 2 71 B. I, p. 311

ZONARAS, IX

Cuando empezaba la primavera, hicieron una campaña contra los aliados de los cartagineses y a muchos los adhirieron a la fuerza, pero a muchos también por medio de acuerdos, principalmente Escipión. Cuando Fameas, tras abandonar el bando de los cartagineses, se inclinó en favor de los romanos y vino a entablar conversaciones con Escipión, se lanzaron todos juntos contra Asdrúbal. 6 B. I, p. 311 Trabaron combate con la guarnición en varios días, 7 pero, cuando ya les faltaron los víveres, consideraron que era conveniente retirarse. Pues se había acercado a ellos Fameas, cuando todavía estaban emboscados, con intención de hacer la guerra, y en la acción desertó con algunos jinetes. Manilio, tras marchar a Útica permaneció inactivo, pero Escipión se llevó a Fameas a Roma. Él mismo fue objeto de elogios y Fameas fue honrado de tal manera que incluso se sentó en una sesión junto con el senado.

En aquél momento tuvo lugar también lo referente a Prusias. 1 28
Como era viejo y duro en su manera de actuar, tuvo miedo de los bitinios, no fuera a ser que lo expulsaran del reino, después de haber elegido en su lugar a su hijo Nicomedes. Con algún pretexto lo envió a Roma con la orden de que permaneciera algún tiempo allí. Como seguía tramando contra su hijo incluso cuando vivía en Roma y tenía prisa por matarlo, algunos bitinios que habían ido a Roma sacaron a Nicomedes a escondidas y, tras llevárselo a Bitinia, mataron al viejo y a él lo nombraron rey. Esto conmovió a los romanos, pero no los motivó para ir a la guerra[10].

En lo que se refiere a Macedonia, un tal Andrisco proceden- 2
te de Adramicio, de aspecto parecido a Perseo, que fingía ser B. I, p. 312
hijo suyo y se hacía llamar Filipo, la sublevó en su mayor parte. En efecto, al principio, tras ir a Macedonia intentó crear revueltas en ella, pero, como nadie se le sumaba, se dirigió a Siria,

junto a Demetrio, con la intención de obtener su ayuda debido a su linaje común. Pero, capturado por él y enviado a Roma, porque presumía de ser hijo de Perseo sin serlo y porque ni siquiera poseía alguna otra cosa digna de mención, se hizo objeto de des-
3 precio. Cuando lo soltaron, reunió un puñado de hombres sublevados, atacó muchas ciudades y, una vez que por fin se hubo puesto la vestimenta regia y se había procurado una fuerza, se dirigió a Tracia de donde, después de ganarse a varios de los pueblos autónomos y a varios de los tiranos que estaban irritados con los romanos, marchó sobre Macedonia y la ocupó. Al lanzarse sobre Tesalia no fueron pocos los lugares de ésta que se apropió.

4 Los romanos menospreciaban al principio a Andrisco, pero luego enviaron para que administrara de un modo pacífico aquellos asuntos a Escipión Nasica. Éste, al llegar a Grecia y enterarse de lo que pasaba, envió un mensaje a los romanos para informarles, pero, tras reunir una fuerza con los aliados de allí, se puso en acción y avanzó hasta Macedonia. Los de Roma, cuando conocieron los asuntos referentes a Andrisco, enviaron un ejérci-
5 to y al pretor Publio Juvencio[11]. Cuando estaba cerca de Macedonia, Andrisco atacó y lo mató, y habría acabado con todos los demás, si no se hubieran retirado de noche. Después de esto se dirigió a Tesalia y devastó la mayor parte de su territorio, mien-
a. 148 tras se ganaba la colaboración de los tracios. Por este motivo los de Roma enviaron de nuevo a un pretor, Quinto Cecilio Metelo, con una gran tropa[12]. Éste marchó a Macedonia y Átalo acudió en su apoyo con una flota[13]. Por ello, como estaba preocupado
6 por las costas, Andrisco no se atrevió a avanzar más lejos. Sin embargo, después de adelantarse un poco fuera de Pidna, en una batalla ecuestre se mostró superior, pero atemorizado por la infantería se volvió atrás. Cuando se reanimó, dividió en dos el ejército y a los unos él mismo los mantuvo en el territorio, pero envió a los otros a devastar Tesalia. Entonces Metelo que menospreciaba a los presentes entró en combate con ellos. Al superar muy fácilmente a los que primero habían venido a su encuentro, a los restantes los puso de su parte. En efecto, estuvieron dispuestos a reconocerle que se habían equivocado. Pero

¿Cuál es el límite de edad para los que ya dejan de ser 2 70
muchachos para reflexionar sobre lo que es conveniente? B. I, p. 313
¿Qué número de años se ha señalado para hacer lo que es procedente? ¿No existen quienes se sirven correctamente de su naturaleza y de su buena fortuna y piensan y hacen desde el principio todo lo que conviene, frente a los que en esta edad tienen la mente corta y ni siquiera, ni aunque pasaran muchos años, llegarían nunca a ser más inteligentes? Pues alguno podría superarse a sí mismo al avanzar en edad, pero ni uno solo podría convertirse de torpe en inteligente, ni de imprudente en prudente.

Zonaras, IX

Andrisco escapó a Tracia y, tras reunir una fuerza, atacó a Mete- 7
lo, que se había adelantado a donde él avanzaba. Al darse la vuelta las vanguardias, se dispersó el conjunto de sus aliados y él, traicionado por Bizas, el rey tracio, fue ejecutado.

Un tal Alejandro que decía que él también era hijo de Perseo 8
y había reunido un puñado de hombres, se apoderó del territorio cercano al río llamado Mesto[14]. Metelo lo persiguió en su huida hasta Dardania.

Los romanos enviaron contra los cartagineses al cónsul Pi- 1 29
són[15]. Éste no trabó contacto con Cartago y Asdrúbal, sino que B. I, p. 313
se volvió a las ciudades costeras. Se vio rechazado de Aspis[16] pero a Neápolis la conquistó y la desarmó. Tras lanzarse sobre la ciudad de Hipona, pasó el tiempo sin haber logrado nada. Los cartagineses se crecieron por esto y porque algunos aliados se
habían unido a ellos. Entonces, al enterarse, los romanos, tanto 2
los del campamento como los de la ciudad, se dirigieron a Escipión y lo eligieron cónsul, a pesar de que no le había llegado la edad para la magistratura[17]. Pero los hechos, además del valor de su padre Paulo y de su abuelo Africano, proporcionaban a todos la firme esperanza de que gracias a él vencerían a los enemigos y destruirían totalmente Cartago.

3 Sin embargo no arrojéis a los jóvenes en el desánimo,
B. I, p. 314 como si estuvieran condenados a no poder hacer nada de
lo debido. Todo lo contrario. Debéis impulsarlos a ejerci-

Zonaras, IX

3 Mientras Escipión se dirigía a África, Mancino, que pasó
a. 147
B. I, p. 314 navegando cerca de Cartago, al enterarse de que había una loca-
lidad, dentro de la muralla, llamada Megalia, sobre una roca cor-
tada que daba al mar, muy separada del resto de la ciudad, que ni
siquiera tenía muchos guardianes, como si estuviera fortificada
por naturaleza, tras colocar una escala, súbitamente desembarcó
de sus naves en ella[18]. Cuando ya habían subido, acudieron a la
carrera algunos de los cartagineses, pero no pudieron ponerles
4 impedimento. Él mediante un mensaje le mostró a Pisón lo que
B. I, p. 315 había sucedido y le pidió que viniera a auxiliarlo. Pero, como es-
taba lejos, en el interior, Pisón no le fue de ninguna utilidad. En
cambio Escipión, por el mismo mensaje, en una salida nocturna
por fortuna acudió en su ayuda inmediatamente. Pues los carta-
gineses incluso habrían acabado con él, si no hubieran visto que
5 se acercaban las naves de Escipión. Entonces se desanimaron,
pero no se retiraron. Así pues, Escipión envió algunos prisione-
ros a anunciar que estaba presente. Al saber esto, ya no aguanta-
ron más, sino que se retiraron, mandaron a buscar a Asdrúbal y
con fosos y empalizadas protegieron la muralla que había delante
6 de las casas. Sin embargo, Escipión dejó que Mancino se encar-
gara de vigilar Megalia y él partió a unirse a Pisón y a las fuer-
zas, para contar con su apoyo. Rápidamente se retiró con la parte
más ligera de su ejército y se encontró con que Asdrúbal entraba
7 en Cartago y estaba atacando violentamente a Mancino. Al llegar
Escipión deshizo el ataque. Como también Pisón había llegado
ya, ordenó que se instalara fuera de la muralla junto a algunas de
las puertas y a los restantes soldados los envió a hacer una ronda
junto a un portón que distaba mucho de su propia posición, tras
darles a conocer lo que era necesario hacer, mientras que él,

tarse en tomar, con ánimo, las decisiones más adecuadas, con la intención de adquirir honras y magistraturas antes de la vejez. Pues gracias a esto hacéis también mejores a

ZONARAS, IX

tras coger la parte más válida del ejército, hacia la media noche, se encontró dentro del perímetro, gracias a que se servía de la guía de unos desertores y al pasar a la carrera por el portón y haber cortado la barrera de madera condujo dentro a los que habían apostado fuera y eliminó a los vigilantes. Atacó por las 8
puertas frente a las que estaba apostado Pisón, al tiempo que ponía en fuga a los guardias que vigilaban las partes centrales y que eran pocos en cada sitio, de modo que Asdrúbal se enteraba de lo que pasaba al mismo tiempo que veía que casi toda la fuerza de los romanos estaba dentro. Durante algún tiempo resistieron, pero luego abandonaron el resto de la ciudad y se refugiaron en Cotón y Birsa[19]. Más tarde Asdrúbal mató a todos los prisione- 9
ros de los romanos, a fin de que los cartagineses, sin poder confiar en el perdón, se hicieran más fuertes en sus ánimos. También ejecutó a muchos indígenas como si lo hubieran traicionado. Escipión puso una empalizada a su alrededor y elevó una fortificación, pero no se apoderó de ellos rápidamente. Pues los muros eran resistentes, las masas de los que estaban dentro se defendían con energía en su pequeño espacio y disponían de trigo en abundancia. Bitias había hecho entrar embarcaciones en el puerto 10
desde la parte del continente que está enfrente de la ciudad gra- B. I, p. 316
cias al oleaje y al viento, ya que soplaba mucho. Con este motivo Escipión tuvo que pensar y llevar a cabo una gran acción. Obstruyó con dificultad y esfuerzo la entrada del puerto, que era estrecha, pero terminó llevando a cabo la empresa por la abundancia de manos. Los cartagineses, desde luego, intentaban obstaculizarlo y en esta situación tuvieron lugar muchos combates, pero no pudieron impedir que la obstruyera.

los más viejos, en primer lugar porque los obligáis a ver que tienen muchos antagonistas, en segundo lugar, al mos-

ZONARAS, IX

30 1 Entonces los cartagineses, obstruida la boca del puerto, se vieron totalmente apurados por la escasez de trigo. Unos desertaban, otros morían en la resistencia, otros se comían los cadáveres. Desanimado por ello, Asdrúbal envió embajadores a ver a Escipión para tratar de llegar a un acuerdo. Y habría conseguido una salida segura para él, si no hubiera deseado conseguir la sal-
2 vación y la libertad para todos los demás. Tras fracasar en su intento encerró en la acrópolis a su mujer, porque había enviado un mensaje a Escipión para interceder por sí misma y por sus hijos, y se dedicaba a administrar los demás asuntos con una temeridad provocada por su desesperación. Así, él y otros que resistían de manera irreflexiva combatían de día y de noche, y unas veces eran derrotados, otras triunfaban, e imaginaban maquinaciones
3 frente a las maquinaciones romanas. Bitias[20], que tenía una fuerte guarnición y hacía incursiones sobre una gran parte del continente, beneficiaba a los cartagineses y perjudicaba a los romanos. Por esto Escipión, tras haber dividido su ejército, ordenó que una parte se apostara sobre Cartago y envió a la otra contra Bitias, después de haber puesto a su frente a su legado Gayo Lelio[21]. Él estuvo andando de la una a la otra mientras vigilaba a ambas. La guarnición de Bitias fue capturada y, acto seguido, Cartago fue sitiada con todo el ejército.

4 Los cartagineses, desesperados por no ser capaces de poner
a. 146 a salvo cada una de las fortificaciones, se prepararon para subir al perímetro de Birsa como si fuera lo más firme. Y, tras reunir cuanto pudieron, quemaron de noche el arsenal y la mayoría de las cosas, para privar a los enemigos de su posible utilización.
5 Cuando los romanos conocieron la acción, tomaron el puerto, atacaron Birsa y, al ocupar las casas que hay a uno y otro lado de ella, unos marchaban por los techos pasando de una a otra, otros tras horadar los muros hacían la travesía por debajo, hasta

trarles que todas las cosas y, sobre todo, los mandos, los vais a adjudicar a todos los ciudadanos, no por el número

ZONARAS, IX

que llegaron a la misma acrópolis. Cuando estuvieron allí, los cartagineses no les hicieron frente, sino que les enviaron un heraldo, todos salvo Asdrúbal. Éste, con los desertores (pues Esci- 6
pión no pactó con ellos), se replegó en el Asclepieo[22] con su B. I, p. 317
mujer y sus hijos y desde allí rechazó a los que lo atacaban, hasta que, tras quemar el templo, los desertores saltaron al techo, esperando la última presión del fuego. Derrotado se dirigió a Escipión con la rama de suplicante. Su mujer, al verlo venir de frente, lo llamó por su nombre y, tras echarle en cara que, mientras conseguía la salvación para sí no le había permitido a ella que llegara a mejor acuerdo, arrojó a los hijos al fuego y luego se lanzó ella misma[23].

Entonces, tras conquistar Cartago de esta manera, Escipión 7
envió el siguiente mensaje al senado: «Cartago ha sido capturada. ¿Qué órdenes enviáis ahora?». Al conocerse esto, convocaron una reunión para tratar de lo que era necesario hacer. Catón expresaba la opinión de que era preciso destruir Cartago y eliminar a los cartagineses; en cambio Nasica aconsejaba que dejara sobrevivir a los cartagineses a pesar de todo. Con este motivo, la reunión desembocó en una gran discusión, hasta que alguien dijo 8
que, si no había ninguna otra razón, consideraba imprescindible dejarlos vivir, por su propio interés, a fin de que, al tenerlos como antagonistas, pudieran practicar la virtud y no dedicarse al placer y la holganza, tras ser eliminados los que podían obligarlos al ejercicio de las prácticas bélicas, pues se harían peores por la falta de práctica, al no tener contrincantes dignos de ellos. Entonces, con estos razonamientos, todos estuvieron de acuerdo en destruir Cartago, pues ya no confiaban en que aquéllos vivieran en paz con seguridad. Quedó enteramente destruida desde sus 9

de años, sino por su virtud natural (Máx. Conf., *Flor.*, f. 168 v = M., pág. 546, y Juan Damasc., *Sacr. Parall.*, Cod. Med. 8, 22, f. 7 = 2, 688 s., Gaisf. 4, 148 s. Men.)[24].

Zonaras, IX

cimientos e incluso se decretó que se condenara a cualquiera que quisiera asentarse en ella. De los hombres capturados, los más fueron llevados a prisión y allí murieron, pero unos pocos fueron vendidos, aunque no los cargos principales. Éstos, Asdrúbal y Bitias, como rehenes, pasaron a vivir cada uno en un lugar distinto de Italia, bajo vigilancia militar, pero libres de cadenas. Escipión alcanzó gloria y honor y fue llamado Africano, no por su abuelo, sino por sus propias hazañas.

31 1 En esa época también fue destruida Corinto. Cuando los más destacados de los griegos fueron trasladados por Paulo Emilio a Italia, los restantes, al principio, reclamaron a sus hombres ante las autoridades, pero, como no los obtuvieron y algunos de ellos, al tener que renunciar a regresar a casa, se habían suicidado, lo soportaban con dificultad y celebraron duelo público, pues estaban irritados con aquellos de los suyos que apoyaban los intereses de los romanos, pero no mostraron ninguna actitud hostil
2 hasta que trajeron a los que quedaban. En ese momento, al surgir
B. I, p. 318 los conflictos entre ellos, entraron en guerra, por un lado, los que habían sido víctimas de la injusticia, por otro, los que apoyaban los intereses ajenos. Dieron comienzo al conflicto los aqueos, que acusaban a los lacedemonios como culpables de lo que les había sucedido a ellos. Cuando los romanos les enviaron unos árbitros, no se dejaron convencer, sino que se lanzaron a la guerra, después de haber puesto a su frente a Critolao[25]. Entonces Metelo, por temor a que se adueñaran de Macedonia (pues ya se presentaban en Tesalia), se adelantó a hacerles frente y los hizo retroceder[26].

Que iniciaron el conflicto los aqueos, pues acusaban a I 72
los lacedemonios (habían entrado en conflicto entre ellos), B. I, p. 318
de haber sido los culpables de lo que les había sucedido, y los animaba principalmente el general Dieo. A pesar de que los romanos enviaron mediadores muchas veces, no se dejaron convencer, sino que incluso estuvieron a punto de matar a los embajadores que aquéllos enviaron con intención de dividir a la comunidad helénica, para que fuera

ZONARAS, IX

Al caer Critolao, la comunidad helénica se dividió en dos. 3
Efectivamente, los unos se inclinaron a la paz y depusieron las B. I, p. 319
armas, pero los otros todavía permanecían en situación de rebeldía después de haber entregado los asuntos públicos a Dieo. Al enterarse, los de Roma enviaron contra ellos a Mummio, que sustituyó a Metelo, y él mismo se hizo cargo de la guerra. Aunque había recibido un golpe en una parte de su ejército en una emboscada, como Dieo persiguió hasta su campamento a los fugitivos, salió a hacerle frente y, después de ponerlos en fuga, llegó a la empalizada de los aqueos. Pero cuando reunió una fuerza 4
mayor, Dieo intentó lanzarse sobre ellos. Como los romanos no salieron a su vez, se sintió superior y se adelantó hasta el centro del campamento, que se encontraba vacío. Al ver esto, Mummio envió a escondidas a algunos de los jinetes, para que se presentaran sobre ellos desde la línea oblicua. Como, al lanzarse de frente, provocaron un gran alboroto, lanzó hacia adelante la falange y mató a muchos hombres. A consecuencia de esto, Dieo, deses- 5
perado, se suicidó, mientras que, de los supervivientes de la batalla, los corintios se dispersaron por el territorio, pero los demás escaparon a casa. A partir de entonces, los corintios de la fortificación, como si hubieran perecido todos, abandonaron la ciudad. Mummio la conquistó vacía de hombres. Después de esto, tanto a ellos como a los demás griegos se los ganó sin esfuerzo. En- 6
tonces se apoderó de sus armas así como de todo lo que se en-

más débil, aunque ponían como pretexto que no era necesario que las ciudades que habían sido de Filipo (entre las que se encontraba Corinto, que destacaba sobre las demás y era especialmente fuerte en el Consejo), tomaran parte
2 de ello[27]. En su fuga se alejaron del Acrocorinto, en el que estaban, y enviaron una embajada a Roma en que se disculpaban por lo sucedido. Decían, en efecto, que sus ataques no iban contra ellos, sino contra los lacedemonios, que estaban con ellos. Como los romanos no despreciaron su pretexto (pues todavía estaban en guerra con los cartagineses y aún no tenían bien segura la situación de los macedonios), sino que enviaron hombres y les prometie-

Zonaras, IX

contraba depositado en los templos, de las estatuas y los cuadros, y de cualquier cosa que tuvieran valorada por su belleza, pero cuando le enviaron a su padre, junto con otros, para tratar acerca de la situación de los que habían sido capturados, derribó las murallas de algunas ciudades y a todos, salvo a los corintios, los dejó libres y autónomos[28]. Vendió a los habitantes de Corinto y confiscó su territorio, desmanteló las murallas y todas las demás edificaciones, por temor a que alguien se pudiera reunir en ellas
7 de nuevo, tan grandes como eran. Para que no se escapara ninguno ni fuera vendido ninguno de los otros griegos como corintio, convocó a todos los presentes antes de manifestar lo que se iba a hacer y, de una manera poco clara, tras rodearlos en círculo con sus soldados, les anunció la libertad de los demás y la esclavización de los corintios. A continuación ordenó a todos que se apoderaran de los que estaban colocados a su lado y de este modo puso de manifiesto la división entre ellos.

8 Así quedó Corinto completamente arruinada. En cambio el resto de Grecia sufrió daños en ese momento, con los muertos y

ron que les darían seguridad, si no provocaban ninguna revuelta, no accedieron a la reunión, sino que los citaron para otra convocatoria, que iba a tener lugar al cabo de un semestre[29] (UR 8, p. 384).

ZONARAS, IX

las requisas de dinero, pero luego llegó a estar en tal situación de seguridad y felicidad que podría decirse que, si no hubieran sido conquistados tan rápidamente, no se habrían salvado[30].

Así pues, Cartago y Corinto, aquellas ciudades antiguas, tuvieron este fin al mismo tiempo, pero mucho después, tras acoger una colonia de los romanos, florecieron de nuevo y se vieron restituidas a su antigua situación. 9

NOTAS

[1] Algún detalle más en LIVIO, *Perioca* 48. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 454.

[2] Sobre las facciones en Cartago, ver APIANO, VIII *(Libia)* 68 y 70, donde el partido «democrático» sería el partidario de la guerra. Según ERRINGTON, *Dawn*, pág. 262, y n. 11, parecería que, en efecto, su apoyo estaba en el pueblo.

[3] Probablemente tribuno militar en ese año. Ver APIANO, VIII *(Liria)* 80. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 459.

[4] Era augur ese año. Ver sus actuaciones en CICERÓN, *Bruto* 61 y 80; PLINIO, *Historia natural*, XXIX 15, que llega hasta su vejez. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 460.

[5] Los cónsules del año. La campaña de África, en POLIBIO, XXXVI 1-8, y APIANO, VIII *(Libia)* 74-104, la narración más detallada. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 458.

[6] Ocho estadios es igual a una milla, según Zonaras. Ver vol. III, págs. 61 y 237 con notas de CARY (LCL).

[7] Sobre el cinismo de Lucio Marcio Censorino en el planteamiento de las condiciones de paz, hecho para buscar la guerra, APIANO, VIII *(Libia)* 77-93. ERRINGTON, *Dawn*, pág. 267.

[8] *Excerpta* de PLANUDES = *Excerptum inter Planudea receptum* (M pág. 540). CARY, ver Introducción, vol. I, pág. XXII, nota (*L.C.L.*).

[9] Publio Cornelio Escipión Emiliano sería cónsul en 143 y 134. Estuvo en África en la IV Legión con Manilio. APIANO, VIII *(Libia)* 112. Sobre la hazaña aquí relatada, POLIBIO, XXXVI 8; DIODORO, XXXII 7-8; LIVIO, *Perioca* 49, y APIANO, VIII *(Libia)* 98-104. BROUGHTON, *MRR*, I, pág. 459. El juicio de Catón sobre Escipión, en DIODORO, XXXII 9 a 2, igual a PLUTARCO, *Máximas de romanos* 3 = *Mor.*, 200A, y *Consejos políticos* 10 = *Mor.*, 804F-805A. WALBANK, *HCP*, 14, pág. 662.

[10] Con más insistencia en la acción de los romanos, POLIBIO, XXXVI 14-15. En un contexto más amplio, APIANO, XII *(Sobre Mitrídates)* 6-7. Resumido DIODORO, XXXII 20-21, y LIVIO, *Perioca* 50. WALBANK, *HCP,* III, pág. 674; GRUEN, *Hellenistic World,* pág. 114.

[11] Sobre Juvencio y el Pseudofilipo, LIVIO, *Perioca* 50, y FLORO, I 30, 4. OROSIO, IV 22, 9, habla de su muerte acompañada de una gran matanza del ejército romano. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 458.

[12] Sobre la campaña de Quinto Cecilio Metelo Macedónico, POLIBIO, XXXVI 10, y el comentario de WALBANK, *HCP,* III, 668-670, que observa contradicciones entre Zonaras y Polibio. Ver WILL, *Histoire politique,* II, pág. 327, además de las consideraciones del mismo POLIBIO, XVII 13-15. También LIVIO, *Perioca* 50. ESTRABÓN, VII 4, 2, cuenta con detalle la historia del Pseudofilipo. VALERIO MÁXIMO, VII 5, 4, se refiere a los problemas posteriores de Cecilio Metelo. Resumen de su actuación, en FLORO, I 30, 5. En un contexto más amplio de la situación general del Mediterráneo oriental, PAUSANIAS, VII 13. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 461. También, DIODORO, XXXII 9a, 9b. WALBANK, *HCP,* III, págs. 682-3.

[13] Sobre la ayuda de Pérgamo, ESTRABÓN, XIII 4, 2. GRUEN, *Hellenistic World,* pág. 433.

[14] Tal vez Nesto, según CARY, pero puede corresponder también a la actual Mesta, en Bulgaria, PW, *RE,* XVII, 1, 1936, col. 140.

[15] Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, al mando de las tropas de tierra en África. APIANO, VIII *(Libia)* 110 y 112. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 461.

[16] Aspis, lugar de la costa africana que había sido colonizado por Agatocles. ESTRABÓN, XVII 3,16 = C834. Por los romanos se llamaría Clupea, pues el nombre se le daba a la colina donde se asentaba por su similitud con un escudo. Los romanos habían puesto allí una guarnición en 256/5. POLIBIO, I 29, 6. WALBANK, *HCP,* I, pág. 88. Fueron luego sometidos a un asedio antes de volver a Sicilia en el verano de 255. POLIBIO, I 36, 5-12. Tenía un lugar estratégico, según FLORO, I 18, 19. Sirvió de refugio a los supervivientes en la derrota de Régulo ante Jantipo. APIANO, VIII *(Libia)* 3. También serviría de punto de apoyo a las acciones de Marco Valerio en el año 208. LIVIO, XXVII 29, 7. JUDEICH, PW, *RE,* II, 2, 1896, cols. 1734-5. Ver *supra,* nota 18 del libro XI.

[17] Sobre el consulado especial de Publio Cornelio Escipión Africano Emiliano, CICERÓN, *Filípica* IX 17, elucubra sobre los modos de evolucionar el poder personal hasta llegar a sus tiempos. Según VALERIO MÁXIMO, VIII 15, 4, volvió a Roma para ser candidato a edil y lo hicieron cónsul. También en APIANO, VIII *(Libia)* 112. Numancia, en VI *(Iberia)* 84. Su papel en la política itálica, *Guerra civil* I, 19. Se

convirtió en referencia para el poder personal, III 88, y IV 92. Broughton, *MRR*, I, pág. 462.

[18] Noticia sobre Mancino en África, en Livio, *Perioca* 51, y Apiano, VIII *(Libia)* 110. Broughton, *MRR*, I, pág. 462.

[19] Sobre Escipión en Cartago, Polibio, XXXVIII 7-8; Livio, *Perioca* 51. La narración más completa, Apiano, VIII *(Libia)* 113-126. Cotón y Birsa en 127-130. Broughton, *MRR*, I, pág. 463.

[20] Sobre Bitias, ver también Apiano, VIII *(Libia)* 111. Klebs, PW, *RE*, III, 1, 1897, col. 507.

[21] Referencia a las acciones de Lelio, como legado de Escipión, en Apiano, VIII *(Libia)* 126. Broughton, *MRR*, I, pág. 464.

[22] El templo de Asclepio se encontraba en la acrópolis denominada Birsa.

[23] Sobre la toma de Cartago y sus circunstancias, Polibio, XXXVIII 19-22, con comentario de Walbank, *HCP*, III, págs. 718-725, y Apiano, VIII *(Libia)* 127-135. Broughton, *MRR*, I, pág. 467.

[24] Según Cary, *ad l.*, el texto puede referirse a este nombramiento o al de Escipión Africano en el año 211 para Hispania.

[25] Polibio, en el libro XXVIII, se dedica al estudio de las causas y los antecedentes de este conflicto, hasta el capítulo 13. Otros aspectos, en Pausanias, VII 12-14, 5. Will, *Histoire politique*, II, págs. 328-331.

[26] Sobre la victoria de Metelo, Polibio, XXXVIII 12-18. Will, *Histoire politique*, II, págs. 331-2. También XXXIX 2. También los detalles de interés en Pausanias, VII 15-16. Resumen en Livio, *Perioca* 52; en Veleyo Patérculo, I 11, 2, y en Floro, I 32, 3. Orosio, que lo llama pretor, recoge a Claudio y Valerio Antias y varias versiones de historiadores. Broughton, *MRR*, I, pág. 467.

[27] Relaciones con la situación de Cartago, en Polibio, XXXVIII 3, 6-8. Gruen, *Hellenistic World*, pág. 116.

[28] Se usa la terminología tradicional helenística. Gruen, *Hellenistic World*, pág. 155.

[29] Polibio, XXXVIII 9, 3-5 y 10, 1-5; Pausanias, VII 14, 3. Interesantes consideraciones en Estrabón, VIII 6, 23 = C 381-2. Gruen, *Hellenistic World*, pág. 241.

[30] La destrucción de Corinto despertó cierta controversia intelectual que todavía perduraba en época de Cicerón y se refleja en los historiadores: Livio, *Perioca* 52. Broughton, *MRR*, I, págs. 465-6. El establecimiento de tributos no es habitual hasta Augusto. Gruen, *Hellenistic World*, pág. 526. R. M. Kallet-Marx, *Hegemony to Empire. The Developement of Roman Imperium in the East from 148 to 62 B.C.*, Berkeley, Los Ángeles, Oxford, California University Press, 1995.

LIBRO XXII

Que Viriato, varón lusitano, que era de muy oscuro li- 1 73
naje según opinión de algunos, por las notorias hazañas B. I, p. 321
que realizó, pasó de pastor a bandido y, después a general.
En efecto, desde su nacimiento y gracias a los entrena-
mientos, fue muy ágil para perseguir y escapar y muy fuerte
en el combate a pie firme. Tomaba con el mayor placer el 2
alimento que hubiera disponible y la bebida que se ofre-
ciera, pasaba el mayor tiempo de su vida al aire libre y le
bastaba como lecho el que le ofrecía en cada momento la
naturaleza. Por ello resultaba capaz de soportar todo el ca-
lor y todo el frío del mundo, nunca sufrió por hambre ni
se sintió vencido por ninguna otra carencia, pues siempre
sacaba provecho, por ser autosuficiente para todas las ne-
cesidades, de lo que en cada caso estuviera a mano, como
si fuera lo mejor. Con ser tal su cuerpo, tanto gracias a la 3
naturaleza como al ejercicio, resultaba muy superior en
las virtudes del alma. Era, en efecto, rápido para pensar y
tomar las decisiones que hiciera falta (al mismo tiempo
sabía lo que había que hacer y conocía su momento opor-
tuno), y también era hábil para fingir que ignoraba lo
más claro y conocía lo más recóndito. Además, ejerció 4

B. I, p. 322 por igual como general y como servidor de sí mismo para todo, y no daba la sensación de humilde ni de arrogante; es más, hasta tal punto se había producido la mezcla entre la debilidad de su linaje y la dignidad de su fuerza que no parecía ni más fuerte ni más débil que nadie. En resumen, no hacía la guerra por ambición ni por poder, ni siquiera por orgullo, sino por la acción en sí y, sobre todo por este motivo, fue considerado tanto amigo de la guerra como buen guerrero (V. 62, p. 614)[1].

74 1 Que a Claudio, el colega de Metelo, impulsado por su
a. 143 linaje y envidioso de Metelo, le correspondió precisamente ejercer su cargo en Italia, donde no había declarada ninguna situación bélica, pero concibió el deseo de tener algún pretexto para celebrar el triunfo y para ello provocó a la guerra con los romanos a los galos salasios sin ser acusados de nada. En efecto, lo enviaron con el encargo de reconciliarlos con los de su mismo territorio, con quienes tenían diferencias por el agua necesaria para las minas de oro, y atacó todo su territorio *** los romanos le enviaron dos de los diez sacerdotes (V. 63, p. 617)[2].

2 Que Claudio, aunque sabía a la perfección que no había vencido, aun así actuó con tal soberbia también entonces que no hizo ningún discurso por el triunfo, ni en el consejo ni ante el pueblo, para solicitar los gastos relativos al mismo, como si le perteneciera sin discusión, aunque nadie lo había votado (V. 64, p. 617).

76 1 Que Mummio y el Africano diferían entre sí comple-
a. 142 tamente en lo que se refiere a los caracteres. Pues el uno ejerció su magistratura del modo más prudente y con cuidado, sin mostrar ninguna preferencia por nadie y repren-

día por igual a muchos senadores y a muchos caballeros como a cualquier otro; en cambio Mummio, con una actitud más popular y más humana, no achacaba culpas a nadie y muchos de los actos realizados por aquél, en cuanto estaba en sus manos, los invalidó. En efecto, a tal grado 2
de moderación había llegado por propia naturaleza que dejó a Lúculo, para la consagración del Tiqueo, las estatuas que había mandado hacer gracias al botín de la guerra de Hispania y, al no querer éste devolverlas, como si hubieran sido consagradas al ser erigidas, no se mostró disconforme en absoluto, sino que permitió que se ofreciera su botín a nombre de aquél[3] (V. 65, p. 618).

Que en muchas cosas fracasó y cargó con una terrible 77
vergüenza. En efecto, al querer desviar de su antiguo curso un río que corría por la llanura numantina y llevarlo a sus tierras de labor, como se esforzó con gran energía consiguió llevarlo a cabo, pero después de haber perdido a muchos soldados y sin que la desviación produjera ningún provecho para los romanos ni perjuicio para aquéllos *** (V. 66, p. 618)[4]. a. 140 B. I, p. 323

Que Cepión no hizo contra los enemigos nada digno 1 78
de mención; en cambio, a los suyos les causó muchos daños, hasta el punto de que corrieron el riesgo de morir. En efecto, como trataba con dureza y violencia a los demás y especialmente a los caballeros, muchos imaginaban los asuntos más absurdos por la noche y los divulgaban y, cuanto más se irritaba aquél por este motivo, tanto más se burlaban, buscando que se enfureciera[5]. Cuando fue evi- 2
dente lo que se estaba haciendo, pero no se encontraba ningún culpable, como sospechó que lo hacía la caballería

y no pudo echar la culpa a nadie, llevó su irritación sobre todos ellos y les ordenó a los seiscientos que eran que atravesaran el río junto al que estaban acampados, sólo con los palafreneros, y que reunieran madera del monte en que se encontraba Viriato. Como para todos fue evidente el peligro, los tribunos y los suboficiales le pidieron que
3 no acabara con ellos. La caballería, tras esperar un poco para que él pudiera escucharlos, como no cedía en nada, consideraron indigno suplicarle, que era precisamente lo que más deseaba, y como prefirieron morir antes que hablarle de modo respetuoso, se lanzaron a cumplir lo que se les había ordenado. A ellos se unieron voluntariamente la caballería de los aliados y algunos otros. Atravesaron el río y, tras cortar la madera la dispusieron alrededor de la tienda del general, con ánimo de quemarlo a él. Y se habría visto abrasado si no hubiera conseguido escapar de antemano (V. 67, p. 618).

75 a. 139 B. I, p. 324 Que Popilio atemorizó de tal modo a Viriato que inmediatamente le envió mensajeros para llegar a un acuerdo, antes incluso de intentar ninguna batalla, y tras reclamar a los cabecillas de los que se habían rebelado contra los romanos, mató a unos, entre los que incluso su yerno, aunque tenía sus propias tropas, fue asesinado, y a los otros los entregó, a los cuales el cónsul les cortó las manos. Y todo se habría terminado, si no se les hubiera pedido que entregaran las armas. Esto en efecto, no estuvo dispuesto a hacerlo ni él ni el resto de la multitud (U^G 17, p. 383)[6].

NOTAS

[1] Sobre los contactos contra Viriato de Quinto Fabio Máximo Emiliano, APIANO, VI *(Iberia)* 65. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 471.

[2] Claudio contra los galos, LIVIO, *Perioca* 53; JULIO OBSECUENTE, 21. Según OROSIO, V 4, 7, vencido, perdió cinco mil soldados, pero luego mató a su vez a cinco mil y celebró el triunfo *privatis sumptibus.* BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 471. GRUEN, *Roman Politics and the Criminal Courts 149-78 B.C.,* Cambridge, Mass., Harvard U.P., 1968, págs. 23 ss., ve en estos conflictos un ejemplo de las influencias de las luchas entre familias en las visicitudes políticas de la época. Sobre el triunfo y circunstancias, ibíd., págs. 27-28.

[3] GRUEN, *Roman Politics,* pág. 28, n. 45, cree que tales disputas sólo afectan al modo de llevar la censura, pero que no tenían contenido político.

[4] Se trata de Quinto Pompeyo. Ver APIANO, VI *(Iberia)* 78-79. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 480.

[5] Para la actividad de Quinto Servilio Cepión en Hispania, ver APIANO, VI *(Iberia)* 70, y DIODORO, XXXIII 1, 4. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 479.

[6] Sobre Popilio Lenate en Hispania, LIVIO, *Perioca* 54 y 55; APIANO, VI *(Iberia)* 79. Las negociaciones con Viriato, en DIODORO, XXXIII 21. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 481.

LIBRO XXIII

Que, al llegar los embajadores numantinos, los roma- I 79
nos los recibieron fuera de la muralla, para que no pare- a. 136 B. I, p. 325
ciera que se consolidaban los acuerdos si los recibían en la ciudad. De todos modos, les enviaron regalos de hospitalidad, pues no querían quitarles la esperanza de que llegarían a un acuerdo. Los de Mancino por su parte habla- 2
ban de la obligatoriedad de lo acordado y del gran número de supervivientes, pero también de que retenían todo cuanto habían obtenido antes en Hispania. Creían oportuno que ellos, no tanto por su sentimiento de seguridad actual, como por el peligro que había acechado a sus soldados, debían reflexionar, no sobre lo que hubiera podido pasar, sino sobre lo que había sucedido realmente [1]. Pero 3
los numantinos exponían muchos argumentos acerca de su buena disposición anterior, muchos también acerca de su posterior comportamiento hostil, además de los relativos al perjurio de Pompeyo y reclamaban la concesión de la libertad para Mancino y para los demás. Rechazaron el acuerdo y tomaron la decisión de que Mancino fuera devuelto a los numantinos (U^G 18, p. 383, y, parcialmente, Suidas, s. vv. *égnō* y *Mánkinos)* [2].

81 Que Claudio habría llevado a cabo muchas acciones absurdas por su cabezonería, si no se lo hubiera impedido su colega Quinto[3]. Pues como era ilustre y tenía la naturaleza más opuesta a él, no se le opuso por ira, sino que al ganárselo como enemigo y tratarlo con buenas maneras de tal modo lo manipuló que no pudo irritarse lo más mínimo (V. 68, p. 621).

82 Que Furio eligió entre los subalternos a Pompeyo y Metelo, aunque eran enemigos tanto de él mismo como entre sí, de modo que, si fuera a realizar alguna gran hazaña, pudiera conseguir el exacto relato de sus acciones a través de ellos, y recibir el testimonio de su valor, incluso contra su voluntad[4] (V. 69, p. 621).

NOTAS

[1] GRUEN, *Roman Politics,* pág. 42, habla de las posibles relaciones de Mancino con Graco, que en cambio serían hostiles con los Escipiones.

[2] Según Orosio, el senado disolvió el tratado y ordenó entregar a Mancino a los numantinos desarmado y con las manos atadas. En los tratados firmados por Pompeyo debió de ganar fama de ingenuidad, según se desprende de CICERÓN, *Sobre el supremo bien y el supremo mal* II 54. Pequeña alusión a la reacción del senado, en LIVIO, *Perioca* 54. Actitud de los numantinos a la devolución de Mancino, VELEYO, II 1-5. Consideraciones sobre el significado del hecho en la historia de las relaciones entre Hispania y Roma, en II 90, 3. Detalles sobre las reacciones del senado en ambos casos, en APIANO, VI *(Iberia)* 79 y 83. La vergüenza del pueblo romano, FLORO, I 34, 4, comparada a las horcas caudinas. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 482.

[3] Apio Claudio Pulcro y Quinto Fulvio Nobílior, censores en 136 (CARY, *ad l.),* individuos aliados entre sí como parte de un grupo más amplio unido por *amicitia,* hostil a los Escipiones, según GRUEN, *Roman Politics,* pág. 24.

[4] Quinto Furio Filo resulta un personaje curioso de la facción escipiónica, pero hostil a Quinto Pompeyo, como Metelo Macedónico, que era enemigo de los Escipiones. Ver GRUEN, *Roman Politics,* pág. 55. Es uno de los ejemplos que impide ser demasiado esquemático en la clasificación faccional.

LIBRO XXIV

Que Tiberio Graco provocó la agitación entre los ro- 1 83
manos, a pesar de que por su linaje se remontaba a lo más a. 133 B. I, p. 327
alto por su abuelo el Africano y estaba dotado de una na-
turaleza digna de él, de que se había ejercitado en la ma-
yoría de los saberes, y de que poseía la mayor prudencia.
En efecto, cuanto más y con más firmeza poseía tales vir-
tudes, tanto más había avanzado desde ellas hasta el deseo
de gloria y, tan pronto como se hubo alejado de la bon-
dad, se topó, en contra de su voluntad, con la maldad. 2
Así pues, cuando se le negó el voto para el triunfo por la
victoria sobre los numantinos[1] y él, que ya antes había
esperado recibir honores por sus servicios, no obtuvo na-
da similar, sino que incluso corrió el riesgo de ser entre-
gado, conoció también que el asunto se había examinado
no según su virtud ni de acuerdo con la verdad, sino según
el azar. Este camino de la fama lo abandonó por no verlo 3
seguro, pero puesto que deseaba ser el primero a toda cos-
ta y de cualquier manera, y preveía que lo iba a conseguir
más bien a través de la plebe que del senado, se esmeró en
atraerse a ésta (V. 70, p. 621)[2].

4 Que Marco Octavio se enfrentó, por su propia voluntad,
a Graco a causa de la rivalidad familiar. Por este motivo
no actuó con moderación, sino que, al rivalizar mutua-
mente para sobresalir cada uno por encima del otro más
que para ser útiles a la comunidad, actuaron con mucha
prepotencia, como si estuvieran en una tiranía y no en una
democracia, pero también padecieron muchos sufrimien-
tos absurdos, como si estuvieran en guerra y no en un pe-
5 riodo de paz[3]. En efecto, esto lo hacían uno contra uno,
pero también lo hacían otros muchos en conspiraciones,
pesadas injurias y combates, no porque lo hicieran contra
otra ciudad sino en el mismo senado y en la asamblea,
mientras se servían de la ley como pretexto, de hecho
competían por todo para no quedar en absoluto el uno por
6 debajo del otro. A partir de este momento nada de lo acos-
tumbrado sucedía en orden, ni las magistraturas se des-
empeñaban según las normas legales, sino que los juicios
estaban suspendidos, no se celebraba ningún contrato y la
agitación y el desorden abundaban por todas partes. Lle-
vaba nombre de ciudad, pero no distaba nada de ser un
campamento (V. 71, p. 622)[4].

7 Que Graco promulgó algunas leyes que favorecerían a
los de la plebe que estaban en campaña, transfirió los ju-
rados desde el Senado al orden ecuestre, con lo que con-
fundía y alteraba todo lo establecido, de modo que a partir
8 de entonces pudiera gozar de alguna seguridad. Como na-
da iba mejor para él ni siquiera entonces, sino que estaba
en el momento de la salida de la magistratura y, apartado
de ella, iba a quedar al punto a merced de sus enemigos,
intentó volver a ser tribuno para el año siguiente junto con
su hermano y hacer cónsul a su suegro, y no dudaba en
hablar y hacer promesas a cualquiera. Muchas veces se

vistió de luto y presentó a su madre y a sus hijos como suplicantes ante la multitud (V. 72, p. 622)[5].

Que Escipión el Africano tenía más ambición de lo 1 84
que era conveniente y adaptado a su virtud. En realidad ninguno de los rivales se alegró con su muerte, sino que también ellos, aunque consideraban que era muy duro, lo echaron de menos. En efecto, veían que era bueno para los asuntos públicos, y no preveían que por su culpa pudiera pasarles nada malo[6]. Tras desaparecer éste, de nue- 2
vo todos los intereses de los dirigentes se vieron disminuidos, pues, sin ningún reparo los encargados de distribuir la tierra devastaron prácticamente toda Italia. A mí me parece que a este despropósito se debió, en gran medida, la cantidad de piedras que se desprendieron del cielo, cayeron sobre algunos templos y mataron a algunos hombres, así como las lágrimas de Apolo. Pues lloró durante tres días, de modo que los romanos votaron quitar la estatua de madera y arrojarla al mar según el consejo de los adivinos (V. 73, p. 625).

NOTAS

[1] Ver CARY, *ad l.* Posiblemente se refiere más bien al tratado al que el senado le negó su reconocimiento, pues había sido el cuestor de Mancino en Hispania. GRUEN, *Roman Politics,* pág. 41.

[2] Sobre Tiberio Graco en general, ver LIVIO, *Perioca* 58. PLUTARCO, *Tiberio Graco,* especialmente, 8-20. APIANO, *Guerras Civiles* I 1-17, es, posiblemente, la descripción más completa y equilibrada entre las fuentes. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 494.

[3] APIANO, *Guerras Civiles* I 12; PLUTARCO, *Tiberio Graco* 10. GRUEN, *Roman Politics,* pág. 53, cree deducir la existencia de posibles lazos de Marco Octavio con los Escipiones a través de los Popilio Lenate.

[4] Varios son los comentarios antiguos sobre esta conflictiva situación. Entre ellos, el de CICERÓN, en *Leyes* III 24, que se muestra claramente favorable a Octavio. Además de las referencias citadas *supra,* n. 2, ver DIODORO, XXXIV/XXXV 7, 1; VELEYO PATÉRCULO, II 2, 3; FLORO, II 2, 5, y el propio DION CASIO, sólo como ejemplo, en XLVI 49, 2. Según OROSIO, V 8, 3, Graco estaba irritado con la nobleza porque le habían achacado parte de la culpa del pacto numantino. La rivalidad con Octavio, la privación del *imperium* y la sucesión de Minucio produjeron la ira del senado y la *superbia* del pueblo. Aquí, por tanto, las rivalidades se proyectan en el conflicto social. E. BADIAN, «Tiberius Gracchus and the Begining of the Roman Revolution», *ANRW,* I 1 (1972), 667-731, ofrece una exhaustiva bibliografía. Ver D. STOCKTON, *The Gracchi,* Oxford, Clarendon Press, 1979, págs. 8-86.

[5] Junto a las múltiples acusaciones de este tipo, tema de gran uso en la retórica ciceroniana, QUINTILIANO, en *Inst. Orat.* V 13, 24, refleja un debate en el que no queda claro que se pudiera acusar a Tiberio Graco de tiranía, pues sólo se había limitado a proponer leyes populares.

[6] El debate, resumido en LIVIO, *Perioca* 59. VALERIO MÁXIMO, II 1, 12, narra cómo Metelo Macedónico, a pesar de su rivalidad, consideró su muerte una desgracia para la patria.

LIBRO XXV

Que Graco tenía las mismas ideas que su hermano, 1 85
excepto en el hecho de que aquél pasó de la virtud a la B. I, p. 330
ambición y luego a la perfidia, mientras que éste era rebelde por naturaleza y se comportaba por gusto, como un miserable, pero era muy superior a él en sus dotes para la oratoria. Por esto, llevaba a cabo las maquinaciones más viles, la audacia más desaforada y los peores actos de
osadía contra todos por igual. Fue el primero que adoptó 2
la costumbre de andar en las reuniones mientras hablaba y el primero en desnudarse el brazo; y lo hizo de tal modo que desde entonces ninguno de estos gestos se considera inadecuado. Como hablaba con argumentos muy duros y con palabras muy violentas para todo, y ni siquiera podía contenerse a sí mismo fácilmente, de modo que muchas veces era arrastrado hacia lo que no quería decir, llevaba consigo un flautista y, mientras tocaba, conseguía someterse a un ritmo y una medida; si aun así hablaba con
desmesura, se quedaba callado. Con tales características 3
se dedicó a la política y, como no tenía en cuenta ninguna prohibición ni en sus palabras ni en sus actos, se hizo en poquísimo tiempo muy popular entre la plebe y los caba-

lleros. Todo lo noble y lo prudente, si hubiera vivido durante más tiempo *** ahora bien, como por su mucho poder se hizo objeto de envidia incluso entre sus partidarios,
a. 121 cayó por sus propias artes (V. 74, p. 625)[1].

NOTAS

[1] El juicio de CICERÓN, igualmente duro, en *Leyes* III 20, entre otros. Exposición resumida pero completa de sus acciones legales, en LIVIO, *Perioca* 60; VELEYO PATÉRCULO, II 6, 1-3. Un juicio un poco diferente en PLUTARCO, *Gayo Graco* 1, 6; 3, 2, *et passim,* y en APIANO, *Guerra Civil* I 21. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 513. Interesantes análisis de los textos griegos, en C. NICOLET (dir.), *Demokratia et Aristokratia. À propos de Caius Gracchus: mots grecs et réalités romaines,* París, Publicaciones de la Sorbona, 1983, con trabajos de C. NICOLET, J. L. FERRARY, P. BOTTERI, M. RASKOLNIKOFF y J. M. DAVID.

LIBRO XXVI

Que las sacerdotisas mismas sufrieron la mayor con- 1 87
dena por el castigo y por la vergüenza, pero causaron gran- a. 114 B. I, p. 331
des males para muchos otros y toda la ciudad se vio en-
vuelta en un conflicto por ellas. En efecto, al darse cuenta
de que se había violado lo que era puro por ley, lo sagrado
y objeto de adoración, y lo ordenado por temor a la ven-
ganza, no creyeron que hubiera nada, por vergonzoso que
fuera, que no pudiera suceder. Por esto, por odio a lo que 2
había sucedido, condenaron no sólo a los detenidos, sino
también a todos los acusados. No creyeron que todo suce-
día sólo por la impudicia femenina, sino también por al-
guna ira divina (V. 75, p. 626).

Que tres fueron poseídas por varones al mismo tiem- 3
po, de las cuales la misma Marcia, por su iniciativa, fue
deshonrada con un caballero y habría pasado desapercibi-
da si, al ampliarse la investigación sobre las demás, no le
hubiera afectado también a ella. Emilia y Licinia tuvieron
multitud de amantes y fueron presas de la pasión ani-
madas la una por la otra. En efecto, al principio con unos
pocos, en privado y en secreto, se reunían con cada uno

4 como si fuera el único. Luego, ellas, a todo el que podía sospechar y denunciar algo lo sometían al silencio con el pago de su compañía y los que se habían reunido con ellas al ver esto se lo callaban, para que no se hiciera evidente su propia humillación. De modo que uno a uno o en grupo, unas veces a solas, otras en común, se unían con los demás, y Licinia se unió al hermano de Emilia, y Emilia
5 con el suyo. Mientras sucedía esto, pasó desapercibido durante mucho tiempo, y siguió así durante mucho más, a pesar de estar confabulados muchos hombres y muchas mujeres, tanto libres como esclavos, hasta que un tal Manio, que en cierto modo había sido el primero en colaborar en cualquier clase de vileza, lo denunció, porque no obtuvo ni la libertad ni ninguna otra cosa que esperara. Pues no sólo era perfectamente capaz de prostituir, sino también de acusar y maltratar a algunas *** (V. 76, p. 626)[1].

88
a. 112 Que era partícipe de todo lo que por sí mismo le proporcionaba la gloria, pero además, a causa de la desgracia de Catón[2], a causa de su trato considerado hacia los soldados, y porque parecía que había conseguido el éxito en mayor grado de lo que era cierto, obtuvo la mayor de las glorias por sus hazañas (V. 77, p. 629).

89 1 Que Metelo, cuando envió mensajes a Jugurta por la paz, le hizo numerosas recomendaciones sobre todos los temas, como si fuera el único y, de este modo, recibió de él rehenes, armas y elefantes; también a los prisioneros y a los desertores. A todos éstos los mató, pero no se acabó todo, porque Jugurta no quiso venir a verlo, para no ser atrapado, y Mario y Gneo le sirvieron de obstáculo[3].

2 También era, por lo demás, conspirador y alborotador, y amigo de toda la morralla de la que había nacido, y des-

tructor de todo lo noble y bueno. En efecto, se atrevía de la manera más temeraria a decirlo todo, a prometer, a mentir, y a jurar en lo que esperaba sacar más provecho, y estaba siempre acusando a los mejores y elogiando en cambio a los peores por simple diversión. Que nadie se me admire si, con ser un tipo tal, durante mucho tiempo pasó desapercibido en los males que había causado. Así pues, por su hipocresía y por la buena suerte que desde el principio en todo lo favorecía, obtuvo fama de virtud (V. 78, p. 629)[4].

Que Mario pudo, precisamente por ello, atacarlo con 3
mucha facilidad, porque se movía entre los patricios y llevaba excelentemente los asuntos de la guerra, y él venía a presentarse al público desde lo más oscuro y lo más desconocido (pues el populacho eliminó a uno de manera expeditiva por envidia, e hizo al otro progresar a cambio de sus promesas), y principalmente porque corría el falso rumor de que Metelo le había dicho a Mario cuando entonces estaba en plenas elecciones: «debes conformarte con ser cónsul después de mi hijo» (éste era un muchacho) (V. 79, p. 630).

Que Gaudas odiaba a Metelo o bien porque, cuando le 4
pidió la entrega de los desertores y una guarnición de soldados romanos, no los recibió, o bien porque no se sentó cerca de él, lo que normalmente se concedía a los reyes y a los señores por parte de los cónsules (V. 80, p. 639).

Que al ser cogida Cirte según un acuerdo, Boco man- 5
dó un heraldo a Mario y, en primer lugar, pidió el imperio a. 106
de Jugurta como pago por el cambio de bando y, luego, al no obtenerlo, consideró oportuno llegar simplemente a un acuerdo. Él envió embajadores a Roma, pero Yugurta, al estar así las cosas, se retiró hacia las zonas más desérticas de su país (U^G 20, p. 385)[5].

6 Que Mario, cuando recibió a los embajadores de Boco, se negó a llegar a un acuerdo con él, si no recibía a Jugurta. Lo que sí tuvo lugar (U^{G} 21, p. 386).

NOTAS

[1] Según Fenestela, recogido por Macrobio, *Saturnales* I 10, 5-6, las vírgenes vestales Emilia y Licinia fueron condenadas en fecha que se relaciona de un modo o de otro con las Saturnales.

[2] En la campaña contra los escordiscos, tribu tracia, en 114 a. C. (Cary, *ad l.),* hecho considerado un prodigio, en Floro, I 39, 4. Gruen, *Roman Politics,* pág. 127.

[3] Quinto Cecilio Metelo Numídico, en Salustio, *Jugurta* 62, 10, el nombramiento, y, en 70-83, toda su actuación. Predomina la exaltación de sus méritos, en Veleyo, II 11, 2, y en Orosio, V 15, 7. Broughton, *MRR,* I, pág. 549.

[4] Sobre Mario, comparado con Metelo en sus virtudes y en su fama popular, Salustio, *Jugurta* 73. El retrato se completa con 63-65. Juicios mucho más matizados, como el de Veleyo, II 11, 2. Se destaca su enfrentamiento a Metelo, en Plutarco, *Mario* 8. Broughton, *MRR,* I, pág. 549.

[5] Sobre esto, con toda clase de detalles, Salustio, *Jugurta* 92-102. Resumen en Diodoro, XXXVI 1. Broughton, *MRR,* I, pág. 554.

LIBRO XXVII

Que ocuparon de noche Tolosa, que anteriormente era 90
aliada de los romanos, pero que se rebeló ante las espe- a. 106 B. I, p. 334
ranzas puestas en los cimbrios hasta el punto de aprisionar las guarniciones, en una acción rápida y conducidos por sus partidarios; saquearon los templos y, además de otras cosas, se apoderaron de un sustancioso botín. Pues el lugar era muy rico desde antiguo y contenía los monumentos que en otro tiempo los galos que habían hecho la expedición con Brenno robaron de Delfos. Sin embargo, no quedó de allí nada digno de mención para los romanos de la urbe, sino que aquéllos se apropiaron de la mayor parte de las cosas. Después de esto, muchos fueron sometidos a juicio[1] (V. 81, p. 630).

Que Servilio, a causa de la envidia que sentía contra 1 91
su colega (pues en todos los asuntos se podía comparar de a. 105
igual a igual, excepto en la potestad, ya que, al ser el otro cónsul, era inferior), le causó muchos trastornos al ejército. Pues Manlio, después de la muerte de Escauro, mandó llamar a Servilio, pero él le contestó que cada uno tenía
que vigilar su propio territorio[2]. Luego, ante la expectati- 2

va de que Manlio consiguiera algún éxito por sí mismo, sintió envidia de que adquiriera gloria él solo y, aunque marchó a su lado, ni siquiera puso el campamento en el mismo lugar ni hizo ningún plan en común, sino que, como si fuera a trabar combate antes que él con los cimbrios, para privarlo de toda la gloria de la guerra, lo puso
3 en medio. Al principio, incluso así fueron temibles para los enemigos, mientras les pasaban desapercibidas las diferencias entre ellos, de modo que desearon hacer una tregua. Pero como enviaron un heraldo a Manlio, que era el cónsul, Servilio se irritó porque los embajadores no habían ido a verle a él y no les contestó según lo estipulado en estos casos, sino que poco faltó para que ejecutara a los embajadores (V. 82, p. 630).

4 Que los soldados obligaron a Servilio a ir a ver a Manlio y a deliberar con él sobre la situación, pero estuvieron tan lejos de llegar a un acuerdo que se hicieron incluso más enemigos que antes de la reunión. En efecto, al haberse dejado arrastrar hasta la rivalidad y las injurias, se separaron con malos modos (V. 83, p. 633).

92 Que Gneo Domicio, tras haber conseguido un juicio
a. 104 contra Escauro, cuando uno de sus siervos, después de acercarse a él, le prometió que denunciaría muchos asuntos turbios de su señor, hizo caso omiso y, tras apresarlos, se lo entregó a Escauro (V. 84, p. 633).

93 1 Que Publio Licinio Nerva, que desempeñó la pretura en la isla, al enterarse de que no se estaba actuando correctamente en el asunto de los esclavos, o bien por buscar un modo de obtener dinero (pues no era difícil de sobornar), anunció que se dirigieran a él todos los que acusaban de algo a sus señores, haciéndoles creer que iba a

ayudarlos[3]. Como consecuencia, muchos de aquéllos acu- 2
dían y unos decían que eran víctimas de alguna injusticia, otros reclamaban a sus señores un nuevo trato, ya que creían que tenían en sus manos la oportunidad de obtener, sin derramamiento de sangre, todo cuanto quisieran de ellos. Los libres, tras las deliberaciones, se opusieron a ellos y no cedían de ninguna manera. Licinio, preocupado por las
maquinaciones de unos y otros, no acogió a ningún repre- 3
sentante de los esclavos, no fuera a ser que se llevara a cabo alguna acción violenta por iniciativa de los humillados; los despidió con la esperanza de que no les sucediera nada, o de que, por lo menos, no pudieran ya provocar ningún tipo de disturbio en el momento de dispersarse. Pero como los otros tenían miedo a los señores, porque se habían atrevido a hacer algunas denuncias contra ellos ante la autoridad, se vieron envueltos en la revuelta y, tras reunirse para organizarse, comenzaron a delinquir (V. 85, p. 633).

Que una vez derrotados los bárbaros y tras haber caí- 1 94
do un buen número en la batalla, pocos se salvaron. En a. 102
ese momento Mario, al consolarlos y darles ánimo, les entregó todo el botín vendido a un precio ínfimo, para que no se alegraran por haber recibido algo gratis. Por ello Mario, aunque antes sólo se sentía a gusto entre la plebe, porque de ella había nacido y bajo ella había progresado, desde entonces se ganó a los patricios por los que había sido odiado, de modo que era elogiado entre todos por igual; la magistratura la conservó incluso hasta el año siguiente, para poder acabar de realizar los restantes planes, con su apoyo y consentimiento (V. 86, p. 633)[4].

Que, cuando se detuvieron, los cimbrios se quedaron 2
faltos de ánimo y después se debilitaron y se quedaron

extenuados en sus almas y en sus cuerpos. La causa estaba en que al alojarse en casas ya no llevaban la vida anterior, al aire libre, y tomaban baños calientes en vez de los anteriores, helados, se saciaban de platos delicados y de los placeres del lugar, mientras que antes comían carne cruda, y con el vino y el exceso de bebida quedaban hartos, en contra de sus costumbres. Esto, en efecto, debilitó su coraje totalmente y afeminó sus cuerpos, de modo que no podían soportar ni los esfuerzos ni las fatigas, ni el calor, ni el frío, ni la vigilia (V. 87, p. 633)[5].

93 4 Que los mesenios pensando que no tendría consecuen-
B. I, p. 337 cias negativas, hicieron transportar desde allí todo lo que tenía más valor y era más apreciado. Al enterarse de esto, Atenión, que era el cilicio que más poder tenía entre los bandoleros, los atacó mientras celebraban alguna fiesta pública delante de la ciudad, mató a muchos de ellos en el momento de dispersarse y estuvo a punto de tomar la ciudad por la fuerza. Tras dejar bien fortificada la localidad de Macela, devastó su tierra sin compasión (V. 98, p. 634).

NOTAS

[1] Más amplio, con detalles críticos, en ESTRABÓN, V 1, 13 = C 187-8. AULIO GELIO, III 9, 7 cuenta que Quinto Servilio Cepión devastó Tolosa y su templo. Los que habían tocado el oro perecieron, de donde nace la expresión *aurum Tolosanum,* para referirse a la riqueza envenenada o maldita, que produce consecuencias negativas. OROSIO, V 15, 12, al hablar del templo de Apolo, cuenta que lo habían enviado a Masilia para su custodia pero que fueron muertos los encargados de la custodia y el problema surgió de este crimen. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 554.

[2] Para los problemas entre Servilio y Manlio, LIVIO, *Perioca* 67, y FLORO, I 38, 4. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 557. GRUEN, *Roman Politics,* pág. 150.

[3] Una visión diferente y más detallada de la actuación de Licinio Nerva con los esclavos en Sicilia aparece en DIODORO, XXXVI 3-6. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 559.

[4] Resumido, en LIVIO, *Perioca* 68, y VELEYO, II 12, 4. Todos los detalles, en PLUTARCO, *Mario* 15-22 y 24, 1-2. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 567.

[5] Méritos de Gneo Petreyo, en PLINIO, *Historia Natural* XXII 11. Relación con Catulo, en PLUTARCO, *Mario* 23-24, y de éste con Sila, en *Sila* 4, 2-4. Todo el complejo, en *Consejos políticos* 12 *(Moralia* 806D-E). Resumen de los hechos militares, en FLORO, I 38, 11-13. BROUGHTON, *MRR,* I, pág. 567.

LIBRO XXVIII

Que el hijo de Metelo, tanto en privado como en pú- 1 95
blico suplicaba de tal manera para que su padre pudiera a. 99 B. I, p. 338
regresar, que recibió el sobrenombre de Pío, es decir «Piadoso» (V. 92, p. 638).

Que Furio le tenía tanto odio a Metelo porque le había 2
quitado su caballo cuando era censor (V. 93, p. 638)[1].

Que a Publio Furio, acusado por lo que había hecho 3
cuando había sido tribuno, lo mataron los romanos en la a. 98
misma asamblea, pues desde luego merecía morir (en efecto, se había vuelto un rebelde y, aunque al principio había estado con Saturnino y Glaucia, y se cambió de bando, y, después de desertar en favor de sus contrincantes, colaboró en los ataques contra ellos; pero no era apropiado que fuera aniquilado de esta manera. De todos modos, se consideró que había tenido lugar en justicia *** (V. 89, p. 637).

Que, a Rutilio, que era un buen hombre, lo acusaron 1 97
de la manera más injusta. En efecto, fue llevado a juicio a. 92
acusado de corrupción por la maquinación de los caballeros *** con Quinto Mucio[2], y fue multado por ellos. Hi-

cieron esto porque estaban irritados con él ya que había impedido los muchos delitos que cometían relativos a los impuestos (V. 90, p. 637)[3].

2 Que Rutilio se defendió de la manera más digna y no hubo nada que no dijera de lo que podría alegar un hombre noble al ser objeto de delaciones y mucho más se lamentaba de los males de la comunidad que de los propios, pero fue apresado y, al punto, se vio privado de su hacienda. No por ello dejó de estar claro que su condena no era en absoluto correcta. En efecto, se descubrió que poseía mucho menos de lo que según denunciaban sus acusadores se había apropiado en Asia y todo aquello lo justi-
3 ficó alegando que tenía un origen justo y legal. Pero fue tratado con insolencia y Mario tuvo alguna culpa en su captura, pues se sentía importunado por un hombre tan excelente e ilustre. Por ello también él, al censurar lo que sucedía en la ciudad y considerar indigno seguir conviviendo con un hombre así, se retiró sin que lo obligara nadie y, cuando marchó a Asia, pasó un tiempo en Mitile-
4 ne, pero luego, cuando la ciudad fue atacada en la Guerra Mitridática, se trasladó a Esmirna y allí vivió, pero no quiso regresar a casa. Por lo menos después de esto no se vio maltratado ni en su buena fama ni en su buena posición. En efecto, muchas cosas tuvo que agradecerle Mucio y muchísimas también todos los pueblos y reyes que acudían a él, de modo que sus propiedades se hicieron mayores que su anterior hacienda (V. 91, p. 637).

96 1 Había algunos otros jefes de facciones, pero la mayor
a. 91 fuerza la tenían sobre unos Marco[4], sobre otros Quinto[5], ansiosos de poder e insaciables de gloria y, desde enton-
2 ces, proclives a la rivalidad. Esto lo poseían por igual, pero Druso lo aventajaba por su linaje y por su riqueza, y por

su afición al gasto sin mesura, sobre todo con los que, en cada caso, se lo pidieran; el otro por su mucho arrojo y audacia, por sus ataques premeditados, y por sus malas costumbres. Por ello era natural que, al ser rivales entre sí, en unos casos a causa de las semejanzas, en otros a causa de las diferencias, llevaran el conflicto a su más alto grado, hasta el punto de persistir incluso después de su muerte (V. 94, p. 638).

Que Druso y Cepión, que habían fomentado la ene- 3
mistad personal entre ellos tras haber tenido una gran amis- B. I, p. 340
tad y acuerdos matrimoniales, también la llevaron al mundo de la política (V. 95, p. 638).

Dion en libro XXVIII: «y atacando a los cónsules»[6] 4
(Bekk., *Anecd.,* 136, 30).

En el libro XXVIII Dion: «No sólo no convenció a 5
ninguno aunque decía una parte de la verdad» *(Ibid.,* 166, 8).

NOTAS

[1] Sobre las acciones de Publio Furio contra Metelo Numídico, APIANO, *Guerra Civil* I 33. Sobre Mario en ese problema, PLUTARCO, *Mario* 31, 1. BROUGHTON, *MRR*, II, pág. 2. GRUEN, *Roman Politics*, pág. 188. Según OROSIO, V 17, 11, a favor de Metelo están Catón y Pompeyo.

[2] Posibilidad: «mientras servía en Asia con Quinto Mucio» (BOISSEVAIN).

[3] Es el primer caso conocido de una irregularidad cometida en este terreno. GRUEN, *Roman Politics*, pág. 159.

[4] Marco Livio Druso. HARRIS, *Guerra*, págs. 120 ss., y GRUEN, *Hellenistic World*, pág. 283 y n. 53.

[5] Quinto Servilio Cepión. Sobre sus rivalidades, GRUEN, *Roman Politics*, pág. 195, *etc.*

[6] Reveló un complot contra los cónsules y fue acusado de complicidad. Aunque resumido, más claro en LIVIO, *Perioca* 71. BROUGHTON, *MRR*, II, pág. 22.

LIBRO XXIX

Que Lupo[1], al sospechar que los patricios que comba- 1 98
tían junto a él comunicaban sus decisiones a sus enemi- a. 90 B. I, p. 341
gos, envió a tratar de ese asunto al senado *** y, después de esto, de otra manera a ellos *** que estaban en conflicto con más motivo, les hizo frente. Y a más habrían llegado las revueltas si no se hubiera descubierto que algunos de los marsos se habían compinchado con los romanos que iban a forrajear y, tras acercarse junto al foso como si fueran sus aliados, se informaban de lo que hacían y decían en él para ir a contarlo a los suyos. Así dejaron de estar irritados con los patricios (V. 96, p. 641).

Que Mario, sospechando de Lupo[2] aunque era parien- 2
te suyo, por envidia y a causa de la esperanza de ser nombrado cónsul por séptima vez, como si se tratara del único que pudiera enderezar la situación actual, dejó pasar el tiempo. Decía que ellos *** tendrían lo necesario, mientras que los otros no iban a poder resistir más, por el hecho de que la guerra tenía lugar en su propio territorio (V. 97, p. 641).

Que los picentas sometieron a los que no habían parti- 3
cipado con ellos en la rebelión, los ultrajaron en presencia

de sus amigos y a las mujeres les arrancaron los cabellos de la cabeza junto con la piel (V. 98, p. 641).

NOTAS

[1] El estallido de la guerra a la muerte de Druso, VELEYO PATÉRCULO, II 15, 1, y su desarrollo resumido en II 16, 4. Aparición de Rutilio Lupo, en JULIO OBSECUENTE, 55, y LIVIO, *Perioca* 73. Sobre la guerra social, en general, APIANO, *Guerra civil* I 40-43. Acerca de las actitudes de los marsos, OROSIO, V 18, 12. BROUGHTON, *MRR,* II, pág. 25.

[2] Según OROSIO, V 18, 11, sería al revés: Lupo tenía envidia de Mario. CARY, *ad l.*

LIBROS XXX-XXXV

Que Mitrídates, cuando llegaron los embajadores de 1 99
los romanos, no hizo ningún movimiento, sino que, tras a. 89 B. I, p. 343
efectuar algunas acusaciones como contrapartida y mostrar a los embajadores la cantidad de riquezas que había gastado en favor de la comunidad y en favor de algunos en privado, se mantuvo tranquilo. Pero Nicomedes, animado con su alianza y porque necesitaba dinero, se lanzó sobre su territorio (U^G 22, p. 386).

De Dion en el libro XXXI: «Haber recibido la orden
de hacer frente a Mitrídates tanto del pueblo como del Se- 1a
nado» (Bekk., *Anecd.*, pág. 166, 18)[1].

Que Mitrídates envió embajadores a Roma con la pe-
tición de que, si consideraban amigo a Nicomedes, lo 2
convencieran o lo obligaran a comportarse con él de manera correcta, porque, si no, lo obligarían a defenderse contra su enemigo. Como ellos no hicieron nada de lo que quería, sino que incluso llegaron a amenazarle, si no devolvía a Ariobarzanes Capadocia y hacía la paz con Nicomedes, despidieron a sus embajadores el mismo día, y le advirtieron que no volviera a enviar nunca a ningún otro si no les obedecía (U^G 23, p. 386).

2a B. I, p. 344 De Dion en el libro XXXI: «Al acordarse de que los demás pedían alguna ayuda de su parte» (Bekk., *Anecd.*, p. 137, 20).

100 a. 88 Que como la mayor parte del ejército que tenía Catón era de origen urbano y, más bien, demasiado viejo, resultaba en general menos fuerte y una vez que se había atrevido a reprochárselo, porque no querían esforzarse ni cumplir las órdenes con entusiasmo, poco faltó para que quedara cubierto por las piedras arrojadas por ellos. Y habría muerto si hubieran tenido piedras en abundancia. Como el lugar en que les había tocado estar se podía cultivar y era, por fortuna, húmedo, no le pasó nada al recibir los terrones. Pero Gayo Ticio, el promotor de la rebelión, hombre del foro, que se ganaba la vida en los juzgados y que hacía uso de una libertad de palabra excesiva unida a la desvergüenza, fue apresado y enviado a la ciudad ante los tribunos, pero no fue condenado (V. 99, p. 641).

101 1 Que todos los asiáticos cumplieron las órdenes de Mitrídates de matar a los romanos, excepto los tralianos, que no mataron a nadie, pero alquilaron como verdugo a Teófilo, un paflagonio, como si así fueran ellos a morir menos, o hubiera alguna diferencia para ellos según quién los degollaba (V. 101, p. 642).

2 Que los tracios, convencidos por Mitrídates, comenzaron a hacer correrías sobre el Epiro y el resto del territorio hasta Dodona, donde llegaron a saquear el santuario de Zeus (V. 101, p. 642).

102 1 Que Cinna, tan pronto como recibió el mando, en ninguna otra cosa se esforzó tanto como en expulsar a Sila de Italia y, aunque ponía como pretexto a Mitrídates, en realidad lo hacía porque deseaba quitárselo de en medio, para

que, al no vigilarlo de cerca, no le sirviera de obstáculo para lo que hacía. Sin embargo se había hecho célebre gracias al esfuerzo de Sila y había prometido no hacer nada que no coincidiera con su criterio[2]. Sila, en efecto, al 2
ver la necesidad de la guerra y porque tenía anhelos de B. I, p. 345
gloria, había dispuesto los restantes asuntos internos del modo más favorable para sí antes de partir, y había nombrado sus sucesores a Cinna y a un tal Gneo Octavio, en la esperanza de que así, aunque se marchara, la situación quedaría totalmente bajo control. Sabía que éste era muy 3
alabado por su moderación y creía que no iba a realizar ningún movimiento extraño, pero, aunque se había enterado de que aquél era un hombre indigno, no quiso incitarlo a la guerra, pues él ya gozaba de algún poder y, según afirmaba y juraba, poseía todo aquello que podía serle de ayuda y no necesitaba más. Pero aunque estaba bastan- 4
te capacitado para conocer la manera de pensar de los hombres y para calcular la naturaleza de sus actos, en éste cometió un grave error y dejó a la ciudad sumida en una gran guerra (V. 102, p. 642).

Que Octavio era por naturaleza lento en los asuntos 5
políticos (V. 103, p. 642)[3].

Que los romanos al estallar la guerra civil mandaron a 6
buscar a Metelo con la orden de que acudiera en su auxilio (U^G 24, p. 386).

Que los romanos cuando entraron en conflicto entre sí 7
mandaron a buscar a Metelo, con la orden de que se uniera contra los samnitas, en cuanto pudiera. Éstos, en efecto, eran los únicos que, todavía por aquella época, seguían atacando Campania y la región vecina. Pero no llegó a una tregua con éstos, pues pedían no sólo que se les concediera a ellos la ciudadanía, sino también a cuantos desertores se habían refugiado a su lado, y ni siquiera querían

devolver nada del botín que habían cogido, y en cambio reclamaban a todos los prisioneros y a los desertores de su bando, de modo que ni los senadores optaron por la paz con ellos en estas condiciones[4] (U^R 9, p. 385).

8 Que, cuando Cinna renovó la ley sobre el retorno de los desterrados, Mario y los que habían sido expulsados con él se lanzaron sobre la ciudad con el resto del ejército por todas las puertas a la vez, las cerraron de modo que nadie escapara por ellas, ejecutaron a todos los que les salían al encuentro, sin juzgar a ninguno, sino que condena-
9 ron a todos como si fueran enemigos. Pero sobre todo ma-
B. I, p. 346 taban a los que tenían alguna propiedad, con el deseo de apoderarse de sus riquezas, esclavizaban incluso a sus hijos y a sus mujeres, como si hubieran conquistado una ciudad extranjera. Las cabezas de los más ilustres las colocaron sobre la tribuna. El espectáculo no era en absoluto más fácil de soportar que el asesinato mismo. Pues a los que observaban el espectáculo les vino a la mente la idea de que todo cuanto sus antepasados habían realizado como un acto honroso con las proas de las naves de los enemigos, eso mismo lo estaban convirtiendo en ese momento en un acto horrible con las cabezas de los ciudadanos.

10 En una palabra, tanta ambición y tanta sed insaciable de sangre se apoderó de Mario que, cuando hubo matado a la mayoría de sus enemigos, y, a causa de su exagerada perturbación, no se le ocurría nadie a quien deseara eliminar, dio la consigna a los soldados de ir degollando a todos los que, al entrar, no extendieran la mano. A tal punto llegó la situación de los romanos que morían no sólo sin juicio o por odio, sino también por no extender su mano.
11 Como es natural, entre la multitud y a causa del tumulto, ni siquiera al propio Mario le era posible prestar atención

a lo que pasaba, ni aunque hubiera querido usar su mano con algún propósito. Por esta razón, muchos a los que por ningún motivo, ni de ninguna manera, hubiera deseado matar, murieron. El total de las muertes que se produjeron entonces es incalculable. Los asesinatos tuvieron lugar en cinco días completos y en igual número de noches (V. 104, p. 642)[5].

Dion en libro XXXI. Y entonces, sin esperar ninguna ayuda del dios, se mató[6] (Bekk., *Anecd.*, p. 140, 25).

Que cuando los romanos al comienzo del año realiza- 12
ban los sacrificios augurales y hacían los votos en favor a. 86 B. I, p. 347
de la magistratura de acuerdo con las tradiciones, el hijo de Mario, después de haber matado a un tribuno con su propia mano, envió su cabeza a los cónsules, mientras que a otro lo precipitó desde el Capitolio, cosa que no le había ocurrido a nadie más, y a dos pretores los privó del fuego y del agua (V. 105, p. 645).

Que el oficial subordinado de Flaco, Fimbria, se le en- 1 104
frentó cuando fue a Bizancio. Pues era tremendamente audaz e intrépido, amante de la fama viniera de donde viniera y poco atento a todo lo que estuviera por encima de él. Tanto entonces como en otras ocasiones, desde el momento en que partió de Roma, después de haber simulado austeridad ante el dinero y esfuerzo con los soldados, se ganó la simpatía de éstos y los enfrentó a Flaco[7]. Pudo hacerlo porque éste era insaciable para las riquezas y no se contentaba con apropiarse del dinero que sobraba, sino que incluso se enriquecía a costa de la intendencia de los soldados y del botín, que en cada caso consideraba que era suyo (V. 112, p. 650).

Que cuando llegaron a Bizancio Flaco y Fimbria, y 3
Flaco, después de dar órdenes de acampar fuera de la mu- B. I, p. 348

ralla, entró en la ciudad, tras enterarse de esto Fimbria lo acusó de que se había apoderado de las riquezas y lo denunció diciendo que vivía en el interior lujosamente, mientras ellos pasaban fatigas bajo las tiendas durante el invierno. Los soldados atacaron la ciudad con fervor y, tras matar a algunos de los que les contraatacaron, se dispersaron hacia las casas (V. 113, p. 650).

4 Que cuando surgieron diferencias entre Fimbria y el cuestor, Flaco lo amenazó con enviarlo a Roma aunque no quisiera y, como lo insultó por este motivo, le quitó el mando. Fimbria tras haberse preparado para el regreso con la mayor premura se presentó ante los soldados de Bizancio y los saludó como si estuviera en plena retirada, les pidió cartas y se lamentó por haber sufrido de manera
5 indigna. Los exhortó a que se acordaran de lo que había hecho y a estar al acecho, con lo que aludía a Flaco como si fuera a conspirar contra ellos. Al darse cuenta de que acogían sus palabras y tenían buena disposición hacia él y en cambio sospechaban del otro, subió a una altura y los excitó aún más, porque, entre algunas otras acusaciones que lanzó contra Flaco, dijo que los traicionaba por dinero, de modo que los soldados expulsaron a Termo, que había sido puesto a su frente (V. 114, p. 650).

6 Que Fimbria eliminó a muchos hombres, no por el motivo más justo ni por el más conveniente para Roma, sino por cólera y por ansias de asesinato. Es prueba de ello que, una vez, tras haber ordenado que se prepararan muchas cruces, que pensaba utilizar para atarlos y torturarlos, luego, cuando se vio que eran muchas más que los que iban a morir, ordenó que se cogiera a algunos de los que habían quedado y que fueran crucificados junto a los otros para que no se notara que las había preparado inútilmente (V. 115, p. 653).

Que él mismo, después de apoderarse de Ilio, mató a 7
todos los hombres que pudo, sin perdonar la vida a ninguno, y casi quemó la ciudad entera. Los cogió, no por la fuerza, sino por medio del engaño. Pues, después de haberles elogiado por la embajada que había sido enviada a Sila, y de decir que no habría ninguna diferencia en cualquier cosa que pactaran (pues ambos eran romanos), luego entró como si lo hiciera en territorio amigo y llevó a cabo tales acciones[8] (V. 116, p. 653).

En el libro XXXIII (Dion): «Por este motivo, durante 8
el resto del tiempo, ni siquiera tuvo miramientos de ninguna clase con ellos (Bekk., *Anecd.*, p. 165, 15).

Que Metelo, derrotado por Cinna, fue a Sila y le sirvió 106
de muchísima ayuda[9]. En efecto, gracias a la fama que te- a. 83
nía por su sentido de la justicia y por su piedad, muchos hombres, incluso de los que actuaban de manera contraria a Sila, al considerar que no estaba con él de manera irreflexiva, sino que en realidad elegía las opciones más justas y más convenientes para la patria, se unieron a ellos (V. 117, p. 653).

Que Pompeyo era hijo de Estrabón, y fue equiparado 107
por Plutarco a Agesilao, el lacedemonio. Acusado por los gobernantes de la ciudad, se marchó al Piceno por su propia cuenta, aunque todavía no era un hombre maduro, y tras reunir entre aquéllos un grupo gracias a la autoridad de su padre, se hizo con una tropa propia y pensó que era lógico hacer algo por su cuenta. Por ello se unió a Sila. Tras este comienzo, no llegó en absoluto a ser menos que aquél, sino que, como se le añadió en el sobrenombre, creció hasta hacerse «Grande»[10] (V. 118, p. 653).

2 Dion en libro XXXIII: «En efecto, es objeto de burla que, mientras él está en Campania en una situación idónea para elaborar rápidamente un discurso relativo el objeto de la acusación, yo me hago cargo de su defensa ante los tribunales» (Bekk., *Anecd.*, p. 177, 30)[11].

3 Dion en el libro XXXIII: «¿Cómo alguien iba a poder confiar en él?»[12] *(Ibid.*, p. 162, 19).

108 1 Que Sila entregó el ejército a un hombre[13] que no era
a. 82 objeto de elogio por ningún otro motivo[14], a pesar de que contaba con muchos de los que estaban con él desde el principio y que lo aventajaban en experiencia y práctica, y de los que en alguna ocasión anterior se había servido para todo lo que necesitaba como si fueran dignos de confianza. Incluso antes de haber obtenido la victoria los utilizaba y se aprovechaba de todas sus cualidades. Pero cuando le pareció estar más cerca de cumplir su esperanza de controlarlo absolutamente todo, ya no prestó atención a ninguno de ellos, y confió más en los peores, los que no tenían ni prestigio por su linaje ni fama por sus virtudes.
2 La causa era que a éstos los veía dispuestos a hacerlo todo por él, incluso lo peor, y que tendrían que estarle muy agradecidos por cualquier cosa, por injustificable que fuera, por lo que consideraba que nunca podrían vanagloriarse de sus acciones u oponerse a sus decisiones; pero poseer virtud se traduciría en no querer colaborar con él en sus vilezas, y, además, incluso se lo reprocharían y le exigirían los precios de sus beneficios de acuerdo con su dignidad, pues no encontraría en ellos ningún tipo de gratitud, porque consideraban que se les debía lo que habían tomado, y sus acciones y consejos los tendrían como algo valorable para ellos mismos (V. 119, p. 654).

Que Sila, hasta el momento de vencer a los samnitas, I 109
fue desde luego magnífico y tuvo un renombre muy grande, tanto por sus campañas militares como por sus decisiones, por lo que destacaba tanto por su buen talante como por su piedad, hasta el punto de que todos creían que,
por su virtud, tenía por aliada a la fortuna. Pero después 2
de esto fue tan grande el cambio que dio que nadie diría que correspondían a la misma persona tales actos y los posteriores. De este modo, según parece, no prosiguió en su buena suerte. En efecto, aquello que, mientras tenía poco poder, censuraba en otros, e incluso más cosas y más absurdas, las realizó él, pues su voluntad era la misma siempre y en cualquier sitio, pero quedó al descubierto al ejercer el poder. Pues, desde ese momento, en la mayoría de las ocasiones dio la impresión de que su perversidad se
había adueñado de su virtud. En efecto, Sila, tan pronto 3
como conquistó a los samnitas y consideró que había lle- B. I, p. 351
gado el fin de la guerra (pues a lo demás no le daba ninguna importancia), cambió y, por así decir, se quedó fuera de las murallas y en la batalla, mientras que a Cinna, a Mario y a todos los demás que estaban con él les dio de lado al mismo tiempo. Lo que no hizo a ninguno de los pueblos extranjeros que habían hecho la guerra contra él, esto mismo lo llevó a cabo entonces contra la patria co-
mo si también a ella la hubiera vencido. Pues este mismo 4
día, tras enviar a Preneste las cabezas de Damasipo y de los que se habían alineado junto a él, las empaló y, de los que se entregaron, mató por igual a todos los que lo hicieron voluntariamente como a los que habían capturado
a la fuerza. Al día siguiente, tras ordenar a los senadores 5
que se reunieran en el Enieo[15], como si fuera a defenderlos, y a los cogidos vivos, en el campo llamado público, como si fuera a inscribirlos en el catálogo, al mismo tiem-

po que mataba a éstos por mediación de otros (y muchos
de los hombres de la ciudad murieron entremezclados con
ellos), a aquéllos él mismo les habló con la mayor de las
amarguras (V. 120, p. 654).
6 Que ni siquiera entonces dejó de llevarse a cabo el
asesinato de los prisioneros ordenado por Sila, y como és-
tos murieron cerca del templo, cayeron sobre la curia mu-
chos lamentos, gritos y llantos, y también un gran alboro-
to, de modo que el senado se vio convulso por uno y otro
7 lado. Pues ni de lejos podían convencerse de no esperar
algo peor, hasta tal punto aquél decía y hacía al mismo
tiempo cosas impías. Por eso muchos, al estar especial-
mente dolidos por ambos motivos a la vez, deseaban estar
también ellos entre los que se encontraban fuera y entre los
que ya habían muerto, para dejar de tener miedo en algún
8 momento. Pero se quedaron atrás, mientras los demás fue-
B. I, p. 352 ron degollados y arrojados al río; de modo que la que
se consideraba que había sido una funesta acción de Mi-
trídates, quien mató en una ocasión a todos los romanos
de Asia en un solo día, poco fue comparado con el gran
número de los que fueron asesinados entonces y el modo
9 de hacerlo. Y ni siquiera tuvo fin el drama en aquel mo-
mento, sino que, como a partir de una señal, los asesinatos
que comenzaron entonces tuvieron repercusiones tanto en
la urbe como en el campo y en todas las ciudades de Ita-
lia. A muchos, en efecto, los odiaba el mismo Sila, a mu-
chos sus compañeros; en unos, el odio era verdadero, otros
lo usaban como pretexto para, al mostrarse iguales en las
acciones a él y al afirmar su amistad, no ser objeto de sos-
pechas de que, por diferencias de ninguna clase, conspira-
10 ran contra él y no correr por ello ningún peligro. Degolla-
ban a cuantos veían ricos o que por cualquier otro motivo
destacaban por encima de ellos, a unos por envidia, a otros

por sus riquezas. En tales circunstancias, muchos de los que se mostraban neutrales, y aunque no pertenecían a ningún bando ***, al considerar como un agravio propio superar a alguien por su virtud o por su linaje y riqueza, no había ninguna seguridad frente a los que querían cometer alguna tropelía desde cualquier puesto de responsabilidad (V. 121, p. 657).

Que tales fueron las desgracias que cayeron sobre 11
Roma. ¿Cómo podría alguien enumerar los actos de soberbia contra los vivos, los muchos que se llevaron a cabo contra las mujeres y los que se llevaron a cabo contra los hijos más nobles y más ilustres, como si fueran prisioneros? Y no obstante, estos hechos, por muy penosos que fueran, en comparación con los que ya habían sufrido antes les parecían soportables, por lo menos a los que se
veían fuera de ellos. Pero como para Sila no era suficien- 12
te, y no deseaba hacer lo mismo que los demás, sino que le invadía una especie de ansia de destacar por encima de todos, incluso en la variedad de formas de los asesinatos, como si fuera una virtud el no ser inferior a nadie ni siquiera en las manchas de sangre, introdujo como novedad una tabla blanca en la que iba escribiendo los nombres.
Pero las cosas se siguieron desarrollando como antes, 13
pues ni siquiera estaban seguros los que no habían sido B. I, p. 353
inscritos en la parte blanca. Se añadieron los nombres de muchos vivos, e incluso de algunos muertos (para librar de temor a los que los habían matado), de modo que la situación en absoluto fue distinta a la de antes, sino que todos sintieron pánico ante su propia situación de inseguridad.
dad. Las tablas se publicaron como una lista de senadores, 14
o un catálogo de los soldados dignos de mención, y corrieron a ellas todos los que siempre sobresalían por su esfuerzo, como si se tratara de alguna propaganda favorable.

Muchos encontraron inscritos a sus parientes, algunos incluso a sí mismos, y se apoderó de ellos el mayor y más repentino de los temores. Muchos, dados a conocer de es-
15 te modo, murieron. Nada era seguro para nadie, aparte de los de la facción. Pues si alguien se acercaba a las tablas, se encontraba con una acusación como si estuviera implicado en algo, pero, si no se acercaba, daba la sensación de estar descontento. El que leía o preguntaba a alguien por las listas se hacía sospechoso, tanto si indagaba sobre sí mismo como sobre sus compañeros, y el que no se acercaba a leer ni trataba de averiguar se hacía sospechoso de estar irritado con ellos y por esto también era
16 odiado. Tanto llorar como reír se convirtió en motivo de muerte instantánea. Por esto fueron asesinados muchos hombres, no porque dijeran o hicieran algo de lo que estuviera prohibido, sino porque estaban tristes o sonreían. Así también se vigilaban cuidadosamente sus apariencias y a nadie le era posible ni llorar por un amigo ni mostrarse satisfecho a propósito de un enemigo, sino que ellos tam-
17 bién degollaban a cualquiera como si se burlaran. Además, los sobrenombres proporcionaban problemas a muchos. Pues algunos, al desconocer a los que se anunciaban, atribuían sus sobrenombres a todos los que les parecía, y muchos murieron en lugar de otros por este motivo. De modo que también en esto nació la confusión, porque los unos llamaban al que encontraban como querían y los otros
18 negaban llamarse así. Eran asesinados unos sin saber que iban a morir, otros aunque lo sabían, en cualquier sitio en que se encontraban y no había para ellos lugar seguro, ni santo, ni sagrado, ni firme, ni protegido. Más bien algunos asesinados repentinamente antes de enterarse de la desgracia que pendía sobre ellos, o incluso en el momento mismo en que se enteraban, tenían la buena fortuna de no

haber padecido temores de antemano. En cambio los que 19
se enteraban antes del horror y se escondían, se libraban B. I, p. 354
con el mayor de los esfuerzos. Pues ni se atrevían a alejarse para no ser detenidos, ni soportaban permanecer en el país para no ser traicionados. Pues muchísimos fueron traicionados por sus compañeros y sus mejores amigos, y
así murieron. Por este motivo, a la espera de recibir la 20
muerte en cualquier caso, tanto los que estaban inscritos en la tabla, como los demás, eran por igual víctimas del sufrimiento (V. 122, p. 658).

Que las cabezas de todos los que eran degollados en 21
cualquier parte se reunían en el foro romano y se colocaban sobre la tribuna, de modo que todo lo que sucedía relacionado con las proscripciones, esto también les sucedía a aquéllos (V. 123, p. 662).

Que cuando llegaron en embajada los cretenses ante 1 111
los romanos, con la esperanza de que se renovaran las an- a. 70
tiguas alianzas y de encontrar además buena disposición por la salvación del cuestor y de sus compañeros de armas, éstos, como fue mayor la ira que sintieron porque habían sido capturados que el agradecimiento que les reconocían porque no los habían asesinado, bajo ningún concepto dieron una respuesta moderada, sino que además les
reclamaron a todos los prisioneros y a los desertores. Co- 2
mo pidieron rehenes y una gran cantidad de dinero y reclamaban las naves de guerra y a los dirigentes, no esperaron respuesta desde la metrópoli, sino que al punto enviaron a uno de los cónsules para apoderarse de lo reclamado y para hacerles la guerra, si no se lo daban, como era el caso.
En efecto, los que desde el principio, antes de pedir tal co- 3
sa y apoderarse de ello, no querían estar de acuerdo, ¿có- B. I, p. 355
mo después de la victoria iban a querer verse sometidos a

a condiciones tales y de tal magnitud? Como esto lo veían con claridad, y sospechaban que los embajadores intentarían, con ánimo de obstaculizarles la expedición, sobornarles con dinero, votaron en el senado que nadie les debía nada (UG 29, p. 388).

3b En el libro XXXV (Dion) «o acercarse a nuestros enemigos (Bekk., *Anecd.*, p. 165, 18).

NOTAS

[1] Sobre la misión de Lucio Casio en Asia como procónsul, APIANO, XII *(Mitrídates)* 11-12, y 24. Ver también, SALUSTIO, *Historias* IV 64, 10, MAURENBRACHER = *Carta de Mitrídates a Ársaces*. BROUGHTON, *MRR,* II, pág. 34.

[2] Ver PLUTARCO, *Sila* 10, 3-4. BROUGHTON, *MRR,* II, pág. 46.

[3] Sobre los cónsules y las relaciones entre ellos, DIODORO, XXXVIII/XXXIX, 1-3; LIVIO, *Perioca* 79-80; VELEYO PATÉRCULO, II 20-21; PLUTARCO, *Mario* 41-43; *Sertorio* 4, 6-5, 5; *Pompeyo* 3; APIANO, *Guerra civil* I 64-71; FLORO, II 9, 10-13. BROUGHTON, *MRR,* II, pág. 46.

[4] Igual en APIANO, *Guerra Civil* I 68. BROUGHTON, *MRR,* II, pág. 48.

[5] Sobre la muerte de muchos senadores y consulares por obra de Mario y Cinna, ver, por ejemplo, OROSIO, V 19, 19, y las fuentes recogidas por BROUGHTON, *MRR,* II, pág. 46, ademas de los comentarios de GRUEN, *Roman Politics,* pág. 231.

[6] Tal vez el *flamen Dialis* Lucio Cornelio Mérula, según CARY, *ad l.* Ver APIANO, *Guerra Civil* I 74. GRUEN, *Roman Politics,* pág. 233.

[7] Según OROSIO, VI 2, 9, mató a Valerio Flaco junto a Nicomedia. Ver otras fuentes en BROUGHTON, *MRR,* II, pág. 56.

[8] Sobre la destrucción de Troya, antigua pariente de Roma, OROSIO, VI 2, 11. Otras fuentes en BROUGHTON, *MRR,* II, pág. 59.

[9] APIANO, *Guerra Civil* I 80-81. BROUGHTON, *MRR,* II, pág. 63.

[10] Ver R. SEAGER, *Pompey, a Political Biography,* Oxford, Blackwell, 1979. P. GREENHALGH, *Pompey, the Roman Alexander,* Londres, Werdenfeld and Nicolson, 1980; y *Pompey, the Republican Prince,* Weidenfeld and Nicolson, 1981.

[11] Posible discurso de Sertorio en favor de Escipión, como APIANO, *Guerra Civil* I 85. (CARY, *ad l.,* cita a VON GUSTSCHMID).

[12] Seguramente, Sila. (CARY, *ad l.).*

[13] Ofela, según CARY, *ad l.*

[14] Hipótesis admitida por CARY: «ni por su actuación como general».

[15] Enieo o Enialio, Ares. *Kleine Pauly, s.v. Ares.*

FRAGMENTOS DE LOCALIZACIÓN INCIERTA

Dion en la *Historia Romana:* Pues pocas naves, y las más ligeras, atracan junto a tierra. En su mayor número, y las mayores, fondearon lejos a causa de los bajos fondos *(Etym. Magn.* Focio. Suidas., s.v. *esáleue.* Suid., s.v. *tenágē* Apostol.).

Tzetzes, *in Lycophr., Alex.* 44

Ausonia propiamente, según escribe Dion Cocceyano, se 1 2
llama sólo la tierra de los auruncos, que se encuentra entre los B. I, p. 356
campanos y los volscos que habitan junto al mar, pero muchos

Tzetzes, *in Lycophr., Alex.* 615

Ausonios, como ya dije al principio, se llaman concretamente los auruncos que se encuentran entre los campanos y los vols-

Del anónimo *Perì syntáxéōs* (Tzetzes, *in Lycoprh., Alex.* 912)

Allí está ahora Roma, territorio que antes se llamaba Enotro, 2 2
donde Filoctetes se asentó después de la destrucción de Ilio, se- B. I, p. 357

1 Dion: «la benevolencia os la deberé a vosotros» (Bekk., *Anecd.*, p. 160, 17).

2 En Dion: «Entonces ni siquiera se llamaban magistrados entre ellos antes de hacerse la norma» *(Ibid.*, p. 164, 11).

3 Dion: «no sólo se dejaron persuadir por él» *(Ibid.*, p. 164, 23).

4 De Dion en el libro XIX: «Y a los que le salieron al encuentro los golpearon» *(Ibid.*, p. 124, 7).

5 De Dion en libro el XIX: «Los tarentinos no honraban nada en absoluto, ni siquiera a él» *(Ibid.*, p. 165, 21).

6 Dion en el libro XIX: «más fácil es llevar a cabo lo demás» *(Ibid.*, p. 166, 11).

7 Dion en el libro XXII: «Unas cosas las tomaba con violencia, otras las obtenía por medio de un acuerdo» *(Ibid.*, p. 166, 5).

8 Dion en el libro L?: «A cambio de que abandonen completamente su territorio» *(Ibid.*, p. 140, 17).

TZETZES, *in Lycophr.*, *Alex.* 44

consideran que Ausonia llega hasta el Lacio, de modo que toda Italia por ella ***

TZETZES, *in Lycoprh.*, *Alex.* 615

eos. Otros consideran que Ausonia llega hasta el Lacio, de modo que según esto algunos dicen que es toda Italia.°

DEL ANÓNIMO *Perì syntáxéōs* (TZETZES, *in Lycoprh.*, *Alex.* 912)

gún cuentan Dionisio, Dion Cocceyano y todos los que han escrito sobre temas romanos.

Dion en el libro XLVI?: «Y los caballos se sometieron 9
a los soldados» (*Ibid.*, p. 117, 32).

DEL FLORILEGIO

Pues es imposible que alguien haciendo lo contrario 1 110
de lo que es recto obtenga ningún bien de ello (Máx. Conf., *Flor.*, f. 7r = M., p. 562).

Pues los sobrenombres no cambian también los carac- 2
teres de los hombres, pero en cualquier caso en que alguien maneje los asuntos, hace que aquéllos parezcan ser también tales. Muchos, cuando ejercen la monarquía son causa de bienes para los gobernados, por ello la monarquía se llama así, pero muchos, bajo un sistema democrático se hacen daño a ellos mismos (Máx. Conf., *Flor.*, f. 50v = M., p. 556).

Pues es por naturaleza que siempre, de acuerdo con 3
las opiniones de los que mandan, se configure también lo sometido (Máx. Conf., *Flor.*, f. 51r = p. 560).

Pues ni en el ejército ni en ninguna otra cosa que ne- 4
cesite algún tipo de mando, hay nada que lo lleve a la peor situación o la mejor como el modo de ser y la forma de vida del que está a su frente. Ante las opiniones y las acciones de los que las guían, las masas tienden a igualarlas y lo que ven hacer a ellos, tales son las cosas que hacen, unos de verdad, otros por imitación (Máx. Conf., *Flor.*, f. 51r = M. p. 556).

Es frecuente en cierto modo que algunos sufran más al 5
principio por cuanto sucede de acuerdo con sus esperanzas que por lo que no era esperado. Pues al considerar que algo está lejos, sienten menos deseos de ello, como si fuera algo ajeno, mientras que, al ir en pos de lo cercano, si se ven privados de ello, se afligen como si se vieran pri-

vados de lo propio (Máx. Conf., *Flor.*, f. 160r = M., p. 558).

6 Mucho mejor es ser objeto de envidia por haber hecho algo correctamente, que ser compadecido por haber fracasado.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS*

* Dadas las características especiales de este volumen, con fragmentos de diversas fuentes y epitomadores, el procedimiento de cita habitual en la colección (con referencia al número de fragmento, pasaje, etc.), habría tenido como resultado unos índices farragosos y difíciles de consultar, por lo que, de manera excepcional, los números remiten a las páginas. No se incluyen las páginas de la introducción ni de las notas.

ÍNDICE GENERAL